GEORGIA MOON

TODO lo que ENCONTRÉ EN LA Ciudad

TODO LO QUE ENCONTRÉ EN LA CIUDAD

Georgia Moon

ODISEA
EDICIONES

TODO LO QUE ENCONTRÉ EN LA CIUDAD

V.1.2: Marzo, 2017

© Georgia Moon, 2017
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017
Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros Imagen: london-Freepik
Publicado por Odisea Ediciones C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@odiseaediciones.com www.odiseaediciones.com
ISBN: 978-84-16811-05-2
IBIC: FR
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

TODO LO QUE ENCONTRÉ EN LA CIUDAD

Elionor está cansada de su monótona vida y decide dejarlo todo atrás e irse a Londres; estudios, amigos, familia y a Eddie, su gato. Necesita un cambio, algo diferente para seguir teniendo la ilusión de despertarse cada mañana y sonreír en aquella nueva ciudad.

Lo que Elionor no espera es que el encuentro con la mirada azul de un joven músico en la estación de Baker Street será la que le hará dar ese giro en su vida, llenándola de curiosidad por él y el cuaderno que siempre le acompaña, maravillándose por todo lo que escribe y por el misterio de la dueña de todos sus pensamientos; la belle Marie.

Una historia sobre lo que dos personas encontraron al conocerse, y el trágico desenlace de un amor olvidado en el pasado.

Para Mar, que siempre ha creído en mí,
ha soportado incesantes charlas sobre los personajes
y siempre ha estado allí cuando lo he necesitado.
Te quiero
l

Prefacio

La historia del chico que persiguió un sueño y de la chica que fue en busca de lo desconocido.

Caminamos sin darnos cuenta de qué es lo que tenemos a nuestro alrededor. Siempre ajenos a la realidad del entorno. Podría haber un incendio o suceder el fin del mundo ante nuestras narices y seguiríamos sumergidos en nuestro propio universo. No nos preocupamos por los demás, simplemente aceptamos la cruda realidad. No miramos al horizonte, donde posiblemente podríamos descubrir la más bella y fantástica historia de amor jamás contada; incluso puede que un cuento de hadas.

Las doce de la noche es una hora interesante, porque es aquel momento en el que termina el día y comienza el siguiente; donde las páginas terminan de ser escritas y aparecen otras nuevas. Es el instante del día en el que puedes conocer a la persona más remota del mundo, en el lugar menos esperado. Puede ser en una cafetería abierta las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana; o en la estación del metro.

Nunca pensé que conocería a una persona tan líricamente bonita, trágicamente bella y silenciosamente preciosa como Aiden, allí, en la estación de Baker Street. Aiden; con su guitarra y algo más de diez libras en la funda de esta, sin saber muy bien lo que la vida le depararía al día siguiente. Cómo alguien tan puro, sencillo y talentoso pudo haber sufrido tanto en sus largos días de tristeza; cómo la vida puede ser tan injusta con alguien como él. Alguien tan inspirador y valiente como Aiden.

Éramos unos completos desconocidos a los ojos del otro, pero había algo dentro de mí que me decía que tenía que saberlo todo sobre él. Era como si algo más fuerte que el mundo me anclase al chico, cuya voz era el más dulce de los sonidos. Aiden parecía ser el gato de Cheshire esperándome en el País de las Maravillas para contarme todos sus líricos pensamientos. Su cuaderno personal era el

culpable de mi innata curiosidad, y me hizo caer al vacío, transportándome a su cabeza para saciarme y resolver el misterio que le rodeaba a él y a la enigmática Marie.

Las notas musicales llenaban el crudo frío de las noches en Londres, la ciudad que acogía al solitario músico. El gélido frío londinense acariciaba la espalda de Aiden mientras se resguardaba en las sábanas de una cama falta de calor y afecto. Unas grandes bocanadas de vaho salían de su boca al mirar las estrellas cuando iba al cementerio, preguntándose a sí mismo por qué no había algo de suerte en su vida.

Las noches que dormía a su lado en las cálidas sábanas de mi cama me preguntaba por qué entre todas las personas del mundo, alguien como yo había escogido quererle a él. Porqué, todas las veces que sus dedos me acariciaron el cabello mientras me cantaba aquellas canciones compuestas para mí, de su puño y letra, eran tan solo para mí y nadie más. Todas aquellas palabras tan dulces y bonitas, aquellas que hacían que mi corazón latiese a mil. Todas las canciones con las que el joven y solitario músico llenaba la estación de Baker Street; las que se convirtieron en la melodía de nuestra historia juntos.

Capítulo 1

El estúpido niño ignorante de los labios de fresa.

El "*¡bip, bip, bip!*" incesante de las puertas del metro fue lo que acabó de despertarme de una vez por todas. No tenía las malditas ganas de ir a trabajar un viernes por la mañana, como la mayoría de mortales del mundo, pero quería continuar viviendo en Londres. Había asegurado a mis padres que no necesitaba ayuda económica. No quería que gastaran más dinero en mí de lo que habían gastado cuando era pequeña. Después de todo, siempre se habían preocupado de que no me faltara nada.

Había personas extrañas en la estación de Baker Street, algunos turistas también. Mujeres con carros de la compra que irían al mercado, hombres en traje y con maletín que leían el *Daily Mail*, chicos y chicas en uniforme listos para ir a la escuela… Gente de todo tipo, que estaba acostumbrada a ver. Las baldosas del suelo de la estación estaban bastante limpias. No había ningún fluorescente fundido, cosa extraña, y la voz de algún que otro cantante del andén llenaba el frío ambiente del mes de noviembre. Un muchacho rubio, alto y de cabello ondulado rasgaba las cuerdas de su guitarra, y las de su bonita y grave voz.

Sus palabras llenaban la estación, animando un poco el ambiente crispado y ajetreado de la mañana. Llevaba puesto un jersey gris, demasiado grande para él aun considerando su alta estatura, y unos zapatos algo viejos con el comienzo de algún que otro agujero en las puntas. Sus finos y delgados dedos se deslizaron con soltura entre los trastes de la guitarra mientras la mano derecha punteaba las cuerdas aleatoriamente. Delante de él, a sus pies, se encontraba la funda de la guitarra, con algunas monedas. No debía haber más de cinco libras.

Me quedé allí parada en frente del chico escuchando las palabras pronunciadas por sus labios; sus *labios de fresa*, como decía la letra. Me gustaba. El ritmo era pausado y bonito. Algún que otro rizo de color miel caía por su frente, y los apartaba con un ligero y tímido

movimiento de cabeza, con los párpados cerrados, concentrándose en la letra.

Al cabo de dos segundos levantó la cabeza y me miró fijamente a los ojos, sonriendo tímidamente mientras apartaba su mirada azul de la mía. Aquella sonrisa había sido todo un regalo para mí, que me encontraba completamente embobada y ensimismada en la canción.

Pensé que quizás podría preguntarle cómo se llamaba y si tenía más canciones como la que estaba tocando, pero miré el reloj de mi muñeca, dándome cuenta de que faltaba poco tiempo para que marcaran las nueve en punto, y Marian se enfadaría si llegaba tarde.

Muy a mi pesar, me despedí con la mirada de aquel muchacho, no sin antes dejar dos monedas en la funda de su guitarra. Él me sonrió mientras continuaba cantando y yo le devolví la sonrisa. Me quedé con la imagen de su rostro y su alegre expresión cuando alguien le echaba alguna moneda, aunque no fuese mucho. Guardé las manos en el bolsillo de mi abrigo y enrollé la bufanda alrededor de mi cuello, mirando atrás por última vez antes de marcharme.

***

Llegué tres minutos tarde a la cafetería y Marian, por suerte, no dijo nada, ya que a veces podía llegar a ser muy estricta con la puntualidad. Era una chica de unos treinta y pocos años, joven, madre de dos niños, con mucha vitalidad e ideas para que el negocio continuara. Sus ojos grises demostraban todo su entusiasmo en lo que hacía, lo mucho que adoraba trabajar de cara al público, y lo que disfrutaba viendo a la gente disfrutar de aquel lugar. Cuando llegué, nueva en el trabajo, me contó que había estado trabajando tres meses en la decoración de la cafetería. La cafetería no era para nada presuntuosa, sino más bien sencilla y pequeña, , y allí preparábamos el mejor chocolate caliente de todo Londres. No había cosa que apeteciera más un viernes por la mañana, cuando teníamos nuestro descanso.

Yo nací en Wisconsin, Estados Unidos, uno de los estados más remotos y aburridos del país. La única diversión que teníamos allí era ir a patinar al lago cuando estaba lo suficientemente congelado, y en verano deleitarse con una buena novela bajo la sombra de un árbol. Cualquiera de Haruki Murakami, como *Tokio Blues*, o alguna de las hermanas Brontë, o Jane Austen.

Para mí, estar en Londres era posiblemente lo mejor que me había pasado en la vida.

Me supo mal tener que dejar a mis padres y mis amigos atrás, pero

quería salir de allí y no sentirme atrapada. En Moon Lake Falls no había nada atractivo, ni un gran porvenir, a menos que quisiera acabar trabajando en el supermercado de Tracy, o ayudando a mi propia madre en el invernadero que teníamos en casa; ella se dedicaba a aquello. Cultivaba plantas procedentes de países cálidos o tropicales para el interior, y la gente venía a nuestra casa a comprarlas.

—Buenos días, Laura —saludé a mi compañera quitándome el gorro de la cabeza.

En la cafetería trabajábamos Marian, Laura, Cassie y yo.

—Hola, Leo. Veo que estás de buen humor esta mañana —respondió ella alzando una ceja.

Negué con la cabeza y me puse el delantal de flores violeta. Tanto Cassie como Laura estaban preparadas para la larga jornada que nos esperaba. Ellas, al menos, habían llegado unos minutos antes que yo y ya estaban listas.

—Uy, esa sonrisa —añadió la pelirroja, que apareció de la cocina —. Algo te ha pasado, joven americana. Cuéntaselo a la tía Cassie.

—Eres un año más pequeña que yo —reí para disimular.

¿Tanto se me notaba?

—No le quites la emoción —rodó los ojos mientras movía la mano desinteresadamente—. De verdad, Leo, ¿qué o quién es lo que te ha pasado esta mañana?

En realidad no me había pasado nada, pero la canción que aquel muchacho había estado cantando en la estación me había cautivado.

—Vamos, Leo. Estamos en confianza. —Presionó Laura, persuadiéndome.

—Está bien —me rendí con un bufido y amagando una sonrisa—. Esta mañana he escuchado una canción que me ha gustado mucho y no puedo quitármela de la cabeza, Eso es todo.

Me marché (aunque más bien hui) de allí, para dirigirme a la caja registradora, debía contar el dinero que había en ella para después hacer las cuentas al final de la jornada.

—¿De quién es?

“Oh, genial…”

—No lo sé —me encogí de hombros, intentando que con aquello olvidaran el asunto.

Pronto íbamos a abrir al público y necesitaba terminar de hacer caja, pero parecía que ni Laura ni Cassie fuesen a rendirse con el tema.

Cuando no puedes contra el enemigo, únete a él.

—¿Cómo se llama la canción, entonces? Podríamos buscarla en *Youtube* —inquirió Laura.

—Tampoco lo sé —respondí otra vez sin mirarla, fingiendo que no me importaba.

Porque sí me importaba. Yo también quería saber cómo se llamaba para escucharla a todas horas.

—¿La has escuchado en la radio? Puedes tararearla. —Añadió Cassie.

Los tirabuzones pelirrojos caían por encima de su frente, y aquellos ojos azules vivos y quisquillosos me dijeron que no callaría hasta que hablase del todo.

—¿Conocéis el chico que canta en Baker Street?

Laura levantó una ceja rubia y me miró sin creérselo.

—¿Ese que está tan bueno? Alto, rubio, ojos azules… Justo está en la salida de Marylebone Street —preguntó Cassie, emocionada.

—Supongo que sí —me encogí de hombros otra vez, aunque sabía muy bien que la respuesta era positiva.

El chico era mono, lo reconocía, pero lo único que vi en mi cabeza fueron sus labios dibujar palabras en el aire, con la esperanza de conocer el nombre de la canción y saber si tenía alguna más. Supuse que sí, porque no iba a pasarse el día cantando la misma canción.

—Quizás esta tarde lo vuelves a ver y puedas preguntárselo. —Añadió Laura, quien estaba ya metiendo la llave en el cerrojo para dejar entrar a los clientes.

Laura era siempre tan positiva…

—No os hagáis ilusiones.

***

Las horas fueron pasando lentamente, y poco a poco mi energía se fue agotando. Hacía bastante frío para un tres de noviembre, y recordé que pronto tendría que volver a Wisconsin para Navidad. Laura y Cassie tampoco estarían en la ciudad ya que se volvían a sus pueblos natales (ninguna de las dos eran de la capital), y Marian pasaría las fiestas con su marido y sus dos hijos en casa. Tenía ganas de ver a mis padres, pero por otra parte también quería quedarme en Londres. Mi madre siempre me “obligaba” a ir en cuanto conseguía vacaciones en el trabajo.

Londres no era una ciudad barata, ni mucho menos. De hecho, era una de las más caras del mundo. Cuando volví a Wisconsin después de dejar los estudios de literatura inglesa, en la universidad de Minnesota estuve trabajando en un supermercado durante un año para tener suficientes ahorros hasta que encontrara un trabajo estable

en el que me pagasen bien.

Muchos eran los que, como yo, llegaban a la capital inglesa en busca de encontrar su sitio, de sentirse a gusto consigo mismos. Pero durante mis primeras semanas en la ciudad descubrí que la vida no iba a ser tan fácil como hubiera deseado. Que mantenerse estable iba a ser más complicado de lo que me imaginaba. Aun así, solo gastaba lo necesario y de vez en cuando me daba algún capricho.

Llegué a Londres siendo una chiquilla de veintiún años que acababa de embarcarse sola en la gran aventura que es la vida. Para mi suerte, alquilé un piso por internet desde Estados Unidos y no tuve problemas con ello. No estaba muy lejos del centro, aunque tenía que viajar siete paradas en metro hasta el trabajo.

Como cada mañana, el señor Marks había acudido a la cafetería, a recoger su ración doble de berlinas azucaradas. Era un señor de cincuenta años con sobrepeso, propietario de una empresa de persianas, que no hacía nada más que coquetear con Laura, Cassie y conmigo. O al menos eso intentaba, porque daba un poco de pena. Con Marian ni siquiera se atrevía, ella siempre se encargaba de mostrar el anillo de boda, y recordarle que su marido fue cinturón negro en kárate en sus tiempos mozos. A veces era gracioso ver la expresión de aquel hombre pelado como una bola de billar y con la cara demasiado hinchada que me recordaba a la cara de un cerdo.

Después de que el señor Marks por fin se marchara, Cassie nos contó cómo le había ido su cita con un tal Landon, que había conocido a través de *Facebook* gracias a un amigo en común. Pero no pareció que hubiese ido muy bien.

— ¿Puedes creer que el gilipollas ese me dejó plantada en medio del restaurante?

Levanté una ceja con interés y apoyé mis codos en la barra del bar. En ese momento no había mucha gente en la cafetería, así que teníamos permiso para sentarnos unos minutos.

— ¿Qué hiciste, entonces? —preguntó Laura, interviniendo en la conversación también.

—Me marché, ¿qué podía hacer? Menudo imbécil. No sé por qué acepté a salir con él.

Cassie siempre había tenido muy mala suerte en el amor, nunca había tenido una relación estable con ningún chico, que yo supiera. Una vez dijo que había llegado a un punto en que su conclusión era el *carpe diem*. Pasaba la noche con ellos y después quizás tenían algunas citas, pero no mucho más.

Desde luego, yo no era como ella. Quizás era por mi inexperiencia, pero seguía pensando que cuando menos lo esperara, la persona indicada aparecería en mi vida, y aquel sería el cambio final que

tanto anhelaba. Mi madre, e incluso mis mejores amigas de la infancia, Elena y Sarah, siempre me decían que era una soñadora nata y que algún día chocaría con la realidad. Sobre todo recordando que Sarah se había casado el verano pasado.

De si algo estaba segura, era que la hipócrita ignorancia de los que no sueñan alimenta la ilusión y el afán por conseguir aquello que todos los que sueñan anhelan.

***

El día se terminó, con mucha emoción por mi parte. Había momentos en que los clientes decidían contarnos sus vidas, sus penurias, sus aventuras. Y por mucho que luchara conmigo misma para no pensar horas y horas en lo que me habían dicho, quería saber más de sus historias. Era una persona muy curiosa por naturaleza, o por defecto de fábrica, como había dicho siempre mi madre. Incluso de vez en cuando sucedían cosas en la cafetería, y esas escenas de película alimentaban aún más mi ilusión y curiosidad. Parejas que rompían relaciones, chicos que les pedían matrimonio a sus novias o, incluso, madres que regañaban a sus hijos por algún examen suspendido.

Salí del local lo más rápido que pude cuando se terminó mi turno a las siete de la tarde. Tenía hambre y, además, quería saber si el chico seguía allí en la estación cantando. Quería preguntarle cómo se llamaba la canción. Quería saber un poco más de él. Parecía una locura, ya que aquella mañana había sido la primera vez que le había visto en mi vida, pero me sentía atraída por su voz. Quería saber por qué no estaba de gira por el mundo con sus bellas canciones.

Pasé la tarjeta por el detector del metro lo más rápido que pude y salí corriendo, ansiosa por ver al chico y escuchar otra de sus fantásticas melodías. La gente me miraba como si estuviese loca, y la verdad es que no les culpaba. Si yo me hubiese encontrado a una chica que midiese un metro ochenta, con un abrigo rojo y una bufanda amarillo mostaza, con un bolso demasiado lleno colgando del hombro, y las mejillas absolutamente rojas por el frío y la emoción, creería también que estaba loca.

Pero quebrándoseme el corazón, me encontré con que el chico de los *labios de fresa* ya no estaba allí.

Agaché la cabeza y suspiré decepcionada, quizás se había ido a otra parada de metro, no estaría siempre en aquella. Puede que hubiese gente que ya lo tenía visto y escuchado, y no le echaban monedas. Yo, personalmente, no lo había visto nunca antes, pero me parecía buenísimo. Su voz era distinta, era de aquellas que no olvidas

y que se repite una y otra vez en tu cabeza, monótona, hasta llegar a tal punto de odiarla y adorarla a la vez. Era bastante complicado describirla. Además, su acento inglés era lo mejor que mis oídos habían escuchado jamás.

El frío caló en mis huesos y lo único que deseaba tras la decepción de no volverme a encontrar con él, era llegar a casa y ponerme los calcetines de lana que me había tejido la abuela Peggy antes de marcharme de Wisconsin. Echaba de menos a Eddie, mi gato, color gris atigrado, que me acompañaba todas las mañanas en el frío. En aquel momento quería acariciarlo hasta que se durmiese ronroneando en mi regazo. A veces, me daban ganas de comprar el primer billete de avión que me llevase a casa, pero después recordaba que estar en Londres había sido mi propósito desde un principio.

Las puertas del vagón se abrieron, con el ya muy característico "*¡bip, bip, bip!*", y entré buscando con la mirada algún sitio libre. Algunos de los pasajeros ya eran vagamente familiares, pues compartíamos el mismo viaje día tras día, pero siempre había otros que veía por primera vez. Siempre había nuevas caras por conocer. Era divertido suponer la vida de la gente, la gracia estaba en que quizás acertaba o quizás no, nunca lo sabría.

Para mi mala suerte, no había ningún asiento libre, así que me tuve que agarrar bien fuerte a la barra metálica amarilla situada por encima de mi cabeza. Un señor muy alto con traje iba a mi lado, mirando un teléfono de aquellos caros, mientras que con la otra se cogía en el mismo sitio que yo.

Un bebé comenzó a llorar en el vagón, estridente y con rabia, su madre intentando apaciguarle en vano. El infante no paraba de llorar y había un señor, con la nariz semejante a una patata, ojos como besugos y corpulencia más fácil de saltar que rodear, que empezó a resoplar por debajo de su poblado bigote para que callase. Pero el bebé no planeaba hacer caso a sus silenciosas súplicas —aunque no tan silenciosas, porque estaba claro que lo deseaba—, y otros pasajeros comenzaron a unirse a él.

Hasta que una voz suave y serena llenó el crispado ambiente del vagón, consiguiendo que el infante callase.

Comenzó a tararear una canción de cuna, la cual no conocía, pero de gran belleza. Todo lo que él cantaba era hermoso, aquella la segunda vez que le escuchaba cantar. Su voz emitía aquellas notas graves y roncas, pero perfectamente afinadas.

¡Era él, el músico! ¡El mismo que llevaba todo día en mi cabeza y por el que me había entristecido tanto al no encontrarlo en Baker Street!

Continuaba llevando puesto aquel jersey gris demasiado grande para él y aquellos zapatos en los que comenzaban a asomar agujeros.

Deleitada por su armoniosa y tranquila voz, cerré los ojos, parecía que estuviese en un auditorio y lo escuchase solo a él. De repente, la canción de cuna cambió a una en francés. ¿Sabía hablar también en francés? Y es que aunque solo lo hubiese escuchado una vez cantar, aquel chico era como una caja de sorpresas —me susurraba al oído para que lo conociese, sin necesariamente saber si era bueno o malo.

Al instante, el bebé comenzó a reír y tocó la cara del muchacho con su pequeña y regordeta mano, haciendo que todos los presentes en el vagón les mirásemos. El músico parecía encontrarse en su propio mundo, cantándole a aquel niño con la guitarra colgando de su hombro, sonriéndole como si fuese el mismísimo sol. Llevaba el cabello ligeramente mojado por la humedad de noviembre, volviendo su rubio oscuro aún más opaco. Estaba siendo un anochecer bastante frío y me preocupó si no tenía lugar al que ir, pero lo más probable era que me preguntara cuál era mi problema y por qué creía que estaba solo, aunque algo me dijese que era una persona mucho más solitaria de lo que ya aparentaba.

El bebé dejó de llorar y comenzó a sonreír, acercando su manita regordeta a la cara del chico.

—Muchas gracias —le dijo la madre del bebé.

Al estar llegando el tren a la estación, no alcancé a escuchar las palabras que le devolvió el muchacho por culpa del ruido. Otra vez el *"¡bip bip bip bip!"* llegó a mis oídos, cuando el tren paró en King's Cross-Saint Pancras y vi por el rabillo del ojo que el chico se escapaba. No literalmente, sino que salía del vagón. No podía dejarlo marchar tan fácilmente. Quién sabía si al día siguiente volvería a encontrarlo en Baker Street, porque podría ir perfectamente a Wembley, o West Ham, o a Southwark. Así que hice algo que nunca hubiese imaginado hacer.

Seguí al muchacho de cerca, estudiando bien sus pasos. ¿A dónde iría? Muchas personas eran las que nos rodeaban, con la intención de ir a sus casas después de una larga jornada laboral. No quería caminar tan cerca de él y que se diese cuenta de que lo estaba siguiendo. Aunque lo dudaba, ni siquiera se había dado cuenta de que estábamos en el mismo vagón. Quizás no se acordaba de mí y le parecía una extraña psicópata que lo había estado observando. Pero quise arriesgarme, así que continué siguiendo sus pasos.

Sus piernas eran demasiado largas y caminaba extremadamente rápido, como si tuviese mucha prisa de llegar a donde fuese que iba. ¿Y si tenía novia? Probablemente se iba a enfadar, pero no debía pensar de aquella manera, él no iba a verme… O aún peor, ¿y si tenía esposa e hijos? Sin duda sería una escena cómica e incómoda, además de remota, porque claramente el chico no superaba los veinticinco años de edad, de hecho, dudaba que fuese mayor que yo. De todos

modos, aquellas posibilidades no frenaron el impulso de querer saber a dónde se dirigía con tanto ímpetu.

"Eres una entrometida. ¿Qué más te da lo que haga este chico?", pensé. Y mi subconsciente llevaba razón, estaba siendo una entrometida, pero *necesitaba* seguirle.

El muchacho sin nombre se metió en un callejón muy oscuro y de ladrillos rojos. Estaba al noventa y ocho por ciento segura que no había ido nunca por allí, pero seguramente me serviría para uno de mis múltiples álbumes de fotografías mentales sobre él. Nunca se dio la vuelta, siguiendo con paso decidido hacia donde fuese que caminase y, sinceramente, fue mucho mejor para mí porque me ahorré el bochorno de ser descubierta con las manos en la masa. Sentí mi corazón latir contra las costillas de una manera escandalosa, estrepitosa e imprudente, y me preocupé por si él lo escucharía.

El muchacho sin nombre se paró delante de una puerta metálica, de aquellas que dibujan rombos con los delgados cables metálicos y que son tan molestos. Metió una llave en la vieja y oxidada cerradura y me escondí tras un cubo de la basura (como en los dibujos para niños) para que no me viese. El chico entró en el recinto y subió las escaleras para entrar en la que parecía ser su vivienda. Finalmente, salí de mi escondite y me resigné a volver por donde había venido.

Aquello me había pasado por entrometida.

¿Qué era lo que había estado esperando? No era que me fuese a invitar a pasar a su casa, ni siquiera sabía cómo se llamaba, ni él cómo me llamaba yo, éramos unos completos desconocidos a los ojos del otro. Pero había algo dentro de mí me decía que tenía que saberlo todo sobre él, como si algo más fuerte que el mundo mismo me anclase al chico de dulce voz.

Nunca antes había hecho algo así, nunca antes había seguido secretamente a alguien, así que mi cerebro estaba siendo un completo huracán de avisos hacia mí misma, diciéndome que tenía que dejar en paz al chico. Pero sus ojos azules me llamaban y suplicaban que entrase en su vida.

Justo cuando iba a marcharme, justo cuando estaba saliendo del oscuro callejón, el ya conocido timbre de su voz me hizo detener y buscar al muchacho sin nombre, encontrándolo sentado en el marco de una ventana mirando a la nada con su guitarra en el regazo. El chico dejó de raspar las cuerdas para comenzar a cantar. De nuevo, la canción era lenta y la luz artificial de la calle iluminaba su rostro. Además, comenzaba con un «querida Marie».

¿Quién era Marie?

Cantó con sentimiento, aquello se pudo notar. Aunque no supiese quién narices era Marie, pareció haber sido alguien importante para

él en su vida. Quise saber quién era aquella chica, por qué sus lágrimas caían en la guitarra, como decía de nuevo la canción, y por qué solo eran para ella, como decían las palabras que su voz entonaba y que sus labios articulaban. La mano derecha rasgaba las cuerdas y la izquierda creaba los acordes en cada traste.

El muchacho levantó el mentón mirando al cielo, no estaba tan lejos de mí para no ver que una brillante lágrima resbalaba por su mejilla hasta terminar, en efecto, en su guitarra.

Su querida Marie.

Capítulo 2

Un chico sin nombre

Me removí inquieta en la cama sin dejar de pensar en el chico que le cantaba a la luna y cuyos ojos se clavaron en los míos al verme allí quieta. Después se levantó y cerró la ventana.

Me sentí como una loca. Pensando en él cada segundo. Comencé a consumirme. Quise saber quién era. Quería su música, sus letras y su melodía. Lo quería todo de él, del chico sin nombre. Quise volver allí para conocerle mejor, pero él vivía en King's Cross y yo en una calle poco conocida de Whitechapel, y eso quedaba bastante lejos.

No podía evitar preguntarme a mí misma si tendría pareja o hijos. La canción que cantaba, que no paraba de repetir el «Querida Marie», parecía indicar que quería mucho a aquella chica, pero no era algo enfermizo, sino algo bueno. Quizás aquella tal Marie había sido una buena amiga suya, incluso podría haber sido algún antiguo romance, ya que había dicho que se había enamorado de ella, recalcando el pretérito. Incluso cabría la posibilidad de que Marie fuese su mejor amiga, pero que ella ya tuviese novio.

Me hubiese gustado en ese momento poder presentarme en su casa y pedirle que me contase todo sobre él. Cómo se llamaba, cuántos años tenía, a qué se dedicaba, por qué cantaba en Baker Street… ¡Había tantas cosas que quería preguntarle!

Mi obsesión ya comenzaba a ser enfermiza.

Falling in love, de McFly, comenzó a sonar desde mi teléfono y vi en la pantalla que era mi madre.

—Hola, Elionor.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Es el instinto maternal. Además, ¿quién más esperabas que fuese? —rio mi madre.

Siempre tenía la manía de llamarme por mi nombre completo, y eso no me gustaba nada.

Ella era de aquellas personas que se levantaba cada mañana a las seis para ver cómo salía el sol y hacía yoga mientras todos dormíamos. Según ella, ayudaba al metabolismo y a vivir sano. Decía que se sentía mejor consigo misma y que yo también debía probarlo.

—Gracias, madre. Me das coraje para encontrar novio —rodé los ojos.

—Sabes que es la verdad, Elionor. Si hubieses ido a Nueva York o Chicago en vez de a la otra punta del mundo, quizás hubieses encontrado algún novio ejecutivo rico —contestó riendo.

—En Inglaterra también hay hombres de esos —volví a rodar los ojos.

—Era una sugerencia —se excusó y hasta pude imaginar verla encogerse los hombros, como siempre hacía cuando quería tener la razón—. Cambiando de tema, ¿qué tal el día, hija?

—Oh, genial —me incorporé en la cama. "Solo me he obsesionado con la voz de un cantante de metro"—. Todo igual que siempre en la cafetería. Nada nuevo. Ah, y dejaron plantada a Cassie.

Mientras escuchaba la risa de mi madre por el teléfono, me apoyé en el cabezal de la cama. A veces me preguntaba por qué me había comprado una cama tan grande al llegar a Londres, a veces me hacía sentir un poco sola.

—Esa chica es de otro mundo… —rio ella— ¿Cuántas veces la han dejado tirada en una cita?

—Demasiadas, ya no me quedan dedos para contarlas.

Me explicó que Eddie se había conseguido una novia (sospechaba que era la gata de la señora Biggins, que vivía a unos pocos minutos de nuestra casa), y que se había comprado un nuevo dvd sobre el yoga, para poder practicar nuevas posturas. No era muy fan de las tecnologías para buscarlo en Youtube. Había aprendido el saludo del cuervo, e hice ver que sabía qué era eso para que no me pegase el royo.

Mi madre era lo que se le podría llamar una hippie. Vestía con ropa holgada y se teñía el cabello a pelirrojo con henna, porque decía que el tinte era cancerígeno, y cultivaba todo tipo de plantas en el invernadero del jardín.

—No quisiera ser maleducada, pero son las dos y media de la madrugada en Inglaterra y estoy cansada —dije antes de bostezar, frotándome los ojos con la mano.

Mi madre hablaba por los codos, era una de aquellas personas que podías poner el altavoz en el teléfono e irte a hacer la cena o leer, y no se enteraría de que no estabas prestando atención (aunque me supiese mal algunas veces lo he tenido que hacer, porque si no no tendría tiempo para hacer nada de trabajo en casa).

—Ay, hija, es que no controlo las horas. Si te hubieses ido a Nueva York o Chicago como dijimos tu padre y yo, no tendríamos el problema de los horarios —restregó de nuevo y rodé los ojos, sabiendo que saldría con aquello.

—Si hubiese sido por ti, me hubieses hecho ir al Tíbet a reflexionar y convertirme en budista— respondí en un suspiro, acostumbrada ya a que me lo dijese.

Siempre era la misma canción.

—Elionor Broome, no me repliques —me riñó.

—Está bien —me rendí—. Buenas noches, mamá. Te quiero.

Colgué antes de que me pudiese decir cualquier otra cosa que se le pasase por la cabeza. Era muy impredecible. Necesitaba dormir y eliminar la imagen de aquel chico de mi cabeza.

Su perfecto rostro angelical e impecable voz serían los que me acosaran en sueños.

***

Preparé mi café sin azúcar. Laura decía que era la primera persona que conocía que no quería azúcar en el café, ni siquiera sacarina. No me gustaba aquel sabor, dulce y amargo a la vez, que dejaba en la boca. O muy dulce, o muy amargo. Y la sacarina realmente le daba un toque repugnante.

De todos modos, era demasiado perezosa como para ir al gimnasio o incluso salir a correr, así que me abstenía de ciertos placeres en la vida, como una berlina o el mismo café con azúcar. Sin embargo, no iba a apartar la cafeína de mi vida, que era básicamente lo que me mantenía con los ojos abiertos por la mañana en el metro. Pero aquel día fue otra cosa la que me mantenía despierta. Sentía los ojos azules del chico con voz de ángel persiguiéndome allá donde fuera, como si observara mis movimientos.

Después de darle vueltas y más vueltas, decidí vestirme e ir al mismo sitio en que le vi por primera vez. Necesitaba escuchar su voz o sentiría que enloquecería. Era como en una de aquellas películas o novelas en que el chico se obsesionaba con la chica y no paraba hasta conseguirla.

Estaba segura de que si iba a algún psicólogo, me mandaría al psiquiatra, y de allí, a un circo, o algo. Estaba convencida de que mi caso no era el más normal del mundo. ¿Quién se obsesionaba con la voz de una persona, a la que tan solo había visto dos veces en la vida? Y no contaban los famosos, porque aunque su voz fuese bonita, no eran más que personas idealizadas.

Inmediatamente después de poner un pie en el asfalto del portal de mi bloque, miré el reloj y vi que eran las siete menos cuarto de la mañana. Siempre me había considerado una persona madrugadora, pero nunca antes me había despertado tan pronto por voluntad propia, mucho menos salido a la calle, y le encontré respuesta en el hecho de que estaba nerviosa y ansiosa.

Soñé que había ido a Baker Street y que sus ojos se habían clavado en los míos, desde el primer momento en que me vio llegar. Sonriéndome, contento, dejó la guitarra en el suelo, al parar de tocar aleatoriamente las cuerdas, aunque los acordes de la melodía continuaran sonando en estéreo, mientras llenaban el ambiente crispado, aunque idílico, de la estación. Alargó el brazo derecho, tendiéndome la mano, y yo se la di, entrelazando mis dedos con los suyos, sonriendo al sentir el tacto cálido de su piel; la misma sensación de alivio al haber encontrado por fin lo que tanto buscaba en el mundo.

Llevándome torpemente al centro del lugar, comenzamos a bailar en círculos, y justo cuando alzó el brazo para que yo pudiese girar sobre mi propio eje, me di cuenta de que Sherlock Holmes no fue nuestro único espectador: una silueta femenina sonreía al vernos bailar, a él y a mí, en la estación.

Después de aquello, desperté.

***

La calle estaba bastante desierta sabiendo que era un sábado antes de las siete. Tampoco esperaba que la adorable señora Van Tisel me saludase con su "¡Buenos días, Leo!", tan característico, mientras barría el portal de su tienda de fruta, pero me hubiese sentido más familiar, como si mi obsesión no me hubiese llegado a consumir y llevado a la locura.

¿Me habría vuelto loca?

Miré el cielo antes de meterme en la boca de metro, y sorprendentemente estaba despejado. Quizás iba a hacer buen día en Londres, después de todo. Al terminar de bajar las escaleras, me acerqué a la máquina con puertas correderas y pasé mi tarjeta por el sensor.

El tren no tardó más de treinta segundos en llegar y estaba bastante vacío. Solo había algunos jóvenes como yo, que preferían mantener los ojos cerrados a tener que enfrentarse al nuevo día por dos razones; primera, porque les tocaba trabajar (y estaba segura de que no les apetecía en absoluto, lo cual era completamente

comprensible); y, segunda, porque venían de fiesta y lo único que deseaban era llegar a sus casas e irse a dormir.

Salté del vagón una vez llegué a Baker Street y literalmente corrí en busca del chico sin nombre junto a las escaleras que llevaban a Marylebone Street, pero no estaba. No había nadie en la estación. Las pequeñas tiendas donde vendían pañuelos y paraguas de emergencia ni siquiera estaban abiertas, y me quedé allí como una estúpida, mirando el puesto en el que había estado ayer cantando.

Era sábado, ¿qué esperaba? Seguro que al chico también le gustaba dormir hasta tarde y no tener que preocuparse por si yo iba a verle o no. Había sido una ilusa al pensar que estaría allí.

Guardé mis frías manos en el bolsillo de mi abrigo, escondiendo el rostro entre la bufanda de lana mostaza, y volví a sentarme de nuevo en el andén. Lanzando un suspiro al aire, con los ladrillos de la pared como únicos testigos de mi gran desilusión.

Llegué a la conclusión de que necesitaba ir a un médico y que estudiaran mi caso.

No era posible que en un día me hubiese obsesionado de tal manera. No hacía ni veinticuatro horas que le había visto y escuchado por primera vez, pero necesitaba verle de nuevo. Necesitaba saber que aquel chico no era ni había sido un producto de mi imaginación, ni que tampoco era una continuación extraña de mi sueño.

Había sido tan real…

Sentí que la piel de mis manos comenzaba a agrietarse. Nunca antes en Wisconsin me había pasado aquello, pero en Inglaterra el clima era mucho más húmedo y extrañamente mi piel decidía reaccionar de aquel modo. Recordé que tan solo era Noviembre, así que no quise imaginarme cómo sería en Diciembre. Incluso para alguien del norte como yo (donde las temperaturas de diez grados bajo cero eran completamente normales) sentía que iba a ser uno de los inviernos más duros que iba a experimentar.

Entonces un milagro sucedió allí mismo en Baker Street, y la voz de mi ángel llenó el ambiente solitario de la estación.

Esta vez estaba en el andén de delante y no en los pasillos. Sentado delante de mí en el suelo, con su guitarra en el regazo y mirando hacia la derecha. La voz del chico acompañaba el sonido de las cuerdas al ser rasgadas y se paró un momento para mover con mucha suavidad las clavijas que había en la cabeza de la guitarra, afinándola. Yo no sabía nada de guitarra, pero tocaba el piano desde los seis años. Cinco segundos después, su mano derecha volvió a rasgar las cuerdas y vi cómo la izquierda iba cambiando de acordes y también de trastes en el mástil.

Mi piel se erizó bajo la ropa.

¡Después de angustiosas y psicóticas horas de espera y desesperación por volver a escuchar su voz, ahí le tenía!

Necesitaba hablar con él, al menos saber su nombre, ¡al menos! Estaba demasiado obsesionada y escuchar de nuevo su voz me había tranquilizado, pero también puesto más nerviosa al mismo tiempo. Hasta hubiese sido capaz de sacar el móvil en ese momento y grabarle, para poder escucharle cantar hasta que me durmiera. Su voz era tan suave… como si le cantara a un infante.

Necesitaba hablar con él.

Seguía teniendo aquella sensación en el cuerpo de acercarme aún más a él y presentarme como era debido. Era una sensación de familiaridad lo que sentía hacia él; algo que nunca antes había sentido.

Me puse de pie y decidí ir al otro andén. Necesitaba llegar hasta él y saludarle.

Me sentía como una niña de quince años que veía a su artista favorito en persona por primera vez. Todo aquello estaba siendo demasiado emocionante, y en mi momento de mayor locura consideré sacarme una foto con él, para ver cómo era su sonrisa. De momento tan solo la había visto una vez y había sido muy tímida. Salvo la de mi sueño, que había sido completa, pero toda la emoción que recorrió mis venas se congeló al ver que se me había vuelto a escurrir entre los dedos.

Quizás me había visto y había huido sabiendo que estaba obsesionada. Quizás sabía leer el pensamiento y había previsto que iba a acosarle. También podía ser que simplemente hubiese tenido que marcharse porque tenía prisa. Pero entonces, ¿por qué había estado allí sentado en medio del andén cantando? No tenía sentido. Aunque de todos modos tampoco era que mis teorías fuesen especialmente lógicas.

Definitivamente estaba demente.

Frené mi carrera cuando llegué al sitio en el que había estado sentado mientras cantaba. En su lugar había un cuaderno de piel granate. Me agaché y con mucho cuidado lo sostuve entre mis manos, ya que parecía bastante viejo o muy usado. Como continuaba sin aparecer nadie, ni ningún tren por la estación, me senté en los bancos y lo abrí por la primera página.

En el caso de no ser el propietario o propietaria de este cuaderno, devuélvaselo a Aiden Harris.

¿Aiden Harris? ¿Quién era Aiden Harris? No conocía a ningún Aiden Harris. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue la caligrafía con la que estaba escrito aquello. Era claramente masculina, pero se notaba bastante elaborada. Tampoco era la típica caligrafía de

muchacho adolescente de instituto, sino de alguien que realmente la cuidaba y quería hacerlo bien y bonito.

No te olvides de dónde vienes, Aiden. No estarías aquí si no hubiese sido por ella. No te atrevas a olvidarlo. No permitas que la locura consuma tus días y tus noches, Aiden. Ella lo quiso así. Viniste a Londres con un solo propósito: el triunfo.

Recuérdalo, estúpido niño ignorante.

Se llamaba Aiden.

Era un nombre bonito. La fuerza con la que apretaba el bolígrafo cambiaba según la palabra escrita. Por ejemplo, la palabra «ella» estaba escrita con suma delicadeza, y hasta pude visualizar el trazo del bolígrafo en el papel. Pero el «recuérdalo, estúpido niño ignorante» estaba escrito con tanta fuerza que hasta pude imaginarme su ceño fruncirse al escribirlo.

Pasé la página y vi un montón de citas de filósofos, poetas y políticos, hasta que llegué a una que no me dejó indiferente. El título era: "DÍAS DESTACADOS", y debajo, miles de fechas estaban escritas y al lado de estas, una palabra. No tenía ni idea de qué era todo aquello, pero ya me sentía maravillada con él.

15 de Mayo de 2012: vergüenza.
22 de Julio de 2012: nerviosismo.
24 de Julio de 2012: felicidad.

Aquella parecía haber sido una muy buena época para Aiden. Quizás se había enamorado de alguien. ¿De Marie, quizás?

6 de Octubre de 2012: tristeza.
13 de Octubre de 2012: impotencia.
29 de Octubre de 2012: ira.

A partir de aquel momento todas las fechas fueron pesimistas hasta Enero de dos mil trece. Palabras como «éxtasis» u, otra vez, «felicidad» estaban escritas en todas las fechas anotadas, que se repetían constantemente en los márgenes de las páginas. Pero llegamos a Junio y todas volvieron a ser pesimistas, negativas.

2 de Junio de 2013: dolor.

14 de Junio de 2013: soledad.

Y ya no había ninguna fecha más apuntada hasta una que me llamó realmente la atención:

3 de Noviembre de 2013: esperanza.

Tres de Noviembre. Eso fue ayer. ¿Le había pasado algo bueno?

Suponiendo que la chica de la que se había enamorado (adjetivos buenos) le había dejado (adjetivos malos), y quizás le había dicho que continuaba queriéndole. Si mi suposición era cierta, me alegré mucho por él. Aunque no lo conociese de nada, aunque tan solo hiciese cinco minutos que hubiese descubierto su nombre, sabía que merecía ser feliz. Parecía ser que sufría mucho en su día a día. Con aquello, el chico ya lo merecía todo.

Un papel cayó de entre las páginas, aún sin abrir, del cuaderno. Era la fotografía de una chica.

Sonreía a la cámara. Sus ojos eran azules como el mar, parecidos a los de Aiden (aunque los de él eran más claros), y brillaban ante el objetivo con dientes relucientes y blancos como el marfil. Las mejillas algo sonrojadas, como si se tratase de una amapola dispuesta a florecer en un campo silvestre. Y su cabello marrón chocolate, lacio y corto por los hombros, cayéndole a ambos lados de su cara.

Cuando le di la vuelta a la fotografía, pareció que mi mundo se paraba y que mi corazón palpitaba más rápido que nunca.

Marie.

Capítulo 3

La belle Marie

Una buena taza de chocolate caliente y una manta, fueron las que me acompañaron en el sofá, para leer el cuaderno de Aiden. Me sentía muy mal al husmearlo… Parecía que estuviese invadiendo la privacidad de Aiden… Pero como decía siempre la abuela Peggy, la curiosidad mató al gato.

Era como si la propia voz del cuaderno me dijera que quería ser devorado por mis ojos, hambrientos por saber un poquito más sobre el chico que cantaba en Baker Street.

Había algunas páginas más arrugadas que otras, manchadas de lo que parecía café o té. Por lo poco que sabía, Aiden era una persona muy profunda. El simple hecho de tener un cuaderno en el que escribir su corazón y todas aquellas canciones, ya demostraba lo roto que estaba y, aunque no lo conociera en absoluto, quise abrazarle y que llorara en mi hombro, decirle que fuese lo que fuese lo que le había ocurrido, todo iba a ir bien.

Como en los otros escritos, las palabras que contenían más significado para él estaban escritas con más fuerza, casi con rabia.

Querida Marie,

Quisiera decirte lo bien que me va la vida sin ti, que realmente estoy siguiendo lo que me dijiste. Quisiera llenarte de besos al llegar cada noche del trabajo. Quisiera pelearme contigo por ver todas aquellas películas románticas en Fox, que tanto te gustan y que yo tanto odio. Pero, ¿sabes? No puedo… Y esto me está matando. Te echo mucho de menos. No quiero a nadie más a mi lado, solo te quiero a ti.

Sentí el dolor en sus palabras, únicamente sabía que Marie había sido alguien muy importante para él, , pero parecía que ya no estaban juntos. ¿Dónde estaría? Quizás podría ayudarlo a buscarla pero, otra

vez, la imagen de que Aiden me dijese que lo dejase en paz invadía mi cabeza, y no fui capaz de soportarlo.

La incertidumbre de saber tanto sobre él, pero no saber nada a la vez me estaba matando a mí también. Yo tampoco quise a nadie más a mi lado, salvo el chico cuya voz era el más dulce de los sonidos y cuya mente valía tres veces oro.

Para mí, Aiden era un tesoro.

Todos en nuestra vida leemos El Diario de Anna Frank o sabemos al menos quién es. Aquella niña judía que se refugió en Holanda, que escribía su vida durante el holocausto en la Segunda Guerra Mundial; gracias a ella sabemos mucho sobre lo que realmente pasó. Ella escribió su vida, sobre sus amigas, sus aficiones, amores, horrores y desgracias.

Bien, ¿por qué no leen el mío? Es decir, mi vida está también llena de desgracias y aficiones, ¿por qué no me escuchan? Prefieren escuchar a niños multimillonarios repeinados, con chaquetas de flecos dorados y que cagan oro, antes que a mí. Pero algún día, lo juro por mi vida, el mundo sabrá quién es Aiden Harris.

Pareció ser una persona bastante decidida. Las palabras de aquel cuaderno me consumieron como si fueran la mejor novela, y quise de nuevo saber cuáles eran sus sueños, sus aficiones y por qué había ido a Londres. Quizás quería huir de su pasado, ¿quién sabía? Podía ser que hubiese querido cambiar de aires, o que no se llevase bien con su familia. Quizás tenía algo que ver con Marie, aquella chica a quien le dedicaba todos los poemas y pensamientos.

El sentimiento del engaño no es solo el enfado hacia esa persona, sino hacia ti mismo también, porque eres tú quien ha confiado en él o ella, y eres tú quien ha cerrado los ojos ante una posible mentira. Por lo que no vale la pena sentir rencor hacia ella, sino hacia mí mismo.

Mi padre tiene razón, soy estúpido e ignorante.

A medida que fui pasando las páginas, me sentí más y más culpable de leerlo, pero el «estúpido niño ignorante», escrito en la mayoría de los márgenes de todas las páginas, me dio ganas de continuar adelante, adentrándome cada vez más en la cabeza del joven músico.

Se me encogía el corazón, al leer todas aquellas palabras, e igual que cuando lo vi por primera vez, quise abrazarle y decirle que él valía más que todas esas palabras hirientes. .

Para mí, Aiden fue un tesoro.

Además, una de las cosas más curiosas que había en todas aquellas frases, tanto si eran buenas como malas, estaban escritas

aleatoriamente. No tenían un orden asignado, lo que me hizo suponer, aún más, lo perdido que estaba en el mundo. Aunque, ¿qué iba a saber yo, en realidad? Le estaba juzgando a partir de lo que había escrito en un diario.

Aiden parecía ser el gato de Cheshire esperándome en el país de las Maravillas para contarme todos sus líricos pensamientos, y siendo su cuaderno el conejo que, por culpa de mi incesante curiosidad, me hizo caer al vacío, transportándome a su cabeza para saciarme de misterio por él y la enigmática Marie.

Me di cuenta que algunas de las frases estaban escritas con una caligrafía un tanto ilegible. Quizás tenía prisa. Había dibujados algunos corazones y mariposas con tinta rosa, y una M y una A adornaban el final de una de las frases. Aquella A debería pertenecer a Aiden y la M, a Marie. Pero quizás era su hermana, o su perro, o yo qué sabía. Allí volvían las frases depresivas, como «la vida es una mierda y cualquiera que diga lo contrario, miente deliberadamente». Cerré el cuaderno y lo dejé en mi regazo. Sabía que la mayoría de las frases eran partes de canciones ya escritas, pero igualmente eran muy bonitas.

Me levanté del sofá y volví a coger el cuaderno, decidida a encontrar a Aiden, aunque quién sabía dónde estaría. En treinta segundos se había esfumado ante mis narices y ya no lo había vuelto a ver más. De camino a casa, había estado mirando en todas las estaciones de metro por si lo encontraba allí, pero todos mis intentos fueron en vano. También tuve que admitir que mis ganas de devolvérselo no eran excesivas, pero después de pasarme la mañana leyéndolo, era mi deber.

Tenía ganas de volver a ver a Aiden. Quería hablar con él, conocerle un poco más. Siempre me había considerado una persona curiosa, pero nunca había tenido tanto interés en alguien. Fue como si de repente algo despertara en mí, o como si unos hilos me movieran cual títere. No sabía cómo describirlo, pero no lo pude resistir. El recuerdo de su rostro joven y atractivo susurró mi nombre, atrayéndome aún más a él.

Todos aquellos pensamientos en las hojas de papel me acecharon indiscretamente y se colaron en mi cabeza como serpientes sigilosas, hambrientas de obsesión y remordimiento, pero apetitosas y tentadoras al mismo tiempo. Sabía perfectamente que no estaba bien lo que estaba haciendo y que después me sentiría muy mal por haberlo hecho.

Había más gente por la calle que otros días, y la señora Van Tisel ya me saludó con su muy característico «¡Buenos días, Leo!». El frío se había acentuado un poco más, y enrollé mejor la bufanda en mi cuello, mientras me dirigía de nuevo a la boca del metro para ir a

Baker Street y ver si Aiden había regresado allí. Si lo pensaba, solo había pasado un día desde que sabía de su existencia y allí estaba yo de nuevo, buscándole por Londres para devolverle su cuaderno, con la esperanza de poder conocerle un poco más.

Quería conocerle y escucharle cuando nadie lo hiciese. Ya no quería soñar con que bailábamos en Baker Street, quería que me llenara la cabeza de sus preciosas palabras.

Una vez en el vagón, dejé mi mente divagar, llevándome a recordar que aún tenía que comprar los billetes de avión a Estados Unidos. Con el cuaderno de Aiden, se me había olvidado por completo. Me sentía un poco mal de reconocer que no quería volver a casa para Navidad, pero era lo que sentía. Tenía ganas de pasar las navidades en Londres, de ver el ambiente que solo había visto en las películas.

Cruzando las piernas, volví a colocar el cuaderno en mi regazo y lo abrí por una página cualquiera, sumergiéndome de nuevo en aquel mundo, lleno de recuerdos e ilusiones.

"Quiérete como nunca lo ha hecho nadie.

Quiérete a ti mismo y esa será la clave — M, 24.09.2012."

Después había algunos que otros dibujos, aleatoriamente esparcidos por el papel, aviones, cohetes, estrellas, corazones… La tinta era de un color azul cielo que nunca había visto en el cuaderno, pero lo que más me sorprendió fue la caligrafía. Era más delgada y perfeccionada de la que estaba acostumbrada a ver y parecía claramente femenina. Estaba al noventa y siete por ciento segura de que aquello no lo había escrito Aiden. Además, estaba firmado con una M.

Por todo lo que pude saber, aquella M podría pertenecer a Marie, pero era curioso que alguien dejase que otra persona escribiese en su diario personal o cuaderno de apuntes. Poniéndome en la piel de Aiden, yo no lo hubiese permitido de ninguna de las maneras. Sin embargo, hubiera sido muy hipócrita de mi parte, porque allí me encontraba yo leyéndolo. Y como ya era costumbre en ese cuaderno, bajo aquella declaración de amor alegre y jovial, un texto que decía todo lo contrario.

Hay veces que tengo la sensación de no ser suficiente para el mundo. Es como si me ahogase, en el intento de asomar la cabeza por encima de la superficie del gentío y la humanidad, y siento que mi cuerpo y mi cabeza son mi propia prisión. Lo odio.

Levanté la cabeza cuando vi por el rabillo del ojo las paredes de la

estación de Baker Street.

Miré a ambos lados para ver si veía de nuevo a Aiden y aunque no le vi, su voz me indicó que estaba allí. Con la más grande sonrisa que alguna vez mi rostro había acogido y aquella cara de idiota psicópata, me acerqué a él y me planté delante. Llevaba puesto lo mismo que el día anterior, aquel jersey que era varias tallas más grande, y que prácticamente le tapaba las manos.

Ahora que ya le pude poner nombre, Aiden, provocó que miles de escalofríos recorrieran mi cuerpo. Ya no sentí frío, ni calor, ni nada. Solo pude pensar en que le tenía allí delante, de nuevo.

La piel de la portada de su cuaderno quemó en las palmas de mi mano. Sin embargo, no lo solté. Mis nudillos se fueron tornando poco a poco de color blanco, a causa de la fuerza con la que lo sujetaba.

Como de costumbre, las suaves notas de los agudos y los graves estaban sintonizadas a la perfección. Las cuerdas no estaban siendo raspadas, sino arpadas, y sus delgados y largos dedos se movieron con una agilidad impecable, que me recordó a mis años de pianista cuando era pequeña.

Aiden terminó la canción y se encontró con mi mirada.

Durante unos cinco segundos dejé de respirar, para aguantar la mirada de sus ojos aguamarina. Parecía que él tampoco podía apartar los suyos.

No podía hablar, me había quedado muda.

Encontrando la fuerza y el valor, levanté los brazos y le tendí el cuaderno con ambas manos, para que viese qué era lo que había venido a hacer. Un nuevo tren llegó a la estación y las personas que bajaron comenzaron a rodearnos, ajenas a lo que estaba sucediendo. Tampoco era que fuese gran cosa, pero tenía a Aiden delante de mí. La persona por la que llevaba un día obsesionada.

—Así que lo tenías tú.

No sonó a nada de lo que hubiese imaginado. Fue como si miles de pequeños hombrecillos se metieran en su cuello y no dejasen de arpar sus cuerdas vocales, haciéndola aún más ronca de lo que ya era durante el canto. Pareció el ronroneo de un gato cuando lo acariciabas, gris y familiar.

Pasó la cinta que aguantaba la guitarra por su cabeza y la dejó en el suelo, guardando sus manos en los bolsillos de sus pantalones. Sus ojos esperaron una respuesta con ansiedad, posiblemente queriendo saber dónde lo había encontrado, y por la expresión en su rostro, supe que me había reconocido.

—Ayer lo encontré en el suelo y… —no conseguí terminar la frase sin temblar, porque Aiden me miró sin emoción alguna y aquello me desconcertó— Estoy aquí para devolvértelo. Sé que no es de mi

incumbencia, pero escribes muy bien, y…

—¿Vas a devolvérmelo o no? —me cortó secamente, sin dejar que terminase mi frase y haciendo que me diera cuenta de que mis dedos seguían aferrados al cuaderno.

Parpadeé varias veces asimilando lo que me acababa de decir. Repentinamente, los ojos aguamarina, que tan cálidos me hubieron parecido, se tornaron gélidos como el hielo y duros como el granito.

¿Tan patética había sonado para que me cortara de esa manera? Sabía que había hecho mal en meter las narices en su cuaderno, pero no hacía falta ser tan desagradable.

Sin responder verbalmente a lo que me había pedido, le planté el cuaderno en el pecho, prácticamente lanzándolo, y él tuvo que quitar sus manos de los bolsillos para que no cayera al suelo.

—¿No vas a darme ni un simple gracias? —me atreví a preguntar, ciertamente indignada por su actitud.

Aiden levantó la ceja izquierda y escondió el cuaderno bajo la axila, cruzando los brazos por encima del pecho.

Aquel chico era condenadamente atractivo.

—¿Para qué voy a agradecértelo cuando has estado husmeando en algo que, no es de tu incumbencia?

Touché.

Todo lo que estaba diciendo era verdad, pero no había necesidad de ser tan impertinente. Es decir, ¡me había tomado la molestia de ser una persona moralmente correcta, después de una incesante batalla conmigo misma! Él no sabía nada de lo que había estado ocurriendo en mi cabeza, y aun así había ido expresamente a Baker Street para devolvérselo. ¿Y si nunca más hubiera vuelto a estar allí?

Fruncí el ceño y me reajusté la bufanda al cuello, dándome la vuelta sin decir adiós.

En realidad me sentí un poco hipócrita porque había hecho algo que no debía, pero me reconfortaba la idea de saber que, al final, había actuado bien. La imagen de Aiden cayó al suelo. Aquella figura del chico con la voz de ángel, se rompió en mil pedazos ante mis pies y no iba a ser yo quien los recogiese, que fuese su querida Marie a hacerlo. Había estado una noche soñando con su voz, su magnífica voz, para que después resultase ser un imbécil. No supe muy bien a dónde me dirigía, pero sabía que quería salir de allí.

—¡Eh, espera! —escuché pasos detrás de mí.

Aiden me cogió del brazo por sorpresa y me hizo dar la vuelta, su tacto quemándome a través de la ropa. Pude leer en sus ojos que estaba arrepentido, el sentimiento de culpabilidad estaba allí y me ablandé.

—Discúlpame, he sido un mal educado. Normalmente no soy así…

Perdóname —murmuró mirándome a los ojos.

Pareció que tuviesen imanes, porque no podía apartar mi mirada de la suya. No pude enfadarme con él, si sus ojos me miraban con aquella disculpa. Yo también había hecho algo que estaba mal.

—Está bien, no te preocupes. Discúlpame a mí también, no debería haber leído algo que no es mío.

Aiden suspiró mientras sonreía, y agachó la cabeza, vergonzoso.

—Me llamo Aiden —me tendió la mano derecha con una sonrisa que formó un hoyuelo en su rostro.

—Yo soy Leo. En realidad… me llamo Elionor, pero no me gusta —le respondí, igual de tímida, y encajé mi mano con la suya.

Su piel fue cálida contra la mía, y entonces sentí un cosquilleo en la boca de mi estómago, como si dos piezas de rompecabezas hubiesen encontrado la continuidad entre ellas, ese enlace que las hace encajar para poder seguir el paisaje.

—¿Te apetecería que fuésemos a dar un paseo por el parque? Hyde Park está justo al bajar Baker Street.

Ajenos a las personas que nos rodeaban y pasaban de largo, sus dedos seguían envolviendo mi mano.

—Me encantaría.

Poco sabía yo que aquel paseo por Londres, una ciudad que nunca descansaba, ni dormía, me deparaba una de sus múltiples e inesperadas aventuras. El inicio de la historia de Elionor Broome y Aiden Harris.

Capítulo 4

Conociéndole mejor

Caminar con Aiden por el mismo lugar en el que me había comenzado a obsesionar por su voz fue un poco extraño, a decir verdad.

—A mí me parece un nombre bonito. No deberías avergonzarte de tu nombre —respondió guardando las manos en los bolsillos de nuevo

—Suenas como mi madre —puntualicé, rodando los ojos y él rio.

Su risa era endemoniadamente adorable.

—Tengo experiencia en estas cosas, créeme. Mi hermana se llama Arianne, pero prefiere que le llamen Ari. Yo siempre le llamo por su nombre completo.

Se quedó callado cuando nos paramos en un semáforo. Habíamos llegado ya a Marble Arch.

—No parece muy inglés ese nombre —comenté mirando los dos autobuses rojos, que se habían parado en el semáforo para darnos el paso.

Los ciudadanos de Londres paseaban tranquilamente, igual que nosotros, disfrutando de un sábado por la mañana. Era agradable ver que la ciudad estaba tan llena de vida.

—Somos medio franceses, mi madre es de Nantes —respondió Aiden sin darle mucha importancia, encogiéndose de hombros—. ¿Y tú? Tu acento no es muy británico, que digamos.

—Soy de Wisconsin, Estados Unidos, no sé si lo conocerás. Es bastante remoto, aunque no precisamente pequeño. Se encuentra entre Minnesota y Michigan, la ciudad más grande es Milwaukee… ¿Lo conoces? Aunque yo vivía más al norte, más cerca de Minneapolis.

—Eres una chica del norte, entonces. Y no, no lo conocía. Bueno, Minneapolis sí… La cuna del famoso Mississipí —rio con cierta gracia y me sorprendí de que supiera todo aquello.

—Se podría decir así —dije, ajustando mejor la bufanda en mi cuello, mientras Aiden asentía y tomé el silencio como que podía continuar—. Vine a Londres hace unos dos años, en busca de un cambio, ya sabes… Y no soy muy experta con los acentos británicos, no me he movido de Londres, pero el tuyo no suena muy londinense.

Aiden esbozó otra sonrisa, socarrona esta vez, y me miró de reojo al ver que no acababa mi frase. Aunque no hiciese muy buen día en Londres, era suficiente para poder admirar cada ángulo del rostro de Aiden. No tenía una nariz muy grande, pero tampoco pequeña; más bien diría masculina. Su mandíbula era fuerte y prominentey, cuando sonreía, un solo hoyuelo aparecía en su mejilla izquierda, haciéndolo parecer un niño de cinco años.

—Soy de Chester. ¿Sabes dónde está?

—Cerca de Liverpool, ¿verdad?

Aiden asintió y nos adentramos en el parque.

Había muchas hojas en el suelo que habían caído de los árboles a causa del viento,la sensación térmica era de estar a unos cuantos grados bajo cero. Los múltiples colores otoñales fueron decolorándose cada vez más y las hojas danzaron en el aire cual bailarinas, muy atentas a cada movimiento que hacían y enredándose en nuestros pies, con cuidado de no ser chafadas. Alguna que otra ardilla mordisqueaba sin éxito las piñas que habían caído al suelo.

Nos adentramos aún más en Hyde Park, sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra. Estaba con Aiden, el chico cuya voz había sido y era una obsesión para mí, cuando lo tenía delante, no me salían las palabras.

—¿A qué te dedicas, además de cantar, quiero decir? —pregunté con ánimos que romper el hielo.

—Me temo que la música es lo único que hago, ¿y tú? —respondió mirando el suelo.

—Trabajo en una cafetería.

Aiden asintió sellando sus labios en una línea recta, sabiendo que no diría nada más. Aunque me gustara disfrutar de su silencio, mi propósito era conocerlo un poco más, así que pregunté lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Cómo se llama tu madre? —dije por preguntar algo.

Sonó bastante absurdo, a decir verdad.

—Maxine. ¿Por qué quieres saberlo? —levantó una ceja y prácticamente murmuró las palabras, sin articular mucho.

Me encogí de hombros y chuté una piedra color gris del suelo.

—Por curiosidad.

—Haces bastantes preguntas —dijo parándose para mirarme, con el comienzo de una sonrisa burlona en la comisura de sus labios.

Mis mejillas se enrojecieron, pero pude esconderlo gracias al frío londinense del ambiente.

—No sé cómo responder a eso…

—No es algo malo —añadió despreocupado, aunque con cierta incertidumbre—. Bueno, a veces. Depende. No lo sé —terminó con una risita nerviosa.

Asentí algo patosa y continué caminando, escuchando los rápidos pasos de Aiden contra la arena del suelo al intentar seguirme el ritmo. ¿A dónde iba? No tenía ni la más remota idea, porque no podía pensar correctamente cuando Aiden estaba cerca de mí.

—¿Sabes hablar francés? —volví a preguntar.

Estaba hablando demasiado y, seguramente, también estaba haciendo el ridículo.

—Sí, mi madre se encargó de enseñarnos —asintió mirando el suelo.

—Por eso sabías esa canción de cuna…

—¿Qué canción de cuna? —levantó una ceja esta vez, mirándome.

No me di cuenta de que había pensado en voz alta.

—Un día coincidimos en el vagón del metro y te escuché cantar una canción de cuna, a un niño que no paraba de llorar —admití con el rostro ardiendo de la vergüenza, y esa vez no hubo manera de disimularlo.

Aiden volvió a guardar sus manos en los bolsillos y la guitarra quedó colgando por completo de su hombro, su cabello rubio oscuro volando en todas direcciones, mientras subía ambas cejas demostrando que sabía perfectamente de lo que estaba hablando. Estaba segura de que me había visto.

—Oh, sí, aquel día que me seguiste a mi casa.

Y aquello lo acabó de confirmar, pero Aiden no volvió a decir nada al respecto.

Seguidamente, nos sentamos en un banco del parque y nos dedicamos a charlar. No me atreví a preguntarle quién era Marie, aunque las palabras de sus recuerdos quemaban en la punta de la lengua. Tuve el presentimiento de que aquello era demasiado personal y podría enfadarse. Aiden era agradable, y sus ojos eran muy expresivos. Mi abuela Peggy siempre había dicho que los ojos eran el portal del alma, y vaya si lo fueron en el caso de Aiden.

Me contó que había llegado a Londres hacía seis meses, aunque no me dijo el porqué, pero tampoco pregunté. Él era el mayor de tres hermanos: Arianne, de diecisiete, y Pierre, de quince. Me explicó también que cuando su madre era adolescente, el líder de su grupo de música favorito se llamaba Aiden, y que por eso él se llamaba así. Me pareció gracioso.

“C'est la vie”, se encogió de hombros.

También añadió que sus hermanos tenían nombres franceses porque fueron a vivir durante un tiempo a Nantes, y allí nacieron ellos. Sus padres eran neurocirujanos, ambos, y contó que se conocieron en un congreso en Berlín. Ellos también querían que su hijo continuara con la tradición de médicos en la familia, pero Aiden, se negó a los deseos de sus padres y se marchó de casa durante unos tres días, yendo a casa de alguien de quien no quiso decir el nombre.

—¿Y tú? ¿Por qué te llamas Elionor? —me preguntó cambiando de tema.

—Pues la verdad es que a mi madre le gustan las cosas que no son comunes. En un libro encontró mi nombre, le gustó y… bueno, supongo que por eso me llamo así. Según dice, es un nombre medieval europeo.

Nuestros pies pisaron las hojas secas del suelo y nos sumimos en un silencio ya normal entre los dos, pero esa vez fue Aiden quien lo rompió, tomándome absolutamente por sorpresa.

—Eres alguien peculiar.

—¿Por qué dices eso? —quise saber.

—Eres de un lugar que nunca hubiese adivinado. Tienes un nombre curioso y original, y, además, eres increíblemente alta.

—¿Y eso es algo malo? —fruncí el ceño, preocupada por lo último que había dicho.

No me gustaba el hecho de ser alta porque la gente se me quedaba mirando o simplemente mi cabeza sobresalía en la cola del supermercado. Además, no podía usar tacones, porque me mirarían más.

—En absoluto, es muy guay. Es mejor para ti porque así llegas a los sitios altos sin ningún problema, aunque las señoras ancianas deben pedirte constantemente que les cojas el bote de tomate de la estantería más alta, porque es el que tiene la fecha de caducidad más larga —rio Aiden, contagiándome a mí también.

Hablar con Aiden estaba siendo tal y como lo había imaginado: natural. Me estaba contando muchas cosas de él y aunque no pudiese quejarme, la curiosidad me pidió cada vez más, aunque tenía la extraña sensación de haberle conocido desde siempre. Tratar con él era tan fácil, como el simple hecho de abrir los ojos y mirar.

—Te han rugido las tripas —puntualizó Aiden levantando una ceja, mientras una sonrisa jugaba en sus labios.

Mis mejillas se sonrojaron por tercera vez en el día —¡tercera vez! — y miré a otro lado. A esas horas del día, los únicos que quedaban en el parque eran las ardillas, los pájaros, las hojas en el suelo, y las madres que metían prisa a sus hijos para que recogiesen todos los

juegos en el arenal.

—Te invito a cenar —dijo Aiden.

—Oh, no, no hace falta. En serio —me apresuré a decir.

Me levanté del banco y traté de limpiarme la inexistente suciedad que podría haber quedado en mi abrigo, después de estar sentada allí todo el día con él. ¡Ni siquiera habíamos comido!

—Insisto, invito yo y no hay excusa. Te debo esto por devolverme el cuaderno, es muy importante para mí —sentenció él cogiéndome de la muñeca.

Le miré y negué otra vez. Sus mejillas ya estaban rojas también a causa del frío y vi que los dorsos de sus manos comenzaban a cortarse. No quería que se gastara dinero en mí, y mucho menos alegándome que le había devuelto el cuaderno.

Tuve una idea.

—Ven tú a mi casa a cenar y vemos alguna película, ¿qué te parece el plan? Podemos jugar al Cluedo o Scrabble, o a cualquier juego de cartas que quieras.

Aiden torció la boca en una mueca y suspiró mirando al cielo, resignado. Sabía que había ganado esta ronda. Aquello podía sonar un tanto extraño, pero realmente quería pasar más tiempo con él y parecía una buena ocasión.

—Está bien, pero yo pago la comida y la bebida —aceptó con resignación, pero no me soltó el agarre de la muñeca y me miró fijamente a los ojos—. Y voy a machacarte jugando al Scrabble.

En total fueron quince libras y vi la mueca que puso al mirar su monedero. Tuvo que sacar todas las monedas que tenía en la pequeña bolsita para poder pagar lo que habíamos pedido, ¡pero es que no me dejó que pagara las tres libras que le faltaron! Según él, no llevaba nunca mucho dinero, si no tenía que ir a algún sitio importante, pero aun así no pude evitar observar cómo sacaba la lengua y la mordía, concentrado, para poder llegar a las monedas más pequeñas.

Cuando por fin pudo sumar el total, nos sentamos en el pequeño sofá con una manta cada uno en nuestro regazo. Ambos nos habíamos descalzado y nos mirábamos frente a frente con el tablero entre nosotros. La pizza ya venía cortada en pequeños trozos y Aiden se llevó uno a la boca masticándolo con lentitud excesiva.

—¿En serio es tu favorita? —dijo refiriéndose a la pizza cuando hubo tragado.

—La pizza de bacon es una de las mejores, ¿de acuerdo? Además, ¿qué tiene de malo el llevar pocos ingredientes?

—Nada, simplemente es sosa —murmuró llevándose otro trozo a la boca.

—Si crees que es tan sosa, ¿por qué no comes de la tuya? —señalé la otra.

Había una oferta en *Domino's* con la que podías escoger los ingredientes de tu propia pizza, y Aiden la había pedido de frankfurt, carne, pepinillos en vinagreta, jamón, bacon, peperonni, mozzarella, piña, pollo y champiñones. Era, literalmente, la cosa más asquerosa que había visto en mi vida.

—Quiero ver cómo te comes esa pizza Aiden Harris —tuve que apartarme la lata de mi bebida porque me atraganté con la Coca-cola.

—Oye, que la inventé yo.

—¿Y por qué tantos ingredientes? Debe causar dolor de estómago.

Aiden se encogió de hombros y le dio otro mordisco a la de bacon. Acerqué mi mano lentamente a la pizza Aiden Harris y cogí un trozo con cierta incertidumbre, llevándomelo a la boca. Fue como una explosión de sabores. Aiden miraba atentamente cada uno de mis movimientos y su rostro se mantenía expectante, mientras veía todas las caras que hacía como reacción.

—¿Qué tal está? —preguntó con cautela.

Intenté esbozar una sonrisa, pero fallé en el intento.

—Es la cosa más asquerosa que he probado en mi vida.

Aiden se llevó un trozo a la boca mientras reía.

—Pues a mí me encanta. Por cierto, comencemos el juego —frotó sus manos, aún mientras estaba masticando, limpiándose los restos de masa que quedaban en ellas.

Prometiéndome a mí misma que nunca volvería a comer aquello, cogí la bolsita de las letras que tenía que repartir. La verdad era que no sabía muy bien por qué me había traído ese juego de sobremesa a Londres, pero agradecí haberlo hecho.

Llevábamos más de dos horas de partida y la paliza por su parte era monumental, me llevaba más de cincuenta puntos.

—¡Triple puntuación de la palabra! —canturreó él, tomando otro sorbo de su cerveza.

Gruñí.

—La suerte del principiante… —intenté quitarle importancia, sacudiendo mi mano.

—¿Principiante? Perdona, pero le doy palizas a mi hermana, aunque ella dice ser muy buena en esto —dijo Aiden casi sin que casi le pudiera entender.

Sus mejillas estaban rojas y ya no llevaba la manta que antes le había dado. Hasta se había quitado los calcetines, que no era que le protegiesen mucho del frío, porque eran de hilo, pero tampoco hacía calor. Encima de la mesita de café había unas ocho latas de cerveza

abiertas y ninguna era mía. Yo me había mantenido toda la noche con una Coca-cola.

—¿Qué palabra has hecho? —pregunté intentando aparcar el tema, retomando la partida.

No era que no supiese perder a los juegos de mesa, hasta la persona con menos suerte del mundo podría ganarme, pero no quería que Aiden estuviera tan orgulloso de sí mismo, cuando lo que pasaba es que yo era muy mala. Digamos que el mérito no fue suyo, sino mío.

—Excedencia —respondió aguantando la respiración—. Triple puntuación por la equis y doble por caer en esa casilla. Total, ¡veintisiete puntos, Aiden Harris es el ganador, señoras y señores!

Suspiré mirando mis letras y observando que lo único que podía formar era "silla".

—¿Te rindes ya, Elionor? —dijo Aiden, socarrón.

Había dicho innumerables veces mi nombre completo y aquello ya me comenzó a molestar. Mi nombre era una cosa que no podía tener ninguna excepción, me incorporé en el sofá para decir algunas cosas. Me daba igual que fuese el chico por cuya voz me había obsesionado, no me gustaba que me llamasen Elionor; y mucho menos cuando me estaban dando una paliza al Scrabble.

Aiden se incorporó también y en un abrir y cerrar de ojos tenía su cara a menos de diez centímetros de distancia, algo así como si me estuviera desafiando para que yo le respondiera.

—¿Sabes que tienes pecas en la punta de la nariz? —murmuró riéndose, como si fuese la cosa más graciosa que había visto en su vida.

Levanté una ceja, pero no me aparté de allí. No quería demostrarle que aquello iba a deshacer mi enfado con él. Nunca tendría que haber permitido que bebiese tanta cerveza —alegando que los ingleses no sabían beber con precaución.

—Aiden, ¿por qué no te quedas…?

No tuve tiempo a formular la pregunta, cuando sentí su boca chocar contra la mía con fuerza y agresividad.

Sus manos frías y cortadas, por el clima londinense, subieron de mi cintura hasta mis mejillas y las cogió con fuerza. Aiden fue tan agresivo en el beso que nuestros dientes chocaron y, aunque aullé de dolor, no se separó. Incluso diría que ni siquiera se percató de ello. Nunca hube deseado con tantas fuerzas como en ese momento que mi madre me llamara, inoportunamente como hacía siempre.

—¡Aiden! —intenté decir apartándome de su agarre sin éxito.

Apoyé mis manos en su pecho para intentar despegarme de él, pero sus brazos eran demasiado fuertes para eso y me rodeaban como si estuviese en un cárcel. Hacía demasiado calor en el comedor y lo

que pasaba por mi cabeza era apagar la estufa, además de deshacerme de Aiden, porque era sofocante. Sus labios buscaban desesperadamente una respuesta, en vano.

—Marie, *ne me quitte pas*…

—¿Qué?

Intenté deshacerme de sus brazos y el beso de Aiden se volvió más agresivo aún, hasta que me soltó con rabia. ¿Qué le pasaba?

—*Je t'aime encore, Marie!* —gritó.

Me quedé allí quieta como una estatua. Mi cuerpo se volvió de piedra. Aiden se levantó del sofá y con paso tambaleante se dirigió a la nada. ¿Tanto le habían afectado las cervezas? Y lo más importante… Marie volvía a ocupar sus pensamientos.

¿Pero quién diablos era aquella chica?

—*Marie, ma belle Marie… Pourquoi m'as tu quitté? Comment as-tu pu me faire ça?* —volvió a susurrar y sus ojos comenzaron a derramar lágrimas; me levanté arrodillándome a su lado, sin saber muy bien qué hacer, mientras veía como se tapaba el rostro con ambas manos— *Va te faire foutre, Marie! Pour m'avoir fait t'aimer et tu me manques chaque jour! Je t'aime, Marie, mais je tu hais!*

Aun sin entender nada de lo que dijo, supe que sus palabras iban cargadas de veneno, cuchillas directas a Marie, y en ese momento deseé haber escogido el crédito de francés, en vez de el de fotografía cuando estaba en el instituto. Aiden continuó llorando y le abracé con toda la fuerza que pude, atrayéndolo a mi pecho y dejando que llorase allí. Le abracé y le escuché, como decía en su cuaderno, aunque no entendiera ni una sola palabra.

—*Aidez-moi, s'il vous plaît…* —susurró y al final se le rompió la voz.

Sus ojos, azul aguado, estaban rojos a causa del alcohol y de las lágrimas. Aquel azul tan especial que una vez vivió en ellos desapareció, para dar paso al más angustioso y amargo gris. Le ayudé a levantarse del suelo con las pocas fuerzas que me quedaban y le dirigí a mi habitación. No iba a dejar que se marchase a su casa en el estado en el que estaba.

Los ojos de Aiden continuaron derramando lágrimas, pero esta vez no dijo nada. Quizás se había dado cuenta de que no estaba entendiendo lo que me estaba diciendo. Le senté en el colchón, acariciándole el cabello, estaba completamente sudado y mojado por sus propias lágrimas. La mirada de Aiden estaba perdida a la deriva, como si se encontrara a caballo entre el trance y la vergüenza.

—*Votre téléphone sonne…* —dijo sin mirarme a los ojos.

Entendí lo que me dijo y vi que en la pantalla de mi móvil ponía el nombre de mi madre. Hacía unos segundos hubiera anhelado esa

llamada, pero no con un Aiden perdido y roto en mi habitación. Dejé que terminara la canción.

Abrí el edredón de la cama y dejé que se estirara, tapándole hasta el mentón y acariciando su cabello de nuevo. Sinceramente, fue difícil creer que aquella mañana había estado allí mismo, leyendo su cuaderno, y ahora le tenía ahí.

—Elionor, *pouvez vous dormir avec moi ce soir, s'il vous plaît?*

Estaba ya saliendo de la habitación y dirigiéndome al sofá, cuando escuché mi nombre salir de los labios de Aiden. Se había incorporado en la cama y había apartado el edredón a su lado, así que deduje que me estaba preguntando si podía dormir allí en mi cama con él, con Aiden. Me lo quedé mirando fijamente y me di cuenta de que la mirada de súplica no había abandonado su rostro aún. Suspiré y me acerqué, subiendo a la cama y entrando allí aún con la ropa puesta.

—*Merci* — susurró finalmente girándose para mirarme.

—No estoy entendiendo nada de lo que me estás diciendo —dije, aunque sí había entendido el *"merci"*.

—*Je suis desolé…*

Aiden volvió a darme la espalda, y sentí como si se hiciera cada vez más pequeño. De nuevo, no hube entendido nada de lo que dijo, así que intenté olvidarlo, fallando en el intento, porque a cada inspiración que daba un martillo golpeaba contra mi cabeza, canturreando palabras en francés.

—Buenas noches, Aiden —susurré antes de cerrar los ojos.

—*Bonne nuit,* Elionor.

Capítulo 5

Los colores de una voz

No dormí en toda la noche. No pude pegar ojo con Aiden a mi lado. No podía cerrar los ojos y dejarme caer en los brazos de Morfeo si continuaba sintiendo las piernas de Aiden chocar contra las mías.

Me levanté, tratando de despejar la cabeza de los sucesos ocurridos unas horas antes. El reloj de mi teléfono marcaba las siete y trece minutos de la mañana, pero el sol aún no había salido entre los edificios londinenses.

Miré de nuevo a la cama, Aiden no se había percatado de mi ausencia y en vez de despertarse, abrazó la almohada, como si estuviese a punto de perderla en el abismo de los sueños. Sus facciones estaban relajadas e incluso parecían infantiles, su piel tersa y pálida. La frente estaba libre de aquellas amargas arrugas de miedo, que había visto la noche anterior. Su respiración sonaba profunda.

Sonreí y me dirigí al armario para cambiarme de ropa. Miré por el rabillo del ojo por si Aiden se despertaba, pero no lo hizo. Todo lo que había pasado la noche anterior parecía surrealista. Sentí miedo y euforia a la vez al recordar que él estaba durmiendo en mi cama.

Saliendo de la habitación, vi que su cuaderno se encontraba justo encima de la mesita de café, entre todo el desastre de la noche anterior que aún estaba por limpiar.

Lo volví a coger mientras me cruzaba de piernas en el sofá. Supe que me iba a sentir mal después, como me había pasado la primera vez, pero abrí el cuaderno por una página aleatoria. Volví a tener la sensación de invadir la privacidad de Aiden, pero la curiosidad, una de mis peores enemigas, volvió a apoderarse de mí y hacer que quisiera leer más y más; que deseara sumergirme en el maravilloso mundo alternativo que era Aiden Harris.

A veces me pregunto por qué estoy tan solo en el mundo. Quisiera saber por qué soy diferente. Siempre he estado rodeado de mi familia y amigos,

pero papá no entiende por qué me gusta esto que hago, que me hace sentir libre y bien conmigo mismo. Él dice que es una estupidez. Pues ¿sabes? Siento pena por él, porque el pequeño y estúpido niño ignorante un día será grande.

Me sorprendieron aquellas declaraciones, pero recordé que me dijo que sus padres querían que fuese médico. Es más, había visto más de una vez escrito el "estúpido niño ignorante" por el cuaderno. ¿A caso su padre le llamaba así? Yo no creía que él fuera estúpido.

Volví a hojear un poco más las páginas del cuaderno. Me detuve en una foto de Aiden y una chica en París al lado de la inconfundible Torre Eiffel..

Supe al instante que aquella hermosa chica era Marie.

Ambos salían sonrientes y los ojos de la chica estaban cerrados, con la boca mínimamente abierta, un pañuelo verde le cruzaba la cabeza, adornando su cabello, que le llegaba por los hombros. Aiden llevaba el pelo algo más corto y sus rizos eran más prominentes. Una simple sonrisa se dibujaba en sus labios, haciéndole parecer adorable.

Ambos salían bien. Parecían felices.

Alrededor de la fotografía, en el mismo cuaderno, había algunos dibujitos de color violeta, como si los hubiese hecho alguien más que Aiden.

«La plus belle», era el comentario que había debajo de la fotografía.

Me recordó a la noche anterior, a las lágrimas de Aiden al pronunciar su nombre, aquellas palabras que carecían de significado para mí.

Frases como un «¿A dónde voy? Ni siquiera yo lo sé…» estaban por todas las hojas entre los incontables dibujos. Era como si alguien hubiese saltado las páginas tristes y hubiese visto tan solo las alegres y optimistas. A partir de la página de la fotografía, todas eran bonitas. Los dibujos se hicieron infinitos y me pregunté a mí misma por qué había sido tan estúpida de no haberlos visto antes. Supuse que no me habría fijado demasiado, había estado demasiado ocupada en las palabras y no había observado los dibujos. Retrocediendo en las páginas, llegué a una en que el encabezado era «Los mejores lugares del mundo» y el primero era París. El siguiente era una dirección, Queen's Avenue 23, Holmeshire. El que le seguía a la dirección era Washington DC y el último de todos fue Viena.

Más abajo había una anotación, que parecía haber sido escrita en otro momento, la tinta del bolígrafo era diferente y solo aparecía una palabra: Londres.

Falling In Love de McFly, comenzó a sonar en mi habitación y me levanté deprisa, asustándome. No quería que Aiden se despertara y

maldije los huesos de Cassie al ver que era ella quien estaba llamando (además de que por su culpa me golpeé el dedo meñique del pie con la pata de la cama). Aiden se removió entre las sábanas mientras yo bailaba extrañamente al son del dolor, saliendo de mi habitación y desesperándome porque Cassie estaba insistiendo de nuevo. Miré el reloj del móvil mientras los descolgaba ¡Eran las siete de la mañana!

—¡Bueeeeenos días! —canturreó la armoniosa voz de Cassie.

—¡Voy a matarte! —susurré entre dientes cerrando los ojos con fuerza, tratando de olvidar el dolor.

—Eh, baja esos humos, joven americana —rio en la otra línea—. ¿Qué te ha pasado? ¿Ligaste ayer por la noche y te dejaron con el calentón?

¿Qué diantres estaba diciendo?

—No, tonta. Para tu información, yo no soy como tú y voy morreándome con el primer tío que veo.

—Eh, un respeto, que al menos pillo cacho —advirtió bromeando —. Quizás podrías haberte liado con ese chico tan guapo que canta en el metro, ¿quién sabe?

Si Cassie hubiese sabido…

—¿Qué es lo que quieres? —fui al grano, sintiendo que mis mejillas se sonrojaban.

—Marian me ha llamado para preguntarme si podía cuidar de sus dos retoños, pero ya sabes que soy horrible con los niños, obviamente le he dicho que estoy con fiebre y con la gripe. Entonces le he dicho que tú me cubrirías.

Cerré los ojos y respiré profundamente. De fondo pude oír la voz de mi madre diciéndome que eso en Nueva York, o Chicago, o donde fuese, no me hubiese ocurrido.

Cassie no era buena con los niños, tenía poca paciencia y se desesperaba con facilidad. Pero si Marian se lo había pedido a ella, no era lo más lógico encargármelos a mí. Ya ni siquiera recordaba el dolor en el meñique, estaba centrada en mi enfado con ella. De repente, hubo algo más que me hizo olvidar también mi cabreo.

—¿Elionor?

Aiden entró en el comedor con el pelo absolutamente despeinado y los ojos medio cerrados, descalzo y bostezando.

—¿Eso que he oído es una voz masculina? —preguntó mi amiga, hambrienta de cotilleo.

—Te llamo más tarde. Y no creas que me he olvidado de que me has encargado a los niños de Marian cuando te lo ha pedido a ti.

Lo último que hice antes de colgar fue oír la fastidiosa risa de Cassie. Miré a Aiden, que se había sentado en el sillón delante del sofá en el que estaba yo, e intenté sonreír. No pude evitar recordar lo

sucedido la noche anterior y las lágrimas que había derramado por aquella tal Marie. Los ojos de Aiden volvían a ser de su color normal y supe que aún tenía sueño con tan solo mirarlo. El sol comenzaba a dignarse a salir.

—Lo siento, ¿te he despertado? —pregunté con una sonrisa tímida.

—No te preocupes. ¿Podría yo también tomarme un café, por favor? —respondió en medio de un bostezo y después se tapó la boca en una disculpa.

Sonreí.

—Sí, en la cocina hay. Sírvete tú mismo.

Suspirando, se levantó y se dirigió hacia la cocina. No era muy difícil encontrarla, porque había un cartel muy adorable decorado con flores que decía "cocina". Aiden regresó a los dos minutos con una taza humeante y se sentó de nuevo en el mismo lugar que antes.

—¿No quieres leche o azúcar? —pregunté al ver que tomaba el café solo.

—En realidad no me gusta el café. Es más bien un hábito —respondió con voz ronca mañanera.

Asentí y me quedé pensativa, allí en el sofá, mientras le miraba de reojo tímidamente. Me fijé en cómo los músculos de sus brazos se flexionaban al llevarse la taza a los labios, y en el pequeño sorbo que dio, antes de que el cálido líquido cayera por su garganta. A él tampoco le gustaba el café con azúcar.

—¿Puedo preguntarte algo? —volvió a llamarme la atención y dirigí la mirada a sus ojos.

—Claro.

—¿Nos hemos acostado esta noche?

Me quedé helada en el sofá y miré al suelo. Mis manos comenzaron a ponerse frías, un hábito en mí cuando estaba nerviosa o me sentía atacada, y aparté el cabello de mi cara, dejándolo detrás de mis orejas.

—Eh… No… —tropecé con mis propias palabras por la vergüenza.

—Y dime, ¿querrías acostarte conmigo?

Cuando Aiden esperó una respuesta con mirada curiosa, solo quedaron tres cosas que pudiera hacer en ese momento.

Primera, aceptar a la proposición de Aiden. No era que no pensara que era atractivo, pero me gusta ir despacio y avanzar un poco en la relación antes si es alguien especial.

Segunda, marcharme del país y coger una nave que me llevase a la galaxia más lejana a la Vía Láctea, donde pudiera esconderme y que nadie volviera a encontrarme.

Y tercera, decirle que no.

¿Tan descarado era?

El comedor se fue haciendo cada vez más y más pequeño a causa de la abrumadora presencia de Aiden, y mis manos empezaron a enfriarse aún más. La tensión se pudo palpar en el aire y me dio la sensación de que, si hubiese tenido a mano una tijera, hasta habría podido cortarla.

El rostro de Aiden era serio y sus ojos no abandonaban los míos, sus labios sellados en una delgada línea que no sabía cómo interpretar. Permanecí callada y comencé a cambiar de opinión cuando sentí que sus mejillas comenzaban a teñirse de rojo y sus ojos a entrecerrarse. Poco a poco comenzó a convertirse en una de aquellas muecas incómodas en que ya no puedes contener más la carcajada, y pronto su risotada invadió el comedor. Mi cara de confusión debió ser de fotografía.

—¡Deberías haber visto tu cara! —dijo retorciéndose de la risa.

Frunció el ceño y agarré mejor el puño de la manga de mi jersey.

—No ha tenido ninguna gracia… —murmuré incómoda y miré a otro lado

—¡Oh, *mon Dieu*, Elionor! En serio, ¿crees que me acostaría contigo habiéndote conocido el día anterior? ¿Qué opinión tan baja tienes de mí? ¡Era una broma, mujer! —rió mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

Aiden estaba estirado en el pequeño sillón y sus piernas estaban encogidas para caber, sus antebrazos cubrían sus ojos. A esa hora el comedor ya estaba completamente iluminado por los rayos de sol y maldije a cualquiera de los dioses del submundo, o lo que fuese, por no ayudarme a esconderme, obligándome a pasar la vergüenza que estaba pasando.

—¡Eres un…!

—¿Capullo? —terminó la frase por mí con gesto de burla. Pero pronto su rostro se tornó en una sonrisa triste, nostálgica— Acostumbraba a hacerle esa broma a alguien, que reaccionaba del mismo modo que tú —carraspeó la garganta siguió hablando—. Dejaré de ponerte en ridículo. Tengo cosas que hacer y tú niños que cuidar, ¿me equivoco?

Dejándome sorprendida, vi cómo se levantaba dejando la taza de su café, ya terminado, en la encimera.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté, levantándome yo también, y caminando hacia donde estaba él, intentando olvidar lo que había pasado unos segundos atrás.

—Sordo no estoy, desde luego —dijo mirando alrededor de la cocina—. Quizás deberíamos limpiar un poco, ¿no crees? Yo también contribuí al desastre en tu cocina, en parte —me removí un poco

incómoda—. Ha sido tu tono de llamada el que me ha despertado, no tú.

Sentí vergüenza de que viese todo aquel desastre. Pero siendo completamente honesta, no estaba tan mal. Simplemente no había podido limpiar los platos, como mucho deberían llevar una noche allí.

—Lo siento…

—No te preocupes, he dormido muy bien. Gracias por dejar que me quedara esta noche.

Le sonreí y nos pusimos a arreglar la cocina.

—¿Qué edad tienes? —le pregunté sin pensarlo mucho.

Yo le pasaba agua a los platos y él los metía en el lavavajillas.

—¿Cuántos crees que tengo? —dijo sin mirarme.

—¿Veintidós? —probé suerte y él torció la boca.

—Diecinueve —me corrigió.

Abrí mucho los ojos. ¿Diecinueve años? No, era imposible. Cuando yo tenía diecinueve años ni siquiera sabía qué hacer con mi vida y allí tenía a Aiden, decidido a ser grande.

—Aparentas más —confesé.

—Lo sé, mi hermana siempre me lo decía cuando teníamos trece y quince años. Me tenía mucha envidia. Ya sabes, las niñas a esa edad quieren aparentar más edad de la que tienen —suspiró—. ¿Y tú? ¿Cuántos tienes?

—Veintitrés.

Parecíamos un par de niños pequeños que se conocen en el arenal de un parque.

—Aparentas menos —soltó con un guiñó.

—¿Debo tomármelo como un cumplido? —pregunté saliendo de la cocina y yendo hacia el sofá de nuevo.

—Depende —se encogió de hombros y terminó de poner el último plato—. Supongo que cuando tienes veintitrés tienes que tomártelo como una decepción. A mi madre le encantaría que le dijesen que aparenta cuarenta años, por ejemplo.

Pensé que se acercaría a mí, pero salió de la cocina y se dirigió hacia su guitarra, que estaba apoyada en la pared al lado de la puerta, y se la colgó en el hombro. Volvió a transformarse en aquel mismo chico que conocí en Baker Street y que cantaba una de sus bonitas canciones. Pero esta vez estaba conmigo en mi casa. Y se había quedado a dormir conmigo. Había dormido a su lado porque él me lo había pedido, o así lo había entendido.

—¿Te vas ya? —pregunté, algo que era más que obvio.

Aiden me sonrió. Ya no era aquel muchacho roto que vi la noche anterior después de las innumerables cervezas. Ahora volvía a parecer el mismo que había visto por primera vez en el metro.

—Tengo que irme —dijo sin mirarme y repitiendo aquel gesto tan suyo.

—¿A Baker Street?

—Sí.

—¿Por qué siempre estás allí?

Entonces su expresión cambió por completo, y vi un rayo de dolor cruzar su rostro. Sus ojos se tornaron sombríos de un momento a otro. Me pregunté a mí misma qué era lo que podía haber ocurrido para hacerlo sentir de esa manera. Justo como la noche anterior. Solo había sido una pregunta inocente.

¿Qué era lo que yo no sabía?

Si lo de la noche anterior había estado relacionado con Marie, ¿sería esta vez algo relacionado con ella, también? Sabía que Baker Street tenía su encanto, pero no sabía qué podría haber hecho para entristecerle tanto.

—Perdóname si te he incomodado. Yo no…

Levantó la cabeza para mirarme directamente a los ojos, y sentí que aquella mirada podía alcanzar mi alma, como una serpiente que zigzagueaba por dentro del cuerpo y se colaba entre las costillas llegando al corazón, enroscándose en él como si fuese a matarme y estrangularme, alentándolo y dándole calor al mismo tiempo.

Me removí inquieta en el marco del recibidor, y entonces él me sorprendió acercándose.

—Elionor —me cogió las manos entre las suyas—, disculpa mi comportamiento de ayer por la noche. No volverá a pasar. Gracias de nuevo por dejarme dormir aquí esta noche. Has sido muy amable conmigo.

Abrió la puerta y se marchó, dejándome más confundida de lo que estaba el día anterior. Parecía tener ataques de bipolaridad. O quizás fue que el café estaba caducado y le había afectado al cerebro.

—¡Aiden! ¡Espera! —salí corriendo al vestíbulo del pasillo y mi voz fue cada vez menos audible. Pero ya se había ido.

¿Por qué se había ido de aquella manera? Podría ser que hubiese recapacitado y se hubiese dado cuenta de que no era más que una psicópata obsesionada con él y su voz. Es más, hasta me gustaba cuando no cantaba. Era de aquellos timbres que se te metían en la cabeza y no se marchaban hasta el día en que te morías. La voz de Aiden era grave y ronca, de aquellas que podrías pasar horas y horas escuchando sin cansarte.

Me gustaban los niños. En Wisconsin, además de trabajar en un supermercado, también hice de canguro para los hijos de las amigas de mi madre, y tenía buena experiencia con ellos, pero era domingo y no me apetecía. Si Aiden no se hubiese ido de mi casa, podríamos

haber disfrutado del día juntos, mientras nos seguíamos conociendo.

Seguía repitiendo que lo había conocido el día anterior, pero era como si lo conociese desde siempre. Me había explicado algunos detalles de su pasado; de dónde venía, qué día era su cumpleaños (el uno de febrero) y qué colores eran los que él definía como "colores que te alegran el alma y te suben la autoestima" (que eran el amarillo, el naranja, el verde, azul cielo, violeta, negro y blanco). Me sorprendió que dijese el negro, normalmente es una tonalidad triste que se asocia con la muerte o lo referido a la enfermedad, además de que no era realmente un color sino la ausencia de este, pero él me respondió que su hermana siempre le decía que el negro te hacía parecer más delgado y "subía la autoestima". Igual ocurría con el blanco, simplemente ponía de buen humor y era la representación de la pureza.

Pero tenía la sensación de que no me lo estaba contando todo. Sabía que había algo que escondía y algo me decía que tenía que ver con esa tal Marie —era eso de las corazonadas. Era algo parecido a que si veías el paraguas y tenías la sensación de que va a llover, pero te decías a ti misma "bah, hoy no va a llover… ¡Mira qué cielo tan azul!", aquel día caía la peor tormenta del siglo.

Entre él y Marie había algo más fuerte que una simple amistad. Todo indicaba a un desamor. ¿Pero por qué Aiden había estado hablando en francés? Su madre era francesa y de allí lo había aprendido, pero no entendí por qué tenía que hablar de o con Marie en francés, menos aún comprendía por qué se había dirigido a mí en ese idioma. Aunque, aquel nombre era francés… Podía ser que Marie también fuese francesa. ¡Podía ser que fuesen amigos de la infancia y ella se tuviese que haber mudado a Francia con su familia!

O podía ser que yo dejase de imaginarme estupideces y dejase que mi cerebro descansase de tantas barbaridades.

Mis ojos repararon entonces en algo de un valor incuestionable, que yacía aún en la mesita de café. Lo cogí entre mis manos y lo atraje a mi pecho, prácticamente acunándolo como si fuese un bebé. Se lo había olvidado de nuevo.

Su cuaderno.

Miré el reloj y vi que casi eran las ocho de la mañana y Cassie no me había dicho a qué hora tenía que ir a casa de Marian para cuidar de Seth y Emily, así que mi curiosidad volvió a ganar y abrí de nuevo el cuaderno. Más y más textos tanto en inglés como en francés se extendían por las blancas páginas y me pregunté a mí misma cómo era posible que un muchacho de diecinueve años pudiese escribir de esa manera tan pulida, perfecta e impecable.

¿Nadie se ha dado cuenta de que un diario es como la vida de una persona? Cuando eres pequeño y te regalan tu primer cuaderno, lo primero

que escribes es "Querido diario, hoy mamá me ha hecho poner la mesa y Arianne se ha escaqueado de meter los platos en el lavavajillas."

Reí ante tal aclaración porque era tan real como explicar que mi madre había aprendido a hacer el saludo del cuervo.

Cuando llegas a la adolescencia (mucho más en las chicas) todo es como "Querido diario, ¡no puedo creer que la zorra de Clara me haya robado el novio y que, encima, ella le guste más que yo! ¿Qué tendrá esa guarra plástica que lo único que tiene verdadero es su nombre, que no tenga yo?" (en el caso de una chica) y así junto a los "Querido diario, odio mi vida…", etcétera.

La gente piensa que tener un cuaderno y escribir todos tus pensamientos es una cursilada.

¡Pues yo digo que no!

¿Qué hay de malo en querer desahogarse en una hoja de papel? Tampoco es que lo vaya a leer nadie más, es exclusivamente para uno mismo. Papá dice que es una tontería, que no me va a arreglar los problemas, pero al menos alguien más aparte de Marie me escucha.

Las personas deberían darse cuenta de que el estúpido niño ignorante también tiene sentimientos y necesita paz y tranquilidad.

Leer aquel «tampoco es que lo vaya a leer nadie más, es exclusivamente para uno mismo» me volvió a hacer sentir mal. Siempre acababa igual, ¿por qué no podía dejar de ser tan curiosa? Es más, a mí no me gustaría que alguien husmease en mi cabeza (porque aquella era la sensación que tenía de leer su diario).

Los cuadernos personales van evolucionando a medida que la persona crece y la mentalidad mejora.

A decir verdad, no le culpaba por el hecho de que se hubiese enfadado tanto cuando se lo devolví por primera vez, yo hubiese hecho lo mismo que él o incluso peor. Cuando vio que lo tenía yo, sus ojos mostraron alivio, sabía que era muy importante para él, pero cuando comencé a hablar sobre lo que había escrito ahí… la situación cambió.

Sabía también que había dicho que no era para tanto, además, se lo estaba devolviendo y que aquel era un gesto éticamente correcto por mi parte. Pero aquello tan solo lo decía para hacerme sentir mejor a mí misma, para quitarle importancia a lo que había hecho. Yo sabía que lo primero que habría tenido que hacer era buscar a Aiden y entregarle el cuaderno de inmediato, pero a veces las personas somos muy caprichosas con lo que no es nuestro y queremos saber cosas que quizás no debemos. Aunque a veces, la curiosidad hacía que pudiésemos encontrar a una persona, historia o, incluso, algún mundo desconocido y listo para ser explorado.

Para mí, Aiden era ese paraíso aún por descubrir.

***

La calle estaba igual que siempre. Parecía que Londres nunca dormía y, siendo franca, así lo prefería; Londres estaba viva. En Wisconsin, mi familia y yo siempre habíamos vivido en una granja completamente aislada de la civilización. “El aire es más puro y se vive mejor”, decía mi madre. Pero yo prefería vivir en medio del caos que es una ciudad a un lugar en que lo único que puedes hacer es comunicarte con el pasto a las seis de la mañana o escuchar la música espiritual de mi madre al hacer yoga.

Ir a Londres me había convertido en una chica de ciudad por completo. No cambiaría por nada las tardes de cine con Cassie y Laura en Leicester Square, o los paseos por Oxford Street sin comprar nada, babeando por las tarjetas de crédito de las niñas ricas que pedían a sus padres que les comprasen bolsos de Versace, o lencería de ensueño en Victoria's Secret.

Mi madre siempre me preguntaba por qué cogía el metro en vez del autobús y la respuesta era fácil: era infinitamente más rápido, y porque la combinación era mejor. A parte de que allí siempre puedes ver personas interesantes, incluso había hombres que tocaban el violín o el acordeón, aparte de que encontrabas chicos rubios y con ojos azules, que hacían que te obsesionaras con ellos. ¡Nadie en particular, por supuesto…!

El constante “¡bip, bip, bip!” volvió a invadir mi cabeza y me senté en el primer sitio libre que vi. Incluso dentro del vagón hacía frío. Siempre me olvidaba de ponerme los guantes, pero es que no me gustaba la sensación de llevarlos, era como si mis manos no fuesen las mismas. Recordé la abuela Peggy tejiéndome todos aquellos guantes de colores variopintos para Navidad y lo mucho que tenía que fingir que me gustaban.

Subí la manga del abrigo y miré la hora. Marian me había pedido que estuviese allí en un cuarto de hora, confié en llegar a tiempo, y hundí mi cabeza entre la bufanda. En el vagón todos teníamos frío, la calefacción parecía estar estropeada y podía ver como el resto de los pasajeros se escondían también en sus abrigos. Vi iluminarse la casilla de la estación en la que tenía que bajar y apreté en cuaderno fuerte contra mi pecho. No podía perderlo.

El viento del túnel de la estación a la salida cortaba mis mejillas, haciendo que los ojos me llorasen, y obligándome a esconder más la cabeza entre la bufanda. Aquello me recordó también a cuando mi gato Eddie se metía dentro de mi cama. Sacaba la cabeza para ver qué

era lo que fuese que le llamase la atención y después de pensárselo dos veces la volvía a esconder, durmiendo por el resto del día.

La calle en la que vivía Marian no era muy transitada. Los árboles, despojados de sus vestidos, delineaban la acera y alguna que otra papelera ayudaba a mantener el suelo limpio, haciéndolo parecer uno de aquellos barrios tan caros y que olían a perfume.

Me acerqué al número cuarenta y esperé en el pórtico a que alguien me recibiera. Había llegado a tiempo. La casa era una de aquellas típicas londinenses que se encontraban las unas pegadas a las otras. Era un hogar humilde, aun estando en Westminster. Los ladrillos hacían parecer la casa más alegre, contrastándola con el blanco entre ellos y las ventanas, cubiertas con las cortinas de color crema, había vida en ella. Nada parecido a lo que era mi bloque de edificios, viejo y deprimente.

Una niña de tez muy blanca y dos trenzas me abrió la puerta y se me quedó mirando.

—Hola… —saludó con aquella vocecilla infantil de cuento de princesa.

—Buenos días, Emily. ¿Te acuerdas de mí? —sonreí, agachándome.

Emily sonrió vergonzosamente y agachó la cabeza asintiendo, apartando sus ojos de los míos. Era una de aquellas niñas a las que podías catalogar de princesita. Llevaba puesto un jersey de color blanco con una corona de hilo dorado en el centro y unos pantalones rosa chicle, que cubrían unos calcetines de conejitos grises.

—Hola, Leo —me saludó Marian al final del pasillo y Emily salió corriendo en busca de algo, de vuelta a la casa—. Pasa, no te quedes ahí parada. Hace frío hoy.

—Gracias —sonreí y entré, cerrando la puerta tras de mí.

Siempre me había gustado la habilidad de Marian para decorar. Las paredes eran de color rosa salmón, y el suelo de moqueta era de un color vino exquisito. Los muebles, siempre hacían juego con todo lo que había en la casa, y el sofá color roble le daba un toque encantador a la sala de estar. En el suelo y delante del televisor se encontraba Seth, el hermano mayor, jugando a no sé qué videojuego o, como mi madre diría, Máquina-Absorbe-Cerebro-Y-Agota-Imaginación. Su cabello había crecido desde la última vez que lo había visto y, en mi opinión, le quedaba mejor así. Su cara redonda y la nariz cubierta de pecas le daban el aire travieso que en realidad poseía. Sin embargo, no era tan avispado como su hermana. Emily era, posiblemente, la niña de seis años más inteligente que conozco.

Sentado en el sillón cercano a la librería estaba George, el marido de Marian, leyendo el periódico. Era un hombre muy atractivo, de

aquellos que iban a trabajar siempre en traje. Creía recordar que era el representante de una farmacéutica muy importante en el Reino Unido, por lo tanto, era un pez gordo en el mundo empresarial. Era curioso que Marian hubiese abierto una cafetería, teniendo alguien que ganara tanto dinero en casa, pero siempre me había dicho que era una persona que no podía estarse quieta sin hacer nada, y que su sueño siempre había sido abrir un local en que la gente pudiese relajarse y tomar un buen espresso mientras leían el periódico (algo bastante usual en la casa de los Whitepool, al parecer).

—Elionor Broome, ¿verdad? —preguntó George, levantándose del sillón y ofreciéndome su mano.

Iba vestido con un jersey verde y unos pantalones tejanos, color azul marino. Casual.

—Llámeme Leo, por favor —le di la mano con una tímida sonrisa.

—Oh, no, señorita Elionor, no me llame de usted —añadió con una mueca divertida.

Sonreí con vergüenza y me agaché para saludar a Seth, que también se acordaba de mí. Marian bajó las escaleras con un bolso, aparentemente caro, colgando del hombro y me pregunté a dónde irían. El cuaderno de Aiden continuaba entre mis manos, mientras la pareja se ponía los abrigos y yo aún no me había quitado el mío.

—Muchas gracias por cubrir a Cassie y cuidar de los dos pequeños monstruitos —sonrió Marian acercándose para abrazarme.

—No es nada. Ya no tenía nada mejor que hacer. Ya sabes que me gusta estar con Seth y Emily.

Aunque no era exactamente la verdad. Me gustaba estar con los niños, pero me hubiera gustado más ir a devolverle, de nuevo, el cuaderno a Aiden.

Tanto Marian como George me sonrieron y sentí la calidez de aquel hogar. Se respiraba la paz en aquella casa y me pregunté si algún día yo también podría obtener aquello. Casarme, tener una casa propia en Londres, tener hijos y seguir tan enamorada de mi marido como Marian lo estaba de George.

—Quisiera pedirte otro favor —murmuró Marian, mirando discretamente a sus dos hijos—. ¿Podrías cuidarlos también durante la noche? Hace mucho tiempo que George y yo no estamos a solas, me gustaría pasar la noche con él. Por favor…

¿Cómo podía decirle que no a la mujer que me había dado trabajo, a las tres semanas de haber llegado a Londres? No quería decepcionarla. Entendía que quisiera pasar tiempo a solas con su marido, ya que siempre estaban sus hijos de por medio. Pero yo también quería tener mi maratón de Bridget Jones, o volver a consumirme pensando en qué estaría haciendo Aiden.

—Claro, Marian. Ningún problema —sonreí cálidamente y junté mis manos detrás de la espalda.

—¿De verdad? Si tenías planes puedo pedírselo a alguien más.

Nunca se me había dado bien mentir.

— ¡No, no! No tenía nada que hacer. No te preocupes por eso —rectifiqué rápido.

En realidad, no tenía nada planeado.

— ¡Perfecto! Muchas gracias —se alegró Marian, volviendo a abrazarme—. Recuérdame que te dé libre algún día de estos.

Sonreí, aun sabiendo que no me atrevería a hacerlo. Les dio besos a sus hijos (aunque Seth refunfuñó un poco) y después George se despidió también de ellos.

—Emily no se duerme sin un cuento cada noche. Asegúrate de que es de princesas o te dará la lata —me informó Marian—. Seth prefiere siempre un batido de chocolate, pero no te preocupes por si no tienes, tampoco se va a morir.

—La estás asustando —rio George.

Lo irónico era que aquello sí resultaba bastante horrible, porque no tenía ningún cuento de princesas, ni tampoco batidos de chocolate.

—Creo que sabiendo eso, estarás bien —concluyó Marian ignorando lo que le había dicho su marido—. Si pasa algo, llámame. Te daré el número de George, por si no respondo.

Dicho eso, se marcharon y me dejaron sola con Seth y Emily, quienes jugaban con sus respectivos juguetes y la Máquina-Absorbe Cerebro-Y-Agota-Imaginación. Después de lo que parecieron siglos, me quité el abrigo, sin soltar el cuaderno de Aiden, y me lo acerqué de nuevo al pecho.

—Bien, ¿qué queréis que hagamos?

Capítulo 6

Vayamos al parque

Mantener a dos niños de seis y ocho años encerrados, toda una mañana en casa, fue posiblemente una de las peores ideas que he tenido. Durante el rato que habíamos estado en casa de Marian y George, había estado hojeando el diario de Aiden. Había visto algunas frases apuntadas, citas de poetas y políticos.

"Nunca dejes que alguien te diga que no puedes hacer algo. Si tienes un sueño, tienes que protegerlo. La gente que no puede hacerlo realidad por sí mismo, cree que tú tampoco puedes. Si quieres algo, ve y consíguelo."- Benjamin Franklin.

¿Ves, estúpido niño ignorante? Puedes hacer realidad tus sueños. TIENES UNA NUEVA OPORTUNIDAD SIN ELLA, Aiden. No la dejes escapar.

Ver aquella cita y la nota escrita por Aiden, con el «tienes una segunda oportunidad sin ella» resaltado me hizo pensar a qué se refería. ¿Quién era ella? ¿Puede que fuese su madre? Me dijo que se escapó de casa para poder realizar su sueño de ser músico. ¿Le habría pasado algo a su madre? No, Aiden había dicho que vivía en un pueblo de Chester, con su padre y sus dos hermanos pequeños. ¿Sería Marie la dueña de aquel ella?

Tenía demasiadas preguntas en la cabeza y demasiadas respuestas ilógicas también. Cabría la posibilidad de que Aiden estuviese en Londres por una sola razón, algo que no se atrevía a contarle a una extraña que había conocido el día anterior, y no lo culpaba. El "estúpido niño ignorante" siguió dando vueltas por mi cabeza durante un buen rato.

Desde luego aquel insulto se lo había dicho alguien. Era como cuando de pequeño no se te daban bien las matemáticas, y estas una hora para resolver una ecuación de segundo grado, de aquellas con

exponentes altos y muchas raíces cuadradas con fracciones, y que por más que tuvieses la fórmula te repetía a ti mismo que eras estúpido y que nunca lograrías hacerlo. Al final acabas creyéndotelo.

El cerebro humano es así. Creemos lo que queremos y no lo que es verdad.

— ¿Leo? —una pequeña voz me sacó de mi mundo.

Levanté la cabeza y vi que Seth me miraba fijamente, sentado en el suelo, las piernas cruzadas como un indio, los codos anclados a las rodillas y la cabeza apoyada en su mano derecha.

—Dime, Seth —cerré el cuaderno en mi falta y me incorporé para mirarlo.

Sus ojos marrón chocolate me decían lo que ya sabía: estaba aburrido. Al final se había cansado de la maquinita.

— ¿Podemos ir a algún sitio? —preguntó y después miró hacia el techo sin aparente razón.

— ¡Sí, al parque! —se unió Emily, apartando las muñecas y guardándolas en una caja llena de juguetes.

"O podemos ir a Baker Street", añadió mi subconsciente.

— ¿Os gustaría ir a James's Park? —les pregunté y ambos asintieron.

"¡Tengo que devolverle el cuaderno a Aiden!"

— ¿Puedo llevar la bicicleta? —me preguntó Seth, juntando las manos en forma de súplica.

—Claro. Pero poneros los abrigos, no quiero que cojáis una pulmonía —le respondí, levantándome del sofá.

Tanto Seth como Emily corrieron escaleras arriba a buscar sus cosas. El cuaderno de Aiden continuaba entre mis manos y lo miré fijamente. Ir en ese momento a Baker Street a devolvérselo hubiese sido una buena opción, aunque la descarté, porque hubiese querido ir sin los niños.

Hablando de Aiden, ¿qué estaría haciendo en aquel momento? Era posible que estuviese comiendo, quizás iría a su casa a comer algo y después volvería a la estación a cantar. ¿Pero de dónde sacaba el dinero? Es decir, me había dicho que tan solo trabajaba de cantante en el metro, ¿eso significaba que vivía de lo que le diera la gente? No, eso no podía ser. Una persona no podía vivir con, como mucho, veinte libras diarias. No una persona adulta, al menos, Londres era una ciudad muy cara, y mucho más el centro.

Tenía que haber algo o alguien que le diese el dinero para vivir. ¿Podía ser que fuesen sus padres? Me dijo que eran cirujanos, una familia con mucho dinero, era posible que le ingresaran dinero cada mes en su cuenta bancaria. Pero, si se había escapado de casa porque no apoyaban su sueño, ¿por qué iban a ayudarle a sobrevivir?

Aunque, pensándolo bien, nuestros padres hacían esfuerzos sobrehumanos por nosotros, para nuestra felicidad. Mis propios padres habían aceptado mi claustrofobia en Estados Unidos, y habían comprendido que me marchara a la otra punta del mundo. Pero el día en que le seguí hasta donde vivía, a su apartamento, no me pareció el lugar donde viviría el hijo de unos cirujanos que le pasaban dinero para su manutención. Era un edificio viejo y destartalado, como en el que vivía yo.

A los pocos minutos, Seth y Emily bajaron con los abrigos puestos y la bicicleta, charlando sobre algo que posiblemente estarían negociando, ya que Emily parecía frustrada con lo que decía su hermano.

— ¿Por qué tiene las bicicleta arriba? —le pregunté, extrañada.

Estaba segura de que mi madre no me lo hubiese permitido. Además de parecer que perteneciese a una secta hippie, de aquellas de las películas, era una maniática de la limpieza y las ruedas hubiesen llenado de barro la moqueta de la habitación.

—La guardamos en el cuarto de la lavadora porque mamá dice que si la dejamos en el patio interior los frenos se congelarán.

También esa explicación tenía bastante lógica. Básicamente, en Wisconsin no podíamos dejar nada en el jardín, porque se congelaba hicieses lo que hicieses, así que la tenía en el garaje.

— ¿Estáis listos? —les pegunté a los niños, que asintieron emocionados, ambos, con sus gorros, bufanda y guantes puestos— Pues en marcha.

James's Park estaba lleno de turistas que pagaban para conseguir una hamaca y estirarse a tomar un poco las nubes, como siempre. Era agradable pasear por ahí. Recordé que la última vez que estuve en un parque fue con Aiden, justamente el día anterior. Pensé, mientras me reajustaba la bufanda del cuello con el cuaderno en el bolsillo de mi abrigo, que hubiese pasado una eternidad de aquello.

La mano de Emily estaba bien agarrara a la mía, y la bicicleta verde de Seth iba haciendo eses a unos cinco metros de distancia de nosotras. Los árboles, despojados de sus abrigos, abrían paso a los caminos en James's Park, y las ardillas observaban golosas y atentas a los turistas que iban dejando un rastro de pan en el suelo como Hänsel y Gretel. Había algunos pájaros cantando que le daban un aire más alegre, como si el parque cobrara vida en medio de Londres.

Los visitantes, venidos de todas partes del mundo, se hacían fotos ante Buckingham Palace y recordé dulcemente que yo era una de ellos dos años atrás. También recordé que Cassie quiso hacer reír a un soldado de la guardia real la vez que vine con ellas, y la mirada asesina que le lanzó uno de estos no tuvo precio. Nunca en mi vida

olvidaría su expresión al ver las muecas que le hacía.

Seth cogió la bicicleta y comenzó a dar vueltas al parque, no muy lejos de donde estábamos, y Emily continuó explicándome qué era lo que hacían en la escuela. Me dijo que le gustaba un niño, que se llamaba Paul, y que de mayor quería ser princesa. Después cambió a la opción de enfermera y finalmente a dependienta de una boutique.

— ¿Y tú qué quieres ser de mayor? —me preguntó sonriendo, inocente.

—Yo ya soy mayor —respondí devolviéndole la sonrisa.

—Oh… —frunció el ceño— ¿Y qué eres?

Suspiré y me preparé para explicarle a una niña de seis años que yo trabajaba en la cafetería de su madre, pero Emily era muy lista. Las trenzas, que caían por sus hombros, comenzaban a deshacerse, pero no parecía importarle. Es más, era feliz y le quedaban mejor.

Envidié la ignorancia infantil. Envidié no tener que preocuparse de los problemas, de si estabas más sola que la una, o si tenías que pagar doble recibo de luz, porque el mes anterior no lo habías hecho.

Emily comenzó a hacerme preguntas cuya respuesta muchas veces desconocía, como "¿por qué las ranas son verdes?" Pero sí sabía algunas como "¿por qué la sangre de los príncipes es azul?". Sabía que, si no le daba una respuesta pronto, continuaría insistiendo hasta que la encontrase, así que le respondí lo primero que me vino a la cabeza. Tampoco podía explicarle a una niña de seis años que la sangre de los príncipes no era azul de verdad, sino que era por la transparencia de sus venas entre la piel a simple vista.

—Los príncipes tienen la sangre azul porque… —hice una pausa, pensando en qué iba a ser lo que iba a decir— porque son especiales.

Emily se conformó con lo que le dije y me mostró una sonrisa desdentada.

— ¿Y quiénes son príncipes, para ti?

Miré al frente y pensé otra respuesta que darle. Recordé que cuando era pequeña creía que Take That eran príncipes. Mi tía Lucy estaba obsesionada con ese grupo, recuerdo que tenía un póster en su habitación en el que iban vestidos como tales, así que tenía grabada en la mente aquella imagen.

—Los músicos, por ejemplo —respondí finalmente.

—Mi mamá sabe tocar la guitarra. ¿Significa que es una princesa? —añadió como si fuese lo más obvio del mundo, con ilusión en su mirada infantil.

—Por supuesto.

Emily volvió a sonreír y me contó que para ella los príncipes eran los que te despertaban con un beso, y con los que vivías feliz para el resto de tu vida. ¿En serio que esa niña creía que la vida era un

cuento de hadas? Otra vez, la envidiaba.

— ¿Puedo ir a los columpios? —señaló Emily a la zona de juegos a diez metros de donde estábamos sentadas.

—Claro, pero no te vayas de allí —le dije y se marchó corriendo.

Suspiré, y justo cuando me puse a pensar en mi príncipe personal, el de cabello dorado y ojos azules como acuarelas, su voz me sacó de mi ensueño.

—Así que ahora soy un príncipe, ¿no?

Iba vestido con la misma ropa que aquella mañana y el día anterior, posiblemente ni siquiera habría pasado por su casa a cambiarse. Aquel jersey gris parecía haberse usado muchas veces, en los puños podía apreciarse el comienzo de unas pequeñas bolas de lana, que le dieron un aire despreocupado.

—Oh, Aiden. ¿Qué haces aquí? —le pregunté sonrojándome, intentando evadir la pillada.

—Primero responde mi pregunta —respondió con una sonrisa burlona.

Cerré los ojos y suspiré. Ya había sido suficientemente bochornoso que escuchase todo aquello, como para que, además, echase leña al fuego.

—Le he dicho a Emily lo primero que me ha venido a la cabeza. Mi tía Lucy decía que Robbie Williams era su príncipe azul, y bueno… —dije para apartar el tema, Aiden continuaba con aquella sonrisita de suficiencia plasmada en sus labios— Ahora respóndeme tú a mí, ¿cómo has llegado aquí?

—Caminando —se encogió de hombros.

“Qué gracioso.”

—Oh, pensaba que habías venido volando —ironicé, rodando los ojos.

—De momento no tengo esa habilidad, pero te avisaré cuando la tenga —soltó una carcajada y achinó los ojos a la vez que agachaba la cabeza y miraba al suelo.

Me lo quedé mirando fijamente a los ojos, mientras él continuaba con aquella mueca burlona.

—¿Me estabas espiando? —pregunté en broma.

—Primero, no todos somos espías profesionales como tú —levantó el dedo índice de la mano derecha, siguiéndome la broma, y vi que había algo escrito en el dorso interior de su muñeca, pero no llegué a leer lo que era. No lo había visto nunca antes— y, segundo, ¿qué hay de malo pasear por el parque de vuelta a mi casa?

—Tu casa está en la otra dirección —señalé a mi izquierda.

Aiden volvió a soltar una carcajada y miró al cielo, cruzando los brazos en el pecho.

—Lo que yo decía, profesional.

—Vi dónde vivías, eso es todo —por poco no me morí de la vergüenza.

—En serio, Elionor, ha sido pura casualidad. Venía paseando y te he visto hablando con la niña —Aiden se sentó a mi lado en el banco, y nos quedamos en silencio hasta que él volvió a hablar—. Tenías tú, otra vez, mi cuaderno… Tranquila, sé que me lo había olvidado en tu casa. Estaba esperando a vernos otra vez para pedírtelo.

Saqué apresuradamente el cuaderno del interior del bolsillo de mi chaqueta. Él lo cogió, todavía con una sonrisa dibujada en los labios.

Parecía que Aiden se sintiera mucho más confiado ahora, su comportamiento me resultó extraño, aunque me gustaba. Su cuerpo estaba relajado a mi lado, ya no apretaba tanto la mandíbula, y los músculos de su cuello se destensaban de la rigidez que siempre adoptaba previamente.

Quería que Aiden se sintiera cómodo conmigo, que me viera como alguien de confianza para, poder charlar cada vez que nos encontrásemos, o que me dejase ayudarlo a superar fuese lo que fuese que lo estuviera atormentando. Si ya tenía la sensación de que le conocía desde hacía muchos años, aquello me acababa de integrar en el aura que era Aiden Harris, en su pequeño caparazón en que solo habitaban él, su música, su cuaderno y Marie.

Era alguien familiar. Buscaba la compañía de las personas, aunque aparentemente no tuviese a nadie a su lado. Quizás quería un amigo en el que confiar, al que poder contar sus preocupaciones, y realmente esperaba convertirme en esa persona para él. Porque me resultaba una persona interesante que valía la pena conocer.

Estuvimos unos minutos en silencio, sus manos jugueteban por encima de los muslos. Entrelazaba los dedos con ansia, nervioso. En un gesto despreocupado, Aiden subió las mangas de su jersey hasta los codos y me fije en sus manos. Eran grandes y masculinas, sus dedos largos y delgados se enredaban hábilmente entre ellos y las uñas de la mano derecha estaban ligeramente más largas que las de la izquierda. Los tendones se marcaban en los nudillos y unas palabras tatuadas en letra de imprenta en una de sus muñecas me llamaron la atención de nuevo, esta vez sí pude leer bien lo que decía, aunque no lo entendí. Estaban escritas en otro idioma que no era el francés.

«Serva me», decían las palabras en el interior de la muñeca izquierda.

«Servabo te», en la derecha.

¿Qué significaba aquello?

Decidí apartarlo de mi cabeza y me concentré en su cara. Sus grandes ojos azules como aguamarinas observaban a los niños que

jugaban en los columpios, y al mirar yo también vi que Seth se acercaba con su bicicleta y la dejaba en el suelo, para después venir a nosotros.

—Estoy cansado y tengo calor —dijo asqueado, sentándose a mi lado.

—Quítate el abrigo, entonces. Pero no te quites el jersey, podrías coger frío —respondí dándome la vuelta y mirándolo de frente, tenía a Aiden a mi espalda.

Los ojos curiosos de Seth se dieron cuenta de que había alguien más en el banco con nosotros, y le preguntó quién era.

—Soy Aiden —respondió.

—¿Eres el novio de Leo? —preguntó sin tapujos

Aiden volvió a soltar una carcajada mientras mis mejillas se tiñeros de un rojo intenso. Parecía ser que era el día "Pongamos En Ridículo A Elionor Porque Es Divertido", aunque, si lo pensaba bien, no sabía ni yo misma por qué me sonrojaba. Aiden y yo no éramos nada más que, quizás, el comienzo de una buena amistad.

—Soy su amigo —le sonrió en respuesta Aiden.

Seth asintió y volvió a decir que estaba aburrido y yo no sabía qué más hacer para mantenerlo entretenido

A los pocos minutos llegó Emily llorando. Sus mejillas estaban rojas y mojadas por las lágrimas y las trenzas aún más deshechas. Me levanté de golpe y me acerqué a ella corriendo, cogiéndola entre mis brazos y llevándola de vuelta al banco, sentándola en mi regazo.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté, sacando un pañuelo de mi bolso, para que pudiese sonarse y secarse las lágrimas.

Sorbió la nariz, aguantándose más el llanto.

—Esa niña me ha empujado del columpio y me he hecho daño en la rodilla —señaló el parque con el dedo y después se subió el pantalón, enseñándome su rodilla pelada.

Aiden pareció interesarse por lo que le había pasado a Emily. Sus cejas se arquearon mientras miraba la dolorida niña y cambió la posición del cuerpo para mirarnos. Levanté la cabeza y vi a una niña rubia que se estaba columpiando con sus dos amigas.

—¿Por qué te ha empujado?

—Dice que el columpio es suyo, pero yo estaba antes. Y me ha empujado. Pero yo no le he hecho nada…

Aiden levantó la cabeza aún con las manos de Emily entre las suyas y miró a la niña de los columpios en expresión de interés. ¿Por qué había niños tan crueles?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con una sonrisa cariñosa.

—Emily —respondió débilmente, algo vergonzosa al no saber quién era.

—Yo soy Aiden —se presentó a sí mismo y vi cómo le sonreía amistosamente, para que pudiera confiar en él—. Iremos ahora mismo a hablar con la niña que te ha empujado y, si no nos hace caso, se lo diremos a su madre. ¿Qué te parece?

Emily me miró a mí.

—Ve con Aiden, él sabrá qué hacer —le aseguré, esperando que realmente fuese así.

Aquello fue otra de las múltiples cosas que me sorprendieron aquel día sobre él: También era bueno con los niños. Seth observaba atentamente cada movimiento que hacía, quizás por curiosidad, quizás por admiración. Aiden estaba agachado en frente de Emily, su guitarra apoyada en el banco, y las mangas de su jersey gris continuaban levantadas, dejando ver aquellas palabras escritas en sus muñecas.

Emily se escondió tras sus largas piernas, casi tan largas como su altura misma, y vi cómo una sonrisa maliciosa jugaba en la comisura de sus labios. La niña rubia escuchaba a Aiden hablar y negociar sobre los turnos del columpio y Emily, poco a poco, comenzó a hacerse presente en la escena. Los otros niños y niñas que esperaban turno, se fueron acercando a ellos y se posicionaron detrás de Aiden, como si fuese un escudo para todos ellos, consiguiendo que la niña rubia finalmente bajara de él y se marchara al tobogán. El siguiente niño en la cola se sentó en el asiento del columpio y tanto Aiden como Emily volvieron a acercarse al banco, esta vez con una sonrisa en los labios de ambos, chocándose la mano en victoria.

Emily ya no quiso subir a los columpios, quería estar con Aiden.

Sin duda, aquella iba a ser una tarde muy interesante.

Capítulo 7

Como en los cuentos

Miré el reloj en mi muñeca y vi que faltaban algunos minutos para las seis de la tarde, pensando en que no faltaría mucho para que nos marcháramos del parque.

—¿A qué podemos jugar? —preguntó un Seth aburrido de nuevo.

—¡Al escondite! —propuso Emily, contenta de aportar una idea.

—¿Por qué no jugamos a estar tranquilos, como los mayores? —dije yo.

Ser adultos y estar tranquilos, sin correr ni gritar. Tanto los niños como Aiden, que ya no tenía claro si entraba en la categoría de niño o no, me miraron con las cejas arqueadas y suspiré.

—Qué aburrida eres, Elionor —comentó él mismo, bufando exageradamente.

Me había vuelto a llamar por mi nombre completo.

Ya iban dos veces en un mismo día. Mi paciencia no iba a aguantar más.

No me gustaba que me llamara así, ¿tan difícil era entenderlo?

—Aiden tiene razón. Creo que ser mayor es aburrido —apuntó Seth incorporándose y chocándole la mano con una sonrisa.

Rodé los ojos y me crucé de brazos.

—¡Es mejor ser una princesa! —añadió Emily, juntando las manos en su pecho.

—¡Cállate, Emily! —espetó Seth, rodando los ojos también.

Emily se subió al regazo de Aiden y rodeó los brazos en su cuello de forma protectora, como si estar en sus brazos fuese la mejor fortaleza. A los niños parecía gustarles su presencia, y eso me hizo sonreír.

—Eh, no le hables así a tu hermana —le regañó Aiden y Emily le sacó la lengua.

Seth se cruzó de brazos y se sentó a mi lado, refunfuñando y con el

ceño fruncido.

—¿Tú tienes hermanos, Aiden? —preguntó Emily tocándole la cara con sus manitas, subiéndose en su regazo y quedándose de rodillas.

—Sí, tengo una hermana y un hermano más pequeños que yo —respondió él con una sonrisa y acomodándola mejor en sus piernas.

—¿Y cómo se llaman? —volvió a preguntar.

Aiden tragó saliva y cerró los ojos varias veces. Era como si le doliese hablar de su familia, aunque antes me había estado hablando de ellos tranquilamente.

—Arianne y Pierre —contestó con cierto acento francés.

—Qué nombres más raros —apuntó Emily riendo y Aiden se le unió—. ¿Cuántos años tienen?

—Diecisiete y quince.

—¿Y juegan mucho contigo?

—Ya no tanto, aunque a veces jugamos a las cartas o a juegos de mesa juntos —recordó Aiden, y noté que su voz era más dulce y suave que cuando hablaba con un adulto. Me pareció adorable.

¿Les vería a menudo?

—¿Y Arianne tiene muchas muñecas? Ayer mamá me compró una nueva, es veterinaria.

—Algunas tenía. Recuerdo una que hablaba y movía los brazos si le dabas a un botón. De todos modos, jugábamos más juntos, todos en el jardín —los ojos de Aiden brillaron, como dos acuarelas de un día de verano.

—¿Y a qué jugabais?

—A cualquier cosa, en realidad. Nos gustaba jugar a los espías, y nuestro prisionero siempre era Pierre o Calcetines, el gato de la vecina.

La verdad es que me sentí un tanto inútil, porque se suponía que era yo quién debía cuidar de los niños y parecía que no estuviese haciendo nada, sentada en el banco observando a Aiden regañar a Seth y entretener a Emily, aunque esta le bombardeara con preguntas.

—¿Os peleabais mucho? —preguntó Seth, uniéndose de repente a la conversación.

—Por supuesto. Mi madre siempre me culpaba a mí de todo lo que pasaba, porque yo era el mayor, sobre todo si Pierre o Arianne acababan llorando —rio Aiden, mientras yo veía la pincelada de la nostalgia en su mirada.

Me imaginé un Aiden en versión pequeña, con un balón de fútbol en los pies y la camiseta llena de barro, que corría siendo perseguido por sus dos hermanos pequeños, ambos llorando por culpa de él. Cuando era pequeña siempre había querido tener un hermano, ya que

me aburría mucho jugando sola con mis muñecas. A veces venían amigas del parvulario a jugar, pero ocurría pocas veces ya que vivíamos en un pueblo muy pequeño de grandes distancias entre casa y casa.

—¿Jugabais alguna vez a las princesas? —preguntó Emily.

Aquella niña estaba obsesionada con las princesas.

—Eso lo hacía Arianne. A Pierre y a mí nos tocaba ser el dragón y el caballero que la rescataba.

—Podríais jugar a eso —propuse interviniendo por primera vez en la conversación en mucho tiempo.

Aiden me miró con ojos abiertos y una sonrisa burlona. Los niños hicieron lo mismo.

—¡Sí! —exclamaron Seth y Emily a la vez.

Emily bajó del regazo de Aiden, y Seth se unió a ella, comenzando a negociar sobre qué personaje iba a ser cada uno: Seth sería el caballero y Emily, cómo no, la princesa. Aiden era el dragón, le tocó por descarte, y yo me dedicaría a observar porque no había más personajes. Además, tenía inmunidad porque había sido yo quien había propuesto el juego, pero Seth se encargó de darle la vuelta a la situación.

—¡Leo, juega con nosotros!

Me cogió de la mano y me arrastró hacia ellos, Aiden aún continuaba sentado en el banco y reía, dejando la guitarra al lado de los abrigos. El cuaderno encima de todo.

—No, no, yo me quedo en el banco…

—¡Oh, vamos, Elionor! Anímate y juega con nosotros.

Su mano se posó encima de mi hombro y me acercó a él, como si me estuviese abrazando de costado.

Era ya la tercera vez en un día que me llamaba por mi nombre completo.

—Llámame Leo, Aiden.

—A mí me gusta tu llamarte así —respondió, soltando su mano de mi hombro, sus labios carnosos formando una sonrisa agradable en su rostro.

Lo dejé correr y me resigné a jugar con ellos Posiblemente aquella noche iba a arrepentirme mucho porque no podría ni moverme y por la conversación por teléfono con mi madre que seguiría. “Qué tal te ha ido el día, hija?”, me preguntaría ella, y yo le respondería un: “de maravilla. He hecho el indio en medio del parque con unos niños y un chico al que hace tan solo dos días que conozco y que se quedó a dormir en casa ayer mismo. Sin mencionar que me besó estando ebrio. Pero no te preocupes por eso. ¿Y que tál estáis papá y tú? ¿Qué tal está Eddie?”

Sería una conversación deliciosa.

Emily y yo seríamos las nobles damiselas que tendrían que ser rescatadas del temible dragón Aiden, por el valeroso caballero Seth. El niño cogió un palo y tanto Emily como yo nos escondimos detrás de un árbol, que se suponía que era la guarida del dragón Aiden, donde estábamos prisioneras. Para mi suerte (y la de Aiden también), no había mucha gente en el parque, así que no haríamos mucho el ridículo. Incluso niña que había empujado a Emily se había marchado de la mano de su madre, que parecía que la había estado regañando.

Aiden se arremangó hasta los codos el jersey que siempre llevaba puesto y comenzó a moverlos de arriba abajo, como si fuesen alas. Si no hubiésemos estado con los niños, le hubiese dicho que estaba ridículo, aunque él hubiese contraatacado diciéndome que yo estaba absolutamente cursi con aquella flor en la cabeza.

—¡El dragón nos va a comer! —exclamó Emily riendo y agarrándose fuerte a mis piernas.

Después me cogió de la mano y comenzamos a correr por el parque, con Aiden pisándonos los talones, haciendo unos ruidos parecidos a gruñidos, y nos subimos al tobogán. Aquel era nuestro castillo y donde el valeroso caballero Seth vivía, donde estaríamos a salvo. Se suponía que Aiden no podía pisar el territorio, pero él hizo caso omiso y trepó por la madera, sembrando el pánico entre los dos niños. Por suerte no quedaba ningún otro niño en el parque, estábamos nosotros solos, salvo algunos ancianos que se paraban y nos observaban, con sonrisas en sus rostros. Seth fue el primero que se lanzó a su espalda, provocando que Aiden se agachase en el suelo y fingiese dejarse ganar por un niño de ocho años. Pero Aiden se zafó de Seth con cierta facilidad, aun considerando su alta estatura, y lo dejó sentado en el suelo de la cúpula de juegos, dirigiéndose a nosotras y cogiendo a Emily en brazos, cargándola por encima de sus hombros.

—¡Suéltame! —rio la niña, agitando las cuatro extremidades.

Aiden soltó una risotada malvada y la dejó junto a su hermano, quien luchaba contra él de nuevo. Pero al levantar la cabeza se encontró conmigo, y sus labios se curvaron aún más en una sonrisa cínica.

—No, Aiden… —le vi las intenciones a medida que se fue acercando lentamente, con la misma sonrisa malvada,— Ni se te ocurra, te veo las intenciones… —pero fue demasiado tarde— ¡Aaaahhhh!

Un segundo más tarde me encontré con el vientre presionando en el hombro derecho del chico. Su mano derecha me sujetaba la cintura y la izquierda se encontraba detrás de mis rodillas, con cuidado de no dejarme caer. Mis manos comenzaron a golpear su espalda, pero él

hacía oídos sordos a mis peticiones de volver a poner los pies en el suelo. Lo peor de todo es que ni siquiera podía mover las piernas.

—¡Tiene a Leo! —exclamó Seth, que parecía que venía a mi rescate.

Aiden se sentó en el tobogán conmigo aún a cuestas y se dejó caer, deslizándose hasta que sus pies tocaron el suelo y se puso de pie.

—¡Bájame! —grité con todas mis fuerzas y lo que recibí como respuesta fue que él comenzara a rotar en su mismo eje, soltando carcajadas alegres.

—¡Ahora eres la prisionera! —exclamó, aún conmigo en su espalda, dándome vueltas.

—¡Seth, Emily, salvadme! —levanté la cabeza y alcé la mano dramáticamente, rindiéndome finalmente al papel de prisionera.

Por parte de los niños recibí un "¡Ya vamos, Leo!" y se volvieron a enganchar a la espalda de Aiden, quien se tiró al suelo provocando que yo también cayera. Hice ver que me moría, sabía que a los niños les iba a gustar la teatralidad, aunque no se me diese nada bien actuar, y levanté la mano, moribunda, pero parecía que el juego hubiese terminado, porque Aiden, Emily y Seth estaban todos tirados en el césped, riendo. Entonces decidí callar, hacer como si de verdad estuviese muerta.

—¡Oh, no, la princesa Leo ha muerto! —distinguí la voz de Emily, ya que tenía los ojos cerrados.

Escuché pasos que se acercaban, y deduje que estaban todos inclinados encima de mí, observándome. Algo parecido a la escena de Blancanieves, cuando ya ha mordido la manzana y todos los enanitos la miran dormir desconsoladamente, sin ninguna esperanza.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó con preocupación Seth.

—Está claro, ¿no? —añadió Emily.

Se hizo un silencio entre los tres y temí por lo que había pensado Emily. Veía demasiadas películas Disney.

—¿En qué consiste el plan, Emily? —preguntó Aiden, no muy seguro de lo que la niña iba a decir.

—Aiden tiene que besar a Leo.

Mi cuerpo se tensó y me quedé más helada que un témpano. ¿Que Aiden tenía que besarme? No tenía que pasar aquello. Quería besar a Aiden, pero no en aquellas circunstancias, delante de dos niños pequeños.

—Emily, no está muerta. Simplemente quiere gastarnos una broma —respondió Aiden.

—Además, Aiden era el dragón… —añadió Seth, en su tono de voz nadó la confusión.

—¡Pero es una princesa! Cuando una princesa muere, un chico

tiene que darle un beso de amor verdadero, y entonces despertará. Eso es cosa de mayores, Seth. Aiden tiene que hacerlo.

—Esto no es un cuento de hadas—contestó Aiden muy seguro de aquello.

Y en cierto modo me entristeció oír sus palabras.

¿No quería besarme? Podía ser que no le resultara atractiva, o quizás el capítulo de la noche anterior se le repetía una y otra vez, como los monstruos de las pesadillas que atacan a los niños al irse a dormir.

Quizás no le gustaba.

Quizás pensaba que no era guapa.

O quizás estaba siendo una lunática y debía calmarme.

La inseguridad que siempre había rodeado mi vida, empezando por mi nombre, era la que hablaba, de modo que traté de calmarme y esperé.

Aún tirada en el césped del parque, sentí el nerviosismo de Aiden en el aire, abrí los ojos de golpe, cuando sentí la calidez de sus labios en mi mejilla derecha.

—¡Ha funcionado! —exclamó Emily, aplaudiendo.

—Ya está, ya le he dado un beso —dijo con mucha rapidez, como si quiera huir del momento.

¿Tan horrible había sido?

—¡Eh, pero tiene que ser en la boca! —exclamó Emily de vuelta, indignada.

Entonces fue cuando me incorporé y me puse de pie. La quemazón de los labios de Aiden hormigueaba en mi mejilla, y supuse que estaba igual de roja que un pimiento. Emily frunció el ceño y se cruzó de brazos enfurruñada, mientras Aiden bajaba las mangas de su jersey y se cubría las manos con estas. De repente fue como si el aura de confianza que había mostrado cuando llegó se hubiese evaporado de nuevo. Como si un gran remolino hubiese aspirado toda aquella felicidad. Y me hacía sentir mal, como si el viento se hubiese llevado con él la mía también.

La escena de la noche anterior se repetía constantemente en mi cabeza, y lo único que quise saber fue por qué para Aiden siempre venía la tormenta después de la calma. Por qué irradiaba felicidad como el mismo sol, para que después llegaran los demonios de su pasado y se lo llevaran todo. Quise saber por qué Aiden funcionaba al revés que los demás. Quise saberlo todo sobre él, y me dio la sensación de que toda aquella actitud había sido causada por Marie, cuyo recuerdo no solamente lo perseguía en los sueños, sino también en la vida real.

—Emily, tenemos que ir a casa —dije cogiendo su mano y la de

Seth también, queriendo dejar aquella incomodidad atrás.

¿De verdad me había molestado tanto que no me besara en los labios?

¿Tanto deseaba el afecto de Aiden?

¿Era posible sentir aquella locura por alguien a quien había conocido hacía dos días?

Todo estaba siendo absurdo, pero era como si me hubiese rechazado. Como si solo quisiera besarme cuando iba bebido y no cuando era consciente de sus actos. Aiden me besó porque pensaba que era Marie, no porque yo le gustara. Ser consciente de aquel hecho dolió mucho.

—¿Por qué tenemos que irnos ya? ¡Yo quiero jugar más con Aiden! —se quejó Seth, frunciendo el ceño.

—Son las seis y se está haciendo tarde —le expliqué, cogiendo su abrigo y abriéndolo para que se lo pusiera.

Aiden se acercó al banco a pasos lentos y cabizbajo. Deseaba saber qué era lo que pasaba por su mente.

De nuevo quise escucharle y mimarle.

Se me acercó, intentando que le mirara.

—¿He hecho algo que te haya molestado? No era mi intención ofenderte. Perdóname si lo he hecho.

Levanté la mirada hacia sus ojos, y había demasiadas palabras que quemaban en la punta de mi lengua, pero no las pude decir.

¿Qué se suponía que estaba haciendo Aiden Harris conmigo?

¿Quién le había dado permiso para jugar de aquel modo con mis emociones?

¡Nadie en el mundo le había dado el derecho de llegar a mi vida y confundirme de aquel modo!

—No te preocupes por eso, Aiden. ¿Quieres venir a cenar? —respondí con una pequeña sonrisa, dejando de lado mi monólogo interior, y arrepintiéndome al momento por aquella invitación.

¿Acaso era imbécil?

La respuesta era afirmativa.

Pensé que, quizás, cambiar de tema sería lo mejor para olvidar todo lo ocurrido y mi repentino enfado, con algo que ni siquiera yo entendía. No hizo falta que Aiden respondiera a mi petición cortés, porque tanto Seth como Emily respondieron efusivamente por él.

Emily se subió a los hombros de Aiden y comenzó a explicarle qué era lo que hacía en el colegio, mientras él le cogía los tobillos para que no cayera. La guitarra de Aiden colgaba de su espalda y el cuaderno iba dentro del bolsillo de esta, con cuidado de no perderlo otra vez. Seth iba delante de nosotros, pedaleando tan feliz con unas cuantas indicaciones cuando tenía que girar la calle.

—¿Vendrás más con nosotros al parque? —le preguntó Emily a Aiden poniendo sus manitas en las mejillas de él.

—Por supuesto, si queréis. Aún tengo muchos juegos que enseñaros, como el conejo y la tortuga, o el ratón y el gato —respondió con una sonrisa y mirando arriba para verle la cara.

Continuó diciendo más juegos, aunque yo no tenía ni idea en qué consistían. Aiden se llevaba muy bien con los niños, pareció como si estuviera acostumbrado a tratar con ellos, y en cierta parte le agradecí mentalmente a Cassie que me hubiese dejado al cargo de ellos, porque había podido pasar un rato con él.

Llegamos a mi bloque de pisos, después de una buena caminata desde Westminster. Emily y yo subimos las escaleras hasta llegar al ático, y Aiden y Seth fueron en ascensor para no tener que cargar la bicicleta a cuestas. Las paredes eran de un color verde botella horrible, los pasillos eran muy estrechos y apenas cabía una sola persona, la iluminación era pobre y escasa, posiblemente las lámparas más baratas que tenían en Ikea, y me planteé la posibilidad de mandarle una carta al dueño para que lo reformara un poco. Tampoco estaba diciendo que se convirtiese en un hotel de cinco estrellas, sino que al menos fuese un poco decente, porque daba muy mala impresión.

Seth y Aiden nos estaban esperando a Emily y a mí en la puerta del apartamento, jugando a algo que envolvía las manos. Cuando vieron que llegamos, pararon y nos sonrieron, pero la sonrisa de Aiden no me pareció del todo sincera. De repente estuve segura que disimulaba por los niños.

Al entrar en el apartamento, Seth y Emily supieron dónde tenían que dejar los abrigos, porque ya habían estado alguna que otra vez. Aiden se quedó quieto en la puerta. Le indiqué dónde podía dejar su guitarra, ya que no llevaba ningún abrigo puesto, y pidió permiso para quitarse los zapatos.

—¿Quieres ducharte? —le ofrecí.

—Te lo agradecería, de verdad.

—Tranquilo —sacudí la mano para hacerle saber que no era ninguna molestia—. Pero vas a tener que utilizar mi champú. Es el de color naranja.

—Estoy acostumbrado a los potingues de mi hermana —sonrió, franco.

Le di una toalla, una camiseta de promoción de Tesco y unos pantalones de deporte que esperé que le quedaran bien. Después les dije a Seth y Emily que miraran un poco la televisión mientras preparaba la cena. Tampoco era que fuese a cocinar algo muy difícil, pero iba a hacer unos espaguetis con salsa de tomate, que esperaba

que les gustasen a los niños y a Aiden.

Llené la olla de agua, encendí el fuego y me apoyé en la pared a esperar a que hirviese. ¿Iba a quedarse de nuevo aquella noche Aiden? Porque no sabía si iba a haber camas suficientes. Estaba claro que Seth y Emily iban a dormir en mi cama, era de matrimonio y cabían los dos perfectamente. Aiden podría quedarse en el sofá y yo… Bueno, podríamos improvisar una cama a base de almohadas en el suelo.

—¿Elionor, puedes venir por favor?

Aunque no hubiese reconocido la voz, hubiese sabido que era Aiden por volver a llamarme por mi nombre completo. Nadie más que mi madre y él me llamaban así. Bajé la intensidad del gas y me dirigí al baño.

—¿Sí? —dije pegando mi mejilla a la puerta.

Seth y Emily estaban embobados mirando un capítulo de Friends, que dudé que entendiesen, pero suponía que era lo primero que había aparecido en la televisión al encenderla. Ellos reían cada vez que sonaba aquella risa falsa de los espectadores, sin importar si lo entendían o no.

—Me has dado una toalla pequeña de manos —oí que me dijo.

—Oh… Perdón. Ahora te traigo otra.

Cogí una de color marrón que me gustaba mucho, siempre la tenía de las primeras para utilizarla, y no pude evitar sonrojarme al pensar que Aiden estaría desnudo en el baño. No oí el sonido del agua, por lo que deduje que ya había terminado de ducharse. Siempre me había gustado el tacto de las toallas y estaba tan embobada con la tela, que abrí sin tocar.

—¡Elionor!

Mi mirada se detuvo en su cuerpo menos de un segundo, mientras lanzaba la toalla y me tapaba los ojos, retrocediendo avergonzada.

Les pedí a Seth y Emily que pusieran la mesa para cenar y entraron en la cocina a buscar los platos, mientras yo terminaba de preparar los espaguetis, seguidos por Aiden, que entró con el pelo mojado. Me sonrojé y no pude mirarle, pensando en lo que había ocurrido unos minutos atrás.

—Discúlpame por haber sido tan despistada y no haber pedido permiso para entrar… De veras, lo siento mucho, es que yo…

Sus mejillas se sonrojaron también.

—No te preocupes por eso, ha sido sin querer —me aseguró con una sonrisa nerviosa y yo asentí, aliviada—. ¿Me podrías dar un vaso de agua, por favor?

Abrí el armario de los vasos y como que era tan alta, no hizo falta que estirase mucho el brazo. No me había dado cuenta, pero Aiden

me superaba por poco. Deberían ser entre unos cinco y diez centímetros.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó, cuándo hubo dado un sorbo al vaso.

—Espaguetis —respondí cogiendo el bote donde tenía salsa de tomate guardada.

—Tiene muy buena pinta, pero la próxima vez cocino yo. Gracias por invitarme a cenar de nuevo, eres muy amable conmigo —dijo Aiden con una sonrisa antes de salir de la cocina.

La camiseta de Tesco le iba bien, era su talla y, aunque le fuesen un poco justos, los pantalones también.

¿Había oído bien y había dicho la próxima vez?

Metí nuestras ropas sucias a la lavadora. No sabía si los niños tenían que ponerse algún uniforme para el colegio al día siguiente, así que le envié un mensaje a Marian preguntándole, respondiéndome que los niños no tenían que ir al colegio al día siguiente ya que era fiesta y que podían venir conmigo a la cafetería, que se quedarían allí durante la mañana.

Aiden estaba sentado en el sillón del comedor, con su cuaderno en el regazo y un bolígrafo o un lápiz en la mano, no lo distinguí bien desde la cocina. Su cabello, aún mojado, le caía desordenadamente por la frente, tapándole algo de los ojos, y su ceño estaba absolutamente fruncido, muy concentrado en lo que hacía.

¿Qué estaría escribiendo? ¿Estaría anotando lo que le había ocurrido hoy? Puede que estuviese apuntando la letra de alguna canción para que no se le olvidase. Debía tener alguna melodía en su mente que no quería que se le escapara. Quería decirle lo buena que era aun sin haberla escuchado todavía.

Quería fama para Aiden. Realmente deseaba que triunfase en el mundo de la música porque era realmente bueno. Él tenía aquello que se llama talento innato. Quería que hiciese realidad sus sueños. Él mismo había dicho que tenía una segunda oportunidad. Una oportunidad sin ella, así que tenía que aprovecharla, porque a partir de ese momento me tenía a mí.

Pero la pregunta volvía a ser siempre la misma. ¿Quién era ella?

Cuando terminamos de cenar nos preguntamos cómo íbamos a caber todos en el piso. Aiden nos aseguró que él ya se iba, que no quería molestar más, pero Seth y Emily insistieron en que se quedara. Además, su ropa estaba secándose y yo no quería que se fuera tan tarde a casa solo. Mi zona no era la peor de la ciudad, pero aun así podía ser peligroso.

—Eres muy amable, Elionor, pero cogeré el metro y en quince minutos estaré en casa.

—Puedes dormir en el sofá —dije cogiendo uno de los platos y llevándolos al fregadero—. Yo improvisaré una cama con almohadones en el comedor.

Aiden encogió los hombros, no muy seguro de mi idea, pero después de mucho insistir, se rindió alzando las manos al aire. Seth y Emily montaron una fiesta con su decisión. Me alegró que les caía bien Aiden.

Encontré un batido de chocolate por uno de los armarios y Seth se lo bebió tan contento que casi se ahogó por beber demasiado deprisa. Preparé mi cama para Seth y Emily, mientras cada uno se ponía una camiseta grande mía. Sabía que no iban a tener frío, mi piso era cálido al ser un ático.

Los niños se metieron entre las sábanas y se acomodaron en las almohadas, Aiden estaba allí con ellos. Mientras él los acostaba, yo cogí mis cosas y fui a ducharme.

—¡Queremos un cuento! —oí que exclamaba Emily.

Era exactamente lo que Marian me había dicho.

—No tengo ningún cuento —le respondió Aiden.

—¿Puedes inventártelo? —preguntó esta vez Seth en tono de súplica.

Oí a Aiden suspirar, resignado ante la demanda de los dos niños. Sonreí.

—Érase una vez…

Capítulo 8

La magia y la locura; El paraíso y la humillación

Salí del baño con la sensación de haberme quitado la piel de encima. Cuando regresé a la habitación, no había rastro de Aiden. Lo busqué en el comedor, pero ahí tampoco estaba.

¿Se había marchado? No había tardado más de media hora en ducharme. Hacía diez minutos estaba escuchando como terminaba el cuento para Seth y Emily (una historia de un héroe que rescataba a una princesa). Su jersey no estaba en ninguno de los sofás, tampoco su cuaderno, y mucho menos su guitarra. Fui a la cocina por si estaba ahí, y en mi paso por el comedor vi que la mesa había sido recogida, con todos los platos, vasos y cubiertos estaban ya limpios y apilados en un rincón.

De repente escuché una suave melodía colarse por las paredes del edificio y abrí la ventana. Una suave armonía arpada, claramente una guitarra, y la voz por la que me había obsesionado que la acompañaba.

Aiden.

Cogí la bata de Hello Kitty. Cerré la puerta con llave y me fui al terrado.

Aún con los pantalones de deporte y su inconfundible jersey gris, Aiden estaba recostado en una de las paredes, con la guitarra en su regazo. Una noche increíblemente estrellada acompañaba al escenario, y su melodiosa voz se coló de nuevo por mis oídos hasta llegar a mi cerebro, absorbiendo cada palabra formada en sus labios.

Cambió de trastes cuando fue necesario, y la mano derecha tocó suave una melodía sin perder el compás. Aiden tenía los ojos cerrados, concentrándose en la música, y me sentí mal por volver a estar escondida para que no me viese. Pero pronto el tono de la canción cambió y Aiden miró al cielo cuando una lágrima se iluminó con la luz de la luna, terminando la canción.

No sabría decir si estaba más helada por el hecho de estar en bata

y zapatillas en medio de la noche en pleno noviembre, o por el significado de las palabras de Aiden. Le cantaba a alguien, eso estaba claro, y me pareció que, de nuevo, se dirigía a ella, a Marie. Mi cabeza se había convertido en un tablero de ajedrez en el que cada ficha correspondía con cada palabra y era críticamente analizada, siendo testigo del dolor en la voz de Aiden al cantar.

Continué apoyada en la pared, tratando de no ser vista. Aiden se levantó del suelo y palpó el bolsillo del pantalón de deporte, sacando un paquete de tabaco y llevándose un cigarrillo a los labios. Suspiró expulsando el humo lentamente, como si se estuviera resignando a algo o disfrutando de aquel estado de nirvana, que la nicotina le producía. Apoyó la guitarra en la pared y reculó con el cigarrillo aún en su mano derecha, apoyándose en la barandilla del terrado. Entonces decidí hacerme presente, clavando los ojos en los suyos.

—Bonita bata —rio, a la vez que volvió a expulsar humo.

—¿Sabes que el tabaco mata? —respondí.

—Todos moriremos un día u otro, Elionor —rio de nuevo, mientras el humo se le escapaba entre los dientes y la nariz.

Era la quinta vez que me llamaba por mi nombre completo en un día.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me gusta que me llames así?

—A mí me parece bonito —dijo mientras se encogía de hombros.

Miré los ojos de Aiden a la luz de la luna. Las nubes aún no habían decidido estropear la noche, y eran de un color más claro del que recordaba. Parecía que brillaran con luz propia.

—¿Qué haces aquí solo? —se me ocurrió preguntar, intentando disimular mi fijación en su mirada.

—Cantar —sonrió Aiden.

—Ya sé que hacías eso —respondí y él rio, alzando de nuevo la cabeza y mirando al cielo.

Dio una última calada a su cigarrillo y lo lanzó finalmente al suelo, pisándolo y terminándolo de apagar.

Su perfil parecía haber sido tallado con el más meticuloso arte, como si los propios ángeles le hubiesen encargado a Miguel Ángel que tallara en el mármol la viva imagen de alguien glorioso.

—¿Qué es lo que piensas cuando miras las estrellas? —me preguntó, cambiando de tema.

Fruncí el ceño y seguí su mirada azul, prácticamente gris, a la luz de la luna. Fue como si intentara encontrar una respuesta a algo que no lograba comprender. Y me lo estaba preguntando a mí.

—Pienso en que nunca estamos solos. Es como si ellas nos estuviesen cuidando, diciéndonos por dónde tenemos que seguir —

respondí finalmente.

Aiden soltó un suspiro y se apoyó en la misma pared en la que estaba yo. Lentamente se dejó arrastrar hasta el suelo, encogiendo las piernas y abrazando sus rodillas.

—Elionor, La Filósofa —rio.

—Más bien intentaba imitar a un escritor—contesté, uniéndome a él.

—¿A un escritor? Explícame eso.

—Sí, ya sabes, siempre consiguen que hasta los más ignorantes parezcan intelectuales.

—Pero tú no eres una ignorante.

—Lo soy, Aiden. Lo soy.

Nos quedamos en silencio y nos miramos el uno al otro, cómodos en el ambiente, pero Aiden decidió volver a hablar.

—¿Te ha molestado que no te besara en los labios?

"Sí, mucho."

—No —respondí obviando mis pensamientos.

—Mentirosa —afirmó él, sonriendo.

—Es verdad.

—No lo es.

—Sí lo es.

—Eres como un libro abierto. Lo he visto en tus ojos antes en el parque y durante la cena.

No pude aguantar más su interrogatorio.

—¡De acuerdo! Me ha molestado un poco… pero solo un poquito —me rendí levantando los brazos.

Mi bata rosa de Hello Kitty me protegía del sonrojo. Era lo que Cassie siempre me decía, no hacía falta hacerme hablar para saber lo que estaba pensando o sintiendo.

Aiden se enderezó de nuevo, cruzando las piernas y volvió a subir las mangas de su jersey, mostrando aquel tatuaje con la frase.

«Serva me» y «servabo te». ¿Qué significaban?

Fue su turno de sonrojarse, ni siquiera quería mirarme a los ojos. O al menos esa fue la sensación que me dio. Las letras en sus muñecas se hicieron claramente visibles y la curiosidad se apoderó de mí, de nuevo.

—De veras que no quería hacerte daño… pero puedo volver a intentarlo —hizo una pausa y después de mirar al suelo, subió sus ojos hacia mí.

—¿A qué te refieres? —fruncí el ceño.

Me sentí confundida por aquel azul tan transparente que tenían sus ojos aquella noche.

—A besarte. En los labios, esta vez.

¿De verdad quería que me besara? Estábamos en medio de la azotea, un domingo de noviembre a quién sabía qué hora. Pero no me dio tiempo a responder a su pregunta, antes de que sus labios estuvieran sobre los míos.

Ambos nos quedamos quietos. Ninguno de los dos se atrevió a hacer algún movimiento, pero ahí estábamos con nuestros labios unidos. Decidí que sí, que quería besarle con todas mis fuerzas, suplicarle que me dejara entrar en su cabeza, secar las cortinas de lágrimas que resbalaran por sus mejillas cada vez que llorara, recordando a Marie.

Como si de un rayo se tratara, Aiden se apartó de mí y me miró a los ojos. Fue como si hubiera atado cuerdas en mis manos que me arrastraban a él y al océano de su mirada. Cuando nos separamos para tomar aire, apoyó su frente en la mía, tomando grandes bocanadas de aire.

Me gustaba mucho aquel chico. En todos los sentidos posibles.

Pero el hecho de que Aiden volviera a acercarse y cogiera con cariño mi cara entre sus manos, me dejó más desconcertada aún. Sus labios sí que se movieron esta vez, y pareció desesperado. Ahora sí era consciente de que yo era Elionor, y no tendría excusa.

El beso fue hambriento el uno del otro, y me atreví a mover mis manos hacia su pecho, que subía y bajaba erráticamente mientras nuestros labios continuaban conectados. Las yemas de mis dedos agarraron débilmente la tela de su preciado jersey gris, y las suyas mis mejillas.

Me gustaba. Es más, me encantaba.

Me sentí bien al imaginar que me dejaba adentrarme en el enigma que lo rodeaba, que me permitía saber qué esperaba de la vida o, al menos, que podría explicarme por qué era tan complicado. Por qué me rechazaba un día y a las dos horas siguientes me besaba como si no hubiera mañana.

Mi espalda chocó contra el suelo y Aiden se inclinó hacia mí aún con nuestros labios conectados, nuestra respiración agitada. En aquel momento, me pregunté si quizás habría un posible “nosotros” con Aiden.

Pronto mi idílico sueño se vio roto por la desconexión de los labios de Aiden sobre los míos. Se encontró encima de mí, con la frente apoyada en la mía y los ojos cerrados, y quise que los abriese para ver cómo me decía con la mirada que quería más de mis besos.

Las manos de Aiden se encontraban a ambos lados de mi cabeza, aguantando su propio peso para no caer encima de mí, mi pecho subía y bajaba con rapidez y fuerza. El frío había desaparecido y un

fuego abrasador recorría mi cuerpo, no quería que aquello terminara. Solo desee que Aiden me cubriera el cuerpo de besos, que me dijera que él se sentía tan atraído por mí como yo por él.

Su cabello rubio cayó desordenadamente por su frente y se lo aparté con ambas manos. Sentí que agachaba la cabeza y rozaba sus labios contra la piel de mi cuello, y entonces pude sentir la adrenalina recorrer mis venas.

La suavidad de sus labios me acarició, y dejaron besos cortos por todo el cuello, así que incliné mucho más la cabeza, para darle más territorio que explorar. Mis manos se dirigieron a su nuca, y cogí con todas mis fuerzas aquellos pequeños rizos que se formaban en el final de su cabello.

¿Realmente estaba pasando aquello? Parecía todo un sueño.

Pero era real, porque Aiden se acomodó entre mis piernas cuando me vi obligada a doblarlas, apoyando las plantas de los pies en el suelo, y dejó caer su peso en el suelo, deshaciendo el nudo de las cuerdas que ataban mi bata.

Gemí su nombre al sentir las yemas de sus dedos fríos recorrer la piel cálida y plana de mi vientre. Sin embargo, sus labios no dejaron mi cuello y continuaron succionando lentamente. Mi piel comenzó a erizarse y arqueé la espalda para darle más acceso a mi cuerpo, deseando más de él.

Bajó sus labios a mi clavícula, abrí los ojos y me fijé en el cielo. Estaba absolutamente estrellado y, no había ni una nube que me impidiese la visión.

Podía ser que alguna de aquellas estrellas estuviese guiándonos a través de nuestras emociones. Quizás alguna de ellas había causado que Aiden y yo nos conociéramos.

Sin embargo, no pude evitar preguntármelo: ¿estaría pensando de nuevo en que yo era Marie?

No podía ser.

Yo era Elionor, y mi segundo nombre no era Marie. Ni siquiera tenía segundo nombre. Yo era Elionor Broome, la chica norteamericana que había llegado a Inglaterra en busca de algo nuevo.

—Tendríamos que entrar —escuché susurrar a Aiden.

Gemí en respuesta.

—Hace frío —asentí aún con los ojos cerrados, pero los abrí cuando sus dientes mordisquearon suavemente el hueso de mi clavícula.

Jadeé.

Las manos de Aiden me abrazaron y cogieron por detrás de los muslos para levantarme del suelo. Sus pasos fueron torpes a medida

que avanzamos por el pasillo hasta llegar a la puerta de mi piso, las llaves estaban en el bolsillo de mi bata y la abrió a tientas, con los labios aún pegados a los míos. Mis piernas estaban enrolladas en su delgada cintura.

Mis dedos siguieron enredados en las raíces de los rizos de su nuca, y me sentí como en un cuento.

A medida que avanzamos a tientas, las manos de Aiden se dirigieron a mi bata a la vez que llegamos hasta el sofá. Me la quitó y me dejó en la fina camiseta de tirantes que usaba para dormir, aplaudiéndome mentalmente por haberme puesto un sostén. Las mías se dirigieron a su jersey y se lo quité lentamente, aún sin perder el contacto físico. Fue mi turno de enganchar mis labios en su cuello y el suyo de gemir.

—Elionor…

Lo callé por encima de su boca.

—Los niños pueden despertarse…

Aquellas palabras le encendieron, inmediatamente dirigió mis manos al final de su jersey para que se lo quitara, y lo mismo hizo con mi camiseta. Ambos, medio desnudos, nos estiramos en el sofá y disfrutamos el uno del otro.

Su espalda era fuerte y ancha, su piel muy suave. Sus manos acariciaron mis pechos por encima del sostén, tímida y delicadamente, y pronto me dirigí a la clavícula, un punto débil para muchos hombres, y me percaté de unas pequeñas golondrinas que la adornaban. Dicen que los pájaros eran el símbolo de la libertad, pero esta quedó olvidada cuando, de repente, Aiden se apartó abruptamente de mi lado, levantando sus manos a la altura de su pecho y negando frenéticamente con la cabeza.

Extrañándome por su repentina actitud, me incorporé y esperé que dijera algo.

—No deberíamos estar haciendo esto. Esto no está bien…

Me tapé el pecho.

—¿Por qué? —me atreví a preguntar, inocentemente.

—¿Por qué? —cuestionó retóricamente— Porque hace dos días que nos conocemos y porque sé que esta no eres tú.

Con los brazos aun tapándome el pecho, me agaché al suelo y cogí la camiseta, volviendo a ponérmela.

—¿Cómo vas a saber que esta no soy yo? Tú mismo has dicho que hace dos días que nos conocemos, no sabes cómo soy. ¡No tienes ni idea!

¿Pero qué le había pasado?

—¡No hace falta meterse en la cabeza de alguien para saber qué es lo que piensa! —respondió poniéndose de pie también, recogiendo su

jersey del suelo— ¿Crees que estoy ciego? Sé que sientes pena por mí.

¿Qué demonios estaba diciendo?

—No es verdad. Yo sé que…

—¡No, tú no sabes nada de mí!

—¡Ni tú de mí!

—¿Entonces cuál es el sentido de esta discusión? ¡Ninguno sabemos nada del otro!

Parecía que hubiese algún botón en el cerebro de Aiden que dijese: "¡Vamos a cambiar de humor! ¡Es divertido confundir a Elionor!". Y no lo era. No fue divertido ver la ira en sus ojos y saber de la tristeza en los míos.

—¿Por qué lo haces? —pregunté sentándome en el sofá de nuevo, escuchando como se rompía mi voz.

—¿Hacer el qué? —respondió levantando una ceja, como si no supiera de lo que hablaba.

—Humillarme, hacerme sentir deseada y después volver a rechazarme como lo estás haciendo ahora.

—Yo no…

—Lo haces —le corté.

—Pero yo no quiero humillarte… —se agachó y se sentó a mi lado.

—No, Aiden. No, por favor…

—No quiero hacerte daño —murmuró, veía el dolor en sus ojos, dándome a entender que estaba diciendo la verdad.

—Lo haces igualmente…

Ambos nos quedamos en silencio durante unos minutos, esperando a que alguno de los dos rompiera el muro que se había formado entre nosotros. Había sido él quien había sugerido besarme, y así lo había hecho, pero Aiden llevaba razón en algo: aquella no era yo. Nunca me hubiese acostado con él al momento de haberlo conocido, nada hubiese pasado de besos y caricias.

Aunque la luz estuviera apagada, para través de su rostro se podía vislumbrar la batalla interna que tomaba lugar en su cabeza. Sus emociones se mezclaron y vi de nuevo aquel mar de confusión en sus ojos. ¡Quería saber qué era lo que pensaba y quería ayudarle! ¿Cómo iba a poder hacerlo si se marchaba?

—Creo que lo mejor sería que dejásemos de vernos —sentenció.

—¿A qué te refieres? —pregunté con un nudo en la garganta.

¿Es que no me quería, ni siquiera como su amiga?

—Ambos nos hacemos daño el uno al otro.

¿De qué modo podía hacerle daño a él, si lo único que quería era ayudarle?

—¿Pero por qué? —estaba desesperada.

¡Me encontraba desesperada por el significado de sus palabras, confundida por su carácter y humillada por sus acciones!

—¡Porque me confundes, Elionor! ¡No puedo hacerle eso a Marie, y tú no eres ella! ¿Es que no lo entiendes? Tú no eres Marie.

Primero quedé en blanco durante unos diez segundos. Pero entonces surgió la rabia hacia Marie, porque volvió a colarse entre nosotros. De nuevo Marie, otra vez ella.

En ese tiempo Aiden acabó de recoger todas sus cosas y salió por la puerta, escuchando cómo subía las escaleras para recoger la guitarra.

Lo había dicho, había confesado lo que más me temía, lo que ya sabía y no había querido admitir: yo no era ella.

Yo no era Marie.

Capítulo 9

Ángeles de mármol y lágrimas de cristal

Pasé una semana sin saber nada de Aiden.

Se había marchado aquella misma noche a las doce y no le había vuelto a ver, ni siquiera en Baker Street.

Cuando desperté la mañana siguiente, sentí como si una luz se hubiese apagado en mi interior, instalándose una sombra que no me dejaba ver, ni pensar con claridad. Le busqué por las calles y en cada estación de metro en la que el tren se paraba de camino al trabajo, pero no hubo ni rastro de Aiden. Fue como si el viento se le hubiese llevado de Londres.

Él había dicho que yo no era Marie, eso era evidente, pero, además, también había dicho algo importante: no quería hacerme daño. ¿Habría estado pensando en ella mientras nos besábamos? Porque yo deseé con toda mi alma que aquello que ambos compartimos hubiera sido real. Recordé que él había dicho que yo también le había hecho daño, y no podía evitar preguntarme cómo.

Marie era tan importante que hasta le parecía que, al besarme, la estaba traicionando, y pensé que posiblemente habría sido el modo en que le había hecho daño. Quería respuestas, tenía que saber de una vez por todas quién era Marie.

—¿Qué es lo que te pasa? —me preguntó Laura desde una de las mesas de la cafetería.

—Oh, nada… —respondí, queriendo quitarle importancia.

—Déjala, está enamorada —canturreó Cassie, desde la mesa número tres.

Rodé los ojos y decidí cambiar de tema. Iba a ser mejor que no hiciera caso a su comentario.

— ¿Habéis visto hoy al señor Marks aparecer por la cafetería? —

—El señor Marks te ha dicho lo bien que te sienta la falda que llevas hoy y que te desabrochases un poco la camisa que llevas, que la

calefacción estaba demasiado alta y que no quería que te asfixiaras —Laura levantó una ceja.

Sentí mis mejillas sonrojarse.

—Hace días que Leo está en la luna —añadió Cassie, llegando hasta la barra para dejar la bandeja con tazas de café.

—Puede que esté preocupada por algo —le respondió Laura, encogiéndose de hombros.

—Tampoco es ningún secreto.

No tuve agallas para mirarlas a los ojos y contarles la razón de mi amargura.

—¿Es por ese chico? —preguntó de nuevo Laura.

En sus manos estaba el trapo mojado que utilizábamos siempre para limpiar las mesas. Por suerte no había mucha gente aquella tarde y tenía ganas de irme ya a mi casa, desconectar del mundo y de Aiden.

"Sí…"

—No —respondí en un suspiro.

—Qué mentirosa…

—¡No estoy mintiendo! —me defendí, subiendo el tono de mi voz, pero ellas llevaban razón.

—Pero si llevas noches sin dormir, se te nota en la cara. Además, si no me equivoco, le conociste el sábado pasado, ¿verdad? —respondió Cassie en una carcajada.

—En realidad fue el viernes —añadí en un murmullo casi inaudible.

—¡Y no nos lo habías dicho! —exclamó mi amiga pelirroja.

Laura chasqueó la lengua.

—Debe tener sus motivos, Cassie —le contestó Laura, intentando defenderme. Se lo agradecí mentalmente.

—¡Pamplinas! Estas cosas se explican el primer día. Así que, dime, ¿era él aquel chico que escuché hablar el domingo por la mañana? —contraatacó.

—¿El domingo? —esa vez Laura sí se interesó.

Laura sabía que yo estaba pensando en Aiden, aunque no se lo hubiese dicho, pero lo que no sabía era que se había quedado a dormir en mi casa.

—¡Ay, dejadme! —exclamé, yéndome a otra parte de la cafetería.

Cogí el trapo y el líquido para limpiar los cristales y apartarme de aquellas dos cotillas, pero aquello fue imposible.

—Tampoco queremos presionarte para que nos cuentes lo que pasó entre tú y él, Leo —murmuró Laura tocándose el brazo nerviosamente con la mano izquierda.

—Habla por ti —le respondió Cassie, quien recibió un manotazo y terminó sobándose el hombro.

Gracias a Dios, Laura era la más decente de las dos.

—Conocí a un chico en el metro… —comencé a explicar, sintiendo que no me dejarían en paz si no lo hacía.

—Espera, no me digas que es ese yogurín…

Laura fulminó a Cassie con la mirada. En aquel momento, Marian salió de la cocina con unas cajas de té en bolsitas y comenzó a colocarlas en las estanterías del mostrador.

—Chicas, al trabajo… Dejad la charla para después —nos riñó.

—¡Oh, vamos, Marian! Ahora mismo no hay nadie salvo dos niños en la mesa dos. Ven a escuchar la emocionante historia de Leo con el yogurín —rio y movió sus ojos chispeantes hacia mí, expectante—. ¿Cómo decías, Leo?

Supuse que ya no podría escapar de esa…

—Quise saber quién era y fui al día siguiente de nuevo allí donde le vi por primera vez, y encontré un cuaderno, que resultó ser suyo y… Chicas, no sabéis las cosas tan bonitas que escribe en él.

A Laura se le iluminaron los ojos y se acercó más a mí. Marian parecía que también estaba escuchando, aunque fingiera que no. De vez en cuando nos iba lanzando miradas como si estuviese repitiendo el "chicas, al trabajo."

—Cuéntanos más de él —se interesó Laura.

Sus ojos azules, parecidos a los de Aiden, pedían más respuestas.

—Se llama Aiden y es músico —dije y hasta me dolió un poco pronunciar su nombre.

¿Qué estaría haciendo en aquel momento?

—Hasta el nombre es sexy —intervino Cassie y sonreí.

—¿Tiene una banda? —inquirió Laura, curiosa de nuevo por saber más de Aiden.

Fue extraño verla en aquella faceta. Normalmente era muy callada y no preguntaba abiertamente por algo de lo que no quisieras hablar, pero era también muy soñadora, una chica que realmente creía en los finales felices, algo así como Emily pero en versión adulta. La envidié por eso, por tener tanta fe en la vida.

—Es solista. Compone sus propias canciones. Son muy buenas.

—Parece alguien que merezca la pena —esta vez fue Marian quien habló, sorprendiéndome.

Amagué una sonrisa que me acabó traicionando, porque todas suspiraron y rieron como chiquillas ante mi reacción.

—Le sale natural. Es algo innato. Es tan poético y tan… tan… él —intenté explicar entre suspiros.

—Parece todo un Romeo, según lo describes. ¿Eres tú su Julieta? —respondió Laura, soñadora de nuevo. Se había apoyado en la barra del café y aguantaba su cara entre sus manos, los codos anclados a la madera.

La sonrisa desapareció de mi rostro.

—Ya tiene a su Julieta —la voz se me rompió.

"Alguien a quien dedicarle canciones, en quien ocupar todos sus pensamientos… Alguien por quien dejarse llevar con otra persona es un error…"

—Típico, siempre está la otra. Todos los que valen la pena ya están pillados —se quejó Cassie golpeando la mesa.

—Siempre está pensando en Marie, a veces parece que quiera pasar página y cambiarla por mí, entonces nos besamos y la vuelve a recordar. Para él soy un error, no puede hacerle eso a Marie—confesé, sintiendo que mi corazón se quebraba lentamente de nuevo.

—¿Quién diablos es Marie? —preguntó Cassie, arrugando el ceño.

Omitió el hecho de que había confesado que nos habíamos besado.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí también —respondí de vuelta.

—¿Y no se lo has preguntado?

—¡Si le conocí el otro día! ¿Cómo quieres que le pregunte algo tan personal?

No me había dado cuenta cómo habíamos llegado a esas alturas de la conversación sobre Aiden, pero estaba siendo sincera por primera vez.

—¿Os habéis besado ya? —preguntó Marian, levantando una única ceja, e interviniendo de nuevo.

—Dos veces —contesté un poco avergonzada y tanto ella como Laura se quedaron en silencio, muy sorprendidas.

Realmente Aiden llevaba razón, no era típico en mí.

—¡Esa es mi Leo! —Cassie palmeó mi hombro derecho, tomándome un poco por sorpresa— ¡Esa es mi joven americana rompecorazones! Arrasa con los británicos, son todos unos imbéciles y no valen la pena. No sé por qué te mudaste de Estados Unidos, si allí lo tenéis todo. Podrías haber ido a por Channing Tatum o Zac Efron. Incluso Brad Pitt, aunque ya es un poco mayor… Pero ¿qué me dices de Orlando Bloom? Aunque sea británico, está muy bueno igual. Se ha divorciado de Miranda, ¿sabes?

Puse los ojos en blanco, Cassie pensaba que aquellos hombres eran de una raza extraterrestre, que habitaban en California o Nueva York. Pero en Wisconsin no encontrabas a nadie como ellos.

Solo se salvaba un chico de mi instituto de quien estuve dos años colada. Era muy guapo y tuvimos algo en una fiesta, aunque nunca

acabamos saliendo formalmente. No estaba orgullosa de ello, a decir verdad. Se llamaba Simon. También hubo un imbécil, llamado Charlie, en la facultad, que salía con dos chicas a la vez, siendo yo una de ellas.

—Pero una de las veces no cuenta. Había bebido demasiado y me confundió con Marie. Además, comenzó a hablar en francés y no entendí nada de lo que me dijo.

—Un capullo sexy, que te confunde con la que debe ser su ex y que, además, sabe hablar francés… —valoró Cassie rascándose el mentón, sus pecas resaltaban más de lo normal— Querida amiga, estás jodida.

Intenté ignorar sus palabras, pero se colaron en mis oídos como serpientes hasta que llegaron a mi cerebro y permanecieron allí. ¿Tan mal estaba? ¿Tan horrible era la situación como decía Cassie?

La sensación de querer estar a su lado de nuevo me invadió. Sentí que un vació se había instalado en mi pecho y no me dejaba respirar, manipulándome para ir a buscarlo a Baker Street y abrazarle, mientras le decía que estaba bien si no quería olvidar a Marie, pero que me permitiera quedarme a su lado, porque quería cuidar de él.

¿Me había vuelto loca?

—¿Qué opináis de todo esto? —pregunté, con la esperanza de que mis amigas me dieran algún consejo.

Quizás Marian sabía algo. Ella estaba casada y tenía dos hijos,. Al menos debía saberlo por experiencia.

—Que esa tal Marie es una zorra —sentenció Cassie.

Puse, de nuevo los ojos en blanco y me enfadé.

—No creo justo que digas esto —dije—. No sé quién es Marie o qué supuso en la vida de Aiden, pero pareció ser alguien importante para él.

Hubo una vez que sentí rabia hacia ella, pero fue por la situación. No conocía a Marie, simplemente la había visto en las fotografías, y no pude odiarla; no pude cuando un día fue ella quien hizo a Aiden sonreír y soñar, que era lo mismo que quería hacer yo.

Cassie miró a otra parte sabiendo que yo tenía razón.

Estaba segura de que Aiden haría lo que fuese para volver con ella, para tenerla a su lado; volver a poseer aquella felicidad que derrochaban sus ojos en la fotografía de la Torre Eiffel.

Solamente deseaba una cosa: que Aiden volviera a ser la misma persona que era en aquella fotografía.

***

Sentada en el sillón de mi casa, pensaba de nuevo en Aiden. Hacía once días ya que no le había visto. Me dolió imaginarme que quizás había cambiado de estación para evitarme, para no tener que verme.

Nunca antes me había encariñado tanto con alguien, pero Aiden desprendía aquella vulnerabilidad que me obligaba a pensar en él durante las veinticuatro horas del día. No exigía que me besara o que me hablara, con verle y saber que continuaba vivo ya me bastaba. Me sentí patética

Por lo poco que sabía, Aiden podría haberse marchado de la ciudad. Podría haberse vuelto a su pueblo, con su familia, y haber renunciado a su sueño, cediendo a lo que sus padres querían que hiciese. Entonces un pensamiento aterrador se fue haciendo cada vez más intenso en mi mente: quizás se había ido de Londres.

Decidí levantarme del sofá y salir en busca de Aiden, necesitaba saber que no se había marchado. Miré el calendario, dieciséis de noviembre, y aún no había comprado el billete de avión para Wisconsin.

Enrollé bien la bufanda alrededor de mi cuello y me encaminé a la estación de metro dirección a King's Cross. Miré el reloj y vi que eran las nueve y cuarto, debería estar en su casa. Quizás ya hubiese cenado. Puede que estuviese componiendo canciones, o puede que estuviese duchándose. ¿Y si estaba pensando en lo sucedido entre nosotros dos? ¿Y si estaba pensando de nuevo en Marie?

Una oleada de celos me invadió. No quise que pensara en ella. Marie ya no estaba allí, y no quería que Aiden continuara pensando en alguien que ya no estaba a su lado. Quería que pensara en quién intentaba descubrirlo, alguien que de verdad se preocupaba por él. De repente me di cuenta de lo egoísta de mis pensamientos. Era como si intentase omitir que Marie había sido muy importante para él. Pero ¿quién era la que estaba ahí por él?

Desde luego, Marie no.

Bajé en la parada indicada y recordé aquella vez que le seguí, cuando le cantó la canción a aquel bebé, y después le vi llorar a él desde la ventana de su casa con la guitarra en su regazo, cantándole la canción a Marie. Me pregunté cómo fue cuando estuvo a su lado, con su blanca de piel, ojos azules y cabello por los hombros.

Seguí los interminables túneles y subí pacientemente las infinitas escaleras mecánicas. Recorrí aquellas calles tan extrañas para mí. Reviví la noche en que me había obsesionado con la voz de Aiden, todavía sin saber ni siquiera su nombre. Hacía horas que el sol se había escondido y la luz blanca de las farolas era lo único que iluminaba los callejones. Los ladrillos rojos me indicaron que no me

había equivocado de lugar.

Dudé ante la idea de presentarme en su puerta como si nada después de una semana. Me daba grima la imagen de psicópata que iba a darle, pero yo solo quería asegurarme de que estuviese bien.

Recordé que la ventana de Aiden era la que estaba más cerca de la farola, dándole una luz propia que las otras no daban. Entonces fue cuando vi una silueta dentro del piso, para luego desaparecer y escuchar una puerta cerrarse. Pocos segundos más tarde apareció él, bajando las escaleras metálicas y me escondí de nuevo, detrás del contenedor de basura, para no ser vista.

La funda de la guitarra colgaba de su hombro derecho y sus manos estaban guardadas en los bolsillos de los pantalones. Ni siquiera llevaba abrigo ni bufanda, iba solamente con el jersey. Familiarizada ya con mis impulsos de curiosidad hacia Aiden, hice de nuevo algo que en realidad no quería hacer: le seguí de nuevo.

Anduvimos unos cuarenta minutos. Mientras yo lo único que pensaba era adónde íbamos y por qué tenía que escoger aquella hora del día. Al final, Aiden se paró delante de una puerta metálica, que daba entrada a algo parecido a una mansión. Le observé desde la distancia y vi que palpaba el bolsillo de su pantalón para sacar una pequeña llave y abrir la puerta, dejándola entreabierta después de pasar. Corrí lo más silenciosamente posible y me escabullí allí dentro con él.

Los árboles rodeaban el lugar y mis botas repicaban en el suelo de piedra. El viento mecía las ramas y mi cabello, un escalofrío recorrió mi espalda entera. El lugar se distribuía en pequeños pasillos que cruzaban el césped, donde se encontraban unas rocas grandes en el suelo. En una de ellas ponía un nombre y dos fechas separadas por setenta y seis años.

Estábamos en un cementerio y una guitarra comenzó a llenar el silencio. Busqué la inconfundible voz de Aiden Harris en la oscuridad, lo encontré sentado de espaldas a mí, delante de la tumba más alejada, del mismo pasillo en el que estaba yo parada. Cerrando los ojos pude visualizar los músculos de su espalda contraerse, a la vez que cambiaba de acorde, o los tendones de su brazo derecho moverse en el hueco de su codo, al ritmo de la canción, melódicamente.

Abrí de nuevo los ojos y me llevé la mano a la boca al ver el rostro de una persona en la fotografía, justo al lado de la lápida.

Marie.

El viento chocó contra mi rostro, en el momento en que salí de detrás del árbol en el que estaba escondida.

Marie había muerto.

Sentí que mis ojos se llenaban de agua. No la conocía, pero

diecinueve años era una edad demasiado temprana, para que la muerte llegase a la puerta de alguien.

Me sentí egoísta por querer a Aiden solo para mí, por haber pensado que Marie podría haberle hecho cualquier cosa mala, por haber invadido su lugar de descanso, paz e intimidad. No debería haber ido allí aquella noche, pero de no haber sido así, hubiese estado toda la noche preguntándome si Aiden estaría bien.

—Marie, ma belle Marie… Todo me recuerda a ti.

La voz de Aiden volvió a llenar el silencio del cementerio. Había apartado su guitarra, que se encontraba a su costado izquierdo, y le vi cruzarse de piernas. Aiden calló durante unos instantes y comenzó a juguetear con algunos hierbajos del césped, arrancándolos y enredándolos en sus dedos; nudos que ataban su libertad a los recuerdos que lo atormentaban, sin dejarle ser quien era en realidad.

—*Je t'aime encore*, Marie, y, aunque diga lo contrario, quiero que sepas lo mucho que te echo de menos. Ojalá estuvieses aún aquí, conmigo, riendo por mis tonterías y cantando canciones de Ed Sheeran a las tantas de la madrugada. Aún echo de menos ver Sherlock en mi portátil contigo. Recuerdo cuando te quejabas por lo mierda que es, que me comprara uno nuevo, pero, eh, continúa funcionando.

Aiden paró su discurso y soltó una pequeña risa. Pude imaginarme las pequeñas arrugas en sus ojos al reír, sus ojos llenándose de tristeza, en vez de la alegría que alguna vez había podido ver en ellos.

—Besarnos, abrazarnos, que vuelvas a decirme cuánto talento tengo haciendo lo que realmente me gusta, que algún día conseguiré estar en la cima de la montaña y que le gritaré al mundo que lo he conseguido. Arianne me dijo que vendría a Londres cuando pudiese. La echo mucho de menos, también a Pierre. Echo de menos a mis hermanos. Esto es más duro de lo que nunca me hubiese imaginado, Marie.

Verle allí sentado en la tumba de su ex-novia me hizo sentir pequeña, como si Marie fuese una divinidad a la que adoraba. Tan solo hacía falta escuchar con qué delicadeza y nostalgia pronunciaba las palabras que escogía decirle y cómo recordaba con amor aquellos momentos que compartieron juntos.

—*Vivere momento*, Marie. Tú misma me lo dijiste, ¿recuerdas? Pero no lo puedo cumplir. ¡No puedo pretender que nada ha ocurrido entre nosotros! No puedo hacer ver que todo está bien cuando claramente no lo está. No puedo borrarte tan fácilmente de mi memoria, como cuando me dijiste que te irías para siempre... ¿Crees que es fácil para mí? *¡Il n'est pas facile*, Marie! No es fácil cuando apareces cada noche en mis sueños bailando como solías hacer y me llamas para que me una a ti.”

Las lágrimas recorrieron mis mejillas, el viento cortándome la piel, y mi corazón a punto de salirse del pecho.

Qué egoísta había sido…

—A veces tengo la sensación de que me cuidas estés donde estés, que le rezas al ángel de la guarda para que me cuide, pero, ¿sabes? Yo creo que ese ángel eres tú. Me proteges y me guías por el camino, hacia dónde tengo que ir. Hace poco, alguien me dijo que las estrellas nos observan desde el cielo y nos ayudan a seguir el camino correcto, y creo que tiene razón. Hace poco que la he conocido, y no tengo la intención de cambiarte por ella, pero es alguien en quien llevo pensando durante dos semanas y no sé qué hechizo ha utilizado contra mí, pero necesito que me ayudes a saber qué es lo que debería hacer.

»Se llama Elionor, es de Estados Unidos. A veces me recuerda un poco a ti, por la vitalidad con la que ambas miráis el mundo. ¿Recuerdas aquel cuaderno que me regalaste cuando cumplí los dieciocho? ¡Parece ser que es más suyo que mío! La verdad es que lo perdí y ella me lo devolvió. La conocí en Baker Street, donde íbamos siempre tú y yo, ¿recuerdas? Pues allí estaba cantando yo, aquella canción que escribimos juntos y se me quedó mirando. Parecía que jamás hubiese visto a alguien cantar, y desde aquel día, digamos que me la he encontrado siempre. A veces es gracioso, y todo, porque parece que no sea cosa de la casualidad, pero ¿qué más podría ser?

»Me confunde mucho, Marie. Parece que se preocupe realmente por mí y que realmente quiera estar a mi lado, pero le he hecho daño. Le dije que teníamos que dejar de vernos, porque ella no es tú. Sé que, si estoy con ella, acabará ocurriendo algo, y no puedo hacerte esto a ti, no a ti. Prometí quererte para siempre, por el resto de mis días. Nunca rompo mis promesas, lo sabes. ¿Qué debo hacer, Marie? *Dis moi ce que je dois faire…*

»Siento que tengo que darme una oportunidad de nuevo, pero mientras tú sigas en mi cabeza, no voy a poder seguir adelante. *Donne moi un indice, peut-être? S'il vous plaît, ma chère* Marie.

Mis sospechas se habían cumplido: estaba loca. Sentí que mis mejillas se teñían de rojo y me pregunté qué sería lo que dijese Aiden si me viese allí escondida tras aquel árbol, escuchando y analizando cada palabra que le decía a Marie.

Cuando dejó de hablar, Aiden sacó su monedero y extrajo de él una fotografía a tamaño pequeño, dejándola apoyada en la piedra. Se despidió de Marie y se cargó la guitarra al hombro para marcharse.

Cuando Aiden se hubo ido, me acerqué con paso cauteloso y me arrodillé ante la lápida.

Capítulo 10

Vous vivrez toujours parmi nous

De mármol, a la luz de la luna pude distinguir el negro, blanco y gris. Sentí realmente como si la presencia de Marie me diese la bienvenida a su lugar de paz donde descansaba eternamente, y me pregunté de qué habría muerto. No era normal que alguien muriese a los diecinueve años, y mucho menos alguien que parecía tan saludable en las fotografías.

Marie Arène
"Vous vivrez toujours parmi nous"
17.04.1994 – 14.06.2013

La imagen que Aiden había dejado en la piedra mostraba una Marie joven, de dieciséis años quizás, sonriente y feliz. Su flequillo estaba peinado hacia atrás, con una cinta de color azul que hacía destacar sus ojos que irradiaban tanta energía como el mismo sol. El cabello oscuro le caía hasta los hombros y parecía estar riéndose de algo, con las manos juntas encima de su pecho y mostrando unos dientes con relucientes brackets.

Era deslumbrante, comprendía que Aiden no la quisiera olvidar; era un deseo banal el de querer ser más importante que ella.

Me sentí fea a su lado, pensando cómo se me había podido ocurrir que quizás él podría encontrarme atractiva. Me dolía el pecho porque me sentía egoísta de quererlo tan solo para mí, de intentar alejarlo del fantasma de alguien que había sido tan importante para él.

Sentí la necesidad de hablar con ella y desahogarme.

—Hola, Marie. Me llamo Elionor, y me da la sensación de que estoy haciendo el imbécil porque, ya sabes, estoy hablándole

directamente a una piedra, aunque siento que estás aquí. Simplemente lo sé —me senté donde Aiden lo había hecho antes y me removí nerviosa. Si alguien me estaba viendo, iba a negarlo por completo—. Aiden te ha hablado antes de mí. No te conozco de nada, tan solo hace unos diez días que sé de tu existencia, pero, como él mismo ha dicho, me gustaría cuidar de él. Quiero que sepas que deseo ser una amiga y que no tienes que desconfiar de mí. Solo quiero ayudarle, porque aunque hace unos diez días que le conozco, algo me dice que este no es el Aiden que tú conocías. ¿Podrías decirle que solo quiero ser su amiga? Por favor, Marie…

Justo al lado de la lápida de Marie crecía una margarita. La recogí, colocándola encima de la piedra, justo al lado de la fotografía que había dejado Aiden minutos antes.

()

Me levanté sacudiéndome el pantalón y el bajo del abrigo por si había quedado algún hierbajo enredado y decidí que era momento de volver a casa.

Recordé lo que Cassie había dicho de Marie y me sentí orgullosa de mí misma por haberla defendido. Yo también había pensado mal sobre ella, pero no se podía hablar de aquella manera de alguien que no se conocía.

El camino del cementerio que llevaba a la puerta principal estaba llegando a su fin. Me pregunté si Aiden habría cerrado la puerta. Si lo había hecho, me tendría que quedar la noche allí. Comencé a sentir miedo. No era agradable visitar un cementerio.

Pisé el suelo de piedras con extrema precaución. No quería encontrarme con nadie allí. ¿Por qué no me había traído el spray de pimienta? Misteriosamente, la puerta de metal estaba abierta y me quedé parada pensando durante unos segundos. ¿Aiden se había olvidado se echarle el cerrojo…?

—*Bonne soirée, mademoiselle*.

El corazón se me paró durante un instante para luego latir con violencia.

Aiden estaba sentado en un banco de piedra que había al lado de la puerta metálica, escondido debajo de las ramas de un muérdago, y se puso de pie.

—¿No te han dicho nunca que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?

Me quedé sin aire sin saber qué decir. ¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente curiosa?

—Yo… Eh… —balbuceé.

Aiden suspiró y relajó los hombros. Sentí mucha vergüenza, ni siquiera me reconocí a mí misma. ¿En quién me había convertido?

¿Desde cuándo yo hacía aquellas cosas?

Había comenzado a hacer frío de repente, y el abrigo ya no fue suficiente para resguardarme del helado viento. La noche continuaba siendo estrellada y el "crac crac" de la suela de nuestros zapatos llenaban el fantasmagórico silencio en el cementerio.

—Ven conmigo —fue lo único que dijo después de una larga pausa.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar por el mismo sendero por el que habíamos venido.

—No me vas a secuestrar y luego pedir un rescate de veinte millones de libras, ¿verdad? —mentalmente me abofeteé por decir semejante estupidez.

—¿Es que has perdido el juicio? —preguntó dibujando una mueca de incomprensión en sus labios.

Sus ojos eran prácticamente transparentes, como la noche en la azotea.

—Me has asustado.

—Y tú me has seguido desde el momento en que he salido de mi casa.

Me sonrojé, avergonzada por haber sido cazada de nuevo.

—¿Qué has venido a hacer aquí, de todos modos? —pregunté haciendo ver que no sabía nada de lo que había ocurrido.

Me abofeteé de nuevo.

—Creo que lo sabes todo. No eres tan sigilosa como crees —respondió.

Mis mejillas se sonrojaron aún más y pensé en que estaba quedando como una idiota delante de él. ¿Por qué siempre tenía que ponerme en ridículo?

—¿A dónde vamos? —me atreví a preguntar.

—A mi casa —se encogió de hombros. ¿A su casa? — Oh, *mon Dieu*, no voy a secuestrarte.

A partir de ese momento solo el sonido de nuestros pasos nos acompañó, y me pregunté curiosa cómo sería su casa. Imaginé que Aiden era de aquellas personas que colgaban sus cd's favoritos en la pared, y las llenaban de fotografías.

Había echado mucho de menos a Aiden.

Había estado diez días sin saber nada de él, pero me estaba dando la sensación de que había valido la pena, porque mis ganas de estar junto a él, de seguir descifrándolo, aumentaban por segundos. Tan solo la luz de las farolas nos iluminaban el camino, pensar que íbamos a su casa me ponía más nerviosa que nunca. No sabía qué esperar.

—¿En qué estás pensando? —escuché que me preguntaba.

"En lo mucho que te he echado de menos", pensé.

—En cómo será tu casa —me inventé.

—No es gran cosa —se encogió de hombros.

Me pregunté si alguna vez habría compartido piso con Marie. Cuando le había hablado de mí, recordaba que le había dicho que me conoció en Baker Street, donde solían ir ellos dos… ¿Quizás se conocieron allí también? Puede que Aiden ya cantase allí y se hubieran conocido de la misma forma que lo hicimos él y yo. Pero el primer día que hablé con él, cuando le devolví el cuaderno por primera vez, me explicó que había huido de su casa a casa de otra persona, de quien no quiso decir el nombre. Ahora estaba segura de que se refería a Marie.

—¿Va a venir tu hermana? —pregunté, cambiando de tema, volviendo a golpearme mentalmente por ser tan tonta.

¿Por qué estaba haciendo aquellas preguntas? Era más, aunque Aiden me lo hubiese dicho, ¿qué estaba haciendo yo ahí con él?

—Con que sí estabas escuchando, ¿eh? —levantó una ceja y sonrió burlón. Yo me sonrojé— Eso es lo que me dijo ayer por teléfono.

Nos quedamos en silencio y lo único que se escuchó fue el sonido de los coches pasar por la calle desierta. Eran las once de la noche, y al día siguiente tenía que levantarme a las siete. Estaba cometiendo una locura, pero la curiosidad era más fuerte que yo.

—¿Echas de menos a tu hermana? —cuestioné de nuevo, cuando nos paramos en un semáforo.

—Muchísimo —respondió con la sinceridad reflejada en sus ojos —. Cuando éramos pequeños, siempre nos preguntaban si éramos mellizos. Ya sabes, nos parecemos mucho. Lo que nos diferencia es el cabello y los ojos. Ella es completamente morena.

Sonreí francamente. Era bonito escuchar a Aiden hablar así de su hermana.

—Avísame cuando venga a verte —dije.

—¿Quieres conocerla?

—Claro, ¿por qué no? —me encogí de hombros, recordando lo que una vez me dijo.

En efecto, Aiden soltó una carcajada. Le sentaba bien reír.

—Si le dices que su pelo está maravilloso, sedoso y precioso, posiblemente te querrá por el resto de su vida.

Anduvimos unos treinta minutos más y llegamos a su calle. Igual que antes, la luz blanca de las farolas fueron lo único que iluminaba el callejón. A lo lejos se escucharon unos perros ladrar junto al maullido de unos cuantos gatos.

—Sigo diciendo que no es una suite, precisamente —recalcó Aiden.

—No te preocupes, no es importante —aseguré.

Llegamos finalmente a su casa. Aiden sacó un juego de llaves de sus pantalones y metió la más pequeña dentro de la cerradura. Me aguantó la puerta, para que pasara yo primera, y al subir las escaleras llegamos a un pasillo, con puertas de madera pintadas de rojo.

—Las damas primero —murmuró Aiden señalándome el camino.

Caminé por el pasillo, preguntándome cuál sería la suya. La pintura estaba absoluta y extrañamente descolorida. El suelo era de madera, viejo y roto; además, los barrotes, de la barandilla metálica, estaban oxidados.

—Lo sé, es un asco… —se sonrojó él.

—Te he dicho que no es importante, en serio. ¿Cuál es tu puerta?

—La última en el pasillo.

Por encima de la mirilla había un letrero que ponía «Aiden Harris», y en el suelo una alfombrilla con un casi irónico: «Hogar, dulce hogar».

Aiden introdujo la llave en el cerrojo y me abrió la puerta de nuevo, dejándome pasar a mí primera. El apartamento consistía en un sofá con un diminuto televisor delante de él, una mesa pequeña, una cocina y dos puertas, que supuse que eran la habitación de Aiden y el baño.

—Bienvenida a mi humilde hogar —dijo mientras apoyaba la guitarra en la pared.

—Es acogedor —murmuré juntando mis manos a la espalda.

Era diminuto, pero me dio una sensación muy hogareña, y, si hubo algo que me llamó la atención fue el hecho de que una de las paredes estuviera repleta de palabras.

—Me gusta tener presente algunas cosas, ¿sabes? Como quién soy o qué he venido a hacer a Londres —me explicó, y me di cuenta de que ya le tenía a mi lado.

Asentí mirándolo a los ojos y vi que me hablaba muy en serio.

—Es algo muy bonito. Pero ¿por qué lo escribes en la pared y no en tu cuaderno?

—Es más fácil de ver si lo tienes aquí, bien grande —dijo, encogiéndose de hombros—. Además, el propietario de este apartamento es un cabrón y no me deja nunca en paz. Posiblemente compró los muebles más baratos y malos que pudo. Siempre me está poniendo pegas por todo lo que hago y hará lo que sea hasta por echarme de aquí. Así que yo se las devuelvo.

—Buena idea —reí y él me acompañó.

Se quitó la chaqueta y me dijo que le diese la mía, colgándola detrás de la puerta. El sonido de un maullido llenó el apartamento y me di la vuelta, viendo un gatito blanco que se acercaba con cierta desconfianza, pero con curiosidad.

—Oh, aquí viene la princesa de la casa… —sonrió Aiden.

—¿Tienes un gato y no me lo habías dicho? ¡Me encantan los gatos!

—Eh… No había surgido el tema, pero sí. En realidad, es una gata —asintió con la cabeza mientras ella se restregaba entre sus piernas, maullando y arqueando la espalda, pidiendo atención.

La gata era de color blanco por la cara, degradándose a una tonalidad marrón arena atigrado por encima de sus ojos y por el lomo, hasta terminar en negro en la cola, sorprendentemente anillada. Su maullido era agudo, y sus ojos de un color tan azul como los de Aiden. Sus orejas eran curiosamente puntiagudas y del mismo color que su cola, prácticamente negras.

—¿Puedo cogerla? —pregunté, con la esperanza de que me dijera que sí.

—Claro que puedes. Pero te aviso de que es muy asustadiza.

Asentí y me agaché para alzarla en mis brazos y acercarla a mi pecho, completamente entendiendo que quería librarse de mí a juzgar por sus movimientos.

—Es preciosa —susurré, acariciando su cabeza, intentando tranquilizarla.

—Y es toda una señorita.

Rindiéndome, la dejé en el suelo y ella desfiló hasta el sofá, donde se enroscó y comenzó a lamerse las patas.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Gala —me respondió.

—¿Gala?

—Sí, es bonito. ¿No crees?

Asentí y me acerqué al sofá, justo al lado de Gala y acercando la mano para acariciar sus orejas, comenzando a ronronear al tacto de mis dedos con su pelaje.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé exactamente, pero el veterinario dijo que debería rondar entre los dos y cuatro meses.

—¿Y cómo la conseguiste?

—La encontré dentro de un contenedor de basura. Alguien debió abandonarla, y era tan pequeña que no pude dejarla ahí. Siempre he querido tener un gato, pero mi madre es alérgica.

Asentí y miré a Gala. Tenía los ojos bien abiertos y nos observaba atentamente. Recordé que Eddie siempre espiaba a las visitas desde arriba de las escaleras, y me hizo sonreír. Al volver la vista a Aiden, él también me estaba mirando, fijamente.

—Elionor —me cogió las manos y pasó sus pulgares por mis nudillos—, sé que has estado escuchando todo lo que he dicho esta

noche en el cementerio. Yo he oído todo lo que has dicho tú —tomó aire y cerró los ojos—. Me gustaría disculparme de nuevo por cómo me he comportado. Creía que apartándome de ti era la mejor decisión, pero después de escuchar tus palabras me he dado cuenta de que lo único que consigo así es hacerme daño. Y a ti también te he hecho daño. Era lo último que quería —hizo una breve pausa y sentí mi boca completamente seca.— No sé qué es lo que me has hecho, pero te necesito a mi lado. ¿Me perdonas?

Aiden se estaba disculpando, después de haber creído que, apartándose de mí, sería más fácil deshacer los vínculos que en dos días habíamos creado, y disculpándose por intentar destruirlos con hirientes palabras.

—Te perdono, Aiden. Perdóname tú también si te he incomodado en algún momento. Entiendo si no quieres hablar de Marie —susurré.

Dibujó una sonrisa y me acarició el pelo que caía en pequeños y despeinados bucles por mis hombros y bajaban por el pecho.

—Estás perdonada.

Miré al suelo y mordí mi labio inferior, reprimiendo las ganas de saltar a sus brazos.

—Así que… ¿Estamos bien? —pregunté, sin saber muy bien qué decir.

Aiden asintió, sonriente, mostrando el hoyuelo prominente en su mejilla derecha.

—Hola, soy Aiden Harris —bromeó, tendiéndome la mano.

—Elionor Broome —le seguí la broma, sacudiéndosela.

—Bonito nombre, Elionor —me guiñó el ojo y sentí que sus dedos apretaron los míos.

Volvía a tener a Aiden en mis planes de vida y me había presentado a mí misma con mi nombre completo, sin pensar ni siquiera que no me gustaba.

Entendí que él nunca podría borrar a Marie de sus recuerdos, pero no pedía más.

Así era feliz.

Capítulo 11

Un paseo por el hielo

Gala se acurrucó entre mis piernas y maulló, sedienta de mis dedos, para que continuasen acariciándola. Aiden me había dicho que no era muy fanática de los desconocidos y que, cuando habían estado sus hermanos, Gala se había escondido en la habitación durante horas, así que me consideré afortunada.

El reloj marcaba la una de la madrugada y continuaba en casa de Aiden, la noche de un miércoles. Nos veíamos las tardes que teníamos libres, cuando ambos no teníamos otras cosas que hacer, e íbamos a dar una vuelta por Regent's Park y charlábamos sobre cómo nos estaban yendo las cosas.

—¡No había conocido a nadie que contara chistes tan malos! —reí, con lágrimas en los ojos.

Mi estómago dolía de tanto reír, pero no de lo graciosos que eran sus chistes, sino de lo gracioso que él se creía por contarlos. Las lágrimas se le acumulaban, en los bordes de los ojos, provocando que hiciera muecas muy graciosas.

—Pues no has oído los mejores, aún.

—¿Mejores? —levanté una ceja—. Querrás decir los peores.

Aiden lo dejó estar y cogió a Gala de mi regazo, ganándose que la gata comenzase a quejarse, pero una vez sus largos dedos alcanzaron el dorso de sus orejas, continuó ronroneando como si nada hubiese ocurrido.

—¿Quién fue Platón?

—Oh, no… Aiden, otra vez no… —me tapé la cara con las manos, pero él hizo caso omiso a mis súplicas.

—¿Quién fue Platón? —repitió.

—¿Quién? —me rendí.

—¡El hermano de cucharón!

Intenté no reír, pero fallé en el intento.

—En serio, cállate ya.

—¿Qué le dice un tallarín a otro?

—Aiden…

—¡Mi cuerpo pide salsa!

Quise callarme, pero no pude.

—¡Tengo otro! ¡Tengo otro! —volvió a decir, alzando los brazos.

—Ni se te ocurra…

—¿Qué le dice un globo a otro? —me quedé en silencio con una ceja arqueada— ¡Cuidado con el cactusssssss…!

—Eres tonto —reí.—¡Dios mío! ¿De dónde has sacado todos estos chistes tan pésimos? —pregunté echando la cabeza hacia atrás, sin poder evitar reír.

—Mi abuelo me los contaba cuando era pequeño. ¡Son divertidos!

—Son… Son… ¡Tetrapésimos!

—¿Tetrapésimos? —se extrañó soltando una risotada.

—Sí, cuatro veces pésimos.

—Te encantan, y lo sabes. ¡Mírate! Si estás llorando y todo

Olvidamos el asunto de los chistes y Gala arqueó el lomo pidiendo más atención por parte de Aiden. Desviando mi atención de ellos, observé la pared que tenía delante. La pintura era de color blanco viejo, pero parecía negra a causa de las palabras escritas en ella.

Veni, vidi, vici.

Cogito, ergo sum.

Amor vincit omina.

Entre otras.

Dos pájaros, como los que Aiden llevaba tatuados en la clavícula, se encontraban dibujados entre todas las palabras, precedidos por un «vivere momento».

«Vivere momento, Marie, tú misma me lo dijiste, ¿recuerdas?»

Aquello era lo mismo que Aiden le había dicho a Marie, en el cementerio. Aquellas palabras que no entendía, pero las retuve en mi cabeza y, cuanto más lo hacía, menos significando les encontraba. ¿Por qué estaban todas aquellas palabras en latín?

—¿Qué significa? —pregunté mirando otra frase en la pared.

—¿El qué? —cuestionó, arrugando su frente en un gesto de confusión.

—Esto —señalé con el dedo.

Aiden cerró un tanto los ojos y enfocó lo que mi dedo índice señalaba.

—Patiens et fortis se ipsum felicem facit —murmuró entre dientes.

—Sí. ¿Qué significa? —asentí, suponiendo que era aquello a lo que yo me refería.

—Es un proverbio, dice que los hombres pacientes y valientes saben encontrar la felicidad por sí mismos.

Asentí de nuevo, sin decir una palabra más, y desvié la mirada, sintiendo en la voz de Aiden que no quería hablar del tema. Deposité mi mirada en el recibidor, una fotografía de Marie y Aiden se encontraba encima de la mesita, en la que dejaba las llaves y todos los chismes que llevaba en el bolsillo de los pantalones.

En ella aparecían ambos cogidos de la mano en un puente, en medio de un río, deduje que era París, de nuevo. Marie llevaba un bonito vestido floral de color verde y, de nuevo, una cinta en su cabeza, pero esta vez con el flequillo cubriéndole la frente. Aiden sabía que muchas veces me quedaba mirando las fotografías de Marie y él, pero nunca me lo había impedido. Además, había una nueva incorporación, una en que ambos, él y yo, salíamos sonrientes, tirados sobre las flores blancas del césped, bajo los sauces llorones de Regent's Park.

—Me gustaría enseñarte una canción en la que he estado trabajando. ¿Quieres escucharla?

Volví mi cabeza, perdida entre las fotografías, las lenguas muertas y Marie, y vi que Gala ya no estaba en su regazo, sino que estaba subida en una silla, mirándonos atentamente con sus grandes ojos azules.

—Por supuesto —respondí, enderezándome en el sofá.

Aiden se levantó para ir a buscar su guitarra y se sentó de nuevo, con ella en su regazo. Era del color de la madera, más bien amarillenta, y unos dibujos hechos de metal se enredaban del mástil a la cabeza, adornada con el nombre de Taylor. La mano izquierda de Aiden se dirigió a las clavijas, y comenzó a moverlas a medida que tocaba las cuerdas con la derecha, afinándolas y cerrando los ojos, atento al sonido.

Las palabras fluyeron de sus labios, como la miel de las colmenas, al tiempo que sus dedos iban arpando las cuerdas. Me sentí encantada, como si la magia fluyera de las cuerdas, envolviéndome . Su cabello se movió con el vaivén de su propia cabeza, y sus dedos nunca perdieron el ritmo, su cerebro dividido en tres partes: traste, arpeo y voz.

De nuevo estaba yo allí,maravillada con aquel chico cuya voz me había hechizado.

El reloj marcaba las dos de la madrugada.

Me dolían los pies, después de llevar durante todo el día las botas nuevas que me había comprado. Me sentía incómoda, Aiden decía que era porque no estaba acostumbrada a llevarlas. Al tener los pies

pequeños, respecto a mi metro ochenta, escogí un modelo en que el zapato era bastante estrecho, esperando acostumbrarme rápido. Aiden me dijo que comprara otras que encontró en la tienda, también muy bonitas, pero las primeras me habían gustado demasiado.

—¿Vas a hacer algo interesante esta tarde? —me preguntó Laura, quitándose el delantal, marrón chocolate, que llevaba puesto.

—Posiblemente haga maratón de alguna serie. ¿Por qué? —respondí.

—Me preguntaba si querrías venir conmigo y con John a patinar, en la pista de hielo que han inaugurado en Hyde Park —se encogió de hombros.

—No creo que sea una buena idea…

—¿Por qué?

—Las botas nuevas me están matando —me señalé los pies, encogiendo los dedos como pude.

Laura me había contado que, cuando era pequeña, su madre la apuntó a clases de patinaje artístico sobre hielo, le gustaba recordar viejos tiempos.

—Puedes sentarte en el banco y hacernos fotos a John y a mí, si quieres.

Me gustaba sacar mi cámara en cualquier ocasión que pudiese valer la pena, no se me presentaban oportunidades como aquella a menudo. Hacía mucho tiempo que no la utilizaba, lo echaba de menos y Laura conocía mi afición.

—De acuerdo —acepté.

—¡Genial! —exclamó ella.

—Pero tendremos que pasar por mi casa a recoger la cámara.

—Está bien. Puedes decirle a Aiden que venga también, así me lo presentas —dijo con una sonrisa.

Los ojos azules de Laura se iluminaron y se apresuró a ponerse el abrigo, subiendo la cremallera hasta el mentón. No le había visto aquella mañana en el metro, era extraño, quizás no se encontraba bien. Le llamaría después.

—No creo que hoy pueda, pero prometo que un día te lo voy a presentar —respondí.

Laura asintió sin preguntar.

Después de ir a mi casa a buscar la cámara de fotos, nos dirigimos al trabajo de John, en Trafalgar Square, y desfilamos cruzando Saint James's Park y Green Park hasta Hyde Park, donde encontramos una gran multitud de niños y niñas haciendo cola para conseguir sus patines y comenzar a deslizarse por el hielo.

La tarde estaba siendo buena, además de que Marian nos había

permitido terminar dos horas antes y era más pronto de lo habitual.

Como de costumbre, las nubes cubrían el cielo, pero era un buen día a pesar de todo. En Londres podías decir que el día era bueno si llevabas cargando el paraguas todo el día y luego no lo utilizabas.

John era un chico humilde, afable. No era de familia rica, era irlandés y hacía poco que había llegado a Londres para trabajar. Laura, que lo conoció en la fiesta de un amigo en común, le había conseguido el trabajo en una empresa telefónica a través de ese mismo amigo, aunque yo no sabía muy bien qué era lo que hacía exactamente. John era licenciado en telecomunicaciones, y supuse que aquello fue lo que le facilitó su admisión en el trabajo. Laura siempre alegaba que nadie en el mundo podía resistirse al acento irlandés, pero yo seguía prefiriendo el inglés, como el de Aiden.

Laura y John se acercaron a la caseta de los patines y pagaron por el alquiler, mientras yo encontraba un banco, en el que preparar mi cámara para hacer unas buenas fotografías. Hacía mucho tiempo que no la utilizaba y estaba segura de que tendría que hacer algunos ajustes al objetivo y limpiarlo con cuidado.

—¿Estás segura de que no quieres patinar? —me preguntó Laura, cuando terminó de atarse los cordones de los patines.

—De veras, estoy bien. Quizás otro día. Muchas gracias —respondí con sinceridad.

Era verdad que los pies me dolían horrores, pero también me daba miedo caerme en mitad de la pista y quedar en ridículo.

Laura suspiró y se levantó con John, ambos se dirigieron a la pista, con cuidado de no resbalar en el hielo. Me levanté, aunque mis pies pedían que me estuviese quieta o que me librase de aquellos endemoniados zapatos con urgencia, y me dirigí a la valla para hacer las fotos.

John solo hablaba cuando estaba con Laura, pocas veces me había respondido a algo que le hubiese preguntado. Lo único que sabía de él, por Laura, era que tenía una gran colección de sellos y que sabía todas y cada una de las historias que estos escondían. Me parecía algo fascinante.

Le di repetidas veces al objetivo, justo cuando se daban la mano y patinaban juntos, rodeados de niños kamikazes que chocaban contra ellos y ni siquiera se disculpaban.

—¿Elionor?

Me di la vuelta y ahí le vi, con su inconfundible jersey gris que parecía que nunca lavaba, quizás tenía siete iguales, y los mismos zapatos de siempre. Esta vez no llevaba consigo su guitarra, y detrás de él había una chica de pequeña estatura (considerando lo alto que era él) y con el cabello chocolate rizado, ojos marrones y expresión

similar a la de Aiden. Aguantaba un vaso de Costa Coffee, con sus manos enfundadas en unos guantes burdeos.

—¡Eh, Aiden! —saludé casual, sonriendo levemente y desvié mi vista a la pista de patinaje cuando escuché un grito de Laura.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó de golpe, devolviendo mi atención hacia él.

—Hacerte una foto —respondí, riendo mientras miraba por el objetivo de la cámara, y disparé—. He venido con Laura y John y les estoy haciendo fotos mientras patinan.

La chica de detrás de Aiden comenzó a reír.

—Me gusta esta chica —sonrió ella, su voz era extremadamente aguda.

—Elionor, ella es Arianne —Aiden obvió lo que ella dijo.

—Es Ari… —murmuró ella con voz ligeramente amenazante.

—Sabes que continuaré llamándote Arianne, aunque no te guste.

Justo como hacía con mi nombre y me alivió saber que al menos no era la única que sufría aquel fastidio. De todos modos, me gustaba algo más cuando lo decía él.

—Soy la hermana de Aiden —dijo cuando vio que él no la presentaba como era debido.

—Creo que podría haberlo sabido, aunque fuese ciega —reí y ellos me siguieron.

Dejé que la cámara colgase de mi cuello, reposando en el pecho.

—Arianne, ella es…

—Es Elionor, aunque no le gusta su nombre y prefiere que la llamen Leo, pero tú la llamas por su nombre completo, fastidiándola tanto como me fastidias a mí. Te pasas el día hablando de ella. —añadió, provocando que me sobresaltara. No esperaba que supiera tanto de mí.

Aiden comenzó a sonrojarse e intenté no reír.

Fue agradable ver a Aiden y Arianne patinar juntos y reír como niños. Aiden insistió en que me uniera a ellos, y no paró hasta que le recordé el dolor de mis pies. Además, no quería quitarle el protagonismo a su hermana, que había venido expresamente a Londres para estar con él.

Hice muchísimas fotografías, pensaba revelarlas después, y regalarle una a Aiden, que había hecho de él y Arianne, para que la tuviese en su piso. Se cayó como unas diez veces, pero se levantó sin ningún problema, riéndose como nunca le había visto hacer.

—Así que ese es Aiden… Al final ha venido —me codeó Laura, con una sonrisa, una vez llegó a la valla.

—Sí —sonreí, jugando con mis manos.

Ella asintió, escondiendo una sonrisa y nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—Es muy guapo —soltó finalmente.

—Bueno… —murmuré nerviosa.

—¡Vamos! Tienes que reconocer que lo es.

Ese era precisamente el problema.

Laura tomó mi silencio como una afirmación.

—¿Esa chica es su novia? —dijo señalando a Arianne con la cabeza.

—No, es su hermana —respondí inmediatamente.

—Oh… Bueno, yo sé que tú y Aiden acabaréis juntos.

—¿Por qué crees eso? —pregunté intentando disimular.

—Simplemente se ve. Por cierto, John y yo nos iremos ya.

—De acuerdo —suspiré.

Laura salió de la pista y se dirigió a buscar sus zapatos. Una vez los tuvo, fue al banco en el que John hacía ya rato que estaba sentado, disfrutando de verla patinar.

—Nos veremos mañana en la cafetería —se despidió con la mano.

—Hasta mañana. Adiós, John —recibí una sonrisa débil, pero era más de lo que podía esperar de él.

—Gracias por haber venido, aunque no hayas patinado —añadió Laura, dándose la vuelta en la lejanía, una vez se marchaban.

Me despedí con la mano y me giré en dirección a la pista, con la intención de encontrar a Aiden y Arianne.

Vi niños corriendo arriba y abajo sin cuidado, parejas de la mano patinando muy acaramelados, y finalmente encontré a las personas que estaba buscando: Arianne en el suelo y su hermano riéndose de ella. Ella cogía entre sus manos la poca nieve, que se había levantado con las cuchillas al limar el hielo, y se la tiraba a su hermano, generando un gran escándalo en la pista y llamando la atención de algunos.

Pensé en lo que había dicho Laura, ella creía en los finales felices y opinaba que Aiden y yo teníamos un futuro, pero ella no sabía nada de Marie, salvo lo que yo las había contado, ni siquiera yo misma sabía la historia completa, y no se la iba a preguntar a Aiden, aunque me muriera de ganas por saber más de ella.

Quizás él pensaba lo mismo que Laura en el fondo, después de todo había vuelto a mi lado, aunque fuera como amigo. ¿Quería decir aquello que se había dado la oportunidad que tanto merecía?

—¡Elionor!

Me sobresalté y vi que Aiden levantaba la mano, mientras se dirigía tambaleante hacia mí, lo siguiente que vi fue a Aiden en el

suelo.

—¡Oh, Dios mío!

No me lo pensé dos veces, salté a la pista, sin siquiera llevar patines, tentando a la suerte y sin pensar que podía acabar igual que él. Crucé el carril con miedo, los niños te atropellaban sin mirar y me arrodillé en el suelo junto a él.

—Ay… Mi cabeza… Me va a salir un chichón…

—¡Aiden! ¿Estás bien?

—Qué torpe eres —rio Arianne, al llegar a nuestro lado.

—Tú no hables mucho, que a los diez años no sabías ir en bicicleta, y cuando montaste por primera vez te rompiste el brazo —se defendió Aiden, intentando ponerse de pie.

—Habló el que aprendió a los nueve —contraatacó Arianne.

—Pero es un año menos y eso significa que yo gano.

—Igualmente no puedes alardear mucho.

—¿Y eso quién lo dice?

—El reglamento de los hermanos.

Continuábamos en medio de la pista, con los dos hermanos discutiendo.

—Eso no existe —respondió Aiden.

—Si existe,lo escribimos hace seis años en el jardín de casa —contestó Arianne.

—Los reglamentos cambian.

Puse los ojos en blanco y decidí salir de allí, antes de que un supervisor me llamara la atención. Aiden y Arianne me siguieron corriendo como podían hasta el banco.

Eran como dos críos y se notaba, en el modo que la miraba, que Aiden la había echado mucho de menos.

—Estoy helado —dijo Aiden, frotándose las manos, después de quitarse los patines.

—¡Lo que tienes helado es el cerebro! —respondió Arianne, pegándole en el cogote, lo que causó una nueva persecución alrededor del parque.

Fue una tarde divertida con los hermanos Harris.

—Aiden, vas a hacer el ridículo esta noche, con el chichón en la cabeza —rió Arianne.

—¡Oh, cállate! —espetó él bruscamente, como si estuviese fastidiado por lo que había dicho su hermana.

—¿Qué es lo que pasa esta noche? —pregunté yo, interfiriendo de golpe en la conversación.

—Nada.—respondió el, como queriendo evitar hablar de ello.

—¿Aiden no te lo ha contado? —continuó Arianne y yo negué con la cabeza, frunciendo el ceño— ¡Va a dar un concierto!

—¡Era una sorpresa! —exclamó él, entendiendo por fin el porqué de su fastidio.

¿Un concierto? ¿Qué era lo que me estaba perdiendo?

—A ver, explícamelo todo, antes de que te dé una colleja —pedí, colocando mis manos en la cintura, esperando su respuesta.

—Se supone que era una sorpresa, iba a decírtelo esta misma tarde… —comenzó él.

—Pues ya es casi de noche, memo —interrumpió Arianne.

—No he pedido tu opinión —bufó y sacó las llaves de su bolsillo derecho del pantalón. Íbamos a su apartamento—. Esta noche doy un pequeño concierto en un pub irlandés, cerca de Portobello Road, ya sabes, nada grande e importante, pero he pensado que quizás te gustaría venir —terminó, habíamos llegado a la puerta principal de su edificio.

Aiden iba a dar un concierto aquella noche y no me lo había dicho. Era un paso muy importante en su carrera, ¡era un gran logro! Me enfadé y acabé dándole en el cogote, provocando su sorpresa.

—¡Eh! ¿Por qué me pegas? —se quejó él y escuché que Arianne se reía.

—¡Estas cosas se cuentan al mismo instante en que las sabes! —exclamé.

—Oh, lo siento por querer darte una sorpresa —dijo con ironía y terminó de abrir la puerta.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

¡Aquellas cosas se contaban a los amigos!

—Pensaba proponértelo una vez llegásemos arriba y me hubiese cambiado los pantalones, que van absolutamente empapados.

Cuando dimos con su puerta, Gala salió a recibirnos a los dos y Arianne la cogió en sus brazos, aunque la gata no estuviese muy contenta con ello. A Gala no le gustaba mucho estar entre los brazos de alguien, pero adoraba las caricias en el cuello y detrás de las orejas cuando caía la noche.

—¿Puedo ducharme yo primera? —le pidió Arianne a Aiden.

Él suspiró.

—Está bien, pero después limpia el suelo. No quiero que se me atasque de nuevo —hizo una mueca al decir aquello.

Arianne asintió y se encaminó a la habitación. Yo me senté en el sofá junto a Gala, mientras Aiden anotaba algo en un papel, que había cerca de la mesa principal de la sala, dijo que siempre tenía que apuntarse las cosas, porque si no se olvidaba de ellas al rato. Encendió la pequeña lámpara, que había al lado de la encimera de la

cocina, que formaba también parte del comedor, y se sentó en ella, cogiendo una manzana de una bolsa de plástico y dándole un mordisco de forma despreocupada, lanzándome una para que yo la cogiera al vuelo.

—¿Estás enfadada conmigo? —me preguntó, tapándose la boca con el dorso de la mano.

La luz de la lámpara hacía que su piel pareciese más pálida de lo normal.

—Sí, mucho —bromeé y él sonrió.

Le di un mordisco a la manzana. Era ácida.

—Quería que fuese una sorpresa.

—Lo sé, no te preocupes por eso.—reí, sacudiendo la mano sin darle importancia.

—¿Vas a venir? —preguntó Aiden.

—Claro —sonreí.

—Gracias.

Me sonrió y bajó de la encimera. En cuatro mordiscos terminó la pequeña manzana y lanzó el resto en la papelera. Se fue al sofá y colocó a Gala en su regazo, acariciándola con una sonrisa.

—¿Vas a parar de llamarme algún día por mi nombre completo? —le pregunté.

En realidad, no supe muy bien qué me llevó a hacer esa pregunta, pero era algo que rondaba por mi mente desde el día en que nos conocimos. De todos modos, ya era prácticamente inmune, y aunque no lo fuese a admitir en voz alta, solo me gustaba cuando él lo decía.

—Te llamas Elionor. Ese es tu nombre, y debes aprender a quererlo —dijo con una sonrisa que hizo que mi corazón se parara, y después miró el reloj colgado en la pared—. Oye, ¿cuánto tardáis las chicas en ducharos?

Habían pasado veinte minutos desde que habíamos llegado. Pronto apareció Arianne, con el cabello mojado, una toalla enroscada en su cuerpo y un enorme neceser bajo el brazo.

—Ya estoy, pesado.

Había oído lo que había dicho su hermano.

—¿Por qué llevas tantas cosas ahí? Yo tengo jabón —le preguntó Aiden.

—Pero el tuyo me deja el pelo muy seco. Además, no tienes acondicionador —se llevó la mano izquierda a sus rizos.

—Demasiados potingues te echas tú.

Arianne le miró con fastidio.

—He traído todo mi arsenal de maquillaje, y pienso utilizarlo para taparte ese chichón en la cabeza.

—Oh, no, ¡maquillaje no!

Dos horas después, de que Aiden se hubiese vestido para ir al concierto, Arianne se encontraba con una crema en las manos, amenazando a su hermano con maquillarle también los ojos, si no se estaba quieto.

—Eres cruel… —murmuró Aiden, cerrándolos con fuerza, haciendo una mueca con sus labios.

—Pero si solo es taparte el chichón. No te quejes tanto —Arianne frunció las cejas.

Gala nos observó desde la ventana, sus grandes ojos azules estaban atentos a cualquier movimiento, y cogí una silla para estar delante de Aiden. La cara de sufrimiento que ponía, al sentir las manos de su hermana esparciéndole la crema, era de fotografía.

—Vamos, Aiden, no es para tanto —murmuré disimulando una risotada.

—Que te lo haga a ti… —respondió.

—Es que yo me lo hago a mí misma.

Aiden resopló.

—¡Estáis las dos aliadas para verme sufrir, que lo sé yo!

Capítulo 12

Un paseo para recordar

Una hora después, los tres nos dirigimos a Portobello Road. Internamente, estaba muy ilusionada porque tendría otra oportunidad de escuchar su maravillosa voz,. Llevaba su guitarra colgando en el hombro y Arianne no paraba de hablar de lo emocionada que estaba.

—Cuando éramos pequeños, Aiden siempre estaba cantando. Recuerdo que una vez se inventó una canción para aprenderse la tabla periódica —explicó ella y yo reí—. ¡Lo digo en serio! ¿Aún la recuerdas, Aiden?

—Por supuesto. Ya lo sabes, lección bien aprendida…

—¡Tarde o nunca se olvida! —acabó ella por él.

Aiden sonrió satisfecho, él era el único que sabía cómo llegar al lugar, así que iba delante de nosotras, guiándonos. Me imaginé a un Aiden de catorce años, con correctores dentales, acné en la cara y el pelo mucho más rizado de lo normal, en una habitación, con su guitarra, intentando encontrar una melodía para aquellas palabras tan extrañas.

—Elionor, ¿sabías que Aiden también toca la batería? —dijo Arianne de repente.

—¡Arianne! —se quejó su hermano parándose en medio de la calle y mirando el cielo, ya oscuro.

Se notaba que no le gustaba que su hermana hablara más de la cuenta.

—¡Es Ari! —exclamó, indignada de que le llamase por su nombre completo— ¿Cuál es el problema en que se lo diga?

—¿Qué nombre hay escrito en tu documento de identidad? —le preguntó ignorando lo último que había dicho.

—Arianne… —murmuró ella con voz apagada, sabiendo que su

hermano llevaba razón.

Aiden frunció el ceño y continuó caminando, sin esperarnos, así que me acerqué lo más rápido que pude, adelantándome. Quizás si hablaba con él, cambiaba de humor.

—Así que también eres batería —observé.

—Arianne exagera. Solo sé algo —se encogió de hombros.

—¿Quién te enseñó? —pregunté con inocencia, pero Aiden me esquivó la mirada y no me respondió.

Aiden volvía a comportarse de aquella manera sombría y triste cuando hacía preguntas sobre su pasado… ¿Podría haber sido Marie? Dejé pasar el tema, no iba a sacar nada aquella noche.

Después de unos agonizantes treinta minutos, de caminata en silencio, llegamos al pub irlandés, donde una chica rubia nos dio la bienvenida y nos pidió los documentos de identidad. En el Reino Unido tenían la obligación de no permitir la entrada a los menores de dieciocho años, a partir de las ocho de la tarde. Eran las diez menos cuarto.

—Disculpa, no puedes entrar —dijo la rubia mirando a Arianne.

—Ella es mi hermana —dijo Aiden.

La chica era bastante bajita y llevaba los labios pintados en exceso de color rosa chicle. Además, su camiseta alentaría la imaginación de muchos hombres, los pechos operados, y una capa, excesivamente gruesa, de maquillaje que cubría su rostro.

—No se le permite la entrada a una menor de dieciocho años, lo siento.

Arianne, quien escuchaba la conversación en silencio al lado de su hermano, continuaba teniendo diecisiete.

—El señor David Lake le permite la entrada. Voy a dar un concierto en una hora —respondió Aiden.

—¿Eres Aiden Harris? —le preguntó.

—Sí. Ella es mi hermana —le respondió Aiden con alivio.

Ella levantó una ceja sin convicción, pero nos dejó pasar.

Dentro era como cualquier otro pub. Una nube de humo envolvía en ambiente y hacía que el local pareciese gris, recordándome los múltiples libros de detectives que había leído, por obligación, durante el instituto y el primer año de la universidad.

—¡Harris! —una voz masculina sonó detrás de nosotros y los tres nos dimos la vuelta.

Un hombre de unos treinta años aproximadamente, era atractivo y pelirrojo, y se acercaba a nosotros con una sonrisa muy amplia en el rostro.

—Señor Lake, es un placer estar esta noche aquí —dijo Aiden, educado.

—Oh, ¡vamos, Aiden! Llámame Dave, estamos en confianza —el señor Lake palmeó su espalda.

—Claro, Dave —rio él, algo nervioso.

—¿Y quiénes son tus dos preciosas acompañantes esta noche? —preguntó Dave Lake cuando se percató de nuestra presencia.

—Ella es mi hermana, Arianne, de quien te he hablado esta mañana. Y ella es Elionor, una buena amiga mía.

Sonreí cuando dijo eso y encajamos manos, saludándonos.

Dave se marchó para preparar el escenario y pedimos nuestras bebidas, una cerveza yo y un té frío con limón Arianne. Ella quería una cerveza, pero Dave ya se estaba arriesgando mucho dejándola entrar. No obstante, yo le ofrecí algún sorbo de la mía.

La parte donde Aiden tenía que actuar, estaba iluminada por un simple foco de luz blanca y un micrófono delante de un taburete. Yo sabía que estaba nervioso. No paraba de mover la pierna derecha y de pasar su mano por el cabello, repetidas veces. Arianne intentaba calmarle, mientras la gente iba llegando con sus amigos, preparados para tomar algo aquella noche.

—Creo que voy a vomitar —musitó Aiden, levantándose de la silla, al ver el público.

Su cara estaba blanca, pálido como un fantasma.

—Ni de broma vas a moverte tú de aquí —sentenció Arianne. cogiéndole de la manga de su jersey y haciéndole sentar.

El mismo jersey gris que llevaba cada día. Su inseparable jersey gris.

—Pero hay demasiada gente…

—Lo harás bien —intenté calmarle.

Cogí su mano entre la mía y noté que estaba fría y sudada.

—¿Y si se me rompe una cuerda en medio de la canción? Incluso peor, ¿y si desafino? Haría un ridículo tremendo y no me lo perdonaría a mí mismo… —dijo con la voz entrecortada, más allá de un susurro.

—Cantaste ante cien personas el día de tu graduación. Esto no es peor —respondió Arianne.

—Pero eran personas a las que yo conocía y, además, ella estaba entre el público.

Ella.

—Aiden, Marie quería que hicieses esto porque es tu sueño y, aunque ya no esté con nosotros, le hiciste una promesa. ¿Me oyes? —Arianne se puso muy seria y se irguió en su sitio.

Los ojos de Aiden buscaron desesperadamente una escapatoria, como si fuese a romper a llorar en cualquier momento. Arianne habló como si yo hubiera desaparecido y allí estaba otra vez Marie. Todo en

Aiden aún giraba en torno a ella y eso me hizo sentir muy triste, por él, por ella, por los dos.

—Aiden Harris, ¿listo para dejar al público boquiabierto? —Dave apareció delante de nosotros, con una sonrisa en sus labios.

Él se levantó en silencio y cogió la guitarra apoyada en la mesa, llevándosela a los hombros. Su rostro lo dijo todo: no estaba preparado para subirse al escenario.. Se despidió de nosotras, me levanté antes de que llegara al escenario y le abracé por la espalda, sintiendo su cuerpo tensarse bajo mis brazos. Apoyé mi mejilla derecha en su nuca para tranquilizarle, y justo cuando él ladeó la cabeza para mirarme, le di un beso en la mejilla.

—Demuéstrales lo que sabes hacer.

Me sonrió y supe que había logrado aumentar su autoestima, me emocioné mientras subía al escenario. Le dio dos golpes torpes al micrófono, se sentó en la silla y se removió incómodo en ella, con la guitarra en su regazo. Los mechones, delicadamente peinados, caían por su frente y le obligaban a sacudir la cabeza, apartándolos de sus ojos. Al menos no se le veía el chichón.

Su mano derecha cogió el micrófono, acercándolo a sus labios, y su mano izquierda agarró el palo de la guitarra con demasiada fuerza, tanto que hasta sus nudillos debieron ponerse blancos.

—Buenas noches. Mi nombre es Aiden Harris y tengo el placer de intentar haceros pasar un buen rato esta noche, al menos eso espero —dijo de una sacudida y miró al frente, moviendo los ojos por la sala. El público rio y él miró al suelo, rascándose la nariz—. Quisiera agradecerle al señor David Lake que me haya dejado actuar esta noche aquí. Es mi primera vez cantando en un lugar como este, así que espero estar a la altura.

El público aplaudió y Aiden suspiró, Arianne levantó sus pulgares en dirección a su hermano, aplaudiendo con fuerza.

—Habla mucho cuando está nervioso —murmuró con una risotada.

—Pobrecito, hay mucha gente hoy —admiré la valentía de Aiden.

Debía haber como unas veinte personas observando el espectáculo, todas con una jarra de cerveza en la mano. Arianne parecía estar muy emocionada. Supuse que debía sentirse muy orgullosa de su hermano.

Aiden colocó la clavija en el tercer traste de la guitarra y comenzó a arpar las cuerdas, provocando una sensación tranquila y animada a la vez.

Sus cuerdas vocales comenzaron a temblar, con la primera canción que cantó. Afinando perfectamente cada nota aguda y grave. No reconocí la canción como alguna de las que había oído antes, pero él la presentó con el título de Violet y hablaba sobre una chica parisina

que recibía aquel mismo nombre y que llevaba un vestido color violeta, haciendo referencia al título.

Me encontré absolutamente absorta en cómo sus labios pronunciaron cada palabra o cómo sus ojos escanearon la sala, posiblemente en busca de los míos o los de Arianne. Ella observaba atentamente a su hermano y de vez en cuando tarareaba algunas palabras, o seguía el ritmo de la canción con la cabeza.

Aiden recibió un tímido aplauso cuando la canción hubo terminado y me sorprendí a mí misma enfadándome con el público. Merecía una reacción más calurosa. Volví a observar toda la sala y me encontré con el señor David Lake, observando el concierto, desde la mesa más alejada posible y con una sonrisa jugando en la comisura de sus labios.

—Vuelvo en tres minutos —le dije a Arianne, quien me respondió asintiendo con la cabeza sin mirarme, al tiempo que Aiden comenzaba a cantar otra canción.

Me levanté de la silla y me dirigí hacia el señor Lake. No supe muy bien por qué lo hacía, pero tenía la sensación de que aquel hombre ocultaba algo importante que no nos había revelado aún, estaba dispuesta a descubrirlo.

—Hola —me saludó el señor Dave Lake, cuando llegué delante de él.

—¿Puedo sentarme? —pregunté tímidamente.

—Por supuesto —sonrió amable y me tendió una silla.

Me senté rápidamente y él se apartó un poco, creando un espacio entre nosotros que Aiden se encargó de llenar con su canción.

—Es realmente bueno —comencé la conversación.

—Sí que lo es, llevo observándole una semana en Baker Street.

Aquello me sorprendió, pero al menos yo no era la única que lo había descubierto cantando allí.

—Disculpe mi osadía, pero ¿cómo ha contactado usted con Aiden? —me atreví a preguntar.

Dave Lake se encogió de hombros y apoyó el codo en la mesa, descansando su cabeza en la mano derecha.

—Se lo propuse hace unos dos días y esta misma mañana he ido en busca de una respuesta, ya que no me había llamado. Me ha dicho que le daba vergüenza.

Reí con él y fue cuando Aiden terminó la canción, esa vez el público aplaudió un poco más. Arianne aplaudió efusivamente, representando muy bien su papel de hermana orgullosa, y hasta se puso de pie para silbar, fue la única. Entendí por qué no lo había visto aquella mañana; había estado con Dave.

—Este chico vale mucho y espero poder ayudarle.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Cuando tenía su edad yo también tenía un sueño, la misma ilusión que Aiden lleva en sus ojos, y estuve a punto de conseguirlo. Aunque yo era más lanzado que él— Dave dejó de mirar el escenario y clavó sus ojos en los míos—. Tengo algunos contactos… discúlpame, no recuerdo tu nombre.

—Elionor.

Elionor… Dije Elionor.

—Tengo contactos, Elionor, y espero ayudar a que este chico triunfe —siguió con su charla una vez supo mi nombre—. He estado varios días preparando una estrategia, quiero ver a Aiden triunfar.

El señor Lake quería ayudarlo, pero ¿cómo? No quise subestimarle, pero era el propietario de un pub irlandés en Portobello Road, no parecía que pudiera cumplir lo que decía.

—¿Cómo va a conseguirlo? —quise saber.

—El público es la clave. Si gustas a la gente, llamas la atención. Si llamas la atención hablan de ti, que hable es el primer paso para el éxito. —suspiró, bebiendo de su vaso.

Terminé de beber mi jarra de cerveza, que continuaba aguantando en las manos, y miré al escenario. Aiden había cambiado de canción, que pronto terminó, y pude ver cómo, esta vez, recibía más ovación que la última. El público estaba cada vez más atento a su música, quizás Dave tenía razón después de todo.

—Muchas gracias por vuestra atención, ahora quisiera cantar la última canción de la noche a una persona especial, que conocí hace poco, y a quien no puedo estar más agradecido por todo lo que hace por mí, por la amistad que me brinda… Elionor, esta es para ti —murmuró Aiden contra el micrófono, escondiendo una sonrisa tímida.

Mi corazón dejó de latir, o quizás empezó a hacerlo con más fuerza, y sentí que mis mejillas comenzaban a teñirse de rojo, cada vez con más intensidad.

¿Iba a cantarme una canción? ¿A mí?

El ritmo era como a mí me gustaba, lento pero animado, transmitía el mensaje de sus palabras con claridad. Pronto, Dave se fue de la mesa y vi que Arianne se acercaba lentamente, sentándose a mí lado. El corazón siguió latiendo tanto, que ni siquiera un coche de carreras podría haber superado tales revoluciones.

Miré a Arianne, en busca de soporte emocional porque las lágrimas ya comenzaban a saltar de mis ojos, y ella cogió mi mano entre la suya, pidiéndome que volviese a mirar al escenario.

—Gracias por ayudarle —me susurró Arianne, y sonreí devolviéndole el apretón de manos.

Estaba sola en Londres, aunque tuviese a mi lado amigas como

Cassie y Laura, pero había encontrado al que podía ser mi alma gemela, aquella persona que esperabas desde el momento en el que nacías y que cuando la encontrabas, sentías que todo encajaba. Aquellas dos personas que llegaban a ser dos piezas de un mismo rompecabezas.

Quizás yo iba a ser la última pieza de nuestro rompecabezas, la que faltaba para completar una etapa y comenzar una nueva sin recuerdos tristes, lágrimas, ni fantasmas del pasado.

Capítulo 13

El chocolate y otras dulces adicciones

Habíamos entrado en diciembre y faltaban exactamente veintidós días para la noche de Navidad. Iba a acabar pasando la noche sola, porque no había comprado el billete. Sabía que mi madre me iba a matar cuando llamara y se enterara, pero, además, no sabía si Aiden iba a ir a su casa o no, ni si podríamos pasar la noche de Navidad juntos.

Nuestra amistad era cada vez más fuerte y desde la noche en el pub, prácticamente podía decir que era mi mejor amigo. Aiden cambió su manera de ser conmigo desde aquella noche, parecía que le costaba menos abrirse a mí y cada vez estábamos más a gusto juntos, aunque siguiera siendo el mismo chico tímido para los demás.

Marian le había contratado como canguro oficial de Seth y Emily por las mañanas y alguna tarde, ganaba un dinero extra así. Se llevaba muy bien con los niños y sabía perfectamente qué era lo que tenía que hacer cuando estaba con ellos, qué decir y cómo solucionar los problemas entre los dos hermanos. Le veían como un hermano mayor.

Aiden seguía hablando cada día con Arianne y su hermano menor Pierre por Skype. También hablaba con su madre, Maxine, pero nunca con su padre. Ni una sola vez.

Nos encontrábamos ambos tirados en el suelo de mi piso, encima de las mantas, con Gala durmiendo en su estómago hecha un ovillo y rodeados por bolsas de palomitas. Gala ya se había acostumbrado a estar en mi piso y no lo sentía como un lugar extraño. Era como si llevara toda la vida allí.

Aquella noche estábamos viendo Harry Potter.

—Hermione es la mejor. Un poco insufrible cuando se pone en plan sabelotodo, pero es la mejor de los tres —dijo Aiden con los dedos centrados en el pelaje de Gala, acariciándola.

—Amén —respondí, llevándome unas cuantas palomitas a la boca y después chocamos los nudillos.

La luz estaba apagada y las únicas sombras, que se proyectaban en la pared, eran las nuestras y la de los personajes que salían en la televisión.

—A Arianne le daba miedo cuando era pequeña —continuó Aiden riendo.

—No la culpo. La verdad es que Lord Voldemort puede ser muy escalofriante para los niños —reí y le miré.

—Mis padres me regalaron la colección entera cuando cumplí trece años. Fue uno de los mejores cumpleaños de mi vida —recordó Aiden mirando el techo, y después a mí.

—Mi madre me compró los tres primeros. Cuando los terminé me compró los otros cuatro. Tenía que acompañarme con el coche al pueblo cada vez que quería un libro , así que me los compró en pack. Creo que era la clienta favorita de Maggy, aunque siempre decía mal mi nombre. Al parecer era la única que entraba en la librería.

Recordando la época me quedé en silencio, y pude ver con claridad la sonrisa de mi madre cada mediodía, cuando volvía de su invernadero. Aquello le hacía realmente feliz, no necesitaba nada más que sus plantas y su familia para sonreír. Y yo no estaría allí aquellas Navidades…

—Eh, ¿qué es lo que pasa? —Aiden se incorporó y me miró preocupado.

Había notado mi nostalgia.

—Nada, nada —negué y le sonreí.

—Cuéntame sobre Wisconsin —me pidió él, para cambiar de tema y vi la curiosidad en sus ojos.

Él no sabía que era pensar en casa lo que me había puesto triste.

—Bueno, mis padres viven en una granja. Ya sabes, como en las películas.

—¿Y tenéis animales? —me preguntó él, riendo.

—Cuando yo era pequeña había algún que otro conejo y ovejas, pero nada más. Recuerdo que había tres, a los que yo llamaba Rosie, Alan y Baxter. Era muy pequeña.

Aiden rió y Gala se desperezó, yéndose al sofá.

—¿En serio les ponías nombres a los conejos de la granja?

—Sí.

—Es un poco absurdo, ¿no crees?

—¡Tú sí que eres absurdo!

Dejé la bolsa de palomitas en el suelo, a mi lado, y cogí sus muñecas, alzándolas al aire y sin dejarle opción de movimiento, porque me senté en su estómago.

—¡Bájate de ahí! —exclamó él.

—¡Retira lo dicho! —contraataqué.

—¡Nunca! —insistió él, con nuestras risas llenando la sala de mi piso.

Solté una carcajada y me incliné para darle un beso en la frente, bajándome de su cintura y volviendo a acurrucarme a su lado.

—Me gustaría ir a tu casa algún día. Conocer a Pierre, a tus padres… el lugar donde creciste —le dije contra la camiseta de su pijama.

Siempre había una muda de ropa limpia y un pijama para el otro, tanto en su casa como en la mía.

—Puede que algún día te lleve —respondió él en un susurro y el tono que empleó me resultó extraño, era como si temiese ir allí, pero pronto cambió de tema—. Por cierto, tengo hambre.

—Pues come —le ofrecí mi bolsa de palomitas.

—No quiero palomitas —arrugó la nariz mirando el techo.

El reloj marcaba las dos y media de la madrugada.

—¿Entonces qué es lo que quieres?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Hemos cenado hace un buen rato ya, ¿y sigues teniendo hambre? —inquirí levantando una ceja— ¿Qué tienes en el estómago, un agujero?

—Tengo hambre. ¿Puedes ir a buscar algo? No sé qué es lo que hay en la nevera… —hizo un puchero, sabiendo que era una mentira.

—Aiden…

—¿Qué?

—Me ayudaste a hacer la lista de la compra hace solo doce horas.

Se removió fastidiado y se puso de pie, sus pies crujiendo bajo la madera del suelo del comedor, a medida que refunfuñaba mientras iba a la cocina.

Arianne había tenido que volver a Chester porque tenía que ir a la escuela, y prometió aprobar todas las asignaturas para poder venir a Londres de nuevo y quedarse a vivir con su hermano, si sus padres se lo permitían.

Aiden volvió de la cocina con una cuchara en la boca y algo, que parecía un yogur de chocolate, en la mano. Había descubierto que el mayor capricho de Aiden eran los dulces; adoraba cada tipo de caramelo, o cualquier cosa que llevase azúcar.

—¿Sabes que te adoro por tener esto en tu nevera?

—Te recuerdo que lo cogiste tú sin mi consentimiento.

Solo había visto el yogur cuando ya habíamos puesto toda la compra en la cinta, le miré para que lo devolviera, pero acabó saliéndose con la suya, incluso me ofreció pagarlo él.

—Eso me hace quererte aún más —dijo, con la cuchara aún en la boca.

—¡No hables con la boca llena!

—Por cierto, ¿a dónde me vas a invitar por tu cumpleaños?

"Oh, mierda, mi cumpleaños."

—Ni siquiera he pensado qué voy a hacer.

—Yo sí tengo algunas ideas—dijo Aiden, incorporándose y sentándose en el suelo, con las piernas cruzadas, frotándose las manos.

—Sorpréndeme —musité asustada.

—Bien, la primera propuesta es ir al Polo Norte, hacer un hoyo en el hielo y bañarnos. Correríamos el riesgo de coger una pulmonía e incluso morir congelados en el intento, pero, créeme, podría ser divertido…

—No —declaré, incluso antes de que hubiese terminado de contar todas las ideas.

—El agua fría va bien para la circulación —intentó convencerme.

—¡Cumplo veinticuatro años, no ochenta!

—Vale —se rindió y la ilusión volvió a sus ojos con la siguiente propuesta—. La segunda oferta es tirarnos en paracaídas desde el Annapurna. Dicen que es la montaña más difícil del Himalaya, y la gracia estaría en llegar a la…

—No pienso escalar ninguna montaña.

¿ qué clase de ideas eran aquellas?

—Siempre he querido ser alpinista —suspiró Aiden—. ¿Qué te parece si vamos a Tailandia a comer ancas de rana y escorpiones?

—Iría a Tailandia, pero no para comer ranas o escorpiones.

¡Era repulsivo!

—Eh, eh, si se va a Tailandia hay que comer ranas y escorpiones. Dicen que son crujientes y que saben a pollo. Ya sabes, como dice Pumba , viscoso pero sabroso.

—Aiden Harris, has perdido el juicio.

—¿Y si celebramos una fiesta sorpresa?

—¿Me estás pidiendo que me organice una fiesta sorpresa a mí misma? —parpadeé perpleja.

—Entonces la celebramos normal. Venga, yo te ayudo a organizarla —sonrió, emocionado.

Y entonces tuve miedo, porque una fiesta organizada por Aiden

podía ser magnífica y temible a la vez.

Cuatro días después, llegó el momento.

No podía decir que el día hubiese empezado todo lo bien que me hubiera gustado, Aiden había entrado en mi apartamento y me había despertado haciendo un ruido terrible. Hundiendo la cara en la almohada, maldije el día en que le di la llave.

. Él había dicho que sería sorpresa, pero en realidad yo ya sabía que estaba siendo organizada en mi casa. Aunque era todo lo que me había dicho, yo solo sabía eso y que no tenía que ir hasta las siete.

Desde las siete de la mañana estuve de mal humor, me había pasado de todo, y mi día en la cafetería no había sido lo mejor. El señor Marks se había enterado de que era mi cumpleaños y pensó que tenía derecho a darme dos besos y de paso tocarme el culo. Fue absolutamente repugnante.

Como era normal en Londres, la lluvia había adornado el día y, justo cuando estaba a punto de cruzar, un autobús me lanzó encima toda el agua que había acumulada en la cuneta, así que había tenido que volver a casa a cambiarme, sin mencionar los problemas que tuve con Aiden para que me dejara entrar. Para empeorarlo todo, mi madre me había llamado en mitad de mi turno, recordándome por enésima vez cómo había sido el día en que nací, veinticuatro años atrás. Encantador.

Hacía unos días que Aiden me había propuesto algo aterrador, tanto para él como para mí, quería que fuéramos con su familia el día de Navidad. Aún no sabía qué había pasado con sus padres y no quería presionarle.

Aiden se moría de ganas por ver a sus hermanos y a su madre, lo sabía, aunque no lo hubiera dicho en voz alta, yo también tenía ganas de volver a ver a Arianne y de conocer a Pierre y a su madre, aunque estuviera aterrada por ello.

El frío era ya oficial en Gran Bretaña, y las primeras grandes nevadas habían sido registradas en Aberdeen y Glasgow, hacía ya más de tres semanas.

El Big Ben tocó las siete de la tarde y me levanté del banco en el parque. Arrastré los pies por la arena, terminando de ensuciar mis botas marrones de ante, que ya se habían estropeado por la lluvia matutina, y decidí volver a pie a casa. No sabía qué era lo que me esperaba, pero el trayecto se me hizo eternamente largo.

Llegué al piso y abrí sin hacer ruido, no quería que Aiden se asustase, lo primero que vi fue que el recibidor estaba lleno de productos de limpieza y otros utensilios.

Aiden estaba obsesionado por tenerlo todo siempre muy limpio, en

su casa limpiaba cada dos días.

Dejé caer las llaves al suelo, para que supiesen que ya había llegado a casa, al entrar al salón vi que estaban allí Cassie, Laura, John, Marian y los niños.

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS! —exclamaron todos a la vez.

Seth y Emily vinieron corriendo y se lanzaron a mis brazos, felicitándome de nuevo, y me agaché para devolverles el abrazo. El sofá y la mesita de café estaban apartadas a un lado, pegadas junto a la pared, con el suelo lleno de globos de colores diversos. Había bocadillos, bebidas y un pastel de chocolate en la mesa. Mi casa no parecía la misma, estaba llena de vida.

Laura y Cassie me abrazaron a la vez y detrás de ellas estaba Aiden, que llevaba una gran sonrisa cosida a sus labios, permitiendo que el hoyuelo se le marcara aún más en la mejilla izquierda y que sus ojos brillaran con aquella luz tan especial que tenían. Su cabello estaba algo despeinado y llevaba puesto el jersey gris. Cuando Cassie y Laura se apartaron, Aiden abrió los brazos para recibirme.

—¿Lo has preparado todo tú? —le pregunté, aunque sabía la respuesta.

Su pecho vibró al reír.

—¿Lo dudabas? —murmuró de vuelta, su aliento cosquilleándome en el oído.

Mis brazos dejaron de rodearle el cuello y le cogí por los hombros, mirándole a los ojos, me vi reflejada en su intenso brillo.

—Sí que ha sido una sorpresa, al final

—Te dije que iba a darte una fiesta sorpresa, ¿no?

—Muchas gracias, Aiden. De verdad.

Él sonrió y le dejó paso a Marian, quien aún no me había podido decir nada. Estuvimos mucho rato hablando y me excusé para poder quitarme las botas, que habían quedado absolutamente mojadas por la lluvia y los charcos en la calle.

Cantamos, reímos, y nunca pensé que llegaría a pasármelo tan bien con mis amigos. Si no hubiese conocido a Aiden un mes atrás, nada de eso hubiese sucedido. Tanto Seth como Emily estaban sentados en ambas piernas de Aiden, que comía felizmente su trozo de pastel de chocolate, no quise que el día terminara.

—En serio, ¡os dije que no teníais que comprarme nada! —dije, cuando vi que Cassie y Laura llegaron con dos bolsas.

—Demasiado tarde —sonrió Cassie, entregándome una bolsa de papel bastante grande.

Levanté una ceja y lo cogí entre mis manos. Era algo alargado y cilíndrico, y cuando lo abrí, vi que era un faro de cerámica, de aquellos en los que colocas una vela como luz y se ilumina por la

noche. Ella sabía que yo tenía uno en mi habitación en Wisconsin y que me gustaban mucho, se lo había contado.

—¡Es genial! Muchas gracias, de verdad —me emocioné al verlo.

Cassie sonrió feliz al ver que me había gustado su regalo, y pensé el lugar dónde lo iba a poner. Laura me dio el suyo también y, vi que eran aquellas zapatillas con la cabeza de una oveja que llevaba queriendo tanto tiempo.

—¿De verdad? —pregunté, con los ojos muy abiertos, y ella soltó una carcajada— ¡Son geniales! Muchas gracias, Laura y John.

Ella me sonrió y me dio un abrazo, John se dedicó a sonreírme sin más. Aiden dijo que él quería ser el último en darme su regalo, y no supe exactamente qué esperarme. No quería que se gastase mucho dinero en mí, los dos sabíamos que no le sobraba. Marian, Seth y Emily me regalaron una tostadora, algo que realmente necesitaba, porque se me había roto la que tenía la semana anterior, pero no sabía cómo había llegado conocimiento de ella. De todos modos, le estuve muy agradecida.

Finalmente llegó el turno de Aiden.

Sonrió y me tendió la bolsa de papel.

—Ni un penique

—Está bien… —murmuré, cogiendo el paquete de sus manos.

Aiden se sentó en la silla, delante de la mía y sentí sus ojos clavados en mí, pendientes a cada movimiento que mis dedos hacían al romper el envoltorio. Era cuadrado, no muy grande, ligero. Mis dedos temblaron.

Mi corazón empezó a bombear sangre a velocidad de vértigo, podía sentirlo, cuando vi lo que tenía entre mis manos. Sentí que dejaba de respirar y salté sobre Aiden, emocionada.

—¡OH! ¡DIOS MÍO, AIDEN!

Era su cuaderno.

Capítulo 14

Una carta para mí

Querida Elionor,

Puedes considerarte afortunada, no escribo cartas a una chica a menudo. Siempre he escrito para mí y no he permitido que nadie más lo lea. Creo que ahora es el momento de permitir que entres en mi pequeño mundo, que veas qué es lo que realmente está pasando, porque no tengo el valor de decirlo en voz alta. No tengo la valentía para abrir mi corazón delante de ti, para contarte en voz alta cuáles son mis recuerdos, mis miedos, mis esperanzas… y Marie.

Te has convertido en mi mejor amiga, Elionor (y no, nunca dejaré de llamarte Elionor, si eso era lo que te estabas preguntando). Siento que contigo puedo ser yo mismo, puedo ser Aiden Harris. Porque soy una persona, tengo sentimientos, aunque ahora mismo estén rotos, y quisiera arreglarme; que su fantasma desapareciera de mi cabeza, que me dejase en paz y poder vivir feliz contigo, con mi mejor amiga.

Ayúdame, Elionor.

Lee todo esto que he escrito para ti y ayúdame a ser el mismo que era antes y no el que tú conociste un tres de noviembre. Sálvame de los gélidos brazos del recuerdo de Marie, quiero volver a ver el sol con la persona que ahora está a mi lado.

Ayuda a este estúpido niño ignorante, a encontrarse de nuevo a sí mismo, por favor.

Tu más sincero,

Aiden Harris.

Miré al frente después de apartar los ojos del cuaderno. Continuaba siendo el día de mi cumpleaños y no podía pegar ojo. Aiden dormía a mi lado, en mi cama, y me relajaba escuchar el sonido

de su respiración. Nos habíamos estirado allí para hablar, charlar, como habríamos hecho cualquier otro día, pero se había quedado dormido. Entonces aproveché para leer con tranquilidad su regalo.

Estaba muy emocionada, sentía mi pulso aumentar, a medida que iba avanzando en el texto, Aiden había vaciado su corazón en aquellas páginas, lo había hecho para mí.

A mi izquierda, él suspiró profundamente y estiró la mano sobre el colchón, entrelacé mis dedos con los suyos, en un gesto casi involuntario y me dispuse a seguir leyendo, sin importar que tuviese que levantarme pronto para ir a trabajar.

Muchas de las páginas eran lo mismo que había leído antes; textos, citas, canciones, y seguí avanzando hasta llegar al dibujo de una figura humana. Parecía una chica. Los miles de trazos que dibujaban la cabeza acentuaban los rasgos de la persona, dándole una perfecta forma a la nariz, la boca y los ojos. Una frase aparecía bajo el dibujo:

Señor, quisiera saber quién fue el loco que inventó los besos.

Jonathan Swift.

Y justo en el pie de la página, “Noviembre, 2013”.

¿Se refería al día en que lo había hecho?

Me recordaba a Marie. La verdad era que sí que se le parecía un poco, la chica del dibujo tenía también el cabello por los hombros y sus ojos tenían la misma forma.

Querida Elionor,

Quizás te preguntes por qué he decidido regalarte mi cuaderno, ni yo mismo lo sé exactamente. Solo sé que quería que mi regalo estuviese a la altura de una persona como tú, y por eso quiero que lo guardes.

No sabes lo mucho que me ha cambiado la vida a lo largo de este mes pasado, y quisiera agradecértelo. Permíteme decir que al principio me parecías un poco entrometida, pero ahora te has convertido en mi mejor amiga, aquien tengo la sensación de que puedo contárselo todo. Mereces saberlo. Tienes todo el derecho a descubrir quién fue Marie para mí y entender un poco mejor quién soy y por qué soy así. Lucho contra ello cada día, especialmente cuando estoy contigo, pero hay momentos en que aún me asalta la nostalgia y no lo puedo evitar. Esta vez, sabrás la verdad.

Marie y yo vivíamos el uno frente al otro en Holmeshire. Su madre, Céline, es francesa también y muy amiga de la mía. Ya eran amigas en Francia y trabajaban en el mismo hospital en Nantes. Mis padres se conocieron en un congreso de medicina en Berlín y acabaron casándose dos años después, mudándose a Inglaterra,

porque mi padre recomendó a mi madre en el hospital en el que trabajaba. Céline se casó con un hombre francés, también, Boris, y vinieron a vivir a Holmeshire a los pocos meses de hacerlo mi madre. Ambas se quedaron embarazadas por las mismas fechas, y mi madre siempre ha contado que tenía la sensación de que Marie y yo nos íbamos a llevar bien.

Desde el jardín de infancia, Marie y yo habíamos ido juntos a la escuela. Me hubiese gustado que la hubieras conocido. ¿Sabes ese tipo de personas que, cuando hablas con ellas, no puedes parar de sonreír? Marie era así. Era divertida, lista, muy inteligente, y acabé enamorándome de mi mejor amiga cuando tenía diecisiete años. ¡Estaba loco por ella! Nunca antes me había enamorado de alguien, tanto que ni siquiera dormía por las noches, Arianne hasta se reía de mí. Dice que siempre supo que me gustaba. Me sentía realmente estúpido por ello… Y estaba muy confundido.

Marie sufría una enfermedad hereditaria llamada fibrosis quística, que afecta a la respiración y es potencialmente mortal. Causa muchas infecciones pulmonares y del páncreas. Se la diagnosticaron con tres años, pero a pesar de todo ella nunca perdió la sonrisa, tenía ganas de vivir a pesar de la enfermedad.

Su cantante favorito era Ed Sheeran.

Arianne me ayudó a declararme, y eso hice. Supongo que te habrás fijado en todas las fechas que hay marcadas por el cuaderno… Representan algunos de los días más señalados de mi vida, le declaré mi amor el veintidós de julio de dos mil doce. Pero Marie estaba demasiado confundida, no sabía si sus sentimientos por mí eran los mismos que los míos por ella, y se marchó sin darme una respuesta. Dos días más tarde se presentó en mi habitación, cuando abrí la puerta me besó. Nunca antes me había sido tan feliz en mi vida. Tenía a la mejor chica del mundo a mi lado.

Tenía a Marie.

Las discusiones con mis padres comenzaron a ser más frecuentes. Había prometido que durante el verano iba a pensar muy bien qué haría con mi vida y futuro, porque había terminado mis estudios previos a la universidad y ellos (sobre todo mi padre) seguían insistiendo en que tenía que estudiar para ser médico. Pero yo me negaba, a mí lo que me gustaba era cantar, para mí era una necesidad, siempre lo había sido. Marie iba a entrar a la universidad, para estudiar filología clásica, y un día, ya entrado septiembre, en que discutí muy fuerte con mi padre, Marie me propuso escaparme con ella, irnos a Londres los dos juntos, para cumplir mi sueño. No iba a hacer nada en Holmeshire discutiendo con mi padre.

Así fue cómo llegué a gran ciudad y cómo comencé a convertirme

en quien soy ahora.

Sabía muy bien que aquella situación no podía durar mucho tiempo. Mis padres continuaban llamando sin cesar, y avisaron a la policía para que nos buscaran. Sin embargo, éramos mayores de edad y nunca nos encontraron. Créeme, no me gustaría volver a esa época si no fuese porque tenía a Marie en mis brazos.

Nos alojamos en un albergue y compartimos habitación con otros viajeros, venidos de diferentes partes del mundo. Una semana después de nuestra llegada a Londres, encontramos un lugar en el que vivir de forma estable. Era el mismo bloque de pisos en el que vivo ahora, pero nuestro apartamento era el número tres. Ambos teníamos ahorros. Dejó la universidad por mí, Elionor… Lanzó todo por la borda, por mí, para estar conmigo mientras intentaba cumplir mi sueño.

Estaba muy, muy enamorado de ella.

A Marie le gustaba mucho la serie de televisión Sherlock, por lo que su estación de metro favorita era Baker Street. Justo donde nos conocimos tú y yo, Elionor. ¿No crees que ese lugar es mágico?

Muchas noches nos colábamos, para no tener que pagar billete, y simplemente nos sentábamos juntos en el suelo, con mi guitarra en el regazo y su voz acompañándome. Oh, Elionor, Marie cantaba como los ángeles… Tenía una voz muy bonita, y muchas de las canciones que conoces fueron compuestas con su ayuda.

Así pasamos un mes, fue el mejor de mi vida. Ella fue mi primer amor, Elionor, mi primer todo. Pensábamos que lo nuestro iba a ser para siempre.

Pero algo fue mal un día, Marie me dijo que ya no me quería.

Marie, la luz de mis días, quien me recordaba constantemente por qué estábamos en Londres, que nunca debía rendirme, me estaba diciendo que ya no sentía nada por mí. Recordaré aquel seis de octubre por el resto de mi vida.

Me sentí impotente.

Le dije cosas horribles, Elionor…. La insulté, le dije que era una puta sin sentimientos y que la odiaba. Toda mi vida me arrepentiré de lo que le dije. Son palabras que nunca voy a olvidar. Todo era muy extraño, sus ojos estaban tristes y apagados, como tratara de convencerse a sí misma de que no me quería.

Marie me destrozó.

Me marché de allí, dejándola atrás, a ella y Londres. Volví a Holmeshire, con mis padres y mis hermanos, no sabía nada de ellos desde hacía dos meses. No tenía mucho dinero, pero me las apañé para poder comprar un billete de tren.

Cuando llegué a casa, lloré en el hombro de mi madre mientras me acariciaba el cabello, me decía que me quería mucho, que nunca dejaría de ser su pequeño. Mi propia madre, que había pasado los meses más angustiosos de su vida por mi culpa. Nunca me hizo preguntas, ni sobre mi tristeza, ni sobre mi regreso. Algún día reuniré el valor para preguntarle si lo supo solo con verme. Mi padre, en cambio, me miró enfadado, yo sabía que no había echado de menos al "estúpido niño ignorante", como me llamaba siempre que le decía que quería ser músico y no médico. Nunca me había sentido tan solo.

Los padres de Marie estaban muy decepcionados con ella, no supieron qué fue exactamente lo que ocurrió entre nosotros, pero nunca olvidaré sus rostros llenos de dolor y tristeza, al ver que su hija no había vuelto conmigo y que se había quedado sola en Londres.

Me pasé tres días encerrado en mi habitación llorando, sufriendo como un gilipollas, por alguien que ya no valía la pena. Arianne y Pierre intentaban animarme y, aunque estuve contento de tenerlos a mi lado, no fue suficiente para volver a sonreír.

Arianne es la única persona que realmente sabe qué ocurrió entre Marie y yo. Ni siquiera Pierre. Aunque sea estricta y, en realidad, no esté muy de acuerdo con lo que hago hoy en día, lo acepta porque sabe que yo soy feliz haciéndolo. Es una madre excelente y ejemplar, y todavía sigo sintiendo que le he fallado.

Pasaron ocho meses y decidí entrar en la carrera de medicina en la Universidad de Manchester para especializarme en neurología. Sabía que me iba a pasar la vida estudiando, pero era algo que no me importaba. Mi madre parecía contenta ante mi decisión, pero yo sabía que ella conocía muy bien mi tristeza.

Aprobé todas las asignaturas del curso, y mi madre derrochaba orgullo cada vez que me miraba, yo solo podía sentir indiferencia. Sé que tengo mucha capacidad para las ciencias, pero no es lo que me gusta.

Siento mucho no haberte contado nunca que realicé el primer curso de medicina, pero si te lo contaba me hubiese visto obligado a contarte la historia entera. Perdóname.

Marie no me llamó, ni yo a ella. Ni siquiera para nuestros cumpleaños. Mi padre hacía algún viaje a Londres, y hasta me planteé ir con él a visitarla, pero no tuve valor.

El dos de junio de dos mil trece (recibí una llamada de Marie, y su voz sonó tan débil que se me partió el corazón al escucharla. Dijo que estaba muy enferma y que tenía que ir a Londres porque me quería decir algo muy importante. Tenía miedo, no la creía, pensé que solo

quería humillarme más, pero finalmente fui y nunca me arrepentiré de ello.

Marie continuaba viviendo en el mismo y el corazón me dio un vuelco al verla tan enferma. Estaba muy delgada, y daba miedo. Ella ya era bastante delgada por su constitución, pero nunca había llegado al extremo en que la vi ese día. Las bolsas de color morado se habían adueñado de su precioso rostro, y sus ojos ya no conservaban el mismo brillo que antes.

Entonces me lo dijo, aquello tan importante que necesitaba decirme antes de irse.

Continuaba queriéndome, y nunca había dejado de hacerlo. Me confundió, no me esperaba aquello, pero mis dudas dejaron de tener importancia cuando me explicó que iba a morir, cualquier momento podía ser el último, me dijo que yo era la persona más maravillosa del mundo y me pidió que nunca dejase de seguir mi sueño, ella estaba convencida de que algún día lo lograría.

Durante aquellos meses había estado tejiéndome una jersey de lana.

Le pregunté por qué no me lo había dicho antes, pero no tuvo fuerzas para hablar se ahogó mientras lo intentaba. Intenté ayudarla, abrir sus vías respiratorias como había aprendido en la universidad, pero no fue suficiente para salvarla, las últimas palabras de Marie fueron:

“Serva me; servabo te”

“Sálvame; te salvaré.”

Murió de asfixia en mis brazos.

Prometí quererla por el resto de mis días, aunque no estuviese físicamente conmigo en el mundo. También le hice la promesa de triunfar en el mundo de la música, de conseguirlo, por ella. Marie sigue viviendo en mí y creo que jamás podré borrarla de mi memoria.

Pero desde que has aparecido en mi vida, Elionor, poco a poco, voy pensando menos en ella. Me has cambiado. Solo hace un mes que nos conocemos, pero sé que eres alguien muy importante en mi vida, y aunque aún no haya descifrado muy bien lo que el futuro tiene preparado para nosotros, también sé que será grande.

Quizás Marie y yo no estábamos destinados a estar juntos, puede que el final de Marie hubiese sido escrito el día en que nació, pero si algo sé con certeza, es que ella no merecía un final como aquel.

No quiero enamorarme de nuevo, Elionor, y mucho menos de ti. Espero que entiendas el significado de mis palabras.

El día en que nos vimos por primera vez, el que te paraste delante de mí y me miraste como alguien que ve el sol por primera vez, soñé contigo. Bailábamos en Baker Street, al son de la melodía que yo

mismo había estado tocando en la guitarra instantes atrás. Fue la primera noche en mucho tiempo que no soñé con Marie, sino contigo. Y me desperté con una sonrisa en los labios.

Ahora ya conoces mi historia con Marie.

Te he entregado mis recuerdos. Guárdalos bien.

Te quiere,

Aiden Harris.

Pd: el nombre de la chica del dibujo comienza por E. ¿Alguna idea?

Capítulo 15

Una carta para él

Querido Aiden,

Voy a confesarlo: he estado llorando como una condenada al leer tu preciosa historia con Marie. Son las dos y doce del catorce de diciembre de dos mil trece, y te quiero dar las gracias por habérmelo contado.

No se me dan muy bien estas cosas, creo que nunca le he escrito una carta a nadie, pero me esforzaré al máximo para que sea tan bonita como la tuya. La esconderé, para que la encuentres por ti mismo. Pero no me digas que la has leído. Por primera vez quiero que guardes tus pensamientos para ti.

. Eres alguien especial, Aiden Harris.

Me siento muy afortunada por ser una de las dos personas que conocen tu preciosa, aunque trágica, historia con Marie. Voy a confesar que hubo momentos en que llegué a detestarla con toda mi alma y fuerzas. ¿Sabes lo frustrante que es querer ayudar a alguien que no se deja conocer? Pero estaba siendo egoísta. No sabía nada de lo que había pasado entre vosotros dos, y fui muy injusta con Marie. Hoy lo he entendido todo, finalmente.

Quisiera disculparme por todas las veces que te he incomodado al largo del mes que llevamos siendo amigos. Puedo llegar a ser un poco insistente. Sí, esa es la palabra correcta, creo. Pero quiero que sepas que quiero cuidar de ti y quiero que te sientas a gusto a mi lado. Sabes que, si me pides que me aleje de ti, lo haré. Quiero que sepas que estoy segura que Marie, esté donde esté, se siente muy orgullosa de verte sonreír.

No fue tu culpa, créeme.

Como tú mismo has dicho, quizás no estabais destinados a estar juntos, pero debes sentirte afortunado de haber conocido a una persona como ella, de haber estado a su lado durante vuestra infancia, aunque todo

haya terminado en un fatídico desenlace.

Sin duda ella no merecía ese final.

"El amor es un humo que sale del vaho de los suspiros; al disiparse, un fuego que chispea en los ojos de los amantes; al ser sofocado, un mar nutrido por las lágrimas de los amantes; ¿qué más es? Una locura muy sensata, una hiel que ahoga, una dulzura que conserva."

Tu historia con Marie me recuerda en cierto modo a la de los trágicos amantes

Me siento honrada de haberte conocido, Aiden. Puedes contar conmigo para lo que quieras. Quiero que sonrías, quiero que seas feliz.

Si me lo permites, estaré siempre a tu lado.

He guardado tus recuerdos. Guarda tú mi corazón, y guárdalo bien.

Elionor Broome.

Pd: me gusta cuando dices mi nombre completo, haces que suene bonito. Como comentes esto, lo negaré.

Pd 2: yo también soñé contigo una noche, y también bailábamos en Baker Street, en el mío alguien nos observaba. Curioso, ¿verdad?

Capítulo 16

Una navidad con Aiden y su família

Pasaron once días desde mi cumpleaños y los cristalinos ojos de Cassie esperaban una respuesta.

—Cassie, ya te he dicho que esta noche voy a casa de los padres de Aiden.

—¿Tú te estás dando cuenta de que me estás reemplazando por un chico? —preguntó ella, quitándose el delantal— Y a Laura también. ¿Verdad que sí, Laura?

Ella se encogió de hombros y no dijo nada. Cassie puso los ojos en blanco y se tocó el pelo, trenzándolo a un lado de su hombro. Aquella tarde había quedado con un chico llamado Tom en no sé qué parque y no quería ir sola.

—Gracias Laura —suspiró frustrada—. Vamos, Leo, ¡acompáñame! ¿Desde cuándo Elionor Broome me deja plantada por un chico?

—No te he dejado plantada —aquella situación estaba siendo absurda—. Ni siquiera habíamos quedado. No puedo, ya le dije hace muchos días que iría con él. No insistas.

Llevaba como unas tres horas suplicándome que la acompañara, pero ya le había prometido a Aiden que iríamos a su casa por Navidad. No quería que estuviera solo, aunque tuviera a sus hermanos. Sabía que para él era muy duro volver a su casa, por todo lo que significaba.

—¿Y no puedes cancelar la cena, o lo que sea?

—No, Cassie.

—¿Pero por qué no? —insistió.

—¡Ha dicho que no puede ir contigo! Acéptalo ya —vociferó Laura ya cansada.

Cassie se calló de una vez por todas y frunciendo el ceño, se

marchó, sin siquiera desearnos unas felices fiestas. Faltaban diez minutos para las siete de la tarde y nuestro turno estaba por terminar. Laura se tapó el rostro con las manos y se dejó caer en una silla, abatida. Llevaba unos cuantos días sin hablar mucho. Era discreta, pero normalmente no estaba tan callada y distante.

—¿Qué es lo que ha pasado? —me senté en frente de ella, sabiendo que aquello no tenía nada que ver con Cassie.

Laura levantó la cabeza y me miró con los ojos empañados. Era doloroso ver tanta belleza bañada en lágrimas.

—John podría perder el trabajo.

Aquellas palabras me sentaron como una patada en el estómago. Miré el reloj de pared y vi que marcaban las siete y cinco de la tarde. Había quedado con Aiden que pasaría buscarle a las siete y media por su casa y que luego iríamos directamente al tren, pero aquello era más importante. Las manos de Laura temblaban y todo su pecho comenzó a convulsionarse a causa de los sollozos, yo estaba allí, parada como una estúpida, sin saber qué era lo tenía que hacer.

—¿Cómo lo sabes, Laura? —murmuré con cautela—. Cuéntamelo todo.

Ella levantó la cabeza e intentó aguantar, en vano, las lágrimas que caían a montón por sus mejillas. Me dolió en el corazón verla así, porque Laura era una persona alegre, era agradable hablar con ella, verla llorar hacía que algo en mi pecho se quebrase.

—Yo sabía que tiene un nivel muy bajo de autismo, pero nunca antes los médicos le habían dicho que fuese algo que pudiera afectar en su trabajo—susurró, en un intento por encontrar su voz—. El otro día fue a una de esas revisiones médicas que te hacen en el trabajo, el doctor quiso hablar inmediatamente con él al terminar la consulta, y ahora la empresa quiere también hablar con él.

—¿Por qué ahora, si nunca antes había tenido problemas?

Ahora comprendía su comportamiento. Laura volvió a hundir su cabeza en las palmas de sus manos y se levantó de la silla, tras limpiar sus lágrimas.

—No lo sé, pero me preocupa mucho.

—Estoy segura de que no será nada. Quizás quieren hablar con él para adaptarle el trabajo.

—Llevas razón, es mejor no preocuparse antes de tiempo —suspiró y me sonrió, aún con la tristeza en sus ojos—. No voy a entretenerte más. Aiden debe estar esperándote.

La miré sonriendo.

—No se va a morir por esperarme un poco más, lo entenderá. Además, tenemos tiempo —me encogí de hombros.

—No quiero interferir en vuestra escapada romántica, parejita —

añadió Laura con cierto humor.

—No es ninguna escapada romántica. Y no somos pareja.

—No me digas que irte a un pueblo pequeño, en Inglaterra, rodeados por la nieve y sin poder hacer nada más que estar juntos, no es romántico —me guiñó el ojo.

—No, no lo es. —La dije, cogiendo el abrigo.

Mi amiga soltó una carcajada sarcástica, cogió el pomo de la puerta. Al menos, la idea de mi relación, la había distraído del autismo de John. Salimos de la cafetería, cerrando con llave, colgando el cartel de "cerrado por vacaciones", y ambas nos dirigimos a la estación de metro.

Laura y yo nos despedimos felicitándonos las vacaciones, prometiendo que nos llamaríamos, estaba preocupada por el asunto de John y quería saber cómo terminaba todo.

Me dirigí a casa de Aiden con mi maleta colgando del hombro. Hacía dos días que había llamado a mi madre, para explicarle que aquel año no iba a ir a casa, que estaría con un buen amigo y su familia. Primero se enfadó, diciéndome que la Navidad era para pasarla con tu familia, pero después se interesó en ese amigo.

No le había contado quién era Aiden, pero aquel me pareció un buen momento para no ocultarlo más. Para ser mi madre se lo tomó demasiado bien, se conformó con asegurarme que el año próximo no me libraba de ir a Wisconsin, normalmente era una persona que se tomaba las cosas demasiado en serio, a veces era muy exagerada. Finalmente me dijo que quería ver una foto de Aiden, así que le envié una de nosotros dos.

«¡Ya te dije yo que no te sería difícil encontrar un chico guapo!», me dijo cuando recibió la imagen.

La ciudad relucía como nunca antes lo había visto, los escaparates de las tiendas estaban decorados con figuras de renos y hombres regordetes vestidos de rojo, que cantaban su típico «¡Ho ho ho! ¡feliz Navidad!», y enredaderas luminiscentes escalaban las farolas. Hacía mucho tiempo que llevaba esperando eso, aunque yo no me iba a quedar en Londres exactamente.

El reloj de mi muñeca marcó las siete y media, y abrí la verja con la llave que me había dado. Sabía que me estaría esperando sentado en el sofá, susurrándole a Gala que la iba a echar mucho de menos. Habíamos hablado con Laura para que viniera a echarle comida y a estar un rato con ella, la pobre también necesitaba compañía. Maxine, la madre de Aiden, era alérgica a los gatos y no podíamos llevarla con nosotros, por desgracia.

—Hola —dibujó una sonrisa cuando dejé la bolsa en el suelo, justo

en la entrada.

—¿Estás listo para irnos? —pregunté, acercándome a él y a Gala.

—En realidad no. Estoy aterrado —confesó.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

Aiden suspiró y cogió a Gala en brazos, llevándola a su pecho. La gata ronroneó al sentir los dedos de su dueño acariciarla.

—Eso lo dices porque no conoces a mi padre…

Solté todo el aire de mis pulmones, y volví a intentar transmitirle un poco de positivismo.

—Eso es cierto, pero sé que irá bien.

Aiden se levantó de la silla y besó la cabeza de Gala, despidiéndose y diciéndole por enésima vez lo mucho que la iba a echar de menos en los tres días que estaríamos fuera. Gala era una más de la familia para Aiden, y para mí también.

El pueblo de Holmeshire era pequeño y estaba todo blanco por la nieve. Para llegar allí, habíamos tenido que coger un autobús en Chester, porque el pueblo no tenía estación de tren. Dejábamos huellas en la nieve al pasar, que se iluminaban por la luz blanca de las farolas, y vi que alguna que otra señora mayor nos observaba a través de la cortina.

De camino a la casa, me contó que, cuando se sacó el permiso de conducir, casi estampó el coche contra el árbol de la vecina que nos había observado hacía unos minutos.

—No me habías dicho que tenías permiso de conducir —alcé las cejas.

—Hace tiempo que no conduzco —Aiden se encogió de hombros y continuamos caminando.

Holmeshire un pueblo pintoresco, la viva imagen de una postal de Navidad de aquellas que envías a familiares que hace mucho que no ves.

Aiden se detuvo en frente de una casa bastante grande, de madera blanca y piedra rojiza, era el número veintiséis. El jardín estaba rodeado por una valla de color blanco, igual que la fachada, y un camino, rodeado por rosales, llevaba a la puerta principal, aunque en ese momento todo estaba cubierto por una gruesa capa de nieve.

Repentinamente, Aiden miró atrás y entornó los ojos, con la nostalgia navegando en su mirada.

Supe de inmediato que aquella había sido la casa de Marie.

Sin embargo, él se dio la vuelta y caminó decidido.

—Mi madre es muy aficionada a la jardinería —murmuró Aiden.

—Mi madre tiene un invernadero

Sabía que él no quería hablar de ello, por el brusco cambio de conversación y no insistí.

—Nuestras madres se llevarían bien, entonces —Aiden sonrió.

Me quedé callada unos minutos y pensé en el significado de aquel "no quiero enamorarme de nuevo, y mucho menos de ti", que él había escrito en mi regalo. Aiden pensaba que comprendería a qué se refería, pero no había sido así, aquello aún me llenaba de dudas e incertidumbre.

—No estés nervioso —acaricié su brazo por encima del abrigo.

—Para ti es fácil decirlo, no terminaste como yo con tu padre.

—Pero tienes a tu madre, ¿verdad? —asintió—. Todo irá bien.

El timbre resonó en toda la casa. Se acomodó mejor la bolsa en su hombro y se removió nervioso, en el mismo sitio. Pocos segundos después, un muchacho alto, de cabello algo más oscuro que el de Aiden y con ojos marrones abrió la puerta.

—¡Te he echado de menos! —saltó el chico a sus brazos, feliz de ver a su hermano mayor.

Era Pierre.

—Eres más alto que la última vez que nos vimos —sonrió Aiden, devolviéndole el abrazo y revolviéndole el cabello.

Una señora de unos cincuenta años aproximadamente exclamó algo que deduje que eran palabras de alegría y se acercó, prácticamente llorando a Aiden, murmurando palabras que no entendí.

La mujer era de constitución pequeña, aunque su presencia imponía. Los rasgos franceses eran inconfundibles: cabello rizado, piel tostada, supe de inmediato de dónde había sacado su hijo aquellas ondulaciones salvajes. Arianne era igual a ella.

Cogió a Aiden de las mejillas y comenzó a darle besos por toda la cara, él hacía muecas de desagrado, aunque yo sabía que se moría de ganas de que su madre le mimara. Solo hacía falta recordar la carta que me escribió, el modo en que habló de ella.

—J'ai tu avez manqué…—Maxine estrechó a su hijo entre sus brazos, que, por mucho que ella se pusiera de puntillas, continuaba siendo muchísimo más alto que ella.

Aquella escena me arrancó una sonrisa, al ver la cara de felicidad de madre e hijo.

—J'ai tu avez manqué aussi, maman —le respondió Aiden y le dio un beso.

—¿No nos vas a presentar a nuestra invitada? —preguntó Maxine, con cierto acento afrancesado y una sonrisa en sus labios, pintados de rojo, la daban un toque elegante.

Aunque habíamos hablado alguna que otra vez por Skype, no nos

habíamos presentado formalmente.

—Oh, sí. Mamá y Pierre, ella es Elionor.

—Encantada de conocerla. Y a ti también, Pierre —hablé con una sonrisa. La madre de Aiden volvió a hablar, pero no entendí ni una sola palabra, y él volvió a removerse inquieto. ¿Es que significaba algo malo? —. Disculpe, señora Harris, pero no he entendido nada de lo que ha dicho…

—No importa, cielo—sacudió la mano y después las junto en una palmada—. ¿Por qué no subís a las habitaciones y dejáis las maletas allí? Si queréis os podéis duchar. Cuando salga Arianne … ¡Mon Dieu! ¿Cuánto tarda esta chica en ducharse? ¡Arianne Ségolène Harris!

Maxine desapareció en el segundo piso y Aiden me enseñó el resto de la casa.

Un gran árbol lleno de bolas de colores y de luces blancas se encontraba al lado de la chimenea, y tres calcetines grandes colgaban del marco de esta, cada uno con tres nombres: Aiden, Pierre y Arianne. Justo encima había fotografías de los tres, más o menos actuales. Aiden sonreía mostrando sus dientes y el hoyuelo que tanto le caracterizaba, pero había crecido mucho desde esa fotografía.

El cálido hogar de los Harris me hizo recordar Wisconsin. Mi madre siempre decoraba la casa acorde a la estación del año, incluso en verano, aunque allí no durase mucho.

La mesa estaba ya puesta, las velas rojas decoraban el mantel blanco y dorado. Parecía estar lista para sentarse y comenzar a comer.

—¿Y papá? —preguntó Aiden, sentándose en uno de los sillones, incómodo de nuevo.

—Ha ido a casa de los Holland a felicitarles la Navidad —le respondió Pierre.

—Aiden, ya podéis subir. Enséñale el baño a Elionor, yo estoy con la cena… ¡Pierre! ¿Qué haces sentado en el sillón? ¡Hay mucho trabajo por hacer! ¡Allez, allez! —exclamó Maxine, yendo a la cocina.

Aiden me cogió de la mano y nos encaminamos escaleras arriba, parecía que quería huir de ahí. Entramos a la segunda puerta del pasillo, en el segundo piso de la casa y Aiden la cerró con cuidado. Su comportamiento estaba siendo algo extraño.

—Así que esta es tu habitación —dije para romper un poco la tensión en el aire.

Aiden se había quedado en silencio y comencé a mirar a mi alrededor. Había una silla con ruedas, un escritorio con un ordenador de sobre mesa y estanterías con algunos libros. La colección de Harry Potter también estaba allí. Era la típica habitación de un chico adolescente.

—Esta es mi habitación —asintió él, con timidez. ¿Qué demonios

le pasaba? — ¿Quieres ir a ducharte?

—Sí, por favor.

—De acuerdo… Eh… ¿Necesitas una toalla?

—Me he traído una de casa —le sonreí.

Volvimos a quedarnos en un silencio incómodo y me pregunté qué era lo que había pasado. Probablemente era por el nerviosismo de que su padre podía llegar en cualquier momento. Parecía que Aiden le temía.

Me mostró dónde estaba el baño y llevé mi neceser, en unos quince minutos estaba lista. Me vestí aún con el cabello mojado y entré de nuevo en la habitación, encontrando a Aiden tirado en la cama sin hacer nada en absoluto.

—¿Qué te ha parecido mi madre? —me preguntó con un nerviosismo que no me pasó desapercibido.

—Me ha parecido simpática y muy amable —le respondí.

—Lo es —rio y se sentó, dejándome hueco para que me sentara a su lado.

—Pero ¿qué significa lo que ha dicho antes?

—¿A qué te refieres? —la confusión invadió su rostro.

—No lo sé, pero ha dicho algo en francés y yo le he respondido que no la había entendido, ella ha dicho que no importaba, que no tenía importancia, ¿qué significaba?

—Oh… Eso —Aiden miró a otro lado.

—¿Es malo? —me preocupé.

—¿Qué? No, pero… —él miró el techo, cerrando los ojos.— Ha dicho que eres muy bonita.

“Oh…”

—Pero eso es bueno… ¿verdad? —pregunté, con cierto miedo.

—Es demasiado bueno.

No supe cómo tomarme sus palabras. ¿A qué se refería? O sea, que yo no era guapa, ¿era eso lo que me estaba intentando decir?

—¿Estás diciendo que soy…? —mi voz tembló, temerosa de su respuesta.

No hizo falta que terminara de decirlo porque me entendió.

—¿Qué? Yo no he dicho eso en ningún momento.

—No exactamente, pero es lo que has querido decir.

No supe el porqué, pero me estaba comportando como una completa idiota y me estaba poniendo en ridículo, quizás Laura llevaba razón y estaba comenzando a sentir algo por él.

—Elionor, yo nunca… —no dejé que terminara de hablar.

—Sé que no soy Marie, y también sé que no soy tan guapa como ella y que tú… Que tú…

“Que tú nunca me querrás como la quisiste a ella”, acabé pensando, nunca salió de mis labios, y en aquel momento, no me di cuenta del significado que tuvieron mis pensamientos.

Mis palabras fueron demasiado rápidas y hasta tropecé yo misma con ellas, rompiéndoseme el alma para pensar en lo que estaba a punto de decir. Esta vez Aiden se levantó del suelo y quedó arrodillado delante de mí y, aunque yo había entendido sus palabras de una manera, sabía en el fondo que aquello no era lo que él había querido decir.

—Escucha bien lo que voy a decir —me cogió de las manos y miré sus ojos, un azul tan claro como aquella noche en la azotea, cuando miramos las estrellas—. Tú eres Elionor, no Marie. Tú eres tú. La chica que conocí en Baker Street. Ahora tú estás conmigo. No quiero que malinterpretes mis intenciones, yo no quiero que seas Marie. Tú eres Elionor, ¿de acuerdo?

Las palabras de Aiden me dejaron muda. Mi cerebro ideó un torbellino de respuestas, pero no mandaba la información a las cuerdas vocales y a mis labios para poder articularlas.

—Pero dime, ¿realmente crees que yo soy…?

Y justo como hizo el día en que nos conocimos, me calló lanzándose a mis labios con un beso.

Sus labios fueron suaves y se amoldaron perfectamente a los míos, mientras ambos manteníamos los ojos cerrados. Llevando sus manos a mis mejillas, y las mías encima de sus hombros, nos separamos lentamente y nos miramos a los ojos con los rostros sonrojados. Mi cabello siguió goteando encima de las sábanas.

—No te vayas de mi lado… —susurró, acariciándome la mejilla izquierda con las yemas de sus dedos.

—No lo haré —le prometí.

—No me dejes como hizo ella… —me perforó el alma con sus ojos aguamarina.

La seguridad naufragó y el miedo salió a flote.

—Nunca me iré de tu lado, Aiden.

Volvimos a juntar nuestros rostros con fuerza, y sentí los labios de Aiden curvarse contra los míos. Delicadamente me atrajo hacia él hasta caer en el colchón, quedándome encima de su pecho. Nuestros labios dejaron de hacer conexión durante un segundo para coger aire y volver a juntarnos, no queríamos que aquello terminara. Sus manos estaban en mi cara y las mías en su cabello, apreciando la suavidad de sus rizos dorados.

Las manos de Aiden bajaron por el contorno de mi cuerpo y se colaron por dentro de mi jersey, palpando mi piel, un escalofrío recorrió mi cuerpo entero. Nuestras lenguas se despidieron la una de

la otra cuando sus labios decidieron aventurarse por mi cuello, mordisqueando leve y juguetonamente mi piel, besándola suave hasta llegar a la clavícula, creando un camino de besos que nunca olvidaría.

Aquel estaba siendo nuestro primer beso normal. Algo que no era por deseo o por necesidad, sino por placer, no sabía dónde nos iba a llevar aquello, pero no quería que terminara nunca.

Maxine se sentía inmensamente orgullosa de cada uno de sus hijos.

Se pasó gran parte de la cena diciendo lo buen estudiante que era Pierre (según ella el primero de la clase) y el gran médico que iba a ser en un futuro. Aiden frunció las cejas bajo la atenta mirada de su padre y se concentró en el plato de comida. Supe que aquello le dolía, estaba claro que no lo apoyaba en su carrera musical. Había hecho constar que detestaba la música y pude imaginarle diciéndole a su hijo aquellas míticas palabras que siempre escribía en su cuaderno: «estúpido niño ignorante»

Todos eran muy serviciales, siempre pendientes de si faltaba algo en la mesa, incluso Fred, el padre, contó algunos chistes buenos, pero Aiden nunca se rio, algo le preocupaba.

Después de que Arianne contara algunas anécdotas de los hermanos Harris durante la infancia, Aiden y yo nos excusamos para ir a dormir, pero justo cuando nos levantamos de la mesa, Maxine y Fred le llamaron para hablar con él. Resignado, me dijo que fuera subiendo.

—Buenas noches a todos, y feliz Navidad —me despedí.

En su habitación había una cama supletoria debajo del mueble y allí sería donde yo iba a dormir. Fui al baño para ponerme el pijama de Minnie Mouse, lavarme los dientes y hacer mis necesidades. Luego volví a la habitación para encontrar que Aiden ya había terminado de hablar con sus padres estaba metido dentro de su cama, dándome la espalda mirando hacia la pared.

— Aiden, ¿estás bien?

No hubo respuesta y yo seguía allí parada en medio de la habitación sin saber si acercarme y darle un beso, o estirarme en mi propia cama y darle espacio. Durante mis veinticuatro años de vida había aprendido que había veces que era mejor esperar un rato para hablar con alguien que estaba triste o enfadado. Sin embargo, la curiosidad me embargaba, quería saberlo y también pensaba que le haría bien soltarlo, hablar con alguien.

—Aiden… Dime qué es lo que te pasa.

—Hablamos mañana —murmuró sin cambiar de posición.

—¿He hecho algo mal?

Quizás había hecho algo que le había incomodado y no me había dado cuenta. A veces decía o hacía cosas que hacían daño y ni siquiera era consciente de ello.

—No has hecho nada malo.

—¿Ha sido por los besos de antes? —pregunté preocupada, mi voz temblaba.

—No…

—Puedes besarme siempre que quieras, me gustan tus besos.

Era la preocupación la que hablaba, sin darme tiempo a pensar, ¿qué le habían dicho para que se pusiera tan triste?

—Te estoy diciendo que no es eso—murmuró, esta vez fastidiado.

—¿Entonces qué es? —inquirí— Puedes confiar en mí, no voy a dejarte. Solo quiero saber qué es lo que te pasa para poder ayudarte.

Aiden siguió sin responder y me encogí de hombros, abatida. Tuve claro entonces que no iba a conseguir nada si seguía así y decidí cambiar de tema. Quizás así olvidaba lo que estuviera pasando por su cabeza. Me levanté de la cama y me dirigí hacia mi maleta para coger el regalo que le había comprado a Aiden. No sabía si le iba a gustar.

—¿Qué es esto? —preguntó, cuando le planté el paquete en las narices, y eso le obligó a mirarme.

Sus ojos estaban rojos.

“Oh, Aiden…”

—Es tu regalo de Navidad, tonto.

Aquello fue lo único que hizo que Aiden se incorporase y mostrase una sonrisa, algo parecido a un niño pequeño, cogiéndolo de mis manos. En realidad, tendría que habérselo dado a la mañana siguiente, cuando todos estuviesen despiertos y junto el árbol de Navidad, pero prefería dárselo en la intimidad.

—Diría que no hacía falta que me comprases nada, pero me gustan los regalos, así que… —dijo rompiendo el papel que envolvía el recipiente y sus ojos se abrieron al contemplarlo— ¡Mon Dieu, Elionor! ¿Es esto un bote de Nutella?

El grito, que siguió a la expresión de Aiden, resonó en la habitación y me sentí muy feliz de que le hubiese gustado tanto. Sus ojos continuaban estando rojos, pero ahora brillaban a causa de la felicidad y la emoción.

—Estoy contenta de que te haya gustado, de verdad. Me ha costado algo de trabajo —le dije, sentándome en mi cama.

—¿Lo has hecho tú?

Asentí y miré a Aiden haciéndolo girar en sus dedos para que observara los dibujos uno por uno. Los había tenido que dibujar en papel primero, y después había ido a una tienda para que me los grabasen en el cristal. No era una excelente dibujante, pero algo sabía

hacer. Guitarras, norias, Big Ben's y notas musicales cubrían la superficie del cristal y entonces topó con mi favorito: la silueta de un chico de espaldas tocando la guitarra y, debajo de él, el nombre de Aiden.

—¡Hasta me has dibujado! —exclamó y sonreí— Es lo más guay que me han regalado en la vida —Lo siguiente que sentí fueron sus brazos rodearme y mi cabeza apoyada en su hombro. Sus dedos agarraron la tela de mi pijama con fuerza y sentí cómo tomaba aire profundamente—.

—No tenías que hacerme ningún regalo.

—Tú me puedes hacer un regalo a mí y yo a ti no, ¿verdad?

Aparté mis ojos de los suyos, mientras Aiden se levantaba de la cama con una sonrisa felina y se dirigía a una bolsa que había al lado de su maleta, en la puerta. El papel era de color plateado y era bastante grande.

—Como te conozco más que nadie, estás pensando si me he gastado mucho, y la respuesta es que quizás fueron unas cinco libras. No lo recuerdo exactamente.

—Te dije que no tenías que comprarme nada…

—Lo he hecho yo mismo, pero he necesitado comprar algunos materiales. Igual que tú —puso los ojos en blanco—. Ábrelo y cállate ya.

Asentí ante sus palabras y dirigí mis manos obedientemente al papel para romperlo. Estar en la habitación de Aiden, dándonos nuestros regalos de Navidad y disfrutando de nuestras vacaciones juntos era mejor de lo que había imaginado. El paquete era blando y justo cuando lo abrí, un chillido traicionero salió de mi garganta.

Eran dos jerséis. Uno era de color mostaza y llevaba la letra E tejida en medio de color vino.

—¿Los has hecho tú?

—Te lo he dicho antes —dijo asintiendo con la cabeza—. He decidido hacerlo del mismo color que tu bufanda. Es un color singular, así que he supuesto que te gustaba mucho.

El otro jersey era de color azul marino y el dibujo de dos gatos, uno blanco y otro gris, adornaban el centro de este.

—Dime que son…

—Eddie y Gala —dijo él por mí—. No sé exactamente cómo es Eddie, pero lo he hecho lo mejor que he sabido.

El dedo índice de su mano derecha iba señalando las partes que me explicaba sobre los gatos, cómo los había hecho y cómo se los imaginaba. Pero mi cabeza viajaba mucho más lejos de sus palabras, era como si la habitación comenzase a dar vueltas y el único punto fijo en ella era Aiden.

O más bien, sus labios.

Fue como si me hubiera hechizado. Sabía bien que no paraba de hablar porque se sentía inseguro, sin saber si me había gustado o no, e igual que había hecho él conmigo unas horas antes, me lancé a sus labios y le callé con un beso.

Aiden se quedó congelado en su sitio y sus manos soltaron el jersey para coger las mías, que iban en busca de las suyas. Sus labios fueron cálidos a pesar del frío en Holmeshire.

—¿Quién te ha enseñado a tejer? —pregunté cuando rompimos el beso.

Aiden llevó la mano derecha a su nuca.

—Marie me enseñó hace muchos años

Y otra vez había salido Marie. No era que la odiara, ni mucho menos, pero siempre que nuestra conversación derivaba a ese tema, Aiden entristecía y quería estar solo. Aquella era la misma habitación en la que Aiden se había refugiado durante tres días cuando le había confesado su amor y ella no había respondido. También era aquella la puerta que ella había abierto para besarle y decirle que ella también le quería. Posiblemente había dormido muchas noches en aquella misma cama en la que yo estaba sentada en ese momento. Todas aquellas cosas me hacían sentir pequeña en comparación con ella.

Decidí cambiar de tema. No quería sentirme de aquel modo estando con Aiden.

—¿A qué te referías con que no quieres enamorarte de nuevo, y mucho menos de mí?

—Sabía que era eso lo que te preocupaba…

—¿Es que soy suficiente para ti? —mi voz tembló, temiendo la respuesta.

Aiden era demasiado importante para mí.

—Elionor, no es eso.

—¿Entonces qué es? Me confundes mucho, demasiado.

—Me enamoré de mi mejor amiga sin saber qué era lo que sentía por mí y no quiero arriesgarme de nuevo a un rechazo, porque no podría soportarlo. Además, Marie murió hace seis meses entre mis brazos. De asfixia, Elionor —su voz sonó ahogada.

Entonces todo comenzó a cobrar sentido; Aiden tenía pánico al amor.

—Pero yo no voy a morir —intenté sonreír para que se calmara.

Él se estiró en la cama y se cruzó de brazos, mirando el techo.

—Eso no lo puedes saber nunca. No puedo controlar los sentimientos, y eso es lo que me aterra. El amor es algo impredecible que ocurre de la noche a la mañana y ese es precisamente el problema. Una vez está hecho, no puedes volver atrás.

Intenté asimilar las palabras que me estaba diciendo y me estiré yo también, cubriéndome con las sábanas y la manta. Mis pies estaban helados.

—Pero tú no estás enamorado de mí, ¿verdad? —pregunté, con la esperanza de que la respuesta fuera positiva.

—No. ¿Y tú? ¿Lo estás de mí?

—No —ni yo misma lo creí.

—Son solo besos, ¿verdad?

—Sí.

Fingir una sonrisa nunca me había dolido tanto.

Aiden sonrió al ver que no respondía nada más y se dio la vuelta, dando pequeñas palmadas al hueco libre en su cama y suspiré fastidiada. ¡Podría habérmelo dicho antes! De todos modos, mis pies continuaban estando helados. Me escabullí a su lado y sentí cómo me abrazaba por la cintura, cerrando los ojos. Era la primera vez que me abrazaba para dormir.

—¿Aiden?

—Dime —su voz era ronca, cansada.

—¿Qué es lo que te han dicho tus padres? Parecías muy triste.

—Mañana te lo contaré —me dijo.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Sonreí.

Era feliz, inmensamente feliz, allí con él.

—Feliz Navidad, Aiden.

—Joyeux Noël, Elionor.

El reloj de cuco del comedor cantó las doce de la noche del día veinticuatro de diciembre.

Capítulo 17

El sol y la luna

El día de Navidad habíamos ido a visitar los abuelos de Aiden, unos señores ya muy ancianos que apenas veían y que, después de decírselo tres veces, seguían preguntando quién era yo. Era verdad que el abuelo de Aiden contaba chistes muy malos, pero eran muy entrañables. Cuando salimos de allí, paseamos por el pueblo. Era muy pequeño, prácticamente no había comercios, no más de una mercería, un supermercado, una panadería y una cafetería. Allí nos encontrábamos nosotros con Arianne y Pierre, quien había tenido que insistir mucho para que su madre lo dejase venir.

Jugamos a todos los juegos de mesa que los hermanos Harristenían en casa, y las partidas fueron monopolizadas por las peleas de Aiden y Arianne.. Fred pasó el día encerrado en su despacho trabajando en un proyecto farmacéutico, o algo así.

—Da igual —me dijo cuando le pregunté por qué su padre no pasaba tiempo con ellos el día de Navidad—. Nunca ha jugado con nosotros, de todos modos. Siempre éramos nosotros solos cuando éramos pequeños. Bueno, y mi madre, a veces.

Oír aquello me dio pena.

Llamé a mis padres para felicitarles la Navidad, y mi madre me contó que había hecho una nueva receta de pavo y que le había quedado “para chuparse los dedos”. Reí ante su expresión y por enésima vez deseé haber vuelto a casa con ellos, pero ver la ilusión en los ojos de Aiden me recordaba a mí misma por qué estaba allí: por él.

Laura me había llamado por la mañana para felicitarme la Navidad, y habíamos hablado un poco más sobre el tema de John, sentí que hablarlo con alguien más le tranquilizó. Cassie me había

enviado un pobre mensaje con un «feliz Navidad» y la verdad fue que me sentí un tanto decepcionada con ella.

—Echaba de menos este lugar —dijo Aiden bebiendo de su cerveza.

—Vigila con las cervezas, no querrás que pase como la última vez —reí advirtiéndole, recordando la primera noche en mi casa.

Soltó una carcajada sarcástica y me enseñó su dedo del medio antes de encender un cigarrillo alegando que era el único que fumaba al día. Arianne no parecía muy contenta con el hecho de que su hermano fumase.

—¿Cuándo os marcháis de vuelta a Londres? —preguntó Pierre, bebiendo de su té con limón.

—¿Ya me quieres echar? —le contestó Aiden arqueando una ceja.

—¡No! Ya sabes a lo que me refiero —se dio prisa en aclarar.

Aiden rió.

—Mañana por la mañana.

—¿Y cuándo podré volver a Londres? —quiso saber esta vez Arianne, quien había peinado su cabello con una cinta azul cielo que hacía juego con sus zapatos.

—Yo también quiero ir. Ari fue la última vez y mamá no me dejó —añadió Pierre, sintiéndose un poco desplazado.

—Cuando queráis, ya lo sabéis. En mi casa no cabemos todos, pero ya nos aplastaremos como podamos —respondió Aiden.

—Pueden venir a mi casa siempre que quieran, también —añadí yo.

Pierre abrió los ojos con emoción y asintió, volviendo a beber de su té con limón. El reloj marcaba las siete de la tarde y el lugar era animado, bastante distinto al pub irlandés en Londres, aunque también tenía una zona para cantar, aunque no era más que un karaoke. Chicos y chicas jóvenes que habían venido a saludar antes a Aiden, cantaban animadamente desafinando cualquier nota que sus degolladas cuerdas vocales permitían. El ruido que había en bar prácticamente no dejaba que nos escuchásemos los unos a los otros.

—¿Por qué no vas a cantar? —le pregunté tomando un sorbo de mi Coca-cola.

—¿Y por qué no vas tú? —me respondió con una sonrisa, después de expulsar el humo que salía de sus pulmones.

—Yo no sé cantar —le dije.

—Seguro que cantas bien —ladeó la cabeza y sus ojos brillaron.

—No, créeme que no —reí nerviosa.

Aiden tomó otra calada del cigarrillo entre sus dedos y después inclinó la cabeza hacia arriba para dejar que el humo saliera de su cuerpo, con las venas y los tendones en su cuello marcándosele.

—¿Cuándo comenzaste a fumar? —le pregunté, cruzándome de brazos y esperando que hubiese olvidado el tema del canto.

—Cuando volví a Holmeshire, le cogí un día el paquete de tabaco a mi padre y comencé a fumar para olvidarlo todo, ya sabes… —dio una calada más y me miró fugaz a los ojos— No se lo digas a mi madre, ella cree que he dejado el vicio.

—Sabes que si mamá te pilla fumando de nuevo probablemente será lo último que hagas con vida —le avisó Pierre, apoyando su codo en la mesa y aguantando la cabeza en la mano.

—Pierre lleva razón —dijo Arianne, asintiendo.

—Y por eso mismo vosotros dos no vais a decir nada—señaló con el dedo índice a sus hermanos—. Además, como si fumara veinte al día. Es solo uno. Qué exagerados sois.

Aiden terminó su cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero. De repente se levantó y me miró con una sonrisa que me hizo desconfiar.

—¡Suéltame! —intenté zafarme de su agarre.

Me estaba arrastrando hacia el escenario.

—¡Venga, vamos! —dijo alegre y alargando su brazo para coger mi mano— ¡Frank, Elionor y yo somos los siguientes! —exclamó Aiden avisando a un chico, que estaba junto al teclado.

—¡Te he dicho que no, por favor!

Mis súplicas fueron en vano porque tanto Arianne como Pierre me dieron un empujón para que caminase con Aiden. ¡Yo no podía cantar delante de toda esa gente mirándome! ¡No podía hacerlo si todos tenían puesta su atención en mí!

Aiden llevaba una guitarra colgada de su hombro izquierdo, se la había prestado uno de los chicos que estaban al lado de Frank. Olvidándome de él y la guitarra, miré al público desde allí arriba. Debería parecer una estúpida con el jersey mostaza y la E gigante en él y vi tanto a Arianne como a Pierre levantando los pulgares, diciéndome que lo estaba haciendo bien sin siquiera haber comenzado. Sentí que mi atención fue poco a poco desapareciendo de aquel lugar y se centraba únicamente en saber que estaba allí subida y que no tenía ninguna posibilidad de bajar y volver con los hermanos de Aiden mientras él disfrutaba cantando.

Los acordes comenzaron a sonar y un piano acompañó la melodía que Aiden tocaba, e igual que había pasado en el pub, la atención no estaba mucho sobre nosotros y lo agradecí porque ni siquiera supe cómo coger el micrófono sin que me resbalara de las manos. Reconocí la canción y Aiden me avisó de que tenía que comenzar a cantar.

Mi voz tembló. Me sentí insegura allí arriba del escenario. Todos podían juzgarme. Además, mi acento era bastante distinto al de todos los presentes y aquello haría que me miraran. ¿Y si hacía el ridículo?

¿Y si me grababan y después lo subían a Youtube?

La voz de Aiden se introdujo en la canción al verme en apuros y todo pareció cobrar sentido de nuevo, como si sus brazos me abrazaran por la cintura y me ayudaran a aguantarme allí, diciéndome que lo estaba haciendo bien y que debía continuar porque sería más vergonzoso abandonar.

Poco a poco mi sentido del ridículo fue desapareciendo al ver el recibimiento que mi actuación tuvo en Aiden, quien levantó una ceja y volvió a acercarse sonriente al micrófono, cogiéndolo atentamente con sus manos, dejando de tocar la guitarra, y continuó cantando. Sus labios se movieron perfectamente y su voz me hipnotizó de nuevo.

Nuestras voces se fueron intercalando a medida que cantábamos los versos de la canción, y lo estábamos haciendo bastante bien.

Grave y agudo.

Blanco y negro.

Sol y luna.

Rosa y clavel.

Aiden y Elionor.

Dos horas más tarde, nos encontrábamos los cuatro caminando en la nieve de vuelta a casa. Arianne iba subida a la espalda de Aiden mientras reían y trataban de no caer. Pierre iba a mi lado con su nariz pegada a la bufanda y las manos guardadas en los bolsillos.

—¿Siempre han sido así? —le pregunté a Pierre.

El vaho llenó el aire entre los dos y recordé el tiempo que hacía que no tenía tanto frío. En Londres la temperatura era un tanto distinta, aunque nos encontrásemos a escasas dos horas de allí.

—Cuando éramos pequeños era todo mucho peor —se encogió de hombros.

Pierre era tímido y reservado, pero poco a poco se iba abriendo y aquello me alegraba ya que yo era una persona que hablaba mucho. Demasiado. Una vez mi padre me amenazó con coserme la boca si no callaba.

—¿Qué es lo que hacían? —le pregunté de nuevo, curiosa de saber cuáles eran las travesuras de aquellos dos.

—Una vez se estaban peleando por quién iba a limpiar el coche de papá, que nos daba algo de dinero como recompensa, y siempre nos turnábamos —contó Pierre al son del “crac, crac” de sus zapatos al pisar la nieve—. Aiden lo había hecho la última vez, pero necesitaba aquellas monedas para comprarse no sé qué, ahora mismo no lo recuerdo bien, y terminaron tirándose el cubo de agua con jabón el uno al otro.

Pierre seguía mirando al suelo y su flequillo le tapaba algo los

ojos, tenía un aire a Aiden en cuanto las expresiones faciales. De hecho, los tres hermanos se parecían bastante entre ellos.

—¿En serio? —Pierre asintió— ¿Cuántos años tenían?

—Creo que Aiden tenía trece y Arianne once —intentó recordar Pierre y después alzó la cabeza para mirarme de nuevo—. Oh, hubo también un día en que mi madre le encargó a Arianne hacer un pastel para la visita que iba a recibir aquella tarde y Aiden se lo comió todo. El castigo que les cayó a los dos fue importante, mi madre estaba muy enfadada. Además de que Aiden estuvo tres días con dolor de estómago. Es increíble la cantidad de dulce que puede llegar a comer.

—¿Por qué castigó a Arianne también?

—Por no impedir que Aiden se comiera el pastel.

Sinceramente, pude ver a Aiden entrando a la cocina de su casa y devorando aquel dulce pastel recién hecho, y aposté a que era de chocolate.

Los ojos de Pierre observaron con ilusión a sus hermanos mayores y me di cuenta de que aquella emoción se debía posiblemente al saber que volvían a estar los tres juntos, aunque solo fuese durante unos pocos días.

Pierre, Arianne y Aiden volvieron a la infancia.

Eran las nueve de la noche y Aiden estaba duchándose mientras yo investigaba en su habitación. Había muchos libros y cd's de música. Aparcados a un lado había unos cuantos libros de texto y una carpeta llenísima de papeles. Sin poder contenerme, miré qué era todo aquello y deduje que eran sus apuntes de la universidad. No quería mirarlo sin su permiso, así que lo dejé como estaba y miré otras cosas, hasta que encontré un álbum de fotos.

En la tapa ponía “Aiden”, y en las primeras fotos estaban los ultrasonidos de su madre. “12 de julio de 1993”, ponía en la primera de todas. Los ultrasonidos fueron evolucionando a medida que fue pasando el tiempo, y llegué a una página en que una Maxine joven sostenía a un bebé envuelto en mantas de color azul. Escrito a mano con una caligrafía elaborada y perfecta, ponía: “Aiden Antoine Harris, 1 de Febrero de 1994.”

¿Aiden Antoine Harris?

¿Antoine?

¿Por qué no tenía conocimiento de su segundo nombre?

El rostro de Maxine brillaba con luz propia y prácticamente pude sentir su emoción a través de la fotografía. Las siguientes imágenes eran todas muy parecidas, en el hospital. La cara de Aiden estaba arrugada como una pasa, igual que la de cualquier bebé recién nacido, y entonces la puerta de la habitación se abrió.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó, levantando una ceja al ver que escondía en mi espalda lo que tenía entre mis manos.

—Nada… —murmuré intentando parecer creíble, pero como siempre, fallé.

—¿Qué me escondes?

—Nada, te lo he dicho.

Los ojos de Aiden se dirigieron a la estantería y pareció darse cuenta de que su álbum de fotos faltaba, y prácticamente se lanzó encima de mí. Alcé el brazo en el que lo aguantaba con la intención de que no llegase a cogerlo mientras los gritos inundaban la habitación.

—¡No mires mis fotos! —exclamó, una vez estuvo en sus manos, victorioso.

—¿Pero por qué no?

—Era un bebé muy feo…

—¡Eras adorable! Anda, déjame verlo, por favor… —junté las manos en forma de plegaria e hice un puchero.

Aiden suspiró y me dio el álbum de vuelta, resignándose. Contenta volví a abrirlo por la página en la que me había quedado y él se sentó a mi lado, clavando sus codos en las rodillas y aguantando su cara entre su manos.

—No me habías dicho que te llamas Antoine de segundo… —comenté desinteresadamente.

—Es que es algo que nadie debería saber.

—Pero si es bonito —le miré—. Además, suena muy… elegante. ¿En serio te llamas Antoine de segundo nombre?

—Te lo prometo.

Sacó de su cartera su documento de identidad y vi realmente que se llamaba Aiden Antoine Harris. Mirando su foto de identificación, me di cuenta, una vez más, que Aiden era increíblemente atractivo. Amagaba una sonrisa felina y descarada tras el hoyuelo que se acentuaba en su mejilla.

—Arianne se llama Ségolène de segundo, estoy seguro de que nunca te lo dirá tampoco. ¡Mon Dieu! ¿Es que no hay más nombres? —volvió a reír sentándose a mi lado.

—Creo que he oído a tu madre decir algo parecido, pero Ségolène y Antoine no están tan mal —le respondí y pasé la página en el álbum —. ¿Y Pierre? ¿Cuál es su segundo nombre?

—Adam.

—Ese es inglés.

—Ya, él ha tenido suerte con su nombre.

Fotografías de un Aiden con tres o cuatro meses, sonriente y sin dientes, inundaban las páginas blancas y él tapó su rostro,

avergonzado.

—Oh, vamos, ¡dime que no eras adorable!

—Pero si parecía un pollo. Mírame… —soltó una risotada, y aunque se tapase la cara con las manos, vi su precioso hoyuelo marcarse en la mejilla izquierda.

—No eras ningún pollo… ¡Eras súper mono!

—¿Era?

—Eras —me golpeó el brazo—. Eres, eres —rectifiqué.

La siguiente fotografía no tenía desperdicio. Debería tener un año recién cumplido y un babero blanco con su nombre reposaba en su pecho completamente manchado de lo que parecía ser chocolate. En la mano derecha sujetaba un trozo de bizcocho y la otra la tenía en la boca, sonriendo a la cámara, con cara de no haber roto un plato en su vida, con ojos grandes y cristalinos.

—Me gusta mucho esta fotografía —sonreí.

—Creo que era el día de mi primer cumpleaños.

Fotografías con sus abuelos, sus padres, en el zoo de Londres, en París, con Arianne y Pierre… Todo era maravilloso en aquel álbum y deseé poder mirar el mío en aquel momento. Yo no había tenido hermanos con los que pelearme o abuelos, a los que visitar en un país diferente, y le envidié mucho.

Un rato después nos encontrábamos tirados en la cama, mientras él me contaba detalles de su infancia con Arianne, pero había algo que aún no había mencionado.

—No me has contado aun lo que pasó ayer por la noche.

Eso pareció dejarle sin palabras. Sus ojos se tornaron sombríos y la ilusión desapareció de ellos. Entonces me miró y me cogió las manos, dándose la vuelta, quedándose de costado.

—Sabes que no eres ningún reemplazo de Marie, ¿verdad?

Asentí.

—Por supuesto que lo sé, ¿a qué viene eso?

Aiden suspiró y vi su pecho llenarse de aire.

—Mi madre ayer me dijo que no podía pretender que nada había ocurrido trayéndote aquí, y no sé qué hacer, Elionor, estoy perdido y no quiero que precisamente ella me mire con pena y…

Eché mis brazos a su cuello y lo atraje a mí lo más fuerte posible. Supe al instante que él quería llorar, pero también que no iba a hacerlo, no quería traer al fantasma de Marie de nuevo y anclarse a él.

—Ssshhh… —intenté calmarle— Juntos sabremos qué hacer, ¿de acuerdo? Se nos ocurrirá algo.

Y me di cuenta de que necesitaba a Aiden para vivir, que necesitaba aprenderlo todo de aquella persona tan maravillosa, que

cada vez se afianzaba más el lugar que había ganado en mi corazón..

Capítulo 18

Pesadillas que se disfrazan de sueño

La vuelta a Londres había sido tranquila, con Aiden roncando débilmente a mi lado y yo jugando con los dedos de su mano. Mi mano se veía demasiado pequeña en comparación con la suya.

Una vez vi que estábamos en las afueras de la capital, desperté a Aiden. Me supo mal hacerlo, nos habíamos levantado muy pronto y parecía estar a gusto. Londres continuaba vestida de Navidad, con las farolas adornadas con luces y los señores regordetes vestidos de rojo en las puertas de las tiendas.

Las casas particulares adornaban sus jardines con bolas de colores, con pegatinas de renos y muñecos de nieve en los cristales de las ventanas, y me pregunté qué habrían recibido Seth y Emily como regalos.

La misma noche que regresamos fuimos al pub irlandés y Dave se alegró mucho de vernos, se había dado cuenta que las noches que Aiden cantaba aumentaba la clientela. Poco a poco parecía que se daba a conocer entre los habituales del pub, aunque sólo cantaba lo sábados, aquello era buena señal.

Los días fueron pasando y el último día de diciembre llegó. Cassie se había disculpado por su actitud y yo había aceptado sus disculpas, todos merecemos una segunda oportunidad después de todo.

Laura me había contado que ella y Cassie iban a celebrar una fiesta aquella noche con algunos amigos y familiares en casa de ella, y que tanto Aiden como yo estábamos invitados, pero tuve que rechazar su oferta porque él y yo habíamos planeado ir a felicitar el año entrante a Marie al cementerio, sentíamos que era nuestro deber.

—Vamos a contar chistes —anunció Aiden sentándose mejor y frotándose las manos, dejando de acariciar a Gala.

—Me niego rotundamente —le respondí.

—Sabes que te encantan —sonrió burlón.

—Eso es mentira.

—¿Qué le dice un pez a otro?

—Aiden, en serio…

—Elionor, sabes que te encantan, no puedes mentirme —me señaló con el dedo índice, dejando de rascar a Gala de nuevo, que esta vez comenzó a reclamarlo inmediatamente, mientras él soltaba una risotada divertida, volviendo a mirarme—. Repitamos, ¿qué le dice un pez a otro?

—¿Nada?

—¡Exacto, nada!

Resoplé.

—La verdad es que no sé si reír o llorar…

—¡Pero es que esa es la gracia! Un pez nada. ¿Lo pillas?

—En serio, deberías parar de contar chistes tan malos.

—Anda, dime que ha sido divertido.

—No mucho.

—Pues aún tengo más —amenazó mientras seguía riendo.

Me incorporé de golpe y me abalancé hacia él, tapando su boca con la palma de mi mano. Mis piernas se colocaron a cada lado de sus caderas, y me sentí mal por obligar a Gala a salir de su cómodo lugar, colocando mi otra mano en su estómago. Sus ojos brillaron por alguna razón inexplicable y algo en mi interior comenzó a acelerarse cuando su mano derecha cogió con delicadez la mía, apartándola de su boca, y me atrajo a él como si me necesitara para respirar, posando sus juguetones labios sobre los míos.

Cada vez que nos besábamos, un nudo se formaba en la boca de mi estómago porque era extraño. De un momento a otro podía pasar de querer abrazarlo y protegerlo a toda costa, a devorarlo a besos. Aiden tenía algo adictivo, tenía algo insaciable que me hacía querer más y más de él.

—Me gusta besarte. Eres dulce y suave…—ronroneó contra mis labios.

—¿Es esto normal? —pregunté despegándome de sus labios.

—¿El qué? —preguntó confundido, frunciendo las cejas.

—Nuestros besos…

Tuve la esperanza de que dijera que sí, pero a la vez quise que dijera que no. Era contradictorio, quería que fueran normales y a la vez que fueran la locura que yo sentía que eran.

—¿A quién le importa? —respondió.

Su lengua recorrió cada centímetro de mi labio inferior, pidiéndole permiso para entrar en mi boca, mientras yo se lo negaba. Quise jugar un rato con él. Me cogió las mejillas entre sus manos y rio contra mis labios, podía sentir los sonidos roncos que emitía su garganta, a causa de la risa. Como vio que no iba a ganar la batalla, deslizó sus labios por mi mandíbula hasta el cuello, dejando en él un rastro de gráciles y sedosos besos, succionando levemente y mordiendo, en un intento de provocación en los lugares perfectos.

—Aiden… —susurré.

—¿Mmm…? —respondió él aun trabajando en mi cuello, descendiendo lentamente hacia la clavícula.

Era ahora o nunca.

Había algo que tenía que saber, me iba a volver loca si no lo preguntaba.

—¿Tú hacías esto con Marie? —encontré el aliento necesario para hacerle esa pregunta.

—¿El qué?

Su respuesta contra mi piel fue sensual sin siquiera proponérselo.

¿Cómo era posible que alguien pudiese causar todo aquello en mí?

—Besaros —respondí, separándole de mí para verle los ojos.

El reloj de mi teléfono marcaba las ocho de la tarde.

—Claro que nos besábamos, El.

Me había llamado “El” y no supe si aquello fue bueno o malo, porque era la primera vez que lo decía, pero fue agradable saber que tenía un nombre especial para mí.

—Pero antes de ser pareja —tragué con dificultad tras preguntar aquello.

Me sentí celosa de Marie, eternamente celosa por haberse enamorado de Aiden y poder haber disfrutado de él sin el remordimiento de no ser nada oficial.

¿Tan enamorada estaba de él?

—No, El.

Volvió a llamarme El, pero aquello ya no era lo que más me preocupaba, sino que había dicho que no lo había hecho nunca antes. Aprovechó mi repentino silencio para atacar mi boca de nuevo, esta vez introduciendo su lengua en ella y explorándola a su antojo, pensando que lo seguiría de inmediato.

—Pero erais mejores amigos —conseguí decir, en un momento en que él necesitó coger aire.

—Lo sé —esta vez me miró a los ojos.

—Y no os besabais.

Aiden frunció el ceño, molesto de que estuviese hablando tanto, pero necesitaba sacar de mi pecho todo aquello. Necesitaba respuestas. Posiblemente quería escuchar que había una pequeña esperanza de que sintiese algo por mí, sabía, en el fondo, que no había nada más que una amistad, pero tenía que preguntarlo.

—No importa. Nos gusta y ya —me respondió.

—¿Pero sientes algo por mí?

Sabía lo que quería oír y aquello me hizo temblar.

—Eres mi amiga y te quiero, pero no en un sentido romántico.

Todo aquello era un sinsentido.

Cuando nos besamos por segunda vez en la azotea de mi bloque de edificios, él rompió los besos diciendo que no podía traicionar a Marie de aquel modo y que no quería hacerme daño, ¡pero allí estábamos, besándonos como si no hubiese mañana!

—Normalmente los amantes se dan besos porque les gusta o porque se quieren, depende de la relación. ¿Y es eso lo que somos? ¿Somos amantes o personas que no tienen ni idea de lo que están haciendo?

Había compartido los mejores besos de mi vida con él, pero algo me decía que, de un momento a otro, iba a caer para chocar con una realidad de la que Aiden no iba a salvarme.

—Simplemente somos dos personas que buscan la felicidad, soñando con el futuro o con el pasado. ¿Tan mal está eso?

Y en ese momento sentí como si miles de piedras cayesen encima de mi cabeza, desplomándome en el suelo.

Me deshice de su agarre y apoyé las manos en su pecho, impulsándome para apartarme de él. Sus ojos eran fríos como el hielo, como el gran glacial contra el que había chocado.

Sus palabras me supieron amargas y desagradables, el sabor más terrible que había probado en mi vida. Mi mayor miedo acababa de confirmarse: cuando me besaba, la recordaba a ella.

Comencé a temblar violentamente. Me había estado utilizando.

Me estaba usando.

—Elionor… —Aiden alargó su mano en busca de la mía.

—No me toques… —murmuré, apretando los dientes, saboreando el veneno que estos desprendían.

Sentí rabia, mucha rabia y pude notar la adrenalina en mis venas.

—Elionor, no me he explicado bien…

—¿Explicarte bien? ¡Lo has hecho divinamente! —grité, lo más fuerte que mis cuerdas vocales me permitieron—. Permíteme decirte una cosa, Aiden Harris, y quiero que me escuches atentamente No soy una cualquiera. No soy Marie y doy gracias al cielo por no serlo, porque si no estaría muerta, viendo cómo alguien se tortura por mí,

utilizando a otra persona para recordarme.

—¡No eres ningún reemplazo de Marie! —exclamó él en respuesta.

—¡Mentira! —respondí— No vuelvas a usar ese argumento contra mí, Aiden. Ni te atrevas…

—Es la verdad —dijo frunciendo el ceño y mirando al suelo.

—No es la primera vez que lo escucho. No es nuevo. Dices que no soy un reemplazo de Marie, pero admites que piensas en ella cuando me besas.

Después de decir aquello cogí mi abrigo del respaldo del sofá, dispuesta a irme de allí. Aiden se había quedado sin palabras y aproveché para mirarle a los ojos, que estaban cubiertos por unas lágrimas que no consiguieron hacerme cambiar de opinión, ni ablandarme el corazón.

El mismo que él acababa de destruir.

—No me dejes solo —me suplicó, levantándose y dirigiéndose a mí.

Escuché su voz quebrarse en la última sílaba y por media fracción de segundo tuve la tentación de rendirme, de creer lo que me estaba diciendo. Pero dolía demasiado. Dolía pensar que toda nuestra amistad había sido una mentira.

Cuanto más avanzaba él, más retrocedía yo.

—Tú te lo has buscado —y supliqué para que no se me quebrara a mí también la voz.

—Elionor, no tú, por favor… Elionor, te necesito, perdóname por ser tan egoísta… ¿Qué he hecho?

Pero no me sirvieron sus súplicas, aunque me doliera verle llorar. Me marché de allí con el corazón roto y con la lección aprendida.

Sin embargo, había algo más, algo que no habría podido descubrir si él no hubiera dicho la verdad.

Estaba enamorada de Aiden.

Capítulo 19

Profundamente enamorada

Moví la cuchara sin ganas de beberme el chocolate. Era lo que siempre hacía él cuando venía a mi casa, se servía una taza de chocolate. Nunca había tenido tanto dulce hasta que él apareció en mi vida.

¿Le echaba de menos? Demonios, ¡por supuesto que sí! Pero no podía volver a él, no cuando todo lo que había hecho era mentirme. Me sentía dolida, como si una daga se hubiera clavado en mi corazón y poco a poco lo fuese desgarrando.

Debería haber vuelto a Wisconsin con mis padres.

Todo lo que me había dicho, aquello de que yo era única, de que era una persona diferente a Marie y que jamás debía compararme con ella, yo había sido un pañuelo en el que silenciar sus lágrimas. ¿Y si hubiésemos llegado al punto de acostarnos? Para él, Marie y yo éramos la misma persona, y aquello me causaba un dolor en el pecho que no me dejaba respirar con normalidad.

Estaba enamorada de Aiden, y no necesité que el agua me rodeara para saber que me estaba ahogando.

Sin embargo, continuaba pensando en él, preguntándome qué estaría haciendo en ese momento. Muy en el fondo de mi corazón sospechaba que quizás no lo había hecho a propósito, que después de todo era yo la que deseaba que sus labios hubiesen pronunciado un "porque me he dado cuenta de que te quiero" en lugar de aquellas palabras, tal vez no había querido hacerme tanto daño con ellas.

Estaba profundamente enamorada de él.

Mis ojos derramaban cada vez más lágrimas, mientras ignoraba las llamadas de mi madre, que probablemente quería felicitarme el año entrante, sabiendo que en Inglaterra se acercaba la media noche, pero

no me apetecía fingir con ella. Penélope Broome era demasiado enérgica, jamás se rendía, siempre miraba el mundo con positivismo y tendía a creer en la bondad, cualidad que yo había heredado y que ahora me estaba pasando factura.

Necesité a alguien que me abrazara y que me dijese que todo iba a ir bien. O quizás necesitaba oír la ronca voz de Aiden, diciéndome que se arrepentía, que no lo había hecho a propósito… Pero ahí estaban de nuevo esas palabras, golpeando en mi cabeza: "Simplemente somos dos personas que buscan la felicidad, soñando con el futuro o con el pasado. ¿Tan mal está eso?"

¿Es que solo existía Marie?

¿Y yo qué era, una piedra?

El piso se sintió vacío sin la presencia de Aiden o Gala. Las paredes se fueron haciendo cada vez más y más pequeñas, y sentí mi pecho quedarse lentamente sin aire, asfixiándome. Estaba sentada en el mismo sitio en el que me había besado por primera vez, recordándolo.

¿Cómo podía haber llegado a estar tan ciega?

Alguien golpeó con sus nudillos en la puerta de entrada. No respondí, pero dejé la taza encima de la mesita de café, lista para lavarla aunque no tuviese las malditas ganas de hacerlo. La persona detrás de la puerta volvió a golpear la puerta con insistencia y resoplé. Fuese quien fuese debería saber que estaba allí, así que me levanté a regañadientes, atando mejor mi bata de Hello Kitty en la cintura, y me acerqué a la puerta.

—¿Quién es? —intenté que mi voz no sonara tan devastada, pero no pude ponerle remedio.

Incluso me dolía el pecho al hablar.

—¿Elionor? Soy Aiden… Ábreme, por favor.

No, me negaba.

—¡Márchate! —espeté con brusquedad, intentando que hubiese una mínima cantidad de veneno en la punta de mi lengua.

—¡No, por favor! Quiero disculparme.

Su voz débil y llena de dolor no iba a hacerme pequeña y dar mi brazo a torcer. Aun así, la daga hurgó más en la herida.

—Yo no quiero escucharte, ¡lárgate!

No era justo ni tampoco lógico que se presentara en mi casa y pretendiese que lo escuchase como si nada. ¡Acababa de romperme el corazón!

—¡No, Elionor, por favor! Solo tienes que escucharme, ¿de acuerdo? Solo quiero hablar. ¡Solo dame una oportunidad de explicártelo! Si después no quieres continuar viéndome, desapareceré

de tu vida. Te lo prometo. Por favor…

La opción fue tentadora. ¿Qué podía perder? Solamente tendría que mirar su angelical e inocente carita y hacer ver como si nada dentro de mí se rompía. Iba a ser pan comido.

Sequé las lágrimas que habían dejado un rastro en mis mejillas y restregué las manos por los ojos en un intento de que no se viese tan claro que había estado llorando (sin éxito, obviamente). Abrí la puerta y me encontré con Aiden apoyado en la pared del pasillo de delante y mirando al techo con los ojos cerrados, con los tendones de su cuello marcándose; el mismo que alguna vez había besado y mordisqueado creyendo que me deseaba tanto como yo a él. Llevaba las manos enfundadas en los bolsillos de sus pantalones tejanos y cuando los abrió, vi sus aguamarinas haciendo justicia al color de la dicha gema en sus iris, dejando al descubierto la represión del llanto.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el cementerio deseándole el feliz año a tu querida Marie? —tuve que aparentar ser fuerte, intenté parecer dura, pero no pude porque mi voz se quebró al decir la última palabra.

Aiden cerró los ojos y torció la boca en una mueca, quitando las manos de sus bolsillos viendo como temblaban aparatosamente. No podía decirle aquello… Estaba siendo muy cruel… ¡Pero él también lo había sido conmigo!

—Por favor, Elionor…

Cerré los ojos con fuerza y me armé de valor, apartándome de la puerta para dejarle entrar. Una vez dentro del piso, cerré la puerta tras de mí y me preparé psicológicamente para lo que vendría.

—Habla —me apoyé en la madera de la puerta, temerosamente esperando una respuesta.

Se dio la vuelta lentamente sin dejar los ojos del suelo mientras mi corazón latió a mil por hora a medida que los segundos martillearon mi cabeza por lo que fuese que tenía que decir. Hubo un tenso silencio, de aquellos en los que hubiese deseado tener una tijera para poder cortarlo, y me arreglé la bata. Iba hecha un desastre en todos los sentidos.

Aiden levantó la cabeza y su labio inferior, el que adoraba mordisquear y que él gimiese cuando nos besábamos, tembló ligeramente. Las luces de la ciudad preparada para la entrada del nuevo año se colaban entre las cortinas del comedor.

—He hecho algo horrible… —empezó.

—¿Tú crees? —ironicé y Aiden no pudo evitar el dolor en su rostro.

—Solo he pensado en mí mismo y en nadie más, tan solo buscando la felicidad para mí en una mentira, y me arrepiento mucho por ello.

Me avergüenzo mucho de mí mismo, y quiero pedirte perdón.

—Lo que has hecho ha sido horrible. Me has hecho sentir como si fuese alguien cualquiera para ti… —murmuré cruzándome de brazos, mirando el suelo; no quise mirar sus ojos y quedar atrapada de nuevo en la telaraña de una viuda negra— ¿Soy de verdad alguien cualquiera para ti?

—¡No! Por supuesto que no lo eres, Elionor. Tú eres…

—Pues me has hecho daño. Me has hecho mucho daño —le corté.

—Lo sé, y no sabes lo muy arrepentido que estoy. Solo si pudiese volver al pasado… —tragó saliva y movió los pies de posición, intentando encontrar la inexistente comodidad en la nada.

—Pero no puedes. No puedes huir de la realidad y encontrar cobijo en los brazos de alguien que ya no está ni siquiera en este mundo. Marie está muerta —interrumpí, sintiendo aquel nudo tan característico tanto en la garganta como en la boca del estómago.

—No me refiero a ese tipo de pasado, sino al haberte hecho daño a ti —Aiden torció la boca—. Ya sé que Marie está muerta, y quisiera volver al pasado para deshacer lo que te he hecho, pero, ¿sabes? El problema es que no me daba cuenta, porque te dije que te haría daño si seguíamos besándonos, y aquí ha llegado el momento. ¡Lo sabía, en realidad lo sabía! —acabó llevándose las manos a la cabeza y enredó mechones de cabello entre sus dedos.

Fruncí el ceño en confusión, mirándolo, no entendiendo sus palabras.

—¿A qué te refieres con que no te dabas cuenta? —pregunté con miedo.

—No sabía lo que estaba haciendo. No me estaba dando cuenta del porqué te besaba. No me daba cuenta de que estaba pensando en Marie hasta que lo has dicho en voz alta y no es justo para ti, porque tú… tú…

—¿Porque yo, qué?

Aiden pidió con la mirada poder sentarse en el sofá y suspiré relajando los hombros. Respiró profundamente varias veces, pero su cuerpo no dejó de temblar y temí que rompiese a llorar de un momento a otro.

—Tú me quieres de verdad y yo no puedo corresponder tus sentimientos, y no soportaría que te fueses de mi lado. Eres muy importante para mí, de verdad. No me dejes solo, por favor, Elionor…

Una sola lágrima traicionera resbaló por mi mejilla y murió al final de mi mandíbula, y entonces fue cuando me di cuenta de que era humano. Se había equivocado y se había dado cuenta de su tremendo error, y me estaba pidiendo disculpas por ello.

No era la única vez que pasaba, pero aquello demostraba que

hasta las personas más puras y verdaderas a sí mismas, eran humanas y también metían la pata. Necesitaban el perdón de alguien, Aiden necesitaba saber que lo perdonaba tanto como yo necesitaba que me abrazara diciendo que yo también jugaba un papel muy importante en su vida, por muy egoísta que pudiera parecer. Llorar era humano, y de sabios era dejar que todos los sentimientos salieran de su jaula.

Aiden era un niño de diecinueve años que había pasado por algo que nunca nadie tendría que vivir, y allí estaría yo siempre para estar a su lado. Siempre. Por mucho que me hiciese sufrir y me rompiera el corazón, allí estaría yo siempre para él, porque era tan precioso, lírico e imperfectamente perfecto, que valía la pena.

Aiden Harris había nacido para brillar, y yo estaría siempre a su lado, brillando junto a él.

—No podemos evitar lo que sentimos, tú mismo lo dijiste allí en tu casa —respondí casi sin aliento.

—Soy una persona horrible —no tuvo en cuenta lo que dije.

—No, Aiden, no digas eso —esta vez me atreví a coger sus manos.

Estaban frías como el hielo.

—Debería haber hecho caso a mis padres. Debería haber vuelto a Manchester y haber seguido en medicina. Mis padres son cirujanos, hubiese encontrado un buen trabajo sin vivir como lo hago ahora porque todo esto no son más que estúpidos sueños que nunca se cumplirán —escupió las palabras con fuerza.

—Pero tú y yo no nos hubiésemos conocido si no hubieses venido a Londres, entonces.

—¿Cuál es el precio que tengo que pagar, si tengo que hacerte daño? Eres lo único que tengo.

Por muy enfadada que estuviera con él, no pude evitar ablandar el corazón y querer borrar todas las cosas que le dije airada en su casa. Aiden no pudo aguantar más la tensión en su cuerpo y comenzó a llorar. Le abracé y lo atraje a mi pecho. Sentía un cariño incondicional por ese chico y dejé que llorase, que rabiara como un niño pequeño.

—No eres una mala persona —acaricié su cabello tratando de calmarle.

—¿Cómo que no? Te he utilizado para recordar a mi ex novia muerta y tú misma lo has dicho, Marie debe tenerme pena.

—A veces digo cosas que no pienso en realidad. Perdóname…

—Pero no la has cagado tanto como lo he hecho yo —me interrumpió agarrándose aún más fuerte a la bata y sus nudillos se volvieron blancos.

Estaba encogido en el sofá entre mi cuerpo y con su cabeza apoyada en mi pecho por debajo de mi mentón de modo que no pude

ver sus ojos, pero sentí cada momento en que se tensó. Mi mano derecha acariciaba su cabello, dulce y suave, y la izquierda recorría su espalda en un intento de calmarle.

—Ya no importa —respondí en un susurro, intentando que frenara los sollozos.

En realidad sí importaba, pero no cuando la persona que se había equivocado era un chiquillo de diecinueve años que estaba perdido en el mundo, en busca de un lugar en el que poder crecer, ser feliz y convertirse en un hombre. Quizás Aiden no había encontrado aún el lugar adecuado, sabiendo que en Londres descansaba el fantasma más importante para él, pero Londres era también la ciudad que le había dado la oportunidad de hacer lo que más le gustaba y la que le había llevado a mí. La que había permitido que nos encontrásemos el uno al otro.

—Perdóname, Elionor. Por favor… Perdóname

—Olvidemos todo esto —continué en un susurro y le di un beso en el cabello.

Aiden levantó la cabeza de golpe y se separó de mí para mirarme a los ojos. Los suyos, más rojos de lo que habían estado antes, continuaban derramando lágrimas. Aquella imagen desgarradora ni siquiera superaba la que vi el primer día, cuando él lloró por ella.

—¿Vas a perdonarme?

—Sí —respondí convencida.

Después de todo era mi mejor amigo, y puede que fuese una floja, pero es que estaba terriblemente enamorada de él.

—¿De verdad?

—Sí.

Aiden estiró su cuello hasta llegar a mi mejilla y depositar un lento beso en ella, volviendo después a su posición fetal entre mis piernas y con su cabeza en mi pecho, llevando una de mis manos a su boca y besando los nudillos.

—Gracias, El. Siempre seremos tú y yo.

Había vuelto a llamarme El.

No pude enfadarme, no con él.

Podría cometer errores una y otra vez y podría enfadarme tantas veces como quisiera, pero sabía en el fondo de mi ser que no iba a cambiar lo que sentía por aquel chico tan maravilloso, tan humano.

Su cabello era suave y mis dedos se enredaron ligeramente en sus despeinados rizos, dándome cuenta de que estaba algo más largo que desde el primer día en que lo había visto, pero no fue nada aparatoso. Su respiración volvió a ser normal y acompasada, no errática como anteriormente.

—¿Por qué no te das un baño de agua caliente? Te sentirás mejor

—propuse una vez se hubo calmado y relajado.

—Solo si tú me acompañas —murmuró monótono y con la voz rota.

No supe muy bien qué fue lo que debía pensar, si declinar su propuesta o no, pero inexplicablemente acepté.

El agua llenó la bañera mientras Aiden se desnudaba de espaldas a mí sin pudor, y seguidamente se metió en la bañera y apoyó la cabeza en la pared con los ojos cerrados. Me desnudé yo también y le acompañé. No me molestó sentirme expuesta a él, con toda mi vulnerabilidad a flor de piel, sino todo al contrario. Me hizo más fuerte. Y que sus ojos estuvieran cerrados me dio la seguridad de que no haría nada de lo que pudiera arrepentirme.

El reloj marcó las once y media de la noche del treinta y uno de diciembre de dos mil trece.

Aiden separó ligeramente las piernas bajo la espuma del jabón para que pudiese acomodarme mejor entre ellas y los papeles se intercambiaron aquella noche, porque entonces fui yo la que apoyó la cabeza en su pecho con algo de cuidado.

En ningún momento, ni él ni yo abrimos los ojos para mirarnos a ambos.

—Qué bien se está aquí… —su voz ronca vibró en su pecho.

No le respondí. Estaba nerviosa por estar allí con él, y aunque supiera que sus intenciones eran las más nobles posibles, un fuego acechaba latente en mi pecho, atento a expandirse y alertarme de que aquello estaba siendo increíblemente extraño. Estaba tensa, muy tensa, y mi respiración estaba siendo algo errática. Pude sentir cada parte de su cuerpo contra el mío.

—El… —me llamó y me sacó de mis pensamientos.

—¿Sí, Aiden?

Prácticamente pidiendo permiso, rodeó mi cuerpo con sus brazos y descansó sus manos encima de mi estómago, sintiendo su aliento detrás de la oreja y la nuca, finalmente apoyando el mentón en mi hombro. Me tomó por sorpresa y aguanté el aliento, sintiendo hasta sus huellas dactilares contra mi piel.

—Quiero agradecerte de nuevo que estés a mi lado. Incondicionalmente. Te quiero.

Supe que aquel “te quiero” no hubo ido con el sentido que me hubiese gustado a mí, pero sonreí. Fue imposible no hacerlo si después posaba un torpe beso en el lugar en que mi cuello y rostro se conocían. Eché mi cabeza atrás, apoyándola mejor en su hombro y me dio igual que mis pechos dejasen de ser cubiertos por el agua y el jabón. Ya no me importó la posibilidad de que pudiera verme, me

sentí muy segura allí con él. Sin embargo, Aiden no miró mi cuerpo en ningún momento.

Cogí sus manos entrelazadas encima de mi vientre y las alcé en el aire, observándolas. Eran mucho más grandes y masculinas que las mías, pequeñas y huesudas; aun así fue agradable la sensación de entrelazar sus dedos con los míos. Las llevé por encima de mi pecho izquierdo, justo debajo de la clavícula y donde comenzaba el seno, y la dejé allí para que supiera que mi corazón seguía latiendo, que estaba viva para él. Aiden cortó su respiración y sentí su tórax inflarse de aire. Quise que se diera cuenta de que se había ganado un lugar en mi corazón, un rastro que nada ni nadie iba a poder borrar nunca. Aiden apartó las manos de mi pecho y fue su turno de cogerlas entre las suyas, dándome ligeramente la vuelta para poder mirarle a los ojos, viendo sus gemas brillar con luz propia al mirarme a mí, solo a mí.

—Tú también tienes un lugar en el mío. Te lo has ganado —besó el dorso de mi mano—. Pero no puedo corresponder tus sentimientos cuando Marie sigue ocupando la otra parte de él. Espérame, por favor.

—Esperaré —asentí y cerré los ojos, dejándome recostar mi frente en su hombro.

—Gracias —susurró contra mi cabello.

Al hacer contacto con él, nuestras pieles se erizaron y él subió su mano para colocarla en mi nuca, como si intentase acunarme del mismo modo que yo lo había hecho previamente con él en el sofá.

—¿No vas a ir al…? —me quedé sin aliento.

"¿No vas a ir al cementerio?", fue lo que quise haber dicho. Sin embargo, él pareció entenderme. O no. Quizás solo fue coincidencia.

—Quiero estar aquí contigo esta noche —respondió con voz ronca y somnolienta.

El vapor comenzó a hacer efecto en nuestros cuerpos y mentes.

El edificio y la calle se llenaron de gritos y aplausos con el sonido de los cohetes explotar en el aire, posiblemente perdiéndonos uno de los mejores espectáculos pirotécnicos más espectaculares del mundo, pero no me importó perdérmelo si estaba con él.

—¿El?

—¿Aiden? —levanté una ceja con una pequeña risita.

Era extraño que me llamase "El". Pero me gustaba. Todo en él me gustaba.

—Bonne année deux mil quatorze.

Sonreí y cerré los ojos, relajando la espalda por encima de su pecho y coger de nuevo sus manos, entrelazando mis dedos con los suyos, palpando con las yemas el tatuaje en su muñeca derecha.

—Feliz año dos mil catorce.

Nuevo año; nuevos Aiden y Elionor.

Capítulo 20

El mejor regalo de cumpleaños para Aiden

Aiden yo yo fuimos al cementerio a visitar a Marie, pero aquella vez fue distinto. El áurea que lo rodeó el lugar y el modo en que él entornó los ojos al mirar la lápida me dieron a pensar que algo había cambiado. Ni una lágrima traicionera al ver la fotografía de la difunta muchacha. Todo fue silencio.

Extrañamente fue un día soleado, y sentí los primeros rayos de sol en mi rostro mientras estaba sentada en un banco, dejándole tiempo a solas con Marie. Al poco rato, depositó el ramo de flores que hubo comprado de camino al cementerio y nos marchamos de allí sin decir una sola palabra. Me rodeó los hombros con el brazo, y apoyé la cabeza contra él. El misterio del porqué Marie le había dicho que ya no le quería cuando estaban completamente enamorados el uno del otro siguió persiguiéndome, sin embargo lo dejé correr cuando comenzó a contarme algo sobre Gala y alguna anécdota ocurrida en Nantes cuando era pequeño.

—Entonces Arianne tocó sin querer la alarma de incendios del hotel. Todo por querer poner el secador en el enchufe más alto.

—No es posible… —respondí entre risas.

—¡De verdad! —exclamó entre risas también— Vino la policía y evacuaron el hotel entero. Todos íbamos en pijama ya, listos para ir a dormir. De hecho, mi madre llevaba puesta una mascarilla de no sé qué. ¡Qué escena!

Me imaginé la situación y no pude evitar reír.

—Pero lo que más me intriga es por qué el enchufe estaba en un lugar tan alto. No tiene lógica.

—Los franceses son bastante extraños —se encogió de hombros.

—Entonces tu madre es extraña, Antoine —reí y le llamé por su

segundo nombre.

—Un poco, sí. No le digas que te lo he contado, pero cada Domingo se hace la pedicura y manicura, y se pasea por casa en su bata de color rosa chillón y la mascarilla con pepinillos en los ojos —me contó Aiden—. Y no me llames Antoine, que es feo de narices.

—Soy una tumba —junté en forma de pinza mis dedos índice y pulgar y los pasé por mis labios, simulando una cremallera—. ¿Pero qué pasó después?

—Oh, sí, eso. Bueno, vino la policía y los bomberos. Imagínate a Arianne con una toalla como turbante, en zapatillas y albornoz explicándoles a los agentes que había sido todo un accidente —me gustó verle sonreír, explicándome cosas de su infancia y temprana adolescencia—. Aunque mis padres tuvieron que pedir muchísimas disculpas a los agentes, fue gracioso porque creo que fue el único lío del que no he formado parte.

Negué con la cabeza mientras sonreí, mordiéndome el labio.

—Pero hay algo que no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende, mademoiselle?

Me ruboricé un poco ante la palabra que había usado, pero conseguí esconderlo un poco al continuar hablando.

—Me dijiste que tu familia es de Nantes. ¿Se supone que no tendríais que tener familiares que os hubiesen acogido en su casa? Antes que pagar un hotel, no sé si me explico.

—Cuando yo era pequeño, debería tener dos años, nos mudamos a Nantes durante una temporada. De hecho, Arianne nació en Francia, pero mis padres vendieron la casa en la que vivíamos cuando volvimos a Inglaterra. No voy a mentirte, El, mis padres tienen mucha pasta —rió un poco y asentí porque ya había visto que su familia tenía dinero—. Somos cinco, y supongo que tampoco querrían molestar a nadie. Créeme, dos semanas en un hotel no resulta ningún problema económico a mis padres.

Intenté imaginar una versión pequeña de Aiden con su abuela, una adorable anciana en mi imaginación, y sonreí ante la imagen. No sabía que Arianne había nacido en Francia.

—Entiendo. ¿Te gustaría volver a Francia? —le pregunté, cambiando de tema.

Se le iluminaron los ojos.

—Me encantaría. Sobre todo a París, es mi sitio favorito en el mundo. Oh là là, Paris!

—A mí también me gustaría ir, no he salido de Inglaterra —le dije.

—¿Quieres que vayamos? —me preguntó esa vez él, parándose en medio de la calle y mirándome con ojos soñadores.

—¿Tú y yo?

—¡Claro!

—¿Ahora?

—¿Y por qué no? —volvió a caminar y se acercó.

—Tengo que trabajar —solté una carcajada ante su pensamiento libertino.

E impulsivo, también.

—Son fiestas, El.

—Es verdad —caí en la cuenta—. Pero no podemos, de todos modos. En dos días vuelvo al trabajo. Y si voy a París, quisiera estar más días para poder verlo todo.

—Llevas razón —torció la boca en una mueca—. Ojalá no tuviésemos que trabajar, ¿sabes? Ojalá el mundo no estuviese gobernado por el dinero. Así seríamos libres de hacer lo que quisiéramos.

—Pensamiento tentador, sin duda. Pero no podemos —metí la otra mano en el bolsillo del abrigo y nos paramos en un semáforo.

Habíamos llegado a la City, y en cuestión de quince minutos más, llegamos a su casa.

Pasamos el día sin hacer nada, disfrutando de series policíacas mientras Gala intentaba zafarse del agarre de Aiden. Pareció que lo ocurrido la noche anterior no hubiera pasado, o simplemente no quiso recordarlo (yo, al menos, no quise), pero nada me hizo más feliz que estar a su lado y disfrutar de su compañía aunque supiese que él no me quería del mismo modo que yo le quería a él. Sin embargo, fue suficiente para mí, porque él me dijo que le esperara.

Aiden me dijo que le esperara, y eso era lo que pretendía hacer.

Enero pasó volando y llegamos al último día del mes. Todo había ido bien. La relación entre Aiden y yo cada día era más sólida y ya solo faltaba un día para su cumpleaños.

El autismo de John no terminó siendo ningún impedimento para la empresa en la que trabajaba. Laura me contó toda emocionada y aliviada que el jefe de John le había dicho que él era uno de sus mejores empleados, y que no iba a despedirle por algo que tampoco le había impedido realizar su profesión hasta el momento. Todo había ido bien.

Cassie y yo habíamos vuelto a la normalidad, aunque no me hablaba tanto con ella, sino que Laura solía acompañarme en los turnos, y me dio pena que la relación con Cassie hubiese llegado a aquel nivel.

Aiden y yo íbamos a pasear casi cada tarde por Regent's Park después de mi turno en la cafetería. Llevábamos una manta y nos

estirábamos en el césped, charlando aleatoriamente o simplemente disfrutando de un tranquilo silencio. Él iba a buscar a Seth y Emily al colegio, quitándole un peso de encima a Marian y George. Aiden adoraba esos niños, por lo que no le resultó ningún problema. Incluso algunas veces les ayudaba a hacer los deberes.

Mi madre continuaba llamando cada noche, a veces encontrándome en casa de Aiden. Me hizo prometer de nuevo que iría a visitarla durante Pascua, así que tuve que comenzar a ahorrar porque, ¡demonios, los billetes de avión para cruzar el charco eran realmente caros! Las amenazas por parte del señor Jones, el propietario del apartamento de Aiden, se hicieron cada vez más pronunciadas, pero gracias al contrato que Marian le había hecho, pudo reunir todo lo que debía.

La voz de Aiden continuaba llenando el ambiente del pub en Portobello Road desde las diez de noche. El ritmo pegadizo de la canción de Aiden conseguía que todos los presentes la tarareásemos. Según decía Dave, el pub cada vez se hacía más popular entre los jóvenes gracias a él, y no les podía culpar. Por mucho rap, hip hop, pop o cualquier género que se escuchara, era innegable que Aiden tenía talento y aparentemente gustaba a todos los públicos. Todas aquellas canciones que escribía, cada momento que se evadía del mundo y necesitaba silencio, la guitarra y su voz. Aquellos momentos en que se concentraba frunciendo el ceño y mordiesqueando el labio inferior, pidiéndome ayuda con las palabras escondidas en algún lugar de su cabeza. Mientras, yo estaba sentada en una de las mesas grabándole con el móvil de vez en cuando, terminando mi bebida. Después de la actuación, caminábamos hacia su casa. Aquella noche en concreto iba a quedarme a dormir en su apartamento.

Hacía frío, mucho frío, y mi cuerpo temblaba por completo. Lo único que quise fue llegar a casa de Aiden y enfundarme en el pijama que había dejado allí como emergencia. Eran las once y trece minutos de la noche del treinta y uno de enero de dos mil catorce.

—¿Vas a hacer algo para tu cumpleaños? Faltan unos minutos, sorpréndeme —pregunté, sabiendo que no haría nada, de todos modos.

—Seguramente haré maratón de El Señor de los Anillos con Gala en casa —se encogió de hombros, chutando una pequeña piedra que había en medio de la calle.

—¿Y no me vas a invitar? —fingí decepción.

—Si quieres puedes venir.

Pero no fue aquella la reacción que esperé.

—¡Vamos, Aiden! Tienes que hacer algo, ¡solo se cumplen los veinte una vez en la vida! ¡Vas a dejar de ser un adolescente! —

exclamé abrazándolo por la cintura mientras caminábamos.

—Me convertiré en un viejo como tú —me sacó la lengua y lo golpeé ligeramente en el pecho—. Ahora hablando en serio, no sé qué haré.

—Yo sí que lo sé, una fiesta —respondí subiendo la cabeza para mirarlo.

Sus manos estaban guardadas en los bolsillos y miraba al frente, pensando en algo que desconocía. Además, sabía que mi regalo le iba a encantar. Era más, lo llevaba en el bolso y tenía unas ganas locas de ver su reacción al saber qué era.

—Tú estás loca. Es mañana, ¿recuerdas? Solo estás tú en Londres, no tengo a nadie más. Además, tú tampoco querías hacer nada para el tuyo.

—Y me obligaste a hacer una fiesta.

—Que organicé yo, por si no lo recuerdas.

—En mi casa.

—Touché —acabó reconociendo.

—¿Por qué no llamas a Arianne y Pierre para que vengan? Sé que les gustaría.

—Lo sé, y me gustaría que viniesen, pero entonces vendría también mi madre y aún conservo el espíritu adolescente —bromeó, sabiendo muy bien que la adoraba.

Solté una carcajada rodeándome de vaho, la última noche de Enero estaba siendo realmente fría.

—¡Pero si ni aún te afeitas! —exclamé.

—¿Y eso cómo lo sabes, eh?

—Porque estoy el sesenta por ciento de mi tiempo libre en tu casa y nunca he visto ni una sola maquinilla de afeitar.

Aiden rodó los ojos y supe que tenía razón. Vamos, ¡aún parecía un bebé!

—Sé que soy irresistible, nena —murmuró agachándose a mi oído, susurrando.

Rodé los ojos y me aparté juguetona de su agarre, golpeando con el puño de la mano derecha su brazo. No llevaba puesto el jersey gris, sino una sudadera de color verde oscuro.

—Qué presumido eres. ¿No será que te lo tienes muy creído?

—No cuestiones mi sex-appeal, El. Sé que no puedes resistirte.

—No me he pronunciado —respondí levantando una ceja, por lo que él sonrió burlón—. Además, ¿por qué me llamas El?

—No te gusta Elionor, ¿verdad? Y a mí no me gusta cuando te llaman Leo. De todos modos, me parece una manera bonita de llamar a alguien.

—Solo tú me llamas así —me encogí de hombros.

—Es parte de mi encanto natural —rio.

—¡No tienes remedio! —solté una carcajada y volví a pasar mis brazos por su pecho, caminando de costado con el corazón latiéndome a mil por hora y las mejillas cambiándome de color como un semáforo.

Dicho por él, mi nombre tampoco era tan horrible. Siempre había tenido aquella sensación de que era feo porque los niños en el colegio se reían de mí, diciéndome que aquel nombre no existía. Siempre hui de ello y rodaba los ojos cuando mi madre me llamaba de aquella forma, pero desde que él había comenzado a decirlo, me gustaba un poco más.

Aiden me había cambiado la vida en muchos sentidos.

Gala nos recibió contenta en la puerta. Cada vez se iba haciendo mayor y mucho más oscura, como el color de la canela. Cuando la conocí, era absolutamente blanca como la nieve, pero unas manchas y rayas de color crema comenzaban a aparecer por encima de su lomo, y la cola anillada blanca y marrón chocolate se iba pronunciando cada vez más. Sus ojos azules avispados, astutos, pidieron nuestra atención mientras nos quitábamos los abrigos y los dejábamos colgados del respaldo de la silla, y la cogí en brazos sintiendo su ronroneo feliz.

—Oh, oh… mucho me temo que hoy no hay, Gala. Lo siento —dijo Aiden agachado en los armarios de la pequeña cocina, rebuscando en ellos.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté acercándome aún con la gata en brazos.

—Se han terminado sus latas de comida.

—No deberías comprar tanto para Gala y centrarte más en ti. Estás muy delgado.

—Pareces mi madre… —se quejó.

Aiden rodó los ojos y me la quitó de las manos. No era que estuviese esquelético, pero algo delgaducho sí que estaba, aunque supiese de sobras que su constitución era delgada. Se sentó en el sofá con la gata en el pecho y ella se acurrucó allí, disponiéndose a dormir.

No había borrado los latinismos de las paredes de su apartamento, y parecía ser que cada vez había más. Estaba segura que al señor Jones no le hacían ni pizca de gracia.

—Si algún día tengo una hija, le daré todo lo que me pida —me dijo mirándome fijamente a los ojos.

Desvié la mirada, incómoda, mientras un escalofrío recorrió mi

cuerpo al completo.

—Pobre de la que sea la madre de la niña, entonces.

La sonrisa de Aiden llenó el marco de mi visión y volvió a centrar su atención en Gala, que ronroneaba plácidamente encima de su pecho. Sus dedos acariciaron su suave pelaje blanco y me deleité por lo que vi. Era una imagen bastante adorable, Aiden disfrutando del silencio mientras rascaba detrás de las orejas del felino al son de su ronroneo feliz.

Me levanté para irme a poner el pijama y lavarme los dientes, y me quedé mirando en el espejo. Mis ojos eran realmente de un color curioso, aunque tampoco era algo de otro mundo, pero eran mitad del iris marrón y mitad del otro verde. Algo así como un degradado. Era bastante blanca, tanto como la nieve, y un extraño sonrojo decoraba mis mejillas. Mi padre siempre me decía de pequeña que le recordaba a las amapolas.

Finalmente, mi cabello castaño oscuro caía ligeramente sobre mis hombros en unos desordenados bucles no tan pronunciados como me hubiese gustado. Era normal, tampoco nada fuera de lo común, pero seguía grabada en mi memoria la manera en la que Aiden me había estado mirando hacía escasos minutos. A veces el azul de sus ojos podía ser escalofriante, como si llegaran hasta lo más profundo del alma.

Salí del baño y al regresar al comedor vi que Aiden no se había movido de su lugar, aunque Gala ya no estaba literalmente encima de él, sino que estaba enroscada encima de la silla en la que normalmente dormía.

—Mañana tengo que ir a llevar al colegio a Seth y Emily —dijo al oír que entraba.

—Pero es tu cumpleaños. Pídele fiesta a Marian.

—Sabes que ese dinero no me va nada mal aunque mi madre se encargue mayoritariamente de ese asunto —sonrió él.

Lo que él no sabía era que yo le tenía preparada una sorpresa y que ya había hablado con Marian para que le diese cinco días libres. Miré mi reloj de pulsera y vi que faltaban diez segundos para que fuese uno de Febrero. Aiden miraba la pared de nuevo, perdido en sus pensamientos.

—Cinco —sonreí.

—¿Qué dices? —levantó una ceja.

—Cuatro, tres… —dije de nuevo.

—¿El?

—Dos…

—¿Se puede saber por qué quieres demostrar que, además de saberte los números correctamente y…?

—Uno…

—Elionor Broome…

—¡Feliz cumpleaños!

Me lancé a sus brazos y lo apreté lo más fuerte que pude contra mí.

¡Era su cumpleaños y ya no tenía diecinueve años! Bueno, teóricamente cumpliría los veinte a las siete de la mañana, según me dijo una vez.

Las manos de Aiden me agarraron por la espalda y comencé a llenar su cara de besos.

—¡Ya, El! Me has llenado entero de babas, ¡qué asco! —exclamó secándose los restos de saliva inexistente en sus mejillas, exagerando.

—¡Anda, cállate!

Hasta Gala se había despertado y había ido a su lado, sentándose de nuevo en su regazo. Dudaba que supiese algo de lo que estaba ocurriendo, era un animal, pero era gracioso ver cómo demostraba su afecto hacia Aiden, como si supiese también que era su cumpleaños. Me levanté y me dirigí al bolso, encontrando lo que realmente quería darle. Volví al sofá y se lo tendí, nerviosa y ansiosa por ver su reacción.

—No tenías que comprarme nada.

—Ábrelo, que me he gastado mucho dinero en esto —espeté moviendo la mano derecha en el aire, quitándole importancia.

—¿Que has hecho qué? —levantó una ceja aún con el paquete en sus manos.

—¡Ábrelo!

Aiden bufó frustrado y sus dedos comenzaron a romper el papel de color plateado que envolvía el regalo. La verdad era que en realidad había dos regalos, pero no sabría decir cuál de los dos tenía más valor. Todo dependía de su reacción.

Al quitar el papel del todo, un cuaderno de piel de color marrón oscuro se encontraba en sus manos y él levantó una ceja. Era el más bonito que había encontrado y, además, una cinta daba la vuelta por la portada y el reverso hasta encontrarse y crear un lazo para cerrarlo. Él me había dado el suyo, así que yo ahora le regalaba uno para que pudiese volver a escribir sus poéticos pensamientos y líricas canciones. Pero aquella vez no tuve el deseo de poder leerlo en un futuro.

—¡Me encanta! Pero… ¿se puede saber cuánto dinero te has gastado en esto? ¿Es de platino y con diamantes en el lomo?—dijo levantando una ceja y mirándome.

—Olvídate del dinero y ábrelo —no debí haberlo mencionado, aunque pronto lo iba a encontrar, de todos modos.

Aiden volvió a resoplar y el corazón se me paró cuando lo abrió en la página indicada, donde había un sobre de color verde y dorado con su nombre. El aire pareció presionar contra mis pulmones impidiéndome la respiración y supe que estuve demasiado tiempo en aquel estado cuando comencé a asfixiarme lentamente, pero es que los dedos de Aiden eran endemoniadamente torpes y no lo abría nunca. Pero el momento llegó y su boca se abrió ligeramente en una mueca de sorpresa, dejando entre ver sus incisivos, sus labios rosados formando una o.

—Dime que no son…

—¡Nos vamos juntos a París!

Capítulo 21

Oh là, là, Paris!

Justo en el instante en que el avión se mantuvo estable en el cielo después del despego, Aiden se durmió con la cabeza apoyada en mi hombro. Roncaba suavemente, nada muy exagerado, pero suficiente para oírle. La última vez que recordaba haber mirado el reloj para saber la hora que era habían sido las cuatro de la madrugada y tenía sueño. El viaje no fue muy largo, puede que dos horas y media como mucho, pero fue suficiente como para que los párpados cayeran y ambos dormimos apoyados el uno en el otro.

Cuando llegamos a Francia fue Aiden quien nos guió hasta la salida del aeropuerto aunque los carteles también estuviesen en inglés, pero él había dormido en el trayecto y yo estaba bastante zombie. De todos modos, eran las nueve de la mañana y sabía que cuando llegásemos al apartamento que había alquilado por cinco días no podría echarme a dormir. La vida del turista era muy dura.

París era algo distinta a Londres, aunque ambas parecidas a la vez. París conservaba aquel aire bohemio tan decorado y recordado por los artistas y diseñadores. Las calles derrochaban glamour, y tuve suerte de encontrar la oferta del piso alquilado porque estábamos bastante cerca de la Torre Eiffel. Se respiraba un aire diferente, aunque continuaba haciendo mucho frío.

—Me siento como en casa —murmuró Aiden suspirando profundamente, metiendo la llave en el cerrojo de nuestra puerta, la número dieciséis.

Habíamos tenido que pedir la llave al conserje de la portería del edificio, aunque estaba bastante claro que éramos turistas.

—¿Cuántas veces has estado aquí en París?

—Muchas, no vas a creer las veces que he pisado estas calles. Puede que unas diez. Todas menos esta han sido con mis padres porque venían aquí por asuntos laborales.

—¿Entonces quizás debería haber escogido otra destinación? Oslo, Barcelona, Roma… ¿Te hubiese gustado más?

Puede que quizás me hubiese equivocado de sitio.

—Es genial volver a París.

—La próxima vez elegiré otro lugar al que no hayas ido —observé.

—No quiero que te gastes más dinero en mí, El. En serio, es el mejor regalo que alguien podría hacerme.

Entramos al piso y dejamos las maletas en el suelo. Era exactamente igual como lo mostraban en las fotografías. Era bastante pequeño y ni siquiera tenía habitaciones salvo el baño, por supuesto; todo era una pequeña sala. Una destartalada mesa se encontraba al lado del balcón, adornada por un clavel en un jarrón. El suelo era de madera, al igual que cualquier mueble del apartamento. Justo al lado de la ventana más retirada del punto en el que me encontraba, había un piano. Detrás de mí, a mis espaldas, una pequeña cocina daba lugar y justo delante de esta, a mi derecha, una cama de matrimonio cubierta por una colcha de colores azul, blanco y rojo; la bandera francesa.

Encima del cabezal de la cama, había el cuadro de una mujer desnuda de espaldas estirada en una cama. Las palabras “liberté, égalité, fraternité” adoraban el cuadro.

—Es todo muy… —comencé mirando a mi alrededor, sin encontrar las palabras.

—¿Parisino? —me ayudó Aiden y asentí— Todo aquí es así, y es maravilloso. ¿No crees? ¡Me encanta París!

Sonrió y se dejó caer de espalda a la cama. Levantó las cejas al igual que los brazos, invitándome, y me dejé abrazar por ellos, estirándome a su lado yo también. Apoyé la cabeza en su pecho y le sentí suspirar profundamente, absorbiendo cada partícula del aire parisino.

—Soy extremadamente feliz ahora mismo, ¿sabes? —ronroneó Aiden contra mi cabello, sintiendo su aliento en la coronilla.

—Ese era el propósito —sonreí.

—Pues lo has conseguido —respondió acariciando mi cabello, enredándolo entre sus dedos.

Me encantaba cuando hacía aquello porque me sentía relajada. Adoraba que me tocasen el cabello. Era capaz de dormirme si no me activaba.

—Tengo sueño —bostecé y cerré los ojos.

Estar en el pecho de Aiden era tan cómo… y él olía tan bien…

—No, no, no. No te puedes dormir, ma chérie, ¡tenemos mucho París por ver! Así que mientras tú te duchas y te despejas, yo preparo el desayuno. ¿Te parece bien?

Asentí adormilada y él besó mi sien. Mi cerebro ya era inmune a todas aquellas palabras que decía en francés y que no entendía. Antes de llegar al apartamento, habíamos hecho una parada en un supermercado local para comprar algunas cosas y no morir de hambre al ver que la nevera estaba vacía.

El agua caliente relajó mi cuerpo y dejé de titiritar por el frío. Al salir y vestirme con el jersey de la inicial de mi nombre que me regaló Aiden por Navidad, vi que la mesa estaba llena de unos dulces rellenos de, cómo no, chocolate.

—¿Son crêpes? —pregunté frotándome las manos y él asintió— ¡Me encantan!

—Las mejores que podrás comer alguna vez —respondió él, apuntándome con la espátula.

—¿Y eso por qué?

—Porque seguramente las que has podido comer no tienen ni punto de comparación con la receta de mi abuela Clémentine.

Aiden confió en sus palabras y trajo los que había terminado de hacer. Cortó un trozo de y sopló para que no quemara, tendiéndomelo sin apartar sus ojos de los míos, como la noche anterior en su casa. Un tanto avergonzada, me acerqué al tenedor y lo mordí.

—Tienes razón, están deliciosas.

—¿Ves?

Su rostro se iluminó al ver mi expresión y apoyó su cabeza en la mano, con el codo anclado a la mesa, devolviéndome el tenedor y llevándose una taza a los labios.

—¿Qué bebes? —pregunté una vez terminé mi crêpe.

—Café solo. Está bastante malo —se encogió de hombros, pasando la lengua por sus labios.

—¿Entonces por qué lo tomas? Me dijiste una vez que no te gusta.

—Cuando Marie y yo vivíamos juntos, me obligó a tomar café para así estar más despierto por las mañanas. Y debo decir que me fue bien, aunque no me guste. Digamos que ya soy inmune a su amargor, es una costumbre.

Hablar de Marie me hizo sentir incómoda, pero Aiden pareció hablar de aquello sin ningún problema; algo que hubiese sido impensable dos meses atrás. Aunque fuese una rotunda contradicción, aquello me alegró.

—¿Marie trabajaba? —me atreví a preguntar.

—Encontró un puesto en una cadena de comida rápida. De todos

modos, solo duramos tres meses —se encogió de hombros.

Me removí nerviosa en la silla.

—Lo siento mucho, Aiden —alargué mi brazo y toqué su mano izquierda, obligándole a soltar la taza y entrelazar sus dedos con los míos.

—¿Por qué lo sientes? Su muerte no fue tu culpa. Ni siquiera nos conocíamos.

—Pero a veces me siento como un reemplazo.

Aiden cerró los ojos por tres segundos contados y suspiró profundamente. No quería sacar el tema, pero debía.

—Elionor, ya me disculpé por aquello y juro por mi vida que nunca había pasado tanta vergüenza por…

—Pero te he traído a París.

Aiden suspiró y se levantó de su sitio para venir a mi lado y arrodillarse, quedando a un poco más bajo que yo al estar sentada en la silla. Buscó mi mano derecha para acariciar mis nudillos con el pulgar.

—Escúchame —tragué saliva con fuerza y levanté la cabeza—. Solo porque alguien importante de mi pasado haya estado aquí no significa que no podamos disfrutar juntos de París. Siempre seremos tú y yo, ¿recuerdas?

Vi la sinceridad en sus ojos. El color azul cielo pintado alrededor de sus pupilas fue como una acuarela; pinceladas suaves y delicadas.

—Tú y yo —sonreí y sus dedos apretaron los míos con un poquito más de fuerza.

Aiden alzó mi mano y la llevó a su boca, frotando los labios por el dorso con mucha suavidad.

—¿Puedo preguntarte algo? —su voz fue ronca, pero suave, y causó que se me erizara la piel.

—Ya lo estás haciendo —sonreí dulcemente, bromeando.

Él desvió las acuarelas azules y también sonrió, pero no me miró para que pudiese admirarlas.

—¿Qué harías si alguien llegara a tu vida y te cambiara todo lo que tenías preparado?

—Pues… creo que haría lo que realmente siento.

Aiden sonrió, esa vez mirándome a los ojos, y sentí que mi corazón se paró. Aquella mañana estaba extrañamente radiante, como si hubiera escuchado la mejor noticia de todas. Se puso de pie aún con mis dedos entrelazados con los suyos y me obligó a levantare. Sus labios de fresa dibujaron una sonrisa en el lienzo de su rostro que no pude evitar corresponder.

—Gracias, El —murmuró en un susurro, más silencioso que el batido de alas de un colibrí, incluso.

—¿Qué es lo que me agradeces? —levanté una ceja con confusión, escondiendo una sonrisa traicionera.

—Haberme cambiado.

Sus manos soltaron las mías y se dirigieron a mis mejillas, acercando mi rostro al suyo. Finalmente unió sus labios con los míos, besándome suave y delicadamente. Yo, sin duda y rindiéndome a sus pies, le besé de vuelta antes de que en mi cabeza tocara la alarma roja de la cordura y la lógica.

Nos estábamos besando.

¿Qué era lo que estábamos haciendo?

Puse mis manos encima de su pecho para apartarme de él y escondiendo mi rostro entre la cortina de cabello que caía a ambos lados de mi cara.

—Aiden…

—¡No, Elionor, no! —exclamó frustrado.

—¿No, qué?

Juré que aquel chico me confundía cada vez más. ¡Él sí cambiaba todos los esquemas!

—Me gustas mucho, ¿de acuerdo? Y no pienso dejar que un recuerdo impida un futuro. Te pedí que me esperaras, y aquí me tienes. Ahora lo eres todo para mí, El. Eres todo lo que tengo.

Reuniendo todo el valor habido y por haber en el mundo entero, me atreví a mirarle otra vez a los ojos.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté en un hilo.

—Al cien por cien. No, espera, al dos cientos por ciento.

Igual que aquella noche, de nuevo vi la sinceridad en ellos e hice algo que nunca pensé hacer: le besé de vuelta, iniciándolo, aun recordando todo el calvario pasado la noche del treinta y uno de Diciembre de dos mil trece.

Sus dedos se clavaron en mi cintura y enredé los míos en los rizos de su nuca, rodeándole el cuello con los brazos. Sus labios de fresa depositaron un último cálido beso en los míos antes de cogerme de nuevo por las mejillas y sonreír, apoyando su frente a en la mía. ¿Estaba aquello siendo real? ¿De verdad no era un sueño, o alguna broma pesada por parte de mi mente? Él me había dicho que yo le había esperado, que por supuesto lo había hecho, y que allí le tenía. Que yo era lo que él tenía y que yo lo era todo para él. ¿Qué había hecho en la vida para merecerle?

Yo, Elionor. Una joven de veinticuatro años que había dejado la universidad para aventurarse en el viaje más espectacular nunca antes visto, con un chico llamado Aiden Harris subiendo en la estación de Baker Street, sentándose en el asiento libre que había a mi lado y presentándose a sí mismo con ojos y hoyuelo de ensueño; acabando

loca y perdidamente enamorada de él mientras seguíamos el viaje.

—¿Aiden? —susurré.

—Dime, ma chérie.

—Te quiero —Aiden sonrió y me besó de nuevo. Aquella vez no hubo remordimiento, nos besamos como fue debido, y aunque él no me hubiese dicho que también me quería a mí, me di más que por satisfecha— ¿Qué iremos a visitar hoy?

Aiden se mordió el labio y me robó otro beso.

—¿Qué es lo que te hace más ilusión? —me preguntó con voz ronca, aquella que me hizo volar y enamorarme diez veces más de él.

Lo pensé y entonces recordé un día en la universidad, cuando trabajamos las obras de Victor Hugo: Nuestra Señora de París.

—Quiero ver a Quasimodo suspirar por Esmeralda entre las gárgolas.

—Entonces vayamos a Notre Dame.

Capítulo 22

La octava maravilla del mundo

Fuimos a la Isla de la Cité.

—Repíteme otra vez cómo se pronuncia —le pedí al cruzar la calle.

—Notre Dame —dijo él y yo lo imité—. ¡No, así no! Tienes que dejar que el aire fluya sin emitir ningún sonido sonoro. Siempre sordo.

Creí entenderlo.

—¿Así? —volví a decirlo.

—Sigues haciéndolo mal —rio Aiden de nuevo y volvió a enseñarme—. ¡No, no así! Lo único que conseguirás es morderte la lengua.

—Soy incapaz de decirlo bien —me rendí y acabamos riendo.

A los pocos minutos de caminar cogidos de la mano, llegamos a Notre Dame.

Era tan bonita… Con sus arcos góticos y románicos, los arbotantes que la rodeaban y los rosetones tan grandes de múltiples colores que adornaban las paredes de piedra de la catedral, dejando que la luz natural entrase en ella. Como hube dicho en el apartamento, realmente esperé que Esmeralda apareciese bailando por la plaza, para poder mirar al campanario y ver cómo Quasimodo la observaba a escondidas, suspirando por ella.

—¿Sabes que las gárgolas realmente están vivas? —dijo Aiden en un intento de impresionarme.

—Oh, ¿de verdad? —respondí, juguetona, levantando el mentón y sonriendo.

—¿No me crees? —me retó, como si de verdad pensara que lo que estaba diciendo no fuese en serio.

—Sorpréndeme —levanté una ceja con suficiencia, cruzándome se brazos encima del pecho.

Aiden me guiñó el ojo y me cogió de la mano, parándonos en medio de la catedral. Miró a ambos lados y cuando vio que nadie nos veía, tiró de mí hasta unas escaleras de madera oscura. El ambiente era húmedo y no se veía nada, ni siquiera una pequeña bombilla iluminaba la escalinata; lo único que se oía eran nuestras pisadas.

—¿A dónde vamos? ¡No se puede entrar!

En realidad se podía pasar, Aiden me lo había dicho, pero estaba restringido por obras. Justo después de preguntar aquello, Aiden puso su dedo índice encima de mis labios, mandándome a callar. El pulso me latía a mil cuando se acercó a mi oído y, sin siquiera proponérselo, su susurro me llenó el cuerpo de escalofríos.

—Te demostraré que están vivas.

Guiñó el ojo y volvió a cogerme de la mano, guiándome aún más arriba. Para nuestra suerte, quedamos ocultos en las sombras y nadie nos vio. De todos modos, "¿qué sería de la vida sin emociones fuertes?", citando a Aiden.

Sus zancadas fueron largas y las mías demasiado cortas, así que tuvo que arrastrarme por allí, dejándome sin aliento una vez llegamos a lo que parecía ser nuestro destino. Estábamos en una sala de madera, algo que parecía un cobertizo porque no estaba muy habilitado para las personas.

—Tenemos que hablar en susurros —dijo Aiden agachando la cabeza para llegar a mis ojos.

—Como en las películas — comparé y su mirada chispeó, ahogando una risotada y robándome otro beso por enésima vez en lo que llevábamos de mañana. Me encantaba cuando lo hacía—. ¿Ya hemos llegado?

—Míralo tú misma.

Aiden miró hacia arriba y yo seguí sus movimientos, quedándome sin aliento.

—El campanario de Notre Dame…

¿Quién me iba a decir a mí que iba a subir allí con la persona más fantástica en el mundo?

—¿Y bien, mademoiselle, he conseguido sorprenderla? —Aiden enarcó una ceja, a la espera de mi respuesta.

—Enhorabuena, lo ha conseguido usted.

Sonrió satisfecho y me dirigió al balcón desde el que se podía ver la ciudad entera. El Sena serpenteaba a través de las calles parisinas y las personas parecían hormiguitas, pequeñas a nuestros pies; superiores al mundo. La línea del horizonte se confundía con el paisaje de las casas y abrí los brazos, echando la cabeza atrás.

—¿Sintiéndote como Rose? —murmuró Aiden en mi oído, abrazándome por detrás y después depositando un beso en el lóbulo.

—Solo si tú eres mi Jack.

—Lo que tú quieras, bébé…

—¿De verdad? —me di la vuelta, cogiéndolo por los brazos por el miedo de caer al vacío.

—Por supuesto.

Sonreí y enrollé los brazos en su cuello, sintiendo la calidez de su pecho contra el mío, y él me cogió por la cintura, uniendo de nuevo nuestros labios cuando ladeé el rostro para mirarle.

No me acostumbraba a ese nuevo Aiden que me besaba espontáneamente, pero esperé hacerlo pronto porque él y yo, el mundo, la ciudad, desaparecían cuando me demostraba su afecto. Sus dedos se aferraron a la tela de mi abrigo y los míos a los pequeños rizos de su nuca con tanta desesperación que creí desvanecerme. Quería mucho a Aiden, muchísimo, demasiado; no quería marcharme de París porque llevábamos tan solo medio día en aquella ciudad y ya todo había estado siendo perfecto.

—Gira a tu izquierda —susurró de nuevo en mi oído cuando terminamos nuestro beso.

—¿Qué es lo que hay? —aparté un poco la cabeza para poder mirarlo a los ojos, sin atreverme a dar la vuelta.

—Te he dicho que las gárgolas están vivas, ¿verdad? —asentí— Entonces date la vuelta y saluda a la que nos está mirando.

Hice lo que me dijo y el grito que solté lo debió oír hasta mi madre en Estados Unidos, tanto que Aiden rápidamente tapó mi boca con su mano. La piedra rota y ya muy antigua estaba colocada a una de las esquinas de la sala y de verdad pareció que aquellos ojos exentos de pupila fueran a cruzarme el alma. Aiden rio, divertido.

—¡No tiene gracia, imbécil! —exclamé cuando me soltó.

—¡No tiene gracia, imbécil! —repitió imitándome, agudizando su voz de un modo que claramente no era el mío, y le pegué en el brazo.

—¡No ha tenido ni pizca de gracia!

—Tienes que reconocer que ha sido gracioso. Tu cara no ha tenido precio.

Rodé los ojos.

—Serás idiota…

—Insúltame más.

—Imbécil.

—Mmm… Más.

—Retrasado mental.

—¿Solo te sabes esos, El? Qué pena…

—Es que ningún otro hace justicia a tu cerebro de mosquito, pedazo de tonto.

Aiden acabó riendo y llevó sus manos a mis mejillas, acercándome a su boca.

—Me encantas…

—Estás demente.

Encontró un sitio en el que sentarse, justo en frente del gran balcón que permitía ver la ciudad entera, debajo de la campana. Me dirigí a su lado y me aferré a su brazo, escondiendo la mitad de mi rostro en su brazo, besándolo por encima de su ropa.

—Vengo aquí cada vez con Arianne. Es un lugar mágico. Pierre ya no quiere subir, dice que ha estado aquí un millón de veces, pero no puedo evitarlo. Me encanta demasiado —sonrió.

—Estoy muy contenta de que quieras compartirlo conmigo.

—Ya te he dicho que por ti, lo que tú quieras, ma chére Elionor.

Subí mi cabeza y uní sus labios con los míos, suave y cálido, y no pude evitar preguntarme si aquello que estábamos viviendo lo habría hecho previamente con Marie. No pude evitar formulármelo ya que ella había sido una persona muy importante en su vida… ¡Se conocían desde que llevaban pañales! Pero no se lo pregunté porque no quise romper la magia del momento. No quise lanzarlo todo por la borda y dejar que la curiosidad me ganara, como hubiese hecho la Elionor de antes.

Quería ser su única y que no pensara en Marie.

Aquel momento era nuestro; de Elionor y Aiden.

—Te quiero mucho —susurré cogiendo sus mejillas entre mis manos, pero él que quedó en silencio.

Quizás estaba siendo demasiado precipitada y él necesitaba más tiempo. Puede que estuviésemos volviendo a cometer el mismo error…

—Es extraño —respondió únicamente

—¿Qué es extraño?

—Aquí estamos, en Notre Dame besándonos, y tú diciéndome continuamente que me quieres y yo… Yo me quedo en silencio, con las palabras quemándome en la lengua. Sin embargo, callo.

Me quedé muda, sin poder decir nada, y me mordí el labio en un acto dubitativo. ¿Volveríamos a andar en círculos, haciéndonos daño el uno al otro?

—Solo quiero que me respondas una cosa… ¿Tú me quieres del mismo modo que yo te quiero a ti? —conseguí decir con voz ahogada — No quiero ilusionarme si tú no lo haces. No quiero ser olvidada y no haberla reemplazado a ella porque, por más que digas que no lo soy, es la realidad. Quiero que me quieras por mí y no ser la típica

amiga que…

Aiden calló mi ataque compulsivo verbal con un beso que volvió a tomarme por sorpresa.

—Elionor, ma belle Elionor… No sé cómo decirlo, pero quiero que te des cuenta que desde la noche en que me perdonaste, creo que estoy enamorado de ti. No, espera. No lo creo, lo sé. Estoy enamorado de ti. Je suis amoureux de toi —susurró por encima de mis labios, sintiendo cómo de vez en cuando rozaban con los míos y su aliento abanicar mi rostro.

—Aiden… —murmuré en el mismo tono que él y puse mis manos por encima de las suyas, que estaban en mis mejillas.

—Si tengo que subir hasta lo más alto de la Torre Eiffel, subiré. Si tengo que tatuármelo en el pecho, me lo tatuaré. Y si tengo que gritarlo a los cuatro vientos, lo gritaré. Dígame, mademoiselle Elionor, ¿qué más es lo que debo hacer para que os deis cuenta de que estoy completamente enamorado de vos?

Su discurso me dejó sin aliento y sin palabras, por supuesto. Escucharlo de su voz, lo primero que había conocido de él en Baker Street, me hizo marear, ser como un barco a la deriva.

Estar con Aiden era como si Perséfone hubiese regresado del Hades y la felicidad de Démeter hubiese florecido, volviendo así la primavera.

—Dímelo —le pedí, y se lo dije todo.

—Te quiero —me respondió.

—Repítemelo —le exigí.

—Te quiero.

—Otra vez —me mordí el labio.

—Te quiero, te quiero, te quiero y mil veces te quiero…

Aiden me besó como si no lo hubiese hecho nunca. El beso supo a locura, alegría, éxtasis, incluso algo de lujuria, pero sobre todo a amor. Aquella palabra que tanto me había costado visualizar cada vez que le miraba.

Mi corazón aceleró a mil revoluciones cuando sus labios cambiaron de posición por encima de los míos, y con su lengua pidió permiso para entrar en mi boca. Fue como si la Elionor que había estado siendo durante todo el tiempo pasado desapareciese y llegase una nueva yo. Alguien distinta, pero que me gustaba, porque todo había sido gracias a él.

Aiden había sido la persona que me había hecho creer, a esperar que la persona indicada llegara e hiciese que todo cobrara sentido, porque él era mi paraíso y el que me llevó a la tierra prometida.

Aiden era mi Edén.

Aiden era aquel pequeño fuego que había nacido en mi corazón, el

mismo que él se encargó poco a poco de avivar desde el día en que nos conocimos un tres de noviembre.

—¿Le parece suficiente mi demostración, mademoiselle Elionor?

—Es suficiente —sonreí, acercándome a su cuello y besándolo.

Aiden rio, pero entonces ambos nos separamos de golpe a causa del ruido que escuchamos. Un fuerte golpe dio con la puerta y escuchamos la voz de un hombre. Aiden se levantó corriendo y me tendió la mano, saliendo de allí aunque escuchábamos las preguntas del hombre que supuestamente formulaba, preguntando si había alguien allí.

—¡Vamos, El! —susurró Aiden con agitación.

—¡Ya voy, ya voy!

Bajamos las escaleras en un abrir y cerrar de ojos, agotando el aire que había en mis pulmones, y cuando llegamos a la catedral, actuamos como si nadie hubiese ocurrido. Pareció que nadie se hubo percatado de qué puerta habíamos salido, y salimos de allí lo más neutralmente que pudimos. Una vez fuera, nos pusimos a reír como si nos hubiese ocurrido lo más divertido del mundo.

—Mon Dieu! —exclamó Aiden sentándose en el borde de la fuente que había justamente en la plaza de delante de la catedral, al lado de Sena.

—Pensé que nos iban a ver —suspiré con alivio.

—Yo también —Aiden frunció el ceño y después recurrió al bolsillo trasero de sus tejanos—. Necesito un cigarrillo.

Paseando cogidos de la mano, recorrimos los Campos Elíseos charlando de anécdotas ocurridas en la infancia o durante nuestra vida. Aun haciendo frío, el sol brillaba con justicia en el cielo y me alegré de pasar un día tan bonito con él.

—¡No es posible que metieses el gato dentro de la lavadora! —exclamó Aiden aguantándose la risa sin mucho éxito, y lo miré de reojo— ¡Elionor!

—¿Qué? ¡Tenía tres años, no sabía lo que hacía! —me defendí, fallando yo también ante sus carcajadas— Además, Nala olvidó lo ocurrido y volvió a jugar conmigo.

—Igualmente, El… Después dices de mí.

—Es que tú eras un huracán, según cuentas —arqueé una ceja—. ¿Cómo se llamaba el gato de tu vecina? Al que mil y una perrerías le hiciste.

—Se llamaba Calcetines porque era negro y con las patas blancas, y era muy malo porque siempre me mordía y arañaba.

—Y sigues preguntándote porqué… —ironicé.

Aiden rio y seguimos el camino de la mano hasta llegar al Arco de

Triunfo.

Fuimos también a la Torre Eiffel, caminando por toda la ciudad, comiendo gofres y crêpes para merendar y haciendo dos horas de la cola para subir a la torre más famosa y turística del mundo, posiblemente.

—Las cosas que hago por ti… —susurró Aiden cuando nos tocó el turno de subir al ascensor, posando sus manos en mi cintura.

No quería subir a pie todas aquellas escaleras que parecían nunca terminar.

—Pero me quieres y lo sabes —le besé la punta de la nariz.

—Demasiado.

Mis dedos blancos como el marfil se confundían con las teclas del piano. Hacía años que no tocaba, pero al verlo allí en la sala, bonito y realmente nuevo, me dieron ganas de volver a perderme en la música como había hecho tantas veces antes cuando era pequeña. Aiden se había duchado y después echado una siesta, cansado de haber caminado durante todo el día.

No podía estar más enamorada de la capital francesa.

Era su aire bohemio, su aire artístico y antiguo, y no me extrañó el porqué era la favorita de Aiden. En París siempre se tenía la sensación de ser alguien libre o ser quien siempre habías querido ser; París no iba a juzgar ninguno de sus habitantes o visitantes; París iba siempre a recibirte con los brazos abiertos.

Un débil ronquido procedente de Aiden me hizo sonreír, parecía un niño pequeño durmiendo, y de nuevo su ya característica boca abierta dejando entrever los incisivos se cerraba para luego volver a abrirse. Había estado gran parte de la tarde preocupado por Gala, y hasta había llamado a Laura para asegurarse de que estaba bien y que no había llorado al estar sola. También había llamado a Arianne con su teléfono, y seguí sin poder creer que estaba allí con él y que ambos habíamos confesado que nos queríamos.

Mis dedos comenzaron a tocar una suave melodía que aprendí cuando tenía catorce años y me dejé llevar por los recuerdos. La abuela Peggy en el balancín tejiendo aquellos guantes de lana que tan poco me gustaban. Aún podía sentir el olor del pastel que mi madre estaba cocinando porque era el día de mi cumpleaños, con Eddie ronroneando en sus pies, deseoso de que algún dulce cayese en su boca golosa. A fuera, la nieve lo cubría todo.

Nunca en mi vida hubiese pensado que alguien tan increíble como él fuese a quererme, y llegué a la conclusión de que Aiden me había salvado del olvido. De olvidar quién era y que, quizás, había sido el destino o algún ángel de la guarda el que nos había unido. No quería

estar con nadie más que no fuese Aiden Harris.

Él y yo éramos muy parecidos, pero muy distintos a la vez. Él huyó de casa a los dieciocho años para perseguir su sueño, yo dejé la universidad y me mudé a la otra punta del mundo en busca de algo nuevo. Ambos nos ahogábamos con nuestras vida, y finamente acabamos encontrando algo distinto; el uno al otro.

Allí sentada delante del piano y dejando que mis cuerdas vocales cantasen mis sentimientos, me hizo dar cuenta de por qué era aquello lo que Aiden más disfrutaba de hacer en el mundo. Cuando cantas, dejas ir algo que te es natural; es algo en lo que no tienes que esforzarte y haces disfrutar a la gente con tu talento. Algo que él conseguía hacer con los ojos cerrados.

Aiden se dio la vuelta en la cama y suspiró, abriendo los ojos y sonriéndome.

—No dejes de tocar… —hizo un puchero.

Me acerqué a su lado y le acaricié el cabello que caía por sus ojos adormilados. Rosados, Aiden se caracterizaba por sus pequeña boca de labios carnosos y ojos un tanto rasgados, azules como las acuarelas bohemias parisinas.

—¿Has dormido bien? —le pregunté, peinando su cabello de oro.

—Sí —sonrió, iluminándome el rostro—. Cantas muy bien, ¿por qué has parado?

—No me gusta que me escuchen —me encogí de hombros, vergonzosa.

Aiden me cogió de las muñecas y me arrastró a su lado, apoyando mi cabeza en su pecho por encima de las sábanas.

—Pues deberías. Tienes una voz muy bonita.

—Gracias, supongo.

Sentí su aliento de nuevo en la coronilla y sus dedos comenzaron a acariciar mi cabello de un modo tan suave que pensé que no era real. Sentir el latido de su corazón bajo mi oído, sabiendo que él estaba allí y no lo que mi mente o sueños me hacían creer… era maravilloso. Me sentí muy feliz allí en París, y quise que nos quedáramos para siempre abrazados, lejos de Londres, fantasmas y jaquecas.

—Deberíamos componer una canción juntos, ¿qué te parece? Tú y yo. Una canción de Aiden y Elionor.

—No creo tener talento, Aiden…

—Esto con cuatro clases de canto estaría solucionado —soltó una risotada y besó mi sien, por encima del pelo.

Suspiré y subí la cabeza, mirándole a los ojos y acercándome a sus labios para besarlos, degustarlos y recordando su sabor, moviéndose al unísono. Sus manos cogieron mi cara y me estrechó entre sus brazos, murmurando un “te quiero” entre beso y beso de vez en

cuando, ganando una sonrisa por mi parte. Por fin supe qué se sentía al estar enamorada.

Sus ojos chispearon como dos estrellas en el cielo y acercó mucho más su rostro al mío, si era que cabía la posibilidad. Tan cerca que al hablar sentí sus labios rozar los míos vagamente, como pinceladas en ellos, acuarelas rosadas que se juntaban con las mías y se confundieron con el azul de sus ojos.

—Elionor…

—¿Sí, Aiden?

—¿Por qué has escogido quererme a mí, entre todas las personas que hay en el mundo?

Aquella pregunta me dejó sin respiración. Sus ojos continuaban brillando en la oscuridad del atardecer en París, ambos recostados en la cama, mirándome atento a la espera de una respuesta por mi parte.

¿Y qué le respondía yo? ¿Cómo le decía que ni siquiera sabía por qué me había enamorado de él, que simplemente lo había hecho?

—El amor es algo impredecible, ¿recuerdas? —tragué saliva, sonriendo, rozando la suavidad de sus labios con la yema de mi dedo índice— Por ti, Aiden, por ser quien eres.

Le quería a millones, tanto que ni siquiera tenía manos con dedos suficientes para decirle cuántas veces le quería. Ni siquiera como tantas estrellas en el cielo, granos de arena en el desierto, o margaritas en el invernadero de mi madre. Así que le besé esperando que entendiese la respuesta, y pareció que lo hizo, porque sus manos se dirigieron a mi cintura.

Mis labios se dirigieron a su cuello y besé cada centímetro de su piel, recibiendo pequeños suspiros por su parte. Pronto cambió la situación porque era yo la que estaba bajo el cuerpo de Aiden y a su merced.

Mi corazón volvió a latir a mil por hora, ¿qué era lo que iba a pasar ahora entre Aiden y yo? Sus manos se dirigieron de nuevo a mis mejillas, soltando mi cintura, y a medida que me iba besando, sus dedos se deslizaban por mis brazos hasta llegar a mis muñecas, colocándolas por encima de mi cabeza.

—Eres tan perfecta, tan guapa… Te haría el amor durante toda la noche… —ronroneó por encima de mis labios.

Aquella sentencia me congeló la sangre. Nadie en mi vida me había dicho que era perfecta, ni tampoco que era guapa. Escucharlo decir de la persona más importante en mi vida me subió el autoestima.

—Hagámoslo —susurré al aire, sintiendo sus labios en la piel sensible de mi cuello, justo debajo de la mandíbula.

Sentí la lujuria correr por mis venas y quería que Aiden me hiciese

suya, que gimiese mi nombre mientras sus ojos se teñían de placer y que nuestras voces llenasen la noche parisina.

—No podemos.

Aiden dejó de besarme y se sentó en la cama. Estaba tremendamente sexy con el cabello absolutamente revuelto, tanto que me daban ganas de tirarme encima de él y perder la cordura. Me acerqué a él y lo rodeé por el cuello, besándolo.

—¿Por qué no, Aiden?

—Lo sé, lo sé… Pero no tengo nada… ya sabes.

—Pero se pueden comprar, ¿no? Debe haber una farmacia por aquí cerca, estoy segura.

—No, Elionor, tenemos que esperar… No quiero que esto sea por un calentón.

Me separé de él y me senté en la cama, sintiendo las lágrimas en mis ojos. No supe el porqué, pero tuve ganas de llorar.

—No sé ni por qué estoy llorando —sonreí, sintiéndome un poco patética.

—No te lo tomes tan mal. Simplemente tenemos que esperar a llegar a Londres —susurró Aiden acariciándome la mejilla y envolviendo sus brazos en mi cuerpo.

—¿De verdad? —murmuré.

—Lo prometo. Quiero prepararlo todo, que sea perfecto para nuestra primera vez juntos.

—¿Me quieres?

Sus ojos brillaron en la oscuridad, deberían ser las siete de la tarde.

—Toujours.

—¿Sabes? Desde el primer momento en que te conocí, llevo arrepintiéndome de no haber cursado francés en el instituto.

Sonreí robándole un beso y él me cogió por la cintura, tumbándose en la cama y arrastrándome con él para darme la vuelta y quedar atrapada de nuevo entre su cuerpo y el colchón.

—Eres mi prisionera —susurró ronco, con su cabello cayéndole por ambos costados de su rostro.

—Entonces no dejaré que nadie venga a rescatarme —respondí siguiéndole el juego, acariciando sus brazos por encima de la ropa.

—Como que lo permitiría —ironizó arqueando una ceja y sonrió de costado, socarrón y burlón.

Agachó su cabeza y mordisqueó la parte visible de mi cuello, justo en el sitio en que él había descubierto que mi sensibilidad alcanzaba el grado diez. Gemí y él sonrió, contento por haberlo encontrado, y en un abrir y cerrar de ojos fui yo misma la que se encargó de intercambiar los papeles. Me senté justo encima de su vientre y fue mi

turno de sonreír, viendo cómo él llenaba de aire sus pulmones y cerraba los ojos cuando fue mi boca la que atacaba su cuello, esa vez.

—¿Quién es el prisionero ahora, eh? —susurré.

Aiden jadeó e intentó zafarse de mi agarre en sus muñecas, gruñendo cada vez que mis dientes mordisqueaban su piel de un modo juguetón.

—Como sigas haciendo esos movimientos, el romanticismo se irá a la mierda y te voy a dar tan duro que mañana no podrás caminar…

Paré a pensar en lo que había dicho y abrí mucho los ojos al entender el significado de sus palabras y en el tono que estaba empleando. Me sonrojé y golpeé su pecho con ambas palmas de mis manos, tapándome el rostro con la cortina de cabello que caía por mi frente.

—¡Aiden! —exclamé.

—¿Qué? ¡Es verdad, mira dónde estás sentada!

—¿Cómo puedes decir eso como si nada?

—Bébé, la testosterona corre por mis venas.

Me incliné a sus labios y los besé mientras bajaba de su cintura, y rodeé su cuello con mis brazos a la vez que él colaba las yemas de sus dedos por dentro de mi ropa. Nuestras bocas bailaron la una contra la otra, y Aiden succionó con mucha delicadez mi labio inferior por última vez antes de separarse.

Sentir aquellos besos… Saber que los sentía de corazón y no por un estúpido impulso… Aquello me hizo llenar el pecho de aire y volver a confesarle el grandioso amor que sentía por él.

—Te quiero —susurré y junté mi nariz con la suya.

—Te quiero —respondió él de vuelta, meneando su cabeza a la vez que rozábamos las puntas de nuestra nariz, dándonos un beso de esquimal.

Después de un último beso fugaz en los labios, se levantó y fue en busca de sus zapatos. Planchándose un poco la ropa con las manos, acto seguido se arregló el cabello, que había sido desordenado aún mucho más a causa de mis dedos.

—¿A dónde vas? —pregunté al incorporarme en la cama, sentándome.

—Voy a comprar algo, ahora vuelvo.

—¿A las siete de la tarde? —arqueé una ceja.

—Sí, eh… Arianne me lo ha pedido exclusivamente y solo hoy tienen la oferta. Lo he visto al volver.

—Oh —admiré—, ¿quieres que te acompañe?

—No hace falta. Iré más rápido yo solo, en seguida vuelvo —sonrió algo sosegado y fruncí el ceño—. ¡Te quiero!

Aiden me dio un último beso en los labios antes de abrir la puerta

del apartamento e irse.

Era dos de Febrero y hacía una sola noche que le había dado los billetes de avión a Aiden. Durante ese período de tiempo, habíamos viajado, subido al campanario de Notre Dame y la Torre Eiffel. Estaba claro que cada una de las ciudades que nos acogía nos brindaba algo nuevo. Londres había permitido que nos conociésemos y nos enamorásemos, y París había permitido que lo pudiésemos hacer realidad.

¿Por qué?

No tuve ni la más remota idea, pero hubo sido así.

Justo cuando eché la pasta en el agua, el teléfono de Aiden comenzó a sonar y me acerqué curiosa a él. Se lo había olvidado.

—Hola, Ari —saludé, viendo en nombre de la persona que llamaba.

—¿Elionor?

—La misma —sonreí.

Era bueno escuchar su voz porque hacía días que no hablaba con ella. Puse el modo manos libres y continué cocinando.

—¿Qué tal os va por París, eh?

Sonreí mordiéndome el labio, escondiendo una estúpida risita adolescente, ¿pero a caso no era así?

—No podría ir mejor.

—Oh… Cuéntamelo, Leo.

—Tu hermano y yo…

—¿Aiden y tú, qué?

Aposté diez libras a que Arianne estaba sonriendo a la otra línea de teléfono. De todos modos, iba a enterarse pronto o tarde cuando volviésemos a Londres.

—Aiden y yo nos hemos besado… Esta vez de verdad.

Visualicé el mundo estallar a causa de una bomba.

—¿Y cómo ha ocurrido? —quiso saber, emocionada aunque extrañamente tranquila por el tono de voz que empleó.

Pensé que iba a estallar en gritos de por qué no se lo había contado, a lo que le respondería que había sido aquella misma mañana.

—Bueno, esta mañana hemos estado hablando sobre cambios en nuestra vida y… Bueno… Ha ocurrido.

—Lo sabía. Sabía que esto iba a pasar tarde o temprano.

—¿Por qué todos lo sabíais menos yo?

¿Estaba ciega, a caso?

—Antes de que os marcharais a París, mientras tú estabas durmiendo me dijo que se te declararía allí. ¡Tendrías que haberle

oído, estaba hecho un manojo de nervios! —explicó Arianne, y por cómo lo dijo, supe que estaba muy emocionada.

Sonreí como una idiota al saber que Aiden ya lo llevaba planeando, que no era algo del momento. Él realmente estaba enamorado de mí.

Nos habíamos enamorado en menos de tres meses… ¿Era algo de todo aquello real? ¿Era posible enamorarse de alguien de un modo tan rápido?

—Ari, es bochornoso que tú lo supieras…

—Anda, calla, tonta —rio ella y me contagié de su carcajada—. Por cierto, ¿cómo te ha pedido que seas su novia? Quiero saber todos los detalles.

—Eh… De hecho, no me lo ha pedido —respondí y se hizo un silencio igual que el previo.

—Aiden debió caerse de la cuna. Se lo preguntaré a mi madre después y ya verás que me dirá que sí —rio ella—. ¿¡Pero cómo es posible que no te lo haya pedido!? Ese pedazo de imbécil… Asumo que ha ido a algún sitio o se está duchando, porque me has contestado tú al teléfono.

—Se ha ido a comprarte no sé qué para ti, no me ha dejado que vaya con él.

—¿Qué? —preguntó algo desconcertada y fruncí el ceño, extrañada.

—No sé, ha dicho que era para ti.

—¡Ah, sí! Eso… Bueno, es que solo lo venden en París y… Sí, sí, ha ido a comprar eso. Ya volverá.

Sonreí y pronto cambiamos de tema. Arianne me contó que vendría a Londres por las vacaciones de Pascua, aunque yo estaría en Estados Unidos y no podría verla. Aunque le llevara siete años, Arianne se estaba convirtiendo también en una persona esencial en mi vida.

—Oye, Ari, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro —respondió.

—¿Tú crees que Aiden me pedirá que sea su novia?

Hubo un silencio de por medio que no supe cómo interpretarlo, pero Arianne se encargó de olvidar aquel espacio temporal muy rápidamente y con cierto humor.

—Aiden está locamente enamorado de ti. Deberías oír cómo habla de su Elionor y la mirada de tonto que pone.

El “su Elionor” lo dijo un tanto en burla.

—Gracias —sonreí.

—La noche de fin de año me llamó desesperado contándome lo que había ocurrido. Casi no entendí nada de lo que dijo, pero le calmé

y le dije que fuera a tu casa y te lo explicara todo —hizo una pausa y algo cálido rozó mi corazón, como si alguien me hubiese oprimido el pecho y dejado sin aire para las palabras—. Está muy enamorado de ti, Elionor.

Me quedé pensando en lo que Arianne acababa de decir, y recordé tanto la angustia que sentí yo como los ojos llorosos y genuinamente arrepentidos de Aiden, contrastando con aquella sonrisa que llevaba siempre adornada con su hoyuelo cuando cantaba.

A los pocos minutos de conversar de todo y nada a su misma vez, Aiden llegó y le pasé el teléfono a él. Se fue al balcón y comenzó a hablar con ella en francés, así que aun si hubiera querido saber de lo que estaban hablando, no lo hubiese entendido.

Después de cenar, nos metimos en la cama a descansar. Aquel día había sido cansado y también importante. Sin embargo, no me había dicho qué era lo que había ido a comprar o lo que Arianne le había estado comentando. Aiden me rodeó con sus brazos, con la espalda apoyada en su pecho, y antes de dormirme, me susurró:

—Bonne nuit, ma belle Elionor. Je t'aime…

Capítulo 23

Todo es posible en la ciudad de las luces

Me despertó el sonido de la voz de Aiden. Cuando mis ojos pudieron enfocar bien, desperezándome, vi que estaba hablando por el teléfono en el balcón. Mirando la pantalla de mi teléfono, eran las siete y cincuenta y cuatro de la mañana.

El tono de Aiden demostró frustración, como si alguien le tuviera entre la espada y la pared, y me levanté para saber qué pasaba. La mañana era fría e iba descalzo, sin calcetines. Los dedos de sus pies se encogían en el suelo de piedra y posé la mano en su hombro, sintiendo la tensión que había en su cuerpo.

—No, Dave, quiero decirte que… ¡No, no es eso!

Apoyé la cabeza en el omoplato y besé su espalda por encima de la ropa que llevaba puesta. Sabía lo mucho que Aiden se frustraba cuando los demás no entendían lo que quería decir.

—No me mal interpretes, David —murmuró Aiden tocándose el puente de la nariz con el índice y el pulgar—. Tienes que entender por qué no quiero… ¡Ya te he dicho que no es por eso, joder!

Me sorprendió que Aiden hablase de aquel modo. Escuché a la voz de Dave, pero hablaba demasiado rápido como para entender algo de lo que estaba diciendo. El cuerpo de Aiden seguía estando tenso y descendí la mano por su brazo hasta llegar al pecho, removiéndose inquieto. Cuando Aiden estaba nervioso o triste, siempre buscaba el contacto de los demás, y quise tranquilizarle, pero en lo único que conseguí fue lo contrario.

—Para, me estás haciendo cosquillas, esto es importante… —susurró Aiden apartándose el teléfono del oído y tapando el micrófono con el dorso de la otra— Sí, sí, Dave, estoy aquí… Ya te he dicho que no lo haré… ¿Qué? ¡Por supuesto que no se trata de mis padres! ¡Es la tercera vez que te lo digo! Se trata de mí, Dave. Ellos ya

no… ¡Elionor, para ya quieta, por favor!

Me aparté bruscamente de su lado y alcé las manos a ambos lados de mi pecho, enarcando una ceja. Nunca me había alzado la voz de aquella manera, mucho menos por darle caricias. Se dio la vuelta y me miró a los ojos antes de cerrarlos y murmurar algo que no pude descifrar, pero supe que me estaba pidiendo disculpas. Asentí y me dirigí a dentro del apartamento, viendo que en la mesa había una bolsa con cruasanes de chocolate.

—Dave, créeme que no puedo hacerlo…

Aiden cerró la puerta del balcón y suspiré. No quería que estuviese de mal humor ni que estuviese enfadado durante nuestro tiempo en París. En tres días tendríamos que volver a Londres, a nuestras realidades, y quería disfrutar lo máximo posible con él.

Cogí una taza y me serví el café de cada mañana, poniéndole una a Aiden también, y me senté en la mesa de nuevo, cogiendo el control remoto de la televisión y haciendo zapping en vano. Hundí el segundo cruasán en el café y después me lo llevé a la boca, saboreando el dulce chocolate en la lengua y deleitándome por aquel pequeño bocadito francés.

Aiden regresó del balcón al cabo de unos diez minutos, gruñendo y sin mirarme, yendo directo hasta su lado de la cama y vistiéndose. Cuando terminó, fue a buscar una taza de café pero antes de que la llenase, le avisé de que ya le había puesto yo una.

El silencio fue incómodo, casi chirriante en mis oídos por la inexistencia de las palabras. ¿Qué era lo que Dave le habría dicho? ¿Para qué iba a llamarle mientras estábamos en París? Le había dicho que nos íbamos de viaje. Además, Aiden era una persona muy tranquila y que escuchaba con atención a todo el mundo que quisiera hablar con él, pero algo de peso debería haberle dicho Dave si había reaccionado de aquella manera.

Apartando todos aquellos pensamientos y alejándolos para otro momento (que bien supe que pronto volverían a asomar la cabeza), me levanté de la mesa y me dirigí para vestirme, dándole la espada a Aiden. Él seguía con su café, dándole vueltas con la cuchara sin prestar demasiada atención. De repente sentí unos brazos rodearme por la cintura aún cuando no me había puesto la camisa interior que iba a ponerme por debajo del jersey.

—Perdóname… Siento haberte hablado de ese modo.

Las manos de Aiden se entrelazaron por debajo de mis pechos y sus labios susurraron las palabras contra mi cuello, lanzándome escalofríos como bombas para que recorriesen toda la superficie de piel que abarcaba mi cuerpo.

—No te preocupes, yo tampoco debería haberlo hecho —susurré

de vuelta, girándome para estar delante de él, pasando mis brazos por su nuca y dándole un corto beso en los labios—. ¿Qué era lo que Dave quería?

—Uh… ¿Recuerdas la sesión que grabó hace tres semanas en el pub?

Asentí. Recordé aquella noche como si hubiese sido ayer porque Aiden estaba hecho un manojo de nervios, más que cuando cantó allí por primera vez delante del público. Tuve que prepararle tres tilas y dos manzanillas para el dolor de estómago a causa de los nervios. Además, estuvo acariciando a Gala hasta que ella se hartó y se fue a dormir tranquila. Dave había querido grabar aquella actuación para posibles "personas-forradas-de-dinero-y-con-una-discográfica", según él había dicho. A mí me pareció una buena oportunidad, pero a Aiden le temblaron las piernas hasta después de terminar la actuación. David Lake quería realmente ayudar a Aiden con su sueño. Él también había visto el potencial en las puntas de sus dedos cuando arpaba una guitarra.

—Dave quiere enviar esa grabación a Nueva York. Dice que un amigo suyo es propietario de una pequeña discográfica, un tal no-sé-quién Sanders…

—¡Eso es bueno! —le sonreí.

—Lo sé, pero no quiero marcharme de Londres.

Sus ojos se entristecieron y agachó la cabeza.

—Es tu carrera, Aiden. ¡Es la oportunidad de tu vida! —intenté animarle, cogiéndole del mentón y alzándole la cabeza para poder mirarlo bien.

Si hubiese podido, le hubiese comprado los billetes de avión en ese mismo momento.

—Lo sé, pero… tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—De todo. ¿Qué pasará con nosotros?

—Sabes que iré donde vayas tú.

—Pero no quiero desperdiciar tu vida y que tengas que vivir con un fracasado como yo.

Escuchar aquellas palabras dichas por el chico al que quería más que a mi propia vida me quebró. Que precisamente alguien como él dijese que era un fracasado, me rompió el corazón.

Sus ojos se tiñeron de tristeza al pensar que él no era lo suficientemente bueno para mí. Pero no en el sentido de que él fuese malo, sino de que con él no viviría dignamente, y era todo lo contrario. Sin él, yo no podía ser quien era en realidad; volvería a cerrarme en mi propio cascarón y ni siquiera asomaría la cabeza a las oportunidades.

—Tú no eres un fracasado. Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida.

—No quiero perder lo que Londres me ha dado —susurró con tanto miedo que temí no haber oído bien.

Desenlacé mis manos de su nuca y las dirigí a sus suaves mejillas, viendo la nuez de su cuello subir y bajar a causa de la inseguridad. ¿Cómo alguien tan puro y valiente como él podía dudar de sus cualidades y capacidades?

—Aiden, tienes que ser egoísta y pensar en ti.

Él movió sus manos encima de las mías y las apartó lentamente de su rostro, quedándonos de pie.

—¿Y tú qué? Tú has sido mi oportunidad en Londres, es lo que la ciudad me ha dado.

Me quedé sin respiración, sin palabras y sin mente para pensar con coherencia.

—Aiden…

—Lo digo en serio. Muy, muy en serio.

—¿Yo? —pregunté, incrédula.

—Sí. Tú, Elionor Broome. Tú. ¿Es que no te das cuenta? Ni viviendo doscientas vidas podría agradecerte lo mucho que me has cambiado.

—Me basta con vivir juntos la que tenemos ahora.

Aiden sonrió y volvió a besarme.

—¿Por qué soy tan jodidamente cursi? Mira lo que haces de mí, Elionor.

Mi corazón comenzó a latir a mil por hora, como de costumbre, y sus labios se amoldaron a los míos, sintiendo cómo su lengua los relamía y saboreaba; grabándolo en mi memoria para la posteridad. Cada vez que nos besábamos, una parte de mi alma fue regalada a la suya.

—Ponte los pantalones y vayamos a hacer el turista… —susurró Aiden sobre mis labios una vez nos separamos.

—Aiden, somos turistas.

Volvió a soltar una carcajada sonora, burlona, mirando al techo y me dio una palmada en el trasero, juguetón.

—¡Eh, cuidado con lo que haces! —me quejé, pegándole en el brazo.

Aiden sonrió pícaro, acentuándosele el hoyuelo. Retrocediendo, llegué hasta chocar contra la pared y me estremecí al sentir su boca en mi oído.

—Quizás no pueda esperar a llegar a Londres para hacerte mía…

Pronto se separó de mi lado observándome atentamente y se

mordió el labio. Rodé los ojos y me dirigí a mi maleta para vestirme. El día estaba bastante nublado y tenía todos los números de ser gélido y lluvioso. Mientras, Aiden preparó todo lo que íbamos a necesitar.

—¿A dónde me vas a llevar hoy? — pregunté después de atarme bien las botas.

—A Montmartre.

Nunca en mi vida hubiese creído que aquello pudiera ser tan bonito. Poco a poco el entusiasmo de Aiden se me iba pegando, y cada vez que salía a la calle entendía más la razón del por qué aquella era su ciudad favorita. Era su ambiente, los edificios, el aire bohemio que se respiraba… ¡Era París!

Montmartre estaba situado al norte de la ciudad, en el octavo distrito y lado del río Sena, en una pequeña colina. Era el barrio de los artistas, el barrio en el que puede que algún pintor te pidiera que fueses su modelo para retratarte. ¡Era el barrio del Mouline Rouge! Esas calles habían sido pisadas por artistas de la talla de Picasso, Dalí o Monet, dándoles a cada uno la ilusión de ser quiénes realmente eran; aquella luz de esperanza en un mundo sumido en la oscuridad de la realidad aun estado en la Ciudad de las Luces.

Si miraba a mi alrededor, parecía estar sacado todo de una de las acuarelas de los pintores que pintaban en la calle, aquellas que hacían soñar y desear adentrarte. Por fin entendí a Aiden. Cuando pisabas aquellas calles, cuando recorrías cada rincón posible de Montmartre, sentías la poesía de los sueños recorrer tus venas. Tu cerebro, que una vez había pisado el suelo, volaba con los acordes de una suave guitarra que tocaba alguien por la calle y tus ojos, que una vez habían mirado al horizonte, no podían dejar de moverse a todos lados al sentirse tan maravillada.

Aquel lugar en París era, sin duda alguna, el más mágico en el que había estado en toda mi vida.

—¿Te gusta? —preguntó Aiden sonriendo, parándose a mitad de la calle ajetreada de turistas como nosotros.

—Me encanta, de verdad. En Estados Unidos no hay sitios así.

—París es única en el mundo. Puedo sentir la libertad. ¿La sientes tú también? —rio Aiden, apretando más su mano alrededor de la mía.

Asentí con la cabeza y él tiró de mí de nuevo, sonriendo como un niño pequeño. Como había dicho antes, mis ojos no pudieron fijarse en un simple punto, sino que tuvieron que mirar a muchos sitios distintos a la vez.

—¿Cómo debieron sentirse todos los artistas que aspiraron un día a ser alguien? A veces me lo pregunto —cuestionó, mirándome de reojo y con una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Con ilusión, eso seguro —respondí, apretando su mano.

Aquellas palabras significaron mucho más de lo que creí.

Miles de tiendas con postales y cuadros nos rodeaban en la estrecha calle, parándonos a observar todos y cada uno de ellos, y Aiden me dirigió hasta una escalinata rodeada por farolas de gas negras. Los edificios eran de colores fríos, pero las plantas enredaderas que decoraban las fachadas las hacían ver y parecer cálidas, algo bastante paradójico, pero, ¿qué tenía sentido en Montmartre?

Llegamos a la basílica del Sagrado Corazón y nos sentamos en las escaleras de piedra que había justo delante. Para variar, estaba lleno de turistas que intentaban sacarse fotografías, y yo saqué mi cámara también. Tenía pocas oportunidades de dedicarme a mi hobby, así que iba a aprovechar.

—¡Mira, sois tú y Arianne! —exclamé al ver que aún no había borrado las últimas que había hecho.

—Sacre Bleu! ¿Aún guardas eso?

—Sí —reí, pasándolas todas para verlas.

En la mayoría de ellas salían sonriendo, riéndose el uno del otro de sus caídas al suelo. Había otras también de John y Laura, y me acordé de ellos. Tenía ganas de verles. A Cassie también.

—Vamos a hacer fotos —dijo Aiden, cogiéndome la cámara de las manos y ajustando el objetivo.

Tapé mi rostro y oí que disparó una y otra vez, risa tras risa.

—¡A mí no!

—¡Sales muy bien! ¿Por qué te tapas la cara? —exclamó Aiden, mirando la pantalla y tocando botones.

—No soy para nada fotogénica.

—Tonterías. Sonríe para mí —mostré una sonrisa y él disparó, enseñándomela después—. Preciosa, ¿lo ves?

Sonreí vergonzosa y agaché la mirada, apretando mis labios en una línea delgada.

Después me tocó a mí hacerle una sesión a él (en las que salía haciendo el tonto, mayoritariamente) pero pronto nos levantamos de las escaleras y nos dirigimos a visitar la basílica sin soltarnos de la mano. Era preciosa. Cuando salimos de la basílica fuimos a sentarnos en las escaleras de nuevo, eran las doce de la mañana. El día no se había arreglado mucho, seguía estando nublado.

Quedándonos en silencio, recordé lo que hablamos nada más empezar el día. Que Aiden tuviera miedo de embarcarse en aquella nueva aventura era normal, ¿quién no lo tendría? Pero era su sueño de lo que estábamos hablando, y Dave había hecho todo lo posible para ayudarle. Si una oportunidad como aquella se le presentaba, lo

que tenía que hacer era ir a por ella.

—Tienes que ir a Nueva York —solté de golpe.

Crucé los dedos detrás de mi espalda esperando a que dijera que sí. Tenía que ir, era la oportunidad de su vida.

—No lo sé, El… —me respondió.

—Si no vas por tu cuenta, te arrastro —amenacé levantando ese dedo que había cruzado.

—No quiero hablar de eso ahora mismo, por favor —suspiró y volvió a mirarme a los ojos con decisión—. Tengo algo que decir.

Asentí suspirando y le vi levantarse, frotando las palmas de sus manos por encima de la tela de sus tejanos. Ayudándome a tenderme de pie a su lado y sin decir ni una sola palabra, comenzó a arrastrarme entre el bullicio de gente hasta llegar a la cima de la escalinata.

—Aiden, ¿qué estás haciendo? Todos nos están mirando…

—¡Atención, por favor! Attention, s'il vous plaît! —exclamó Aiden dando palmadas en el aire

La mayoría de las personas en la escalinata atendieron, y sentí miles de ojos puestos en mí. Encogí los dedos de los pies por dentro de las botas y alargué las mangas de mi abrigo lo máximo posible para cubrir mis manos, el sudor frío sustituyendo los escalofríos.

—Aiden… —murmuré entre dientes.

—Quisiera que todos ustedes fuesen testigos de uno de los momentos más importantes de mi vida, y de la de Elionor también —Aiden dijo mientras iba dando vueltas frotándose las manos, y la gente nos miraba—. Porque aquí, delante de ustedes y de mí, hay la mujer más increíble del mundo y la que me ha hecho volver a ser yo mismo.

Aguanté la respiración ante las palabras de Aiden y abrí mucho los ojos mientras algún que otro suspiro se escapó entre público. Había personas de todas las edades; mayores, niños, adolescentes, adultos… ¡Todo Montmartre nos estaba mirando! De repente el suelo se convirtió en un punto interesante para esquivar los ojos de Aiden, aquel que me miraba con chispas en ellos. Tenía que mirarle, pero no pude.

—Aiden… —susurré de nuevo mirando a mi alrededor.

El tiempo se paró cuando vi lo que Aiden sacó de su bolsillo. Una caja de terciopelo tan pequeña que pensé que se desvanecería entre sus dedos, y sus nudillos pálidos al hacer tanta fuerza a causa de los nervios. El cuerpo entero de Aiden comenzó a temblar y supe que buscaba las palabras correctas para pronunciar. Cerró los ojos y suspiró para después llenar de nuevo sus pulmones de aire.

—Y yo quisiera preguntar… Elionor Broome, ¿quieres ser mi

novia? Veux vous être ma petite amie?

Todo a mi alrededor comenzó a dar vueltas al igual que el trazo de un niño pequeño que no sabe qué dibujar en el papel, o el vuelo de una golondrina cuando no encuentra el lugar perfecto para construir el nido. Aiden abrió delicadamente la cajita y un anillo de plata con la Torre Eiffel en el centro fue lo primero que mis ojos vieron.

Era precioso, y todos los superlativos existentes en el mundo también.

Que Aiden hubiese llamado la atención de los turistas presentes en aquella parte de Montmartre hubo sido el más sublime de todos los regalos que me habían hecho y que podrían hacerme durante el resto de mi vida. Y me sentí feliz, muy feliz. Marie ya no vivía en su cabeza ni era su presente, sino nada más que un bonito recuerdo.

Me estaba pidiendo que fuese su novia.

—¡Chica, responde! —escuché que alguien del publico exclamó y me hizo volver a la realidad.

Los ojos azules de Aiden me observaron expectantes, atentos a la primera palabra que pronunciaban mis labios. Asentí con la cabeza porque no pude decir ni una sola palabra. Aiden mostró la mayor sonrisa que jamás le había visto y el público estalló en aplausos y risotadas mientras él colocaba el anillo en mi dedo corazón con manos temblorosas.

Aquel anillo era una promesa, algo que se iba a quedar entre nosotros dos. Nunca me lo quitaría, porque al mirarlo siempre recordaría aquel pequeño viaje y la preciosa persona que me lo había regalado. Aunque pudiese pasar cualquier cosas en un futuro —que esperé que no—, me hice la promesa a mí misma de nunca quitármelo. Nunca.

Pasando los brazos por detrás de su cuello y él apoyando las manos en mi cintura, nos miramos a los ojos.

—Eres mi novia —susurró contra mi rostro.

—Y tú mi novio —respondí igual de sonriente que él.

—¡Vamos chico, bésala ya! —sonó un fuerte acento norteamericano.

Apartando la vergüenza, me dio igual que toda la escalinata entera estuviese pendiente de nosotros, los labios de Aiden se unieron a los míos en un beso desesperado y necesitado, algo que ambos anhelábamos. Cogí un mechón de cabello entre mis dedos y él sonrió al beso contra mis labios, creando el más perfecto cuadro. Mis pies levitaron y sentí la sangre poética recorrer mis venas; aquella que me permitiría continuar escribiendo nuestra historia día a día.

Estar sentados en el balcón del apartamento en París iba a ser algo

que nunca olvidaría. Aquella proximidad con Aiden era demasiado especial y jamás quise que se rompiera. Si hubiese podido, me hubiese quedado para toda la vida allí con él, sin la preocupación de volver al trabajo al día siguiente.

—La luna brilla —murmuré apoyándome encima de su pecho, recostando la cabeza en el hombro.

Aiden recogió un mechón que caía por al lado de mi mejilla derecha y lo colocó detrás de la oreja derecha.

—La luna no brilla, es la luz del propio sol que se refleja en ella —respondió riendo un vez terminó, escondiendo su nariz entre mi cabello, besándome la oreja con mucha suavidad.

—Gracias por cargarte el momento, señor Sábelo-todo.

Rio y cogió mis manos entre las suyas, alzándolas al aire, justo como había hecho aquella vez en la bañera de mi casa. La plata del anillo brillaba en mi dedo; habían pasado dos días desde que éramos novios oficialmente. Al día siguiente teníamos que regresar a Londres, volver a la rutina y seguir luchando por nuestros sueños. Sin duda alguna, aquellos habían sido los cinco días más maravillosos de mi vida, y los que nunca iba a olvidar.

—Sigo sin poder creer que te inventaras toda esa historia de Arianne para ir a comprar el anillo.

—Quería que tuvieses un buen recuerdo físico de París, ¿y qué mejor que un anillo al preguntarte que seas mi novia?

Reí nerviosa, observándolo de nuevo.

—Pensaba que ibas a pedirme matrimonio.

—No tan deprisa. Paso a paso —acabó riendo Aiden.

—Ahora entiendo por qué Ari parecía no entender nada cuando le conté a dónde habías ido.

—Suerte que te siguió la corriente.

—No necesitabas comprarme un anillo…

El dedo índice de Aiden comenzó a juguetear dicha sortija y me hizo sonreír; era insuperablemente adorable.

—Simplemente he querido. ¿Qué pasa? ¿Es que no puedo hacerle un regalo a mi chica?

“Mi chica”.

—Pero no hacía falta, en serio.

—Entonces te hubiese comprado una colgante.

—Hasta con un colgante hecho de macarrones secos te hubiese dicho que sí —rio y me besó la mejilla.

—¿Qué tal unos pendientes?

—Tampoco —reí.

—Representa que a las chicas os gusta estas cosas.

—Y me gustan, pero no es algo que necesite especialmente.

Aiden apretó los labios y se dirigió a mi cuello, mordisqueándolo débilmente y suspirando en él.

—He querido comprarle algo bonito a la chica más preciosa de todo París… y en el mundo también —su aliento en mi piel hizo que cerrase los ojos para poder disfrutar de aquel momento de intimidad con él—. Quiero que sepas lo muy enamorado que estoy de ti. Quiero que te lleves un buen recuerdo de París.

—Con que me digas que me quieres ya es suficiente para llevarme un buen recuerdo de este lugar.

La noche estaba siendo tranquila. El cielo estaba extrañamente despejado, contando que el día había estado nublado la mayor parte del día, y las mismas estrellas que un día vimos en la azotea de mi edificio en Londres brillaban formando las constelaciones.

—Si pudiera darte lo que quisieras, ¿qué elegirías? —me preguntó Aiden, abrazándome bien fuerte por debajo del pecho, atrayéndome a él.

—Déjame pensar… —llevé el índice al labio inferior— Creo que un beso.

—Eso me va a salir barato —Aiden sonrió y me di la vuelta para rodear su cuello con mis brazos, apoyándome mejor entre sus piernas, que rodeaban mis caderas.

Sus labios eran, sin duda, la droga más peligrosa del mundo.

—¿Te lo has pasado bien en París? —preguntó cuando nos separamos para coger aire, entrelazando mis dedos con los suyos.

Me incliné y besé de nuevo castamente sus labios antes de volver a recostarme encima de su pecho, colocando mi oído por encima de su jersey.

—Creo que eso debería preguntártelo yo a ti —sonreí.

—Pero soy yo quien te ha llevado a los sitios.

—Entonces sí, me lo he pasado muy bien —sonreí levantando la cabeza y volviéndolo a mirar a los ojos.

Azules y eléctricos, así era como eran aquella noche del seis de febrero.

—Nunca en la vida olvidaré nuestro primer viaje a París.

—¿Habrá más? —le pregunté con esperanza.

—Bien sûr.

—Genial —dejé que una sonrisa adornara mi rostro al mirarle.

Volvió a atacar mis labios con los suyos y sentí derretirme. Sus manos comenzaron a acariciar mis mejillas con ímpetu y ambos jadeamos, necesitados de aire tanto como el uno del otro. Besar a Aiden era lo más adictivo del mundo y nunca creí que alguna vez llegaría a sentirme de tan manera.

El chico cuya voz era el más dulce de los sonidos y cuya mente valía tres veces el oro.

Aiden me arrastró con él para ponernos de pie y seguimos besándonos. Sus manos no abandonaron mis mejillas. Mi cabeza comenzó a dar vueltas y ya no supe ni dónde estaba ni cuál era mi nombre. Fue como si estuviera drogada por él. Sus manos comenzaron a bajar por mi cuello hasta llegar a los hombros, deslizándolas lentamente por mis brazos suavemente y hasta terminar su camino en mi cintura, colando las yemas de sus dedos dentro de la camiseta y acariciando delicadamente mi piel.

Sus labios descendieron hasta mi cuello y allí comenzó a succionar sensualmente, esa vez cambiándonos el papel y siendo yo la que gemía. Húmedos besos mezclados con pequeños mordiscos fueron lo que mi piel ganó de su parte, y sentí estar en el séptimo cielo. Conseguí colar yo también mis manos por debajo de su jersey y acaricié la suave piel de su espalda, recorriéndola desde los riñones hasta sus omoplatos.

—Quiero hacerte el amor ahora… —ronroneó en mi oído, pero sus labios no se despegaron de mi cuello.

—Pensé que habías dicho que esperaríamos a estar en casa y que lo prepararías todo bien romántico, y…

—Lo sé, pero qué más da prepararlo todo cuando yo te quiero y te deseo tanto como tú a mí.

Me quedé sin palabras. Mi boca se secó ante tal declaración y mi mente volvió a la habitación de su viaje por las constelaciones y estrellas.

—Pero no tenemos…

—Cuando fui a comprarte el anillo, pasé por una farmacia y supe que esto pasaría, así que los compré por precaución. Soy humano y hombre débil, bébé…

Moví mis manos de su espalda a su cara y vi la sinceridad en sus ojos. Aquello no estaba siendo ningún engaño, él me quería de verdad. Llevé mis labios a los suyos y apoyé mi frente en la suya, mirándolo fijamente, quise ver su reacción.

“Quiero que sepas lo muy enamorado que estoy de ti”.

—Hazme el amor, Aiden.

Aquellas cuatro palabras fueron suficientes para que me alzara en el aire y me posara en su cintura, permitiéndome rodearla con mis piernas. Estirados ya en la cama, él quedó por encima de mí y fue subiendo lentamente mi camiseta hasta dejarla en el suelo, al lado del mueble, dejándome en ropa interior.

Las pupilas invadieron el iris de Aiden e hice lo mismo que él conmigo, desvelando su tatuaje de los pájaros, aquellos que

representaban la libertad y su más profundo anhelo. Sus labios comenzaron a besar mi cuerpo entero, comenzando por los hombros y terminando en el ombligo, deslizando sus labios entre mis pechos pero sin tocaros.

Mi estómago se convirtió en una bomba de relojería. Sentí las mariposas revolotear justo ahí, recordándome qué era lo que estaba ocurriendo entre Aiden y yo. Pero justo cuando sus labios llegaron al lugar que segundos antes había evitado, arqueé el torso y jadeé.

Suave como la pluma de un poeta al escribir un soneto a su amada; frágil como el llanto de un recién nacido que llora desconsolado al no encontrar el cálido pecho de su madre; dulce como el canto de un ruiseñor al despertar una mañana de primavera. Alguien como él, como Aiden Harris.

De un momento a otro y sin previo aviso, di la vuelta a la situación y me senté en su cintura, acariciando su pecho y escuchando sus jadeos a mi tacto, palpando los latidos frenéticos de su corazón bajo las yemas de mis dedos.

Aiden era mío y yo era suya.

El corazón me dio un vuelvo cuando vi su reacción al mis dedos tocar su piel, echando la cabeza atrás y cerrando los ojos en puro placer cuando acabé de quitarle el resto de la ropa, acariciando su cuerpo por completo.

Aiden era el ser más bello que el mundo podría haber visto nunca.

Nuestros jadeos comenzaron a llenar la habitación y temí que los vecinos nos escuchasen pero, ¿qué más daban los demás cuando estaba haciendo el amor por primera vez con mi novio? El mundo se volvió pequeño, centrándose únicamente en Aiden y sus caricias.

Nuestro amor consumió el aire de la habitación cuando llegamos a tocar el cielo, y cuando nuestros jadeos llegaron a la cima, se dejó caer encima de mí con sumo cuidado de no aplastarme bajo su peso. Apartándole el cabello de los ojos, sonreí y le di un beso en la frente, sintiendo sus labios curvarse sobre mi piel. Tenía la cabeza apoyada en mi pecho.

Nos quedamos unos minutos en aquella misma posición para recuperar el aliento y pensar en que acabábamos de hacer el amor juntos por primera vez, y después Aiden se levantara para desechar el preservativo, volvió a mí con una sonrisa demasiado brillante. Estirándose de nuevo a mi lado, esa vez apoyé yo la cabeza por encima de su pecho y entrelacé mis piernas con las suyas, disfrutando de la noche… Aiden llevó su mano derecha contorneó mi silueta y ahogué una risotada en el hueco de su cuello, me estaba haciendo cosquillas.

—Tienes unos pies realmente pequeños considerando lo alta que

eres —admiró riendo y se incorporó para coger el derecho entre sus manos.

—Oye, no te metas con mis pies —reí e intenté zafarme de su agarre.

—Disculpe si le he ofendido, señor Pie de Elionor —lo alzó y besó la planta teatralmente.

—Qué tonto llegas a ser, a veces —rodé los ojos.

—Te pintas las uñas hasta en invierno.

—¿Algún problema? —me crucé de brazos y fingí indignación.

—Ninguno. Son bonitas.

—Gracias. A ver el tuyo —alzó su pie, mostrándomelo, y reí cuando lo colocó al lado del mío, notoriamente más grande—. ¿Estás seguro que no eres un hobbit? Aunque eres alto.

—Creo que me tomaré esto como un cumplido. Ya sabes lo que dicen de la gente que tiene los pies grandes, nena… —arqueó una ceja y se mordió el labio inferior, pícaro

Y ahí aparecía aquel Aiden, al que tan poco acostumbrada estaba.

—Dicho que no siempre se cumple —reí.

Se llevó la mano al pecho y cerró los ojos, arrugando la frente.

—Acabas de herir mi orgullo masculino.

Reí aún más y le cogí de los hombros para volver a atraerle hacia mí, quedándose por encima de mi cuerpo. Pasando los brazos por su cuello, besé la punta de su nariz y después los labios.

—Muchas gracias por compartir esto conmigo —le dije y él juntó su frente con la mía.

—Te quiero.

—Te quiero —respondí.

Aiden sonrió y apoyó definitivamente descansado su cabeza en la almohada, respirando con parsimonia y tranquilidad. Me sentí llena. Por fin algo había encajado sin ningún problema en mi vida.

—¿Cómo crees que estará Gala? —preguntó Aiden, continuaba acariciando mi cabello de raíz hasta la punta.

—Echándonos de menos, eso seguro —susurré, soltando una carcajada. Suspiró y dejó caer su mano a un lado de la cama, así que alcé la cabeza para mirar bien su rostro—. ¿Qué es lo que pasa?

En sus ojos, la inseguridad bailó con el miedo, y no supe muy bien qué era lo que estaba ocurriendo, pero tenía muy claro que había algo deambulando por su cabeza.

—Es que…

—¿Es que, qué? —le alenté y apoyé el codo en la almohada, poniéndome de costado.

—No sé cómo decirte esto…

—Suéltalo.

—Yo… Es que…

—Dilo.

¿Iba a pasar algo malo? ¿Iba a decirme algo que había temido durante mucho tiempo pero que él mismo se había encargado de eliminar de mi mente, para volver a instalar aquel miedo de nuevo?

—No, no, no… El, no es malo, pero estoy nervioso y asustado. Tengo miedo.

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

Aiden suspiró y llevó su mano a mi mejilla, rozando las puntas de los dedos en mi piel.

—Voy a ir a Nueva York. ¿Quieres venir conmigo?

El mundo se paró y dejó de dar vueltas, y el acto seguido fue lanzarme a su cuello y llenarle la cara de besos.

Aiden había decidido continuar su sueño y quería que le acompañara. Ambos íbamos a abrir una nueva etapa en una nueva ciudad, y yo iría adonde él fuese.

Aiden había nacido para brillar, y yo había nacido para brillar junto a él.

Capítulo 24

Sueño de una noche de primavera

Nuestros días en Londres fueron algo caóticos, a decir verdad. Justo después de llegar de París, Aiden se marchó del apartamento en King's Cross (muy para su alivio y el del señor Jones), y vino a vivir conmigo en mi piso. Gala también, por supuesto. Solo nos veíamos cuando yo me iba de casa al trabajo y cuando llegaba a por la noche.

Saqué el trapo mojado del bolsillo de mi delantal y limpié la mesa número seis. Escuché los cascabeles de la cafetería repiquetear, pero no miré al nuevo cliente. De repente, unas manos taparon mis ojos por detrás, y sonreí al reconocer a quién pertenecía la voz que susurró un: —¿Quién soy?

Me di la vuelta y me lancé a sus brazos, besándole con ímpetu.Algunos clientes nos miraron, pero aquello fue lo último por lo que me preocupé.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sonriendo.

—¿No puedo sorprender a mi chica en el trabajo? —respondió, aún sujetándome en su cintura con las manos por detrás de mis muslos.

Sonreí aún más (si aquello era posible) y volví a darle un beso, sintiendo que los labios de Aiden también se curvaban por encima de los míos, acariciando el cabello de su nuca.

—¡Vaya sorpresa! —exclamé cuando me bajó de sus brazos.

—Asumo que te ha gustado —rio y asentí.

Indiqué a Aiden que se sentara en uno de los taburetes en la barra mientras yo cogía una taza grande y comenzaba a prepararle lo que tenía en mente. Laura y Marian le saludaron ambas con entusiasmo cuando le vieron. Cassie no tenía turno aquel día.

—Bien, señor Harris, va a disfrutar de una de las especialidades de

Elionor. ¿Está usted listo?

—Más listo que nunca. ¿Qué tenéis en mente, mademoiselle?

—Se sorprenderá, monsieur —seguimos con el juego de las formalidades.

De reojo, Marian aguantaba la sonrisa al vernos.

—¿Me gustará?

—Eso sospecho —arqueé una ceja.

—¿Más de lo que me gustáis vos?

—Mucho más —reí.

—Será difícil.

—Superará sus expectativas, de eso estoy segura.

Aiden arqueó una ceja y abrió los ojos con ilusión cuando le tendí la taza con lo que había estado preparando, tendiéndole una cuchara para que mezclase la nata con el chocolate deshecho, no muy líquido, bastante espeso, como a él le gustaba. Con una sonrisa burlona en la comisura de sus labios, llevó la taza a su boca y cerró los ojos al sentir el dulce recorrer su garganta.

—Tenía razón, mademoiselle, es delicioso. Sin embargo, se ha equivocado en algo —dijo cuando la dejó de vuelta en la madera de la barra y apoyé los antebrazos con atención.

—Soy toda oídos —sonreí, mirando sus brillantes ojos azules.

Aiden apretó los labios en una delgada línea, y después los mordió con los incisivos, mirándome la boca primero y después subiendo a mis ojos.

—Vos me gustáis más.

Aiden me dijo que aquella mañana había estado buscando apartamentos en Nueva York y que había encontrado uno muy sencillo en Manhattan, en un zona humilde aunque un tanto solitaria.

—¿Pero no crees que se pasa un poco de nuestro precio acordado? —me senté a su lado en la mesa.

De reojo vi a Gala estirarse y hacerse un ovillo en el sofá.

—Lo sé, son diez mil dólares más. ¡Pero mira el balcón! Es grande y cabría algún balancín en el que poder pasar las noches. ¿Te imaginas? Pasar las noches de verano en nuestra casa, tú, yo y Gala —se emocionó, enseñándome las fotografías en el portátil.

—Suena genial, pero quizás deberíamos continuar mirando un poquito más. No podemos permitirnos tanto dinero, aunque el balcón sea fabuloso —añadí cuando vi su expresión.

—Quiero encontrarlo de una vez por todas y mudarnos ya.

—¿Dónde ha quedado el Aiden que tenía miedo de ir a Nueva York? —bromeé yendo a la cocina, recogiendo las tazas del desayuno.

—En el pasado, o eso espero.

Pasamos la mañana buscando pisos y apuntamos en una libreta los que nos parecieron más adecuados a lo que estábamos buscando. Había algunos preciosos, otro más sencillos que se amoldaban más a nuestras necesidades, pero un poco (muy) pequeños. Sin embargo, como le hube dicho a Aiden, teníamos que seguir buscado porque teníamos hasta finales de marzo para que se me terminase el contrato del mes de alquiler y hacer la mudanza a la otra punta del mundo.

El padre de Aiden, Fred, no se tomó muy bien la noticia de la mudanza a Nueva York. Incluso fue a Londres para hablar con él y no quiso que yo estuviese presente en la "reunión", aunque al final accedió a regañadientes por presión de Aiden y Maxine. Ella dijo que él ya era mayor para hacer lo que quisiera, pero siempre con los pies pisando el suelo. Al final acabó convenciendo a su marido, aunque yo no lo creí mucho. ¡Maxine se alegró tanto por nosotros! Lo que ella quería era la felicidad de Aiden, y si su felicidad se encontraba en Nueva York y a mi lado, ella ya se tomaba por satisfecha.

Quienes se alegraron de saber que iba a volver a Estados Unidos fueron mis padres. Oh, y la abuela Peggy también. Me dijo que ya me estaba preparando unos guantes de lana y otros para Aiden. Mis padres estuvieron muy contentos también de saber que Aiden y yo estábamos juntos, y mi madre se preocupó de dejar bien claro que le quería conocer pronto. "¡Sabía que acabaríais juntos! Se os veía en la cara", fue lo que respondió mi madre al contárselo.

Aquella misma tarde fuimos a pasear por Westminster, exactamente por el paseo en la orilla del Támesis, riendo al ver los turistas pedirnos que les echásemos fotografías con el Big Ben y el palacio de Westminster detrás. Observando las caras de emoción y alegría, Londres dejaba una huella en el corazón de quien pisara sus calles. Sin duda, yo fui una de ellas.

—¿Nos hacemos una foto? —le pregunté a Aiden.

—¿Como los turistas?

—Sí, como ellos —reí y él sacó su teléfono móvil, preparando la cámara frontal.

Aiden alargó el brazo y sonrió, abrazándome por los hombros.

—¡Di cheeeese! —disparó varias veces y vi de reojo que ladeaba la cabeza para mirarme.

Aiden me llamó por sorpresa y justo cuando me di la vuelta, nuestros labios hicieron conexión y ambos sonreímos, inmortalizando el momento en fotografía.

—¡Aiden! —exclamé riendo aún contra sus boca y él hizo lo mismo.

Cerrando los ojos para fundirme mejor en el beso, guardó el móvil

en su bolsillo para besarme con un poquito más de romanticismo, con los turistas y Londres como testigos de lo que una ciudad había unido.

Llevábamos a Seth y Emily al parque de vez en cuando. Otros días en que hacía mucho frío jugábamos a las cartas o al parchís. Pasábamos las tardes de algunos fines de semana con ellos, y es que en los escasos meses que hacía que Aiden que les conocía, había creado un vínculo especial con ellos. Ni siquiera yo había llegado a ese nivel. Era precioso ver cuando Emily le pedía que la cargara en brazos o si se podía sentar en sus hombros de camino a casa después de una tarde llena de juegos porque estaba cansada.

—Pero yo no quiero que te marches, Aiden —se quejó Emily en sus hombros.

—Podréis venir a Nueva York siempre que vuestros padres os dejen. ¿Verdad, El?

—Claro que sí —sonreí y Emily se animó un poco.

Seth anduvo mirando el suelo en silencio a mi lado, sabiendo que algo pasaba por su cabeza. Por lo que había aprendido y observado, era un niño un tanto tímido que no le gustaba hablar sobre lo que sentía. Se lo pasaba en grande jugando con Aiden a cualquier cosa en el parque, ya fuese con una pelota o simplemente a dar vueltas en el suelo, pero estaba en la edad que todo le daba vergüenza, y muchas veces costaba que diera el primer paso. Abrazándolo por los hombros, lo acerqué a mi pecho de costado y él levantó la cabeza, sonriendo ante mi gesto.

Cuando nos fuimos de casa de Marian y George, volvimos cogidos de la mano.

—Les voy a echar muchísimo de menos —dijo Aiden con una sonrisa triste.

—Como les hemos dicho, podrán venir a Nueva York siempre que quieran.

—Ya, pero no va a ser lo mismo. Adoro a esos niños.

Sonreí y me le di un apretón de manos. Él ladeó un poco la cabeza y le di un beso en los labios, aún con una sonrisa dibujada.

—Seremos felices en Nueva York, ya lo verás —le dije.

Aiden se paró en medio de la calle y me cogió de ambas manos, mirándome a los ojos. Pardo y azul.

—Soy feliz donde tú estés

Chasqueé la lengua cuando la pantalla se congeló y me recosté en el respaldo de la silla a esperar a que se arreglara. Observando que Gala estaba parada delante de la ventana mirando el cielo, movía la oreja derecha de vez en cuando al escuchar el agua de la ducha.

Habíamos ya encontrado un piso en Nueva York. Era algo pequeñito, pero era suficiente para nosotros dos y Gala. Satisfaciendo el gran deseo de Aiden por tener un balcón o terraza al que poder salir y tomar un poquito de aire fresco, al ser un ático y tener la completa planta para nosotros solos, gozábamos de una terraza en la que colocaríamos algún balancín y una mesa de madera.

Tenía ganas de emprender ese nuevo proyecto con Aiden, ver cómo triunfaba y que sus sueños se hacían realidad, siendo felices juntos. Yo sabía que aquello ocurriría, era demasiado bueno como para no pasar. Sin embargo, me dio algo de nostalgia tener que dejar atrás la ciudad que me lo había dado todo, desde seguridad en mí misma hasta el chico cuyo valor ni siquiera se pesaba en oro.

—Tú y yo tenemos una cita esta noche…

Me sobresalté al escuchar la voz de Aiden en mi oído, dándome la vuelta y viendo que iba solo con una toalla tapando su cintura, con el cabello dorado goteándole y mordiéndose el labio. Ni siquiera me había dado cuenta de que el agua había dejado de oírse.

—Me has asustado —reí y me di la vuelta—. ¿Una cita? ¿Dónde?

—Es una sorpresa —suspendió las palabras en el aire.

Miré el reloj en mi muñeca y vi que eran las seis de la tarde.

—¿Y me lo dices ahora? Tengo que hacer unas cuantas lavadoras, ducharme, arreglarme… No me va a dar tiempo a nada. Nos vamos en diez días, y…

No pude terminar la frase porque Aiden llevó sus manos a mis mejillas y me robó un beso, sonriendo contra mis labios al ver que había conseguido hacerme callar.

—Solo dúchate. Tú siempre vas bien.

Dejándome en silencio, se marchó a la habitación y me quedé allí parada como una tonta, intentando averiguar dónde era que me llevaría aquella noche. Pensándolo bien, nunca habíamos tenido una cita de aquellas en que él preparaba algo y me llevaba a algún sitio a cenar o al cine. Simplemente decidíamos ir a algún lugar e íbamos. Así de simple.

Una vez me hube duchado, me paré delante del armario.

—¿Y qué me pongo yo ahora? —pregunté más para mí misma.

—Ponte algo elegante.

Arqueé una ceja.

—¿Se puede saber a dónde me llevas?

—En serio, es una sorpresa. Solo te digo que te gustará mucho, pero tenemos que ir un poquito más arreglados de lo normal. No vamos a conocer a la Reina ni a Kate Middleton, por si te lo preguntas.

Suspiré y comencé a mirar qué era lo que tenía en el armario. Diez

minutos después de decidir qué era lo que me iba a poner, me dirigí al baño para maquillarme un poco, con Aiden como banda sonora diciéndome que no fuese tan lenta o llegaríamos tarde. Rodando los ojos, guardé el pintalabios de nuevo en el estuche y miré el resultado en el espejo. No era una gran obra de arte, pero mi cara se veía un poco mejor. Arrastrándome hasta la puerta, Aiden me dijo lo típico de que "estaba perfecta y que no necesitaba más arreglos". Él no entendía nada.

Muy a pesar de mis súplicas por querer saber a dónde demonios me llevaba, Aiden no dijo ni pío y cogimos el metro en dirección Westminster —Vamos, va… Dame al menos una pista —le pedí, persuadiéndole con caricias en los brazos.

Me miró de reojo y negó con la cabeza mientras el "¡bip bip bip!" incesante de las puertas daba a entender que partíamos hacia otra estación.

—Mira que eres pesada… Voy a darte una pista, pero solo una. Está cerca de la City.

—¿La City?

—Sí.

No se me ocurrió ningún lugar digno de la ocasión, sin embargo sonreí victoriosa por haber conseguido que hablase.

Cuando salimos de la estación correcta vi que estábamos muy cerca del Támesis y cruzamos el puente para llegar al otro lado, y fue cuando una luz se encendió en mi cabeza y lo vi.

—Dime que vamos al teatro de Shakespeare… —a juzgar por su expresión, supe que estaba en lo cierto— ¿¡Es en serio!? —exclamé, parándome delante de él y no tuvo más remedio que mirarme a los ojos.

¿De veras íbamos allí?

—Sueño de una noche de verano, de William Shakespeare —quedándome sin palabras y sintiendo un amor infinito hacia él, llevó la mano a su bolsillo trasero en el pantalón y sacó su monedero, tendiéndome dos papelitos—. ¿Qué me dices?

Y allí estaba él, con su cabello rubio volando con el viento, con los labios rosados en contraste con su pálida piel, un hoyuelo adornando su precioso y angelical rostro, y unos azules esperando una respuesta a la incertidumbre. ¿Qué había hecho yo en la vida para merecer alguien como él?

—¡Eres el mejor novio del mundo mundial! —respondí y me lancé a su cuello rodeándolo con los brazos y besándolo en los labios.

La obra de teatro fue maravillosa. Espectacular.

Estando en clase, imaginé siempre cómo debieron ser las

representaciones de William Shakespeare en el teatro isabelino, ante la Reina y el pueblo, que pedía mayoritariamente comedias en vez de tragedias. Y Aiden me había llevado allí, finalmente lo pude ver con mis propios ojos, y de repente me transporté a mí misma al siglo diecisiete, vestida con faldas que llegaban hasta el suelo y un pañuelo en la cabeza, sintiendo el brazo de Aiden por encima de mis hombros, atrayéndome a su pecho cubierto por una camisa blanca holgada.

Todo estaba siendo perfecto.

—¿Te ha gustado?—Aiden preguntó con su mano colgando de mi hombro izquierdo cuando ya volvíamos para casa.

—Me ha encantado. Ha sido genial —le sonreí.

—Me hubiera gustado que fuese Romeo y Julieta, pero no estaba en cartelera —se encogió de hombros.

—Podríamos haber visto un mono haciendo malabares e igualmente me hubiese gustado —reí y él me siguió, besándome el pelo.

Debían ser las diez de la noche, aproximadamente, y la mayoría de los comercios ya habían cerrado. Nos quedamos en silencio durante unos minutos y caminamos de la mano hasta llegar al edificio, buscando las llaves en el bolso.

—Igualmente hubiese preferido Romeo y Julieta —opinó Aiden y no estuve preparada para lo que dijo a continuación—. Tengo tu carta guardada bajo la almohada, y cada vez que no puedo dormir de madrugada, la leo y releo mil y una veces. Después te observo dormir y me pregunto por qué fui tan tonto de no darme cuenta de que te tenía incondicionalmente.

La carta.

La que le respondí cuando él me regaló su cuaderno por mi cumpleaños.

—Dije que no la mencionaras —sonreí, agachando la cabeza y él posó sus dedos justo debajo de mi mentón.

Acercó su cara a la mía y me besó. Conseguí abrir la puerta y llegamos a nuestro piso sin decir nada, sintiendo a través del contracto de nuestra piel el significado que contenían las palabras de nuestro silencio. Sus ojos azules me dijeron que me adoraban y querían, y mi pulso nervioso le dijo que yo también le adoraba y quería a él. Solo a él. Justo después de cerrar la puerta, no me dio tiempo a quitarme el abrigo y dejarlo en el colgador, que sus labios volvían a estar en los míos, arrinconándome contra la pared.

Sus manos grandes y hábiles, acariciaron mis mejillas, friccionando nuestros cuerpos hasta que, en efecto, una chispa de fuego y deseo saltó y lo encendió todo. Aiden fue el primero en quitarse el abrigo, dejándolo caer al suelo. Aproveché para hacer lo

mismo, y él rápidamente enredó entre sus dedos el final de mi camiseta, deslizándola por mi torso justo antes de que yo hiciese lo mismo con la suya.

Rápidamente dirigí mi boca a su cuello y le oí gruñir, dirigiendo sus manos hasta mi trasero y, en consecuencia, sujetándome por los muslos para enrollar mis piernas en su cintura, tambaleándose hacia atrás, y sonreí al ver hacia dónde nos dirigíamos e imaginar qué era lo que iba a ocurrir a continuación.

Aún con nuestras extremidades entrelazadas, Aiden dejó que cayésemos justos a la vez en la cama y me senté en su estómago, acariciando y delineando el contorno de las golondrinas de la libertad que adornaban su clavícula y pecho. Sus manos acariciaron la silueta de mi cuerpo y nunca me hube sentido tan adorada por alguien que me miraba como si estuviera viendo el sol por primera vez. Aiden se mordió el labio inferior y me miró fijamente a los ojos con una sonrisa pícara, dando la vuelta a la situación por sorpresa y encontrándome entre la jaula que formaron sus brazos a ambos costados de mi cabeza.

—Mmm… No sabes lo mucho que me pones, bébé… —ronroneó en mi oído y se pegó muchísimo más a mi cuerpo.

—¡Aiden! —exclamé en una carcajada.

—¡Qué! Es verdad —rio también.

Desde que volvimos de París, descubrí una faceta de Aiden que nunca antes había visto, y es que resultaba que le gustaba incomodarme con comentarios pícaros y a veces algo salidos de tono. Él siempre respondía que yo le había traído de vuelta a su antiguo él. Siempre lo decía.

Intenté dar la vuelta a la situación para yo tener el control sobre él, pero vio mis intenciones y soltó mi boca, aprisionándome más contra el colchón. Arqueando la espalda, sus manos se dirigieron al broche del sostén y lo deslizó por mis hombros, llevando su boca a la piel tan sensible que había acabado de descubrir. Sin embargo, comenzó a reír y no entendí el porqué.

—¿De qué te estás riendo? —le pregunté sintiéndome un poco estúpida, pero él siguió—. Espera, no me lo digas. Prefiero no saber las guarradas en las que estás pensando.

Mirándome aún con sus boca contra mi piel, se incorporó y sentó en la cama.

—¿Por qué me rebajas a algo tan primario? —arqueó una ceja.

—Porque te conozco.

—Hiere de nuevo mis sentimientos, mademoiselle —llevó la mano a su pecho y echó la cabeza hacia atrás de un modo dramático—. Pero ¿realmente quieres saber lo que estaba pensando? —asentí y él

sonrió de costado, acercándoseme y volviendo a cubrir mi cuerpo con el suyo—. Estaba pensando en que podríamos darle otros usos a aquella nata que has comprado para las fresas… ¿Qué te parece? —iba a reconocer que me pareció una opción tentadora. Aiden recubierto en nata… De todos modos, rodé los ojos— Van a salírsete los ojos de las cuencas si sigues rodándolos.

—Y a ti los gusanos se te van a comer el cerebro.

Viéndole los ojos brillar, Aiden agachó la cabeza y su aliento me dio un escalofrío.

—Prefiero que seas tú quien me coma…

—¡Aiden!

—¡Qué! ¡Es que me provocas! No puedes decirme eso y pretender que no piense sucio.

—¿Ves? Si es que lo sabía.

—Anda, cállate y deja que te haga el amor…

Riendo por toda aquella situación, negué con la cabeza y pasé los brazos alrededor de su cuello, pegándome más a él, riendo como los dos tontos enamorados que éramos y rozando nuestros cuerpos. Pero de golpe paró y subió la cabeza para mirarme.

—¿Ocurre algo? ¿Quieres que vaya a coger la nata? —arqueé una ceja.

—Bueno, si quieres… Estoy abierto a nuevos experiencias —chasqueé la lengua y le pegué en el hombro—. Solo quiero decirte que estoy muy feliz de que quieras venir a Nueva York conmigo, de que me ayudes a intentar cumplir mi sueño, y que te quiero mucho.

—Y vas a cumplir tu sueño —acaricié su cabello.

Subiendo sus labios por mi cuello, Aiden mordisqueó mi mandíbula en su paso hasta llegar a la punta de mi nariz para darme un beso fugaz, apoyando su frente en la mía y cerrando los ojos.

—Pero tú ya eres mi sueño. Tu es mon rêve…

—El sueño de una noche de primavera —bromeé, sonriendo al recordar aquella tarde de finales de marzo.

Como dos aguamarinas, los ojos de Aiden brillaron con especial fuerza al mirarme, y un escalofrío recorrió mi espalda al sentir su aliento por encima de mis labios; cálido y abrasador. ¿Cómo podía pasar de cero a cien, y después de cien a cincuenta?

—El sueño de una vida entera contigo, ma belle Elionor.

Aiden llegó a mi vida y de pronto todo floreció, volviendo así la felicidad al igual que en el mito de Démeter y Perséfone; cambiando del invierno a la primavera.

Capítulo 25

Billete con destino a Nueva York. No se aceptan devoluciones

Los maullidos de Gala se escucharon desde el tercer piso, donde estaba nuestro apartamento. Aiden cargó las últimas bolsas que quedaban en la recepción y yo abrí la puerta de nuestro nuevo hogar.

—Recuérdame de nuevo por qué no escogimos un apartamento con ascensor —jadeó al llegar a mi lado y dejar en el suelo tres maletas de ropa que llevaba en una mano y la jaula de Gala en la otra.

Reí y él se apoyó en la pared del pasillo, descansando sus manos en las rodillas e inclinándose ligeramente hacia delante.

—Si cogíamos el que tenía ascensor, eran diez mil dólares más y no nos lo podíamos permitir —entré de una vez por todas.

—Razón suficiente como para subir tres pisos cada día.

—Sobrevivirás, Harris. Ahora estás cansado porque has estado cargando peso, pero tres pisos no son tantos.

Aiden se agachó y le abrió la puerta a Gala, quien se quedó allí dentro desconfiando del nuevo lugar al que habíamos llegado.

—Esto necesita una buena mano de pintura —dijo él tocando la pared del comedor.

—Ya sabes lo que nos tocará hacer mañana, entonces.

El piso estaba más o menos amueblado. Al lado del balcón había una pequeña mesa con un cenicero en el centro y justo a la izquierda, un balancín de madera. La segunda habitación la íbamos a habilitar para que él pudiese tener un pequeño estudio con sus cosas de la música. Íbamos a comprar un sofá-cama para cuando vinieran invitados.

Aiden corrió las cortinas blancas del balcón y salió a observar el cielo azul que cubría Nueva York. Al lado de la acera, en la calle, una

hilera de árboles despojados de sus vestidos volvían a florecer, y señoras con carros de la compra y niños en triciclo eran los que le dieron vida al lugar.

Estábamos en Nueva York.

—¿Van a ser todos los días así de soleados? —escuché que preguntó él, mirando en cielo y tapándose los ojos

—Acostúmbrate —sonreí hablando un poco más fuerte de lo que lo habría hecho normalmente porque estaba entrando a lo que sería nuestra habitación.

—Será fácil, créeme… ¡No más lluvia! —acabó riendo.

Solté una carcajada y vi que lo único que había era una cama de matrimonio con unas horribles sábanas de color limón y un pequeño armario de madera que íbamos a cambiar sí o sí, aunque le íbamos a encontrar algún uso, de eso estuve segura. Quizás para los instrumentos y las cosas de Aiden. Las paredes eran de un triste blanco crudo sin decoración alguna y una ventana que daba a la calle. Ni siquiera había cortinas, pero por suerte el suelo era de madera. Pronto sentí unos brazos rodearme la cintura y el mentón de Aiden posarse en mi hombro.

—Mañana vamos a tener que trabajar mucho —susurró contra mi cuello.

—Pero nos va a quedar perfecto, ¿verdad?

—Por supuesto, es nuestro hogar. Pequeño, pero ideal —sonrió.

Justo en el momento en el que Aiden salió de la habitación, comencé a sacar la ropa de las maletas y la coloqué en las estanterías el armario provisional. También cambié aquellas horribles sábanas, y las cambié por otras más bonitas que había traído de Londres. Por suerte la medida de la cama era la misma. Y sino, lo hubiera conseguido de algún otro modo, pero las sábanas de color amarillo tenían que ir fuera.

—¿Sabes cuándo van a traer el colchón que encargamos? —le pregunté a Aiden, que estaba abriendo las cajas que había en la cocina.

El camión de la mudanza las había traído hacía un rato.

—El jueves. O al menos eso es lo que me dijeron cuando llamé la semana pasada.

—Al menos tenemos cama —resoplé—. Oye, ¿recuerdas que estuvimos hablando de comprar un mueble entero para la cama? —Aiden asintió y di un sorbo del agua— El que hay en la habitación está mínimamente bien.

—Como tú digas.

Rodé los ojos. Qué útil.

—No me ayudas con eso, ¿sabes?

—Pero es que realmente me parece bien. Si a ti te gusta, a mí también.

Suspiré.

Íbamos a comprar un mueble nuevo para la cama aquella misma semana.

Abril había entrado con fuerza. Era uno de aquellos días que no hacía precisamente mucho calor, pero cuando te movías terminabas chorreando de sudor. Salí de la habitación para dirigirme a la pequeña cocina del apartamento y vi que Aiden estaba fumando en el balcón. Habíamos acordado que aquella iba a ser una casa libre de humo. Se había quitado los zapatos y no sabía por qué, pero siempre iba descalzo cuando estaba en casa.

—¿Por qué no intentas dejarlo? No es bueno para tu voz —pregunté con la esperanza de escuchar alguna respuesta positiva.

—Es muy difícil, El, y ahora no tengo a mi madre para que me riña —respondió después de expulsar el humo entre sus labios.

—Pero me tienes a mí y no sé qué va a ser peor —le recordé, sintiendo el pelaje de Gala rozándome la pierna.

—Mi madre, créeme.

—Sea quien sea la peor de las dos, tendrías que dejarlo. No es bueno para tu voz.

—Fumo uno al día, como mucho. A veces ni eso.

Le tendí el cenicero para que aplastara la colilla y después entró al comedor, cogiéndome de nuevo por la cintura y atrayéndome a sus labios, pero le paré y levanté la mano, señalando el baño.

—Primero lávate los dientes.

—¡Vamos, El! ¿No quieres darme un beso? —rodó los ojos y se mordió el labio, intentándome acercar a él.

—No hasta que te laves los dientes —arrugué la nariz, negando con la cabeza y colocando mis manos encima de su pecho.

Aiden bufó escondiendo una sonrisa y se dirigió al baño. Antes había abierto la llave del agua y dejado los jabones junto todos nuestros utensilios de cuidado personal. Mientras, le coloqué la comida y arena limpia a Gala, quien pareció agradecerlo porque no tardó muchos segundos en comenzar a usarlo. Eran las doce del medio día y teníamos que comer algo, ya que las tripas comenzaban a rugirme, así que decidí ir a comprar comida rápida. Aún no habíamos ido al supermercado a comprar, solo teníamos galletas y patatas fritas que compramos en el aeropuerto. No habíamos dormido nada desde que bajamos del avión, pero al menos yo me mantenía bastante bien.

—¿Prefieres, comida china o tailandesa? —le pregunté mientras cogía las llaves del apartamento y él sacó la cabeza desde la puerta del baño con el cepillo en la boca.

—¿No podría ser japonesa? —conseguí entender.

—Miraré a ver si encuentro algo japonés —me encogí de hombros después de ponerme la chaqueta de punto de color cereza, una de mis favoritas—. ¿Qué quieres de beber?

—Cerveza.

—De acuerdo.

Cogí el bolso y el monedero y, justo cuando estaba cerrando la puerta, una mano cogió del brazo y me dio la vuelta, chocando contra su pecho y juntando mis labios con los suyos, sonriendo a la vez que se cobraba el beso. Ya se había lavado los dientes.

—Espérame, ¿no?

—¿Vas a venir conmigo? —rodeé su cuello con mis brazos y sonreí también contra sus labios.

—Quizás podrías enseñarme algo de Brooklyn.

—Solo he venido una vez a Nueva York y fue a Manhattan cuando tenía doce años. No conozco Brooklyn.

—Entonces podemos explorarlo los dos juntos —sonrió antes de recibir de nuevo mis labios, esa vez el beso fue impulsado por mí.

—Tenemos que deshacer las maletas, Aiden. Y lavar ropa a mano porque aún no hay lavadora. Y limpiar un poquito el suelo. Y…

—Ya lo haremos después. Hace un buen día y podríamos pasear un poco. Recuerda que tenemos que estar despiertos y activos para combatir el jet lag. Si nos quedamos en casa acabaremos durmiendo y lo sabes.

Suspiré y desenrollé mis brazos de su cuello, dejando que fuese a la habitación y se pusiera los zapatos, cogiendo alguna chaqueta y un gorro de lana en la cabeza tapándole sus rizos naturales, aunque había otros rebeldes que decidían escaparse de su represión.

—No hace tanto frío, es primavera —reí cogiéndole el gorro y dejándolo encima del mueble de la entrada.

—¡Eh! Pero a mí me gusta.

Solté una carcajada y volvió a cogerlo, volviéndoselo a poner procurando de que todos los mechones de cabello estuviesen perfectamente bien puestos.

—Que estás muy guapo. Anda, vámonos… —rodé los ojos y fui yo esa vez quién le cogió por la muñeca, tirando de él.

Terminamos comiendo en un tailandés. Aunque él prefiriera el japonés, no habíamos encontrado nada cerca por la zona. Aún nos quedaba mucho barrio por descubrir, pero también teníamos mucho trabajo que hacer en nuestro apartamento.

Pasamos dos días organizando el piso. Pintamos las paredes y nos trajeron los muebles que nos faltaban: el sofá-cama, una estantería

para el comedor y un escritorio que íbamos a poner en el estudio de Aiden. Podíamos decir que nuestra casa estaba finalmente arreglada y lista para que construyésemos nuestras propias memorias, los dos juntos. ¿Quién sabía si viviríamos allí para siempre? Él me necesitaba a mí y yo a él, así que todo estaba en perfecto orden.

Aiden había nacido para brillar, y yo había nacido para brillar junto a él.

Cuando volví a casa de hacer la compra, Aiden estaba hablando en la puerta con un chico rubio de más o menos nuestra misma edad. Quizás rondaba los veinticinco años, y vestía con unos pantalones tejanos bastante ajustados a sus piernas, una camisa color verde pistacho y una armilla rosa chicle.

"Menuda combinación", pensé.

Su piel era inmaculadamente blanca y su cabello estaba perfectamente peinado con gel hacia atrás. Apoyado en el marco de la puerta, Aiden tenía los brazos cruzados encima del pecho, y rio ante algo que dijo el chico. Percatándose de que había llegado al rellano, Aiden dejó de prestarle atención y me miró.

Levanté una ceja, incrédula, y me acerqué un poquito más a ellos. El muchacho rubio y de vestimentas extrañas pareció no percatarse de mi presencia y continuó su charla, así que me posicioné detrás del desconocido y carraspeé la garganta, en vano; sin embargo, el muchacho continuaba con su monólogo.

—Disculpa —fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba detrás de él.

Se dio la vuelta y abrió mucho los ojos, aunque no supe el por qué. Aiden se removió nervioso y me cogió de la muñeca, tirándome a él y poniéndome a su lado. El muchacho de la armilla rosa llevaba en las manos una bandeja con galletas aparentemente caseras.

—Oh, ¿es ella? ¿No me habías dicho que…? —preguntó el chico, arqueando una ceja.

—Soy Elionor, la novia de Aiden. Encantada de conocerte.

Aiden abrió mucho los ojos y se quedó allí parado, aguantándose la risa. Le vi por el rabillo del ojo.

—Tranquila, gatita —sonrió, suficiente—. No hace falta que me enseñes las uñas, yo ya tengo a mi hombre. A propósito, yo le daría algo al culito de tu novio, no sea que pase hambre.

"Tierra, trágame."

—Keith, ella es Elionor, mi novia —Aiden le explicó, mirándome, y después movió los ojos a mí—. El, Keith y su novio Tyler son los vecinos del primero.

Entonces, quien se convirtió en estatua fui yo.

No simplemente había quedado como una idiota celosa delante de aquel chico, sino que también delante de Aiden. Keith le tendió la bandeja de galletas y se despidió de nosotros, aunque más bien de él, porque yo ya estaba en otro mundo, diciéndonos que no dudásemos el recurrir a su ayuda si lo necesitábamos. Cuando se fue, la casa se sumergió en un profundo silencio si no hubiese sido por el ronroneo de Gala en el balancín.

Pareció que el rostro de Aiden fuese cambiando de emociones a medida que iban pasando los segundos. Claramente estaba controlándose las carcajadas, hasta que no pudo y estalló en ellas.

—¡Oh, Dios mío, Elionor!

Aquella era la tercera vez en mi vida, en menos de seis meses y estando con Aiden, que deseé transportarme a otra galaxia.

—¡Sí, ríete de mí…!

Aiden estalló aún en más carcajadas y se apoyó en la pared, echándose las manos al estómago y apretando los ojos.

—¡Pero si le había dicho que te habías ido a comprar! ¿A qué ha venido ese ataque de celos? Por Dios, ni siquiera le conozco. Y no me gustan los chicos.

—Ya, pero…

Aiden volvió a soltar otra carcajada al aire y esta vez se acercó a mí, cogiéndome las mejillas entre sus manos suaves y grandes, acercándome a él. Ante sus risotadas, mi rubor fue aumentando a medida que fueron pasando los segundos.

—Dios, ¿ves el por qué me encantas tanto? —unió sus labios con los míos pero al momento me aparté— Eh, ¿por qué te vas?

Me dirigí al balcón y me apoyé en la barandilla, suspirando. No lo entendía, pero siempre hacía el ridículo y Aiden se había reído de mí. Era la persona más gafe del mundo…

Supe que fueron los brazos de Aiden los que me rodearon por la cintura; los que siempre me acogían pasara lo que pasara.

—Bébé… ¿Sabes lo sexy que ha sido eso? —susurró en mi oído, mordiendo el lóbulo— Je suis tout à vous…

Alta o baja. Rellena o delgada. Leo o Elionor. Aiden me aceptaba tal y como era.

Siempre había luz al final del camino turbio y lleno de espinas, siempre había aquella persona que iba a curar las plantas de tus pies y el alma; y mi luz era Aiden.

—Soy Elionor, ¿no? —sonreí dándome la vuelta, sonriendo algo tímida y por encima de mi rubor.

—Ma petite amie et la plus belle dans le monde… —no entendí muy bien lo que dijo, aunque me pareció pillar algo.

Después de darle un beso, fui al sofá para coger a Gala y sentarla

en mi regazo. Bien despierta me observó con sus grandes y avispados ojos azules. Le habíamos comprado un collar de color azul celeste con un cascabel y estaba más bonita que nunca. Además, cada día las manchas color arena de su lomo se hacían más visible. Gala era preciosa.

—¿Vas a ducharte esta mañana? —me preguntó Aiden de repente, entrando de nuevo al piso.

—Lo tenía pensado. ¿Por qué?

Aiden sonrió de amagado y se apoyó de costado en el marco de la puerta del balcón. Relamiéndose los labios, me miró

—¿Qué opinas sobre reducir el consumo del agua?

Paré de acariciar a Gala y lo miré a los ojos, viendo como una de sus cejas estaba completamente arqueada y como las comisuras de sus labios escondían una sonrisa traviesa. El modo en que su pelo estaba peinado aquel día le hacía ser el chico más atractivo que había visto nunca; y podía decir que era mío y solo mío.

—¿Esta es tu manera de pedirme que me duche contigo, Harris?

—¿Sabes? A veces pienso que me lees la mente.

—No es que haya sido muy difícil, tampoco —reí.

Cogiendo entre mis dedos la parte inferior de su camiseta, se la quité y él hizo lo mismo con la mía, dejando un caminito de ropa hasta llegar al baño.

Para cenar pedimos pizzas y vimos un capítulo repetido de American Horror Story en Fox con las luces absolutamente apagadas. Aiden se removió, inquieto, y me di la vuelta para mirarle. Estábamos ambos estirados en el sofá, con mi cabeza apoyada en su pecho, y él rodeándome el cuerpo con ambos brazos. Gala estaba hecha un ovillo a nuestros pies.

—No me digas que nunca has visto American Horror Story…

—Nunca lo he visto —respondió Aiden, suspirando y sobresaltándose un poco ante la escena.

—¿En serio? ¿Y tú qué mirabas en la tele?

—Juego de Tronos —me respondió.

—Está bien, también, pero no sale Evan Peters.

“Pero sale Kit Harrington”, pensé, pero no lo dije.

—¿Quién?

—Evan Peters. El chico al que han acusado de asesinar a las mujeres. Honestamente, está buenísimo.

Aiden se tensó un poco y movió lentamente un mechón de mi cabello justo en la oreja. Escondí una risotada al saber qué reacción había causado mi comentario, y sentí sus labios frotar muy suavemente el lóbulo.

—Perdona, ¿cómo has dicho, cariño?

—Que Evan Peters está…

Justo cuando comencé a repetir lo que había dicho, la mano derecha de Aiden comenzó a deslizarse por dentro de la camiseta del pijama, rozado las yemas de sus dedos por mi vientre, erizándoseme la piel y cortándoseme la respiración.

—Pero no puede hacerte gritar del modo que puedo yo… ¿O no? —susurró en el oído, seductor.

—No, definitivamente no —solté una pequeña carcajada y Aiden apartó la mano de mi pecho.

Volviendo a abrazarme, continuamos mirando ella serie. Lo que no supe fue si me abrazó para estar más juntitos o porque tenía miedo. Estaban volviendo a echar la segunda temporada, Asylum.

—¿No crees que es un poco repulsivo? ¿No podemos ver Friends? —me preguntó Aiden a los pocos minutos

—Es que tienes miedo? —susurré.

—¿Qué, yo? No, qué va —resopló y volvió a mirar la pantalla del televisor.

—Venga, admítelo. No me voy a reír de ti. A mí también me asusta de vez en cuando.

—Es un poco sangriento…

Solté una carcajada y él me abrazó un poco más fuerte al escuchar el grito desgarrador de uno de los personajes.

—¿Aiden?

—¿Sí?

—Mañana vamos a tener que buscar trabajo. No podemos estar sin hacer nada.

Él suspiró.

—Tienes razón. Mañana va a ser un día duro.

Nos sumergimos en el silencio y pensé dónde podríamos ir a buscar trabajo. Podríamos comenzar por nuestra zona en Brooklyn y si nuestro plan fallaba, probaríamos suerte en Manhattan. Probablemente allí tendríamos más oportunidades al ser un lugar más turístico, pero todo se podía intentar.

—¿El?

—Dime, Aiden —respondí con voz monótona.

En realidad estaba cansada y tenía sueño.

—¿Te has dado cuenta de que ya no te haces llamar Leo? Te has presentado a Keith como Elionor.

—Estoy tan acostumbrada a que me llames por mi nombre completo que creo que ya no reaccionaría al otro.

Aiden rio y me besó la coronilla, enredando sus dedos en mi

cabello y peinándolo. Quizás estaría pensando en la carta que le escribí, cuando le dije que solo me gustaba cando él lo decía.

—Estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué? —pregunté en un bostezo.

—Porque poco a poco vas superando tus complejos y miedos, y estoy muy orgulloso de ti, mi leona.

Levanté la cabeza y me di la vuelta, mirándole a los ojos. Aun en la oscuridad y la única luz de la televisión, supe que sus ojos brillaban como gemas y que sus palabras fueron verdaderas y nobles. Me acerqué a sus labios y los besé dulcemente, acariciándolos con los míos. No podía estar más enamorada de él y me aterró la idea de que algún día llegara algo o alguien que nos separara. Pero estando allí con él, entre sus brazos, me sentí más a salvo que nunca y pareció que aquella aterradora posibilidad fuera la última de mis preocupaciones.

—Y todo ha sido gracias a ti, Aiden.

Capítulo 26

Las tormentas de Aiden y los soles de Elionor

Si no fuera porque sabía que sus intenciones eran medianamente buenas, habría cogido a Claudia por una de sus orejas y la habría sacado de allí. Aunque se tratara de su hermana, no iba a permitir que le hiciesen creer algo erróneo a Ashley.

APasaron dos semanas y ninguno de los había encontrado un trabajo que nos cubriera todos los gastos en Brooklyn. Aiden había estado irritable y prácticamente se acostaba siempre de mal humor, recibiendo un "buenas noches" de su parte. Incluso hubo alguna vez que se levantó con unas horribles ojeras y ni siquiera me dio los buenos días. Entonces se marchaba durante toda la mañana y no volvía hasta la hora de comer. Ya ni siquiera tocaba la guitarra.

Aiden siempre decía que su título de estudios post obligatorios no le iba a servir de nada para encontrar trabajo, y maldijo innumerables veces el momento en que cedió a hacer lo que sus padres querían. De hecho, y aunque sonara bastante contradictorio con aquello, incluso alguna vez lloró de frustración al no haber ido a la universidad y tener que vivir de aquel modo. Además, Dave aún no le había llamado para darle los detalles del propietario de la discográfica.

Keith y Tyler nos visitaban esporádicamente algunas tardes, alegando que en aquel edificio solo vivía gente mayor, que era verdad, y que necesitaban hablar con la juventud. Estaban cansados de la señora Bilen y su hijo de Australia. Cada vez que hablaban era un mar de lágrimas.

Tyler era absolutamente todo lo contrario a Keith. Él no vestía con ropa tan llamativa ni tampoco peinaba su cabello hacia atrás. De todos modos, y aunque continuara muriéndome de la vergüenza cada vez que miraba a Keith a los ojos, me reía muchísimo con ellos.

Pero tenía un terrible presentimiento. Una corazonada de aquellas

que te asustan y dejan tu cuerpo bañado en un sudor frío. No quería que nada malo pasara allí en Nueva York porque tanto Aiden como yo habíamos estado muy ilusionados con nuestra nueva etapa en Estados Unidos. Sabía que aquel era mi país, el que me había visto nacer y crecer, pero mi sueño había sido siempre ir a vivir a Inglaterra. Había vuelto por él, para que pudiese cumplir el suyo, y sentí terror de que algo fuese mal.

Sentada en el sofá con Gala en mi regazo, pasé la hoja del libro que estaba leyendo. Jane Austen siempre conseguía llegar a mi fibra más sensible. De hecho, a veces me preguntaba a mí misma por qué no había continuado con los estudios universitarios porque echaba de menos las clases apasionadas llenas de sonetos, liras, odas, y de tragedias sin fin. Muchas veces me lo pregunté.

—Necesito un cigarrillo —dijo Aiden con nerviosismo y llevó sus manos a los bolsillos traseros de los pantalones, y frunció el ceño. Cambiando de pensamiento, se dirigió al mueble de la entrada—. El, ¿has visto mi tabaco?

—Lo he visto esta mañana, pero ya no lo veré más —volví mis ojos a la novela.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—Pues que lo he tirado —respondí encogiéndome de hombros y Aiden se quedó en silencio.

Fumar aún le ponía más nervioso. Le daba ansiedad, y no era nada bueno para él.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó cuando hubo asimilado lo que había dicho.

—Es malo, y ya sabes que no me gusta que fumes.

—¡Pero es mi decisión si fumo o no! ¡Tú no tienes ningún derecho a decirme qué o qué no tengo que hacer! —vociferó y cerré el libro.

Me senté en el sofá y cerré los ojos, respirando profundamente.

—No es bueno para ti, Aiden. Me molesta mucho el tabaco, es horrible, y…

—¡Y por eso acordamos que podría fumar en la terraza! —me cortó.

—Igualmente entra en el comedor.

—O sea, que no puedo hacer lo que quiera ni en mi propia casa. Ahora tendré que bajar a la calle para poder fumar un puto cigarrillo —me ignoró.

En aquello llevó razón, en realidad…

—Me preocupo por tu salud, Aiden…

—¡Pues no te preocupes tanto, joder! Estoy bien, ¿que no lo ves? ¡No voy a morir por fumar un puto cigarrillo al día! Si te preocuparas

de verdad por mí sabrías que ahora es lo que precisamente necesito.

—Esto es chantaje emocional —fruncí el ceño y me crucé de brazos

—No, esto es saber convivir. ¿Crees que me gusta ver el baño lleno de tus potingues que te echas en la piel? ¿Has visto que los haya tirado a la basura? ¡No, porque son cosas tuyas! —Aiden acabó de decir y tomó aire, mirándome con la mandíbula bien apretada, intentando calmarse— ¿Compraste ayer chocolate? Lo añadí en la lista… —me quedé en silencio para después hablar pero él cerró los ojos, murmurando entre sus dientes algo en francés que no llegué a entender— ¡De puta madre!

A los tres segundos dio un portazo en la puerta de la entrada.

¿Es que quería que comprara siete tipos distintos de chocolate? ¡Ni siquiera me había dejado hablar para decirle que sí había comprado! Pero no tantos como él pedía, sino solo con leche y otro que llevaba avellanas.

Sacudiendo la cabeza, supe que volvería a los diez minutos y me recosté de nuevo en el sofá para volver a la lectura.

Una suave brisa me hizo estremecer y abrí un ojo en la oscuridad, viendo que Aiden continuaba dormido con la boca ligeramente abierta, dejando entrever sus incisivos, como de costumbre. Su cabello estaba esparcido por la almohada y sus manos estaban entrelazadas las mías, aun manteniendo nuestra posición de cuando caímos dormidos. Gala estaba acurrucada en nuestros pies por encima de las sábanas y oí su ronroneo feliz. Eran las cuatro de la madrugada.

Aunque hubiésemos tenido muchas discusiones estúpidas y absurdas durante aquellos últimos días, acabamos durmiendo bien juntitos el uno al lado de otro. Por mucho que estuviese enfadada con él y que me sacase de mis casillas, era suficiente para tranquilizarme.

Deshice las manos de Aiden en las mías con mucha suavidad para no despertarle y después posé un delicado beso en su mejilla, algo parecido al roce de una pluma. Las palabras grabadas en el interior de ambas de sus muñecas me provocaron escalofríos, y recordé que una vez me dijo que fue lo último que le dijo Marie antes de morir.

“Serva me,

servabo te”

¿Qué querían decir? ¿Por qué se las había tatuado? Sí, fueron las últimas palabras de Marie antes de morir, pero ¿qué significado esconderían para Aiden? Nunca me lo había dicho.

Las acerqué a mí y froté suavemente mis labios por su piel, besando las palabras con mucho cuidado. Aiden suspiró en el sueño y cerró la boca, apretando sus dedos alrededor de los míos. Subí la

cabeza y volví a mirar su precioso rostro, tranquilo y sin ningún tipo de preocupación en el reino de Morfeo custodiado por los pájaros que tanto anhelaban la libertad, tatuados en su clavícula.

Sin poder volver al sueño, salí de la habitación con Gala pisándome talones, y me dirigí a la cocina para prepararme un buen chocolate. Justo cuando lo hube terminado, me dirigí al balcón, sentándome de piernas cruzadas y con Gala en medio de ellas.

—¿Tampoco puedes dormir o es que te he despertado? —le pregunté a Gala.

Cerró un poco los ojos al sentir mis dedos rascar su cuello y después por detrás de las orejas. No esperé ninguna respuesta, pero quizás un "miau" me hubiera ayudado a creer que sí me había entendido. Ella solo se hizo un ovillo y me observó con sus grandes y avispados ojos azules.

El anillo de plata que me regaló Aiden en París brilló al reflejo de la luna y lo miré detenidamente. Tomé un sorbo del chocolate y después eché la cabeza atrás, apoyándola en el respaldo del sofá. La friolera naturaleza de Gala llamó a la puerta y se acurrucó aún más entre mis piernas cuando de nuevo una brisa me hizo estremecer, como si fuesen a protegerla del frío que inesperadamente había comenzado a soplar.

—¿Crees que todo irá bien? —le pregunté de nuevo, quien había cerrado definitivamente los ojos. No hubo respuesta, aunque movió las orejas, y solté una risita procurando no despertar a Aiden— ¿Qué vas a saber tú, verdad, Gala? Eres un gato.

Me preocupaba por él. No quería que le pasara nada malo ni que sus sueños fueran a permanecer en el desván del olvido. Pero nadie había dicho que la vida fuese fácil y estuve segura de que juntos íbamos a luchar contra todo lo que se nos pusiera en el camino. No me gustaba verle en ese estado porque sabía que él era el chico más dulce del mundo y que aquella no era su personalidad. Necesitaba hablar con alguien que le conociera de verdad.

Me levanté dejando a Gala desprotegida de su frío neoyorquino primaveral, y me dirigí en busca del teléfono de Aiden, tratando de encontrar el número de su casa en Holmeshire. Me preocupé de que las puertas de nuestra habitación estuvieran cerradas y marqué rápidamente el número, sintiendo el pulso de mi corazón justo en la garganta.

—Allô?

—¿Maxine? Soy Elionor.

—Oh là là Elionor, ¡qué sorpresa! ¿Qué tal estáis? ¿Todo bien por Nueva York?

Tuve que prestar atención a lo que me estaba diciendo porque su

manera de hablar me dificultaba un poco la comprensión. Supuse que para ella era lo mismo.

—Sí, sí… Bueno, en realidad no —tartamudeé y acabé suspirando.

—¿Qué es lo que ocurre?

Tragué con dificultad y cerré el puño de la mano izquierda.

—Es sobre Aiden… —murmuré, masajeándome la sien.

—¿Qué es lo que le pasa? ¿Tenéis problemas entre vosotros?

No pude continuar estar sentada en el sofá y tuve que levantarme a dar vueltas por el comedor. No sabía cómo explicarle lo que estaba pasando.

—No, no… Bueno, quizás sí. Pero es que lleva una semana de mal humor porque ninguno de los dos encontramos trabajo y ya no sé qué hacer para que se calme o vuelva a ser él y había pensado que quizás hablando contigo podrías darme algún consejo y…

—Tranquila —rio Maxine al otro lado de la línea, cortando mi monólogo—. Aiden es un chico muy sensible que se hunde cuando las cosas no salen como él quiere. Créeme, en eso soy una experta.

Me senté de nuevo en el sofá dejándome caer, rebotando en el respaldo, y me acomodé para escuchar mejor lo que Maxine me estaba diciendo.

—¿Y qué es lo que puedo hacer para que no se sienta así?

—Nada, en realidad, él solito vuelve a la normalidad. Cuando tenía tres años, una vez se enfadó porque le intentó enseñar colorear a Arianne en uno de esos cuadernos de niños con dibujos sin salirse de la raya, y ella tenía un año, así que mucho no podía hacer. Ni siquiera caminaba, por entonces. Se encerró en su cuarto por dos horas y no le dirigió la mirada a su hermana en todo el día.

Sonreí. No pude evitar imaginar a un Aiden pequeño y frustrado porque su hermana era demasiado pequeña. Después me acordé de lo bueno que era con los niños, con Seth y Emily, en cómo los cuidaba como a sus propios hermanos o hijos.

—¿Y hay alguna manera de calmarle cuando le cojan los ataques de histeria? —quise saber.

Todas las madres tenían alguna manera de poder aserenar a sus hijos. Es decir, ellas les habían dado la vida. Mi madre, por ejemplo, me daba nubes de azúcar hasta que tuve una caries. A partir de ese momento, se terminaron los dulces para mí.

—El chocolate funciona con él. También le gusta que le acaricien el cabello —añadió Maxine—. Cuando era un bebé y lloraba por cualquier cosa por la noche, lo cogía en brazos y se dormía mientras le acariciaba la cabeza.

Era curioso qué maneras tenía una persona para calmarse.

—Muchas gracias. De verdad. Y perdón por si te he despertado…

—No es nada, preciosa. Estaba despierta leyendo. Dile mañana a Aiden que me llame, tengo ganas de hablar con él. Y tú ve ya a dormir, que es muy tarde.

Me despedí de Maxine y dejé el teléfono encima del sofá. El reloj de mi muñeca marcaba las cuatro y media de la mañana. Las paredes ensordecían el ruido y lo único que oí fue el ronroneo de Gala al subir al sofá, y la sirena de alguna ambulancia a la lejanía.

—¿Con quién hablabas?

Ambas Gala y yo nos dimos la vuelta de golpe, y sentí el corazón martillear contra las costillas. Aiden estaba parado en el marco de la puerta de nuestra habitación, justo en frente del sofá, con los brazos cruzados encima de su pecho y la cabeza apoyada en la pared. Sus ojos estaban cerrados a causa del sueño y del no adaptarse a la poca luz que había en el comedor. Su voz era más grave de lo usual, ronca y rasposa.

—Aiden, ¿qué haces despierto? —fingí sorpresa.

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti —murmuró entreabriendo los ojos perezosamente y bostezó—. De todos modos, he oído que hablabas con alguien.

—No hablaba con nadie —intenté mentir.

—Ya te dije una vez que no estoy sordo. Sé que estabas hablando con mi madre —respondió con monotonía.

Sentí mis mejillas enrojecer y me levanté para ir con él, abrazándole por la cintura y apoyando mi cabeza en el hueco entre el rostro y el hombro, justo en su clavícula.

—Solo quiero que estés bien —susurré contra la piel de su cuello.

—Lo sé… Disculpa mi comportamiento últimamente, pero pensaba que esto sería de otro modo —murmuró de vuelta Su voz continuaba siendo ronca, y me encantaba. Los cambios de su voz hacían que todo fuese más real, que no fuese un sueño del que pudiese despertar en cualquier momento.

—¿Cómo esperabas que sería?

—No lo sé, pero diferente. Me encanta Nueva York y me encanta estar contigo, pero pensaba que todo iba a ser algo distinto a lo que teníamos en Londres.

Suspirando, le cogí la mano y le llevé de vuelta a la cama en silencio. Nos estiramos de nuevo y esta vez fue él quien apoyó su cabeza en mi pecho, permitiéndome acariciar su revuelto cabello a causa del sueño.

—Nadie dijo que iba a ser fácil. Esto es el mundo de los adultos —le dije.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme como un fracasado —su voz tembló y algo escoció en mi pecho—. Mírame, Elionor. Tengo

veinte años y no estoy en la Universidad. Ni siquiera tengo trabajo y ambos tenemos que mantenernos. El sueño de cantar lo veo cada vez más lejos, El. Es como algo inalcanzable. Mi padre lleva razón. Soy un estúpido niño ignorante que vive de los sueños. Soy un fracasado.

—No, no, no, no, Aiden… No eres ningún fracasado. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo para que me creas? —llevé mis manos a sus mejillas y le obligué a mirarme a los ojos— ¿Por qué piensas eso? —no me respondió—. Yo te quiero, y juntos vamos a salir adelante porque juntos somos imparables. Te prometo que vas a ser tan grande que llenarás estadios enteros. ¡Wembley Arena y Madison Square Garden, Aiden!

Sorbió la nariz y le sequé las lágrimas de sus mejillas con los pulgares. Aiden era tan humano que hasta tuve miedo que pudiera desvanecerse y desaparecer de mi vida, dejándome sola en Nueva York.

—¿Estarás allí conmigo? —susurró.

—Por supuesto, ¿qué clase de pregunta es esa?

—¿Pase lo que pase? —omitió mis palabras.

—Pase lo que pase.

—¿Lo prometes?

—Lo juro.

Cogió mis manos y se las llevó a los labios, besando el dorso.

—¿Qué he es lo que he hecho para merecerte?

Sonreí. Eso era lo que yo cada día me preguntaba también.

Aiden estaba cansado y lo que necesitaba era dormir.

—Mañana será un nuevo día —le susurré mientras le acariciaba el cabello, tal y como me había dicho Maxine.

—En realidad es hoy mismo —respondió él con una ronca carcajada.

Gala volvió a entrar a la habitación y se durmió en nuestros pies, como siempre.

—Entonces, hoy será un nuevo día.

—Lo será.

Había pasado una semana después de la caída anímica de Aiden y, aunque lo viese bastante más animado, supe que era una máscara para que yo no me preocupara. Todos los sitios a los que habíamos ido pagaban una miseria y los contratos era abusivos. Demasiadas horas para tan bajo salario. Aunque estuviéramos algo desesperados, no estuvimos dispuestos a trabajar en esas condiciones. Las cafeterías estaban llenas de personal y no querían saber nada de nuevos trabajadores a los que pagar. Ídem con los otros puestos.

Además, y por si no fuesen pocos los problemas que teníamos,

Gala desaparecía durante horas y después llegaba a la terraza como si nada. Había encontrado la manera de burlar la valla que Aiden y yo habíamos puesto para que no se marchara. En Londres también lo había comenzado a hacer, subía al terrado y allí saltaba a los otros edificios que estaban pegados al nuestro. Sin embargo, no estaba en celo.

La desesperación crecía a medida que los segundos, minutos, horas y días iban pasando.

Mis padres llamaban cada viernes por la noche y tenía que fingir que todo estaba yendo sobre ruedas. No quise que supieran que estábamos teniendo problemas en Nueva York. Ya tuve suficiente con que Maxine lo supiera. Supe que nos daría dinero si se lo contada, y ni Aiden ni yo queríamos eso porque estábamos determinados y decididos a sobrevivir por nuestra cuenta. Había sobrevivido sola en Londres durante tres años; sobreviviríamos a aquello.

La petición de rescate era nuestro último recurso. Quizás deberíamos haber tenido que alquilar un apartamento en vez de comprarlo, pero nuestra intención era vivir allí así que ambos esperábamos haber hecho una buena inversión de futuro. Quizás podríamos formar una familia (en un hipotético futuro juntos muy, muy lejano; a años luz, prácticamente) y ser felices en Nueva York. Después de todo, si Aiden y yo estábamos juntos, encontraríamos la felicidad el uno en el otro.

Sentada en un banco en Central Park, mordisqueé la manzana que me había traído de casa. No era una obsesa del régimen, ni tampoco era que necesitara una dieta estricta, sino me gustaba cuidarme. De vez en cuando Aiden y yo salíamos a correr, o nos poníamos a hacer ejercicio en el comedor de casa (abdominales, sentadillas, flexiones… esas cosas).

«Preferiría que pesaras cien kilos a que fueses una varilla de paraguas», decía siempre Aiden cuando me peinaba mirándome en el espejo después de ducharme.

Había chicas haciendo footing, abuelas que llevaban a sus nietos al parque, y parejas jóvenes que jugaban con sus hijos en el césped debajo de un árbol. Ver toda esa gente me recordó al día en que llevé a Seth y Emily a James's Park y Aiden acabó apareciendo por allí, jugando como niños pequeños. Quizás podríamos invitarles a pasar unos días con nosotros durante las vacaciones de verano, que ya se acercaban.

Recordar el día en St. James's Park me hizo pensar en que aquel fue el día en que Aiden y yo nos besamos con propiedad y no a causa de una borrachera. También fue el día en que me dijo que nuestra amistad no tenía que ser posible porque yo no era Marie. Por

entonces, todo lo que rondaba en su cabeza era ella; era su ángel. Su donna angelicata, como hubiésemos dicho en la facultad, incluso perfeccionando la Beatriz de Dante; perfecta, pura y divina.

Dante escribió sonetos para Beatriz, su donna angelicata; Aiden escribió canciones y le prometió una vida entera a Marie, su ángel de la guarda.

Marie había desaparecido de sus pensamientos diarios, pero no de su memoria. No era estúpida y sabía que de vez en cuando pensaba en ella. ¿Cómo no iba a pensar en ella si murió, literalmente, en sus brazos? Lo entendía y respetaba esa intimidad de Aiden, aunque a veces me hacía sentir como si fuese "la otra", como si en realidad no fuese la única para él. Esa inseguridad ninguna desaparecía de mí. Sin embargo cuando me envolvía entre sus brazos al dormir, cuando me susurraba en francés haciéndome el amor, diciéndome que era la chica más bonita y maravillosa que había conocido en su vida, me hacía sentir como la reina de los siete mares.

Me llevaba al Edén y después me devolvía a la Tierra. Me llevaba al éxtasis y después me abrazaba toda la noche.

Aiden era mi Edén.

Pero la posibilidad de una posible no muerte de Marie siempre rondaba en mi cabeza.

Sabía que era prácticamente imposible porque Aiden me había contado que había visto su cuerpo sin vida en el ataúd antes de ser enterrada. Pero, ¿y si todo había sido un montaje por alguien que quería hacerle daño? O mejor dicho, ¿hacerle daño a ambos? Estaba segura de que Marie no había querido nunca aquello para ellos. Hubiese puesto la mano en el fuego por afirmar que ella tan solo quiso lo mismo que yo: ser feliz con el amor de su vida. El misterio del porqué había tenido que hacer aquello era bastante sospechoso y, aunque no se lo hubiese dicho a Aiden, tuve la sensación de que había sido por capricho de alguien…

Sacudí aquellos pensamientos de mi cabeza y mordí por última vez la manzana, terminándola y levantándome para tirarla a la papelera que había al final del banco. Acto seguido, comencé a caminar de vuelta a casa; estaba bastante lejos de Brooklyn, pero iba a ser un agradable paseo de finales de Abril.

Mi teléfono comenzó a sonar insistentemente. Era Aiden.

—Hola —le saludé con una sonrisa.

—¡Elionor! Por Dios, ¡ven rápido a casa!

Sonó ansioso, como si una desgracia hubiese ocurrido.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¡Es Gala! ¡Está sangrando y maúlla demasiado fuerte y no sé qué hacer! ¡Estoy desesperado!

—¿Por dónde sangra? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Por la vagina —respondió con la voz cortada, como si temiera algo.

—¿Y no será la menstruación? —fruncí el ceño.

—Las gatas no ovulan. Además, no está en celo.

—Oh…

Aquello era muy extraño.

—¿Qué hago? ¿Te espero a que vengas a casa o la llevo yo mismo al veterinario, o…? —su voz sonó ahogada, desesperada y nerviosa.

—Busca por internet una clínica veterinaria y llévala rápido. Cuando lo sepas, me mandas un mensaje con la dirección y nos encontramos allí, ¿de acuerdo? Estoy en Central Park.

—Sí, de acuerdo —tartamudeó

—Todo va a ir bien, nos vemos allí. Te quiero —intenté tranquilizarle.

—Te quiero —respondió antes de finalizar la llamada.

¿Qué sería lo que le estaba pasando a Gala? Pensé en que quizás se había peleado con otro gato del vecindario, pero pensándolo mejor, esa gata era la más pacífica del mundo. Además, Aiden había dicho que sangraba por la vagina. Corrí por las calles de Manhattan hasta que recibí el mensaje de Aiden diciéndome la dirección. Como que no sabía muy bien dónde estaba la clínica, cogí un taxi y en diez minutos estuve allí. Tres minutos después llegó Aiden con Gala envuelta en una manta. Tenía los ojos cerrados y había manchas de color rojo en la superficie de la tela.

—¡Gala! Mi pequeña Gala, ¿qué te ha pasado? —exclamé una vez Aiden me la tendió.

Abrió un poco los ojos y después los volvió a cerrar. Estaba débil.

—Entremos y que la vea alguien antes de que…

Supe de inmediato lo que Aiden iba a decir y di gracias a que no terminara la frase. Una vez entramos, corrimos todo lo que pudimos hasta llegar al mostrador y aguanté las lágrimas en mis ojos mientras cogía la pata de Gala entre mis dedos, acariciándola con el pulgar para hacerle entender que estaba allí con ella. Aiden y yo estábamos haciendo lo que podíamos para mantenerla a salvo.

No escuché nada de lo que Aiden le dijo a la recepcionista porque estuve demasiado ocupada con sentir a Gala entre mis brazos. Segundos después, una mujer la cogió de mis brazos y se la llevó a una habitación y a nosotros nos indicaron sentarnos en la sala de espera.

—¿Crees que estará bien? —pregunté con la voz agitada.

—Estoy segura que sí. Ahora está en buenas manos. Gala es fuerte.

Sabía que le había dicho que tenía que calmarse, y debí

aplicármelo a mí misma también, pero no pensé que fuese tan grave la situación.

—No soporto pensar en que le pueda pasar algo —murmuró Aiden cerrando los ojos.

Busqué su mano y le di un apretón. Por si no fueran pocos los nervios que estábamos sufriendo aquellos días, más problemas se añadían a la montaña del nerviosismo desde que habíamos llegado a Nueva York. ¿Habría sido una buena idea, después de todo? ¿Deberíamos habernos quedado en Londres?

—¿Qué es lo que ha pasado? —le pregunté para cambiar el rumbo de mis pensamientos, a parte de que quería saber qué era exactamente lo que había ocurrido para que Gala sangrara.

—No lo sé. Me he levantado que ya no estaba en casa. Después he ido un momento a comprar, y cuando he vuelto la he visto en el balancín sangrando. He intentado parar la hemorragia, pero no paraba de sangrar —Aiden hundió los hombros y apoyó la cabeza en la pared.

¿Cómo podía haber sangrado de un momento a otro?

—¿Estás seguro de que no se ha peleado con otro gato?

—Estoy seguro. No tiene ninguna herida. Además, en Londres también desaparecía durante horas, ¿recuerdas? Y nunca volvió sangrando.

Sabiendo que llevaba razón, suspiré y apoyé la cabeza en su hombro.

—Solo nos queda esperar.

Pasaron veinte minutos, y los veinte minutos se convirtieron en una hora. El reloj de la sala de marcó la una del medio día. Tenía ganas de volver a casa, que nos dijeran que a Gala no le había pasado nada grave y sentarme en el sofá para acariciarla y mimarla. Aiden seguía nervioso, pero ninguno de los dos abrió la boca para decir nada. Sacudía la pierna en un tic nervioso y justo cuando creí que la locura consumiría tanto mi cabeza como mis uñas, nos levantamos al ver la enfermera salir de la sala a la que se habían llevado a Gala.

—¿Está bien? ¿Qué es lo que le ha pasado a Gala? No morirá, ¿verdad? —bombardeó Aiden.

—Ha perdido bastante sangre y eso era lo que nos alarmaba, pero ya está fuera de peligro —respondió ella.

La mujer, que aparentaba tener unos treinta años, sonrió amable y nos hizo pasar a la sala donde tenían a Gala, que estaba recostada en una cesta y estirada absolutamente. Aiden me cogió de la mano y nos acercamos a ella, acariciándole el cuello y la cabeza, agachándose un poco y besando su pelaje.

—¿Qué es lo que le ha pasado? —me atreví a preguntarle yo.

La veterinaria sonrió y se acercó a nosotros, cruzando los brazos encima de su pecho. ¿Por qué sonreía tanto? A mí no me hacía ninguna gracia ver a Gala estirada y sedada.

—Señor y señora…

—Harris —dijo Aiden con firmeza, fuerza y voz clara.

Aquello me sorprendió y me tensé, pero sentí cómo apretaba mi mano y me relajé.

Había dicho su apellido por los dos.

—Señor y señora Harris, su gata ha sufrido un aborto. Había dos fetos y uno de ellos ha muerto, desafortunadamente, pero el otro ha sobrevivido. La hemos tenido que intervenir y lleva una cicatriz en el vientre, si se fijan. Es bastante increíble porque ha perdido mucha sangre, pero puedo afirmar que es un milagro y una gata muy, muy fuerte. Nos hemos encargado del feto fallecido.

Aiden y yo nos miramos, perdidos.

—Está diciendo que Gala está… —comenzó a decir Aiden.

—¿Embarazada? —acabé la frase por él.

—De un mes y dos semanas, aproximadamente. Si quieren pueden ver el feto…

—No, no —dijimos los dos a la vez.

—Pero Gala solo tiene nueve meses, es muy pequeña para tener gatitos. Bueno, en este caso solo uno. Mírela usted —añadió Aiden.

Miré a Gala y continuaba sedada, durmiendo en paz y tranquilidad. Era muy pequeña.

—Las gatas entran en su primer celo entre los seis y nueve meses. Si se ha ido de casa en algún momento, ahí tienen la solución —la veterinaria se encogió de hombros y se dirigió hacia Gala, acariciándole la cabeza y las orejas. Sabía que ella estaba bien, pero daba pena verla completamente inconsciente en la cesta en la que estaba estirada—. Tendrá que pasar la noche aquí en la clínica para ver cómo avanza su recuperación y mañana podréis venir a buscarla.

Era demasiada información que procesar y, a regañadientes por parte de Aiden, nos marchamos después de despedirnos de Gala.

Volvimos a casa cogidos de la mano y en silencio, sabiendo lo que él estaba pensando.

—No me gusta haber tenido que dejarla allí sola —se quejó.

—Va a estar bien —le aseguré.

—¿Y si no le gusta el lugar? ¿Y si los otros gatos son malos con ella? Imagínatela en esas jaulas horribles de las clínicas… Sabes que es muy sensible —se quedó parado en medio de la calle, mirándome fijamente a los ojos.

Negué con la cabeza y esperé a que llegara a mí. Besé su mejilla y le abracé por la cintura mientras caminábamos de vuelta a casa.

Aiden rodeó la mía con su brazo y besó la coronilla de mi cabeza. Gala iba a estar bien.

Cuando llegamos a nuestro edificio, encontramos a Keith y Tyler, que volvían del trabajo, y nos dijeron que querían hablar con nosotros sobre algo muy importante pero nos excusamos para ir directos a nuestro piso. La verdad es que me dio pena tener que cortarlos de aquella manera, pero ni Aiden ni yo estábamos de humor para nada. Aunque tuve la sensación de que nos iba a interesar.

Capítulo 27

Como dos faros a media noche

Apoyé la cabeza en el hombro de Aiden y suspiré. Sintiendo el agua caliente relajar mis músculos mientras él peinaba mi cabello de la raíz a la punta, eché mis brazos atrás, abrazando su cuello.

—Echaba de menos esto —murmuré cerrando los ojos.

—Yo también —susurró Aiden en mi oído.

Allí juntos, en la bañera de nuestra casa, me dieron ganas de no moverme nunca de allí. Era como si todos nuestros problemas desapareciesen, como si el agua pudiese borrar los rastros de todas nuestras preocupaciones; sin embargo, continuaron estando allí.

—¿Crees que Gala nos echará de menos? —pregunté girando un poco la cabeza, mirándolo de reojo, y él descansó sus manos encima de mi vientre.

—Por supuesto que sí —respondió él y me besó la mejilla—. Solo de recordar sus maullidos y cómo sangraba, me entran escalofríos.

—Pobrecita…

Las gotas se pegaron a su cuerpo, desde su brazos hasta la punta de los dedos de sus pies, que sobresalían del agua al revolotearlos.

—El otro estuve escribiendo una canción —me dijo.

—Cántamela.

Aiden comenzó a cantar, y aunque en algunas partes no tenía letra y solo tarareaba, le acompañé en otras.

—¿Qué te parece?

—Muy pegadiza.

—¿En el buen sentido, o en el malo?

—Es el “buena-canción-y-pegadiza” sentido.

Nos quedamos en silencio y recosté de nuevo la cabeza en su hombro izquierdo, oyendo el vaivén de su respiración, relajándome

hasta tal punto de poder dormirme. Había sido un día un tanto movido.

—¿Puedes creer que vayamos a ser abuelos? —dijo de la nada, riendo un poco.

—¿Vamos a ser abuelos? —cuestioné, desorientada.

—Gala va a tener un gatito.

—¿No crees que es un poco raro? Es un gato.

—¿Y no te gustaría la idea de algún día tener niños? En un futuro. No ahora. Ya sabes… ¿Quizás dentro de diez años?

Me di la vuelta y le miré fijamente a los ojos, viendo el azul de sus ojos relucir con vida propia

—¿Quisieras que tuviésemos hijos juntos? —Aiden asintió y bajé la mirada, mirando los tatuajes en su clavícula.

Me pregunté a mí misma cómo era posible que Aiden tuviera solo veinte años. Su físico recordaba al de un adolescente, con algunas facciones más infantiles que otras, pero sin duda su mente no correspondía a aquella edad. Aiden ya había madurado, posiblemente había tenido que crecer a partir de toda su historia con Marie, por las circunstancias del pasado, que comenzaron cuando ellos dos decidieron escaparse juntos a Londres.

El Aiden Harris que me quería, el que se había enamorado de mí y el que había dado una oportunidad a la posibilidad de su sueño, no era ni de lejos el que vi por primera vez un tres de noviembre en Baker Street. Sus ojos brillaron con una luz distinta, me transmitieron cariño, calidez y confianza.

Él era mi casa; mi ciudad natal.

—Qu'est-ce qu'est en train de passer? —me preguntó cogiéndome el mentón entre sus dedos.

Con la mirada entendí lo que me dijo.

—Nada. Es que me desconciertas muchas veces.

—¿En qué sentido? —rio un poco.

—Con este tipo de respuestas, ¿sabes? Nada me gustaría más que formar una familia contigo, per no sabemos qué es lo que puede pasar en un futuro, y eso me desconcierta mucho.

Escuché un suspiro y aguanté mi mirada en la pared blanca del baño.

—No puedo predecir el futuro, pero aquí, ahora mismo, te prometo que nunca, Elionor, repito, nunca miraré a otra mujer que no seas tú. ¿Y sabes por qué? —esperó unas fracciones de segundo antes de continuar, alzándome el mentón para asegurarse de que nuestros ojos seguían conectados por la mirada— Porque tú me has esperado. Tú has hecho que vuelva a ser yo mismo, y eres tú quien merece toda mi atención y afecto. Puedo estar de mal humor, no llevar la razón en

algunas ocasiones y puedo merecer que me grites en la cara, pero te necesito, El.

Escuchar aquellas palabras me hicieron sentir como la chica más afortunada del planeta. Aunque la ventana de nuestra habitación fuese pequeña y el mundo muy grande, las personas más imperfectamente perfectas se encontraban más cerca de lo que creíamos. Sintiéndome increíblemente hipócrita ante mis pensamientos, me alegré de haberlo dejado todo y haberme ido a Londres. De no haber tomado aquella decisión en mi vida, no hubiese conocido al chico tan maravilloso que me había entregado su corazón y recuerdos. Y los guardé bien. Los guardé bien.

—Y yo te necesito a ti —sonreí—. Siempre me da la sensación de que me dices lo importante que soy para ti, pero quiero que sepas que nunca me arrepentiré de haberte conocido, y por muy cliché que pueda sonar, por muy cursi y empalagoso, eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Nos necesitamos el uno al otro.

—Y después en la carta decías que no eres poetisa —rio de nuevo, encontrándole la gracia.

Golpeé suavemente su pecho y Aiden se rio de nuevo, subiendo sus manos a mis mejillas para acercar mi boca a la suya, obligándome a inclinarme un poco y ponerme de rodillas para poder besarle bien.

—Cállate… Lo que cuenta es la intención —lloriqueé contra sus labios, pero no sonó muy convincente.

Aiden siguió riendo, y echó la cabeza atrás para apoyarla en la pared.

—Cambiando de tema, he llamado a mi madre esta mañana y me ha preguntado si podría venir Arianne cuando termine el curso, que es de aquí a una semana. También Pierre, pero cuando él acabe, que será en junio —habló Aiden, deslizando sus manos por el contorno de mi cuerpo hasta llegar al hueso de mi cadera.

—Por mí no hay ningún problema. Ya sabes que adoro a tus hermanos —le respondí, sonriendo.

—Lo sé, y a mí me encanta estar con ellos, ya sabes que los echo mucho de menos. Pero no tendremos intimidad durante dos semanas… No podremos hacer el amor cuando queramos…

Empleando una voz ronca y seductora, sus labios descendieron al largo de mi cuello hasta llegar a los hombros, donde fue depositando castos besos, suaves como una pluma. Mi cabeza dio vueltas sobre su mismo eje, como de costumbre; Aiden me volvía loca.

—¿Y qué es lo que sugieres? —suspiré al sentir sus manos acariciar mi vientre por encima del agua.

—Voulez-vous coucher avec moi ce soir? —cantó en un susurro la ya muy conocida frase en mi oído a la vez que subió sus manos hasta

mis pechos, resiguiendo con las yemas el relieve de las costillas.

La piel de mi cuerpo se erizó bajo el agua y su tacto, y mis manos, que estaban alrededor de su cuello, agarraron con fuerza su cabello desde raíz y él fue delineando mi cara a medida que sus labios fueron acercándose a los míos.

—¿Tú quieres? —sonreí y escuché cómo él soltaba una pequeña carcajada antes de comenzar a besarme, tomándome aquello como un sí.

—¿Tú sabes lo que causas en mí, El? —me besó y se separó— ¿Lo sabes, El? —me volvió a besar— Soy tuyo —beso—. Haz lo que quieras conmigo —otro beso—. Je suis tout à vous…

Sin romper nuestro beso, Aiden me ayudó a levantarme y me apoyé en la pared; sus manos seguían en mi cintura. Abrí los ojos y lo miré, viendo la lujuria danzar bajo sus pestañas, y desconecté nuestros labios, apoyando su frente en la mía y sus huellas dactilares se clavándoseme en mi piel, grabándolas para la eternidad.

Sus ojos brillaron como dos faros a media noche.

Mis manos subieron por su pecho, acariciando los dibujos permanentes en su piel bajo las miles de gotas de vapor pegadas en sus pectorales, hasta llegar a sus mejillas y acunarlas, llevándolas de vuelta a mis labios, saboreándolos.

—Antes que nada, quiero decirte que quiero hacerme un nuevo tatuaje. ¿Me acompañarás? —preguntó de golpe, cambiando de tópico, susurrando contra mi boca.

—No podemos permitirnos ese dinero.

—Lo sé, pero cuando podamos. Este será muy importante para mí y me gustaría que estuvieras conmigo.

Asentí y le besé.

—Por supuesto que estaré a tu lado, siempre lo voy a estar. ¿Qué vas a tatuarte, por cierto?

No era que me encantasen los tatuajes, pero respetaba que a él le gustasen. De todos modos, tampoco era que tuviese por todo el cuerpo, tan solo llevaba los latinismos en las muñecas y las golondrinas en la clavícula.

—Es una sorpresa, mademoiselle…

Pronto se lanzó a mis labios de nuevo y seguimos besándonos. Sus manos acunaron mis pechos, acariciando y palpando el efecto que tenían sus caricias, y su boca exploró mi cuello, recibiendo jadeos placenteros por mi parte.

—En seguida vuelvo —susurró encima de mi boca y asentí, atontada por su áurea seductora y embriagadora.

Salió de la bañera y se secó las plantas de los pies para no dejar huellas por el suelo, observándolo irse desnudo, y sacudí mi cabeza,

pero en treinta segundos ya había vuelto y volvió a besar mi cuello con pequeños y sensuales mordiscos. Su lengua delineó el contorno de mi mandíbula y encontró mi punto débil, parándose allí y trabajando en nuevas sensaciones ya descubiertas previamente pero no explotadas en aquella ocasión.

Sus ojos, azules como los siete mares, me miraron con deseo y seducción justo cuando se pegó más a mi cuerpo en busca de contacto íntimo, y mis manos, debatiéndose sobre qué puerto seguro de él podrían aferrarse, delinearon su figura; omóplatos, riñones, glúteos y piernas. Sin embargo, pareció que Aiden no tuvo suficiente con tenerle a mi merced, porque me rogó más besos y caricias.

Su voz ronca hizo eco en un jadeo al continuar acariciando su cuerpo y cerré los ojos, bajando la cabeza y mordisqueando su piel mientras él me acariciaba a mí también. Nuestras miradas fueron cómplices del éxtasis que estaba por venir, y descansé la pierna en su cintura cuando me lo indicó, moviéndose suave y lentamente. Jadeando en la cueva entre su cuello y mandíbula, mis manos acariciaron su espalda y glúteos, acompañándolo en sus movimientos; sintiéndolo todo de él, disfrutando de la suavidad de su cuerpo.

—Aiden… —jadeé y me aferré más a sus hombros, sintiendo el frío de la pared en mi espalda y el calor de su cuerpo colisionar repetidamente contra el mío.

—Dios, Elionor… Oh, Dios… Tan bien…

Nunca antes lo habíamos hecho en un lugar que no fuese la cama y el nivel de erotismo aumentó hasta la nubes, descubriéndome nuevos senderos de placer y amor. No supe cuántos minutos pasamos haciendo el amor, pero estando con él, sintiendo su cadera embestir contra la mía y mis piernas rodear su cintura, me sentí en el más puro éxtasis. Justo cuando las embestidas de Aiden fueron cada vez más fuertes y profundas, alguien llamó a puerta principal.

—La puerta…

—N'importe… Estoy casi… —susurró entre jadeos.

Asentí y volví a centrarme en el placer que ambos estábamos sintiendo. Cogiendo con fuerza mechones de su nuca entre mis dedos, levanté un poco su cabeza para que me mirase a los ojos, y en ellos vi el más puro placer y amor por alguien. Batiendo sus pestañas, frunció el ceño en un jadeo, pero fuese quien fuese continuó llamando a la puerta.

—Aiden…

—¿¡Va en serio!? ¡Son las once de la noche, joder! —gruñó, dejándose de mover y apoyando la cabeza en la pared, jadeando en mi cuello.

Suspiré profundamente y maldije a la persona que nos arruinó el

momento. Sin saber muy poco el motivo, quizás por el vapor o porque seguía borracha de la sensualidad de los movimientos de nuestros cuerpos sincronizarse, me eché a reír y él gruñó.

—¡No es gracioso! ¡Esto me va a doler, joder! ¡Au! ¡Me cago en la puta! —hizo una pausa breve y tomó aire profundamente— ¿Puedes ir tú, por favor?

Me sentí mal por haber reído, viendo que Aiden continuaba apoyado en la pared cuando salí el baño y escuché que abría el agua. Sin embargo, fue una imagen algo erótica el verlo desnudo apoyado de cara a la pared de la ducha, con sus glúteos contrayéndose. Me dirigí a nuestra habitación y me sequé en un tiempo récord mientras continuaban llamando a la puerta. Fuese quien fuese comenzó a golpearla de nuevo. ¿Quién demonios molestaba a las once de la noche?

—¡Ya voy! —avisé mientras me ponía algo de ropa por encima.

Justo cuando terminé, fui corriendo a la entrada y la abrí rápidamente.

—Ya era hora, ¡por Dios! ¿Se puede saber qué estabas haciendo? —exclamó Keith al otro lado de la puerta, en pijama.

Lo miré, perpleja, y no me moví ni un centímetro de sitio en el que estaba.

—La cuestión es qué haces tú a estas horas.

Keith repeinó un mechón de cabello rubio que cayó por su frente y me di cuenta de que era la primera vez que veía su cabello natural, porque siempre lo llevaba impoluto.

—Tengo que hablar con vosotros dos, tortolitos —murmuró, invitándose a sí mismo en el piso, y se sentó en el sofá.

—¿Y no puedes esperar a mañana? —pregunté, sentándome a su lado también.

Mi cabello goteaba en el suelo e intenté secarlo con la tela de mi camiseta, pero fue absurdo.

—Tanto Tyler como yo hemos dicho que teníamos que hablar con vosotros dos.

—¿A las once de la noche? —no me contestó y suspiré— ¿ Dónde está Tyler? —le pregunté, sin poder evitar observar su pijama de extraterrestres verdes.

¿Qué obsesión tenía con el color verde?

—Durmiendo, y si se entera de que estoy aquí, posiblemente vaya a matarme. Pero es muy importante que lo sepáis… A propósito, ¿dónde está tu sexy británico?

—Está en el baño… —respondí lo más natural posible, aunque mis mejillas se tornaron rojas.

—Siento haber fastidiado vuestra noche de sexo salvaje —Keith

soltó una carcajada—. Aiden tiene que ser realmente bueno porque se os…

—¡Vete a la mierda, Keith! —se escuchó que respondió Aiden, cortándole.

¿Podía morirme ya de vergüenza?

—No, gracias. Estoy muy bien aquí en el sofá —contestó Keith cruzando los brazos por la nuca.

—¿Qué es lo que tienes que decirnos? —rompí el incómodo silencio, cambiando de tema para que se olvidase de qué era lo que estábamos haciendo antes de que nos interrumpiese.

A cuanto más rápido me dijese lo que quería, antes se iría y podríamos, quizás, continuar lo que habíamos comenzado.

—Esperemos a que Aiden se ocupe de su dilema y os lo digo. Quiero que estéis los dos.

—¿Quieres callar ya de una jodida vez? —Aiden pidió y tres minutos después llegó, lanzándole una mirada asesina a Keith, quien volvió a reír cuando él se sentó a mi lado y se tapó con un cojín— Más vale que sea un buen motivo porque sino te voy a…

—Eh, relájate, yogurín. Después me lo agradecerás —se sentó mejor en el sofá—. Pues mirad, Tyler y yo sabemos que lleváis semanas buscando empleo y lo muy desanimados que estáis… Sí, no estamos sordos y oímos las discusiones. Así que lo hemos estado hablando y os ofrecemos dos puestos en una de nuestras librerías de Manhattan. ¿Qué decís?

Aiden perdió aquella mirada molesta e inmediatamente me miró. Tardó poco en cogerme de la la mano y entrelazar sus dedos con los míos, apretándola ligeramente. Desde luego, aquello no nos lo esperábamos ninguno de los dos.

—Es una oportunidad muy buena —me dijo Aiden.

—¿Ves que tenía razón? —rio Keith.

Le miré a los ojos y asentí, sabiendo perfectamente qué era lo que tenía que decir. Esos dos puestos de trabajo nos estaban cayendo como oro del cielo.

—Os estaremos eternamente agradecidos, Keith.

¿Cuál era el propósito de discutirlo cuando era lo que más necesitábamos? Mi madre siempre decía que cuando la vida te daba ese tipo de oportunidades, tenías que aceptar sin rechistar. Condición sine qua non.

—¡Genial! —exclamó dando una palmada en el aire, sonriendo— Os esperamos mañana en Rockefeller Center.

Keith nos indicó la dirección y se levantó para irse, dirigiéndose él mismo a la puerta.

—¡Espera! ¿No nos vas a explicar las condiciones del contrato? —

preguntó Aiden cuando Keith ya estaba abriendo la puerta de salida.

Él se dio la vuelta y arqueó una sola ceja.

—Los contratos son aburridos y de eso se encarga Tyler, así que mañana ya lo discutiremos todo. ¡Nos vemos mañana, tortolitos! Oh, y por si volvéis a nuestras actividades previas, recordad que el preservativo es vuestro amigo. ¡Sexo duro pero seguro!

Nos quedamos perplejos, sentados en el sofá, y aún con nuestras dedos entrelazados. No tenía palabras para aquello que había pasado. Tan solo se oía nuestras respiraciones en el comedor.

—Omitiendo que nos ha interrumpido, ¿sabes, Elionor? Creo que las cosas comienzan a sonreírnos.

Inmediatamente abracé a Aiden y él me rodeó también con sus brazos, riendo en mi oído y besando mi mejilla con tanta ilusión que el corazón me dio un vuelco al ver tanta alegría en él; hacía tiempo que una sonrisa verdadera adornaba su rostro.

Keith no nos había dicho la hora en que nos citaba, así que nos levantamos bien pronto y salimos de casa en dirección a Manhattan. Estaba muy emocionada, aunque no supe qué era lo que podríamos encontrar. Lo que me intrigó de verdad fue saber quién era la persona con la que había estado hablando Aiden por teléfono y que nos había despertado a ambos media hora antes de lo previsto. Aiden me había dicho que él iba a coger la llamada y justo después de darme un dulce beso en los labios, volví a dormirme.

El reloj de mi muñeca marcó las ocho y treinta y uno de la mañana y Aiden bostezó, sujetándose a la fría barra de metal. Vimos también cantantes en los andenes y pasillos, y los recuerdos de hacía escasos seis meses atrás inundaron mi cabeza. Sintiendo la mano de Aiden en la mía y regalándome una de sus mejores sonrisas matutinas, recordé el día en que lo vi por primera vez. No era que hubiera cambiado mucho, pero al llegar a Nueva York, Aiden cambió su vestimenta por algo más nuevo. No compró mucho, tampoco podíamos permitírnoslo, pero sí algunos pantalones y unas cuantas camisas que él las combinaba con camisetas; a veces llevaba botas o converse.

—¿Estás contento de haber venido a Nueva York? La vida nos sonríe ahora mismo, Aiden —pregunté una vez bajamos en la parada indicada, Rockefeller Center.

—Sé que no han sido mis mejores días y me disculpo por ello, pero después de todo soy feliz estés donde estés tú, ya lo sabes —sonrió, pero no me dio la sensación de que no lo dijo con total honestidad.

Intenté quitarle importancia. Posiblemente estaría nervioso por el puesto de trabajo. Besé su hombro por encima de la chaqueta y

continuamos caminando cogidos de la mano hasta salir a la calle.

No pude evitar abrir mi boca al ver el lugar, presa del asombro; no podía creer que Tyler y Keith tuviesen una tienda en aquel lugar. En pleno Manhattan. En uno de los centros comerciales más famosos y caros del mundo. Aiden y yo nos quedamos allí parados, mirándolo todo asombrados, viendo a gente entrar y salir llenos de bolsas. Habíamos venido antes, pero aquel lugar siempre merecía la misma reacción.

—¡Ya hemos llegado! —exclamé emocionada.

—No puedo creerme que vayamos a trabajar en Rockefeller Center —dijo Aiden, boquiabierto.

—Ya habíamos venido aquí antes —respondí, riendo.

—Pero esta vez es para trabajar y no como turista. ¿Sabes la de cantantes famosos que han cantado en Rockefeller Centre?

—Y tú serás uno de ellos algún día —le aseguré, dándole un apretón de manos. Aiden sonrió y miró al suelo, vergonzoso. Siempre que le decía cosas de aquel estilo, agachaba la cabeza y murmuraba algo entre dientes—. ¿Es que no me crees? Sabes perfectamente que algún día serás muy grande. ¡Algún día te grabaré mientras esté desayunando y viéndote en Good Morning America! Eso veía yo cuando era pequeña antes de ir al colegio. Bueno, mi madre, en realidad.

Aiden se encogió de hombros y continuó el camino, deshaciendo el agarre de nuestras manos. La gente se confundía entre él al entrar en el centro comercial y tuve que apresurar un poco mi paso para poder llegar hasta donde estaba.

Algo iba mal, lo supe al instante en que no respondió con la misma ilusión que yo. Era ya la segunda señal.

—¿Qué es lo que pasa, Aiden? —le miré a los ojos, pero me esquivó.

Él era un libro abierto para mí.

—Justo cuando pensaba que las cosas comenzaban a ir bien… —murmuró.

No lo entendí. Sin soltar su muñeca de mi agarre, lo arrastré hasta un banco que había dentro de Rockefeller Center.

—Me estás asustando —temblé.

—No sé por qué la vida me odia, Elionor.

El dolor en sus ojos fue tan intenso que lo sentí como el mío propio.

El dolor de Aiden era también el mío.

—Nadie te odia. ¿Cómo alguien va a odiarte? —aclaré y él me miró, serio y frío. Sin embargo, mantuvo el silencio—. ¿Es algo relacionado con tu padre? ¿Incluso con Marie?

En las situaciones en que no tenías ni idea del qué podía ser el motivo de su repentina caída, el motivo podía ser cualquiera. Los segundos en los que pensó la respuesta y tomó aire para hablar me parecieron eternos. Un molesto “tic-tac, tic-tac…”.

—El amigo de Dave, el de la discográfica… Me ha llamado su secretaria esta mañana y me ha dicho que mi música no les interesa.

Aquella sentencia me sintió como una apuñalada traicionera por la espalda. Sentí las manos de Aiden temblar bajo las mías y le abracé con todas mis fuerzas.

—¿Por qué? —pregunté contra su cuello.

—No lo sé, ni siquiera me han dicho el motivo.

—¿Y tú no se lo has preguntado?

—Me he acojonado, ¿vale? Me ha sentado como una ducha de agua fría.

No era justo que nadie viese ni apreciara el gran talento del chico que se rompía poco a poco. Era una de las personas más brillantes e inteligentes que había conocido alguna en mi vida, y quien también tuvo ganas de llorar en aquel momento fui yo.

—Alguien te verá algún día, lo prometo, Aiden. Ya te dije que esto no iba a ser fácil, pero te lo prometo por lo que más quieras que alguien te escuchará pronto. Y sino, va a ser a mí a quien van a escuchar —susurré en su oído en un intento de animarle y sentí sus dedos aferrarse más a mi chaqueta.

Aiden sonrió triste y deshizo el abrazo para coger mis mejillas entre sus manos y me acercó a sus labios, rozándolos suavemente con los míos.

—No puedo evitar volver a pensar que quizás debería limitarme a volver a Inglaterra y comenzar la universidad —susurró por encima de ellos.

—Eso nunca. Te lo dije el otro día, y te he prometido que alguien te escuchará. ¿No confías en mí? Me prometiste que serías más positivo.

—No siempre se pueden mantener las promesas, El —se encogió de hombros.

—Entonces es que no me conoces muy bien —sonreí.

Sonrió mostrando sus dientes, y aquello me hizo pensar en que hicimos el amor la pasada noche, en cuánto le quería y que causaba que mi corazón latiese diez veces más rápido de lo normal cada vez que sus dedos me tocaban.

“Estás tonta”, me diría mi madre. “Estoy enamorada”, le respondería yo.

Con los ánimos un poco más altos y no tan cabizbajos, nos levantamos de allí y comenzamos a encaminarnos a la tienda de Keith

y Tyler.

Aunque la ventana fuese pequeña, el universo era enorme.

—Esta mañana se me ha ocurrido una melodía —Aiden cambió de tema.

Mejor debíamos centrarnos en cosas alegres.

—¿Me la cantarás cuando lleguemos a casa? —le pregunté

—Sabes de sobras que sí.

—¿Le has puesto letra?

La verdad era que Aiden tenía mucho repertorio. Una vez me cantó una en que decía que Pierre jugaba demasiado a los videojuegos, y también recordé aquella que cantó en el pub de Portobello Road, la que hablaba de una chica llama Violet y que vivía en París.

—Sí… eh… en realidad habla de ti —respondió algo vergonzoso, rascando la parte trasera de su cuello.

—Oh.… ¿y qué dices de mí?

—En lo que siempre me dices. En lo que estamos viviendo… Solo tú —rio con extraña nostalgia.

—Me siento… especial.

—Todo artista tiene su musa, y tú eres la mía.

Como un niño que llora y acto seguido le dan un caramelo y lo olvida, cerré los ojos y dejé que me besara libremente, pero tuvimos que parar cuando una voz carraspeó, llamándonos la atención. Keith se encontraba delante de la puerta de la entrada de una tienda y vi que Tyler se acercaba apresuradamente desde el mostrador hacia donde estábamos nosotros.

—Me encantáis, tortolitos. ¡En serio que me enamoráis! Hacedle un favor a la humanidad y casaros ya y tened diez bebés, porque de verdad que vais a causarme diabetes —exclamó Keith con la mano encima de su corazón.

Sentí que mis mejillas se sonrojaron y miré el suelo. Seguí sin poder mirarle decentemente a los ojos aun habiendo pasado algunas semanas de nuestro primer encuentro.

—No escuchéis a Keith —murmuró Tyler rodando los ojos cuando llegó a su lado—. Muchas gracias por venir, chicos. Oh, y perdón la indiscreción de ayer por la noche. Ya le dije que no era una buena idea presentarse tan tarde.

¿Por qué siempre pasaba vergüenza con él?

—Gracias a vosotros por darnos esta oportunidad —respondió Aiden por los dos, agachando la cabeza y después volviendo a subirla, ignorando el hecho de que nos hubiese oído haciendo el amor.

Un silencio se instaló entre nosotros hasta que Keith dio una palmada

—Bien, ¿qué tal si os lo vamos enseñando todo?

Aquella librería era una pasada.

Las secciones de libros eran interminables y una cafetería repleta de mesas se encontraba en un rincón. De algún modo u otro, me recordó a una terminal de aeropuerto.

“El cliente puede estar tomándose un perfecto y delicioso cappuccino mientras lee un libro”, dijo Keith señalando todas las partes del local.

—Elionor y Aiden, ella es Stephanie, la encargada de la sección de arte. A veces se encarga de la cafetería cuando Jane no está —indicó Tyler, presentándonos a una chica.

Era pequeñita, aunque tampoco tan bajita —¿qué podía decir? ¡Es que yo medía un metro ochenta!—, de tez blanquecina y de ojos ámbar. Llevaba el cabello escalado por los hombros, de color castaño rojizo, y nos sacudió la manos a ambos.

—Bienvenidos, chicos —sonrió algo tímida.

Aiden y yo le sonreímos de vuelta y atendimos a lo que Keith y Tyler nos continuaban diciendo. Nos enseñaron dónde estaba el baño y el sitio donde guardaban el chaleco negro que llevaban puesta todos los trabajadores. Nos presentaron también el resto del personal (Jane, Alexander, Paul, Charlotte, David y Alison), y después nos sentamos en un pequeño despacho que tenían Keith y Tyler.

Estuvimos comentando el contrato durante una buena media hora y nos explicaron cómo funcionaba el tema del sueldo y los horarios. No íbamos a cobrar una millonada, pero iba a ser suficiente para sobrevivir hasta que Aiden consiguiese ser la estrella que siempre había soñado.

Hasta que Aiden consiguiera ser el artista más grande del planeta.

Capítulo 28

No hemos venido a Nueva York para nada. El billete no tiene devolución, ¿recuerdas?

Pasaron dos semanas y llegamos a mediados de mayo. Aiden estuvo trabajando en nuevas canciones en sus ratos libres y me las estuvo cantando. Eran realmente buenas. Muy buenas, en realidad. A pesar de su decaída al haber recibido un no por respuesta de la discográfica, siguió componiendo. Era su gran talento.

Faltaban dos días para el cumpleaños de Arianne. Justamente ella llegaba aquella misma tarde a Nueva York, y Aiden y yo la iríamos a buscar a Grand Central Station. A Gala le quedaban dos semanas para dar a la luz, aproximadamente, y aunque no se notase mucho su vientre, cuando dormía se veía cómo él o ella se movía por dentro. Aiden y yo nos pasábamos ratos observándola de vez en cuanto, incluso habíamos pensado en nombres. Parecíamos ser nosotros quienes íbamos a tener un bebé.

En el trabajo (por fin) todo estaba yendo de maravilla. Aiden parecía llevarse muy bien con David; eran compañeros de sección. Yo me llevaba muy bien con Jane y Stephanie, e incluso habíamos quedado un sábado para ir a dar una vuelta las tres en Central Park. Era graciosa la manera en que los ojos avellana de Jane se abrían cada vez que hablaba y es que daba un tanto de miedo cuando me miraba porque parecía que observara y analizara cada palabra que decía. Stephanie era más callada, sin embargo tenía un buen sentido de humor. Oh, y dibujaba muy bien.

Keith se encontraba en el sofá de mi comedor con un té con limón en la mano. Se podía decir que los chalecos de punto eran su prenda favorita, porque desde el día en que le conocí no había visto llevar nada más (menos el día en que se presentó en pijama, claro estaba).

Keith era un chico muy divertido. Solo con pasar diez minutos con él, ya te habías reído como nunca. Charlábamos de cosas sin sentido mientras esperaba que Aiden llegase de hacer la compra porque aquella semana le tocaba él, y después iríamos a buscar a su hermana.

—¿Cuándo nacerá el gatito? —me preguntó Keith mirando a Gala dormir en el balancín.

—Pronto, supongo —suspiré y tomé un sorbo de mi Coca-cola.

—¿Puedo quedármelo?

—No —solté una carcajada, sorprendiéndome de que me preguntase eso.

—¿Por qué?

—Porque es de Gala.

Keith hundió los hombros y suspiró, echando la cabeza atrás. La tarde del diecinueve de mayo estaba siendo agradable y se notaba que el calor iba llegando poco a poco.

—¿Cuándo viene la hermana de Aiden? ¿Se llama Anne?

—Viene esta tarde, y se llama Arianne. Le llamamos Ari, de todos modos. Bueno, todos menos Aiden. A él le gusta fastidiar a su hermana porque no le gusta Arianne.

—¿Y eras virgen antes de estar con Aiden? —me preguntó Keith, levantando una ceja.

—¿A qué viene esa pregunta? —me ruboricé.

—Por curiosidad —se encogió de hombros.

Suspiré y miré hacia otro lado.

—Lo hice con un chico el último año de instituto.

—¿Te arrepientes de ello? —Keith se dio cuenta de mi respuesta.

—Sí, mucho —confesé—. Fui tonta y estúpida. Ni siquiera era mi novio. Dios, Simon ni siquiera me gustaba, solo bebimos un poquito más de la cuenta y… Bueno, a la que fui yo de nuevo vi qué había ocurrido.

Keith me sonrió con un poco de pena. Lo vi en sus ojos.

No estaba orgullosa de ello, y aunque pareciese un tanto absurdo, habría tenido ganas de haber esperado a la persona especial para compartir mi primera vez. Haber esperado a Aiden. Pero yo lo consideraba como tal, porque ni siquiera recordaba aquella noche de borrachera en mis años de instituto. El único hombre que recordaba era Aiden.

—¿Hubo otros chicos hasta Aiden? —me preguntó Keith, sacándome de mis pensamientos.

—Uno en la facultad, en realidad. Se llamaba Charlie. Llegamos a besarnos y a algunas citas, pero descubrí que estaba jugando a dos bandas, así que le dije que no quería que nos viésemos más y le di una bofetada.

—Joder chica, tienes los ovarios bien puestos —reímos juntos y después se quedó en silencio—. ¿Él lo sabe? Todo esto que me estás contando.

—¿Quién?

—Aiden.

—Oh… —me quedé en silencio— Sabe lo de la facultad, pero no lo de Simon.

Keith entornó los ojos.

—¿Y no crees que sería importante contárselo? Es decir, es algo de tu pasado y creo que es importante que él lo supiera.

Llevaba razón. Aiden me había contado sus más preciados secretos. Había confiado en mí para que se los guardara y me había entregado su corazón. Era justo que yo hiciera lo mismo con los míos.

—Se lo diré —le prometí.

En realidad no supe por qué se lo estaba contando todo, pero algo me dijo que él era de confianza.

Keith sonrió y me dio un abrazo, sintiendo la fuerza a través de su cuerpo, pero cuando se despegó de mí, me miró con aquellos ojos llenos de alguna intención un tanto extraña. Se acercó más a mí y miró la puerta por detrás de su hombro, con ojos cautelosos y chispeantes de emoción. Gala comenzó a ronronear y amansó la tensión en el ambiente. Keith entornó los ojos al mirarme, y entonces supe que fuese lo que fuese que me preguntara, iba a incomodarme.

—Quisiera saber algo… —me quedé en silencio. “Que alguien me salve de esta…”— ¿Qué tal es Aiden en la cama?

Keith esperaba una respuesta y carraspeé para apartar disimular mi incomodidad y vergüenza, en vano.

—Es… —murmuré más para mí misma que para darle una respuesta.

—¿Es, cómo?

—¡No te lo voy a decir!

—Vamos, puedes decírmelo. Juzgando por hace dos semanas, debe ser realmente bueno porque, chica, cómo gritabas…

—¡Por eso mismo no te lo voy a decir! —me sonrojé de pies a cabeza.

Keith se apartó un poco del sofá y me miró con una ceja levantada.

—Eh, que no te voy a robar el churri, leona. Pero ya que no me vas a decir qué tal es tu yogurín británico en la cama, esto sí que me lo tienes que decir. ¿Se depila, o no?

—Oh, por Dios… —escondí mi rostro entre mis manos e intenté huir del mundo.

Justo en el peor momento, Aiden abrió la puerta y entró al piso

cargado de bolsas con la comida para la semana entrante.

—¡Hola, chicos! —saludó inocente y yo aún temí más por la poca indiscreción de Keith— El, he traído este pan calentito, recién salido del horno para poder hacer unos bocadillos.

Keith soltó una carcajada y aplaudió, guiñándome el ojo.

—¡Keith! — golpeé su brazo, pero no me hizo caso.

Quise que la tierra me tragase entera o que me enterrasen viva y que nadie nunca supiese de la existencia de una persona llamada Elionor Broome. Que me dejara morir allí sola; al menos no pasaría vergüenza.

—¿De qué estabais hablando? Yo también me quiero reír —preguntó Aiden confundido y frunciendo el ceño.

—Aiden, no… —intenté avisar.

—De si te depilas ahí —lo señaló— o no.

Aiden se quedó callado en el mismo sitio en el que estaba y arqueó una ceja, dándose la vuelta y guardando la compra en los armarios y nevera.

—Ni siquiera voy a preguntar por qué hablabais de eso…

—Mejor no lo hagas… —dije, intentando aparcar el tema, que no se volviera a hablar de eso.

Keith aplaudió y después se levantó.

—Bueno, pajaritos, no hagáis mucho ruido esta noche y utilizad siempre protección. El preservativo es vuestro amigo. ¡Que os vaya bien y hasta mañana! ¡Sexo duro pero seguro!

Y tan rápido como el tema hubo surgido, se marchó, dejándonos más incómodos de lo que jamás habíamos estado.

—Ese chico no tiene filtro alguno —dijo Aiden alzándose sobre los dedos de sus pies para llegar hasta lo más alto del armario.

—Hablas tú, el más santo de todos —suspiré y intenté esconder una risita tonta.

Iba a matar a Keith. Había visto muchos episodios de American Horror Story para poder planear un asesinato macabro sin dejar huellas.

—Se tienen que poner las sábanas en el sofá —dijo Aiden saliendo de la cocina, cambiando de tema a la vez que se rascó la nariz e iba a nuestra habitación.

Arianne iba a dormir en el sofá, que se convertía en una cama de matrimonio. Me tendió unas sábanas de color azul y comenzó a desmontar el sofá, pero Aiden paró a mitad del proceso y me miró fijamente a los ojos, con una sonrisa juguetona bailando en sus labios.

—Elionor…

—¿Sí? —levanté la cabeza y le miré a los ojos.

—¿Te gustaría que me depilara? —sentí mis mejillas enrojecer y le tiré un cojín que le dio de pleno en la cara— ¡De acuerdo, de acuerdo! Me callo… pero házmelo saber si te gusta más.

El trayecto a Grand Central Station fue algo incómodo. No podía olvidar lo que había pasando minutos atrás, y de verdad quería olvidarlo, pero no pude. Seguía repitiéndose una y otra vez en mi cabeza mareándome.

La estación era enorme, incluso más que King's Cross. Esperamos pacientemente la llegada de Arianne frente a la gran pantalla de horarios y supimos que había llegado allí cuando un grito llamó la atención de cada una de las personas presentes. Como en una película, dejó las maletas caer al suelo y corrió a los brazos de su hermano, provocando de él retrocediera unos pasos, aunque se hubiese preparado para recibirla.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó Arianne con su perfecto acento inglés, igual que el de su hermano.

—Te he echado de menos… —respondió él abrazándola aún más fuerte, riendo también.

Las piernas de Arianne rodearon la cintura de Aiden, y sus brazos el cuello. Su alegre naturaleza rebosaba de vitalidad y yo también me alegré mucho de verla. Aunque Aiden no lo demostrase, sabía cuánto había echado de menos a su hermana. También a Pierre, aunque él iba a tardar unos días en llegar.

—¡Elionor! —exclamó lanzándose a mis brazos en cuanto sus pies tocaron el suelo— ¡Tenía muchas ganas de veros a los dos! ¿Qué me contáis? ¿Y Gala? ¿Ha tenido ya el gatito? Apuesto a que tenéis muchas cosas que explicar. ¡Esto es Nueva York! Veréis que esta noche no dormimos

—¿No tienes sueño? —preguntó Aiden recogiendo la maleta que ella había dejado caer al suelo a mitad de su carrera.

Había tenido un vuelto de diez horas y seguía con la misma vitalidad que siempre. Quería que me contase el secreto.

—¿Bromeas? ¡Estoy más activa que nunca! Quiero que me lo enseñéis todo de Nueva York. Mamá me ha dicho que trabajáis en Rockefeller Center, ¿sabes lo guay que ese ese sitio? ¡Oh! ¡Dios mío, Aiden, estoy tan emocionada! Necesito un café. ¿Dónde hay una cafetería?

Los rizos de Arianne revolotearon por todos sitios mientras ella movía la cabeza en busca de una cafetería.

Algo me dijo que Aiden y yo nunca íbamos a aburrirnos con Arianne con nosotros.

Aquella noche íbamos a cenar pizza, teníamos que celebrar que Arianne había llegado y, aunque supiese que no debía comer de aquello, una noche era una noche. Eso sí, que nadie me quitara la Coca-cola.

—¿Qué queréis beber, chicos? —pregunté en voz algo más alta de lo normal para que me escuchasen bien desde la cocina.

—¡Una cerveza, por favor! —me respondió Aiden desde la pequeña terraza, donde se encontraba afinando la guitarra.

—¡Yo otra! —dijo Arianne, entrando a la cocina también.

—Ni hablar —le respondió Aiden.

—No te lo decía a ti, cotilla —gritó ella, rodando los ojos.

—Ni yo a ti, estúpida.

—¿Entonces a quién se lo decías, a la pared?

—No, a Elionor. Lista.

Aiden se rindió sin argumentos con los que arremeter y Arianne le enseñó la lengua cuando le di la cerveza, aunque su hermano dijera lo contrario. Le guiñé un ojo y ella la abrió, tomando un sorbo y saliendo de la cocina. Miré el reloj de la pared y saqué las pizzas del horno, no quise que se quemaran. Las corté en triángulos pequeños y las llevé a la mesa de la terraza, donde parecía que Arianne y Aiden continuaran su discusión, como de costumbre.

—Aún no tienes dieciocho años. Además, estando en Estados Unidos, ni con dieciocho podrías beber —siguió Aiden.

—¿Has pensado que esto te incumbe a ti también, idiota? —le respondió la menor.

Aiden se quedó callado ante el contraargumento de Arianne y hasta yo reí, viendo cómo le desarmaba.

Les coloqué a ambos dos trozos de pizza para que comieran y me senté a su lado, observándolos. En realidad estaba siendo divertido. Había echado de menos sus graciosas discusiones, y supe que ellos también se habían echado de menos el uno al otro.

—Como te suba a la cabeza y mamá se entere, juro que la que te enterarás eres tú. Elionor es testigo de mis palabras —amenazó Aiden esta vez, apuntándola con el índice.

—Eh, a mí no me metáis en esto —reí y me apoyé en el respaldo de la silla, mordiendo mi trozo de pizza.

El atardecer estaba siendo bonito. Hacía poco habíamos instalado unas pequeñas lucecitas alrededor de la terraza, por lo que le daba un ambiente encantador.

—¿Quieres que te recuerde ese día? —amenazó de vuelta Arianne, arqueando una ceja.

—No fue lo mismo —respondió Aiden rodando los ojos.

—Tenías quince años y fue muy vergonzoso. Aún recuerdo los

gritos de Papá y Mamá.

—Adelante, cuéntala. No me importa —Aiden hizo un ademán con la mano, dándole paso a que su hermana hablase, y volvió a las cuerdas de su guitarra.

Miré a Arianne, quien parecía sorprendida por algo, y después comenzó a explicar la historia.

—Una amiga celebró su decimoquinto cumpleaños en el bar al que fuimos cuando viniste a Holmeshire, y Aiden estaba perdidamente enamorado de una chica del instituto que lo rechazó bastantes veces, y terminó lloriqueando por ella durante la fiesta. Cuando llegó a casa, todos estábamos durmiendo y él cogió todas las botellas de licor y se las bebió mientras cantaba All by myself. Vomitó en los pies de Mamá. Fue penoso.

Aiden escondió una sonrisa mientras escuchaba a Arianne contar la historia. Sus dedos no pararon de arpar las cuerdas de la guitarra de un modo aleatorio, o quizás a propósito, pero no pude evitar soltar una carcajada al imaginar una imagen adolescente de Aiden llorando mientras continuaba bebiendo y bebiendo. Justo como aquella vez en mi casa a principios de noviembre.

—Recuerdo el enfado de Mamá al día siguiente —rio él.

—Pareció la tercera Guerra Mundial. Mamá tuvo que bañarle en agua fría para que le bajara el alcohol.

—Dios… — exclamé aguantándome la risa, tapándome la boca con la mano.

—No pude mirar a Claire nunca más a los ojos. Y el día siguiente me lo pasé disculpándome a Marie por estropear su fiesta —rio Aiden y tanto Arianne como yo nos miramos la una a la otra, aguantándonos la respiración. ¿El cumpleaños había sido el de Marie? —. ¿Qué? ¿Es que no puedo hablar de ella?

No pareció que tuviera ningún problema en pronunciar su nombre, y me sentí muy orgullosa de él, porque eso significó que lo había superado. Sonriéndole, le pedí que nos cantara una canción. Dijo que había estaba trabajando en ella, y la reconocí de la noche en que nos bañamos juntos.

Aiden carraspeó la garganta y mordió un trozo de su pizza, después volviendo los dedos a la guitarra. Sonreí y continué escuchando su ronca voz cantar. Nunca me cansaría de decir que su acento me mataba. Era la manera en que la raspaba, su modo de pronunciar las palabras tan distinta a la mía y, sobre todo, sus ojos clavándose en los míos. Dedicándome la canción solo a mí. Me sentí especial; tan especial como él lo era para mí.

La tonalidad y el ritmo de la canción cambiaron a algo más rápido y sin mucho tiempo para pararse y coger aire para recitar las

palabras. Aiden terminó su pequeño arpado y tanto Arianne como yo aplaudimos. De repente, él se levantó dejando la guitarra en la silla en la que estaba sentado y me cogió de la mano para atraerme a él y besarme justo en los labios. Cogí su rostro entre mis manos y sonreí en su beso, sintiendo el amor en él.

—¡Puaj, qué asco me dais! —exclamó Arianne, levantando las manos y tapándose los ojos.

Aiden sonrió y apoyó su frente en la mía, haciendo ver como si su hermana pequeña no estuviese allí con nosotros.

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

Justo en ese momento, se acercó para volver a besarme, pero una voz que no era la de Arianne fue la que nos sacó de nuestra burbuja.

—Eh, tortolitos, que hay menores presentes.

Ambos nos dimos la vuelta hacia la puerta de la terraza y vimos a Keith apoyado en el marco, con los brazos cruzados y una sonrisa en su rostro. Detrás de él iba Tyler, quien parecía disculparse por la intrusión con la mirada, pero también escondiendo una.

—¿Cómo es que cada vez que nos encontramos os estáis besando o haciendo guarradas? ¡Dadnos un respiro! —rio, disfrutando de mi ronrojo — Pequeña Harris, tápate los oídos.

Aiden me rodeó más fuerte entre sus brazos y me besó la frente, apartando algunos mechones de cabello que me tapaban los ojos.

—Yo soy Tyler y él es Keith. No sé cómo te llamas, pero eres igual a Aiden —dijo Tyler, extrañamente hablando.

Tyler solía ser más silencioso que Keith, aunque se veía desde lejos que estaban hecho el uno para el otro.

—Me llamo Ari. Suelen decirnos que nos parecemos, pero él es feo y yo soy guapa —se presentó ella.

—¡Habláis igual! —exclamó Keith, entusiasmado.

Solté una pequeña carcajada aún entre los brazos de Aiden y le abracé por la cintura.

—En realidad es Arianne, pero tiene la manía de hacerse llamar Ari. Arianne, Keith y Tyler son nuestros vecinos —aclaró Aiden.

—Nos han ayudado mucho desde que llegamos a Nueva York — añadí sonriendo, a lo que Keith movió la mano desinteresadamente.

Pero era la verdad. Ellos nos habían ayudado en muchísimas cosas, tanto fuera de dónde se encontraba el supermercado más cerca, a darnos un puesto de trabajo.

—La puerta estaba abierta y ya sabéis que Keith es una vieja cotilla. En realidad, él me ha arrastrado —respondió Tyler.

“Típico de Keith y típico en Tyler, también”.

—¿Estáis haciendo una fiesta? ¡Me encantan las fiestas! —exclamó

Keith.

—No especialmente. Solo estábamos pasando la noche. Mi hermana ha llegado hoy de Inglaterra —explicó Aiden y fue a apartar la guitarra de la silla para que se pudieran sentar.

Después de la pequeña interrupción, nos sentamos los cinco a terminar los pocos trozos de pizza que quedaban. Sabía que debería estar enfadada con Keith por entrar sin permiso a nuestra casa, pero estando allí sentada en el regazo de Aiden, recibiendo algún pícaro beso en el cuello u hombros, viendo lo feliz que era allí con su hermana, me hizo olvidar los problemas.

Olvidé que habían tumbado una ficha de su ajedrez.

Olvidé que Aiden había perdido una de las mayores oportunidades en su vida para cumplir su sueño realidad.

Estaba decidida en ayudarle. Igual que decía en la canción que había cantado hacía unos minutos, él iba a hacer todo lo que yo quisiera. Más me una vez me había dicho que si pudiese, hasta encontraría el modo de subir al cielo y coger una estrella para mí.

"¿Desde cuándo te has vuelto un cursi?", le preguntaba con una sonrisa y un suspiro interior.

"Desde que me encanta ver cómo te niegas a ti misma que te encanta que te diga estas cosas", me respondía antes de un beso.

Pero yo no quería nada de eso, yo deseaba su felicidad, e iba a ayudarle a cumplir su sueño, a ser feliz con él. Estaba decidida a hacer escuchar mi voz y la de Aiden en la discográfica del amigo de Dave. Después de todo, no habíamos ido a Nueva York para nada.

Capítulo 29

Nunca subestimes a una chica

Abrí un ojo y vi que la casa estaba en silencio.

Aiden continuaba durmiendo a mi lado. Su cabeza estaba ladeada hacia el costado contrario a mí, y su plácida respiración profunda me dijo que estaba teniendo un sueño tranquilo. Sus dedos se aferraron ligeramente la sábana y me dediqué a acariciar su cabello. Era precioso. Insanamente bonito.

Cuando aún no sabía quién fue Marie para él, me pregunté quién podría haber hecho daño a un ángel como Aiden. Alguien puro; con tan buenas intenciones y tantos sueños por cumplir. Y me sentí orgullosa de decir que allí estaría yo para ayudarle y verle triunfar sobre sí mismo. Así que tuve que ir rápido para que él no supiese nada de todo aquello.

—Prometo que cumplirás tu sueño. Te lo prometo. Te quiero —susurré en su oído y besé delicadamente su suave mejilla.

Aiden sonrió en el sueño y acaricié su rostro, contagiándome la felicidad de aquella sonrisa.

El viernes había amanecido claro. Mientras me tomaba el café, encendí el ordenador portátil y busqué la dirección exacta de la discográfica, sabiendo que estaba en Manhattan. Salí de casa con el bolso colgando de mi hombro y miré la dirección que tenía apuntada en un papel. No sabía muy bien dónde estaba, pero supuse que preguntaría a alguien una vez llegara allí.

Tampoco supe qué iba a esperar, pero quería que me escucharan porque desde el primer momento que vi a Aiden, me enamoré de su voz; en Baker Street, en la ventana de su apartamento cantándose a la luna, en Portobello Road… Realmente tuve curiosidad por saber por

qué le habían rechazado. De todos modos, llevaba grabaciones en un pen drive, por si servía de algo.

Una vez hube llegado a Manhattan, pregunté a una señora de unos sesenta años, aproximadamente, y me dijo que había estado de suerte, porque caía a dos calles más adelante de dónde estábamos. Le di las gracias y me dirigí allí, pero entonces mi teléfono comenzó a canturrear desesperadamente y temí que fuese Aiden. Estuve a punto de no responder, pero suspiré con alivio al ver que no era Aiden, sino Stephanie.

"¿Stephanie?", me pregunté a mí misma, alzando una ceja en confusión.

Descolgué.

—¿Diga?

—Eh… Eres Elionor, ¿verdad?

—Sí, soy yo. ¡Qué sorpresa, Stephanie!

—Hola —me saludó en una pequeña risita—. Quería preguntarte si querías que diésemos una vuelta juntas esta tarde.

Si algo había aprendido en el poco tiempo en que llevábamos trabajando juntas, era que Stephanie una persona muy tímida.

—Claro, ¿a qué hora?

—¿A las cinco en Central Park?

—¿Y por Brooklyn? Vivo en Brooklyn —le dije.

Había bonitas zonas en Brooklyn.

—Aún mejor, yo también vivo allí —rio Stephanie—. Podemos ir al Brooklyn Bridge Park y tomar un helado —propuso.

—Estaría genial —sonreí.

Nos despedimos la una de la otra y continué mi camino hasta la calle indicada en el papel.

El edificio en el que estaba la discográfica no era muy grande, más bien parecía un simple bloques de pisos, pero entré, de todos modos.

"Sanders' Records", se llamaba. Estaba en el tercer piso.

Cuando llegué, golpeé mis nudillos en la puerta. No parecía ser muy profesional todo aquello, más bien estaba bastante dejado y me recordaba a mi bloque de pisos en Londres. Pocos segundos después una chica me abrió la puerta, mirándome de arriba a bajo.

—¿Eres Alice King? —preguntó, con extraña desesperación en sus ojos.

—No… —respondí algo confundida y ella suspiró aliviada.

—¡Gracias a Dios! Creo que si aparece una vez más, me tendrán que arrestar.

Me encogí de hombros. Tenía un acento bastante molesto, a decir

verdad. Claramente era de Nueva York, ya me había acostumbrado a escucharlo, pero era como si su voz fuese molesta, algo así como un chihuahua ladrando repetida y estrepitosamente.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó finalmente

—Quisiera hablar con el director de esta discográfica, por favor —pedí educadamente.

La chica rubia me hizo pasar y vi el lugar en condiciones. Oí voces procedentes de algún lugar, de vez en cuando unos cuantos aplausos y gritos de victoria.

—Mucho me temo que el señor Sanders no puede atenderte ahora mismo, está con un cliente bastante importante ahora mismo. Pero puedo darle el mensaje y te llamará en cuanto pueda.

"Ese cliente debería ser Aiden", pensé.

Me condujo a través de un comedor con un escritorio y se sentó en una silla, yo en la otra, justo opuesta a ella y mirándola. Algunas fotografías de un señor de unos treinta o cuarenta años, aproximadamente, estaban colgadas en la pared dándole la mano a gente o simplemente con amigos, por lo que pareció. La chica carraspeó la garganta y volví mi atención a ella. Vi en la placa del despacho que se llamaba Amelia Sanders.

—¿Vienes aquí con tu música? ¿O eres otra Alice King que continuará intentando venderme sus berridos por teléfono? —preguntó Amelia, cogiendo un papel y un bolígrafo.

—No sé quién es Alice King, pero vengo aquí por… por otra persona —Amelia levantó una ceja y me miró con interés. No quise decir que era mi novio… quizás iba a causar una impresión incorrecta —. Aiden es músico, y somos amigos de David Lake, propietario de un pub en Portobello Road, Londres. Es amigo del señor Sanders.

Amelia asintió, esperando a que continuase hablando, repiqueteando sus pulidas uñas en la mesa de madera en ritmo continuo.

—El señor Lake le dijo a Aiden que había hablado con el señor Sanders para que escuchara algunas de sus canciones, pero ayer ustedes le llamasteis diciendo que no os interesaba su música, y quisiera saber por qué exactamente la han rechazado —terminé de contar.

Amelia suspiró y sentí todos los músculos del cuerpo tensárseme, estando alerta a lo que la chica iba a decir. Sus cejas morenas se alinearon en su frente y vaciló a la hora de hablar, pareciendo que dudaba sobre qué palabras usar.

—¿Tiene Aiden representante? Para todos estos asuntos preferimos contactar con ellos— preguntó ella.

¿Representante?

“Vamos, Elionor, piensa…”

—También lo soy yo, Elionor Broome — sonreí mintiendo, intentando parecer convincente.

Honestamente, no se me daba muy bien el mentir, pero pareció que funcionó porque apoyó su espalda en el respaldo de la silla y me observó atentamente.

—Sinceramente, entre tú y yo, Elionor… Mi padre no ha escuchado nada de Aiden.

—¿Cómo? —conseguí pronunciar sin creer lo que me estaba diciendo.

—Mi padre nunca escucha ni vídeos ni grabaciones. Él prefiere que la persona esté presente en el estudio y entonces sospesar la posibilidad de un contrato.

—Pero Dave dijo que se lo había enviado y dicho que les había gustado…

—Mi padre siempre dice sí a todos los vídeos y grabaciones que le envían para que se presenten en el estudio.

Todo encajaba, pero lo que continuaba colgando como un péndulo era el por qué Dave no nos había advertido de aquello y dicho que el señor Sanders no aceptaba a nadie que no se presentara en el estudio.

—Pero debe haber alguna equivocación. Aiden cantaba en el pub —insistí.

—Créeme, no me suena de nada ningún Aiden —dijo Amelia mirando entre papeles, repasándolos—. ¿Puedes decirme su apellido?

—Harris.

Amelia miró por el cajón, donde había miles de papeles y carpetas,

—No, no tenemos ningún Aiden Harris en la lista.

Me hundí en la silla y sentí las ganas de llorar. Las lágrimas ya comenzaban a picar en mis ojos. Le había prometido que lo arreglaría, le había prometido que lo escucharían y se darían cuenta de su gran talento.

—Se lo prometí, Amelia. Le prometí que lo escucharían porque es su sueño. No sabes lo que ha luchado por llegar hasta aquí —susurré en voz alta, permitiéndome el privilegio de tutearla.

Sus ojos me miraron con tristeza y una extraña comprensión, y sentí más lágrimas al recordar la expresión tan feliz de Aiden la noche anterior, cantando con Arianne y conmigo. Se me rompió el corazón. Cada vez las oportunidades estaban siendo más y más ínfimas.

—¿Tienes algo suyo aquí? —me preguntó Amelia, acercándose a mí por encima del escritorio.

Rápidamente reaccioné y le di el pen drive en el que había grabado algunos vídeos de él cantando. Ella lo conectó en el ordenador portátil que tenía a su izquierda y seleccionó un video

aleatoriamente. Inmediatamente sonreí al escuchar la voz de Aiden presentar la canción que cantaba en el pub de Dave. Recordé aquel día como si hubiese sido el día anterior, y me había aprendido la letra de memoria, visualizando su boca pronunciar las palabras con aquel acento tan bonito que tenía.

—¿Es inglés? —preguntó Amelia con sorpresa.

—Sí —sonreí, mirándome las manos.

Los acordes de la canción de Aiden comenzaron a llenar la sala de visitas de la discográfica Sanders' Records y observando los ojos de Amelia brillar. Quizás no estaba tan perdido, después de todo. La canción de Aiden tomó un giro inesperado y cambió absolutamente el tono de esta. Era una de las cualidades que tenía su música.Era capaz de cambiar el tono, pero sin cambiar la armonía. Las emociones de Aiden estaban puestas en cada nota que él raspaba en las cuerdas de su guitarra, en cada arpado y en cada sílaba. La canción terminó y escuché la voz de Aiden agradecerle al público su atención.

—Vaya, es realmente muy bueno… Tiene una voz muy bonita, rasgada y absolutamente personal, que es precisamente lo que la industria de la música necesita ahora mismo —murmuró Amelia, mirándome a los ojos y sentí mi pecho inflarse de orgullo—. ¿Puedo escuchar otra?

—Por supuesto. Tantas como quieras —respondí.

Amelia sonrió y abrió otro de los vídeos que había grabado. Esta vez me escuché a mí misma diciendo «¿Preparado? Tres, dos, uno… ¡Ya! ¡Venga, Aiden, ya estoy grabando!», después su torpe risa y los acordes de una canción algo lenta y pegadiza. Amelia subió el volumen. La recordaba perfectamente, había estado bastantes días trabajando en ella y cambiando cada palabra que escribía, pero había acabando siendo perfecta.

—¡Amelia! ¿Quién está cantando? ¿De quién es esa voz? —se escuchó una voz que se acercaba hacia donde estábamos Amelia y yo, y finalmente apareció un hombre de unos cincuenta años, aproximadamente— ¿Eras tú quién cantaba? —me preguntó señalándome con el dedo.

Sus ojos me miraron hambrientos de una respuesta y negué con la cabeza.

—Papá, la señorita Broome ha venido con unas grabaciones de Aiden Harris, y permíteme decir que es realmente…

—¿Ese es Aiden Harris? Recuerdo que Dave me habló de un chico joven, inglés, que era una joya —preguntó algo incrédulo, interrumpiendo a su hija.

Pero quien estaba más sorprendido de los dos, era yo. ¿Sabía el señor Sanders quién era Aiden?

—Sí —respondió Amelia, rápidamente.

—Por eso Dave era tan insistente… —murmuró el hombre y enarqué una ceja; entonces se giró a mí y me miró fijamente a los ojos, que eran igual de oscuros que los de Amelia— Dile a Aiden Harris que le quiero el martes a las nueve de la mañana en mi estudio.

Asentí rápidamente con el cuerpo temblando y con lágrimas amenazando con derramarse por mis mejillas, en caída libre. De reojo vi la gran sonrisa en el rostro de Amelia y me guiñó el ojo.

—Ahí estaremos, se lo prometo. Muchísimas gracias por la oportunidad.

Después de todo, quizás sí que podría cumplir mi promesa.

Tenía un grave problema: ¿cómo le decía yo a Aiden que tenía que ir al estudio el martes por la mañana? Además, teníamos que ir a trabajar, pero teníamos la gran suerte de que nuestros jefes eran los vecinos del primero y si les explicábamos el motivo, quizás nos excusarían.

Aiden me había llamado dos veces y no le había respondido. Suponía que en la discográfica no habría cubertura o yo había estado demasiado distraída como para escuchar el teléfono sonando, pero también me había enviado un mensaje con un:

«¿Dónde estás? No contestas las llamadas…»

Le envié uno de vuelta para que no se preocupara por mí, que estaba de camino a casa.

Justo cuando subí al vagón del metro, vi que eran las once menos cuarto de la mañana. Aún quedaba mucho para ir con Stephanie.

Abrí la puerta con lentitud y escaneé el comedor sin encontrar a nadie, ni siquiera Arianne o Gala. Dejé el bolso encima de la mesa y me deshice de la chaqueta, colocándola en el respaldo de la silla.

—¿Aiden? —pregunté.

—Estoy en la terraza —escuché su suave voz, relajada y grave.

Me dirigí allí y vi que estaba sentado en una silla con las piernas encogidas en ella y descalzo (como era ya de costumbre) fumando. Gala estaba estirada en en suelo justo en medio de un rayo de sol, disfrutando de la primavera a su más esplendor. En el cenicero había al menos como unas tres colillas, que desde luego no habían estado la noche anterior allí porque era muy estricta con aquel tema. A la gente que no fumábamos nos molestaba mucho el olor.

—¿A dónde has ido? —preguntó antes de llevar el cigarrillo a su boca.

—Aiden, no me gusta que fumes tanto —fruncí el ceño y me senté a su lado.

—N'importe quoi —rodó los ojos y le dio otra calada al cigarrillo, expulsando después el humo.

No entendí lo que dijo, pero supe que había sido algo irónico.

—¿Dónde está Arianne? —le pregunté.

—Ha ido con Keith y Tyler a dar una vuelta por el barrio mientras yo esperaba a que llegases, ya que no me respondías a las llamadas. Ahora contéstame, ¿a dónde has ido tú?

Me removí incómoda en la silla e imité a Aiden, me quité los zapatos y los alcé para colocarlos en su silla.

—No sé cómo comenzar ni cómo te lo vas a tomar —confesé.

—¿Tan malo es?

—No, pero…

—Entonces dilo. Prometo no enfadarme —aguantó el humo entre sus labios en un modo burlón.

¿Y si se lo tomaba como una deshonra hacia él mismo porque había tenido que ir yo en vez de él?

—He ido a la discográfica del amigo de Dave —dije sin rodeos.

Aiden paró el camino de su mano hasta su boca y me miró arqueando una ceja.

—¿Que tú qué?

—He ido a la discográfica, y antes de que te pongas histérico quiero decir que…

—Elionor… —me cortó Aiden.

El tono que había usado no era el que acostumbraba a utilizar y aquello me asustó un poco, pero al menos no me había gritado.

—Prometí que te escucharían y lo han hecho. Bueno parcialmente, a través de un ordenador, pero cuenta que te han oído.

—Pero ya me llamaron diciendo que no les interesaba. Por eso me llamaron, El. ¿Por qué has ido?

—Porque no me quedé tranquila. No te dijeron el motivo y eso era extraño, ¿sabes? Así que he ido y la secretaria me ha dicho que el señor Sanders, el propietario, realmente no ha escuchado nada tuyo porque él prefiere que vayas tú y no una grabación. ¿Cómo se supone que vamos a saberlo si no lo dice? Bueno, el caso es que se lo he enseñado y le ha gustado.

Aiden cerró los ojos y vi la mueca de confusión en su cara.

—Espera —alzó la mano y me quedé en silencio—. ¿A qué te refieres con que no me habían escuchado cantar? ¿Cómo rechazas a alguien sin saber qué es lo que tiene que ofrecerte?

—Ahí está la cuestión. No me gusta dejar los cabos sueltos. Ahí había algo que no encajaba, así que he ido.

—¿Y qué es lo que te han dicho? —preguntó increíblemente

calmado.

Su voz denotó confusión, miedo y emoción; sin embargo, no lo demostró.

—Que tienes que estar el martes a las nueve de la mañana allí y… Bueno, te harán alguna prueba, o yo qué sé —dije, nerviosa.

Aiden tomó la última calada de su cigarrillo y justo después lo apagó. Llevó las manos a sus pies y cogió los dedos, mirando a ningún punto en concreto del suelo. Dejó escapar el humo lentamente entre sus labios y después se echó a reír.

—¿Aiden? —pregunté y estalló en carcajadas.

¡Es que no podía parar de reír! Echó su cabeza al cielo y vi con claridad el hoyuelo que se marcaba en sus mejillas cada vez que sonreía. Las venas y tendones de su cuello se hicieron visibles al mismo momento que el hoyuelo, y Gala se despertó, escaneando el lugar y parándose en Aiden.

—¡No sé si reír o llorar! —soltó entre carcajadas.

Y allí estaba yo, sentada en la silla sin saber qué hacer.

Tampoco sabía si arrepentirme de haber ido o no. ¿Habría hecho bien?

—Aiden… —dije con un poco de miedo.

—No digas nada —alzó una mano y después la dirigió a su estómago, como si quisiera controlar su carcajada.

—¿Estás bien?

—De maravilla. ¡Nunca he estado mejor! —continuó riendo como si no hubiese mañana.

Sus ojos brillaron como mil aguamarinas a la vez.

—Pero di algo, no sé… Algo —sonreí nerviosa.

—Algo —continuó riendo.

—No eres gracioso.

—Por supuesto que no. Soy Aiden, no Gracioso —y rio aún muchísimo más.

Rodé los ojos y me puse de pie. La situación estaba siendo absurda.

—Pero dime lo que sea respecto a todo esto. He ido allí, Aiden. Dime algo. Y no se te ocurra responderme “algo”.

—¿Pero qué puedo decir si tengo la mejor novia del mundo? —él también se puso de pie y me abrazó por la cintura— Sé que lo has hecho con buena intención, pero no sé si reír o llorar porque una parte de mí piensa cómo he podido ser tan estúpido y no habérseme ocurrido antes. Pero, sin embargo, has ido allí por mí, por ver mi sueño cumplido y creo que es lo más bonito que alguien ha hecho por mí.

Me sentí halagada. Me sentí muy feliz por haberle hecho feliz a él.

—Entonces, ¿no estás enfadado? —intenté asegurarme.

Aiden levantó la cabeza y me dio un beso. Después me arrastró con él hasta su silla y nos acurrucamos los dos, rodeándome con sus brazos.

—No sé qué haría sin ti… Muriéndome de asco en Londres, posiblemente. Me has salvado, Elionor Broome.

A medida que sus palabras se colaron por mis oídos e iban siendo analizadas, cogí sus manos y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Tú también me has salvado —sonreí, recostando la cabeza por encima de su hombro.

—¿De qué puedo haberla salvado yo a vos, mademoiselle? —volvió con el juego de las formalidades.

—De mí misma. De mis inseguridades. De mis miedos. De olvidar que solo hay una vida, y que se tiene que vivirla.

Nos quedamos en silencio y pasaron diez minutos hasta que él volvió a hablar. Era una mañana de mayo muy tranquila. Él y yo juntos, solos en nuestra burbuja de felicidad, y entonces vi claramente que lo nuestro iba a ser para siempre porque nos necesitábamos el uno al otro.

—Quiero hacerte el amor… Ahora —susurró Aiden en mi oído, mordiendo levemente el lóbulo de mi oreja con sus incisivos.

Pocos minutos después nos encontramos enredados entre las sábanas.

Aquello no era lujuria, sino amor. Enredé mis dedos en sus rizos dorados, sentí su aliento en la piel de mi cuello cada vez que me decía que me quería, y vi sus ojos cerrarse de placer cada vez que fui yo quien dominó al montarme en sus caderas. Sentí sus dedos entrelazarse con los míos cada vez que ambos llegábamos a nuestro punto más alto, grabando nuestro nombre con susurros en la pared de nuestra habitación.

Aiden apoyó su cabeza en mi pecho, encogiéndose y aferrándose a mi cuerpo como un niño pequeño al entrelazar nuestras piernas. La sábana era lo único que nos cubría. Mis dedos acariciaron la piel de su nuca, y sus yemas trazaron dibujos invisibles en el valle de mis pechos. Ese momento estaba siendo nuestro y solo nuestro. Tan solo tuve ojos para el hombre que descansaba en mi pecho; sereno, paciente.

—¿Crees que Marie sabía que todo esto iba a ocurrir? Que tú aparecerías en mi vida, y que ese fuese el motivo para decirme que ya no me quería más. Para darte paso a ti —me preguntó después de un largo momento de silencio.

Suspiré y él me besó en le pecho. Seguía sin acostumbrarme a que

mencionara a Marie como si nada, y de nuevo volví a sentirme orgullosa de él.

—Estoy segura de que Marie te quería a millones, y sigue haciéndolo esté donde esté.

Se removió y dejó ir mi cintura para cogerme las manos y entrelazar sus dedos con los míos, jugando con el anillo que me regaló en París.

—¿Crees en el Cielo?

—¿A qué viene esa pregunta? —me extrañé.

—No sé —se encogió de hombros.

—No sé si existe el Cielo o no, pero creo que todos vamos a un mismo lugar en el que podemos descansar en paz. Creo que Marie está allí viéndonos y sonriendo, viendo que tú eres feliz.

—Tienes razón, soy feliz. Lo más importante es que estamos juntos. La música es secundaria. Como tú, creo que está en algún lugar, viéndonos ser felices, velando por nosotros.

Me quedé mirando al chico que valía no solo tres, sino mil veces todo el oro del mundo.

—Te quiero, Aiden —susurré y después de alejarse de mis labios se echó a reír de nuevo—. ¿De qué te estás riendo?

—Pronuncias demasiado la última e. Siempre me ha hecho gracia.

—Y tú nunca dices la erre final del mío —le seguí el juego y volvió a lanzarse a mis labios, atrapándome entre la jaula de sus brazos.

—Y sé que es sexy. A las americanas os vuelve locas el acento británico… ¿o no? —se mordió el labio, pícaro.

—Qué creído lo tienes —reí y aproveché el momento de distracción para cambiar posiciones y sentarme en su cintura—. Pero sí, es muy sexy —me moví un poco y él cerró los ojos, conociendo muy bien la reacción.

—¿Recuerdas esa vez que te dije que como te movieras así, no podrías caminar?

—¿Cómo? ¿Así? —y volví a hacerlo.

Entonces Aiden se incorporó y ambos quedamos sentados en la cama. Pasé los brazos alrededor de su cuello y él atacó el mío, mordisqueando y lamiendo a su merced.

—Atente a las consecuencias.

Aiden era mil maravillas.

Y así nos pasamos la mañana hasta que llegaron Keith, Tyler y Arianne, recordando que el martes a las nueve de la mañana tenía una cita en la discográfica.

Poco a poco los sueños se fueron cumpliendo.

La tarde con Stephanie pasó rápida y divertida. Había descubierto que era una chica alegre y con un sentido del humor que no dejaba mostrarlo a todos, y me sentí afortunada de poder conversar con ella y entablar una amistad. Me contó que tenía un novio llamado Jake, que era de Nueva York, pero ella era de Nueva Jersey. Stephanie había llegado a la Gran Manzana cuando tenía dieciocho años, justo después de terminar el instituto. Estudiaba bellas artes en la universidad por las tardes y por las mañanas trabajaba en la librería para poder pagarse los estudios.

Aquel día era el cumpleaños de Arianne. Por fin ya tenía los tan ansiados dieciocho y que, según ella, Aiden ya no podría molestarla cuando le viniera de gusto tomar una cerveza (aunque en Estados Unidos siguiera siendo menor de edad. "Pero no en Inglaterra", le respondía siempre).

A la expectativa de la prueba en la discográfica, el ambiente nunca había sido tan positivo. Estaba acostumbrada a ver a un Aiden negativo y pesimista. Sin embargo, a partir de aquel momento sonreía siempre y cantaba a todas horas —como si aquello fuese nuevo, de todos modos. Me cantó canciones de Ed Sheeran al oído durante toda la noche y me dijo que me llevaría a uno de sus conciertos cuando viniese a Nueva York.

"¿Lo prometes? Estamos hablando de Ed Sheeran, es algo muy importante", le dije, mirándole muy serio.

"Que sí, El. Que te llevaré a verle cuando venga. ¿Es que alguna vez te he mentido?", fue su respuesta.

Le tomé la palabra.

Entré en la cocina. Aiden estaba preparando la cena para el cumpleaños de Arianne, y temí que hiciera algún que otro estropicio. No me consideraba una cocinitas, pero me gustaba mantenerlo todo en mi orden.

—Tienes que ir mirando el horno de vez en cuando —le dije, y él levantó la cabeza del libro de recetas.

—Hoy se hace a mi manera. ¡Fuera, fuera de mi cocina! —exclamó fastidiado, agachándose en frente del horno para mirar si el pollo ya estaba hecho.

No todos los días Aiden decidía cocinar, pero por su hermana, él iría hasta el fin del mundo y haría milagros —como preparar la cena, por ejemplo. En el fuego había puesta una cacerola con algo cociéndose al lento "chup-chup".

—Está bien, está bien… Pero ve con cuidado. La cocina está limpia —alcé las manos en son de paz, hasta me había apuntado con una cuchara.

—¡Fuera, fuera! —me empujó sin cerrar la puerta.

No tenía ni idea de qué nos iba a preparar. Solo sabía que había pollo y que de repente comenzó a salir humo del horno, Aiden estaba de espalda y no lo veía.

—Aiden… el horno — señalé tímidamente el humo con la mano.

Él se dio la vuelta y gritó, acercándose rápidamente y apagándolo.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Me marché de allí antes de que se pusiera más nervioso y me fui al sofá con Arianne, que acariciaba a Gala por el vientre ya claramente abultado considerando su pequeño tamaño.

—En realidad no quiero saber qué es lo que cocinará — dijo ella una vez me senté.

—Qué mala eres… Aiden no cocina tan mal.

Honestamente, ni yo me lo creí. Una vez intentó hacer un pastel y se le quemó.

—No, qué va —Arianne rodó los ojos, irónica, y tuve que darle la razón—. No sé por qué mi madre le dejaba experimentar. Una vez casi incendia la casa entera cuando tenía catorce años y…

El ensordecedor de ollas y sartenes cayendo al suelo enmudeció a Arianne, quien se tapó la cara con las manos, negando con la cabeza.

—Puede que tenga que ir a mirar si va todo bien —suspiré, dispuesta a levantarme de nuevo.

—¡No, Elionor! ¡Quédate allí donde estés y no entres a la cocina bajo ningún concepto! —me interrumpió la voz de Aiden, alarmada.

—No quiero saber por qué… —murmuré sin moverme de mi sitio.

«¿¡SE PUEDE SABER QUÉ HA SIDO ESO!?», Keith me escribió en un mensaje.

«Aiden está cocinando…», le respondí, y con eso se lo dije todo.

Mientras esperamos a que Aiden terminará de preparar la cena, Arianne me contó al oído que había estado viéndose con un chico durante hacía unas semanas, y que le daba la sensación de que ella le gustaba mucho a él.

—Siempre me miraba de reojo en clases. Julie, mi mejor amiga, me decía que estaba colado por mí, hasta que se dignó a pedirme salir en una cita.

Reímos como dos chiquillas y ella miró el techo con ojos almendrados, soñadores.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Jack. Ojos marrones y pestañas muy largas, muy bonitas. No es que digamos que sea muy alto, pero tampoco es muy bajo. Es perfecto —respondió ella.

Fue gracioso escuchar hablar a Arianne de aquel modo porque me

recordó a mí misma cuando tenía su edad y soñaba con los famosos del momento, comiendo helado de vainilla y chocolate en compañía de Eddie, que ni siquiera me escuchaba porque siempre estaba durmiendo.

—A ver, chicas, la cena está lista —anunció Aiden, saliendo de la cocina y con un trapo en la mano.

Arianne y yo nos sentamos en la mesa y esperamos con expectativa a lo que Aiden nos preparó, llegando unos segundos más tarde con la comida en sus manos.

—¿Qué nos has preparado? —le preguntó Arianne, arqueando una ceja al ver la bandeja que llevaba en las manos.

—Pollo con salsa de champiñones y naranja —declaró orgulloso, cogiendo nuestros platos y sirviendo nuestros trozos respectivos.

—Le has puesto naranja, y todo —admiré.

—Sí, y estará de rechupete —respondió seguro de sí mismo.

—¿Eso ponía en la receta? —cuestionó Arianne.

—Sí —declaró su hermano, concentrado en que no le cayera nada.

—¿Y quieres decir que esto…?

—¿Quieres callar y comer, por favor? Que lo he cocinado porque es tu cumpleaños —sentenció él, algo enfadado.

Decidí cortar un trocito y llevármelo a la boca, sintiendo el dulzón del champiñón y el contraste ácido de la naranja. Estaba muy rico.

—No estará envenenado, ¿verdad? Porque tiene buen gusto, la verdad —le preguntó Arianne.

—Puede que sí o puede que no —le respondió Aiden, más serio que nunca y levantando una ceja.

—Eres tonto… —murmuró ella, rodando los ojos.

—No, soy Aiden.

Reí por la estúpida broma y terminamos de cenar mientras ambos hermanos recordaban alguna que otra anécdota. Después, Arianne había hecho un pastel para su propio cumpleaños y sopló las velas. El bizcocho era de chocolate, nata y M&M's. Ella era la que tenía mano para los dulces.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz! —cantamos Aiden y yo a la vez.

Arianne nos miró con una sonrisa de oreja a oreja y sopló las velas. Acto seguido cogió el cuchillo y comenzó a cortarlo en triángulos, sirviéndolo en los platos.

—¿Puedo coger otro trozo? —preguntó Aiden cuando hubo terminado de comer el suyo, juntando las manos en forma de plegaria y suplicándole a su hermana.

—Esto me recuerda a la vez en que te comiste todo mi pastel de chocolate sin azúcar. No sé qué debería responder —sospesó Arianne

sus respuestas.

No supe de qué estaban hablando, pero yo continué comiendo mi trocito de bizcocho. Estaba segura que conviviendo con los hermanos Harris iba a engordar diez kilos.

—No hay pasteles de chocolate sin azúcar —Aiden rodó los ojos y alargó la mano a la fuente, cogiendo otro trozo bajo la atenta mirada de su hermana.

Gala se removió inquieta en el balancín y se volvió a acurrucar en el cojín, abriendo los ojos como platos antes de bostezar.

—Pues la receta no decía lo mismo —contraatacó la mediana de los Harris.

—Eso es para que os sintáis bien con vosotras mismas. ¿Cómo va a haber chocolate sin azúcar?

—Pues sí que existe. Lo pedí en la tienda y me lo dieron.

—Te engañaron, entonces.

Arianne dejó correr el asunto y encendió el televisor, haciendo zapping, Aiden llevó los platos a la cocina y comenzó a lavarlos. Mientras yo me dirigí a la habitación para ponerme el pijama y coger el regalo que habíamos comprado para Arianne, que era una versión ilustrada de Jane Eyre, su novela favorita, pero mi teléfono comenzó a sonar encima de la mesita de noche y el nombre de mi madre apareció en la pantalla.

—¿Sí? —descolgué, extrañada que me llamase a aquellas horas.

Había dos posibles motivos. Primero, que le hubiese venido de gusto llamarme. Solíamos hablar cada semana, normalmente los viernes. Segundo, que hubiera algún asunto importante del que hablar, y aprovechaba a que era viernes.

—Hola, Elionor. ¿Qué tal estás? ¿Y Aiden? ¿Ha venido ya su hermana?

—Estamos todos muy bien, y sí, Arianne ya ha llegado. Hoy es su cumpleaños.

—Oh, ¡felicítala de mi parte! —reí y le dije a Arianne que mi madre le felicitaba el cumpleaños, a lo que me respondió con una gran sonrisa— ¿Tienes un momento para hablar? Quiero contarte algo.

Asentí y me senté en la cama, cogiendo el pijama de detrás de la almohada y comencé a quitarme los pantalones, aguantando el teléfono entre el hombro y la mejilla.

—Sí, supongo. De aquí a un rato íbamos a mirar alguna película, pero no nos íbamos a acostar muy tarde, de todos modos.

En aquel momento, Aiden entró a la habitación y se dejó caer en la cama, tapándose la cara con el brazo derecho, justo en el hueco del codo y el antebrazo. Me quedé en ropa interior al rendirme en mi

intento de quitar la camiseta. Podría haber puesto la opción de manos libres, pero mi madre era bastante especial y se ponía muy nerviosa con aquello porque decía que no escuchaba bien. La tecnología y ella no eran muy buenos amigos.

—Sabes que tu padre y yo cumplimos veinticinco años de casados el mes que viene, y vamos a celebrarlo en un bonito restaurante cerca de casa. Estáis invitados Aiden y tú —asentí, aunque ella no pudiese verme.

—¿Ya veinticinco años?

—Tú naciste seis meses después. Tienes veinticuatro, hija —respondió.

—Siempre me pregunto por qué no esperasteis más a tenerme —reí.

—Si quieres te lo cuento.

—Prefiero no saberlo, gracias —reí.

Mi madre comenzó a explicarme con más detalles cuando iba a ser la celebración y justo fue cuando las manos juguetonas y pícaras de Aiden me agarraron los muslos y sentí sus labios descendieron por mi nuca, llegando hasta la espalda. Tuve que apartar el teléfono de mi oreja y tapar el micrófono para que ella no me escuchara.

—¿Qué haces? ¡Estoy hablando con mi madre!

—¿Recuerdas la vez en que tú también lo hiciste? Fue en París —contraatacó, cogiendo mi mandíbula entre su dedo índice y pulgar, atrayéndome a él.

Arianne estaba en el comedor y su repentino atrevimiento en nuestra relación no cesaba de sorprender. Que no es que no me gustara… Me encantaba, de hecho.

—No hablabas con tu madre —respondí, apartándome de su agarre.

—Fue lo mismo —sonrió Aiden, colando sus manos por debajo de mi camiseta y acariciando la piel de mi vientre

A lo lejos se escuchaba un "¿Elionor? ¿Estás ahí? ¡Responde, hija!"

—Sí, sí, mamá. Estoy aquí —contesté, echándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Qué era lo que estabas haciendo?

Escuché la risita ahogada de Aiden en mi otro oído y mordió el lóbulo, haciendo que todas mis hormonas se dispararan.

—Estoy hablando con Aiden —respondí como pude.

—Pues dile que pare de hacer lo que esté haciendo y que quiero hablar con él también.

—Mamá, no estábamos…

—Elionor, yo también he sido joven —rio mi madre y quise darle un codazo a Aiden justo en el estómago—. Anda, pásame a Aiden, que

quiero decirle algo.

Con las mejillas a punto de explotar de la vergüenza y con el sentimiento de adolescente al ser pillada haciendo algo que suponía que tus padres no tenían que enterarse, me levanté de la cama y terminé de ponerme el pijama, sabiendo que los ojos de Aiden continuaban puestos en mí.

—Hola, señora Broome —dijo él, intentando ser casual—. Está bien, Penelope —rio y me imaginé que le había dicho que la llamase por su nombre de pila—. Muchas felicidades, Penelope, pero ahora mismo no lo sé, ya se lo preguntaré cuando hable con ella. Muchas gracias, de todos modos… Sí, ha venido mi hermana a pasar unas semanas con nosotros ahora que ha terminado las clases y después vendrá mi hermano pequeño también con nosotros —hizo una pausa y escuché que mi madre le dijo algo—. Oh, por supuesto que sí, Penelope. Encantado de volver a hablar contigo. Hasta la próxima, adiós.

Dicho eso, colgó y dejó caer el teléfono encima del colchón, mirándome mientras se mordía el labio. En realidad, debería estar enfadada con él porque por su culpa había pasado mucha vergüenza, pero no podía evitar enfadarme con alguien como él.

—¿Qué es lo que te ha dicho mi madre? Supongo que te ha comentado lo de la celebración.

—Oh, sí, me lo ha comentado. Mis padres están invitados también.

Arqueé una ceja y me apoyé de costado sobre mi codo, viendo que él se levantaba y también se ponía el pijama.

—¿Tus padres?

—Van a tener que conocerse en algún momento, ¿no crees? No van a esperar a que llegue nuestra boda, de todos modos —respondió Aiden, quitándose la camiseta que llevaba puesta y ponerse la que llevaba el famoso logo de Tesco.

—¿Algún día querrás que nos casemos? —pregunté, arqueando una ceja.

Aiden se quedó quieto y me miró fijamente a los ojos. De nuevo aquella sensación de observación me invadió y hasta me sentí incómoda, pero la sonrisa que se dibujó en sus labios me tranquilizó. Aún éramos muy jóvenes como para pensar en el matrimonio, y apenas llevábamos tres meses juntos.

—Sí. ¿Y tú quieres casarte conmigo? —me preguntó con la misma luz en los ojos.

—Sí —respondí.

—¿De verdad? Tu me promets que tu te marieras avec moi?— susurró por encima de mis labios. Dulce, pero sensual a la vez— ¿Me prometes que te casarás conmigo?

—Lo prometo —susurré en respuesta.

Aiden llevó su boca a la mía, degustando un beso sincero.

—¿Sabes? No quiero ver ninguna película, solo quiero estar contigo. Vayamos a darle el regalo a Arianne —dijo Aiden y se levantó para coger el paquete envuelto de la cama y tendiéndome la mano para que se la cogiese.

Asentí y nos fuimos al comedor para encontrarnos con la sorpresa de que Arianne había caído dormida en el sofá. Gala estaba encima de su regazo. Aiden sonrió y la cogió en sus brazos como si de un bebé se tratara, y mientras yo abrí las sábanas de la cama sofá, tapándola lo justo y suficiente para que no tuviera mucho frío. Acto seguido, Aiden cogió un papel y escribió una nota, dejándola encima del regalo en la mesita de café:

“Feliz cumpleaños, Ari(anne).

Te quieren, Elionor y Aiden”

Capítulo 30

Las mil maravillas de Aiden

Keith y Tyler fueron compasivos y nos dieron un día de fiesta en el trabajo, sin embargo nos dijeron que tendríamos que recuperarlo en otro momento. No me importó en absoluto, y estaba segura de que también hablaba por Aiden, porque el "Gran Martes" había llegado y él estaba hecho un manojo de nervios con su guitarra Taylor colgada del hombro y con su mano bien agarrada a la mía.

Había estado fumando, como mínimo, cinco cigarrillos aquella mañana, y quise decirle que no era bueno para él, pero sabía que le ayudaba con el estrés. Faltaban cinco minutos para las nueve y ya habíamos llegado a la puerta de Sanders's Records y Aiden no hablaba, ni siquiera se movió. Pareció que sus pies hubiesen echado raíces.

—Pase lo que pase y digan lo que te digan, para mí siempre vas a ser el mejor —aseguré susurrando en su oído.

Entonces fue cuando él me miró y agachó un poco la cabeza para rozar mis labios con los suyos. Sabía que el veintidós de mayo de dos mil catorce iba a ser un gran día. Tenía el presentimiento de que nos iban a decir cosas buenas y de que lloraríamos mucho. Quería llorar, aunque pareciese algo masoquista. Segundos después, Amelia nos abrió la puerta.

—Este debe ser Aiden —sonrió al vernos y él mostró una sonrisa nerviosa—. Pasad, pasad. Mi padre os atendrá en unos minutos, aunque debo avisar de que hoy está un poco nervioso.

—¿Es eso una buena señal? —preguntó Aiden en un intento de animar el ambiente.

—Tómatelo como que sí, yogurín, pero tengo la sensación de que vas a gustarle, de todos modos —le dijo Amelia guiñándole el ojo, deteniéndose en el pasillo que nos llevaba a la sala de estar en la que

había hablado con ella la última vez.

Aiden sonrió nervioso, cogiéndose con más fuerza a mi mano. Sus ojos brillaron de la emoción, pero bien supe que por dentro estaba aterrado y que quería esconderse en primer rincón de la habitación.

—¿Hace muchos años que cantas, Aiden? —preguntó Amelia, sentándose en la silla de su escritorio, mirándose las uñas.

—Desde que tengo memoria —le sonrió él, respondiéndole—. Mi madre siempre me ha dicho que tengo una voz muy bonita, y cuando mi hermana era pequeña se dormía mientras le cantaba cualquier canción que me enseñaran en la guardería.

—Oh, Dios mío… ¡Eres una monada! —exclamó Amelia, aplaudiendo ligeramente— Créeme, las chicas van a adorarte, todas van a estar loquitas por ti en un futuro. ¿De qué parte de Inglaterra eres?

Aiden se rascó la nuca y yo apreté con fuerza su mano, que todavía no había soltado la mía. Desde el incidente con Keith, me había prometido a mí misma controlar los celos, pero no podía evitar sentir aquel nudo en el estómago que me hacía estallar en llamas.

—Soy de un pueblo en Chester, dudo que lo conozcas — respondió Aiden.

—No me suena. Pero ahora hablando en serio, las chicas americanas se vuelven locas por los ingleses —rio Amelia.

—Oh, de eso sé un rato… —sonrió Aiden de costado y me miró de reojo, ganándose un golpe en el hombro por mi parte— ¡Eh, Elionor, sabes que es verdad!

—No te lo creas tanto… —susurré avergonzada.

Entonces Aiden se acercó a mi oído y escuché cómo cogía aire, pero no dijo nada durante unos segundos.

—No lo parece cuando gimes conmigo entre tus piernas…

Mis ojos se abrieron como platos y él soltó una carcajada, ganando una ojeada curiosa de Amelia.

—¡Qué monos sois! Me recordáis a Katie y a mí. Bueno, o eso nos dicen —exclamó Amelia en una risotada.

¿Katie?

—Disculpa, Amelia, ¿quién es Katie? ¿Es tu hermana? —preguntó Aiden, esta vez siendo él el curioso y no yo.

—No, Katie es mi novia —declaró Amelia con una sonrisa de oreja a oreja.

“Oh…”

—P-perdón, no sabía que… —balbuceó Aiden, sonrojándose.

“¡Tierra, tráganos!”

—No te preocupes, puedes decirlo. Estoy acostumbrada a cualquier tipo de reacciones —rio Amelia y comenzó a observar de

nuevo sus uñas pulidas—. A propósito, espérate a cuando Katie escuche la manera en que dices su nombre. ¡Va a morirse! Le encanta el acento británico.

Aiden se quedó en silencio y sin saber qué decir.

—¿Y cuánto tiempo lleváis juntas? —pregunté para romper el hielo.

—Llevamos tres años, y hace dos meses adoptamos a un niño de Senegal.

—Eso es genial. ¿Cuántos años tiene? —respondió Aiden, interesado.

—Cuatro, pero aún no habla muy bien el inglés y nos cuesta entenderle. Ni Katie ni yo dominamos el francés.

Entonces vi que los ojos de Aiden se iluminaron y supe qué era lo que iba a decir.

—Yo hablo francés. Mi madre es francesa. Si tenéis algún problema siempre podéis llamarme y os intentaré ayudar en lo que sea. Vivimos en Brooklyn.

—Muchas gracias, Aiden. Realmente lo apreciamos —sonrió Amelia y él le apuntó su número de teléfono en un papel de su escritorio.

Pensé en lo contento que estaría Aiden. Sabía lo mucho que adoraba los niños, y mucho más si podía ayudar con algo como aquello. Continuamos charlando con Amelia, y a los pocos minutos el señor Sanders decidió aparecer en la sala. Aiden como yo nos pusimos de pie, cogiéndome la mano con fuerza y dándome un apretón.

—Vaya, vaya… ¡Así que este es Aiden Harris! —exclamó.

—El mismo —murmuró Aiden bastante nervioso soltó mi mano de la suya.

—Guitarra en el hombro y manos en los bolsillos. Me gustas, chico. ¿Qué modelo es? —el señor Sanders señaló la guitarra.

—Taylor 914ce. Seis cuerdas, madera de abeto de Sitka en la caja de resonancia y caoba en los laterales —le respondió Aiden de carrerilla y me quedé asombrada.

Nunca me había parado a pensar en cómo era la guitarra de Aiden. Sabía que era de marca Taylor y de un color crema muy bonito, con los laterales de una madera más oscura, pero nunca pensé que tendría tantos tecnicismos.

—Buena guitarra, hijo —le respondió con una sonrisa graciosa—. Vayamos al estudio. Enséñame qué tienes que ofrecerme.

Aiden se removió inquieto en el mismo sitio en el que estaba clavado y pronto comenzó a caminar en un paso camuflado de seguridad, siguiendo al señor Sanders. Cuando llegó a la puerta, se dio la vuelta para mirarme. Yo no me había movido.

—¿No vas a entrar? —le preguntó el señor Sanders una vez tenía la puerta abierta.

Amelia sonrió y giró en su silla de escritorio, sintiendo todos los ojos puestos en mí.

—¿Podría entrar Elionor con nosotros, por favor? Ella es importante en esto. Sin ella no estaría hoy aquí —le pidió Aiden.

El señor Sanders accedió, no muy seguro al principio. Aiden sonrió y cuando llegué a su lado rodeó por la cintura con su mano libre, la que no agarraba la cuerda de la funda de la guitarra.

Entramos en una sala con una gran tabla llena de botones. Estaba dividida con un cristal, y allí dentro un gran micrófono se encontrab en el medio. En las paredes había miles de guitarras colgadas, tanto acústicas, clásicas como eléctricas, y Aiden lo observó todo boquiabierto. Puede que el piso fuese algo pequeño para pertenecer a una discográfica, pero sin duda aquello era como un pequeño santuario.

“Este es el lugar, Aiden”, pensé.

El señor Sanders se sentó en una silla de escritorio y esperó a que Aiden y yo nos sentásemos en el sofá negro de piel que estaba situado justo detrás de la tabla llena de botones.

—Bien, Aiden, escuché una grabación de ti y tengo una leve idea de cómo es tu música, pero me gustaría que tú mismo la definieras —le pidió el señor Sanders.

—La verdad es que ni yo mismo sé cómo definirla, simplemente me muevo por impulsos. Si es una canción alegre, una serie de notas predominarán en la canción, como el mi menor, sol y la. Per si estoy triste, acostumbro a usar muchos sostenidos y notas menores, como el re séptima, re natural y do —Aiden se rascó la nuca y tragó saliva forzosamente, observando cómo se tensaban sus músculos.

La verdad era que tampoco nunca me había parado a pensar en qué estilo de música era la de Aiden. Siempre había creído que tenía un estilo propio y no seguía ningún modelo. A veces sus canciones tenían un toque indie, otras eran más bien country, y las demás eran simplemente Aiden Harris.

—No te preocupes, vayamos a escucharlo —sonrió el señor Sanders, dando una palmada con sus manos para concluir la conversación.

Cuando se dio la vuelta, Aiden se acercó a mí y me dio un besito en los labios, mirándome con algo de miedo. Después entró en la habitación rodeada de paredes de cristal y desenfundó la guitarra, colgándosela de los hombros con la correa. Juré que los ojos del señor Sanders brillaron en el reflejo del cristal cuando Aiden comenzó a afinar las cuerdas de la guitarra.

—¿Me pongo aquí?

—Sí, sí. Ahí estás perfecto, pero acércate un poco más al micrófono para que pueda escuchar bien tu voz.

Aiden asintió e hizo lo que le había dicho y acto seguido colocó los dedos de su mano izquierda en el traste correcto, dibujando el acorde, raspando las cuerdas con su mano suavemente antes de abrir la boca y coger aire.

Crucé los dedos… y la melodía comenzó a danzar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al reconocer la canción que estaba cantando. Me contó que la escribió una vez que se sintió inútil en su habitación de Londres justo después de la muerte de Marie y de su retorno a la ciudad. El señor Sanders no despegó el ojo de él, con sus manos entrelazadas encima de su regazo y vi sus ojos brillar aún más de lo que ya lo hicieron desde el primer momento en que le había visto. En aquel caso, el silencio fue algo bueno.

Aiden hizo contacto con mis ojos y sentí que su mirada me llegó al alma. Me susurró un "te quiero" con la mirada. Después los desvió, y me dio la sensación de que se hubieron quedado impregnados en el cristal sin dejar que le llegaran a mí.

El señor Sanders pareció que babeaba al ver a Aiden cantar. El acústico de su guitarra estaba siendo tan limpio pero con tanta fuerza a la vez, que dio la sensación de que las paredes fueran a derrumbarse a sus pies, dándole tributo y adoración; tanta adoración como yo sentía hacia él. El cambio de acordes de Aiden fue magistral, y hasta alguien que no supiese cómo usar la guitarra lo hubiese sabido. Aiden era Aiden, y su talento era natural.

Sentí las palabras como si fuesen mías. Las visualicé saliendo pronunciadas por sus labios y danzado en el aire una vez habían salido de su boca.

Sentí el significado.

El deseo de no querer saber qué era lo que iba a hacer al día siguiente; la vida de los artistas.

Me sentí como la primera vez que le vi cantar en Baker Street.

Aiden cantó una vez más el estribillo de la canción y terminó el último acorde con un suave arpado de la nota. Aquella canción significaba mucho para él. Era delicada y con fuerza, como él mismo. Sensible, pero más fuerte que nadie en el mundo.

Cuando terminó, sonrió con timidez y se apartó del micrófono a la espera de una respuesta por parte del señor Sanders.

—Ven aquí, por favor —le pidió.

El tono del señor Sanders fue serio y no supe qué esperar. La sensación fue la misma que cuando le dije a Aiden que tendría que ir al estudio para que le escucharan cantar, y deseé con toda mi alma y

todo mi corazón que la respuesta fuese igual de positiva.

¿Qué le diría?

¿Le habría gustado?

Sabía que había dicho que el silencio era bueno en ese caso, ¿pero realmente lo habría sido?

¡No supe qué pensar!

—¿Cómo he estado? —preguntó Aiden con cierto miedo en la voz. Lo noté.

—¿Quién te ha enseñado a cantar de esa manera y componer canciones así? Porque, chico, lo que has hecho allí dentro es algo que nunca en mis treinta años de productor había visto.

Aiden se quedó helado en el sitio en el que estaba y yo sentí que me pondría a llorar, que moría.

¡Por fin alguien reconocía su talento!

—Nadie, aprendí yo solo —le contestó.

—Pues chico, tienes un talento innato que muchos niños quisieran.

—¿De verdad? —preguntó, temeroso y con inocencia.

Se me ablandó el corazón al verle tan vulnerable.

—Sí. Tienes un estilo único. Me gustas mucho. Muchísimo, y creo que podemos hacer cosas muy grandes si trabajamos juntos.

—No sé qué decir… Es que…

—Te veo en los teatros más importantes de Nueva York, llenándolos. Te veo en Wembley, Gillette Stadium… ¡En Madison Square Garden! "Aiden Harris, la nueva sensación de la música". Suena bien, muchacho, eres un fenómeno. No suelo decidirlo tan a la brava y sin meditación previa, pero quiero trabajar contigo, Aiden. Sé que vas a ser grande. ¿Qué me dices, eh?

Entonces Aiden comenzó a temblar y rompió a llorar, llevándose las manos a su cara para taparse los ojos. Le abracé de inmediato y yo también sentí que mis lágrimas comenzaban a descender por mis mejillas.

Aiden lo había conseguido. Aiden iba a ser el cantante que siempre había soñado ser, y yo siempre estaría con él.

Tenía entre mis manos la de Aiden, que estaba estirado en la camilla sin la camiseta, dejando que un señor lleno de tatuajes y con bigote le grabara la piel. Aunque me matase la curiosidad, Aiden no iba a permitir que viera qué era lo que se tatuaba porque, según él, era una sorpresa. Sin embargo, allí estaba yo muriendo por saber qué era.

Aiden había dado el segundo de cuatro pasos para cumplir su sueño; tan solo le faltaba grabar el disco y ponerlo a la venta. Ni siquiera habíamos pasado por casa a darle la buena noticia a Arianne

y Gala (aunque la gata no fuese a entender nada… pero ella también formaba parte de la familia Harris-Broome).

El veintidós de mayo de dos mil catorce estaba yendo sobre ruedas. Aiden había implorado el poder ir a hacerse el tatuaje en aquel mismo instante. Insistió en que era el momento perfecto, y no iba a ser yo quien iba a arrebatarle la felicidad, porque lo habíamos dejado todo atrás para ver su sueño cumplido.

—¿Duele mucho? —le pregunté con algo de preocupación.

Le estaban grabando la piel. Algo debía doler.

—Un poco, pero ya no tanto. El primero que me hice fue horrible —sonrió él y me apretó la mano con más fuerza y volvió su cabeza al tatuador.

Por culpa de su mano, no pude ver bien qué era lo que estaba dibujando o escribiendo.

Unos quince minutos después, el señor terminó y Aiden me dijo que saliera de la sala, que le esperara en la entrada de la tienda. Algo triste de que él no quisiera que yo viese el tatuaje que se había hecho, me encaminé hacia donde había dicho y me senté en una silla de plástico que había allí junto a una pared, justo al lado de la funda de la guitarra de Aiden. De ella sobresalía un objeto que conocía muy bien…

¿Qué más podía hacer? ¡Me estaba llamando a gritos!

Cogí entre mis manos el cuaderno que le regalé por su cumpleaños y lo abrí por una página aleatoria. Había letras de sus canciones, dibujos y citas. Justo debajo de una canción, había escrito:

“Porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden”.

Jesús de Nazaret.

Otras como:

“Un hombre que no se alimenta de sus sueños envejece pronto”.

William Shakespeare.

Igual que en el otro cuaderno, las palabras con más sentimiento continuaron estando escritas de un modo distinto a las otras. Me había dado cuenta de que artísticamente Aiden se movía por muchos impulsos.

“Haber venido a Nueva York me hace sonreír.

Ver a Elionor luchar a mi lado me hace feliz.

Ella me hace feliz. Elionor Broome es mi felicidad, e iré adonde ella vaya.

Elionor es mi puerto seguro; mi ciudad”.

Sintiéndome completamente sin palabras, hubo algo que me dejó de piedra cuando lo vi y sentí que las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos por tercera vez en el día.

Un dibujo hecho a lápiz y proyectaba la imagen de una chica durmiendo ocupaba la página entera, justo en el pie de esta: «Elionor».

Y justo debajo había escrito:

“No podría decir qué momento, qué lugar, qué mirada o qué palabra sirvieron de base. Hace ya demasiado tiempo. Lo que sí sé decirte es que para cuando me di cuenta ya estaba metido hasta el cuello”.

Antes de que mis ojos se fueran al “'Orgullo y prejuicio', Jane Austen” escrito justo debajo del punto final, me emocioné al verla junto debajo de mi dibujo. Era una de mis novelas favoritas, y recordé exactamente cada sensación al leerla; empatía, sufrimiento, dolor, y envidia por vivir algo tan bonito y real.

—¿El? —oí la voz de Aiden caminar por el pasillo que llevaba de vuelta a la tienda.

—Estoy aquí —respondí guardando de nuevo el cuaderno en la funda de la guitarra antes de que él llegara.

Apareció en la sala con una gasa contra su clavícula y me sonrió.

—¿Estás llorando? —me preguntó cogiéndome de la mano.

—No, qué va —intenté mentir pero él enarcó una ceja, incrédulo —. Está bien… sí, he estado llorando.

—¿Por qué, ma chérie? ¿Va algo mal? —cuestionó, algo preocupado.

Negué con la cabeza y me sequé los ojos con el dorso de la mano, sonriendo. Él me devolvió la sonrisa y me besó la frente, cogiéndome de la mano después de colgarse la guitarra en el hombro e ir al mostrador a pagar.

—¿Puedo ver el tatuaje? —pregunté una vez salimos de la tienda.

—Cuando lleguemos a casa —canturreó Aiden, siguiendo la calle.

Entre predicciones de lo que nos podría ocurrir en los siguientes meses, volvimos a casa cogidos de la mano, disfrutando de aquel día tan precioso y optimista. El cielo era tan azul como sus ojos, brillante y claro. Ninguna nube ocultó la felicidad y nada ni nadie iba a estropearlo.

Aiden me contó sobre las muchas otras travesuras de cuando los hermanos Harris eran niños (otras que todavía no me habían contado), y eso me hizo pensar en cuántas hubieron hecho al largo de sus vidas…

—Mi madre es una santa, en realidad —dijo entre risotadas—. Recuerdo una vez que Arianne no quería ponerse una falda que ella le

daba y le arrancó todas las hojas de su planta favorita en el patio. Ya sabes, es muy aficionada a la jardinería —rio Aiden.

—Madre mía…

—Espero que nuestros hijos en un futuro no sean traviesos como Arianne y yo éramos de pequeños. Y si es así, estamos perdidos —volvió a reír, pero pronto se puso serio y abrió los ojos— Oh, Dios, dice mi madre que hablaba mucho cuando era pequeño. Parecía una cotorra, según ella.

Que hablara de tener hijos juntos ya no me sorprendió.

—Y pensar que cuando te conocí eras bastante callado —me abracé más a su cintura.

Cuando llegamos al portal de nuestro edificio y cerré la puerta, Aiden me empujó contra la pared suavemente y colocó ambas manos en mi cintura. Pasé los brazos por su cuello con cuidado de no tocar la gasa (que no fue por las ganas que tuve, que fueron muchas). Sus labios mostraron una sonrisa y comenzó a besarme la piel del hombro, descubierta a causa de que la chaqueta que llevaba puesta se caía un poco por un costado, y después apoyó su frente contra la mía.

—Sin ti estaría perdido —susurró y frotó su nariz contra la mía.

—Cumplo mis promesas, ¿recuerdas? —respondí.

Eso pareció hacer que Aiden volviera a besarme y me cogiera de la mano, subiendo las escaleras hasta el tercer piso. El camino estuvo lleno de risas y gritos como si fuésemos dos adolescentes; miradas y roces juguetones. ¿Quién nos podría culpar? Aquel estaba siendo el mejor día de nuestras vidas.

Me apoyé en la puerta de nuestro piso y Aiden me cogió por las mejillas, abriéndola a tientas, cerrándola con el pie una vez estábamos dentro. Apoyó con cuidado la guitarra en la pared y al quitarse la chaqueta le cayó la gasa que cubría el tatuaje, pero no llegué a verlo porque cerré los ojos cuando él me cogió en brazos y me recostó en sus caderas, rodeando mis piernas alrededor de ellas.

—Ari podría estar despierta —susurré acercando mi boca a la suya.

Nunca me iba a saciar de sus besos; los necesitaba como una droga.

—Que escuche, me da igual. Quiero estar con mi novia a solas para decirle cuánto la quiero.

Sonreí y me rendí entre sus brazos mientras nos llevaba a la habitación y me acorralaba entre su cuerpo y la puerta cerrada. Sus palabras me nublaron demasiado el cerebro como para pensar bien. Para qué mentir, ¿a quién no? Nuestras lenguas bailaron dulcemente al ritmo de nuestros corazones latiendo aceleradamente, explorando nuestras bocas con amor.

—Me haces pasar vergüenza, Aiden —reí por encima de sus labios al recordar lo que había pasado hoy.

—¿Qué es lo que he dicho ahora?

—"No lo parece cuando gimes conmigo entre tus piernas" —repetí sus palabras exactas. Él rio y me cogió el rostro entre sus manos de nuevo, acercándome a sus labios—. Sí, sí. Ríete. Pero me has hecho pasar mucha vergüenza.

Aquello debió ser el limbo o, como dije una vez, el noveno cielo.

Aiden era las mil maravillas.

—¡Aiden y Elionor! ¿Podéis dejar el hockey de amígdalas para después, por favor? —exclamó Arianne desde el comedor y Aiden gruñó en mis labios.

—¿Qué es lo que quieres? —respondió con claro fastidio.

Me bajé de su cintura y pronto Arianne apareció en el distribuidor del pasillo con los brazos cruzados en el pecho y una ceja enarcada.

—Tu gata está pariendo —suspiró.

—¿¡Que Gala qué!? —exclamó Aiden, acercándose a su hermana como un rayo.

—Que Gala está dando a luz, memo —le dio ella una colleja, desapareciendo.

—¡Eso lo entiendo! —respondió Aiden pisándole los talones y poco tardé yo en seguirles.

Gala estaba situada en unas toallas en el suelo, hecha un ovillo y con los ojos medio abiertos. Como si hubiera visto una de esas latas de comida felina que tanto le gustaban, su rostro se iluminó al ver a Aiden sentarse a su lado, cogiéndole una de sus patas entre sus manos.

—¿Cómo sabes que está de parto? —le preguntó Aiden a Arianne, girando su cuello.

—Porque ha estado toda la mañana dando vueltas por la casa cuando normalmente está estirada en el balancín, y porque para clase de biología humana tuve que asistir a un parto —torció la boca en una mueca y nos pasó unos paños mojados en agua caliente.

—Yo no tuve que hacer eso. Nunca he asistido un parto —respondió Aiden.

—Pues tuviste suerte. Colócale el paño en las patas traseras, le aliviará el dolor —ordenó.

Aiden obedeció y Arianne se sentó en el lado opuesto de Gala, comenzando a rascar la parte trasera de sus orejas.

Arianne también tuvo que hacer lo que sus padres le dijeron para poder entrar medicina en la universidad al curso siguiente en Edimburgo. Ella quería ser abogada, no médico.

—Las contracciones tienen un intervalo de ocho minutos, por lo

que esto es el principio. Id a darlos el lote otra vez, si queréis. Os aviso cuando asome la cabeza —comentó, burlona.

—Arianne… —murmuró Aiden entre dientes, sin mirarla a los ojos

—¿Qué? Es lo que estabais haciendo. ¿Sí o no?

Reí y miré a Aiden, que parecía avergonzarse. Gala maulló ruidosamente y se levantó, cambiando de postura. Aiden se agachó un poco más y besó su cabeza, con los ojos tristes pero emocionados a su vez.

—Colócale la toalla de nuevo —le volvió a decir Arianne—. ¿Y habéis pensado en algún nombre ya?

—No sabemos si es macho o hembra —le respondí yo.

Arianne asintió y comenzó a jugar con sus manos. Gala volvió a maullar, y cuarenta minutos más tarde las contracciones ya fueron más seguidas. Los ojos de Aiden comenzaron a danzar por la sala y sus dientes morder la piel del borde de sus dedos. Estaba nervioso por Gala.

—Voy a fumar —se levantó y besó la cabeza de Gala.

Se marchó a la terraza y escuché cómo rozaba la piedra del pechero para encender el cigarrillo.

—Como lo vea Mamá… No le hace ni pizca de gracia que fume y él lo sabe —comentó Arianne.

—¡Puedo oírte! —exclamó él desde la terraza.

—¡Sabes que es verdad! —respondió ella de vuelta y después me miró— Por cierto, ¿qué día es la celebración esa de tus padres?

—El cinco de junio.

Arianne asintió y se levantó para ir a mojar de nuevo los paños con agua caliente, pero entonces Gala maulló más fuerte y comenzó a empujar.

—¡Oh, Dios mío! —me tapé la boca y abrí mucho los ojos— ¡Aiden, Aiden! ¡Corre, ven! ¡Gala ya está empujando!

—¡Prepara la cámara! ¡Grábalo como sea! —exclamó apagando el cigarrillo y entrando como un rayo al comedor.

—Es un gato… —murmuró Arianne, colocando nuevos paños.

—¡Y qué! ¡Es muy emocionante! —respondió Aiden.

—No hables tan fuerte, solo consigues ponerla más nerviosa…

Reí ante la reacción de Aiden, eufórico, que se arrodillaba delante de Gala, emocionado.

—No puedo creer que me haya pasado toda la vida pidiéndole a Mamá un gato y en menos de un año tengo dos. Graba ya, ¡El, venga!

Solté otra carcajada y saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón, abriendo la cámara y comenzando a grabar. Gala volvió a maullar y empujó de nuevo, esa vez mostrándose la carita del pequeño gatito.

—¿Has visto, El? ¡Parece negro! —exclamó Aiden, con mucha emoción en su voz.

—No puedo creer lo que estoy viendo… —rio Arianne, negando con la cabeza.

—¡Arianne, que estoy a punto de ser abuelo! —Aiden se quejó de la poca consideración por parte de su hermana.

—¡Es un gato!

Aiden le ignoró.

—¡Mira, mira, graba!

Nunca le había visto tan hiperactivo. Aun así, y aunque creyera que su emoción estaba siendo algo exagerada, fue muy adorable.

—¡Ya llega, Aiden! —le apoyé en su emoción

Dicho y hecho, Gala empujó por última vez y el pequeño gatito cayó encima de la toalla remojada en agua caliente, siendo lamido por su madre al instante. Era de color oscuro y no más grande que la palma de mi mano. Aiden se acercó a Gala y le besó de nuevo la cabeza.

—Lo has hecho muy bien, Gala —le felicitó mientras la acariciaba.

Terminé el vídeo y comencé a hacer fotos, y fue entonces cuando me fijé en el nuevo tatuaje en la clavícula.

III – XI.

Tres de Noviembre.

Aquel día no podría haber sido más maravilloso, y no necesité nada más que su sonrisa para ser feliz.

Resultó ser una gata y la llamamos Nina. Era de color negro y a causa de sus escasas horas de vida, todavía tenía los ojos cerrados. Gala la amamantaba y limpiaba cada vez que alguno de nosotros le rascábamos su pequeña cabecita, suave como el algodón. Aiden la cogía entre sus manos bajo la atenta mirada de Gala y la dejaba reposar en su pecho, viéndola moverse a tientas.

Ese mismo día le comunicamos la buena noticia a Arianne. Lloró durante cinco minutos seguidos abrazada al cuello de su hermano mientras él le acariciaba el pelo y le rascaba la cabeza; sabía que ella así se calmaba. Poco menos fue con Maxine. Se echó a llorar también y comenzó a hablar en francés. No entendí nada de lo que dijo, pero deduje que fueron palabras sobre lo muy orgullosa que estaba de él. Después Aiden me lo tradujo, y estuve en lo cierto. Maxine había dicho que se sentía muy orgullosa de él y que lo sentía por haberle prohibido conseguir su sueño, a lo que Aiden acabó llorando también, pero le imploró que no se lo contara a su padre, que él encontraría el modo y el momento adecuado para decírselo.

Confié en que Aiden estuviera haciendo lo mejor y lo que era

correcto.

Capítulo 31

Mandarinas y fresas con mucho, mucho chocolate

Pasaron los días, y después de algunas reuniones con el señor Sanders en la discográfica, tanto Arianne como yo le decíamos a Aiden todos los arreglos que quizás debería hacer en las canciones.¡Era tan emocionante!

—Yo creo que deberías añadir aquella que habla de la chica francesa en París, es una de mis favoritas —dijo Arianne, tamborileando sus dedos en la mesa de madera.

—Sí, esa —coincidí y me llevé una galleta a la boca, viendo que Aiden escribía en nombre en una lista y después se comía otra—. Creo que también deberías poner la que cantaste en el estudio, me gustó mucho. Fue muy emotiva.

Asintió y continuó añadiendo más canciones a la lista, estrujándose los sesos para que fuera perfecto.

—¿Tienes un nombre pensado para el primer disco? —le preguntó su hermana, llena de curiosidad.

—Supongo que lo pensaré a medida que vaya grabando, pero me gustaría que fuese algo sencillo y, no sé, que impactara la gente y se acordaran de mí —respondió Aiden, rascando su cabeza.

Confié en que él sabía lo que hacía. Confiaba ciegamente en Aiden.

Una semana después, no podía levantarme de la cama y di gracias a Dios de que fuera sábado. Me dolía tanto la barriga que deseé no haber nacido. Además, tenía un serio problema: quería comer mandarinas. Muchas, muchas mandarinas. (Mi madre siempre me decía que era la acidez de la fruta lo que me causaba la adicción).

Estaba sensible y quise que Aiden pasara el día a mi lado, pero

sabía que no podía ser tan egoísta. Él necesitaba trabajar por su sueño. Lo había logrado y estaba a un tris de verlo hecho realidad.

—¿Necesitas que te compre algo? Voy al supermercado —me preguntó Aiden asomando la cabeza por la habitación.

—Quiero mandarinas… —gruñí contra la almohada.

—¿Mandarinas? No hay mandarinas en esta época del año.

—Seguro que hay de invernadero.

Aiden se frotó las sienes.

—He visto que hay fresas, ¿quieres que compre unas pocas? —ofreció.

—Pero yo quiero mandarinas… —me quejé.

—No hay mandarinas, El.

Aiden entró a la habitación y se sentó en el colchón, acariciándome el brazo con la punta de sus dedos.

—Está bien, fresas. Pero con mucho chocolate, no te olvides —murmuré incorporándome en la cama, abrazándolo por el cuello aunque el dolor me estuviera matando.

—Mejor dicho chocolate con fresas. ¿Dónde ha quedado la Elionor que dice que el chocolate engorda? —rio y se sentó en la cama.

—Necesito que engorde algo —me quejé.

—Pareces una embarazada —volvió a reír.

—No lo estoy. Lo prometo.

—Tranquila, te creo —respondió Aiden besándome la punta de la nariz y se levantó—. ¿Estás segura que no quieres que compre nada más? Arianne me obliga a comprarle tampones. ¿No os pondréis de acuerdo, verdad? Porque vais a acabar conmigo.

—Mmm… Puede que sí, pude que no —reí—

Aiden me dio un corto beso en los labios y después se dirigió a su hermana a preguntarle qué tipo y marca quería. En realidad me sabía mal por él, las dos estábamos en las mismas a la vez.

—¡Como no sean los correctos, lo vas a pagar muy caro, Harris! —vociferó Arianne desde el sofá mientras su hermano cerraba la puerta de casa y reía.

Gruñí y volví a recostarme en la cama.

Quería mis fresas.

Una semana después tuvimos que ir a comprar la ropa que llevaríamos a la celebración de mis padres. No quise algo muy ostentoso, pero tenía que ir de largo. Arianne propuso ir de compras por Manhattan, así que fuimos allí.

En realidad, Pierre tendría que haber venido a Nueva York porque junio ya había entrado en escena y ya había terminado la escuela,

pero como que los padres de Aiden estaban invitados también a la celebración de los míos, se quedaría con nosotros en Nueva York a partir de ese día. Al día siguiente teníamos que coger un avión para ir a Minneapolis ya que mi madre requería mi presencia por unos cuantos días. En realidad la entendí, no había ido a casa por pascua, como le había dicho. Habíamos estado muy ocupados con la mudanza por esas fechas.

—¿Crees que estos zapatos harían conjunto con la diadema? —preguntó Arianne mostrándome unos tacones de aguja.

—Por el color sí, pero cógete algo que tenga más base o te vas a cansar en seguida cuando tengas que subir la cuesta.

—¿La cuesta?

—Wisconsin es pura montaña, ¿qué esperabas? —respondí.

Yo había crecido en una casa en medio de la nada. Lo bueno era que justo en nuestra parcela había un lago con unos cuantos patos y acostumbraba a echarles pan seco con mi padre cuando era pequeña. Durante la adolescencia, los días de sol me sentaba bajo la sombra de un árbol y leía.

—Finalmente podré comprobar si tus padres tienen el mismo acento que tú —rio Arianne, devolviendo los zapatos a la estantería.

—Obviamente que sí. Es una pregunta bastante estúpida, Ari.

—Es que es muy gracioso.

—Pues igual que el tuyo —le dije mientras cogía unos zapatos negros de la estantería y se los enseñaba—. Mira, creo que estos te irían mejor.

Arianne se los probó y comenzó a caminar con ellos por la tienda, simulando ser una modelo de pasarela. A los pocos minutos se puso el vestido que había escogido; era de color rojo e iba un tanto ceñido al cuerpo y sin mangas, pero nada muy exagerado. El cuello era en forma de uve con un bordado floral de color negro que también se encontraba al final de la falda. El vestido era atrevido, sin duda, pero ella tenía el cuerpo suficientemente bonito como para llevarlo. Algo que yo nunca me atrevería a ponerme.

—Voy a pedirle ayuda a alguna dependienta. Vuelvo en unos minutos —me avisó.

—De acuerdo.

Yo, sin embargo, había escogido uno de color lavanda que también llevaba hasta el suelo y justo por la parte de la cintura, un bordado floral escalaba por el abdomen y el pecho hasta crear unos delicados tirantes de unos tres centímetros de ancho y la falda caía en arrugas por alrededor de mis piernas, sin vuelo alguno. Salí del probador sin la cremallera subida y me observé en el espejo.

Con aquellos zapatos era ligeramente más alta de lo que realmente

ya era. Normalmente no me ponía zapatos de tacón porque medía un jodido metro ochenta, pero aquella ocasión lo requería. Iba a ser tan alta como Aiden. Intentando olvidar eso, alcé mis brazos y me recogí el cabello intentando simular un moño y vi que Aiden se acercaba por el pasillo, parándose justo detrás de mí

—Oh là là… Qué preciosa va usted, mademoiselle Broome —pronunció en un susurro justo en mi oído—. Te queda bien ese color, es tu favorito. ¿Cómo te sientes?

—Como la Torre Eiffel —reí.

—¿Y no crees que es bonito sentirse como la Torre Eiffel?

Subió la cremallera lentamente y después reposó sus manos en mi cintura, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Supongo que sí —suspiré y posé mis manos por encima de las de él—. Tú tampoco estás mal.

—Admítelo, estoy de ensueño

—No se crezca tanto de nuevo, Harris. Y sí, has acertado. Es mi color favorito. ¿A que es bonito?

Aiden me besó la mejilla y se colocó a mi lado, entrando también en el marco del espejo y solté mi cabello, dejándolo caer por encima de mis hombros. Su traje era de color negro y llevaba una camisa de color blanco con una corbata de azul muy oscuro. Clásico, pero elegante. Me tendió el brazo con una sonrisa juguetona y me aferré a él, observando nuestro reflejo.

—Daremos la nota —rio él.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté siguiéndole la risa, aunque no supe porqué.

—Oh, vamos, ¡míranos! —soltó en una expresión divertida— Eres igual de alta que yo con estos zapatos.

Reí y me di media vuelta. Comencé a peinar su cabello, pasando mis dedos entre sus suaves rizos y alzándolo un poco, mostrando algo de su frente. Sus ojos no soltaron los míos pero ignoré su mirada, y justo cuando creí que debía ser ese el peinado que tenía que llevar a la celebración, cogió mis manos entre las suyas y besó los nudillos.

—Hoy hace un año estaba de camino a Londres después de la llamada de Marie —dijo en algo más flojo que un susurro, aguantando su mirada en mí, y sentí mi garganta seca—. Desearía que ella estuviera aquí para verme lo feliz que soy ahora junto a ti y por ver que estoy cada vez más cerca de ver mi sueño cumplido.

No me esperé nada de todo aquello y suspiré.

—Marie te está viendo esté donde esté, Aiden —respondí con voz entrecortada, mirando el suelo—. Además, si ella no hubiese muerto, tú y yo no nos hubiésemos conocido.

Siendo absolutamente sincera, me sentí muy egoísta porque si

Marie aún continuara viva, él y yo no estaríamos juntos. Nunca hubiera encontrado mi otra mitad de alma.

—Creo que estábamos destinados a encontrarnos algún día, Elionor —dijo Aiden después de unos segundos de silencio—. El tres de noviembre de dos mil trece no fue una casualidad. Marie me dijo que me salvaría si yo la salvaba a ella mediante el perdón, y creo ella te envió a mí —sonreí sintiéndome un poco menos egoísta, pero aun así el sentimiento no huyó del pecho, por lo que Aiden sonrió levemente y atrajo mis labios a los suyos—. Serva me, servabo te.

Cerré los ojos y me apoyé en su hombro, suspirando y abrazándole fuerte contra mi cuerpo. Si las palabras en latín significaban de verdad aquello, entonces agradecí mil veces a Marie que ella se hubiera marchado y hubiera hecho que él y yo nos encontráramos. Algo en mi corazón se sintió cálido.

—Te quiero… —susurré contra la chaqueta de su traje.

—Te quiero… —respondió al llevar sus manos a mi cabello y me dio un beso en la frente—Venga, compremos la ropa y vayamos a casa. Tenemos que hacer las maletas —dijo deshaciéndose de mis manos y abriéndome la cortina para que entrase de nuevo en el probador. Mi ropa estaba colgada en unas barras metálicas que había allí dentro— ¿No llevas sujetador?

—No lo necesito con este vestido. Además, vamos a admitirlo, soy plana.

—A mí me gusta tu talla ochenta y cinco.

Me di la vuelta y le pedí a Aiden que me bajara la cremallera porque yo no llegaba.

—¿Te sabes mi talla? —pregunté en una risotada mientras él hacía lo que le había pedido.

—Yo también hago la colada, cariño. Además, un día tenía curiosidad y lo miré.

Besó mi hombro cerrando la cortina detrás de él y me acorraló contra el cristal, pegándoseme por completo.

—¿No nos íbamos a casa? —le pregunté.

—Mmmhh… —ronroneó.

—¡Estamos en un probador!

—Esa es precisamente la gracia. Es… excitante —atacó mi cuello mientras hablaba con voz rasposa. Cuando sus labios tocaban aquella parte de mi cuerpo, él sabía que ya era suya—. No me has dejado tocarte en toda una semana…

—¡Hubiese sido asqueroso!

—Exactamente por eso…

Rindiéndome a su embriagadora y encantadora personalidad, ladeé la cabeza para darle más acceso y sentí que mi falda comenzaba

a alzarse cada vez más hasta llegar a mi cintura. Acarició mi piel con dedos quisquillosos y su lengua juguetona y cariñosa dibujo círculos en mi cuello con la ayuda de sus labios y dientes. Me tenía a su merced.

—Aiden… —susurré entrecortada, abriendo los ojos y alzando el mentón.

—Mmm… —canturreó de nuevo sonriendo contra mi clavícula.

Ahogué un grito cuando sentí uno de sus dedos viajar por mi abdomen. Mordió el lóbulo de mi oreja y llené los pulmones de aire, extasiándome al ahogar otro grito en su oído. Sentí los labios de Aiden curvarse y rápidamente llevé las manos hasta los mechones de su nuca, buscando su boca para saborear su dulce éxtasis mientras las suyas me cogían por la cintura y me alzaban en el aire para que enrollara las piernas en la suya.

—Aiden, Elionor, ¿estáis por aquí? —escuché la voz de Arianne, que sonaba algo ahogada.

Rápidamente empujé a Aiden de mí y retrocedió un paso, deshaciendo todo el contacto conmigo. Apoyé ambas palmas de la mano contra el cristal y respiré agitada, aún con el corazón latiéndome a mil por hora.

—¡En el probador! —respondí.

El taconeo de los zapatos de Arianne fue cada vez más y más fuerte.

—No estaréis haciendo guarradas, ¿verdad?

"Oh Dios…"

—Le estaba ayudado a quitarse el vestido —contestó esa vez Aiden con inocencia claramente fingida, alzando la cabeza en el aire dibujando una sonrisa pícara a la espera de una respuesta de su hermana.

—Ya, y ella a bajarte los pantalones a ti, cochinos. Salid ya, que necesito un café.

Sentí que mis mejillas comenzaron a teñirse de rojo a causa de las palabras de Arianne y Aiden se acercó a mis labios, tomándome por sorpresa y dándome un piquito. Después busqué en mi bolso y le di una toallita húmeda para que se limpiara las manos. Arreglándose el cabello y la corbata, que había quedado completamente deshecha, se mordió el labio y se acercó a mi oído.

—Esto no ha acabado —susurró y me guiñó el ojo. Después salió del probador y corrió la cortina tras él—. Tú no vas a ir así, Arianne —oí que le dijo a su hermana.

—Yo voy como quiero —le respondió ella.

—No, te van a mirar mucho —se negó rotundamente.

—Me visto con lo que yo quiero, Aiden. Fin de la discusión.

Terminé de vestirme de nuevo cuando escuché un último bufido por parte de Aiden, que fruncía el ceño y Arianne sonreía triunfante.

—Déjala en paz. No enseña nada innecesario. Como si fuera una niña que no supiera elegir su propia ropa —la defendí cuando conseguí luchar el sonrojo y salí del probador.

—¿Ves? —canturreó ella en burla, sintiéndose victoriosa.

Al volver de la tienda con nuestras compras ya hechas, preparamos las maletas para salir el ir bien temprano hacia el aeropuerto. Gala amamantaba a Nina mientras cenamos entre risas sobre una anécdota de un señor en el metro, y me dediqué a observar a los dos hermanos.

De repente una brisa gélida entró por la ventana e hizo erizárseme la piel. Dicho frío se instaló en mi pecho y me mantuvo mayor parte de la noche despierta, escuchando a Aiden roncar suavemente con sus manos en mi cintura, abrazándome. Aunque en sus brazos me sentí segura e invencible, un mal presentimiento me susurró en el oído.

“Mañana será otro día”, y me dormí.

Capítulo 32

Los orígenes y miedos de Elionor

Me levanté a las cinco de la mañana y preparé los cafés de los demás mientras Gala me venía a dar los buenos días.

—Buenos días Gala. Te vamos a dejar solita con Nina, pero no te preocupes porque Keith y Tyler procurarán que estéis ambas bien —le dije en un bostezo y justo fue cuando escuché pasos detrás de mí y vi que Aiden caminaba con los ojos cerrados—. Buenos días a ti también.

—Quiero morir… —murmuró él con la voz más ronca de lo habitual y se quedó parado delante de la nevera, apoyando la cabeza en la puerta— Buenos días princesa —le sonrió a Gala cuando le maulló por atención.

—¿Ella es una princesa? ¿Y yo que soy? —fingí celos y Aiden me miró.

Sabiendo que le costaba mil esfuerzos a causa del sueño, se acercó y pasé los brazos por su cuello, reprimiendo una sonrisa —Tú eres mucho más que una princesa. Eres mi reina —susurró y le di un beso en la mejilla.

—Eso ha sido muy cursi.

—Y a ti te encanta —sonrió pícaramente, aunque con su cara de sueño fue más bien una expresión cómica..

—Por una vez en la vida voy a ser buena y no lo negaré —le seguí el juego.

—Recordaré este momento para toda la vida como el día que reconociste que te gusta cuando me pongo pasteloso y cursi.

Le di un golpe en el estómago y él rio.

—No te acostumbres. Anda, tómate el café mientras voy a despertar a tu hermana.

—Buena suerte —terminó con una risotada irónica.

Me levanté de la mesa y fui a despertarla. Pensé que Aiden estaba exagerando, pero realmente Arianne daba miedo por la mañana. Con los ojos cerrados se acercó a la mesa y se aferró a la taza de café, tapándose la cara con los rizos desordenados que le caían como una cortina por ambos costados.

—Buenos días, querida hermana. Qué guapa estás —le saludó Aiden en burla.

—Cállate —espetó ella de vuelta.

—Había echado de menos tu mal humor mañanero —tomó aire inflando los pulmones y después lo soltó rápido—. Ay, es como sentirse en Inglaterra de nuevo.

—¡Que te calles ya, imbécil! —le acabó soltando de un modo agresivo.

Negué con la cabeza y me fui a vestir.

Al rato estábamos ya saliendo de cara para pedir un taxi e ir al aeropuerto.

En el avión me senté al lado de la ventana y Aiden apoyó su cabeza en mi hombro. Le miré de reojo y sonreí, a lo que él levantó mi mano entre la suya y besó los nudillos, volviendo a recostarse en mi hombro. Ambos nos dormimos hasta que las asistentas de vuelo anunciaron que en breves minutos aterrizaríamos en Minneapolis.

***

El tiempo en Minneapolis era distinto del de Nueva York. El aire era más fresco, también, y me di cuenta de que en realidad lo había echado de menos. El aeropuerto más cercano a mi casa estaba a dos horas de distancia, así mi madre nos había venido a buscar, y pronto la vi entre el gentío en la zona de llegadas. Iba vestida con una chaqueta de deporte rosa de terciopelo y llevaba en la mano una gran pancarta en la que ponía “ELIONOR”.

Quise morirme de la vergüenza.

—Creo que acabo de ver a tu madre —rio Aiden, cambiando de mano su maleta.

—Creo que yo también…

—¡Aquí, Elionor, aquí! —exclamó ella y una niña con trenzas se apartó de su lado.

Suspiré y agaché la cabeza. Arianne rio alegre y la saludó. Cuando llegamos a ella, dejó caer la pancarta al suelo y me abrazó antes de darme tiempo a dejar mi maleta. Sus delgados brazos me rodeaban el

cuello y yo acaricié su espalda, sonriendo.

—¡Cuánto te he echado de menos! —exclamó.

—Yo también a ti —"aunque me hagas pasar vergüenza", añadí mentalmente.

Me soltó de su agarre y observó a las dos personas que habían venido conmigo con una gran sonrisa en su cara.

—¡Aiden! —lo estrechó entre sus brazos y fue graciosa la imagen.

Él le sacaba una cabeza, como mínimo.

—Un gusto conocerte finalmente, Penelope —le respondió él.

—Oh, Dios, ese acento… ¡Pues claro que eres tú! —se lanzó a su cuello de nuevo y lo abrazó bien fuerte— Y tú debes ser Arianne.

—Llámeme Ari, por favor. Soy la hermana de Aiden.

—Llámame Penelope, me hace sentir mayor. Y obviamente que sois hermanos, no creo que alguien no pueda darse cuenta. Os parecéis mucho —sonrió ella y la abrazó también.

Recordé que Keith dijo lo mismo cuando conoció a Arianne, a lo que ella le respondió que ella era guapa y Aiden no. Reí ante el recuerdo. ¿Qué estarían haciendo Keith y Tyler en ese momento?

Los tres nos quedamos allí de pie, algo incómodos, y aproveché para observar a mi madre. Hacía un año que no la veía y se notaba el paso del tiempo en su rostro. Su mirada era más cansada. Aun así, no había perdido su naturaleza revolucionaria porque siempre estaba al día de todas las actividades que se llevaban a cabo en el pueblo. Siempre me informaba de lo que pasaba tanto en casa como con sus amigas.

—¿Vamos al coche? —pregunté cogiendo mi maleta del suelo.

—Claro, vamos —sonrió y nos dijo que la siguiéramos.

Aiden se quedó atrás con Arianne mientras yo charlaba con mi madre de camino al estacionamiento. Estaba ligeramente más delgada, pero su cabello continuaba de aquel naranja tan fuerte que producía el henna.

—Aiden es muy guapo —me codeó.

La miré de reojo, viendo que esperaba una respuesta por mi parte con una ceja arqueada.

—Tú tienes a Papá, deja en paz a Aiden —bromeé, siguiéndole el juego.

—Tranquila, leona. Tengo al sex symbol de tu padre esperándome en casa en tanga de leopardo.

Me quedé parada en el camino, horrorizada.

—Espero que no estés hablando en serio.

—Sabes que no, en realidad, pero apuesto a que Aiden sí le quedaría bien.

Le pegué un manotazo en el hombro y ella soltó una carcajada. En realidad, la había echado mucho de menos.

—¿Qué habláis de mí? —avanzó Aiden en su paso y se colocó a mi lado, dejando a Arianne sola detrás.

Mi madre le sonrió.

—Nada, cariño, pero ¿serías tan amable de poner las maletas en el maletero?

Yo iba delante al lado de mi madre y los dos hermanos detrás. Desde que Arianne nos oyó en el probador de la tienda de vestidos, no quería dejarnos solos porque: "¡a saber qué es lo que hacéis, cochinos!"; según ella. No quería causar una escena con mi madre allí presente porque, conociéndola, supe que iba a recordármelo durante toda mi vida.

Durante las dos horas de trayecto hasta Wisconsin, mi madre bombardeó a Aiden de preguntas que él respondió con toda la paciencia del mundo. No estaba acostumbrada a abrirme con ella en lo que mi vida sentimental concernía, nunca antes había traído ningún chico a casa, así que supuse que aquella era una buena señal. Arianne estaba escribiendo en su teléfono, sonriendo a algo.

Llegamos a casa y los recuerdos inundaron mi cabeza.

—Esto es enorme —admiró Aiden y sonreí.

—Y yo que pensaba que nuestra casa era grande —coincidió Arianne, igual de sorprendida que su hermano.

Allí fue donde había crecido y el lugar del que había huido, queriendo tener mi propia vida lejos del medio de la nada. El paisaje era más verde de lo que recordaba, y el invernadero se imponía ante la arboleda del bosque y el pequeño lago de nuestra parcela, pero fue el sordo sonido de las maletas caer en el suelo lo que me sacó del trance en el que estaba.

—¿Está papá en casa? —pregunté abriendo la puerta principal.

—Creo que no. Comentó que tenía que ir al mecánico por algún problema con Betty, o algo así.

—¿Betty? —se extrañó Aiden.

—Su camioneta —le expliqué—. La usaba yo también para ir al instituto hasta que me compraron el coche más viejo que pudieron encontrar, ¿a que sí, Mamá? —dije.

—Tu coche estaba perfectamente bien para una niña de diecisiete años. ¿Es que querías algo nuevo, acaso? No somos multimillonarios.

Me encogí de hombros y suspiré. Tenía ganas de ver a mi padre también, y observé la estancia principal de la casa una vez entramos: estaba igual como la recordaba. Un maullido procedente de las escaleras reclamó mi atención y grité de la emoción al ver el felino de

color gris perla observándome fijamente con sus grandes ojos verdes.

—¡Eddie! —el gato pareció reconocer mi voz y bajó hasta mi lado, lo cogí entre mis brazos y le rasqué la parte trasera de las orejas, ganándome un ronroneo feliz a cambio— ¡Mi Eddie precioso!Oye, Eddie, estás gordo. Mamá, ¿qué le das de comer?

Mi madre soltó una carcajada y me dijo que el veterinario le había puesto a dieta. Tanto Arianne como Aiden se acercaron para acariciarlo, y él estuvo encantado porque adoraba la atención de la gente.

—Así que este es el famoso Eddie —sonrió Aiden quitándomelo de los brazos.

El gato comenzó a ronronear al sentir los dedos de Aiden rascarle las orejas.

—Él es Eddie —aclaré.

—Pesa más que Gala —rio Aiden y Eddie continuó ronroneando.

Pronto tuvimos que dejarlo en el suelo porque teníamos que deshacer las maletas. En mi habitación íbamos a montar una cama supletoria que teníamos en el sótano, mi cama era de matrimonio, por lo que Arianne o Aiden cabrían sin ningún problema.

—Es extraño ver tu casa —dijo Arianne subiendo las escaleras.

—¿Por qué? —reí.

—No sé, siempre he visto tu piso en Londres y Nueva York. Es extraño pensar que creciste aquí porque has vivido en otros sitios.

—Tiene sentido. Hacía un año que no venía por aquí —le dije y pronto llegamos a mi habitación.

En la puerta había unas letras de madera que ponían mi nombre y al abrirla vi que las paredes estaban pintadas aún del color lavanda de cuando era pequeña y que las múltiples fotografías continuaban colgadas en la pared. Mis padres tenían mi habitación como un santuario de mí, todas mis cosas estaban allí.

Sonriendo, les dije que podían dejar las maletas al lado de la ventana y ellos pronto comenzaron a mirar las fotografías que comprendían todas las edades distintas. Aunque también había otras que había hecho yo con mi cámara; normalmente eran paisajistas.

—¡Hay muchas fotos! —exclamó Aiden.

—Soy hija única —sonreí.

—¿Todas aquellas las has hecho tú? —señaló las paisajistas y asentí— Se te da muy bien, El.

—Gracias —respondí con algo de vergüenza.

En Londres había hecho algunas que otras fotografías, muchas en Green Park o Regent's Park bajo los árboles de flor blanca una tarde de junio, pero no era más que un hobby. Repasando los ojos por todas las fotografías con mis compañeros de colegio e instituto, me di

cuenta de que realmente lo había echado de menos. Recordé las tardes de estudio con mis amigas Sarah y Elena, de quienes no había sabido prácticamente nada desde la última vez que estuve en casa. Recordé también lo muy contentas que nos pusimos cuando Elena fue la primera de nosotras en sacarse el carnet de conducir y pudimos ir a muchos sitios sin tener que pedirles a nuestros padres que nos llevaran. Las tenía que ir a visitar.

—¡Mira esta, Aiden! —exclamó Arianne señalando la imagen inmortalizada de mi primer cumpleaños. Tan solo tenía los dos incisivos— No has cambiado para nada, Elionor.

Reí y me senté en la cama, volviendo a sentir su comodidad y observé a los dos hermanos mirar y comentar mis fotografías. Eddie entró en la habitación y saltó a la cama, estirándose panza arriba para que lo acariciase y comenzó a ronronear al sentir mis dedos en su pelaje.

—¡Qué diva! —volvió a exclamar Arianne señalando una en que iba vestida de charleston cuando tenía siete años.

Otro año me disfrazaron de león, fue idea de mi padre (y bastante adecuado, a decir verdad).

Aiden comenzó a rondar por la habitación, inspeccionando las pequeñas cosas que tenía en las estanterías, e igual que hice yo en la suya en Holmeshire, encontró mi álbum de fotos cuando era pequeña, con muchísimas más de las que ya había colgadas en la pared.

—Oh… ¿ué perla tenemos por aquí, eh? —comenzó a reír y me fijé bien en lo que había visto.

Señaló una fotografía que no recordaba haber visto nunca. Era una de aquellas vergonzosas que teníamos todos cuando éramos bebés, porque a todos los padres les gustaba hacernos fotos desnudos. No fueron solo los míos, ¿verdad?

—¡No la mires, estoy desnuda! —escondí mi rostro en las palmas de mis manos.

—No es nada que no haya visto ya —me sonrió pícaro y guiñándome el ojo.

—No quiero saber nada de vuestra vida sexual. Ya fue bastante asqueroso el otro día en la tienda… ugh… —Arianne llevó las manos a la cintura.

Aiden acabó riendo y yo negué con la cabeza. Tampoco culpaba a Arianne. Si yo hubiese tenido un hermano, posiblemente diría lo mismo con su pareja.

Continuamos mirando fotografías de mi infancia y les conté pequeñas historias de mí con Nala, la gata que había en casa antes de que naciera Eddie, y también batallitas con los conejos y ovejas que habían en el corral, ya inexistente. Después dormimos un poco para

recuperar fuerzas y terminar el día, y seguidamente decidimos coger el coche e ir a dar una vuelta por el pueblo.

Iba a enseñarle bien a Aiden dónde nací y crecí.

***

Moon Lake Falls no era un pueblo muy grande, más bien era diminuto. Recibía el nombre por las cascadas que nacían en la montaña trasera a nuestra casa, que pasaban por el lago al que yo iba a darle de comer a los patos cuando era pequeña, o leer tranquilamente bajo un árbol durante la adolescencia.

Había una pequeña leyenda que decía que cada noche de luna llena, al reflejarse en el agua, todos los lobos de la zona le cantaban para admirar su belleza cristalina y pura, dándole la bienvenida al siguiente ciclo. Mi padre solía asustarme con esas historias cuando tenía cinco o seis años, y después mi madre le reñía porque no quería dormir sola en mi habitación y me iba con ellos.

Aunque ya hubiera crecido, aunque me hubiera ido de Moon Lake Falls después de dejar la universidad, todo seguía igual que lo recordaba.

—Esto está más muerto que Holmeshire —admiró Arianne.

—Y eso es decir —añadió Aiden con una risotada irónica.

—Os dije que no había nada interesante —les dije y salimos del coche, chocándome de nuevo el frío ambiente inusual en aquella época del año.

Aiden pasó su brazo izquierdo por mis hombros, atrayéndome a su pecho, y me sonrió solo como él sabía hacer. Volver a Moon Lake Falls me hizo pensar en muchas cosas, y llegué a la conclusión de que quizás mi ansia de cambiar de lugar me hizo ver la negatividad en todo lo que hacía; perder algo por lo que había estado luchando (y estudiando) durante mucho tiempo.

¿Qué habría estado haciendo si hubiese seguido en la universidad? Probablemente estaría estudiando algún máster y trabajando en algún sitio que ni siquiera pude imaginar en alguna otra gran ciudad. Quizás debí haber esperado a terminar mi formación para conseguir un buen trabajo de verdad y entonces haber ido a Londres con mi título bajo el brazo para conocer a Aiden, llenando mi vida de lo que realmente me hacía feliz y había luchado para después lanzarlo todo por la borda. Pude haber cometido muchos errores, pero muy en el fondo supe que aquella decisión en mi vida no lo fue.

Aunque pudiera parecer algo contradictorio, dejar la universidad después del primer año hizo liberarme de tensión, de experimentar y

tener un objetivo claro en la vida, porque aunque estuviera estudiando algo que realmente me gustaba (y aunque terminé convenciéndome a mí misma de que no me llenaba lo suficiente, algo que había sido una de las mayores mentiras en la historia de la humanidad), mi objetivo era ser feliz. Siempre podía volver a los estudios cuando quisiera, nunca se es mayor para enriquecer el conocimiento y ganas de saber, pero estuve en el sitio y momento adecuado para conocer aquella felicidad que tanto anduve buscando; Aiden.

—¿Ese es el supermercado en el que estuviste trabajando cuando dejaste la universidad?

Él mismo me sacó de mis pensamientos y señaló un establecimiento en la esquina de la misma calle por la que estábamos caminando.

—Sí —le sonreí y le cogí bien de la mano para entrar allí.

Tampoco había cambiado nada, todo seguía igual que siempre —aunque los productos quizás hubieron cambiado de estantería, claramente. Al fondo del pasillo vi a una mujer de mediana edad agachada en el suelo, Tracy, reponiendo lo que parecían ser latas de conserva de tomate, y me deshice de la mano de Aiden para acercarme silenciosamente y taparle los ojos con las manos.

—¿Quién soy? —le pregunté con una sonrisa.

—¿Elionor? —aparté las manos y ella se dio la vuelta— ¡Dichosos los ojos!

—¡Tracy! —nos fundimos en un abrazo y ella me apretó bien fuerte contra su pecho.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! La chica de la ciudad —dijo y reí.

Igual que el pueblo y la tienda, Tracy tampoco había cambiado nada. Seguía siendo la misma mujer entusiasta y de facciones amables, afable. Durante un tiempo, Tracy fue como una segunda madre para mí.

—Te presento a Aiden, mi novio, y a Arianne, que es su hermana —les indiqué que se acercaran y ellos le dieron la mano.

—Es un gusto conocerla —le dijo Aiden y en sus ojos vi reflejada una chispa que nunca había visto antes.

—Oh, así que tú eres el famoso Aiden. Penelope me dijo que eres inglés.

Durante el rato que estuvimos charlando con Tracy, me fijé que Aiden me miraba con una sonrisa plasmada en sus labios, y alguna que otra vez me mordí el labio inferior y le pregunté con la mirada qué era lo que pasaba, a lo que él negó y miró hacia otro lado con una sonrisa danzando sobre la comisura de su boca, acentuándosele el

hoyuelo.

Después de visitar a Tracy, decidimos a pasear de nuevo y llegamos hasta la escuela primaria y después el instituto, un horrible edificio de ladrillo. Los recuerdos invadieron mi mente y sonreí un poco. Al ser sábado, no había nadie en el campus y el aparcamiento estaba vacío, recordando que una vez la horrible camioneta de mi padre (Betty) había pasado horas y horas allí estacionada.

—Esto es como High School Musical —dijo Arianne al verlo.

Reí.

—¿En serio lo crees?

—Me gustaría pensarlo.

—No cantábamos entre clase y clase, ni tampoco convertíamos la cafetería en un escenario. Aunque alguna que otra vez hubo alguna que otra pelea de albóndigas voladoras, todo tiene que decirse.

Volví a pensar en todos mis amigos de la adolescencia, y me pregunté si estarían aquellos días en Moon Lake Falls. Quizás mis padres les habían invitado también a la ceremonia, quién sabía, pero al mirar el reloj vi que ya se estaba haciendo tarde. Mi padre ya habría regresado de su maravillosa estancia en el taller con Betty.

***

El tiempo pasó extremadamente lento. Cuando llegamos a casa pensé que mi padre ya habría llegado, pero había ido a hacer no sé qué más en el local de trabajo y llegaría un poco más tarde. También pensé que mi madre nos mandaría a todos ducharnos y prepararnos para la cena, pero nos dio una incesable charla sobre su invernadero, enseñándonoslo a Arianne, Aiden y a mí. Había comenzado a cultivar tulipanes de color amarillo.

—A mi madre le va a encantar, Penelope. Le gusta mucho la jardinería —le dijo Aiden, examinando una de las macetas en las que crecían las margaritas.

—Voy a estar encantada de poder enseñárselo todo —respondió ella con dicha satisfacción en su rostro. “¡Por fin alguien valora mi trabajo en el invernadero!”, diría al conocer a Maxine—. A propósito, es tarde ya. ¿Por qué no voy a preparar algo para cenar y vosotros mientras os ducháis? Mañana será un día muy largo.

Los tres asentimos y nos dirigimos a mi habitación.

Arianne pidió ducharse primera y Aiden y yo nos estiramos en la cama, esperando a que saliera del baño. Me sentí bien estando de nuevo en mi casa, en mi cama y en mi habitación. Aiden pasó sus

brazos por mi cintura y me colocó por encima de él, haciendo que mi cuerpo descansara encima del suyo. Dejamos la ventana abierta para que se aireara un poco la habitación y Eddie se hizo un ovillo a nuestros pies, escuchando el vaivén de su ronroneo feliz.

—¿Qué te parece mi familia? —le pregunté en un susurro.

—Solo he conocido a tu madre, de momento, pero es agradable. Y muy divertida —me respondió él en una sonrisa.

—Ya verás cuando nos despierte a las cinco o a las seis de la mañana con su música espiritual y haciendo yoga. No será tan divertido. Y apuesto a que mañana estará de los nervios, así que tendremos sesión doble.

Aiden volvió a reír y posó un beso en mi frente, haciéndome recostar la cabeza en su pecho. Escuchar el latido de su corazón me relajó.

—No le caeré mal a tu padre, ¿verdad? —al rato preguntó Aiden con cierta preocupación en su voz.

—Si te gusta Star Wars, habla como Maestro Yoda y ya le tienes en el bolsillo —bromeé, pero desvió los ojos de mi camino y curvó los labios en una mueca—. Aiden, sé tú mismo y le encantarás. Tú enamoras a todo el mundo —intenté aliviarle un poco, alzando la cabeza y besando su mentón.

Pensé que haría algún comentario de los suyos, pero se quedó en silencio.

—Estamos hablando de tu padre. Esto es importante —dijo al final.

—Buen punto —suspiré y Aiden rio nervioso—. Pero no te preocupes por eso. Sé que le vas a encantar. Eres parte de la familia ya.

Él llevó sus manos a mis mejillas y le miré a los ojos.

Nunca olvidaría aquel color aguamarina.

—Tú siempre serás mi familia, El.

—Y tú la mía —le respondí.

Adoraba aquellos momentos compartidos con él, con sus manos acariciando mi espalda y con mi oreja puesta en su pecho. Eran mágicos.

—A propósito, tengo un chiste nuevo —anunció Aiden y apoyé la frente en su pecho, lamentándome—. Eh, sé que este te va a gustar. Es buenísimo, lo prometo.

—¿Es que nadie a parte de mí te ha dicho que son muy malos?

—Excuse-moi, pero son geniales. Ahora, El, ¿cuánto hace un pingüino menos otro pingüino?

—¿Darme ganas de tirarme por un puente?

—¡Elionor! —se quejó fastidiado y chasqueé la lengua.

—Está bien, está bien… ¿Cuántos?

—Ningüino.

Y sorprendentemente reí.

—¡Oh, Dios!

—¡Ha! ¿Ves como ha sido bueno? ¡Te has reído!

—Es que es muy malo —continué riendo y él se sintió orgulloso.

—Pero te ha hecho reír.

—Este sí.

—Este es un día histórico. ¡Elionor Broome ha reconocido dos realidades que antes se negaba a admitir!

Y juntos continuamos riendo por los chistes tan pésimos de Aiden hasta que entramos en una burbuja de silencio. No hacíamos nada en particular a parte de disfrutar del silencio, y pasaron diez minutos cuando Arianne apareció enrollada en una toalla y un turban extraño en la cabeza, con su ropa en la mano, cuando dijo que ya podía entrar el siguiente.

Quería que todo fuese perfecto durante aquellos días.

Le dije a Aiden que fuera él primero a ducharse, diciéndole que quería colocar todas mis cosas en los armarios, aunque ya lo había hecho antes, y asintió sin cuestionar. Una vez se marchó hacia el baño, Arianne comenzó a vestirse de nuevo.

—¿Con quién hablabas antes en el coche? —le pregunté cuando nos quedamos solas y escuché el agua de la ducha correr.

—No se te escapa ni una, ¿verdad? —arqueó una ceja y sonreí con inocencia— Jack me estaba pidiendo salir de nuevo —abrí la boca y la abracé bien fuerte.

—¡Eso es genial!

—Pero lo malo es que no sé cuánto tiempo más voy a estar aquí con vosotros y no puedo darle una fecha.

—Eso no es lo importante. Dile que le llamarás cuando llegues de nuevo a Inglaterra, muestra interés en él, también. Si te ha dicho de quedar, seguro que le interesas —Arianne sospesó la posibilidad y dijo que lo haría—. ¿Tienes alguna foto suya?

Arianne rio nerviosa y entró a Facebook.

El chico era guapo. Bastante atractivo.

—Esta es del día de la graduación —sonrió Arianne. Su vestido era precioso—. Mi amiga Julie insistió en que teníamos que hacernos muchas fotografías para que algún día se las podamos enseñar a nuestros hijos. Es una soñadora sin remedio. Me gustaría que la conocieras. Seguro que seríais amigas.

Continuó enseñándome fotografías, contándome las historias detrás de ellas.

—¿Quieres ver fotos de la graduación de Aiden?

—¡Sí! —exclamé con ilusión.

Había visto pocas fotografías de cuando Aiden era un adolescente en esplendor.

Arianne fue a otra galería y comenzó a mostrarme imágenes de un Aiden de dieciocho años, algo más delgaducho y bajo. Sus facciones eran más suaves e infantiles, aunque sus ojos brillaban igual que siempre, y llevaba un traje de color negro con una corbata. En una fotografía en concreto, él no miraba a la cámara, sino a la chica que cogía por la cintura, claramente más baja que él. Ella sonreía a la cámara, también, y a él solo se le veía el hoyuelo.

Los ojos azules de Marie brillaban como dos zafiros con luz propia, muy parecidos a los Aiden pero bastante distintos en la gama, y, aunque supiese que ella ya no estuviera en este mundo, su alegre y jovial mirada causó que un escalofrío recorriese mi espalda, como si me estuviera observando atentamente a cualquier movimiento.

Otra corriente de aire cruzó la habitación.

Capítulo 33

Una gran decisión y un sueño en los brazos de un recuerdo tormentoso

Nunca había visto a Aiden estar tan tieso y asustado. Mi padre lo miraba con los ojos entrecerrados y la cabeza bien alta. No supe si darle un apretón de manos para que se diese cuenta de que todo aquello no iba en serio. Arianne observaba atentamente con el tenedor en la boca, sin saber qué pensar de aquella situación, y mi madre miraba el plato escondiendo una risotada traicionera.

—Así que eres músico —continuó mi padre con la farsa.

Aiden tragó con dificultad, apretando las manos en un puño y buscando mis ojos por una fracción de segundo.

—Sí, señor. Tengo un contrato discográfico en Nueva York y pronto comenzaremos a trabajar…

—¿Y quién asegura que esto tendrá un futuro asegurado? —entornó los ojos y me sentí muy mal por Aiden.

Estaba pálido como un fantasma.

—Bueno, no puedo decir que vaya a ser un éxito porque no sé el futuro, pero confío en mí mismo.

—Sigue siendo incierto. ¿Cuáles son tus planes de futuro y qué papel juega mi hija en ellos?

—Richard… —comentó mi madre, viendo que la broma se le estaba escapando de las manos.

Aiden se removió incómodo en la silla.

—De verdad, señor Broome, no quiero…

—¡Papá! Le estás haciendo pasar un muy mal rato… pobre Aiden —exclamé ya sintiéndome mal al ver sus ojos preocupados—. Te está gastando una broma, no lo está diciendo en serio.

Él tomó aire y pareció aliviado, aunque supe que por dentro le estaría insultando a diestra y siniestra. No le culpaba, yo también lo

hubiese hecho. Cogí su mano por debajo de la mesa, acariciando sus nudillos con el pulgar mientras mi padre seguía riendo. Siempre había tenido una debilidad con las bromas que no hacían ni pizca de gracia. De todos modos, mi madre reía con ellas y aquello le bastaba para decir que sí eran graciosas. Justo como Aiden y yo con los chistes, con la diferencia estaba en que aunque yo le dijera que eran pésimos, él seguía contándolos.

—Estaba bromeando. Eres un buen chico, me gustas —le toco el hombro y Aiden rio nervioso, mirando al plato de comida y pinchó un trozo de carne.

—Oh… claro que sí —intentó disimular él.

Justo al llevárselo a la boca, un maullido se escuchó a su lado y Eddie le miró con ojos verdes soñadores, reclamando un trocito de aquella carne. Con una sonrisa, Aiden se lo tendió con la mano y Eddie se marchó relamiéndose los bigotes, de nuevo a dormir.

—Tocaba en una banda cuando era más joven, ¿sabes? Yo era el batería y nos lo pasábamos tan bien. Nunca hemos salido de Wisconsin, de todos modos… Pero era divertido —rio mi padre y Aiden le escuchó atentamente. Sabía que su corazón seguía latiendo a mil por hora a causa del susto que se había llevado, aunque debería haberle advertido de que mi padre era bastante aficionado a ese tipo de bromas…— Leo debería enseñarte la sala de música, allí están todos los instrumentos.

—Papá, ya te he dicho que me llames Elionor, por favor —le dije.

Vi de reojo un Aiden sonriente y sentí su mano apretar la mía por debajo de la mesa, pero volviendo los ojos a la mesa, mi padre llevaba la expresión más confundida que le había visto nunca.

—¿Y qué ha pasado con mi pequeña leona, eh?

—Continúo siendo la misma.

Mi madre sonrió y continuó comiendo en silencio. Había sido ella quien había sugerido mi nombre, y por primera vez en mi vida me sentí orgullosa de llevar un nombre tan distintivo, tan extraño. Tan yo.

—Como iba diciendo, Elionor debería enseñarte la sala de música —continuó mi padre.

—Me encantaría —sonrió Aiden y me miró.

Cuando terminamos de comer, Aiden llamó a Keith para saber si había ido a casa a echarle comida y agua a Gala y ver cómo estaba Nina. Después ayudamos a mi madre a colocar los platos en el lavavajillas y todo seguido dijo que iba a ver una serie en la televisión. Nos invitó a verla con ella, pero Arianne se fue con mi padre a que le enseñara no sé qué nido de pájaros que había en la copa de un árbol en el jardín, y yo llevé a Aiden a la sala de la

música, en el sótano.

—Cuidado con la cabeza —le advertí y esquivé una viga.

—Nunca me habías hablado de esta sala —dijo Aiden, agachándose también—. ¿Tu padre jugaba al baloncesto, o algo?

Mi padre era bastante alto, casi tanto como él.

—Creo que sí, no estoy muy segura. Debió ser en el instituto.

A tientas encontré el interruptor. Una vieja batería se encontraba al fondo de la sala, cubierta por una polvorienta sábana. A su lado, el piano en el que aprendí a tocar, y una guitarra eléctrica se apoyaba en la pared. Aiden se dirigió derecho a la batería y apartó la sábana con cuidado.

—¿Puedo tocar? —pidió permiso después de observarla y asentí.

Cogió las baquetas (le indiqué que estaban en la estantería justo a su espalda) y comenzó a golpear suavemente el pedal, y repicar los platillos con la mano derecha. Fue probando diferentes ritmos y combinaciones, pero acabó haciéndose un lío con sus propios brazos y el ritmo del pedal cesó, riéndose de él mismo. Aiden se rindió y se levantó de la batería para acercarse a la guitarra eléctrica.

—La batería se le daba mejor a Marie, era una absoluta crack. Ella me enseñó un poquito. De todos modos, la coordinación no es lo mío —me contó Aiden en una risotada, colgándose la guitarra de los hombros, pasando la funda alrededor de su cuello y tocó una cuerda, el sonido parecía un susurro—. ¿Cuántos años hace que esto no se toca? Está absolutamente desafinada y las cuerdas están muy oxidadas…

Reí y me dirigí al amplificador para que sonara como una verdadera guitarra eléctrica mientras él movía las clavijas en la cabeza de la guitarra, afinándola de oído. Una vez la tuvo más o menos lista, los dedos de su mano izquierda comenzaron a moverse frenéticamente por el mástil, contrayendo los músculos de su frente y encorvándose ligeramente Terminó con una suave nota grave que hizo que toda la sala vibrara y aplaudí.

—Se te da muy bien —le halagué.

—Recuerdo todas las tardes de lluvia con mi guitarra eléctrica en la habitación, cuando mis padres se iban a hacer no sé qué y creían que estaba estudiando. Tenía que darle diez libras a Arianne para que no se fuese de la lengua —rio Aiden al recordarlo—. Entonces Marie me mandaba mensajes diciendo que debía estudiar si quería aprobar el maldito examen global de biología humana y, créeme, no había asignatura que odiase tanto.

Reí con él y me senté en una silla que había justo allí al lado. Aiden devolvió la guitarra en su puesto y se sentó también en una de las sillas de la sala, pero me indicó con la mano que me sentara en su

regazo.

—¿Cuándo aprendiste a tocar la guitarra? —le pregunté, pasando el brazo por alrededor de su cuello.

—Los padres de Marie, Boris y Céline, me regalaron la guitarra que tengo ahora mismo. Es bastante vieja, digamos, pero le tengo mucho aprecio. Creo que tenía unos trece años.

—Eres viejo —murmuré con cierta diversión en el tono de mi voz.

—Habló la que tiene veinticuatro

—Yo no soy vieja, soy inmortal —sonreí con misterio.

Me acerqué a su boca y besé suavemente sus labios.

—Sí, sí. Lo que tú digas —se burló por encima de mi boca, sintiendo su aliento rozando mi piel—. Toca algo en el piano. Quiero escucharte.

Me aparté de sus labios y con una sonrisa algo tímida me senté en el banco que había delante del piano. A pesar de los años que tenía, la madera seguía absolutamente igual que en mis recuerdos de la infancia. Fue en el que aprendí a tocar, recordando todas las veces que mi madre me obligaba a hacerlo porque decía que la relajaba. A mí también me gustaba, pero no era algo que me entusiasmara. Colocando mis dedos encima de las teclas, pensé en qué podía tocar, y entonces me acordé de algo.

—Hace muchos años intenté componer una canción yo misma, pero no es muy buena…

—Tócala —me animó Aiden, acercando la silla al piano.

—La letra no está muy trabajada, tampoco…

—Elionor, canta —me ordenó.

—Está bien… Supongo que tampoco pierdo nada. Te prohibo reír si es mala. O si desafino.

—No puedo prometer eso último —bromeó y le enseñé la lengua —. Es broma, no me reiré.

Coloqué mis pies en los pedales y comencé a tocar las notas, recordándolas de memoria Era una canción oscura, hasta diría lúgubre, pero el significado era bastante personal. Sentí los ojos de Aiden atentos a cada nota que el piano y mis cuerdas vocales emitían. Al menos no hizo muecas de dolor, por lo que me animó a continuar. Sonrió y se levantó, acercándose a la banqueta y sentándose a mi lado, observando atentamente mis dedos tocar las teclas correctas. Me sentí nerviosa porque tuve la sensación de que estaba analizando cada movimiento que daba y juzgaba cada error que cometía.

La canción continuó con otro verso, pero paré allí mismo y miré tímidamente, quien me observó con adoración. Fue como si sus ojos pudiesen deshacer o desvanecer mi imagen, y me sentí vulnerable pero a la vez querida. Descansé las manos en el regazo, pero Aiden las

cogió entre las suyas y besó los nudillos.

—Es preciosa —susurró.

—No tanto.

Miré a mi regazo.

—Sí que lo es, es muy buena. Genialmente buena.

—No digas tonterías —intenté quitarle importancia.

—Pero es verdad —continuó Aiden, mirándome a los ojos y con sus manos aún en las mías—. Es más, quisiera que estuviera en el álbum.

Arqueé una ceja, pero la mirada en sus ojos me dijo que sus palabras estaban yendo en serio.

—Aiden, en serio que…

—Se tendrán que hacer algunos retoques, eso no te lo niego, pero es muy buena. Además, me gustaría que hiciésemos un dueto —declaró.

¿Un dueto? ¿Se había vuelto loco?

—Ni siquiera sé cantar —dije con una risita nerviosa.

—¿Entonces lo que has hecho, qué es? —respondió, riendo— ¿Dejarás que la arregle y que la cantemos juntos? Podrás tocar el piano.

—No sé, Aiden… Es que yo no sé cantar.

—¿Recuerdas el día en Holmeshire, cuando cantamos juntos en el escenario del pub? —asentí y él cogió mi rostro entre sus manos— Igual, bébé.

Acabé accediendo. Supe que eso le haría feliz, y ya dije una vez que haría lo que fuese por su felicidad, para que aquella pequeña mina de oro encontrara su camino.

—Aiden… —susurré y apoyé las manos por encima de su pecho.

—¿Qué pasa?

—Hay dos cosas que te quiero decir. Una de ellas llevo queriendo decírtela desde ya hace un tiempo pero no he sabido cómo.

—¿Es algo malo? Me estás asustando —se preocupó.

Negué con la cabeza y sonreí.

—No, no lo es.

—¿Estás embarazada? —me preguntó de golpe.

—¿Qué? ¡No! Es decir, sería un poco pronto, ¿no crees?

—Ha sido inevitable pensarlo. Pero tampoco me enfadaría, ¿por qué iba a…?

—Aiden, no es eso. Créeme —le corté y asintió.

Tomé aire y suspiré. La verdad es que era un tema bastante complicado y del que me costaba hablar, pero Aiden merecía saberlo. Se lo había contado a Keith, y debía comentárselo a mi novio.

—¿Recuerdas que una vez te dije que perdí la virginidad a los dieciocho?

—Sí, ¿pero a qué viene esto? —se extrañó y frunció el ceño.

—Fue con un chico llamado Simon, y fue algo estúpido que hice. Bebí demasiado aquella noche en la fiesta…

Mi cuerpo tembló, pero teniendo a Aiden escuchando atento y buscando mi mirada, me puso aún más nerviosa de lo que ya estaba. No me atreví a mirarle a los ojos.

—Elionor…

—No, no, déjame terminar —le pedí y él asintió, cogiendo mis manos entre las suyas; su calidez me dio valor para continuar—. Lo hicimos aquella noche, pero ni siquiera recuerdo nada. Solo fue sexo. Y quiero que sepas que para mí, tú fuiste el primero.

Un nudo se formó en mi garganta y me sorprendí a mí misma pensando qué iba a ser lo que Aiden iba a responder, cómo me iba a juzgar por ello. En realidad era una estupidez, lo reconocía, pero a la vez sentí algo importante dentro de mí.

—¿Tenías miedo de decirme esto? —me preguntó y no supe qué responder.

—Un poco… —admití.

—Serás tonta —rio él y subió su mano derecha a mi mejilla, poniendo algunos mechones detrás de la oreja—. Es una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca, El. Me alegro de haber sido tu segunda primera vez.

Sus ojos aguamarinas brillaron con la luz de la única bombilla que iluminaba el sótano, y tan azules fueron sus ojos que pareció que el cielo se reflejase en ellos.

—Te quiero mucho —le dije y alcé los brazos para rodear su cuello, enredando algunos de sus bucles entre mis dedos.

—Je t'aime aussi —respondió—. Si ese tal Simon aparece mañana, me preocuparé de hacerle saber que eres mía. La plus belle dans le monde.

Sonreí nerviosa aun no entendiendo lo que había dicho, pero acerqué mi boca a la suya y degusté sus labios; sabían a poesía.

—Hay otra cosa que te quiero decir —hablé de nuevo y me sentí más emocionada por aquella noticia que le iba a comunicar.

—¿Qué es?

Llevaba algunos días pensando en ello, siempre invadiéndome de recuerdos por aquello que me costó tanto conseguir en su momento y las mentiras que me dije a mí misma para convencerme de que necesitaba alejarme de allí, vivir algo nuevo… pero había tomado una decisión:

—Voy a volver a la universidad.

Aiden sonrió como nunca.

—Ya lo sabía.

—¿Lees la mente? —le pregunté, sorprendida por su respuesta.

Aiden rio y volvió a acariciar mi mejilla con la yema de sus dedos.

—Solo la tuya —respondió y arqueé una ceja—. Eres un libro abierto. No es difícil saber qué es lo que sientes o piensas.

—Oh…

—Sé que lo echas mucho de menos.

—¿Cómo lo sabes? Nunca antes lo había dicho.

—Pero muchas veces hablas de la universidad. Relees los clásicos y lloras con Jane Austen. Hoy mismo te has quedado mirando la librería en tu habitación y tus ojos chispeaban.

Sonreí tímida, sabiendo que todo lo que estaba diciendo era verdad. Aiden me conocía como nadie. Él era mi mejor amigo, y mi compañero en la vida.

—¿Qué te parece la idea? —dije en un susurro.

—Me parece una idea brillante. Eres capaz de hacer lo que te propongas. Estoy muy orgulloso de ti, Elionor. Je suis très fier de vous —me sonrió y llevó ambas de sus manos a mis mejillas, acariciándome con los pulgares—. Cuando le has dicho a tu padre que te llamase por tu nombre completo me he sentido muy orgulloso de ti. Ma belle Elionor, la plus belle.

Mis manos, que habían caído a mi regazo, comenzaron a trepar por su pecho mientras acariciaba su piel por encima de la camiseta que llevaba puesta y llegando hasta su nuca, enredando mis dedos en sus rizos. Aiden se levantó y me alzó en sus brazos, rodeando su cintura con mis piernas y sentándome encima del piano.

—Je t'aime… —susurré en su oído, sorprendiéndole.

—Oh là là… vous commencez à parler Français…

—Mmm… ahí ya me he perdido.

Él rio y se fue directo a mis labios de nuevo.

—Ne t'inquiete pas. Tu l'apprendras.

Envueltos y absortos en nuestro propio hechizo, no nos dimos cuenta de que Arianne había entrado en la habitación y se apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados encima de su pecho, y carraspeó su garganta.

—Excuso interrumpir de nuevo vuestra acalorada y pasional sesión de hockey de amígdalas, pero… Aiden, Papá, Mamá y Pierre ya han llegado a Estados Unidos.

Y juré que el color del rostro de Aiden desapareció.

*

La recibida de la familia de Aiden en casa de mis padres fue terriblemente tensa. No por Maxine, quien abrazó inmediatamente a su hijo y juré ver que se le escapaba alguna lagrimilla, sino por el cordial apretón de manos que se dieron Aiden y su padre. Ni siquiera cruzaron una sola palabra. Me dolió ver su relación tan fría.

—¡Aiden! Regarde-toi! Tu es très beau! Ay, ¡qué guapo estás! —exclamó Maxine con su característico acento afrancesado, cogiéndole de las mejillas como cualquier madre haría.

Sonreí viéndoles y por mucha cara de fastidio que Aiden pusiera de que le cogiera la cara como un niño pequeño, supe que él también se alegraba de verla y quería abrazarla tan fuerte como ella a él. El tamaño pequeño de su madre destacaba su lado.

—Cada día eres más alto —le comentó Aiden a Pierra, chocándole la mano y haciendo algún tipo de baile tribal que tendrían acordado ambos, porque lo siguieron a la perfección.

Los ojos avellana de Pierre brillaron al ver a su hermano mayor.

Maxine, Fred y Pierre se hospedaban en el hotel del pueblo, que no era mucho, pero suficiente para pasar tres días. Les habíamos ofrecido a que vinieran a Nueva York con nosotros después de que se terminase el día, pero dijeron que ellos volverían a Inglaterra porque tenían trabajo en el hospital y algún que otro proyecto farmacéutico. Vi claramente que Aiden lo había propuesto por cordialidad (en realidad el único que le incomodaba era su padre), pero estaríamos mucho mejor Pierre, Arianne, Aiden y yo solos. Además, no íbamos a caber porque el piso era bastante pequeño y no teníamos camas suficientes.

—Vosotros debéis de ser los padres de Aiden —saludó mi madre —. Soy Penelope, la madre de Elionor. Estoy encantada de que hayáis podido venir al final.

—Muchas gracias por la invitación —le contestó Maxine.

—¿Ha sido un viaje demasiado largo? Elionor dice que uno ya no saber cómo acomodarse en el avión.

Maxine rio y negó con la cabeza, quitándole importancia.

Mi madre les dio abrazos y apretones de mano y me fijé en el padre de Aiden, que parecía escanear el comedor de la casa con ojos calculadores. Sus ojos azules eran prácticamente iguales a los de su hijo mayor, pero al contrario de la calidez de Aiden, los suyos eran fríos como el hielo.

Aiden se puso a mi lado y colocó su mano en mi cintura, atrayéndome a él y escuchando un leve gruñido. Extrañada, observé su rostro. Su frente se contrajo en pequeñas arrugas en la frente y sus labios sellaron un grito airado, de eso estuve segura. Sus ojos miraron

a su padre de espaldas a nosotros con una intensidad negativa.

—Tranquilízate —susurré en su oído, pero lo único que conseguía fue que se tensara aún más.

—Ojalá tuviese un congreso en cualquier lugar y no hubiese venido —dijo entre dientes.

—Es tu padre, deberías alegrarte de verle.

Intenté que me mirara, pero sus ojos siguieron enganchados en la espalda de su padre. Si las miradas matasen, Fred hubiese caído al suelo de bruces.

—La cuestión es que no me alegro de verle —respondió Aiden, con ira en su voz.

—Aiden, es tu… —no me dejó terminar.

—Sí, lo sé, es mi padre. Y mi padre es el mismo hombre que ha estado menospreciándome durante toda mi vida por no ser su ideal de hijo. El que me llama estúpido niño ignorante. Él es mi padre, Elionor.

Sus ojos se encendieron el llamas cuando sus labios pronunciaron aquellas palabras. Su mirada quemaba, podía ver el fuego en el iris y las pupilas, y el veneno que llevaban sus palabras. Vi un Aiden dolido y roto, resentido por el trato que le dio su padre al largo de los años, algo que estaba cien por cien segura que no iba a olvidar nunca. Sabía que Aiden no quería decirle nada del contrato discográfico a su padre, le conocía de sobras como para saberlo, pero tenía que armarse de valor porque en un momento u otro iba a enterarse.

Mi madre y Maxine se llevaron muy bien. Se pasaron la noche charlando sobre lo que supuse que era jardinería, y Fred conversaba también con mi padre, aunque de vez en cuando le vi observando la casa con ojo crítico, como si lo estuviera juzgando. Nosotros nos fuimos a la habitación y nos contó cómo le había ido el fin de curso, y el aburrimiento que había sido estar sin, al menos, Arianne todos aquellos días.

—¿Y cómo han ido las cosas por casa? —le preguntó Aiden.

—Mamá estaba deseosa de que me viniera con vosotros. Dice que quiere estar a solas con Papá después de tantos años soportándonos.

—¡Puaj! Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar —asqueó Aiden, contrayendo su cara en una mueca y sacando la lengua.

Reí y busqué la mano de Aiden, pensando en que quizás, de aquí a veinte años podríamos ser nosotros que mandásemos a nuestro hijo pequeño con el mayor para tener tiempo solos. Pero aún faltaban años, muchos años. Sin embargo, como ya había dicho alguna vez, quisiera formar una familia y vivir tranquilamente en Londres, y Aiden aparecía en esos planes. Estirada en la cama con mi cabeza en su estómago, sus dedos recorrían mi cabello desde la raíz hasta las

puntas.

Estando allí, recordé la fotografía que me enseñó Arianne, la de la graduación de Aiden en la que salía Marie. Sus ojos no se marcharon de mi cabeza, y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, como si estuviese escondida en algún lugar, como si en realidad se riera de mí y como si me ahogase; exactamente como ella murió. Sacudí la cabeza y comencé a jugar con los dedos de la mano que no usaba Aiden, dándose cuenta.

—¿Pasa algo? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—No, tranquilo. Es una estupidez —respondí con un intento de sonrisa.

"La estupidez de pensamiento de que tu difunta ex novia me esté mirando, me está matando".

—No tienes buena cara, estás bastante pálida —no me creyó mucho—. ¿Quieres que te haga un masaje? O una ronda de chistes. Tengo muchos más por contarte.

—Cualquier cosa menos chistes, por favor —me reí.

—Pero son buenos. Antes te has reído.

—Debí golpearme la cabeza contra algo —volví a reír, pero Aiden no pareció convencerse por mi humor—. En serio, estoy bien. Algo nerviosa por mañana, pero estoy bien.

—¿Segura? —enarcó una ceja y asentí.

Horas después nos fuimos a dormir todos. Pierre, Fred y Maxine fueron al hotel y Aiden, Arianne nos preparamos para el día siguiente, nos teníamos que levantar bien pronto para no hacer tarde y para que todo saliese perfecto. Mi madre había estado algo agitada durante la cena. Era muy perfeccionista y supe que quiso que todo fuera como la seda, así que fue mejor no contradecirla y hacerle caso. Miré a Aiden en la oscuridad, viendo que ya se había dormido y cómo aquellos rebeldes rizos caían por su frente y tapaban sus párpados, y antes de caer yo también en los brazos de Morfeo, besé la punta de su nariz, recibiendo una divertida mueca por su parte.

Pero más en que los brazos de Morfeo, me dejé dormir en los brazos de un recuerdo tempestuoso.

*

Mi brazo se enroscó con fuerza al de mi padre, sonriendo sin mirarme a los ojos, orgulloso de mí. Mi vestido blanco y largo llegaba al suelo y era arrastrado delicadamente con cada paso que daba. Vi a mi madre llorar en la primera fila de bancos y rodé los ojos al pensar que exageraba tanto como siempre, pero después pensé que mis razones para decir aquello eran inválidas porque aquel era el día de

mi boda.

Mi boda con Aiden. El día más feliz de mi vida.

Seth y Emily llevaban los anillos en una pequeña almohada de terciopelo de color rojo escarlata, y Arianne estaba preciosa siendo la dama de honor. Llevaba margaritas entre sus rizos y escuchaba las palabras en francés de Maxine, aunque no entendiera nada de lo que estaba diciendo. A los pocos segundos llegué a Aiden, quien sonreía como nunca lo había hecho.

—Ma belle Marie… —murmuró en mi oído.

¿Marie?

Miré a mi alrededor y vi a mi madre que me miraba curiosa, como si estuviese intentando descifrar quién era realmente.

—¿Marie? —pregunté, pero mi voz salió distinta a la mía.

Era aguda, casi como si mil campanas repiqueteasen a la vez. Algo así como los cascabeles.

—Mira lo preciosa que estás hoy, Marie. Seremos tan felices… Mírate, estás deslumbrante —dijo él tendiéndome un espejo.

Con dedos temblorosos, lo cogí de sus manos y vi que la persona que se reflejó en él no era Elionor Broome, sino Marie Arène. Los mismos ojos azules que había visto en la fotografía me observaron con pánico, con terror en ellos, y mi labio comenzó a temblar al igual que el del reflejo del espejo, que resbaló de mis manos hacia el suelo rompiéndose en mil pedazos. Presa del pánico, una voz hizo eco en la iglesia y todos los presentes, incluyéndome, miramos a la persona que había entrado.

—¡Aiden! —gritó una chica.

Su grito fue tan desgarrador que lo sentí en mi pecho.

Era yo.

La chica era Elionor Broome.

Se repente se escuchó un disparo y la Elionor en la puerta cayó de bruces al suelo. Todos los presentes comenzaron a gritar, enloquecidos por el pánico. Aiden también gritó y comenzó a profanar, a insultar a diestra y siniestra, pero no pude identificar quién fue que disparó; tan solo tuve ojos para la pobre Elionor que yacía muerta el en suelo, con un río de sangre que envolvía su cuerpo sin vida. Pero entonces la persona sin rostro que había disparado apareció de las sombras y apuntó mí, hacia Marie, disparando. La bala impactó contra mi cuerpo, lentamente desplomándome en el suelo.

Igual que Elionor, yací en el suelo con un río carmesí envolviéndome…

—¡Elionor, despierta! —escuché la voz de alguien llamarme desde lejos.

Abrí los ojos de golpe y me incorporé en la cama, mirando a mi

alrededor. Ya no estaba en una iglesia, sino en mi habitación. Aiden me miraba con preocupación en los ojos y Arianne me acariciaba el cabello, pero mi corazón seguía latiendo a mil millones de pulsaciones por segundo.

—¿Estás bien? —me preguntó Arianne y me sequé con la mano las lágrimas en mis mejillas.

Había estado llorando.

—Era solo una pesadilla. Una muy real —musité, tragando saliva con fuerza.

Mi garganta estaba seca, posiblemente de gritar. Arianne me tendió un vaso de agua, agradeciéndoselo en un susurro, y acto seguido Aiden me atrajo a su cálido pecho, echándome a llorar de nuevo al recordar como le hablaba a Marie. Es decir, a mí.

Pero no era yo. Yo era Marie.

Y yo no era Marie. Yo era Elionor.

—Ssshhh… Estoy aquí… Estás a salvo —intentó consolarme y me acarició la espalda—. Muchas gracias, Arianne. Vuelve a dormir, solo son las cuatro de la madrugada.

Arianne asintió algo adormilada y a los pocos segundos ya dormía. Me aferré a la camiseta de Aiden, sintiendo que estaba a mi lado y que aquello no había sido real, que no había sucedido de verdad, pero los escalofríos no cesaban de recorrer mi cuerpo y toda yo temblaba.

Yo era Elionor, no Marie.

—Te quiero, Aiden —dije entre sollozos.

—Ssshhh… Yo también te quiero, Elionor. Yo también te quiero. No lo olvides nunca.

Cerré los ojos y sonreí un poco con los ojos cerrados, aún apoyada en el pecho de Aiden.

—Nunca lo olvidaré.

Me dio un beso en la frente y nos quedamos en silencio hasta que él volvió a hablar al cabo de unos minutos.

—¿Quieres contármelo? —negué con la cabeza— Vayamos a dormir. Mañana será un nuevo día.

Aiden besó mi coronilla y cerré mis ojos, intentando dormirme. Pero no pude. Los ojos de Marie mirándome en el reflejo del espejo me mantuvieron despierta toda la noche. Cualquier sonido en la habitación hizo que mis músculos se agarrotaran y comenzase a temblar, aferrándome aún más a los brazos de Aiden y recostando la cabeza en su hombro. Él dormía plácidamente con la boca entreabierta, dejando ver los incisivos, y de un momento a otro sonrió levemente, preguntándome en qué debería estar soñando.

¿Qué había significado sueño en que yo era Marie y me veía a mí misma morir?

¿Por qué tenía la sensación de estar siendo observada?
¿Qué era lo que me estaba ocurriendo?

Capítulo 34

Promesas renovadas con sabor a un pasado agridulce

Ashley estaba metida entre fogones, con una enorme sonrisa en los labios, mientras sus manos trabajaban sin descanso en la cena que le estaba preparando a Bradley. Y esa no era la única sorpresa que le tenía preparada. Ashley estaba llevando a la práctica todo lo que había ideado mientras Megan la torturaba en el centro comercial, del cual había salido con más bolsas de las necesarias; pero, puesto que Megan insistía en que una mujer debía tener una buena colección de modelitos, Ashley cerró la boca y asintió a todo lo que la pelirroja dijo. Después de todo, ese era su momento de amigas, un momento para ellas dos después de un tiempo en el que la había dejado sola.

ACogí el cabello de mi madre entre mis dedos y lo fui trenzando meticulosamente mientras ella me contaba quiénes de sus amigas de la asociación feminista iban a estar en la ceremonia. Siendo completamente honesta, hice ver que la escuchaba. Arianne se encargaba del maquillaje; se le daba mejor que peinar.

De verdad quise estar atenta a lo que me estaba diciendo, sabía que cuando se ponía nerviosa no podía parar de hablar, pero mi cabeza me devolvía una y otra vez como un imán al sueño que había tenido la noche anterior. Había sido tan real que cada vez que recordaba la expresión de horror del reflejo en el espejo, sentía un escalofrío recorrerme desde la raíz del pelo hasta la punta del dedo gordo del pie.

Me recordé a mí misma desplomándome en el suelo con el mismo vestido que iba a llevar en la celebración de mis padres, y después me disparaban directamente siendo yo Marie. Algo que también me consumió fue que no vi el rostro a la persona que disparó. ¿Quién sería?

Algo se me escapaba entre los dedos y me sentí impotente, porque a cuanto más quise descifrar su rostro, más jaqueca me causaba todo aquello. Ese era un día muy importante para mis padres, así que me dije a mí misma que iba a disfrutar y dejar de atormentarme por un sueño insignificante, unque en mi cabeza sí era significante, y mucho. De todos modos, siempre se decía que cuando no veíamos las facciones de una persona en un sueño es porque no lo conocemos o no lo hemos visto nunca, así que confié que aquello fuese a calmarme un poco.

—¡Quieres parar, la vas a ahogar! —cogió Arianne el aerosol de mis manos.

¡Oh, Dios, había olvidado que le estaba echando laca a mi madre! Ella tosió y trató de remover el aire con su mano.

—Perdón… —me mordí el labio.

—¿En qué estabas pensando, eh? ¿Estabas fantaseando con Aiden, o qué? —siguió tosiendo.

—Posiblemente era eso —rio Arianne, aunque fue un poco forzado.

La Elionor normal, la que no se preocupaba por un sueño, se hubiera sonrojado y muerto de vergüenza, pero no pude pensar con claridad. No con los ojos de Marie en mis recuerdos. No cuando mueres en un sueño.

—Como te iba diciendo, la hija de Bianca va a estar también presente a la celebración y no conoce a nadie. ¿Por qué no os sentáis con ella y le hacéis compañía? Tiene vuestra edad, más o menos. Creo que es un poco más pequeña que vosotros —comentó, volviendo a cerrar los ojos y dejando que Arianne le maquillara.

—Claro, por supuesto —intenté sonreír.

No sabía quién era Bianca, en realidad.

—¿Cómo he dicho antes que se llamaba la chica, Ari? —le preguntó mi madre— Algo así como Maria, o Marie…

Maria.

Marie.

Juré que el latido de mi corazón fue errático y aguanté mi respiración, sintiendo a Arianne tensarse a mi lado también.

—Marine. Se llama Marine —se dio prisa a responder.

—¡Eso, Marine! —exclamó finalmente— Qué nombre más raro, ¿no crees?

—Es la versión francesa.

—Pues es muy extraño.

No pude pensar con claridad en ese momento y mi pecho fue vaciándose poco a poco, liberando el aire que había estado reteniendo en los pulmones desde el momento en que en mi madre dijo el

nombre de ella.

—Penelope, tu hija se llama Elionor —rio Arianne en un intento de animar el ambiente.

Aunque el dolor y la angustia en el corazón siguieron allí.

—¿Y a que es precioso? —se defendió con orgullo— Pero Marine es raro, sinceramente. Es como ver un perro de color azul por la calle, ¿sabes?

—¿Un perro azul? —soltó Arianne una carcajada.

—Claro, no existen perros de color azul.

—Claro, claro… —Arianne le siguió la corriente.

***

Me coloqué el vestido y Aiden me ayudó a subir la cremallera, dejando un suave beso en mi hombro cuando lo hubo hecho. Después le coloqué yo la corbata, haciéndole el nudo, y cuando terminé él agachó su cabeza un poco y nos besamos. Sus ojos volvieron a brillar como cien aguamarinas en el escaparate de una joyería.

—Ma belle Elionor… Qué guapa estás —murmuró por encima de mis labios.

«Ma belle Marie»

Tragué con fuerza y dificultad, aunque sonreí débilmente.

—Gracias… —no soné muy convincente.

—Qu'est-ce qu'est en train de passer? —me preguntó Aiden con cierto tono de preocupación.

No había entendido completamente, pero por el modo empleado y expresión, comprendí que me preguntaba qué era lo que me pasaba.

—Estoy algo nerviosa, eso es todo —intenté sonreír, débilmente.

Pero yo sabía que Aiden no me creía, lo pude ver en sus ojos. Me observaban atentamente intentándome descifrar como un enigma de Arthur Conan Doyle.

—¿Estás segura de que estás bien? Has estado extraña desde ayer por la noche. ¿Seguro que te encuentras bien? ¿Es por esa pesadilla?

—Estoy bien, no te preocupes. Te quiero —me alcé sobre los dedos de los pies y besé sus labios, igual de suave que lo había hecho él, y cambié de tema—. Por cierto, no te preocupes por el tema de tu padre. Haz ver como que no está y todo irá bien. Esto contigo.

—Pero es que no entiendo por qué ha venido. A la mínima que pueda, me cogerá en banda y me dará una de sus incesantes charlas —bufó Aiden y rodó los ojos—. En realidad no entiendo por qué tu madre ha invitado a mi familia, tampoco se conocían de nada. Parece

un poco egoísta por mi parte, pero es lo que pienso.

Sonreí y cogí su corbata, arreglándola.

—Mi madre es así. Siempre invita a todo el mundo a las fiestas, y esas cosas. Además, está muy ilusionada por haberte conocido y porque he traído a un chico en casa, eso nunca había pasado —me encogí de hombros.

—Así que soy el primero, ¿eh? —sonrió, pillo— Tus padres son muy agradables, aunque tu padre me acojonó al principio, a decir verdad.

Reí de nuevo y dejé su corbata en paz, dirigiéndome a mis zapatos y sentándome en la silla para atármelos bien a los tobillos.

Mi madre ya debería estar en el local en el que se iba a celebrar la ceremonia. Arianne había ido con sus padres y Pierre, y los últimos que faltábamos de la familia éramos nosotros dos. Me había levantado temprano e ido a la peluquería, me habían peinado de un modo en que no me reconocía, llevaba un recogido justo en la nuca y un maquillaje que hasta a mí me dejó boquiabierta. Era sencillo, pero muy bonito. Y de nuevo tuve la sensación de que alguien nos estaba observando. Sacudí la cabeza para quitarme la imagen de Marie en la cabeza, en vano, y guardé la máquina de fotos en su maletín, después cogí mi bolso de mano para ir con los demás.

Sonreí y entramos en el local. Era bastante antiguo y rústico. Allí daba clases de ballet cuando era pequeña, que debí añadir que fueron un desastre. Vi caras conocidas, otras que no había visto nunca en mi vida (supuse que eran amigas de mi madre, aunque entre ellas estaba Tracy) y la abuela Peggy, con sus ya ochenta y tres años y su inseparable bastón, mandando a diestra y siniestra.

—¡Abuela! —la llamé.

—¡Dichosos los ojos! Pensaba que nunca vendrías a ver a tu queridísima abuela —exclamó cuando llegamos a su lado y me agaché para poder abrazarla bien— Niña, no paras de crecer nunca.

—Tengo excusa. Llevo tacones —reí.

—¿Fueron bien los guantes? —me preguntó.

—De maravilla —mentí.

Ella no sabía que nunca me los ponía.

La abuela Peggy me sonrió y la observé mejor. Estaba mucho más mayor, obviamente, pero no perdía el espíritu jovial en sus ojos, ni tampoco la emoción para tejer, y rogué que Aiden no le comentara que él también sabía. Su cabello blanco como la nieve estaba perfectamente peinado en un moño y sus ojos azules, que nadie en la familia los había heredado, impecablemente maquillados.

—¿No me vas a presentar a este chico tan guapo? —preguntó

codeándome en un arqueo de cejas.

—Él es Aiden —sonreí—. Aiden, ella es mi abuela Peggy.

Aiden sonrió también y se agachó para darle la mano, pero ella lo estrechó en un abrazo y le dio un beso en la mejilla.

—Encantada de conocerla, abuela Peggy —murmuró él con un deje de desconcierto.

—Eh, a mí no me hables de usted, jovencito. Tendré ochenta y tres años pero sigo moviéndome como si tuviera veinte.

Intenté aguantar una carcajada y me tapé la boca con la mano. Dicho eso, la abuela se marchó en busca de mi primo Roger (el de la nariz demasiado grande para su cara).

—Es que fue cinturón negro en taekwondo —le expliqué a Aiden y entonces lo entendió.

Reí junto a él, y después me puse a mirar quién más estaba en la celebración, encontrando a dos personas que hacía mucho tiempo que no veía.

—¡Elena, Sarah!

Ellas se dieron la vuelta en busca de la voz que las llamó y comenzaron a encaminarse rápidamente hacia mí. Me deshice de la mano de Aiden y yo también fui hacia ellas, fundiéndonos las tres en un abrazo.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —dijo Sarah, parándose a mirarme.

—¿Y a ti qué? —le respondí, mirándola de arriba a bajo y parándome en su vientre— ¿Estás embarazada?

Normalmente no hubiera hecho esa pregunta, pero las tres habíamos sido como hermanas, y en el caso de que solo hubiera encordado como unos seis kilos (que claramente no era el caso), simplemente me hubiera dado un manotazo en el brazo.

—De cinco meses. Mark y yo estamos esperando un niño. Mark debe estar por ahí, charlando con alguien —contestó orgullosa.

—¡Qué feliz estoy por ti! —la abracé de nuevo y seguí a por Elena — ¿Y tú? Qué hay de nuevo para contarme?

—Yo soy un alma libre, ya lo sabes. No me gustan los compromisos.

—Eres una cabra loca, eso es lo que eres —añadió Sarah y todas reímos

Ambas estaban muy cambiadas. En realidad todas habíamos cambiado mucho, habíamos crecido. Por lo que había sabido, Sarah se había casado hacía poco más de un año con un chico en Nueva Jersey, aunque no pude asistir a la boda porque tuve que trabajar aquellos días, y Elena se había mudado a la soleada California, a San Francisco.

—¿Y tú qué? La chica de la ciudad —me codeó.

Los ojos verdes de Elena chispearon con emoción. Ella sabía lo mucho que había necesitado un cambio de aire y me apoyó completamente cuando decidí ir a Londres.

—Ahora estoy viviendo en Nueva York —les conté con una sonrisa plasmada en mi rostro.

Ni siquiera recordé el sueño, ni los zafiros penetrantes ni el sonido del disparo ensordecedor; volvía a ser la Elionor de siempre.

—Nos lo contó tu madre, quiso que viniésemos para darte una sorpresa —me contó Sarah.

—¡Y menuda sorpresa! —las volví a abrazar; estuve muy feliz de verlas— Oh, os tengo que presentar a Aiden… ¡Aiden, Aiden! —me di la vuelta y le llamé con la mano.

Él estaba con las manos en los bolsillos de sus pantalones y observaba el local con cierta curiosidad.

—¿Quién es Aiden? —preguntó Elena y Sarah le siguió.

—Mi novio —les conté con emoción y ellas contuvieron el aliento.

—¡Serás capulla! ¡No nos lo habías dicho! —Elena me pegó en el hombro.

—¡Eh! Que mi hijo es aún inocente, no le corrompas aún siendo un feto —le reprochó Sarah.

—Perdón —rio Elena—. Pero en serio, ¿quién es Aiden?

A los pocos segundos llegó él y posó mi mano en la cintura.

—Él es Aiden —lo presenté—. Aiden, ellas son mis amigas de la infancia, Elena y Sarah.

—Encantado de conoceros —les sonrió a la vez que les tendió la mano.

—¿Es británico? —dijo Elena con una ilusión notable en su voz y reí.

—Soy inglés —dijo con orgullo y noté que Elena quiso morirse.

¿Por qué todas tenían aquella reacción? Aunque yo también me había muerto por su acento en su momento (y seguía haciéndolo, para qué negarlo).

—Es músico —conté de nuevo con emoción, presumiendo un poco.

—¿En serio? —se sorprendió Sarah— ¿Tienes una banda, o algo? —le acabó preguntando.

—Soy solista. Tengo un contrato discográfico en Nueva York, estoy preparando mi primer disco —les contó e inflé el pecho de orgullo.

Era genial oír a Aiden hablar sobre su sueño y futuro de un modo tan alegre y suelto. Sabía que algunas veces le había dado vergüenza el decir que trabajaba como músico y que no trabajaba de nada más,

y oírle hablar de aquel modo fue como si hubiese sido yo quien también hubiese cumplido un sueño. Estaba muy orgullosa de él.

—Te compraré el disco cuando salga —le dijo Sarah.

—Sí, yo también. Aunque no sé si cantas bien o mal —rio Elena en broma.

—Canta bien. Canta muy bien —les aseguré.

—Lo íbamos a comprar igualmente —habló Sarah por las dos y reímos.

Pronto tuvimos que despedirnos diciendo que ya nos volveríamos a encontrarnos durante la comida en el restaurante, y al volver a estar en silencio, fue como si mis miedos hubieran vuelto y me dejado sola en medio de una isla desierta en el océano Pacífico, aunque los dedos de Aiden estuviesen entrelazados con los míos. Me sentí sola. Muy, muy sola, y una gélida brisa volvió a acariciar la piel desnuda de mis brazos. Tuve que la sensación de tener que actuar con pies de plomo. Entonces pensé lo más absurdo posible, algo que era imposible científicamente hablando… ¿Y si Marie, de algún modo u otro, estaba allí? Había películas y novelas que trataban sobre aquello, sobre fantasmas que se habían quedado atrapados en el mundo de los vivos para que alguien les ayudase a cruzar al otro mundo, al más allá. O al menos eso era lo que hacían creer en la historia.

¿Podía ser real todo aquello que estaba ocurriendo? ¿Desde cuándo mi vida había dado un giro paranormal? Todo en mi día a día había sido un poquito de sufrimiento, pero al final había ganado mi recompensa, y todo aquello me volvió a dar jaqueca.

Mi subconsciente me gritó: “¡Marie está aquí, justo a tu lado! ¿Es que no te das cuenta, estúpida?”. Sin embargo, mi parte cuerda le respondió: “¿es que te crees que esto es The Walking Dead?”. Por lo tanto, no supe muy bien qué pensar. Lo que sí supe era que estaba volviéndome loca.

De verdad deseé que la vida no hubiera desafiado a la muerte, y que nada de esas cosas extrañas que aparecían en las películas de ciencia ficción me ocurriesen a mí. Además, pensándolo mejor, Aiden la había visto morir. Es más, ¡Marie había muerto en sus brazos!

Definitivamente me lo estaba imaginando todo. Me estaba convirtiendo en una lunática de pies a cabeza.

—¿Vamos a buscar a mi familia? —me preguntó Aiden, sacándome de mis propios pensamientos.

—Sí, claro. Vamos —apreté mi mano entre las suyas; quise sentirle bien cerca a mí y no tan lejos.

Fuimos avanzando entre la multitud de invitados que no tenía ni idea de que existían, mientras Aiden me explicaba alguna que otra anécdota de Arianne, Pierre y él en el casamiento de su tía Lauren, de

Francia, pero no entendí al cien por cien lo que me dijo. De nuevo recordé los ojos azules como zafiros reflejados en el espejo entre mis manos, mirándome de vuelta y después oyendo el disparo, viéndome a mí misma desplomarme en el suelo, muerta.

Otra ráfaga de aire sopló en mi cogote, haciendo que mi piel se erizara por completo y quedara helada aun estando avanzando al lado de Aiden, con la calidez de sus dedos contra los míos. Sin embargo, igual que en la isla desierta, ese calor hogareño quedó lejos, aparcado en el fondo de mi conciencia y preocupaciones.

Tuve un mal presentimiento. Un muy mal presentimiento.

***

No solté la mano de Aiden en ningún momento.

Tuve miedo de que en una soplo de aquel viento tan extraño me pudiera caer de bruces al suelo por el efecto que causaba en mis rodillas. Sentí que el corazón se me iba a salir del pecho, y miré por la sala en busca de ese alguien que pudiera ser el o la causante de mi nerviosismo; pero no había nada extraño.

—¡Elionor, Aiden! —una voz nos llamó y nos dimos la vuelta. Arianne apareció arrastrando a Pierre de la mano, con una sonrisa de oreja a oreja— Jo, qué guay es todo esto. Hacía tiempo que no estaba en una boda.

—Es una renovación de votos, en realidad —sonreí.

—Bueno, lo que sea —gesticuló y también rio.

—¿Vamos a sentarnos juntos? —preguntó Pierre, mirando a su hermano mayor.

—No lo sé —le respondió Aiden y comenzó a mirar las sillas.

Mi madre había tenido un buen gusto en la decoración del local para la ceremonia. Aunque muchas veces fuese muy extravagante, la sencillez en los ramos de flores en las sillas me gustó. Lirios blancos con alguna que otra planta únicamente de color verde, cuyo nombre desconocía

—Apuesto lo que sea que son del invernadero —dijo Arianne al mirarlas también.

—Me has quitado las palabras de la boca —reí con ella.

Me sintió bien reír un poco, pero justo cuando ella y Pierre volvieron a marcharse para ir con sus padres, que estaban charlando con algún invitado, Aiden propuso que miráramos los nombres escritos en el papel que había en cada silla.

—¡Ah! Ahí estamos nosotros —dijo finalmente y me cogió de

nuevo la mano para tirar de mí igual que Arianne había hecho con Pierre.

Estábamos en la tercera fila, junto a unos familiares de Alaska que no veía desde hacía muchísimos años, quizás quince, y pronto comenzó la ceremonia con mi padre riendo nervioso esperando a que mi madre apareciese.

—Le tiemblan las piernas —rio Aiden en mi oído al fijarse en él.

—Estas cosas siempre le han dado pánico —le respondí.

Aiden me sonrió y llevó su mano a mi cara para girarla parcialmente y darme un beso.

—Vas muy guapa hoy —susurró mirándome a los ojos.

—¿Solo hoy? —bromeé enarcando una ceja.

—Siempre, pero hoy vas radiante —dijo, pero pronto cambió de expresión y el agua en sus ojos se enturbió con la incertidumbre y confusión—. ¿Hay algo que te inquiete? Estás un poco… tensa. ¿Qué es lo que te pasa?

Me quedé en silencio sin saber qué iba a responderle. ¿Debía contárselo? Si lo hacía, me diría que eran imaginaciones mías y que no fuese tan paranoica, que todo aquello eran tonterías mías porque Marie había muerto en Londres justo hacía un año, y aunque no quería sentirme sola en aquello, supe que debía quedarme en silencio.

—Estoy bien —mentí con una sonrisa bastante falsa y tímida.

—¿Estás segura que no es por la pesadilla de ayer por la noche? Estabas muy asustada, como si hubieses visto un fantasma.

Oh, qué irónico…

Pero quería que me creyera y que dejara aquel tema.

—Estoy bien, no te preocupes… ¡Mira, ahí va mi madre! —le di las gracias por aparecer.

Aiden pareció olvidarlo y me cogió la cámara para disparar a diestra y siniestra, e intenté no pensar en los ojos de Marie cuando mi madre pasó por nuestro lado y me guiñó el ojo. Llegó a mi padre y ambos se sonrieron, sentándose en las sillas que había delante del señor que iba a oficializar la ceremonia.

Corriéndome otro escalofrío de pies a cabeza, la brisa no pasó de largo aquella vez, sino se quedó a mi lado, justo en mi hombro izquierdo. Con ojos avispados y temeroso, inspeccioné la sala en busca de una cara que se le pareciese a la de Marie, pero no la vi en ninguna parte. En realidad ¿qué era lo que esperaba?

«No busques entre los muertos, sino entre los vivos», hizo eco una voz en mi cabeza y me sobresalté.

Fue un timbre muy parecido al de mi sueño; una voz parecida a la de… Marie.

Me tensé y miré a mi alrededor, buscándola más que nunca, pero

no la vi.

Sí, definitivamente me estaba volviendo tarumba, chiflada de remate, y Aiden no se daba cuenta de nada, él estaba sumido en algún profundo pensamiento.

¿Podría ser posible?

—¿Marie? —susurré lo más flojo que pude, sin que Aiden lo pudiera escuchar.

«Aquí estoy», respondió la misma voz, de nuevo.

Cogí aire con todas mis fuerzas y aguanté la respiración, buscando desesperadamente la mano de Aiden. Aquello no podía estar pasando, ¿estaba escuchando la voz de un muerto en mi cabeza? Y parecía que solo yo la podía escuchar, porque nadie más en los invitados parecía estar volviéndose majareta como yo.

—Aiden… —murmuré, mi voz dependía de un hilo.

Él se giró hacia mí con la sonrisa más grande que le podía ver a alguien.

—Dime, El —respondió en otro susurro

“Estoy escuchando la voz de Marie en mi cabeza.”

—Te quiero. Mucho —confesé por enésima vez mirándole a los ojos, que me respondieron con la misma intensidad.

En realidad no supe por qué lo dije, pero fue lo que sentí en ese instante. Él me sonrió y se acercó a mi mejilla para posar un suave beso, acariciándome los nudillos con el pulgar. Me permití sonreír y apreté su mano entre la mía.

Aiden estaba conmigo.

Me di la vuelta para intentar encontrar a Marie de nuevo. Quizás ya la locura me había consumido y me estaba imaginando voces, pero fue la misma que yo adopté en el sueño. El mismo timbre, el mismo tono. Además, ella misma había dicho que estaba allí.

Vi de soslayo a Arianne y Pierre saludándome efusivamente con la mano, tratando de llamar mi atención. Sonreí y les devolví el saludo, que después Arianne tocó el brazo de Maxine y nos señaló disimuladamente para que supiera dónde estábamos sentados. Ella también saludó con una sonrisa y respondí de nuevo. Entonces corrí mi vista a Fred, quien me miraba fijamente a los ojos y juré sentir un escalofrío recorrerme el cuerpo entero. No fue lo mismo como sentir la presencia de Marie en mí, sino otro mucho peor. Mirada altiva y soberbia, así era la de Fred, y no pude creer que alguien tan lírico y noble como Aiden pudiera tener un padre como ese hombre.

«Él», dijo clara la voz de Marie en mi cabeza, tomándome por sorpresa de nuevo.

“¿Él, qué?”, añadí mentalmente en un pensamiento, sintiéndome bastante estúpida.

«Teme a los vivos y no a los muertos, que ya muertos estamos», me respondió Marie en un susurro.

¿Debía temer a… Fred? Por mucho que no quisiera el sueño de Aiden, no creí que fuese una mala persona, sino que no permitía que su hijo tuviese sus propias metas… ¿O no?

"¿Por qué tengo que sospechar del padre de Aiden? ¿Qué es lo que me estás queriendo decir? No te entiendo. Fred no es una mala persona, en realidad", le respondí en un intento de convencerme a mí misma también.

«¿No crees que hay algo que no encaja en este juego?»

Y me desconcertó. Justo cuando por una vez en mi vida y en mi propia cordura había hecho un razonamiento mínimamente lógico, Marie venía y lo echaba a perder. Pero se suponía que los muertos lo sabían todo, ¿verdad? Ellos lo veían todo desde arriba, así que algo me dijo que tenía que hacerle caso, y me sospechaba que aquello daría pie a mi corazonada.

De nuevo sus ojos azules en mis recuerdos hicieron aparición y la imagen fue escalofriante

«No te obsesiones con los sueños. Solo son sueños. Mantén los ojos abiertos e investiga. Sé que encontrarás la verdad», dijo Marie de nuevo en mi cabeza.

"¿Qué se supone que es lo que debo investigar y qué verdad debo encontrar?", pensé, preguntándoselo.

Sabía que tenía que estar pendiente de la ceremonia de mis padres, ¿pero alguien podría culparme de no prestar atención? Si hablaba en voz alta, la gente creería que estaba más ida de lo que yo misma pensaba que estaba.

«Mi muerte no fue una casualidad. Aiden merece saberlo, y su familia también», respondió Marie, al cabo de unos minutos.

"¿Cómo voy a investigar tu muerte? ¡No soy detective!", me quejé.

«Abre los ojos. Lo tienes delante de ti»

"Oye, en serio, ¿no podrías decírmelo tú? Me estás dando dolor de cabeza", apreté mis sienes con la mano que no estaba entre la de Aiden.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó él por sorpresa y sacudí levemente la cabeza para aterrizar a la Tierra.

—¿Qué? ¡Ah! Sí, sí, estoy bien.

De nuevo no me creyó mucho, pero volvió la atención a la ceremonia.

«No se me permite explicarlo, es una regla entre los muertos. Lo haría, pero no puedo. Sé que eres lo suficientemente lista y lo descubrirás. Yo te ayudaré.»

"¿Y por qué no se lo dices a Aiden? Erais vosotros dos los que os

conocíais", pregunté, extrañamente cada vez sintiéndome más cómoda en la situación,

Fue fácil "hablar" con Marie, no parecía alguien muy complicada aunque me hablara en crucigramas.

«Porque Aiden no tiene esa picardía que tienes tú, ni tampoco la curiosidad. Aiden ni siquiera se ha planteado alguna vez el motivo de mi muerte, simplemente lo pasa por alto. Como te he dicho, no fue una casualidad», acabó en un susurro.

Suspiré y miré al suelo. No tenía ni la más remota idea de lo que los invitados iban diciendo en la tarima del pregón, cuando salían a recitar algún poema o escrito para mis padres. Solo podía pensar en lo que Marie me estaba pidiendo (que no era poco, a decir verdad). Sí que era cierto que Aiden nunca me había hecho saber su curiosidad por la muerte de Marie. Recordé el viejo cuaderno, el que me regaló por mi cumpleaños, y en lo que me escribió y dedicó a mí, diciendo que Marie le había dicho que en realidad continuaba queriéndole, y eso era lo que él no entendía. Sin embargo, no se cuestionó el motivo… No se preguntó a sí mismo por qué Marie se había puesto tan enferma.

Justo después de todo aquello, estuve totalmente segura de que algo realmente oscuro había detrás. No era normal que un espíritu acudiese a mí por ayuda porque, primero de todo, hacía media hora que ni siquiera pensaba que aquello fuese posible y, segundo, ¡era su ex-novia, por el amor de Dios! Pero después de todo, Aiden siempre le decía que ella se le aparecía en los sueños y que cuando me conoció, dejó de soñar en ella.

Aiden dejó de soñar con Marie cuando yo aparecí en su vida.

"De acuerdo, te ayudaré. Pero primero tengo que saber una cosa. Necesito que respondas con total sinceridad", inspiré profundamente mientras lo pensaba, sabía que ella estaría atenta a cualquier cosa que tuviese que decir.

«¿Qué es lo que necesitas saber?», me respondió con voz dulce.

Realmente era tan aguda como mil campanas repiqueteando.

"¿Sigues queriendo a Aiden?", expulsé todo el aire que previamente había retenido en los pulmones.

Pensé que se tomaría su tiempo en responder, que sentiría los segundos pasar como el tic-tac de un reloj, pero fue todo lo contrario. Marie no dudó ni vaciló en su respuesta.

«Con toda mi alma, si eso es posible. Nunca he dejado de hacerlo. Haga lo que haga, mis agradecimientos nunca serán suficientes, porque tú le has devuelto esta felicidad que yo le arrebaté.»

Sonreí ante la confesión de Marie e inmediatamente Aiden apretó mi mano entre la suya, espontáneamente. Pareció que supiera todo lo

que estaba ocurriendo, que Marie se encontrata en mi cabeza y me estuviera hablando. Miré al frente y vi que mis padres estaban renovando los votos en aquel mismísimo momento. Me sonrió, tan encantador como siempre, y me acerqué a su hombro para apoyar la cabeza en él, aferrándome a su brazo.

Extrañamente me sentí tranquila, como si no tuviera miedo a lo que posiblemente tendría que enfrentarme; un dolor de cabeza mucho más grande que el que había sufrido desde la noche anterior.

"¿Marie?", la llamé de nuevo.

«Elionor», respondió en el mismo tono. Pronunció mi nombre del mismo modo que Aiden, Pierre y Arianne.

"¿Estás a mi lado?", le pregunté.

«Te ayudaré en todo momento», contestó, firme.

"No, me refiero a si estás aquí… Ya sabes, a si todo esto está ocurriendo solo en mi cabeza o si de verdad estás en esta sala, aunque no pueda verte."

«Estoy aquí», afirmó de nuevo.

Y no hizo falta pedirle que lo demostrara porque sentí algo frío se posarse encima de mi hombro. No fue tangible, sino algo parecido a una gélida brisa.

Suficiente para saber que ella estaba allí.

Capítulo 35

El juego de la cordura y el sano juicio de Elionor

Marie había muerto asesinada.

No había sido casualidad. Su muerte había sido planeada.

¿Cómo? Pues no tenía ni la más remota idea.

Lo que sí sabía era que Marie no mereció que se le arrebatara la vida, alguien tan joven y puro. Alguien que quería realmente a Aiden y que continuaba queriéndole hasta más allá de la muerte. Todo aquello estaba resultando bastante surrealista porque me estaba hablando. ¡Un muerto me estaba hablando!

Entonces fue cuando mi mente conectó con todo y sentí un escalofrío.

Pero… ¿cómo podría haber sido asesinada, si vivía sola en Londres?

Todo apuntaba al padre de Aiden (según ella), pero no hubiera tenido sentido porque ellos vivían en Holmeshire, en Chester, a dos buenas horas de Londres. Aiden no había mencionado nunca nada de la autopsia del cuerpo de Marie, así que tampoco se debería haber encontrado nada extraño en él. Pero claramente aquello se trataba de un caso de asesinato y quise resolverlo antes de que la familia Harris regresara a Inglaterra.

Lo que sí estuvo claro fue que cuando resolvías un problema, te venía otro de nuevo, e incluso peor. Ya suficientes dolores de cabeza habíamos tenido Aiden y yo desde que habíamos llegado a Estados Unidos, para que ahora tuviera que resolver la muerte de Marie… Pero, de nuevo, la curiosidad me carcomió, y ese agujero de querer saber más volvió a aparecer en la boca de mi estómago. Como cuando vi a Aiden por primera vez un tres de Noviembre en Baker Street.

Cuando la ceremonia acabó, todos los invitados salimos del local y esperamos en la recepción para que nos dijeran a dónde teníamos que ir, aunque estuve segura de que no era muy lejos. Aunque tuviera aún en la cabeza la conversación que había tenido con Marie, intenté centrarme en saludar familiares con los que aún no había hablado, mientras pensaba en que ella podría estar presente en aquel momento y ni siquiera lo sabría.

—Oh, là là! ¡Qué emotivo! —exclamó Maxine cuando nos encontramos.

—Sí, ha sido bonita —coincidió Aiden, sonriendo.

—Poneros para una foto —dijo su madre buscando en el bolso y Aiden rodó los ojos.

—Qué pesada estás con las fotos…

—Tais-toi! —exclamó ella con el móvil en la mano y reí. Supuse que le dijo que se callara— Venga, un, deux, trois… Ouistiti!

Sonreímos a la fotografía, con Aiden poniendo su mano en mi cintura y la mía en su espalda, acercándome a su cuerpo. Maxine se quedó contenta con su fotografía y llamó a Arianne y Pierre para hacer muchísimas más, por lo que Aiden y yo conseguimos escaquearnos e intentar buscar dónde estaba mi madre (o Marie, aunque aquello fue lo que me dije a mí misma para no sonar tan lunática). ¿Dónde se habría metido?

—¡Papá! —le llamé cuando le vi pasar como un rayo. Se paró en el camino y aprovechamos a acercarnos— ¿Qué es lo que tenemos que hacer ahora?

—Pues supongo que ir a la sala donde se celebra el banquete —se encogió de hombros.

Enarqué una ceja y le miré fijamente a los hombros.

—¿Me estás diciendo que no sabes qué es lo que se tiene que hacer?

—No lo sé, hija, de estas cosas se encarga tu madre. Yo solo asiento y la sigo. Por cierto, ¿dónde se ha metido? —alzó la cabeza entre los invitados en un intento de encontrarla— Voy a buscarla, nos vemos luego.

Se marchó y nos quedamos igual que antes, sin saber a dónde teníamos que ir.

—Te pareces mucho a tu madre, ¿sabes? —rio Aiden.

—¿Por qué lo dices, eh?

—Ambas mandáis a diestra y siniestra.

—¡No es cierto! —le pegué en el hombro y él se sobó la zona golpeada con un puchero.

—¿Tú, mandar? ¿Qué es eso? ¿Se come? —ironizó y rodé los ojos.

—Anda, vamos a buscarlo por nuestra cuenta.

No sabíamos a dónde ir, pero comenzamos a investigar por el lugar. Era el centro cultural del pueblo, nada que fuese enorme, pero tenía unas cuantas salas donde se podría hacer el banquete de la celebración, y subimos escaleras para ver si topábamos con alguna que indicara algo, como el nombre de mis padres, o algo. El repiqueteo de nuestros zapatos resonó en el pasillo, rodeado de paredes blancas.

—Estamos en los lavabos, El —dijo Aiden y volví a tirar de su mano, pero me frenó—. Espera, me ha parecido ver alguien…

Aguanté la respiración y un tembleque apareció en mi cuerpo.

¿Podría ser Marie?

Aiden se acercó curioso a la puerta y yo me quedé clavada en el suelo, sin poder moverme ni un milímetro en el lugar.

—Seguro que no hay nadie —intenté convencerle en un tembleque que esperé que no notara.

Abrió la puerta con la mano y asomó la cabeza, aunque después volvió a salir.

—Me ha parecido ver algo.

—Debes habértelo imaginado —sonreí sosegadamente.

"Oh, Elionor, qué ironía…"

—Debe ser eso… —se quedó pensativo, pero después alzó la cabeza y me miró a los ojos, acercándose y acorralándome contra la pared del pasillo.

—¿Qué haces? —llevó su cara a mi cuello y comenzó a repartir suaves besos por la piel de mi cuello, y mi respiración se atrapó en la garganta por milésima vez aquel día— Aiden, para… Esto no…

—Mmm… estamos solos, El. No vendrá nadie.

Su aliento me causó más escalofríos en el cuerpo, y aunque de verdad deseara y me gustara que Aiden me besara el cuello, supe que aquello que estaba pasando no era correcto. Mucho menos en un pasillo del edificio de la celebración del veinticinco aniversario del casamiento de mis padres. Además, ¿y si lo que había pensado ver Aiden era Marie, y estaba allí mismo, viéndolo todo?

Reuní todas las fuerzas posibles y le despegué de mí, empujándolo levemente por el pecho hasta que quedé libre de la jaula entre sus brazos.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa ahora? —me preguntó con molestia.

—Tenemos que volver y encontrar la sala, no para comportarnos como dos adolescentes.

Comencé a caminar de vuelta a las escaleras y escuché que Aiden bufó, dándose prisa para seguir mis pasos. Sabía que estaba molesto conmigo, pero en aquello no llevaba razón, aunque no hubiera

encontrado una excusa para no tener que decirle qué era lo que realmente estaba ocurriendo aquel día. Él no tenía que saber nada hasta que pudiera juntar todas las evidencias necesarias. Pero ¿en qué momento había pensado Marie que podría hacerlo en un mismo día? Era un asesinato de lo que estábamos hablando, y aunque me hubiera leído la mayoría de los libros de Arthur Conan Doyle y de Agatha Christie, no tenía ni idea de por dónde empezar.

Llegamos a la recepción. Había muchísima más gente que cuando comenzamos a investigar en los pasillos. Vi a la abuela Peggy con mi primo Roger y tía Lucy, saludándome con la mano y una sonrisa, y se la devolví lo mejor que pude. También vi que Sarah y Elena charlaban con gente que no supe distinguir quiénes eran. Me sorprendió pensar que con veinticuatro años ella ya estaba casada e iba a tener un niño, mientras que yo a penas hacía medio año que conocía a Aiden y, aunque él tuviese muy claro cuál iba a ser nuestro futuro, dudé que siguiésemos sus pasos tan deprisa. O al menos eso me gustó pensar, porque no tenía ninguna intención de irme de su lado ni tampoco apartarle de mi vida. Solo pensar en que Aiden y yo pudiésemos separarnos o pasarnos algo malo me oprimió el pecho y me obligué a mí misma a eliminar aquel pensamiento tan negativo.

—¡Elionor, Elionor! —me di la vuelta y vi que mi madre arrastraba a una chica rubia, cogida por la muñeca, y se notaba que claramente estaba pasando vergüenza. En la otra mano llevaba un papel doblado— Chicos, ella es Marine, ¿recuerdas que antes te hablé de ella, Elionor?

—Eh… Sí, claro —le respondí.

En realidad no me había acordado de ella.

—Marine, ellos son Aiden y Elionor —nos presentó y ambos le dimos la mano—. Bueno, os dejo, que tengo que decirle a la gente dónde tienen que sentarse.

Por culpa de esa chica (aunque en realidad no lo había sido), casi me había un paro cardíaco mientras peinaba el cabello de mi madre.

—Pero no sabemos dónde tenemos que sentarnos nosotros —le dije antes de que se marchara.

Frunciendo el ceño y comprobó el papel.

—Mesa cinco. Están vuestros nombres puestos. ¡Ay, qué estrés de día…!

Dicho y hecho, se marchó a otro lado todo enfurruñada con el papel en la mano, y nosotros nos dirigimos a la mesa cinco. Para nuestra sorpresa, Arianne y Pierre estaban ahí sentados, mirando el móvil.

—¿Cómo habéis sabido que era esta la mesa? —preguntó Aiden al sentarse.

—Hemos visto nuestros nombres aquí y nos hemos instalado. Mamá y Papá están en la mesa ocho —señaló Pierre hacia la izquierda.

Aiden asintió y se sentó también, quitándose la chaqueta y colgándola en el respaldo de la silla. Marine se mantenía de pie, un poco incómoda, y le indiqué que se sentara a mi lado, justo donde había el cartelito con su nombre escrito con una letra rústica de imprenta.

—Marine, ellos son Arianne y Pierre, los hermanos de Aiden —les presenté.

—Hola… —saludó ella, tímida y Arianne le dio tema de conversación. Siempre tan sociable.

En un movimiento rápido me desabroché un poco los zapatos porque me apretaban un poco en los tobillos, y estaba segura de que cuando me los quitase iba a tener una herida.

—Súbete el escote, no vaya a ser que cojas frío —le dijo Aiden cuando ella y Marine terminaron de charlar.

—Voy bien —respondió ella, bajándoselo un poco más a propósito.

—Que no, que por aquí hay mucho baboso.

—Por el amor de Dios, ¿quieres dejarme en paz? —respondió Arianne, cansada.

—Joder, vale ya, ¿no? ¿Es que no podéis parar de pelearos ni por un momento de vuestra vida? Estoy hasta las narices ya de vosotros —bufó Pierre, rodando los ojos y apoyó el mentón en la palma de la mano.

Aiden y Arianne respondieron los dos a la vez algo que no se entendió, pero aún así sonreí y me fijé en Marine, que parecía estar entretenida con los dos hermanos. Llevaba el cabello rubio suelto por los hombros, algo ondulado artificialmente, y me hubiese gustado entablar conversación con ella si no hubiese sido por el hecho de que estaba sumida en Marie (que, a propósito, ya no había vuelto a hablarme). ¿Estaba realmente allí, o me lo había imaginado todo yo solita?

Necesitaba pensar. La misma ansiedad de saber que tenía que resolver todo aquello por mí misma prácticamente me dio ganas de llorar, de rabiar por ayudarme tan poco cuando me había dicho que iba a estar conmigo en todo momento. Se suponía que la persona que la había matado estaba presente en la sala, así que observé la mesa de los padres de Aiden con disimulo, viendo que Maxine y Fred conversaban sobre algo. Necesitaba pensar sin la voz de alguien distrayéndome. Necesitaba saber por qué Marie requería mi ayuda y por qué precisamente en la celebración de los veinticinco años de

casamiento de mis padres.

—Aiden, te llama Mamá. Dice que quiere decirte algo —habló Pierre tecleando en su móvil y todos le miramos.

—¿Qué? —le respondió él.

Pierre bufó y su flequillo se removió para volver al mismo sitio de antes.

—Es que está muy pesada con el WhatsApp. Hasta me manda mensajes para avisarme de la hora de comer o que se va a casa de amigas —rodó los ojos.

—Ay, ni me lo recuerdes… Qué suplicio —coincidió Arianne.

—Pues a mí solo me manda cadenas que no sirven para nada y vídeos de perritos. ¿Qué clase de favoritismo es este? ¡Que yo fui el primero! Es más, ¿por qué te lo envía a ti y no a mí? ¡Es conmigo con quien quiere hablar!—se indignó y al instante se puso de pie y se marchó a la mesa ocho.

Era el momento.

Tenía que encontrar a Marie y que me explicara un poco más sin que Aiden me preguntara por enésima vez si me encontraba bien o no.

—Voy un momento a la terraza —les avisé antes de levantarme con cuidado de no caer, ya que tenía los zapatos desabrochados.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó Arianne, levantándose también.

—No hace falta, Ari. Gracaias. Solo estoy un poco mareada y quiero tomar el aire—mentí, cogiendo mi bolso y marchándome lo más rápido posible de allí para que no pudiera hacerme más preguntas.

La sensación de claustrofobia me estaba carcomiendo.

Todo aquello era un sinsentido.

Pero uno de verdad.

Salí de la sala cuando había invitados que seguían entrando en la sala y me pasé la mano por la frente, preguntándome por segunda vez en el día qué era lo que había cambiado en mi vida para que se convirtiera en una película de ciencia ficción en que los muertos pedían ayuda a los vivos.

Mis zapatos repiquetearon de nuevo en los pasillos cada vez más vacíos de invitados, sintiendo que las paredes no me oprimían tanto como allí dentro. ¿Encontraría a Marie? ¿Me contaría algo que fuese de real ayuda? ¿Por qué me lo decía directamente? ¿Por qué no podía? Fueron demasiadas las preguntas que martillearon contra mi cabeza, pero de repente pareció que oyó mis pensamientos.

«No vayas a la terraza. Ve al baño.»

Me paré en medio del pasillo, en esa misma dirección.

“¿Por qué el baño y no la terraza?”, le pregunté.

«Prométeme que no te asustarás.»

“¿Por qué debo prometértelo? ¿De qué debería asustarme?”

«Promételo.»

“Está bien, prometo no asustarme de algo que aún no sé qué es”, rodé los ojos.

Entonces me dirigí al baño, siguiendo el mismo camino que Aiden y yo habíamos tomado antes. Al subir las escaleras, tuve que cogerme los volantes del vestido para lo pisarlo, y una suave brisa hizo que estos se removieran, sabiendo que Marie estaba subiendo por allí igual que yo.

El baño era bastante grande y con tres cubículos, pero me dirigí al grifo, dejando el bolso de mano a un costado. Con la sensación de ahogarme, abrí el agua y dejé que el agua corriera por mis manos. Estuve tentada de mojarme la cara para despejarme un poco, pero no quise que el maquillaje desapareciera, aunque según Arianne fuera resistente al agua. Me apoyé en el granito y suspiré profundamente. Me sentí cansada por algo que no debería. Agotada podría ser el mejor término. Sentí que tenía que estar con Aiden y los demás, disfrutando de una deliciosa comida y bailar hasta que los pies no me respondieran, pero no pude. La impotencia me hizo prisionera de mí misma, y las lágrimas amenazaron con descender por mis mejillas.

—Elionor.

Levanté la cabeza y aguanté la respiración, viendo algo que nunca pensé llegar a ver en toda mi vida, ni aunque viviera hasta el fin del mundo. El reflejo del espejo mostraba una chica de cabellos castaños, cortos por el hombro y de ojos azules, divina como un ángel.

Marie.

La parte lógica de mí (que dudaba ya que quedara algo de ella) me dijo que debería haberme asustado, pero inexplicablemente no lo hice.. No fue algo parecido a una película de Hollywood, sino más bien como ver un ángel. Nunca había visto un ángel, pero supuse que hubiera sido algo parecido a lo que estaba viendo ante mí. Tampoco brillaba, de todos modos, pero su sonrisa pareció iluminar el baño entero. No supe si fue por el hecho de que ella estaba muerta, o por si había enloquecido tanto que ya la cordura se había esfumado al igual que la seguridad, pero entendí por qué Aiden la divinizó durante tanto tiempo.

—Tú eres Marie —dije con algo de tembleque en mi voz por la debilidad de mi cuerpo.

Sentí que mis rodillas podrían haberme fallado en cualquier momento.

—Así es —respondió, sonriente, colocando sus manos en la

espalda—. No estarás asustada, ¿verdad? No quiero asustarte.

—No te tengo miedo, pero es extraño —le respondí sincera.

—Lo entiendo… Lo siento —sonrió, pero esa vez fue con tristeza.

Me di la vuelta para mirarla de cara, pero no estaba. Sin embargo, al volver a girarme, la vi en el reflejo del espejo.

—Solo puedo verte en los espejos, ¿verdad?

—Sí. Por eso pudiste verme en el sueño —me respondió, alzando la cabeza.

Tragué saliva con dificultad y ella avanzó lentamente, cuidando sus pasos cual bailarina. Iba vestida con un jersey de lana de color rosa pálido y unos tejanos, pero iba descalza, en calcetines. Su piel era blanca como la nieve y una cinta de color verde oliva adornaba su cabello. Sus ojos azules como el océano me miraron fijamente a través del espejo. ¿Ella tenía miedo de mí? Todas las veces que su pensamiento me atormentó y me mantuvieron tantas horas en vela no concordaron con aquella imagen. En mi imaginación, su imagen era superior, algo que yo nunca llegaría a conseguir, como si se riera de mí. Pero todo estaba siendo muy diferente a lo que había pensado; los ojos de Marie contenían miedo.

—¿Manipulaste mi sueño? —le pregunté apretando la mandíbula, esperándome lo peor.

—No. Lo que soñaste fue una mezcla de tus miedos, inseguridades y deseos —negó ella.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé todo sobre ti, Elionor, y sé que tu mayor miedo soy yo.

Con pasos cautelosos llegó a mi lado, y pude confirmar que era más baja que yo. Muchísimo más, de hecho (unque no era algo que fuese tan extraño, sino que era yo el fenómeno entre la sociedad femenina, al parecer). De todos modos, volviendo a lo que había dicho, ¿cómo iba a saberlo todo sobre mí si no nos conocíamos de nada?

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Porque lo sé todo. Puedo estar en muchos sitios.

—¿Cómo? Es ya por curiosidad.

—Oh, tú y tu curiosidad —sonrió de nuevo y se creó un incómodo silencio entre nosotras, sin responder a mi pregunta.

No quise darme la vuelta porque supe que no la iba a ver, poero quise mirarla directamente y no a través de un reflejo. O quizás fue para convencerme a mí misma de nuevo de que aquello estaba siendo real y que no sufría de un principio de esquizofrenia.

—¿Por qué vas descalza? —cambié de tema mirando sus pies, esperanzada de que aquello pudiese llevar a darme más pistas sobre lo que tenía que descubrir.

—Voy igual que el día en que morí —respondió Marie, encogiéndose de hombros.

Me quedé callada durante unos segundos, mirándola atentamente.

Era preciosa, una belleza angelical…

—¿Por qué acudes a mí? ¿Aiden no te puede ver? —decidí ir al grano.

—Porque tú eres curiosa y sé que ahora quieres saber qué es lo que realmente me pasó. Elijo quién puede verme o no, así que Aiden ahora mismo no me vería.

Asentí y decidí volver al asunto de su muerte.

—Tú moriste por causas naturales. Estabas muy enferma.

Entonces Marie cambió de expresión, entrecerrando los ojos y cambiando de pie el peso de su cuerpo. Fue desafiante, casi intimidatoria. Justo como la Marie de mi imaginación.

—¿Crees que moriría por una enfermedad, cuando era una persona que constantemente se medicaba para, precisamente, no caer enferma?

"Oh…"

Era verdad. Aiden había mencionado en la carta en su cuaderno que Marie había siempre estado con medicamentos a causa del poco desarrollo de sus pulmones, ya desde nacimiento.

—Pero si tomabas tantos medicamentos, ¿cómo pudiste llegar a ponerte tan enferma?

Era lo que no entendía de todo el asunto.

—¡Exactamente! Eso es lo que tienes que investigar —puntualizó ella.

—¿Pero dónde comienzo a buscar? No sé ni quién es. ¡Al menos dime su nombre! —me desesperé.

Ya lo había dicho antes, pero todo aquel tema de causaba jaqueca. Me nubló la mente, como si la nube que era Marie me hubiera tapado el sol de la cordura y de la realidad, como si ocultara la ciudad de la verdad y la crueldad.

—Ya te he dicho antes que lo haría si pudiese, pero es como una regla entre los muertos. Si hemos muerto asesinados, no se nos permite decir el nombre de nuestro asesino. Así son las reglas. Si lo incumplo… bueno, no sé lo que me pasaría —respondió Marie, la tristeza invadiendo sus ojos—. Es bastante estúpido, en realidad, pero piénsalo bien, Elionor. Sé que lo sabes.

Repiqueteé en el suelo con el tacón del zapato derecho en desesperación y me apoyé en el granito del lavabo. ¿Cómo se suponía que iba a resolver un asesinato yo sola? Como hube dicho anteriormente, aunque hubiese leído prácticamente todos los libros, ¡yo no era Sherlock Holmes! ¡No se me daban bien los acertijos!

—¡No eres de ayuda! —sollocé.

Todo aquello me superó. ¿Es que iba a tener más problemas? Ya tenía suficientes como para tener que ponerme a jugar a los detectives. ¡Aiden tenía que decirle a su padre que iba a grabar un disco, por el amor de Dios! Y su padre enfurecería, aquello lo sabía seguro; a saber de lo que era capaz de hacer ese hombre.

—Elionor, no llores, por favor. Solo quiero que…

Sentí la mano de Marie posarse en mi hombro, igual que en la celebración; una brisa suave pero gélida.

—¡No me digas que no llore cuando todo iba fenomenal por una vez entre Aiden y yo! ¡Lo único preocupante era cómo decirle a su padre que va a grabar un disco! —vociferé, furiosa, y ella apartó su mano de mi hombro.

Vi en sus ojos que se sintió insultada. Quizás estaba siendo muy egoísta y no estaba teniendo en cuenta el espíritu de aquella chica que me pedía ayuda para que se hiciera justicia.

—¡No fue mi decisión tener que engañar a Aiden! ¿Crees que fue fácil tener que abandonar a la persona que más quieres, ver su rostro partido en dolor, viéndole llorar? Porque si crees que lo hice por gusto, te equivocas —vi que sus ojos se llenaron de unas lágrimas que nunca lograron caer por sus pálidas mejillas.

—¿Entonces por qué fue, eh? —arremetí, enfadada y sin consideración.

Quizás estaba siendo muy egoísta y no estaba teniendo en cuenta el espíritu de aquella chica que me pedía ayuda para que se hiciera justicia.

—¡No puedo decírtelo! Solo puedo decirte que no quise hacerlo. Me sentí miserable hasta el día que morí.

Nos quedamos mirando fijamente la una a la otra en el reflejo del espejo y me sentí mal por gritarle. Sus ojos no mintieron; Marie estaba siendo muy honesta.

Yo no era así. Yo era una persona calmada y que muy pocas veces perdía los nervios, pero juré que en ese momento lo único que quise hacer fue desaparecer del mundo y llevarme a Aiden conmigo, construir una nueva ciudad con él y vivir juntos, felices para siempre. Pero después estaba Marie, que aunque haber pasado horas y horas pensando en ella, nunca me había planteado el dolor que debió sufrir. Y me equivoqué.

—Perdóname —murmuré, cerrando los ojos.

Marie sonrió de costado, negó con la cabeza y miró al suelo, pareciendo que me perdonaba por mi pequeño ataque ira, por lo que me pareció más humana aún, contando que estaba muerta.

—Es normal que estés enfadada conmigo. Después de todo, he sido

yo quien ha estado detrás de todo esto. He sido siempre “la otra” para ti… Pero para mí, tú siempre has sido la persona que ha hecho que Aiden vuelva a sonreír y que sea feliz, que es lo que siempre he deseado. Te estaré eternamente agradecida —Marie levantó la cabeza y volvió a acercarse, posando de nuevo su mano en mi hombro, sintiendo aquella gélida brisa característica que había sentido las dos veces anteriores en que su piel había hecho contacto con la mía— He hecho bien en elegirte a ti, Elionor. Gracias por ayudar a Aiden, y a mí también.

Las lágrimas quisieron salir de nuevo por mis ojos, seguir llorando como había estado haciendo antes, pero no lloré. Entonces posé yo la mía donde el reflejo mostraba en que estaba la suya y Marie sonrió, sus ojos azules tan profundos como el mar mismo. Como anteriormente, las lágrimas no salieron de sus ojos, pero supe que si pudiese, estaría llorando conmigo.

De repente se desvaneció en el aire, y fue cuando escuché una voz ya muy conocida y que causaba que mi corazón latiera a mil cada vez que sus labios articulaban mi nombre o que sus dedos me acariciaban suavemente.

—¿El? —preguntó— ¿Elionor, dónde estás? —entró Aiden en el baño y su expresión de preocupación pasó a una sonrisa, con sus ojos aguamarina y su hoyuelo— Pensaba que te habías perdido… Eh, ¿qué te pasa? Estás pálida… Parece que hayas visto un fantasma.

Reí nerviosa y Aiden me cogió por la cintura, acercándome a él y juntando nuestras frentes, sintiendo su mirada hurgar en mis ojos en busca de alguna respuesta.

“Si tú supieras…”

—Estoy bien —le dije.

—Pero no llores, ¿de acuerdo? No me gusta verte llorar —subió las manos a mi rostro y pasó sus pulgares por mis mejillas.

—Lloro de felicidad —sonreí, alzando la cabeza y acercándome más a sus labios.

Los besé dulcemente y le abracé bien fuerte, apoyando mi cabeza en su hombro y con su mano en mi nuca. Al mirar en el espejo, vi a Marie sonriendo cariñosamente desde una de las esquinas del baño, al lado del primer cubículo.

“He hecho bien en elegirte a ti, Elionor”, recordé las palabras de Marie con su triste y jovial sonrisa. ¿Me había elegido a mí? ¿Para qué?

Ella no debería haber muerto. Nadie merecía que le arrebataran lo más preciado en el mundo y el derecho más fundamental de las personas: la vida. Solo con recordar la sinceridad de sus palabras y la tristeza honesta en sus ojos, se me formó un nudo en el estómago

imposible de remediar. Marie no había merecido aquello, y en ese momento decidí que, como que me llamaba Elionor Broome, iba a desenmascarar su muerte.

Capítulo 36

El reflejo de un ángel en el espejo

Se suponía que el asesino estaba presente en aquel lugar y aquello activó de nuevo mis alarmas. Tenía que ser alguien de la familia de Aiden porque nadie más de los presentes en la celebración conocía a Marie. Y seguía diciendo que todo apuntaba a Fred pero, sin embargo, a veces las apariencias engañaban (aunque las suyas no, en realidad). Maxine era un sol, una mujer que había sido eclipsada por la sombra de su marido, y me dio la sensación de que no hubo podido decir mucho en las decisiones que habían tomado al largo de sus vidas juntos. Pero de nuevo otra vez, ¿cómo iba a cometer un crimen estando físicamente en lugares distintos?

Había algo que se me escapaba.

Volviendo al banquete, estuve toda la comida pensando en aquello, ideando planes de cómo podía comenzar a interrogar e investigar porque, pensándolo bien, solo tenía un día de margen. Puede que dos, como mucho.

El banquete dio paso al postre (y a un Aiden con tres trozos de pastel haciendo cola uno detrás de otro, con el aviso de su madre de no comer tanto dulce) y una pista de baile improvisada. Se había apartado las mesas y las sillas para crear un espacio en que la gente pudiese bailar o simplemente charlar mientras se movían al ritmo de la música.

—Ve con cuidado o tu abuela te quitará el novio —bromeó Arianne, tomando un sorbo de su copa de champán.

—Lo mejor será no acercarse a ella. Fue cinturón negro —reí junto a Arianne.

Gracias a Dios me sacó de mi ensoñación, distrayéndome un poco de todo aquel lío del que ninguno de ellos sabía de su existencia.

“Ari, ¿sabes qué? He hablado con Marie y quiere que la ayude a resolver su asesinato. Sí, sí, oyes bien, asesinato. Con Marie. Oh, ¿y sabes que tu padre es el principal sospechoso?”, hubiese sido como matarla y condenarme a mí misma a pasar el resto de mis días en un manicomio.

Después de comer se había abierto el baile y tanto mi madre, la abuela Peggy y la tía Lucy, le pidieron a Aiden que bailara con ellas. Siendo el caballero que era él siempre, no se negó y bailó con ellas, viéndose a leguas su incomodidad y poca coordinación con los pies, realmente preocupándose por si les pisaba o no. Vi a mi madre hablando con Maxine, animadas y riendo, y me alegré mucho de que se llevaran tan bien entre ellas. Sin embargo, Fred toqueteaba nerviosamente en su teléfono. La canción terminó y Aiden se acercó de nuevo a su hermana y a mí, y se dejó caer rendido en la silla.

—Tu abuela es la mujer con más energía que he visto en toda mi vida, te lo prometo —me dijo viendo a la abuela Peggy, que había sacado a bailar mi primo Roger.

Recordé que tenía ochenta y tres años.

—Oh, esto es poco. No la has visto jugar al Just Dance y al Wii Fit.

—Y tu madre no se queda corta. Esta mañana he bajado a la cocina a por un vaso de agua y me he quedado haciendo yoga con ella. Me ha sentado bien, creo que comenzaré yo también a hacerlo.

Solté una carcajada, haciéndome olvidar de todo lo que estaba ocurriendo.

—¿En serio?

—En serio. Me ha ido bien. He estado más relajado y tranquilo —me miró con una sonrisa.

Negué con la cabeza y me mordí el labio.

—Oye, voy a hacer fotos a los invitados o mi madre me matará, ¿vale? —le informé.

Me ahorré decirle que también era para poder pensar tranquilamente.

—Está bien —sonreí y disparé una en su dirección, capturando su sonrisa— ¡Eh! —se quejó cuando le hice muchísimas más.

Comencé a caminar entre los invitados y capturé algunos momentos y sonrisas, preguntándome qué sería lo que pensaría en un futuro cuando las viese, quizás dentro de veinte años. Algunos iban más arreglados que otros, también.

«Aprovecha a observar», de nuevo sonó la voz de Marie.

“La cuestión es que no sé qué es lo que tengo que observar”, le respondí.

Girándome por si la veía en algún lugar, recordé que necesité algo que hiciese espejo para poder verla en el reflejo.

«Estoy a tu derecha, no te preocupes», me dijo, y de algún modo me tranquilicé. «Tienes que preguntarle a Aiden. Hazle preguntas sobre medicina y sobre mí.»

“Pero eso aún le causará más dolor. ¡No puedo ir preguntándole sobre ti! ¿Sabes lo que le costó olvidarte?”, le respondí lo más sincera posible.

Marie no habló durante unos segundos.

«Pregúntale sobre el proyecto de su padre.»

“¿Proyecto? ¿Y de qué me va a servir eso?”, hubo silencio, “¿Marie?”, nada, “Genial, y ahora me dejas sola…”

—¡Qué preciosa vas!

En un brinco me di la vuelta y los brazos de mi madre me estrujaron entre su cuerpo y comenzó a repartir besos por mis mejillas.

—¡Me has asustado! —le dije en una risotada nerviosa.

¿Dónde se había metido Marie?

Además, si me había dicho que le preguntase a Aiden sobre el proyecto de su padre, ¿significaba aquello que me estaba confirmando que la persona que le había matado era Fred?

—Perdona, hija, es que te he visto ahí parada, mirando a la nada, y he venido a saludar —me dijo.

Sus grandes ojos marrones brillaron y le devolví la sonrisa.

—Estás preciosa, Mamá —le dije honestamente.

Estaba radiante. Llevaba puesto un vestido verde largo que le cubría los pies, y le conjuntaba muy bien con su cabello pelirrojo.

—¿Y tú? Mírate, Elionor… Estás muy cambiada —me sonrió y miró mi ropa—. Has cambiado tanto que prácticamente no te reconocí cuando os fui a buscar en el aeropuerto.

—Sigo siendo la misma de siempre.

—No, has cambiado —fruncí el ceño al no entender lo que me estaba queriendo decir—. La Elionor que un día se fue de Wisconsin estaba triste, ahogada y ni siquiera ella misma sabía quién era. La Elionor de ahora sonríe y no se avergüenza de ser quién es. Mírate, hija. Un metro ochenta y con tacones, algo que sé que antes no te gustaba. Un peinado sin que te cubra la cara para que los demás no te vean, y pidiéndole a tu padre que te llame por el nombre tan precioso que tienes y que siempre has odiado. Has cambiado, Elionor, y creo saber a quién se debe tal cambio. Vuelves a ser la misma niña risueña y alegre que eras y que se perdió en sí misma.

Me quedé pensando en lo que acababa de decir, y supe que ella llevaba razón. Había cambiado.

Desde que me marché de Moon Lake Falls, mi cambio había comenzado. Quizás no fue notorio hasta dos años años después y

hasta que cierta persona llegó, pero me di cuenta de todos los cambios que Aiden me había causado. Él me había aportado aquella seguridad que había perdido en el camino de encontrarme a mí misma, de probar un cambio radical en mi vida, sin darme cuenta de que era yo quien lo necesitaba en realidad.

—Te quiero, Mamá.

—Y yo a ti —me devolvió posando la mano en mi nuca; le había echado de menos—. Quiero que sepas que estoy muy feliz de que Aiden y tú hayáis podido venir hoy. Es un buen chico. Sé que seréis muy felices. Espero nietos de aquí a unos años —chasqueé la lengua a la vez que rodé los ojos y volví a abrazarla.

Dejé caer la cámara encima de mi pecho y pasé los brazos por su cuello, quedando yo mucho más alta que ella, pero ella siempre sería mayor que yo; mucho mayor que yo. No en edad, sino en persona. Aunque fuese alocada, soñadora, extraña (en cierto modo), e incluso a veces un poco insoportable, ella y mi padre habían sido las personas que me habían apoyado en cada decisión que hube tomado al largo de mi vida, dándome la libertad de poder elegir por mí misma aunque a veces no estuviésemos de acuerdo en todo.

—Querrás ver quiénes hay en el escenario… —me dijo en una risita y nos despegamos.

“First I was afraid, I was petrified thinking I couldn't live without you by my side…”

—Prometo que yo no les conozco… —susurré para mí misma.

—No mientas, que te encanta. Mira qué sexy está —me respondió mi madre y se marchó riendo.

Aiden y Arianne estaban subidos en la pequeña tarima que había delante de la improvisada pista de baile, cada uno con un micrófono en la mano y Maxine grabándoles con el móvil. Ambos hermanos parecían contentos, cantando y desafinando a más no poder (obviamente haciéndolo a propósito y para reír un poco), viendo que encima de una mesita al lado del escenario había dos copas de champán.

«No lo hacen tan mal, ¿verdad?», rio la voz de Marie, reapareciendo de la nada.

“Me has dejado hablando sola antes”, le contesté algo resentida.

«Porque venía tu madre», oí que chasqueó la lengua. «Hacía tiempo que no veía a Aiden sonreír tanto como ahora.»

Aquella sentencia me dejó un poco tocada, sensible ante sus palabras. Pobre Marie…

“Aprovechando que Aiden está cantando, o como sea que se le llame hacer eso, ¿por qué no me cuentas un poquito más sobre lo que tengo que descubrir?”

«En serio, créeme cuando te digo que no puedo.»

“¿Pero por qué?”

«Porque no me es permitido.»

“¿Y dónde está la hoja de reclamaciones para denunciarlo?”, intenté echarle un poco de humor. Siempre era mejor reír que llorar.

«Viene Aiden… Pregúntale.»

“¿Pero qué le digo? ¿Algo como: 'Aiden, háblame sobre el proyecto de tu padre, que me parece realmente interesante. Sobre todo porque a ti no te importa nada y yo mágicamente sé que es sospechoso de la muerte de Marie', o qué?”, de nuevo me quedé sola y suspiré, “Genial, gracias”

—¿Te ha gustado mi actuación? —las manos de Aiden se posaron en mi cintura y sus labios se movieron contra el lóbulo de mi oreja.

Dándome la vuelta, sus ojos azules me tomaron bastante por sorpresa y retrocedí un paso.

—Me ha encantado —le respondí siguiéndole el juego y acercó su cara a la base de mi cuello.

—Tengo ganas de llegar a casa y estar los dos solos… —susurró y caí un poco en su trampa, robándome un suspiro.

Estábamos en medio de la pista de baile.

—Vendrán Arianne y Pierre con nosotros… —conseguí contestar.

—Les enviaremos con Keith y Tyler —propuso y alzó la cabeza, mirándome con una ceja rubia enarcada.

De nuevo sus ojos aguamarina contenían aquella chispa de picardía que tan loca me traía.

—Ya hablaremos —jugueteé con él y le guiñé el ojo, subiendo las manos por su pecho y entrelazando los dedos en su nuca—. Por cierto, ¿es que no me vas a pedir bailar?

—Me duelen los pies y estoy cansado de hacer el imbécil en el escenario con Arianne.

—Te prometo un masaje esta noche, pero baila conmigo —me separé un poco de él sin despegar las manos de su cuello.

—¿Un masaje? ¿Dónde? —preguntó Aiden con otra sonrisa pícara, mordiéndose el labio inferior con los incisivos.

—En los pies —respondí, arqueando una ceja.

—¿Sin final feliz?

—Eres de lo que no hay —rodé los ojos.

—No, ya te dije una vez que soy Aiden.

Solté una risotada y le pegué en el hombro, pero él entonces sus manos en mi cintura y yo las mías en sus hombros, moviéndonos incómodamente de un lado a otro, aunque fue divertido porque dábamos lástima.

—Bailamos de pena —reí.

—Somos la peor pareja de baile de todas —añadió él.

—Hasta la abuela Peggy baila mejor que nosotros. Deberíamos aprender, ¿nos apuntamos a alguna clase?

—¿Y acabar en el hospital con la cabeza abierta y las piernas rotas? No es una buen idea, El.

A la lejanía escuché la voz de Maxine presumir de las magníficas y excelentes notas académicas de tanto Arianne y Pierre —quienes, por cierto, estaban mirando no sé qué en el móvil de ella.

—Me da mucha rabia cuando hace eso… Me hacía pasar vergüenza —suspiró Aiden, mirándome a los ojos.

—Simplemente está orgullosa de sus hijos. Sobre todo de ti.

En ningún momento dejamos de bailar, si aquello se le podía llamar bailar, en realidad.

—Al menos ella lo está —susurró y apartó sus ojos de los míos, con dolor en su mirada.

Aquellas palabras me sentaron como una puñalada traicionera por la espalda; él no debía sentirse de aquella manera.

—Todos estamos muy orgullosos de ti. Mira tu madre, no para de sonreír. Arianne, Pierre, yo… y Marie. Sé que ella también está orgullosa de ti —me atreví a decir, aunque no supe si lo debería haber hecho o no, aunque sabía que ella también lo estaba.

—¿Cómo sabes tú eso? No es que hayas hablado con ella, de todos modos —torció la boca.

¿Debí contárselo? De nuevo me surgió la duda. ¿Debí decirle que había estado (inexplicablemente) hablando con Marie y que me había confesado que había sido asesinada? ¿Debí decirle que el principal sospechoso era su padre?

Decidí que no iba a hacerlo.

—Simplemente lo sé —respondí, tragando forzadamente.

Aiden sonrió triste y volvió a mirar a su madre, quien ahora parecía estar recriminándole algo a Fred. Mirando a mi derecha, le vi sentado en la mesa de los invitados con el teléfono en la mano y escribiendo algo en una libreta pequeña.

—Él nunca me ha dicho un “qué bien lo has hecho, hijo” o un “estoy muy orgulloso de ti”. Siempre ha sido más —dijo triste, mirando a su padre—. Quería más de mí, más de lo que ya rendía porque sacaba notas excelentes, Elionor. Hacía lo que él quería para que se sintiera orgulloso de mí, pero ¿qué era lo que hacía? Me repetía día tras día era un estúpido niño ignorante, que sería un fracasado para el resto de mi vida si no estudiaba y me quitaba la idea de la música de la cabeza. Ni un triste abrazo, ni un beso de buenas noches. Nada, Elionor. Nada.

Aiden apretó su agarre en mi cintura y vi la tristeza convertirse poco a poco en ira; unos ojos turbios como la mar furiosa. Solté mis manos de sus hombros y las dirigí a las suyas en mi cintura, cogiéndolas entre las mías y dejamos de balancearnos.

—Aiden, no creo que… —intenté conversar.

Pero no me dejó terminar.

—Un día me prometí a mí mismo que si alguna vez tengo hijos, no voy a impedir que sean lo que quieran ser. No voy a hacer como hizo y continúa haciendo con mis hermanos. Conmigo no ha podido —dijo, más serio que nunca—. Ya ves para qué ha venido, para estar todo el día en el teléfono, llenándose de su propio orgullo, y me dirá que si le hubiese hecho caso, hubiese podido participar de su proyecto con algunos compañeros durante mis estudios. ¿Qué mierdas me importa a mí su puto proyecto? Y por si fuese poco, tengo aún que decirle lo del disco. Debería sentirme orgulloso pero es que…

En el momento en que Aiden pronunció la palabra "proyecto", mi cerebro desconectó de la pista de baile y de su voz, llevándome de vuelta a las conversaciones que había estado teniendo con Marie.

«Pregúntale sobre el proyecto de su padre», fue lo que me hubo dicho.

El padre de Aiden era médico.

—¿Qué proyecto? —le pregunté intentando fingir sorpresa.

Aquello era importante, porque según la respuesta que me diera, podría o no tener la clave del enigma de la muerte no tan natural de Marie.

—Algún medicamento, o no sé qué mierdas —me respondió sin ganas.

Era un medicamento, algo farmacéutico.

—¿De qué era el medicamento?

Sentí la voz de Marie susurrarme en el oído como serpientes venenosas por mi cabeza, diciéndome que le hiciera más y más preguntas, bisbiseando que conociera más sobre lo que me llamaba tanto la atención; que supiera más sobre él.

—Pues no lo sé exactamente, pero creo que mi madre me comentó que era algo así como un antígeno.

—¿Qué es un antígeno? —pregunté inmediatamente.

Aiden respondió como un robot, como si se lo supiera de memoria.

—Es cualquier sustancia que provoca que el sistema inmunitario de una persona fabrique anticuerpos contra sí mismo. La sustancia puede proceder del ambiente, de los virus, las bacterias, los químicos, es decir, los propios medicamentos…

—¿Y qué pasa si te lo tomas? —volví a cuestionar al instante, sin dejar que Aiden terminase su explicación.

Estaba a punto de llegar al quid de la cuestión.

—Depende —Aiden torció la cabeza y miró hacia arriba—. Si te lo tomas una vez, pues no pasa nada. Pero si llevas bastante tiempo tomándolo, puedes llegar a morir de cualquier infección, sobre todo si es una persona que toma medicación, hay que consultar muy bien con el médico para saber cuánta dosis hay que tomar. Algunos médicos lo recetan para las enfermedades como la hepatitis, por ejemplo.

Entonces todo comenzó a rodar por mi cabeza como si de una película se tratara.

"Pero si tomabas tantos medicamentos, ¿cómo moriste?", había sido una de mis preguntas.

«¿Crees que moriría por una enfermedad cuando era una persona que constantemente se medicaba para, precisamente, no caer enferma?», fue la respuesta de Marie.

«Si te lo tomas una vez, pues no pasa nada. Pero si llevas bastante tiempo tomándolo, puedes llegar a morir de cualquier infección, sobre todo si es una persona que toma medicación, hay que consultar muy bien con el médico para saber cuánta dosis hay que tomar», fue una de las respuestas que me había dado Aiden al preguntarle sobre los antígenos.

«Marie tenía una enfermedad llamada Fibrosis Quística. Nació a los seis meses de gestación y tuvo que estar conectada a muchas máquinas incubadoras durante meses para que sus pulmones se acabaran de formar», me contó él mismo una vez.

—¿De qué murió exactamente Marie? —le pregunté de golpe, sin aviso previo.

—¿A qué viene esa pregunta?

Una brisa pasó por mi lado y miré hacia la puerta de salida de la sala.

—Respóndeme —le pedí, firme.

—Murió de una simple neumonía causada por su enfermedad. Murió asfixiada.

Murió asfixiada.

Mis neuronas comenzaron a conectar, algo así como si miles de cables se encontrasen con los otros, o cuando el polo negativo encontraba al positivo; cuando los neutrones y los protones se complementaban en un mismo átomo.

Ya sabía quién y cuál había sido el causante de la muerte de Marie. Y debía encontrarla para asegurarme, aunque no pudiese decirme explícitamente el nombre de la persona en cuestión.

—Tengo que ir al baño —dije con voz cortada.

Necesitaba encontrar a Marie. Sabía que se había ido, aunque supe muy bien dónde.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa? —me preguntó, dudoso y extrañado.

—Me… Me duelen las piernas —le respondí lo primero que se me ocurrió.

—No necesitas ir al baño para eso. Vamos a sentarnos, a mí también ya me duelen los pies.

Aiden me cogió de la mano y comenzó a arrastrarme hasta la mesa en la que habíamos estado sentados, ¡pero yo necesitaba hablar con Marie, no sentarme en una silla que no me iba a solucionar nada! Necesitaba ver su expresión cuando le dijera mi teoría de su muerte, para saber si estaba equivocada o en lo cierto.

—Te he dicho que tengo que ir al baño —me solté bruscamente de su agarre y me dirigí corriendo al baño, huyendo de él.

—Te acompaño —volvió a cogerme de la muñeca cuando me alcanzó.

—¡Que no! Quiero ir yo sola.

Y salí disparada, corriendo del lugar y en dirección al baño.

Tenía que hablar con Marie, tenía que verla.

Tenía que preguntarle si había sido el padre de Aiden quien la había envenenado con su proyecto.

—¡Elionor! —escuché la voz de Aiden siguiéndome por los pasillos — ¡Elionor, no corras, espérame!

Repetí el camino que había tomado la vez anterior que había ido al baño, con mucho cuidado de no tropezar con mis propios pies. Correr con aquellos tacones era un tanto imposible y al ir más despacio, Aiden me alcanzó en pocos segundos, adelantándome en un rápido movimiento y cogiéndome por los brazos, aprisionándome.

—¡Suéltame! —intenté forcejar, pero fue inútil.

—¡Dime de una vez por todas qué es lo que está pasando! —espetó, sus ojos azules hurgando en mis pardos—. Desde que llegamos aquí has estado extraña y distante. ¿Qué es lo que no me estás contando? ¿Es que no confías en mí? —sus palabras me dejaron en un profundo silencio, sabiendo que no había nada que pudiera hacer para que cambiase su pensamiento—. Dime, ¿qué es lo que pasa?

No podía ocultarle aquello. No podía volver a mentirle.

No a él.

Marie había dicho que Aiden merecía saber qué era lo que realmente había ocurrido y que fue lo que los separó el uno del otro. Así que hice algo que nunca pensé hacer, arriesgándome a que él pudiese dar a pie a la meditación de mi ingreso en un loquero.

—De acuerdo, ven conmigo. Pero no grites cuando lo veas, por favor —lo agarré por la muñeca y lo arrastré hacia el baño.

—¿Por qué tengo que gritar? ¿A dónde vamos? —cuestionó con

desesperación— Elionor, explícame lo que está pasando.

—¡Silencio! —espeté y giramos el último pasillo hasta llegar al baño.

Estaba igual que antes, las mismas luces y todo, sin embargo había una diferencia: un maletín negro de piel se encontraba justo al lado de los grifos, justo al lado del secador de manos.

—Ese maletín me suena —Aiden frunció el ceño al dirigir sus ojos a lo mismo que yo estaba observando — Es de mi padre —confirmó al mirarlo desde cerca—. ¿Pero qué hace en el baño? ¿Era por esto por lo que tenía que gritar?

Si el maletín de su padre se encontraba en el baño, ¿dónde estaba él?

Mientras Aiden lo observaba, me centré en lo que realmente había venido a hacer, y miré todos los ángulos posibles del espejo en busca de Marie. Sin embargo, no la vi en ningún lugar, y armándome de valor y valentía, la llamé.

—Sal de donde sea que estés, por favor.

Aiden levantó la cabeza y me miró con aún más confusión, si aquello aún era posible.

—¿A quién estás llamando?

Ahí solté la granada.

—Llamo a Marie —respondí, dirigiéndome a los cubículos.

Sería imposible que la viese aunque estuviese en uno de ellos, ya que no había ningún espejo, pero quería que supiese que tenía que hablar con ella. De todos modos, ella dijo que lo sabía todo sobre mí, así que tendría que saberlo.

—¿A Marie? —volvió a preguntar Aiden, y por su tono, pareció casi de burla.

—Sí, llamo a Marie —aclaré lo más rápido posible y volví a mis andadas antes de que pudiese hacerme más preguntas—. ¡Marie, sal, necesito hablar contigo!

—¿Es esto una broma de mal gusto? Porque no tiene ninguna gracia —me preguntó Aiden, haciendo de sus nudillos un puño.

La furia invadió sus ojos.

—No lo es —le respondí. Sabía que para Aiden todo aquello era jodidamente complicado y extraño, pero no tenía mucho tiempo para explicaciones cordiales. La seguí llamando, y hasta salí del baño para mirar en el pasillo a ver si había algún espejo—. Marie, por favor, sal y háblame. No importa que esté Aiden, tú misma me has dicho que él merece saberlo. Pues aquí está, lo he resuelto.

Estuve segura de que Aiden estaba tomándome por loca. El corazón estaba a punto de salírseme por la boca, como si hubiese corrido un maratón desde Los Ángeles a Nueva York.

—¿Qué es lo que has resuelto? ¡Me cago en la puta, habla de una puta vez ya! —Aiden se desesperó, cogiéndome por ambos brazos y dándome la vuelta, encarándolo a él en vez del espejo, y veía cómo la desesperación cruzaba su rostro—. Elionor, Marie murió hace un año, ¿me escuchas? Yo también siento que a veces está a mi lado, pero es científicamente imposible que esté…

De espaldas al espejo, no pude ver si Marie hacía definitivamente su aparición, pero Aiden paró su carrera de palabras cuando se quedó mirando a la nada justo detrás de mí, aguantando la respiración. Sus ojos se ensancharon y por pocas se le salieron de cuencas, con la respiración acelerada y errática. Dándome la vuelta, Marie se presentó en el reflejo igual que antes, con su jersey rosa pálido y una sonrisa tímida pero a la vez preocupada.

Capítulo 37

Las llamas de la verdad y un rencor del pasado

Lo siguiente que vi fue a Aiden dándose la vuelta y buscando a Marie frenéticamente, pero lo que él no sabía era que Marie solo podía reflejarse en los espejos.

—¡Marie! ¿Dónde estás? ¡Marie! ¿Puedes hablar? ¡Háblame! —gritó Aiden, rompiéndosele la voz.

Aparté mis ojos de él y miré el espejo, viendo el reflejo de Marie justo al lado de Aiden, pero él no podía verla, no estaba mirando al espejo. Fue una imagen tan triste…

—Aiden… —cogí su brazo, intentando que se quedara quieto.

—¡La he visto, pero ahora ya no la veo! —gritó, zafándose de mi agarre.

—Y no la verás si no miras al espejo —intenté decir lo más calmada posible, llevando mi mano a su mejilla derecha para que me mirara a los ojos.

Quise secarle las lágrimas de sus ojos, dejar que llorase en mi hombro como un bebé asustado, hacerle entender que ella estaba allí, pero no viva, y que no podría abrazarla como él quisiera.

—¿Por qué no voy a verla? ¡La he visto antes ahí en la puerta! ¿Es que no me crees?

Mis ojos se aguaron. Aiden no entendía que aquello estaba siendo real, que ella no estaba viva, sino que lo que él había visto era su espectro. Llevé la otra mano a su cara y con los pulgares aparté las lágrimas que salían de sus preciosos ojos azul pálido, girándole lentamente para que viera detrás de él. Marie le miró con los ojos rotos, ella también estaba sintiendo un dolor inexplicable.

Me sentí culpable por haber permitido que Aiden la viese. Nunca debí haberlo hecho… Pero necesitaba hablar con Marie, preguntarle

si aquel medicamento en pruebas fue lo que le causó la neumonía y muriera. Según lo que me había dicho Aiden, el antígeno hacía que el cuerpo fabricara anticuerpos contra sí mismo, por tanto, la conclusión a la que llegué fue que poco a poco fue muriendo.

Aiden se deshizo de mis manos y moviéndose como un autómata consiguió llegar al cristal. Vaciló en su toque, temeroso, pero terminó poniendo las manos en él, apretando con tanta fuerza que sus dedos se pusieron blancos y los tendones se marcaron en la piel.

—Dis-moi que vous êtes à l'intérieur du miroir… Dis-moi que vous êtes réelle, s'il vous plaît… —dijo casi inaudible, a mitad del llanto.

Volví a acercarme a él y le abracé por la espalda, juntando mis manos por su estómago, intentando que se calmara a la vez que lo bajaba de allí. Pero ¿qué tipo de persona hipócrita estaba siendo? ¡Había sido por mi culpa que él estuviese de ese modo!

Una dualidad entre haber obrado correctamente y el haber actuado demasiado temeraria abrió una brecha en mi pecho, rompiéndome por dentro al ver a Aiden en un estado tan vulnerable.

No fue como el día que vino llorando a mi casa en Londres, implorándome perdón por lo que había hecho. Tampoco la primera vez que le vi llorar por ella; ni siquiera ese episodio. El dolor de Aiden se mostró de un modo muy distinto a todos esos días. Era más profundo, más reciente.

—Es un espectro. No está dentro del espejo —intenté explicárselo.

—Pero está aquí, Elionor, la estoy viendo con mis propios ojos —Aiden giró la cabeza de nuevo y miró el espejo, viendo a Marie reflejada en él—. Dis-moi quelque chose, s'il vous plaît…

Todo estaba siendo mi culpa, todo por mi culpa. Si hubiese sido un poco más fuerte en mi mentira, nada de eso hubiese ocurrido. Había estado tan contento durante la celebración… Con su madre, sus hermanos y un sueño por delante… y de golpe pareció todo estrellarse contra un gran muro de cemento, quebrándose en mil pedazos. Y todo por no creer ni yo misma más en mi mentira.

Quizás me eché demasiado las culpas, cargándolas en mi espalda y sintiendo que todo estaba siendo un desastre a causa de una persona llamada Elionor Broome, que no podía ni siquiera mantener controlada su innata curiosidad. Quizás me estaba equivocándome también al decirme todo eso a mí misma, pero lo sentí de aquel modo.

—Estoy aquí, Aiden —se escuchó la voz de Marie, igualmente aguda como los cascabeles aún con la tensión y nostalgia del ambiente.

—¿Y cómo sé que estás aquí de verdad? Haz algo, tócame, o algo… Por favor… Haz algo para que yo sepa que realmente estás aquí —su voz sonó tan débil como un hilo, ahogándose al final de su

frase.

Aiden cerró los ojos y tragó con dificultad, abriendo la boca después y respirando agitadamente. Quise abrazarle bien fuerte contra mi pecho, pero supe bien que no era mi contacto el que esperaba en ese momento, sino el de Marie, y justo cuando miré al espejo, vi que ella se le acercó y cogió su cara entre sus manos, acercándose y besándole la mejilla. Observé la reacción de Aiden atentamente, quien cerró los ojos con fuerza y más lágrimas salieron de ellos; igual que de los míos. Cuando los abrió, apoyó su frente en mi hombro, abrazándome por la cintura. Nunca esperé aquel gesto por su parte, pero le devolví el abrazo con todas mis fuerzas, enredando los dedos en sus suaves rizos dorados, como me dijo una vez su madre.

—Ella está aquí, Elionor… —tembló en un sollozo.

—Sí, Marie está aquí —repetí, quebrándoseme la voz.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué está aquí? —Aiden iba poco a poco calmándose, aunque no me soltó de sus brazos.

Ni siquiera me miró. Su cara estaba enterrada en el hueco que había entre mi hombro y mandíbula, hablando contra la piel de mi cuello.

—Quiere resolver unos asuntos… Solo ha venido a hablar.

Lo aparté levemente de mí y lo miré a los ojos, rojos por el llanto, y fue él quien cogió mi cara entre sus manos y me besó los labios. Vi de soslayo cómo Marie sonrió y ladeó la cabeza en un acto de ternura, como si le resultase entrañable la escena, pero pronto Aiden encaró el espejo, tragando con fuerza antes de hablar. Aquello no estaba siendo fácil para él, pero para mí tampoco.

—Tú ya has hablado con ella, ¿verdad? —su mirada azul volvió a la mía y más lágrimas llegaron a mis ojos al ver su carita— Cuando te has ido a la terraza… —asentí— En la ceremonia, cuando estabas tan tensa… —asentí de nuevo y él suspiró, dándose media vuelta para mirar al espejo otra vez— ¿Por qué estás aquí, Marie?

No fue dicho con reproche, sino con la más inocente curiosidad.

—Quiero que sepáis por qué y cómo morí. Ni tu familia ni tú merecéis no saberlo. Tampoco mis padres.

Vi el dolor cruzar el rostro de Aiden al escuchar su voz, seguramente llevándole demasiados recuerdos de cuando el corazón de Marie aún latía y bombeaba la sangre por su cuerpo; no siendo blanca como la nieve y fría como el hielo.

—Moriste por una neumonía —dijo Aiden de nuevo, con un poco más de confianza en su voz.

—Pero no causado por algo natural —respondió ella.

Aiden movió los ojos de un lado a otro y pasó su mano por su

cabello, removiendo los rizos en un acto nervioso. Alcancé su otra mano y con dedos temblorosos entrelacé los míos con los suyos. Aquello no estaba yendo en el rumbo en que pensé que iría, pero fue suficiente como para no odiarme más de lo que ya me detestaba a mí misma en aquel momento por hacer que Aiden pasara por todo aquello. Aunque, si lo pensaba mejor, él estaba conectado a Marie de un modo que nunca llegaría a comprender, y no sería justo que yo pudiera hablar con ella y él no.

Como había dicho la misma Marie, Aiden merecía saber qué era lo que realmente había ocurrido y no restar en la ignorancia por el resto de su vida. Tampoco hubiese sido justo que solo yo supiese la verdad, porque fue él quien sufrió el dolor de perderla a ella, y fue él quien la odió durante mucho tiempo.

—No te entiendo —le dijo Aiden.

—¿Recuerdas el proyecto en el que trabajaba tu padre? —susurré yo en su oído, sintiendo que necesitaba algo de ayuda.

La misma que había requerido yo para llegar a aquella conclusión, que no sabía si era cierta o no, pero quise que fuera Aiden quien lo dijera para poder mirar a Marie a los ojos y saber que realmente estaba en lo cierto.

—Ya me has hecho esa pregunta antes —respondió frunciendo el ceño.

Marie se acercó un paso al espejo y Aiden se tensó de nuevo, llevando su mano derecha a la mía, notando la tensión en sus dedos y sorprendiéndome de lo que vi en sus ojos: miedo.

—¿Qué es un antígeno? —le preguntó ella meticulosamente, mirándole atenta, pero él no reaccionó; estaba petrificado— Recuerdo el día en que te ayudé a estudiártelo. Tenías el examen final y te jugabas la asignatura entera.

Él frunció aún más el ceño, concentrándose en la respuesta aunque me la hubiese dado antes a mí. Posiblemente la realidad de la situación fue superior a él, no dejando que pensara con claridad. Pero acabó respondiendo.

—Un antígeno es cualquier sustancia que provoca que el sistema inmunitario de una persona fabrique anticuerpos contra sí mismo y… —de repente se quedó callado y empalideció.

Sus ojos se abrieron más de lo normal y sentí como aguantó la respiración, sus mano apretando la mía con mucha más intensidad y su mandíbula tensarse a causa de la fuerza que ejercía al chocar sus dientes entre ellos.

—Sé que lo estás pensando —hablé en su oído.

—Pero no es posible. No fue a Londres en ningún momento.

Esa era la parte que no encajaba nada. Yo tampoco lo entendía.

—Eso es lo que tú no sabes —vez habló Marie, un tono mucho más oscuro de lo que acostumbraba a usar, hasta sus ojos se tornaron sombríos.

Una nueva faceta de Marie, una que no estaba muy segura del por qué había salido al exterior. Pareció que lo dijo con rencor, y noté que Aiden se encontraba tan perdido como yo.

—¿Pero eso qué tiene que ver? ¡Yo te quería y tú me dejaste! —soltó él de la nada, con furia.

El miedo que vi acumulado en la retina de sus ojos se convirtió el ira, vociferando y marcándosele la vena en el cuello, tornándose su piel poco a poco más rojiza a causa del enfado hacia la chica muerta que se encontraba delante de él.

—¡Yo también te quería!

—¿Tú, quererme? —espetó él con brusquedad, prácticamente irónico— Me dijiste que era patético, que no querías estar con alguien tan fracasado como yo. Ahora estoy con Elionor, quien, a diferencia de ti, me quiere de verdad y me respeta.

Abrí la boca para retener el aire. No pude creer que Aiden hubiese dicho semejante cosa. Mirándole bien a los ojos, las llamas de la ira danzaron con un rencor renacido del pasado, algo que pensé que ya había superado hacía mucho tiempo. Estaba enfadado, y hubiese puesto la mano en el fuego de su furia para decir que si ella no hubiese estado allí, esas palabras nunca habrían salido de su boca. No eran verdaderas. Ni siquiera él se las creía.

—¡No fue mi elección! —se defendió ella.

Al contrario de los ojos de Aiden, el frío de la traición se hundió en ellos, quedándose helados para siempre en el iris azul de la chica que se había sentido miserable hasta el momento de su muerte.

—¿Que no fue tu elección? —el veneno de la ironía siguió en la punta de su lengua— ¡Me vi obligado a volver a Holmeshire con mi padre! ¡Me condenaste al infierno! ¿Y a eso le llamas tú querer a alguien?

Algo en aquella conversación no encajó. Recordé la vez que él me dijo que la había perdonado cuando ella estaba más con un pie en el otro barrio que en Westminster. Sin embargo, toda aquella rabia acumulada salió en el momento.

—¡Sí lo es! —le respondió Marie, segura de sus palabras— Quieres a alguien cuando aceptas alejarte de la persona a la que más quieres en este mundo para que no corra ningún peligro y que haga lo correcto. Quieres a alguien cuando aún estando muerta buscas una solución, cuidas de esa persona y buscas a alguien más que le ayude, a que se olvide de ti y deje de culparse por tu muerte porque no lo fue y porque así nunca volverá a ser feliz —su rostro de porcelana se

relajó, y en sus ojos apareció la tristeza—. Quererte, Aiden, es susurrarte al oído cada noche que te des una oportunidad junto a la chica que acabas de conocer en Baker Street y que te quiere más que a su propia vida —de nuevo, si pudiese llorar, hubiese llorado los siete mares enteros.

Aiden no fue el único que se quedó sin palabras.

«He hecho bien en escogerte a ti, Elionor.»

—Pero… Pero… —balbuceó él como un niño pequeño que busca la respuesta correcta— Todas las veces que no pude dormir… Todas aquellas veces que te mezclabas con Elionor en mis sueños… Todas esas veces que pensé en ella… Tú… Tú…

—He sido yo siempre, desde el principio. Siempre he cuidado de ti. Me negué a dejarte solo en Londres —le respondió con dulzura—. El día en que Elionor se paró a escucharte cantar en Baker Street, supe que os teníais que conocer y que estabais hechos el uno por el otro. Insistí. Tuve que pasarme día y noche insistiéndole a Elionor que te conociera —su rostro fue angelical, algo de otro mundo—. ¡Por Dios, Aiden, te cogí el cuaderno del bolsillo y lo dejé en el suelo del andén para que Elionor lo encontrara! —rio de un modo desesperado, como si estuviese riéndose de ella misma, pero después acabó sonriendo tristemente y miró al suelo— Pero al final todo ha salido bien y… y estoy muy orgullosa de ti. Sálvame y yo te salvaré, ¿recuerdas?

Me quedé muda. No supe qué era lo que tenía, debía o podía decir, pero le creí.

Toda aquella curiosidad, aquellas ganas locas de estar al lado de Aiden, de escuchar de nuevo su voz… Todas aquellas noches que sentí enloquecer por no saber dónde o cómo estaba; todo aquel dolor en mi pecho cuando me dijo que yo no era ella. Todas las veces que le seguí… Había sido obra de Marie. Ella siempre había estado a mi lado diciéndome cuál era el movimiento que debía hacer, qué camino elegir.

La chica de diecinueve años que tanto llegué temer durante un tiempo de mi vida había sido quien me había llevado hasta la salvación, hasta reencontrarme conmigo misma gracias a un maravilloso chico de veinte años. Siempre había sido ella. Siempre.

Aiden, como yo, la miró con los ojos bien abiertos sin saber qué decir. ¿Debí darle las gracias? ¿Sonreír? ¿Llorar? ¿Enfadarme? ¿Enfurecer? O, incluso, ¿reprocharle?

¿Debía Aiden llorar? ¿Intentar abrazarla? ¿Darle las gracias? ¿Recordar, puede? ¿Sentirse débil, creciéndose en su ego de que él mismo no podría haberse salvado de su propia mente?

Vi en sus ojos la confusión, el no saber cómo tenía que actuar,

recordándome de nuevo que el chico de veinte años que había crecido y se había convertido en un hombre, el mismo que por fin había conseguido cumplir su sueño, seguía siendo un niño que todavía tenía mucho que aprender en la aventura que era la vida; nuestra mayor aventura. ¿Qué hubiera sido de mí sin él? ¿Quién me hubiera dicho a mí que terminaría en aquella situación?

Justo cuando el tornado de mis emociones recogieron y tuvieron cuenta también las de Aiden, juntándolas en la misma tormenta, escuché los pasos y las voces de alguien que se acercaba, charlando tranquilamente sobre algo que no logré descifrar.

Maxine apareció en el baño seguida de Fred y ambos se sorprendieron de vernos tanto como nosotros a ellos. Pero fue al hablar Fred cuando me entró un escalofrío que me recorrió el cuerpo completo y sin poder apartar de mi cabeza que él había sido el causante de la muerte de "la belle" Marie.

—¿Qué hacéis aquí?

Justo fue cuando Fred pronunció aquellas palabras que Aiden de deshizo de mis brazos, y si no hubiese sido porque Maxine vio su expresión y le paró, posiblemente le hubiese tirado al suelo. Cogiéndole por las muñecas y llevándolas a su espada, le inmovilizó con una habilidad que me sorprendió, y él continuó forcejando incesantemente para que lo soltase.

—¡Aiden! ¿Es que te has vuelto loco? —le preguntó su madre, sin poder creer lo que estaba ocurriendo y viendo.

La expresión de Aiden fue rabiosa, furiosa y salvaje, y miró a su padre como si fuese capaz de estrangularle con sus propias manos. No fue como cuando normalmente se enfadaba, que tenía que desaparecer durante unos minutos y fumarse un cigarrillo; no. Aquella vez las venas se le marcaron tanto en el cuello como en la frente que pensé que estallaría de un momento a otro, con la respiración errática.

—Tú… Tú… ¿Cómo te atreves a llamarte mi padre? —Aiden tembló en una octava más grave de lo normal en su voz.

Fred frunció el ceño en confusión y miró a Aiden fijamente para saber de qué estaba hablando. Sin embargo, no pareció conmoverse por aquellas palabras airadas. Al contrario de Aiden, sus ojos azules no fueron cálidos, sino fríos como el hielo.

—¿Disculpa? —le preguntó.

—¿Qué es lo que estás diciendo, Aiden? —volvió a hablar Maxine, soltándole las muñecas para encararle bien.

Sus ojos marrones le preguntaron qué era lo que demonios estaba haciendo, por qué se comportaba de aquel modo, y Aiden la miró fijamente.

—Él me la quitó… ¡Ese hijo de puta la apartó de mí, mamá! —pronunció entre dientes, como si le diese miedo decir textualmente que él había matado a Marie.

—¿Qué son esos modales, Aiden Harris? ¡Te he educado mejor!

—Él no merece ese trato —sentenció, paciere con su madre.

—Déjalo, Maxine. Nueva York le ha trastocado —se burló Fred y algo muy superior a la ira y la furia nació en los ojos de Aiden.

Volvió a forcejar y consiguió que su madre le soltara, tambaleándose hasta volver a recuperar el equilibro, y fue directo hasta su padre, pero fui yo quien intervino aquella vez. En sus ojos vi el deseo de matarle, de que recibiera lo mismo que le había hecho a una pobre chica de diecinueve años enamorada. Por culpa de su padre, Aiden estuvo engañado prácticamente durante dos años. Pero no iba a permitir que él se convirtiera en una réplica de Fred.

—¡Ni te dirijas a mí! —le respondió con veneno en la punta de su lengua.

Maxine, quien no estaba entendiendo nada de lo que estaba ocurriendo, miró a uno y después a otro, terminando en Aiden.

—¿Me puedes decir de qué va todo esto?

—No sé, que te lo diga él —ironizó Aiden, sonriendo falsamente y solté sus manos.

Pensé que se lanzaría a su padre, pero no lo hizo. Se quedó quieto allí a mi lado y de su madre, pero hizo algo que nunca pensé que haría: esa vez fue él quien cogió mi mano.

—¿Decirme qué?

—¡Cómo la mató! —exclamó Aiden con toda la rabia en su cuerpo.

Se hizo un silencio sepulcral en el baño y me pregunté si Marie seguiría estando en la sala, si lo estaría viendo todo, escondida en las sombras. Los ojos de Maxine mostraron una confusión indescriptible, y supe que aunque Fred no hubiese dicho nada al respecto, la única que no sabía de qué iba todo aquello era ella.

—Aiden, mírame, por favor… —imploré, pero fue inútil.

Fue como si su mirada estuviera enganchada a la de su padre, viendo el fuego carcomerle por dentro. Sin embargo, soltó mi mano pero permitió que rodeara mis dedos alrededor de su muñeca. Los latinismos pronunciados Marie y grabados en su piel quemaron mis palmas como si fuesen placas ardientes de acero.

—No te alejes de mí —me pidió.

—Nunca —le aseguré y apreté más el agarre en su muñeca.

—¿Estás ya? —Fred chasqueó la lengua y me pareció oír un gruñido por parte de Aiden.

—No, aún no he terminado —le desafió—. Primero de todo, quiero decir que eres un hijo de puta sin sentimientos, y que estoy

hasta los cojones de ti y tu perfecta puta vida planeada para mí y mis hermanos.

—¡Aiden! —le recriminó de nuevo su madre.

—¡Que me trae sin cuidado, joder!

Maxine se quedó más sorprendida de lo que ya estaba y el silencio volvió al baño, gritándome en el oído de un modo tan estridente que me dieron ganas de sentarme en el suelo y llorar.

—Sigue, sigue. Quiero escuchar lo que tienes que decirme —le alentó Fred.

—Estoy harto de que me llames ignorante y estúpido solo porque no sigo tu juego.

Fred soltó una risotada irónica y nada me dio más ganas de estrujarle los sesos.

—Eres estúpido e ignorante, y cada vez me lo demuestras más.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate, joder, no soy estúpido! ¡Cállate!

Aiden estuvo al borde de las lágrimas, deshaciéndose de mi agarre en sus muñecas y llevándose las manos a la cabeza. Fue increíble el impasible rostro que mantuvo su padre cuando le dijo aquello. Si yo se lo hubiese dicho a mis padres, me hubiesen dado un manotazo bien dado y me hubiese costado días dirigirles la palabra.

—Aquí quien debería callarse eres tú e ir a una universidad a estudiar. Déjate de música, que no te va a llevar a ningún lado.

Aiden se quedó en silencio, respirado de un modo errático y mirando el suelo. ¿Qué se suponía que podía hacer para acabar con esa situación? No quise nunca que aquello diese lugar a todo lo que estaba sucediendo, nunca. Aiden gritando al borde de su cordura, Maxine sin saber de qué estaba yendo todo, un Fred gélido y sin sentimientos hacia lo que su propio hijo le estaba diciendo… Y yo ahí, como el jueves.

—Al menos yo no tengo que deshacerme de nadie para demostrar algo. Lo que he conseguido yo solito y con mis propios méritos.

—Suffit! ¡Ya es suficiente! —exclamó Maxine, rompiéndosele la voz— Ahora mismo me vais a decir qué es lo que está pasando y de qué estáis hablando.

—¡Este hombre la mató! —le respondió Aiden.

—¿Tu padre? ¿Matar a quién? —rio como si fuese absurdo el simple pensamiento.

—Il a tué Marie, maman!

Fred soltó una risotada y negó con la cabeza, sonriendo al suelo y terminando con un suspiro. Maxine, por otro lado, frunció el ceño e intentó comprender lo que Aiden le acababa de decir.

—Esa es una acusación muy grave, Aiden. Marie murió a causa de su enfermedad, y lo sabes. ¿Qué iba a tener él que ver con su muerte?

¿Qué les íbamos a decir, que habíamos estado hablando con su espectro?

Tentador, pero suicida.

Maxine no supo dónde mirar, y pude ver su agobio mental en sus ojos, frenéticos en busca de respuestas. Encontró mi mirada pero yo no podía hablar, tenía que hacerlo Aiden.

—¡Porque le dio los malditos antígenos en los que estaba trabajando! —le respondió finalmente, histérico.

Pocas veces perdía los estribos. Normalmente era un chico muy pacífico y correcto, pero la noticia en un mismo día de que Marie había sido en verdad asesinada y por, nada más ni nada menos, que su padre, hubiese podido con cualquiera. Aunque no lo considerara como a una persona extremadamente afectiva, después de todo era su padre y costaba creer que hubiese sido capaz de haber hecho eso. Ya no solo por Aiden, sino por su propia familia y por la de Marie. Nadie tenía el poder de decidir si quitarle la vida a alguien, y mucho menos de un modo tan cruel.

—¿Qué pasa con los antígenos? —le preguntó Maxine alzando una ceja.

Fred se cruzó de brazos y se poyó en la repisa de los grifos, sonriendo cínicamente. ¿Cómo era posible que pudiera sonreír en un momento como aquel? Cualquier posibilidad de inocencia quedó desbancada y eliminada; Fred había matado a Marie.

—Eres médico, sabes perfectamente lo que son.

—Claro que sé lo que es un antígeno —respondió ella, rodando los ojos.

—¿Fue Fred en algún momento a Londres? Antes de que yo volviera a casa —le preguntó Aiden, ansioso por saber la respuesta.

—¿Cómo que “Fred”? ¡Aiden, il est ton père!

—Il n'est pas mon père, maman! Il est une cauchemar! Donc dit-moi s'il est venu à Londres auncune fois!

Maxine quedó desconcertada y parpadeó antes de contestar.

—Fue a una conferencia de neurología, ¿verdad que sí, Fred? En Saint Thomas Hospital.

Recordé aquel lugar en Londres. Nunca había ido allí, pero estaba muy cerca del puente de Westminster. Aiden se quedó en silencio y comenzó a reír, para mi desconcierto. Maxine frunció el ceño y lo miró curiosa, sin entender nada al igual que yo, y después me miró a mí buscando una explicación.

—Aiden… —dije alargando la mano y posándola en su brazo.

—Muy bien, ya puedes contar cómo lo hiciste —fue lo único que dijo cuando terminó de reír.

Pareció que riese de la cosa más absurda del mundo, y es que la

misma Maxine había dado un paso adelante para desenmascarar el caso de la muerte de Marie.

—¿Tú crees realmente que yo maté a esa niña? —le preguntó Fred como si no pudiera creer que su propio hijo le acusara de asesinato.

—Claro que sí.

—¿Y en qué te basas para confirmarlo?

—Simplemente lo sé.

—Esa es una acusación muy grave —repitió Maxine de nuevo, increíblemente confundida por la situación, pero pareció que decidió tomar las riendas de la situación—. ¿De qué está hablando Aiden, Fred?

Se quedó en silencio y me arrimé más a Aiden, agarrándome bien fuerte a su brazo para, primero, yo sentirme más segura ante toda aquella escena de caos y locura, y, segunda, para impedir que Aiden saltara a la yugular de su padre. Moviendo los ojos por el baño en busca de una Marie triste al ver la escena, vi que el maletín seguía justo al lado de los grifos. ¿Qué habría allí dentro?

«El maletín», la voz de ella resonó de nuevo en mi cabeza, y ya no volví a oírla más.

—El maletín… Aiden, el maletín —le susurré a Aiden en el oído y él pareció entenderlo.

—¿Qué hay en el maletín, mamá? —fue lo único que preguntó.

Pero no entendí por qué se lo decía a ella y no a él. Durante una milésima de segundo vi un deje de miedo en los ojos de Fred, pero después volvió a su sonrisa socarrona, e inmediatamente supe que aquello fue una máscara de disimulo porque algo tenía que ver allí dentro. En el supuesto caso de que no hubiese algo interesante y de valor para poder demostrarle a Maxine que Fred había sido el asesino de Marie, iba a ser siempre nuestra palabra contra la suya. No teníamos pruebas salvo lo que un espectro nos había dicho.

—Es mi maletín de… —de nuevo vi aquel temor fugaz, pero rápidamente Aiden le interrumpió.

—No te lo he pedido a ti, sino a mi madre.

Se hizo de nuevo un silencio mientras todos pusimos la atención en Maxine. Me pareció bastante curiosa la actitud de Fred porque estuve segura de que si se hubiese tratado de Aiden, o de algo relacionado con él directamente y no sobre la muerte de Marie, hubiese estado subiéndose por las paredes y gritándole lo estúpido que era; el niño que valía tres veces el oro.

—¿Qué es lo que queréis saber del maletín? No hay nada de interesante a no ser que seas forense. Tu padre se ha traído el maletín para trabajar durante estos días en Estados Unidos en el caso de algunos pacientes fallecidos en el hospital y redactar los informes —

dijo de nuevo Maxine, con sus manos en la cintura y repiqueteando con el tacón de su zapato en el suelo, esperando una respuesta

Aiden frunció el ceño.

—¿Desde cuándo es forense…? —se quedó a mitad de la frase y expulsó todo el aire que había en sus pulmones

¿Sería posible que…?

En un abrir y cerrar de ojos, Aiden fue más rápido que su padre para coger el maletín.

—Devuélvemelo —le dijo con voz severa y hasta a mí me dolió que pronunciase su nombre.

—¿Es que hay algo que te preocupe, a caso?

—Te lo repetiré una última vez. Devuélvemelo.

—No.

—Soy tu padre y te digo que me lo devuelvas.

—Tú no eres mi padre. Yo nunca he tenido un padre.

Fred volvió a quedarse en silencio y Aiden abrió la cremallera del maletín, buscando frenéticamente algo que no supe qué era exactamente; algo que iba a poder demostrar un crimen tan perfecto como el de Marie Arène.

Fred cambió de estrategia y se dirigió a mí, posando sus ojos sibilinos en los míos y consiguiendo que un escalofrío me recorriera el cuerpo entero. Sus ojos azules fueron escalofriantes, tanto como los que me persiguieron en el sueño, y me sentí como un ratoncillo acorralado contra la pared sin una posible escapatoria de la serpiente que estaba dispuesta y a punto de atacar.

—¿Qué tal os ha ido por Nueva York, Elionor? ¿Os ha gustado La Gran Manzana? He oído que Aiden ha conseguido que alguien se haya golpeado en la cabeza y le haya escuchado lloriquear por un contrato.

No supe si debí esconderme, tener miedo, coger aquella nave que una vez deseé que me llevara a la galaxia más lejana, o qué hacer. Opté por la segunda, que en realidad era la más lógica en aquel momento, porque sus gélidos ojos esperaron una respuesta de mi parte. Pero no fui exactamente yo quien se la dio.

—¡Ni te atrevas a mirarla, hijo de puta! Ni se te ocurra mirarla, ni siquiera respirar el mismo aire que ella. No te la vas a llevar de mi lado de ninguna de las maneras posibles, no como hiciste con Marie —exclamó Aiden protegiéndome con su cuerpo, con veneno en sus palabras y fuego en sus ojos.

Fred soltó una risotada y fue cuando Maxine explotó.

—¡He dicho basta! —alzó los brazos gritando y encaró a su hijo, con un dedo amenazador y después le tendió la mano— Aiden Harris, dame esos papeles.

—¡No! —respondió él, alzándolos en el aire para que su madre no

llegase, sabiendo que era mucho más baja que él.

Maxine luchó contra él para conseguirlos, y justo cuando fui a despegar la mirada de sus manos para controlar lo que Fred estaba haciendo, un nombre en el reverso del último papel me llamó la atención: Marie Arène.

En un rápido movimiento y aprovechando que Maxine y Aiden estaban discutiendo para ver quién era el que más resistía, y como que yo era tan alta como él con aquellos zapatos, le cogí los papeles de la mano y todos se giraron hacia mí.

Tenía los papeles con el nombre de Marie escrito en ellos.

Los papeles que se suponía que eran informes forenses.

Entonces fue cuando Fred se dio cuenta de lo que había entre mis manos.

—Dame esos papeles, Elionor —me pidió, intentando mantener su voz calmada.

—Dime qué es lo que verdaderamente hay en ellos, Alfred. Y no me mientas —le dijo Maxine y él la miró intensamente.

Era su esposa… Supuse que a ella no le iba a mentir… Aunque, pensándolo bien, ya lo había estado haciendo durante un año al esconder la verdad, Aiden me miró con ojos expectantes. Sabía que le había dado rabia que le hubiese quitado los papeles de la mano, pero mi mirada le hizo entender que había encontrado algo, que confiara en mí.

Le tendí los papeles a Maxine, poniendo el que había el nombre de Marie escrito el primero, y ella los cogió rápidamente. Con ojos ansiosos, comenzó a leer los informes, y sonreí porque sabía perfectamente lo que era. Ella era médico también, tenía que saber qué significaba todo aquello. Rápidamente Aiden buscó mi mano, apretándola suavemente, y todos esperamos una reacción por parte de Maxine, quien parecía estar comprendiendo todo lo que estaba leyendo. Fred estaba nervioso. Sus ojos danzaron de un lado a otro, desesperados y en busca de alguna salida o excusa posible. Supe que Maxine terminó de leer el informe cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y su pecho comenzó a convulsionarse, reprimiendo en llanto. Aiden soltó mi mano y se acercó a su madre, abrazándola y protegiéndola con su cuerpo. Maxine era increíblemente diminuta al lado de su hijo.

—La hija de Céline… Mi mejor amiga, Fred… ¡La única hija de mi mejor amiga! —acabó gritando Maxine contra el pecho de Aiden.

Los mismos ojos azul pálido que compartían madre e hijo estaban llenos de lágrimas, y no me sorprendió ver el rostro de neutralidad en Fred. Ese hombre (o monstruo, mejor dicho), no poseía ni un simple gramo de empatía, y era posiblemente por eso que nunca había

comprendido ni apoyado a Aiden en nada de lo que hiciera. No se conformaba con lo que hacía porque no era suficiente, porque no se ponía en la piel de su hijo. Tan pocos sentimientos tenía ese hombre como para acabar matando a la chica que él quería por entonces. La mató para conseguir lo que él quería.

—No me digas que sentías algún cariño hacia esa niña, querida… —dijo Fred en burla, cínico.

—¡Estuve ahí en el momento en que nació! —rabió Maxine de nuevo contra el pecho de Aiden.

—Y era un estorbo —añadió él, echando su cabeza atrás y mirando al techo—. Era una niña estúpida que metió absurdas ideas en la cabecita de nuestro perfecto Aiden y se lo llevó a la ciudad. Tu pequeño estúpido e ignorante Aiden.

Se me cayó el alma al suelo.

Nadie en este mundo era un estorbo. Nadie merecía que le dijeran eso. No sabía si Marie seguía estando presente allí o no, aunque lo más probable fuera que sí, pero me dio mucha pena oír lo que estaba oyendo.

—¿Cómo pudiste probar eso con ella? ¡Es muy cruel! ¿Qué culpa tenía la pobre chica?

—Era lo mejor para Aiden.

Estaba hablando como si lo que había hecho Marie fuese un crimen, cuando simplemente le había animado a perseguir su sueño.

—¡Y la mejor opción era matarla! Darle antígenos, sabiendo que la chica tenía fibrosis quística y que si lo mezclabas con sus medicamentos, moriría de asfixia causada por cualquier infección pulmonar —arremetió Maxine, ganándose mil puntos a su favor.

Fred volvió a soltar una risotada y sentí que la sangre me hervía. Realmente esperaba que alguien nos escuchara y viniera a preguntar qué era lo que demonios estaba pasando allí.

—Tú hubieses hecho lo mismo.

—Pardon? —exclamó incrédula— ¡Yo nunca hubiera matado a la hija de Céline y Boris! Nunca se me hubiera ocurrido. Por mucho que la odiara que no era el caso. Marie era una niña encantadora y lo sabes. ¡Todos la adoraban! Ayudó a Aiden cuando más lo necesitaba y, mon Dieu, ¡hizo que te desobedeciera por una vez en su vida! Aiden siempre ha sido un buen niño, ¿qué necesidad había de hacerle sufrir tanto? ¡Es tu hijo también!

Miré a Aiden, quien continuaba abrazando protector a su madre, con su cabeza en la coronilla de ella y con los ojos puestos en el suelo, sabiendo que estaba reprimiendo las ganas de llorar, escuchando a sus padres discutir.

—Si este estúpido niño ignorante hubiese hecho caso desde un

principio, nada de todo eso hubiese ocurrido. Y no estaríamos ahora en Estados Unidos, él perdiendo el tiempo en algo que no vale y que no le dará nunca de comer porque es un inútil en todo lo que hace. ¿Crees que no oí la llamada de Elionor? Querida, el teléfono de nuestra habitación tiene conexión con el del salón.

El tono que empleó Fred no pudo ser más neutral y oí un sollozo partido, dándome cuenta de que Aiden había agachado la cabeza y había roto a llorar. Llevaba escuchado aquellas palabras durante toda su vida. Había sido maltratado psicológicamente por su padre al largo de los años, diciéndole que no serviría para nada si no estudiaba más y más. Tanto habían quedado en su memoria que hasta las escribía en el cuaderno que le seguía a todas partes.

El cuaderno que me dio a conocer un poco más sobre la persona más especial de mi vida.

—¿¡Cómo te atreves a decir eso!? ¡Mi hijo no es un inútil! —respondió Maxine, deshaciéndose del abrazó de Aiden y encarando a su marido— Mi hijo es la persona más valiente que he conocido porque ha tenido el valor de decirte a ti —tocó el pecho de Fred con el dedo índice— que no le daba la gana de hacer lo que tú —volvió a hacer el mismo gesto que antes— querías que hiciese. Y se fue solo. Se marchó de nuevo una vez volvió a casa. Pues siempre le apoyaré, ¿y sabes por qué? Porque es brillante en lo que hace.

Fui en busca de Aiden, quien se había tambaleado atrás hasta chocar contra la pared y dejado caer al suelo con miles de lágrimas resbalando por su precioso y roto rostro. Le abracé como si me fuese la vida en ello, besándole las mejillas y los labios, secándole las lágrimas con mi boca.

—Eres la persona más maravillosa del mundo, ¿me oyes? No dejes que nadie te diga lo contrario, porque eres el chico más especial de todos —murmuré en su oído.

Sentí angustia por verle tan vulnerable, tan destrozado por lo que estaba ocurriendo, y no tendría que haber sido así porque iba a cumplir su sueño. ¡Iba a grabar un disco! Pero Aiden no respondió, simplemente me miró a los ojos y no me dijo nada. Mientras, Maxine y Fred continuaban discutiendo.

—Y, para que lo sepas, mi hijo va a ser el mejor de los cantantes porque va a grabar un disco ¡y tú no lo podrás ver porque estarás pudriéndote solo! —arremetió ella con orgullo.

—¡Oh, vamos! ¿Me vas a decir que alguien va a comprar eso? La música no sirve para nada.

Intenté seguir la discusión pero el chico destrozado que tenía delante de mí me necesitaba más que nunca. Se aferró a mi brazo como si la vida le fuese en ello.

—Elionor, vámonos de aquí. Quiero irme a casa —murmuró con voz monótona mirando mi bolso, que continuaba en la repisa del lavabo.

Asentí y sin que Maxine y Fred se dieran cuenta, entrelacé mis dedos con los de él y salimos del baño con mucho silencio. Confié en que Maxine pudiera solucionar todo aquello, de algún modo, porque yo tenía que estar con Aiden. Él había estado a mi lado en momentos difíciles, en los que no me había sentido yo misma o simplemente en los que deseé que una mano me acariciara la espalda y no dijera ni una sola palabra. Aiden siempre había estado cuando le había necesitado; y él me necesitaba a mí en esos momentos.

La adrenalina siguió corriendo por mis venas a medida que avanzamos por los pasillos, con Aiden mecánicamente caminando y funcionando, básicamente. Se movía como un autómata. Sus pasos fueron robóticos y sus ojos miraron al suelo como si no hubiese vida en ellos, y de nuevo me destrozó el alma. Gracias a todo aquello habíamos descubierto muchas cosas, tanto la verdadera muerte de Marie como el verdadero padre de Aiden, pero el precio había sido caro, muy caro. A decir verdad, había veces que era mejor no saber las cosas y vivir en la ignorancia pero, como Marie había dicho, ni la familia de Aiden ni sus propios padres merecían vivir en tal desconocimiento, pensando que aquello había sido una mera casualidad. Una enfermedad que se había llevado a una persona inocente.

¿Cuál era el precio que se tenía que pagar por la realidad?

Capítulo 38

Hay siete mil millones de personas en el mundo, y tú eres mi favorita

Enredé mis dedos en los suaves rizos de Aiden mientras le observaba dormir con la cabeza apoyada en mi pecho. En sueños, sus dedos se aferraron a mi camiseta como si de eso le dependiera la vida, y sentí la sensación de protegerle aún muchísimo más de lo normal, igual que una madre protege a sus hijos de los monstruos que los acechan en las pesadillas.

Aiden había estado teniendo pesadillas durante toda la noche.

Fred había huido, se había ido del país cuando terminaron Maxine y él la discusión. Pensé que la mejor opción hubiese sido llamar a la policía, pero ella me dijo que no hacía falta, que lo último que quería era que por culpa de todo aquello la celebración se fuera al garete. Por lo que le pudo sacar, descubrimos que Fred había chantajeado a Marie con un muy buen futuro académico si obligaba a Aiden a volver a Holmeshire con ellos, pero ella se hubo negado rotundamente a aquello, por lo que Fred pasó al siguiente nivel, que fueron las amenazas de muerte. Entonces Marie se vio con la obligación de decirle todas aquellas cosas horribles a Aiden, mintiéndole y abriéndosele a ambos una gran brecha en el pecho. Una de ellas pudo sanarse, la otra no.

«Pero algo fue mal un día en que volví de cantar en Baker Street», recordé las palabras escritas en el cuaderno y fueron martilleando mis recuerdos sobre aquella época tan pesimista y triste para él.

Sentí mucha impotencia. Fred había mentido en todo momento sobre qué clase de persona era, y no pude ni imaginarme por el dolor que estaría pasando Aiden, quien había salido perdiendo en todos y cada uno de los aspectos de sus mentiras, pero también Maxine, quien creía que su marido era un buen hombre. Ella había salido muy perjudicada de todo aquel tema. Todos, en realidad. No supe cómo se lo tomarían Arianne y Pierre, pero Aiden pidió que de momento no

supieran nada, que tenía que aclarar su cabeza y pensamientos.

Mis padres no supieron nada de todo aquello. Les habíamos dicho que Aiden había comenzado a sentirse mal en la celebración, que había comido demasiados dulces, y que por eso nos habíamos ido a casa y no habíamos salido de la habitación. Mi madre estaba preocupada por él, obviamente, pero no quise que supiera nada de todo aquello, tampoco. Mucho menos Aiden.

Estaba enamorada de él muy, muy enamorada. Con él me sentía completa, y la mayor parte tenía que agradecérselo a Marie porque gracias a ella nos conocimos, por muy egoísta que pudiera parecer. Aunque, por otro lado, me daba mucha pena que ella hubiese muerto, y mucho más de aquel modo. Pero la vida seguía, y teníamos que adaptarnos a lo que viniese y ser fuertes, porque solo hay dos opciones: comértela, o dejar que ella te coma a ti. Y mi propósito era ser feliz con Aiden. Ser muy, muy feliz.

Mis dedos continuaron acariciando su cabello mientras comenzaba a tararear las canciones que él había compuesto para mí, de su puño y letra, solo para mí y nadie más; aquellas palabras que hacían que mi corazón latiera a mil.

Pronto sentí que se iba poco a poco despertando de su sueño, moviendo los párpados y sintiendo su respiración cambiar de ritmo. Cuando abrió los ojos, sus cielos me miraron y le sonreí.

—¿Te he despertado? —susurré.

—No… —su voz ronca me dijo lo contrario.

—Ya, claro que no —intenté sacarle un poco de humor a la situación.

Conseguí que sonriera por primera vez, ni que fuese un poquito. Se acomodó mejor en mi pecho y bajé la mano de sus rizos a la nuca, dándole un suave masaje. Me asustó ver las bolsas bajo sus ojos, y solo quise que sonriera todo el rato. Aiden merecía sonreí todos y cada uno de los días de su vida.

—Sigue cantando… Me gusta —me dijo con los ojos cerrados.

—Acabarán petando los cristales.

Aiden volvió a reír. Dormir le había sentado bien.

—Qué tonta eres…

—No, soy Elionor —le gasté su propia broma.

—Eh, ese es mi chiste.

—¿Por qué en el circo las focas miran siempre hacia arriba? —esperé una respuesta.

—Aaahhh… Ese me lo sabía… —me respondió entrecerrando los ojos, pero no lo continuó.

—Porque arriba están los focos —acabé y reí un poco.

Aiden rio de nuevo y eso me hizo feliz.

—Qué malo —enterró su rostro en el hueco que había entre mi cuello y mandíbula.

—He aprendido del mejor —reí de nuevo y Aiden me siguió, pero terminamos quedándonos en silencio.

Subió la mano y resiguió la piel de mi clavícula con la yema de sus dedos, suave y silenciosamente, causándome escalofríos por todo el cuerpo y recordándome cuando me hacía el amor y me decía que me quería. Cuando sonreía con aquella picardía que escondían sus ojos tan claros como un día de verano, cuando sus susurros danzaban por en aire en el camino de su boca a mi oído; cuando sus manos acariciaban cada parte de mi cuerpo y sus labios frotaban dulcemente mi cara, demostrándome de verdad quién era Aiden.

Pero esa vez no se refugiaba en un recuerdo en Londres, sino me tenía a mí en Nueva York; y yo iría adonde él fuese, porque él había nacido para brillar, y yo para brillar junto a él.

Levantó la cabeza y se me quedó mirando a los ojos, viendo la dulzura nadar entre sus aguas, posando su pupila en cada rincón de mi rostro. Ante su mirada tan intensa, mi pulso aumentó y estuve segura de que el rubor también subió a mis mejillas, sintiendo que el corazón comenzaba a latir muchísimo más rápido de lo normal.

—Marie dijo que si yo le perdonaba, ella me salvaría. Y es verdad, ahora estoy mucho mejor, pero no creo que haya sido ella quien me ha salvado, sino tú.

—¿Yo? —pregunté desconcertada y Aiden asintió con una sonrisa.

—Hay siete mil millones de personas en el mundo, y tú eres mi favorita.

Estiró el cuello y rozó dulcemente sus labios con los míos, llevando sus manos a mi rostro y acunándolo en ellas, haciendo que sonriera como una idiota enamorada. Que eso era yo, una idiota enamorada.

Aún con la poca luz en la habitación, podía decir que los ojos de Aiden brillaban y vi el amor que había en ellos. Me sentí estúpida por haber creído en algún momento que no me quería o que hubiese ido detrás de Marie en el momento en que la viera. Es decir, estaba muerta, ¿cómo había sido tan ingenua de creer que me dejaría por alguien que ya ni siquiera estaba en este mundo? Como había dicho una vez Arianne, concretamente cuando tuve mis dudas de si iba a pedirme que fuese su novia o no, me había dicho que él me consideraba su Elionor y que estaba muy enamorado de mí. Pero ahora le tenía allí, había pasado todo lo malo y teníamos que centrarnos en lo que real tenía que venir a continuación.

—Ahora solo tenemos que cumplir tu sueño y todo será perfecto del todo —le sonreí.

—Y tú comenzar la universidad.

—Es verdad —reí y fui en busca de su mano.

—Será divertido verte de estudiante… pero no me llores, por favor.

—Oh, muchas gracias —ironicé y rodé los ojos.

—Estarás sexy —me guiño el ojo.

Oh, sin duda había vuelto.

Aiden volvía a ser el mismo de siempre; pícaro, pillo.

—¿Tú crees? —enarqué una ceja.

—Mmm… Lo sé.

—Qué tonto eres —volví a rodar los ojos.

—No, soy Aiden —me la devolvió.

—Anda, cállate y bésame.

Dirigió sus labios a mi mandíbula y fue repartiendo besos al largo de mi cuello, sintiendo un calor hervir y escocer a flor de piel. Ese calor que sentía desde el tres de noviembre de dos mil trece; el día en que le vi por primera vez y él que se gravó en la piel.

—Siempre has estado ahí para mí cuando lo he necesitado. Ya te lo dije una vez, pero ni viviendo doscientas vidas podría agradecerte lo mucho que me has cambiado —me susurró por encima de la boca.

Me lo quedé mirando con una sonrisa y entrelacé aún mucho más sus dedos con los míos, llevando sus nudillos a mis labios.

—Yo también te lo he dicho, pero no necesitas vivir doscientas vidas. Con esta me basta con que la pasemos juntos —besé sus dedos y hablé antes de que él pudiese responder—. Vamos a levantarnos y haremos las maletas, ¿de acuerdo? Esta tarde tenemos que coger el vuelo a las seis. Yo comienzo por el baño y tú los armarios, ¿de acuerdo? A las tres nos tenemos que ir —me deshice de sus brazos y piernas y me senté en la cama, viendo que él me miraba con una sonrisa en la comisura de su boca—. ¿Por qué me miras así?

—Y después dices que no eres mandona —ironizó rodando los ojos.

—¡Es que no lo soy! —le respondí y él rodó los ojos en un suspiro.

Se levantó y justo cogió unos pantalones limpios y una camiseta para cambiarse mientras yo comenzaba a ordenar todo lo que había por encima de la mesa. Aunque viese que él estaba animado, supe que cuando se quedaba en silencio pensaba en ella. ¿Cómo no hacerlo? De hecho, yo también lo hacía, y quise saber si ella seguiría allí entre nosotros o se habría ido a algún lugar mejor. O eso esperé.

Tres horas después ya habíamos recogido la mayoría de la habitación, la habíamos limpiado y Aiden estaba secándose el cabello con la toalla. Arianne y Pierre terminaron de recoger sus cosas

también, y al final decidimos decirle a Maxine si quería quedarse a Nueva York con nosotros, también. Por la expresión en su cara, tanto Aiden como yo supimos que no quería volver a Inglaterra y estar sola en la casa que albergaba tantos recuerdos con el hombre más despreciable del mundo.

—¿Estáis listos ya? —me preguntó mi madre cuando aparecí por la cocina para coger una botella de agua del frigorífico.

—Creo que sí —le respondí.

—¿Quieres que baje las maletas? —se ofreció mi padre.

—Ya las bajo yo, Richard. No te preocupes —escuché la voz de Aiden y vi que las dejó justo en el pie de las escaleras.

—¿Te encuentras mejor, cariño? —le preguntó mi madre y él le sonrió.

—Estoy mucho mejor, gracias por preguntar —le respondió y ella ofreció unas galletas de chocolate que había estado haciendo aquella misma mañana. Aiden, siendo el goloso que era, cogió tres y se las zampó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿A qué hora salía vuestro vuelo, me has dicho? —me preguntó mi madre.

—A las seis.

Asintió y entonces Eddie entró en la cocina, rozándose por mis piernas y me agaché para acariciarle la cabeza y por detrás de las orejas, ganándome un ronroneo feliz y algún que otro "miau."

—El, pregunta Arianne si has guardado su secador de pelo en tu maleta. Dice que no lo encuentra —me comentó Aiden.

—Ah, sí, es verdad. Sí, sí, lo tengo yo. Dile que no se preocupe.

Subió de nuevo las escaleras y mi madre le siguió, diciéndole que tenía que darle las sábanas que habíamos usado para ponerlas en la lavadora antes de salir de casa, y mi padre y yo nos quedamos solos en la cocina. Muchas veces me decían que me parecía a mi madre tanto en físico como en carácter (aunque algunas veces lo negara, como cuando Aiden lo remarcaba), pero también tenía algún parecido con mi padre.

—¿Vendréis para el cuatro de julio? —me preguntó.

—No lo sé —le respondí honesta—. Tendremos a los hermanos y la madre de Aiden en casa, pero se lo comentaré.

—Podéis venir siempre que queráis, y la familia de Aiden está también invitada siempre que quieran. Me gusta mucho tenerte aquí, mi pequeña leona.

—Ay, Papá…

Solo con decirme aquello fue suficiente para lanzarme a sus brazos y darle el abrazo más fuerte de nuestras vidas. A él también le había echado muchísimo de menos, y por primera vez en mi vida, sentí que

no quería irme de Wisconsin. Fue como si me obligaran a renunciar a mis orígenes, dándome por fin cuenta de cuántas cosas había dejado atrás en mi vida al tomar una decisión tan importante como mudarme a otro continente. Sin embargo, no me arrepentí por ello. Las ganancias habían sidi más abundantes que las pérdidas.

—Estoy muy orgulloso de ver en quién te has convertido, Elionor —me sonrió cuando le miré a los ojos—. No es fácil para unos padres ver a su única hija marcharse, pero si tú eres feliz, nosotros también.

—Soy muy feliz, papá. Te quiero mucho. Os quiero mucho a los dos —le respondí y volvimos a abrazarnos.

Oí las voces de Aiden, Pierre y Arianne llegar hasta el comedor y nos dirigimos hasta ellos, que discutían por cualquier tontería mientras mi madre y Maxine intentaba calmarles.

—Si es que siempre haces igual, Ari… Siempre vives con la batería al límite y después me vas pidiendo la batería externa a mí. Yo me he procurado de cargarlo lo suficiente —le recriminó Pierre.

—Me he olvidado, ¿vale? Y es solo para el viaje en coche. En el aeropuerto ya encontraré algún enchufe donde poder cargar el móvil.

—¿Y eso se puede hacer? —rio Aiden.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —fue lo único que respondió y volvió a girarse a Pierre—. ¿Me lo prestas? Por favor… —juntó las manos en una plegaria.

Rodó los ojos y se lo tendió, ganándose un mil gracias por parte de su hermana, y reí. Me encantaba cuando sonreía.

—Bueno, ¿estáis ya todos listos? —preguntó mi madre con las manos en la cintura y todos asentimos—. Pues en marcha.

Dejamos las maletas en la cinta y desaparecieron ante nuestros ojos, suspirando y guardé el pasaporte en el bolsillo de mi pantalón. Mi madre nos sonrió y le dijo a Maxine que iba a comprar un café para aguantar la hora y media de regreso a casa.

—A ver si encontramos un enchufe en la puerta de embarque — Arianne miró la pantalla de su teléfono.

Pierre rodó los ojos y Aiden se quedó mirando el suelo, pero después pasó el brazo por encima de los hombros de su madre y la acercó hacia él, besándole la sien. Ella le dio un beso en la mejilla y supe que aquel gesto había significado mucho más que un acto de cariño.

—Bueno, falta una hora para que salga el vuelo —mi madre volvió con su café y miró el reloj que había justo en la terminal.

El aeropuerto de Minneapolis era más bien pequeño, familiar. Muchas eran las personas que iban de arriba a bajo corriendo, arrastrando las maletas mientras miraban los billetes con cara de

póker.

—Muchas gracias por invitarnos, Penelope. Ha sido un placer poder conoceros —le dijo Maxine con su encantador acento francés.

—No es nada. Yo también tenía ganas de conocer definitivamente a Aiden y a todos vosotros. Es una lástima que tu marido haya tenido que irse antes.

—Sí, una lástima… —ironizó Aiden y su madre le dio un pisotón.

Él miró hacia otro lado y vi que Arianne frunció el ceño, extrañada de que su hermano hubiera dicho eso.

—Pero volveremos, ¿verdad? Papá nos ha invitado para el cuatro de Julio —intenté animar el ambiente.

—Debe ser divertido. ¡Menudas fiestas os montáis! —exclamó Pierre y todos reímos.

—Pobres de vosotros que no vengáis —nos amenazó mi madre y justo se escuchó el famoso "din din din" en escala musical—. Venga, iros ya o perderéis el avión.

Fue justo cuando dijo aquello que me entró una nostalgia en el pecho, que no pude evitar lanzarme a ella y darle el abrazo más fuerte que le hube dado en mi vida. Como una niña pequeña, enterré la cara en el hueco de su cuello. Había estado demasiado tiempo sin ella, y la necesitaba en mi vida. Me había costado mucho tiempo darme cuenta de aquello y que todo iba a cambiar, ¿pero qué no había cambiado en mi vida desde que había conocido a Aiden? Él me había brindado nuevas sensaciones aún desconocidas. Él me había abierto las puertas del mundo, directa o indirectamente, y me había hecho encontrar el camino correcto. Simplemente con escuchar su voz o ver su sonrisa ya hacía que mi mundo brillara, porque él había sido todo lo que había encontrado en la ciudad; un universo nuevo que me había hecho abrir los ojos y descubrir que no todo era tan malo.

—Te voy a echar mucho de menos —le dije aún en el abrazo y ella rio.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hija?

No era que nunca se lo hubiera dicho, pero normalmente no había salido de mí con tanta facilidad.

—Sigo siendo yo, Mamá. Soy Elionor.

—Y la que me gusta ver, sonriendo y feliz. Te quiero, hija.

—Te quiero —le respondí.

Deshizo el abrazo y llevó ambas de sus manos a mis mejillas, mirándome fijamente a los ojos.

—Me prometes que vendrás a vernos más a menudo, ¿eh? Llevaba casi un año sin verte —rodó los ojos y justo llamó a Aiden, que estaba mirando algo en el móvil—. Procúrate de venir, no me fío mucho de ella —bromeó y yo suspiré.

—Descuida —le sonrió él también y se fundieron en otro abrazo.

—Cuida mucho a mi niña, ¿vale, Aiden?

Para mí, aquella escena fue muy importante, ya que había estado un poco nerviosa por el qué dirían mis padres al conocer a Aiden y su familia. Maxine, Pierre y Arianne se despidieron también de mi madre y nos dirigimos al control de seguridad, donde prácticamente me hicieron quitármelo todo. Volví a despedirme de mi madre con la mano cuando hubimos terminado, y después de eso nos dirigimos hacia la puerta de embarque.

Una vez dentro del avión y ya listos para despegar, Arianne se sentó al lado de su madre, quien había comprado un periódico en la terminal, y Pierre estaba justo a mi lado, quedándome yo entre medio de él y Aiden, que giró la cabeza y recibió mi mano entre la suya. Sus ojos aguamarina ya no eran oscuros como lo habían sido el día anterior, ya no veía aquella nebulosa de rencor e ira en ellos, haciéndole recordar y que supurasen las heridas de un pasado; los ojos a los que me encontré mirando me transmitieron serenidad, sinceridad, amor, y un deje de tristeza, el que me prometí a mí misma eliminar.

Como ya había dicho, Aiden merecía ser feliz. Aiden merecía reír todos los días porque su sonrisa era la tinta de la pluma que me permitía seguir narrando la historia de dos personas que se conocieron un tres de noviembre en Baker Street; la del chico que valía tres veces el oro y la chica que fue en busca de lo desconocido, encontrándose a ambos en el mismo vagón.

Nunca pensé conocer a una persona tan líricamente bonita, trágicamente bella y silenciosamente preciosa como Aiden. Y si tenía que esperar para que la yaga reabierta de Marie sanara, le esperaría. Lo hice una vez y lo volvería a hacer mil y una veces más.

—Vamos a casa —me sonrió.

—Vamos —le respondí.

Capítulo 39

Los sueños de Aiden se cumplen en la Quinta Avenida de Nueva York

Un año después...

El taxi nos dejó justo en la puerta del estudio y la mano de Aiden sudaba contra la mía. Sus nervios le estaban traicionando. A nuestra derecha, un grupo de chicas le llamaron y él sonrió tímido, saludándolas también.

—¿Y si hago el ridículo? —me dijo justo al entrar en el edificio donde se celebraría el acto.

—No vas a hacer el ridículo —le respondí, cansada de decirle una y otra vez lo mismo.

—Pueden pasar muchas cosas, ¿sabes? Que se me rompa una cuerda de la guitarra, que desafine, o que se caiga del escenario todo el equipo de sonido.

Suspiré.

—Creo que ya hemos pasado por esta fase, Aiden. Has estado trabajando muy duro para que salga perfecto, y como que me llamo Elionor Broome, hoy va a ser un día diez. ¿Queda claro?

—Sí, señora —hizo un gesto militar y rodé los ojos

Como le había dicho a Aiden, aquel era el día más soñado de toda su vida (o de, al menos, del último año), porque en breves él iba a dar un concierto en acústico para lanzar su primer disco, y había invitado a algunos de sus seguidores en redes sociales como Twitter o Instagram. Aiden dijo que quería darles un poco de lo que ellos le habían dado a él, ¿y qué mejor que cantarles algunas canciones en vivo y en directo? Además, la entrada era gratuita, así que cualquier que pasara por la calle y que la imagen en el cartel de promoción le llamara la atención podía acudir sin ningún problema. En realidad era el público que más interesaba, y el comedor de un hotel en la Quina

Avenida de Nueva York había sido el lugar elegido.

Desde hacía ya unos meses Aiden se había dedicado a promocionarse a través de dichas redes sociales, y la acogida había sido muy buena. Aunque hubo de todo, obviamente. Aiden tenía su público, y de vez en cuando alguien le reconocía en la calle, sorprendiéndonos a ambos mientras hacíamos la compra o simplemente dábamos un paseo por Central Park en una soleada tarde de primavera.

Cuando llegamos al comedor, que había estado reservado para nosotros, Aiden sonrió como nunca al ver todo el ambiente que ya había por los pasillos. No era que hubiese mucha gente, de hecho habíamos llegado unas tres horas antes, pero todo el equipo de sonido tenía que montarse y los carteles promocionales también, además una pequeña mesa para vender exclusivamente el disco, que no se vendería en las tiendas hasta el próximo viernes.

—¡Y aquí llega el señor Harris! —Dave anunció con su divertido acento irlandés y todos los presentes aplaudieron.

Se había instalado en Nueva York durante unas semanas para estar presente en el estreno, y Aiden no podría haber estado más feliz porque David Lake había sido la primera persona que había creído en él y su talento (hablando del ámbito profesional, claro estaba).

—Muchas gracias por haber venido, de verdad. Este es uno de los días más felices de mi vida —le respondió Aiden en un abrazo y él le devolvió algunos golpecitos en la espalda.

—Yo sabía que lo conseguirías. Eres muy grande.

Volvieron a fundirse en otro abrazo y pensé en todas las personas que habían venido para estar presentes en aquel momento tan especial y en todas las que no habían podido venir, como Maxine, los hermanos de Aiden, Marian y George con Seth y Emily, Laura… La mayoría de nuestros amigos de Londres, en verdad.

—¡Dile al gradullón ese de la puerta que ni Tyler ni yo nos hemos colado!

Keith y Tyler aparecieron en la sala.

—¿Pero no tenías el papel que os di ayer? —le preguntó Aiden.

—Sí, pero el muy imbécil decía que lo habíamos falsificado. Como si fuera fácil falsificar todos esos garabatos —Keith rodó los ojos y justo se dirigió al collar de la chaqueta de Aiden—. ¿Es que no la has planchado, o qué? —se quedó y Aiden rodó los ojos aunque ya estuviese acostumbrado a aquello— ¿Cómo has permitido que saliera así a la calle, Elionor?

—Pero si está bien.

—¿A eso llamas tú estar bien?

Keith siempre se preocupaba de que Aiden fuese correctamente a

las entrevistas, o a cualquier lugar. Tyler dijo que iba a traer unos cafés y Keith le sumó para acompañarle, dejándonos solos de nuevo a Aiden y a mí.

—Esto es una pasada —dijo después de hacer una fotografía a la pancarta que habría detrás de él en la pequeña tarima que estaba comenzando a montarse.

—Todo va a ir como la seda —le sonreí.

Minutos después llegó el señor Sanders, quien exclamó lo muy orgulloso que estaba de Aiden y ambos comenzaron a charlar sobre cifras de ventas y de descargas digitales que había tenido el primer single de Aiden: Her Sun Is My Moon.

Se había presentado en las emisoras de radio estadounidenses como el nuevo talento británico, y actualmente se encontraba en el décimo puesto de la lista de éxitos. ¡No estaba nada mal para alguien que comenzaba! Yo creía mucho en él, y sabía que algún día lograría llegar al primer lugar, pero para eso teníamos mucho tiempo, días y canciones que descubrir.

—Voy a buscar la guitarra, ahora vuelvo —me dijo antes de darme un beso.

Le vi irse de la sala y sonreí, dispuesta a comenzar a montar la pequeña mesa donde se podrían vender en primicia los discos. Puse un mantel de color blanco para que no se viera sucio, y justo arranqué el precinto de las cajas, sosteniendo una copia entre mis dedos. Aiden, se llamaba el disco.

“Qué original”, ironizó Arianne cuando Aiden le reveló el nombre.

“No quiero que sea original, sino yo en todos los sentidos. Y yo me llamo Aiden, así que mi disco también se va a llamar Aiden”, fue su razonamiento.

La portada era sencillamente perfecta, justo y como él quiso. Salía de perfil y llevaba la guitarra colgada del hombro y con las manos en los bolsillos de sus pantalones. Descalzo y mirando al suelo con parte de su cabello tapándole un poco la cara. Los tonos fríos dominaron la imagen, y recordé el día en que yo misma se la había sacado. Estaba hecha en el comedor de nuestro piso y fue fruto de un día de aburrimiento después de la semana de exámenes del primer semestre en la universidad.

Hablando de la universidad, había terminado el segundo curso hacía solo unos días (me habían convalidado el primero) y ya había recibido las notas. Por suerte no había suspendido ningún examen, y nunca me alegré tanto de haber tomado aquella decisión porque me apasionaban aquellos estudios. El sol de junio brillaba con justicia y cada día más avisaba de que aquel iba a ser un verano caluroso, pero seguro que el mejor de nuestras vidas; Aiden y yo estábamos

contentos con nuestros proyectos.

Quise que aquella etapa en nuestras vidas nunca terminara.

Aiden apoyó la guitarra en su regazo y ajustó el micrófono, subiendo la mirada y sonriendo a las personas que estaban sentadas justo delante de él.

—Hola a todos, soy Aiden —saludó con una sonrisa tímida y yo también me senté en la silla que justamente estaba al lado de la cámara de vídeo con el trípode—. Primero de todo, quisiera dar las gracias a todos los que habéis venido hoy aquí. Este es uno de los días más importantes de mi vida, y estoy muy contento de que hayáis decidido compartirlo conmigo, tanto si ya sabíais quién soy como si habéis visto el cartel en la calle hace diez minutos y habéis entrado porque os ha llamado la atención —llevó las manos al mástil de la guitarra y rasgó las cuerdas, pensando en qué era lo que iba a decir a continuación—. Os presento aquí unas cuantas canciones que encontraréis en mi primer disco. Si lo queréis comprar, esa chica tan guapa de la mesa de al fondo os lo venderá —Aiden me señaló con una sonrisa pícara y rodé los ojos—. Espero que os guste y que os acordéis de mí cada vez que la escuchéis. Ahí va…

Dicho aquello, el público aplaudió y el equipo de luz centró los focos en él mientras sus dedos comenzaban a puntear las cuerdas, moviendo rápidamente sus dedos de traste en traste, moviendo la cabeza al ritmo de la canción, y sonrió al ver la reacción de la gente, que se miraban entre ellos con rostro de aprobación.

Disfruté viendo a Aiden haciendo lo que más le gustaba. Habíamos estado un año trabajando en ello, tanto él como yo en el piano, y Aiden se salió con la suya de conseguir que cantara una canción con él, pero no estaba en el disco, aquello era solo para nosotros dos. Fue divertido el proceso de escribir la canción y grabarla un día en el estudio, mi voz sonaba bastante distinta con todos los filtros que bloqueaban las impurezas de la voz.

Todos nuestros amigos (Keith, Tyler, Stephanie y algunos otros compañeros con los que trabajamos en la librería) miraban a Aiden como si estuvieran viendo por primera vez el sol. Keith no paraba de sacarle fotos, y supe que después estaría toda la tarde enseñándoselas.

Aquel era el sueño de Aiden, y le estaba viendo cumplirlo.

Todos quisieron hacerse una foto con él. Otros quisieron hacérsela conmigo, también, y pensé que era lo más extraño que me había pasado alguna vez. Una chica rubia y llena de pecas me sonrió como nunca y me dijo que era muy adorable, que seguía a Aiden en Instagram y que le descubrió cuando una amiga suya le pasó el enlace

a su cuenta.

—Muchas gracias por venir, Annie —Aiden la abrazó y ella se lo devolvió contentísima, sorprendida de que hubiera recordado su nombre.

Le firmó el disco y dejó paso a las demás personas que querían que les firmara el disco y se hicieran una fotografía con él. Le di el cambio a un chico que compró otro disco y se puso a la cola para las firmas. Aiden no podía apartar de su preciosa carita la alegría de que tantas personas estuvieran allí por él, que disfrutaran con lo que él más disfrutaba.

Aiden sonriendo era mi Aiden favorito.

Llegando a casa, dejé las llaves en el cuenco del mueble de la entrada e inmediatamente me quité los zapatos, agradeciendo a quien fuera el poder liberarme de aquel suplicio.

—¿Por qué te has puesto esos zapatos si luego te duelen los pies? —Aiden fue a saludar a Gala y Nina, que dormían plácidamente en el sofá.

—Para que luego me hagas un masaje —le respondí rodando los ojos.

Lo había improvisado pero, pensándolo mejor, en realidad era una buena idea.

—Eh, no. ¡Sí, anda! Yo también estoy cansado, ¿sabes?

—Pero tú no llevas zapatos de tacón y yo sí.

—Pero si siempre te estoy diciendo que vayas plana, que irás mejor.

—Siempre me dices que vista como me guste, y me gustan esos zapatos.

Aiden no dijo nada más y me fui a nuestra habitación para coger el pijama y prepararme para ducharme, pero de repente sentí unos dedos que se aferraron en mi cintura y unos labios que se dirigieron a mi cuello, suaves como una pluma.

—Te daré un masaje en los pies… Pero tú me darás otro a mí, que yo también estoy cansado —repartió besos por la superficie de la piel que alcanzaba.

—Trato hecho —acepté.

Aiden me soltó y se estiró en la cama con las manos detrás de su nuca. Sonriente, le lancé un beso en el aire y él hizo ver que lo cogió, guiñándome el ojo. Después me fui definitivamente al baño.

Bajo el chorro de agua caliente en la ducha, mi mente voló por toda nuestra historia juntos, desde el día en que nos conocimos hasta aquel mismo día.

A causa de mi innata curiosidad me sentí muy atraída por el chico

que cantaba en Baker Street, cuyo nombre desconocía. Me pasé noches pensando en él. Incluso soñé que bailábamos juntos allí mismo donde le había visto por primera vez, pero Aiden no dejó conocerse tan fácilmente. Gracias a su cuaderno encontrado en el suelo de la estación de Baker Street pude descubrir un poquito más sobre él, pero lo único que conseguí fue que más incógnitas abrieran una brecha en mi cerebro, atormentándome absurdamente al no encontrar respuestas. ¿Quién era Marie? ¿Por qué ella parecía ser la dueña de todos sus pensamientos? ¿Qué demonios era lo que le había pasado? Pero una vez lo descubrí, entendí por qué Aiden había estado comportándose de aquel modo. Era normal no querérmelo contarlo todo. De hecho, yo era alguien a quien había conocido hacía muy poco. Era una extraña.

Aiden me confundió como nunca nadie lo había hecho. Primero, la noche en que se quedó a cenar en mi casa, ebrio y gritándome como si fuese Marie, y después la noche en la azotea, besándome como si la vida le dependiera de ello para después recriminarme que yo no era ella. ¿Quién le entendía? Pero nuestra relación se arregló la noche que fui a visitarle a su apartamento en King's Cross y descubrí por fin quién era y fue Marie para Aiden. Aquella noche rehicimos nuestra relación aunque fuese solo como amigos, porque aquella amistad conllevó a que al poco tiempo me enamorara perdidamente de él.

Mentiras. Mal entendidos. Gritos. Palabras mal intencionadas. Lágrimas. Lamentos. Caricias. Sonrisas.

Eso fue todo lo que hubo la noche de fin de año en que Aiden y yo discutimos y todo terminó en una reconciliación, de nuevo. No pude enfadarme con él cuando lo único que pasó fue que no era más que un niño asustado y confundido por un recuerdo y la visión de un futuro mejor.

Nuestra amistad fue avanzando hasta que llegó el viaje a París juntos para su vigésimo cumpleaños. Allí él me confesó que también estaba enamorado de mí, y una nueva etapa comenzó en nuestra vida. Mirándome el dedo donde normalmente se encontraba el anillo que me había regalado en París, sonreí muchísimo más. Aquella fue la noche en que hicimos juntos el amor por primera vez.

Gracias a él había conocido personas fantásticas, como su madre y sus hermanos. Ellos también eran muy importantes para mí. Maxine se había convertido como en una segunda madre, y Arianne y Pierre fueron los hermanos que nunca tuve.

Al volver a Londres después de nuestra pequeña escapada a la Ciudad de las Luces, una tarde de marzo, Aiden me llevó al teatro de Shakespeare a ver Sueño de una noche de verano, convirtiéndose él mismo en mi propio ensueño de primavera. Ambos nos habíamos devuelto al mundo de los vivos después de pasar un tiempo indefinido

en el hades de la soledad, donde las más horrendas criaturas te susurran al oído los más horribles pensamientos que alguien puede tener y donde el mayor peligro te aguarda; uno mismo.

Entonces nos mudamos a Nueva York cuando Dave se lo recomendó. Allí comenzamos a vivir juntos de verdad, aunque cuando volvimos de París él se trasladó conmigo, pero fue en Estados Unidos cuando ambos nos dimos cuenta que de verdad la vida era difícil. No era que no lo tuviese claro, pero fue algo como un balde de agua fría por encima de nuestras cabezas. Aiden había estado ilusionado por aquella idea de garantía, y Nueva York le pareció la tierra prometida para conseguir lo que tanto andaba buscado, pero no fue de ese modo. Se tuvo que trabajar, sudar, llorar, desilusionarse, caerse y volverse a levantar; pero finalmente lo consiguió.

Llegó la celebración de mis padres en Wisconsin, y allí todo el trabajo que habíamos estado haciendo, todo el progreso psicológico que él había hecho para olvidarse de Marie, se fue al garete. O eso pensé. Aiden me sorprendió con su actitud respecto a todo lo ocurrido. Sí, al principio reaccionó del modo en que debió reaccionar (¿quién en su sano juicio no lo hubiese hecho al ver su difunta ex novia en el espejo de un baño público?), pero no se dejó llevar por sus recuerdos, sino por el presente.

Llegué a odiar a Marie. Incluso una vez deseé que ella nunca hubiese existido para poder estar con Aiden sin ninguna tregua de por medio. Después me di cuenta de lo muy egoísta que estaban siendo mis pensamientos, porque Marie (la belle Marie) no hubo tenido culpa alguna de su trágico y fatal destino. Descubrimos, o mejor dicho, ella misma nos contó que había sido la causante del encuentro en nuestras vidas, y que también había sido ella quien había dejado el cuaderno de Aiden en el suelo de la estación para que yo lo encontrara y me llenara aún mucho más de misterio por él, decidida a conocerle sí o sí.

De todos modos, Aiden siempre me decía lo mucho que yo le había cambiado, pero es que él ni siquiera podía llegar a imaginarse lo que había supuesto para mí encontrarle a él. Pasé de ser alguien completamente insegura ante todo, a alguien que comprendió que lo que realmente importaba era la imagen que tú misma dabas a los demás, y eso dependía completamente de uno mismo. Si crees en ti mismo, da igual que seas alta o baja, gorda o delgada, rubia o morena, porque lo que la gente va a recordar de ti son tus palabras y acciones.

Él me había hecho volver a la universidad, a volver a tener pasión por la literatura y volver a deleitarme por las románticas palabras de Dostoyevsky o por los delirios y deseos de Dante Alighieri. Aiden había causado que mi regreso a Wisconsin fuera más emocional de lo

que nunca hubiese imaginado. Él había sido la persona que me había demostrado que nunca sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos o nos vamos.

Seguía algo resentido con todo lo ocurrido justo hacía un año. Supuse que no fue fácil saber toda la verdad. Aunque se sintiera indiferente hacia su padre, no fue fácil descubrir que él había sido el causante de la muerte de una persona a la que él quería, a la que él amaba. Marie había supuesto tanto para Aiden… y dentro de mí supe que él nunca volvería a ser el mismo, porque una huella muy importante había sido plastificada en su corazón.

Aiden era tan precioso… tan humano por ser simplemente quien era… tan lírico, poético, dulce, cariñoso, verdadero… Aiden no se escondía ni tampoco se avergonzaba de mostrar sus emociones a los demás. Si se sentía triste, lloraba. Si estaba alegre por cualquier tontería, sonreía y reía a carcajadas. Si estaba enfadado, a veces decía cosas que no sentía, pero después se disculpaba porque sabía que lo había hecho mal.

Aiden era mi Edén, mi paraíso; todo lo que encontré en la ciudad.

Volví a la habitación secándome el cabello en el camino con una toalla, encontrándome con Aiden mirando su móvil, estirado todavía en la cama. Nina estaba apoyada en su costado, por las costillas. Bostezó.

—Has tardado más de lo normal —me dijo y dejó el teléfono en la mesita.

—He estado pensando —le respondí.

—¿En qué, exactamente? —me preguntó arqueando una ceja.

—De todo un poco —decidí no especificar y cambiar de tema—. Por cierto, ¿cómo has sabido el nombre de esa chica? Annie, creo que se llamaba.

—Oh, porque siempre me comenta en Instagram y he recordado su nombre de usuario al verla en persona. Por la fotografía, básicamente.

—Qué memoria tienes —reí.

Él sonrió y volvió sus caricias a la exigencia de Nina, que había comenzado a quejarse porque había parado de rascarle el vientre.

—Hoy me he sentido como que por primera vez en mi vida no solo gente de mi alrededor ha reconocido el esfuerzo de mi trabajo, sino gente desconocida también.

Paré los movimientos de la toalla en mi pelo y busqué sus ojos, pero tenía su vista puesta en las dos gatas que ronroneaban bajo sus dedos. Sus palabras me quebraron un poco, en cierto modo.

—Mucha gente más va a reconocer tu talento. Una vez te dije que te vería cantar en el Madison Square Garden y en Good Morning America, y planeo hacerlo.

—Siempre sabes cómo subirme el autoestima —rió Aiden.

Dejé caer la toalla al suelo y me subí a la cama para gatear hasta él y darle un beso sorpresa.

—Venga, que me debes un masaje —le dije para cambiar de tema y él rodó los ojos.

Se incorporó para dejarme el sitio que él estaba ocupando y me acomodé entre las almohadas, alargando la mano derecha para seguir rascando a Nina y le tendí el pie derecho a Aiden, que había ido en busca de crema hidratante y ya había vuelto.

—Sigo sorprendiéndome por lo pequeños que son tus pies —comentó cuando comenzó el masaje.

Cerré los ojos y sonreí al disfrutar de la acción de sus dedos sobre mi piel y huesos.

—Siempre dices lo mismo —le respondí en un susurro.

Entre la ducha y el masaje que me estaba dando, hubiese podido quedarme dormida en tres segundos.

—Es que es sorprendente —repitió y entonces nos quedamos en silencio mientras él continuaba sus suaves movimientos en mi pie—. Eh, no te duermas, que luego me lo tienes que dar a mí.

—Mmm… —ronroneé con los ojos cerrados.

Intenté mantenerme despierta, pero cada vez le escuché más y más lejos. Morfeo me tendió los brazos para caer en un sueño profundo y placentero, feliz de saber que estábamos bien, que todo había salido como él y yo queríamos.

—Te quiero… Gracias por todo, El —fue lo último que escuché que susurró en mi oído y después me besó en la mejilla.

Aún nos faltaba mucho por vivir y sonreír.

Epílogo

La historia del chico que persiguió un sueño y la chica que fue en busca de lo desconocido

Aiden

Diez años después...

La tormenta seguía sacudiendo los árboles del jardín y los niños todavía no se habían dormido.

—Niños, de verdad, que mañana hay que ir al colegio —tapé a Emma con la manta y ella negó con la cabeza.

—No quiero ir. Es aburrido. ¿Por qué tenemos que ir?

—Porque tenemos que aprender —le respondió Lennon como si fuera algo obvio.

Los grandes ojos azules de Emma, justo como los míos, le miraron con fastidio y le enseñó la lengua. Acomodándose en la cama, sus rizos rubios se esparcieron en la cama y se tapó completamente para después exclamar un: "¡BÚ!"

—¡Ssshhh…! Emma, vas a despertar a Belle… Va, a dormir ya. Buenas noches —dije por última vez y de reojo vi a Lennon bostezar.

Le di un beso en la frente a cada uno y después salí de la habitación, yendo de puntillas hasta la habitación de la pequeña de la casa. Belle hacía ya rato que dormía, y sonreí al verla dormir plácidamente, dando gracias a que no se hubiera despertado. Cuando volví a comprobar que tanto Emma como Lennon se hubieran dormido, sus profundas respiraciones me lo confirmaron.

Siete, cinco y un año y medio, eran un terremoto, aunque los tres eran muy diferentes entre ellos. Lennon solía ser calmado y hacía muchas preguntas, pero era muy dependiente de nosotros; Emma, en cambio, era muy expresiva y tenía un talento especial para salirse con la suya y escaquearse de los castigos; y Belle, ma belle Belle, siempre perseguía a sus hermanos, queriendo jugar y ser tan mayor como ellos.

Llegando finalmente a nuestra habitación, Elionor todavía tenía la luz de la mesita encendida y a parte de tener a Gala durmiendo a su lado, Emma se encontraba en su regazo (que por eso le pusimos ese nombre a Emma. En realidad se llamaba Emma Marie. Elionor insistió). Nina debería estar en alguno de los sofás. Gala ya era viejita, pero para mí seguía siendo la misma gatita cariñosa, pequeña e indefensa que rescaté del contenedor en King's Cross. Estando en nuestra casa en Londres (cuando supimos que íbamos a tener a Lennon volvimos a Inglaterra), sentí que nada ni nadie podría arrebatarme la felicidad, mi vida y mi sueño hecho realidad. Ella y los niños eran mi todo.

—¿Ya se han dormido? —me preguntó y asentí.

—Emma se ha resistido, pero ha terminado durmiéndose.

—No sé de dónde saca tanta energía —rió ella.

—Tiene cinco años, El —le seguí la risa.

—Igualmente. Emma me trae de cabeza.

Reí y me quité la camiseta para ponerme el pijama. Fuera, un trueno sacudió la noche.

—¿Otra vez Jane Austen? —dije cuando asomé la cabeza al ponerme la ropa.

Habría releído ese libro como unas mil veces, por lo menos.

—Nunca entenderás la esencia del romanticismo —rodó los ojos al quitarse las gafas de vista cansada y reí.

—Eh, yo también puedo ser muy romántico cuando quiero —le guiñé el ojo.

—No es ese tipo de romanticismo. Es más bien bastante trágico.

Rodó los ojos para después volver a las deleitosas páginas de lectura, y no pude evitar quedarme mirándola. Treinta y cuatro años y seguía pareciéndome la chica de veintitrés que conocí en Baker Street cuando yo tenía diecinueve. Acomodándome entre los cojines de nuestra cama, me acerqué a ella y pasé el brazo por sus hombros.

—¿Qué es poesía? —pregunté con teatralidad, citando a Bécquer.

Elionor adoraba a Bécquer.

Cerró los ojos y se quitó de nuevo las gafas, sonriendo.

—Dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul —me contestó.

—¿Qué es poesía?

—¿Y tú me lo preguntas?

Me acerqué más a ella y le quité el libro de las manos para dejarlo en la mesita y después, mirándola fijamente a los ojos, llevé mi mano derecha a su cara.

—Poesía… Eres tú.

Nuestros labios hicieron contacto por millonésima vez en aquellos

doce años que llevábamos juntos y lo sentí como la primera vez que la besé de verdad en París. Podríamos tener nuestros altibajos y equivocarnos en mil cosas, pero lo que sí supe fue que ella y yo estaríamos unidos para siempre.

Ella había sido todo lo que siempre hube deseado. Con ella vino todo; Elionor fue todo lo que encontré en la ciudad. Por muy cursi que pudiera sonar, ella había sido las palabras que habían llenado los versos de mi cuaderno, aquel que pareció más suyo que mío; todas aquellas palabras que ayudaron a construir la novela de la historia del chico que persiguió un sueño y la chica que fue en busca de lo desconocido, encontrándose para escribir la más bonita historia de amor jamás contada.

—Pasan los años y cada vez me sorprendes más —rio ella y me rodeó el cuello con los brazos.

Sentándose en mi regazo, juntamos nuestras frentes y rozamos la nariz en un beso de esquimal.

—Y lo que te queda aún por descubrir, bébé…

Justo fue cuando nuestros labios estuvieron a punto de hacer contacto, un trueno retumbó en la casa y seguidamente unos llantos y gritos me recordaron que aquella sería la cuarta noche consecutiva que íbamos a ser cinco en la cama.

No lo hubiera cambiado por nada en la vida.

Sobre la autora

Georgia Moon es una escritora nacida en la primavera de 1996, que aprendió antes a escribir que a hablar. Para ella, escribir es una manera de liberar sus sentimientos y expresar su a veces exagerada

imaginación. Vive en Barcelona con sus tres gatos y escribe sus novelas en Wattpad, la plataforma con la que se ha dado a conocer.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Odisea Ediciones. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

MI
SOLDADO
LA MISIÓN
NURIA ORTIZ

Mi soldado

Ortiz, Nuria 9788416811038
458 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Más de medio millón de lecturas en Wattpad

¿Puede un viaje a Miami cambiar tu vida para siempre?

Itziar tiene dieciocho años y acaba de terminar sus estudios. Para celebrarlo, ha organizado un viaje a Miami con sus amigos, pero a su padre no le gusta la idea de que vayan solos, así que decide enviar a un adulto para que los supervise y se asegure de que se comportan como es debido.

Cuando los jóvenes llegan al aeropuerto, Itziar se lleva una sorpresa: el adulto que los acompañará es Alexander, un joven soldado con el que ha estado manteniendo correspondencia durante años y del que está enamorada. ¿Cómo reaccionará Itziar ante su presencia?

Cómpralo y empieza a leer